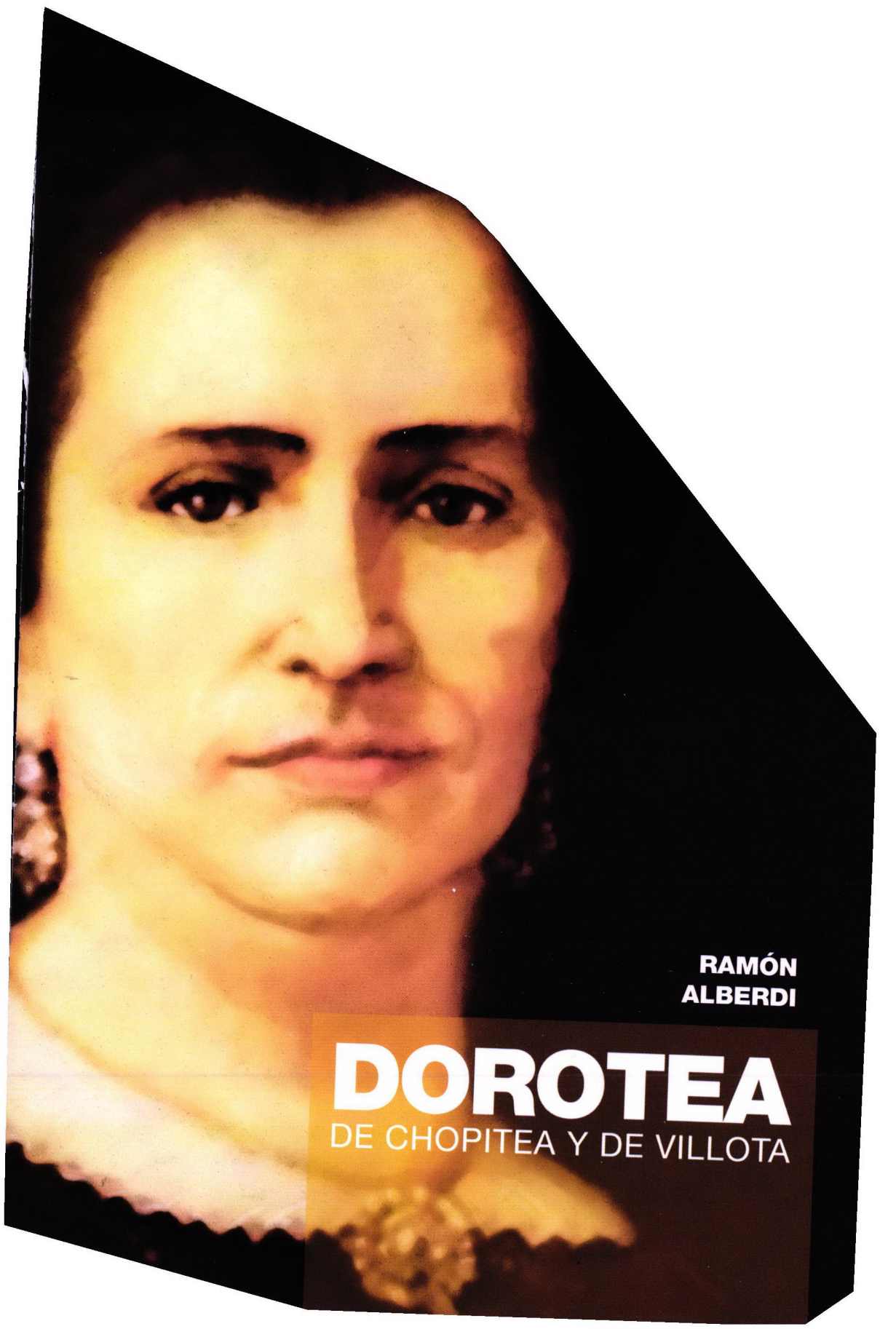


RAMÓN ALBERDI

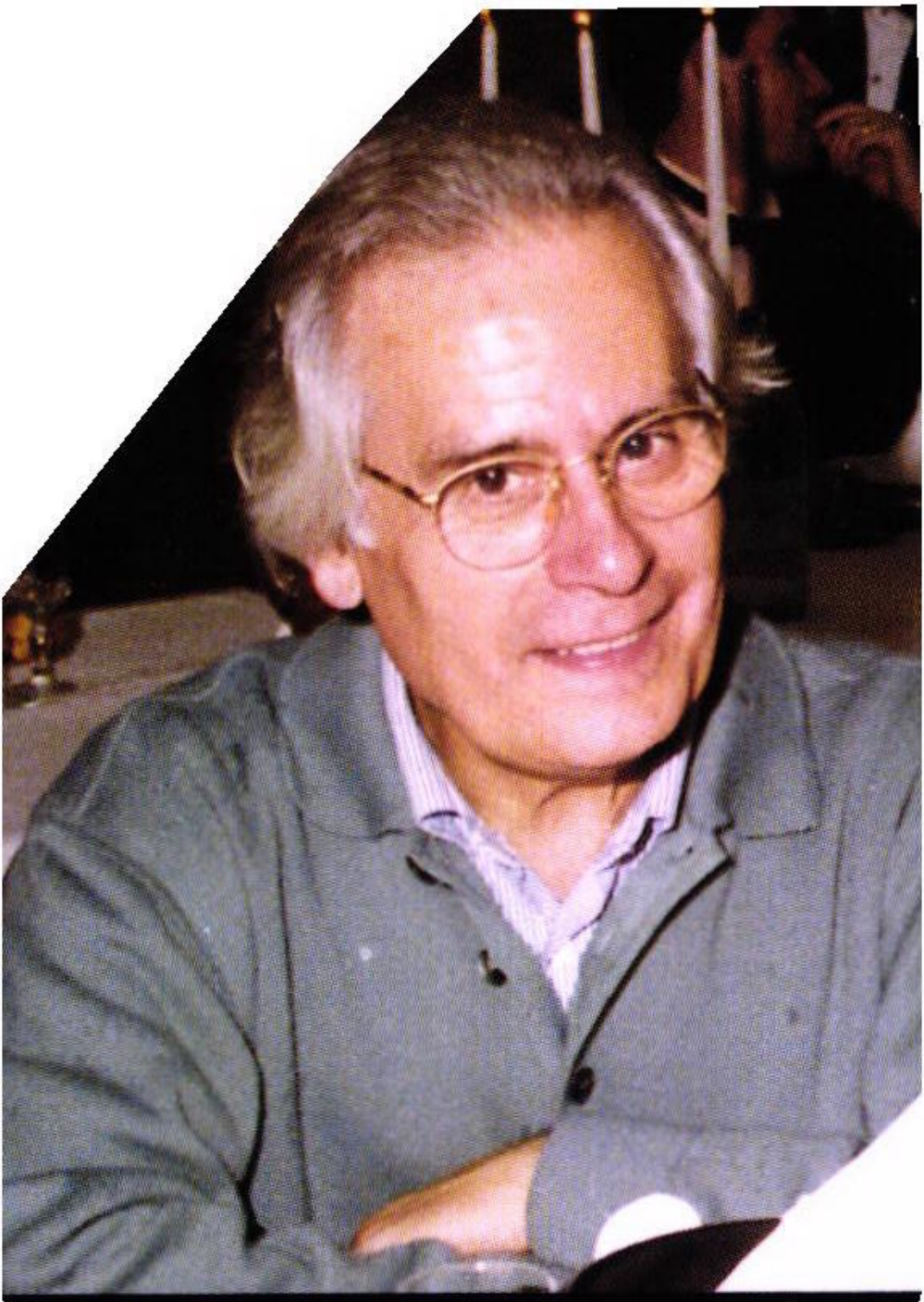
DOROTEA

DE CHOPITEA Y DE VILLOTA



RAMÓN ALBERDI

Doctor en Geografía e Historia por la Universidad de



JOAN GONZÁLEZ

Arquitectura
de interiores.
Fotógrafo y diseñad

«Vivió esta señora y estuvo
en el apogeo de su influencia,
de su actividad y de sus obras
precisamente en una época
en que Barcelona sufrió una
transformación profunda»

Ramon Albó i Martí



Salesianos



FUNDACIÓN edebé

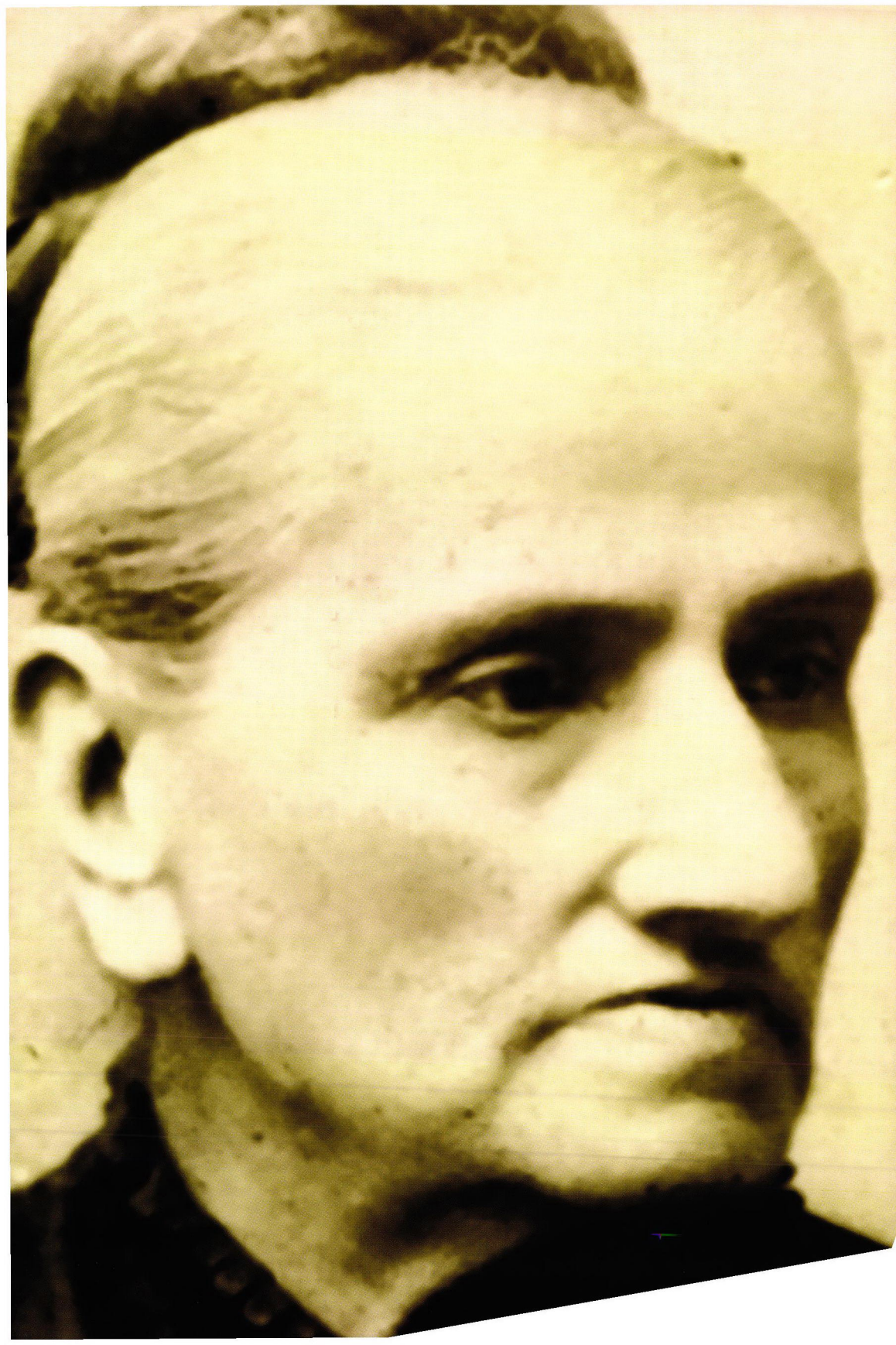
9 788423 694310

RAMÓN ALBERDI

DOROTEA DE CHOPITEA Y DE VILLOTA 1816-1891

Construir una Barcelona para todos

Al Rvdo. Francesco Cereda, con un saludo muy cordial del autor amic Alberdi
Barcelona, 10 de marzo 2009.



RAMÓN ALBERDI

DOROTEA DE CHOPITEA Y DE VILLOTA 1816-1891

Construir una Barcelona para todos

Prólogo de Rosario Bofill Portabella

FUNDACIÓN edebé

Dorotea de Chopitea y de Villota. 1816-1891.
Construir una Barcelona para todos.
Autor: Ramón Alberdi

Revisión del texto castellano: Euniciano Martín Hernández

Fotografías: Joan González Torres [JGT]

Diseño y maquetación: Julio Sáenz de Tejada Rubio

Imagen de portada: Doña Dorotea, en sus últimos años. Audouard y Cía., fotógrafos. Barcelona.
Imagen de contracubierta: Escudo de los Chopitea. Vasconia.

© Fundación Edebé
Paseo San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona

ISBN 978-84-236-9431-0
Depósito legal: B. 81-2009
Impreso en España. Printed in Spain
Impresión: EGS - Rosario, 2 - Barcelona

El autor quiere expresar su agradecimiento a los archivos, a las entidades y personas siguientes:

Archivos y Bibliotecas
Archivio Salesiano Centrale (Roma). Archivo Provincial Salesiano de Barcelona-Archivo de la Vicepostulación. Arxiu de Santa Maria de Mataró. Arxiu Diocesà de Barcelona. Arxiu Diocesà de Girona. Arxiu Fundació Casa de Misericordia de Barcelona. Arxiu Històric de la Ciutat de Barcelona. Arxiu Històric de la Ciutat de Barcelona, AHCB-AF. Arxiu Històric de la Companyia de Jesús a Catalunya. Arxiu Històric de Protocols de Barcelona-Col·legi de Notaris. Arxiu Municipal de Girona-Centre de recerca i difusió de la imatge, fons Josep Jou. Arxiu Municipal de Sarrià-Sant Gervasi. Biblioteca Pública Episcopal del Seminari de Barcelona. Centre d'Estudis Martí-Codolar, Biblioteca Salesianitat. Grup Enciclopèdia Catalana, fototeca. INSPAI, Centre de l'imatge, Área de Cultura, Diputación de Girona.

Entidades
Cementiris de Barcelona. Comunidad Salesiana Can Prats (Barcelona). Filargent, filatèlia y numismàtica, Joaquim González Figueras de Barcelona. Laboratorio fotográfico: JOSFRAN de L'Hospitalet de Llobregat. Madres Escolapias de Barcelona. Misioneros del Sagrado Corazón. PP. Jesuitas de Manresa. Portal del Col·leccionista: Joan Cortés López de Girona. Taller de Processat de Materials fotogràfics en color: Ortiz & Pradas de Barcelona. Museu Tèxtil i d'Indumentària de Barcelona. Ateneu Barcelonès. Foto aérea TAVISA. A las instituciones fundadas o especialmente asistidas por la protagonista de este libro se les nombra en el lugar correspondiente del mismo.

Personas
Joan Badia Morera, Martirià Brugada Clotas, Lourdes Camps de Gispert, Josep Maria Camprubí Rovira, Rafael Casasnovas Cortés, Carlos de Aguilera y de Fontcuberta, María del Carmen de Albert y de Fontcuberta, María Concepción de Argila y de Chopitea, María Gloria de Chopitea Olloqui, Guillermo de Chopitea Uhthoff, Lluís de Gibert Flo, María Cecilia de Gibert Thió, Adolfo-Gustavo de Gispert Pastor, Eulàlia de Gispert Servitje, Carles de Gispert Vidal, Nicolás Echave Sustaeta del Villar, José Luis García-Picazo, Jordi y Xavier González Perxés, Francesc Grabulosa Novell, Vicenç Grané Calvó, Alfonso Hernández Villaescusa, Mercè Massa Hernández Villaescusa, Juan Ramon Molero y Yll, Maria Àngels y Eulàlia Morral Termes, Susana Mozo Pascual, Isabel Muntadas Pascual, Teresa J. Nieva Herranz, Francisco Javier Pagès Castañer, Matilde Pascual Huelin, Juan Patau Cremades, Amado Pérez Conte, Carmen Poblaciones de Pascual, Antoni Recio Rodríguez, Saturnino Rodríguez Rodríguez, Joan Rosás Reverté, Santiago Thió de Pol, María Antonia Valls Ferrer, Joan Vendrell Capmany.

A las familias de Chopitea, de Gibert,
de Gispert, Huelin, Pascual y Pons.

A los institutos y entidades
un día protegidos por Dorotea de Chopitea.

A los Salesianos Cooperadores
y a los bienhechores.

A todos los que trabajan para hacer de Barcelona
una ciudad de acogida humanitaria.

Prólogo

Una extraordinaria mujer

Una buena biografía requiere, para que podamos conocer a la persona que se nos quiere presentar, un encuadre del tiempo, la época, las costumbres sociales en que vivió; de lo contrario, su vida, fuera del tiempo en que se desarrolló, queda desdibujada y sin sentido. Podemos llegar a no entender cómo y por qué obraba de aquella manera. La persona vive rodeada de su entorno. Y es fruto de su tiempo.

Creo no equivocarme al afirmar que, entre las varias biografías que se han escrito de Dorotea de Chopitea, ninguna sabe plasmar el ambiente y la época histórica en que vivió como lo hace Ramón Alberdi en su obra. Nos explica los acontecimientos del siglo XIX y cómo doña Dorotea, llamada así más familiarmente por cuantos la conocían, vivió, participó y transformó en bien muchas de las difíciles circunstancias de la época, muy particularmente de nuestra ciudad de Barcelona. Para dar una idea del cuidado con que el autor de Dorotea de Chopitea y de Villota, 1816-1891. Construir una Barcelona para todos *ha documentado su obra basta ver, por ejemplo, que el capítulo 5, tiene ¡231 notas! Una muestra de cómo ha indagado y verificado cuanto escribe en archivos, cartas, periódicos, etc.*

Ramón Alberdi quiere que conozcamos a esta extraordinaria mujer en su ambiente y en su mundo del siglo XIX. Por tanto, las páginas de su biografía están llenas de historia: la expansión de la ciudad de Barcelona, la construcción del Ensanche por Ildefons Cerdà, la creación de nueva industria como La Maquinista Terrestre y Marítima –ejemplo en aquel entonces de progreso y modernidad–, los nuevos Bancos, las comunicaciones, etc. Todos estos acontecimientos contribuyen a grandes cambios sociales: Barcelona crece y se enriquece, pero la pobreza y los suburbios crecen también.

Alberdi recuerda también hechos políticos más relevantes de la España decimonónica: la crisis dinástica por la sucesión de Fernando VII, que provoca las crueles guerras carlistas –en las que los catalanes participan con afán–, la alternancia entre gobiernos liberales y conservadores, el reinado de Isabel II, la Restauración, los intentos de emancipación de la clase obrera...

En este agitado y cambiante siglo, vivió Dorotea. No estuvo al margen de los hechos, como habría podido estar cualquier mujer de la alta burgue-

sía de aquellos años, sino que se implicó en ellos de una manera personal y altruista. Observa y comparte el sufrimiento humano y se desvive para remediar cuanto está a su alcance. Cree en las personas y sabe que la formación y la educación es lo que contribuye mejor a su dignidad y capacita a la mujer y al hombre para salir de la pobreza y tener un trabajo.

El padre de la biografiada, Pedro Nicolás de Chopitea, descendiente de vascos, tenía sus negocios en Chile; allí nació Dorotea en 1816. Cuando ella contaba tres años, tuvieron que salir todos para Barcelona: en Chile había comenzado la revolución para lograr la independencia de la Corona española. Otros muchos españoles iniciaron el regreso a la patria. Entre ellos la familia Serra con la que les unía una gran amistad.

No es de extrañar que años después se casaran José María Serra y Dorotea de Chopitea. Él iba a cumplir veintidós años, ella tenía dieciséis. De este matrimonio, que todo nos hace suponer que fue una feliz unión, nacieron seis hijas. Mientras las chicas crecían, Dorotea se dedicó a la familia y, con el deseo de encontrar un buen colegio para la educación de sus hijas, el matrimonio, junto a otras familias, contribuyó a construir el Colegio del Sagrado Corazón, en Sarriá. Lo fundó y lo dirigió una orden religiosa venida de Francia que se dedicaba sobre todo a la educación de chicas. Para Dorotea es su primera contribución a una obra que tanto se ajusta a sus ideales, la educación de la juventud. Dorotea durante esos años iba también atendiendo a los pobres que conocía. Los visitaba, les llevaba ropa y alimentos... No era mujer para estar sólo en casa si veía que podía remediar otras necesidades.

Dorotea era inquieta, trabajadora, muy inteligente y con capacidad de llevar a cabo obras y fundaciones sociales de gran envergadura como se verá en el libro. Un impulso interior de amor al prójimo la empujaba y este impulso era fruto de su fe y de su amor a Dios. Cuando sus hijas se casaron, fue el momento de emprender tantos y tantos proyectos que bullían en su cabeza. Lo primero que hizo fueron las Salas de Asilo. Al ver cómo los niños de los obreros, mientras sus padres y madres estaban en la fábrica, deambulaban por las calles de la ciudad, buscó un lugar para recogerlos. Fueron las Salas de Asilo. Allí estaban los niños todo el día, aprendían y, algo muy importante, se alimentaban. Pero lo que más interesaba a Dorotea era que no se convirtieran en niños sin principios ni valores religiosos. Estas salas se extendieron con gran éxito por los barrios obreros de la ciudad.

Veo a Dorotea como una mujer moderna, emprendedora y decidida. Hablaría de sus proyectos con su marido, pero no creo que fuera continuamente a pedirle permiso. Él no solamente la dejaba hacer, sino que confiaba en ella. Dorotea confesó una vez: «Yo no he encontrado a nadie que me

secunde con tanto empeño, constancia y generosidad como mi esposo José María». Esa capacidad de iniciativa y ese don de la oportunidad, de estar donde más necesidad había, haría que cada vez más Dorotea de Chopitea acudiera a lo más urgente para remediarlo.

José María Serra falleció en 1882. Durante su enfermedad, siempre con su mujer al lado, nos cuenta su biógrafo que le dijo: «Haz todo el bien que puedas, sin hacer caso de los dichos de los hombres». Ella recordaría siempre las palabras de su marido, que eran como una bendición para su labor.

Viuda, con bienestar económico y las hijas casadas, Dorotea se lanzó de lleno a sus actividades caritativas y sociales. Palpó la pobreza que se vivía en Barcelona y estuvo atenta a todas las necesidades. Inútil enumerar aquí a cuantas ordenes religiosas acudieron a ella: Religiosas del Sagrado Corazón, Hijas de la Caridad, Jesuitas, Hermanos de las Escuelas Cristianas (La Salle), Hermanos de San Juan de Dios, la Congregación de María Reparadora… y tantas otras, encontraron en ella una gran benefactora y una buena amiga que sabía dar, aconsejar y compartir sus desvelos.

Cuando descubrió la obra de Don Bosco para formar la juventud no sólo en escuelas, sino también en talleres que les permitirían adquirir un oficio para más adelante ganarse la vida, quiso inmediatamente ponerse en contacto con él. La unión de trabajo y estudio era lo que ella había soñado toda la vida. Desde entonces fue la más fiel y entusiasta colaboradora de los Salesianos. Y su nombre va unido siempre a ellos.

Entidades culturales, lugares de culto, e incluso un Hospital para adultos y otro para niños fueron sostenidos e impulsados por doña Dorotea. Volcó su dinero a favor de obras sociales, pero no sólo dinero, sino que ella misma a veces estaba presente personalmente para ayudar y orientar muchas de las obras que patrocinaba. Todo el mundo acudía a ella y casi nunca se iban con las manos vacías, y, lo que es más, llevaban consigo para siempre sus consejos y su amistad.

Alguno puede objetar que no le fue difícil ser tan generosa ya que poseía un gran capital, pero ¡qué poca gente obra como ella! Muchas veces cuanto más rico se es más lejos se vive de las angustias y problemas de los pobres. Es difícil encontrar en la historia de nuestra ciudad alguien que haya contribuido de una manera tan generosa y desprendida al bien de los más necesitados

Dorotea era así, desprendida, pero tratando de que no se malgastara ni un ápice del dinero que distribuía. Enormemente trabajadora, desplegaba una energía y un carácter fuerte que, al tiempo que la ayudaba en sus quehaceres, la hacía sufrir, por ser, a veces –según confiesa–, demasiado exi-

gente con los demás. En algunas libretas de los Ejercicios Espirituales, que practicaba cada año, se encuentra repetido este propósito: «Haré que mi genio adusto, sea más agradable y no mortificaré a nadie con mis expresiones duras»; «Corregiré el genio con dulzura»; «Procuraré dominar mi genio demasiado vivo, estando atenta a calmarlo luego que falte en ello». Insisto en reproducir estos propósitos aunque hay otros muy profundos también de formación interior no tan directamente dirigidos a su carácter, y lo hago para mostrar cómo ella se conocía y cómo hasta el final de su vida trató de perfeccionarse humanamente, cada vez más. De ser cada vez más una auténtica cristiana. Amaba al prójimo, amaba a Dios.

Una creyente como Dorotea de Chopitea es un ejemplo, en el amor sobre todo a los más pobres, cuando tanta pobreza hay hoy en el mundo.

Una ciudadana como ella es para su ciudad, Barcelona, un auténtico orgullo.

Rosario Bofill Portabella
Directora de *El Ciervo*
y editora de *Foc Nou*

Presentación

Este libro ha nacido en la misma familia de la protagonista. Al menos, de ella recibió el primer impulso de vida.

Efectivamente, fue el 11 de junio de 2002 cuando doña Gloria de Chopitea Olloqui y doña Concepción de Argila de Chopitea acudieron al Centro Salesiano de Estudios Teológicos Martí-Codolar, de Barcelona, para expresar a este autor su deseo de tener, cuanto antes fuera posible, una buena traducción catalana de la biografía de la Excelentísima Señora Doña Dorotea de Chopitea y de Villota. Con sentido de realismo le adelantaron inmediatamente que habría dinero suficiente, al menos, para comenzar a financiar la empresa...

Sentimientos de parentesco, convicciones religiosas, percepción de la sociedad actual y el amor hacia aquella Barcelona que tan admirablemente había servido su pariente Dorotea –esposa del comerciante, banquero y financiero José María Serra y Muñoz– estimulaban su propósito y les daban fuerzas para llevarlo a buen término.

El autor les recordó las monografías ya existentes, que se reseñan en el último capítulo de este libro situándolas en su contexto histórico. Y visto el panorama literario y teniendo en cuenta los cambios, tan profundos, que ha experimentado durante los últimos años nuestra vida cultural, social y religiosa, las promotoras y el autor convinieron en que lo más acertado era preparar una *biografía nueva*. Tal es el objetivo del presente trabajo.

Pero, ante todo, ¿valía la pena emprender un trabajo semejante? Nos pareció que sí: la vida de una mujer de la talla moral de Dorotea de Chopitea es digna de ser conocida y recordada por todos, singularmente por los barceloneses, e incluso, en muchos aspectos, imitada. Y ¿en qué podía consistir la novedad del libro? La historia, como conocimiento y como vehículo de comunicación, es siempre nueva: el investigador con su mundo interior intransferible, los destinatarios, el momento cultural, el lenguaje, los relieves y matices de las fuentes históricas, las técnicas de expresión, los propósitos mediáticos, reavivan constantemente la aventura historiográfica. De aquí que apenas pueda haber una biografía definitiva.

El lector dirá si los perfiles emergentes en la presente biografía le sirven o no para conocer de cerca, de verdad, a la biografiada; si

le ayudan a descubrir mejor ciertos aspectos del XIX barcelonés, hoy desconocidos, olvidados o silenciados; si le parece correcto el método seguido. A estas alturas, es muy difícil dar con una documentación nueva sobre el tema. Pero se ha usado ampliamente la que se encuentra en el Archivo Central Salesiano (Roma), en el Archivo de la Vicepostulación de la Causa de Beatificación y Canonización de Dorotea (Barcelona) y la que se ha producido en los diversos procesos eclesiásticos de la misma Causa (Barcelona, Turín, Roma).

El subtítulo del libro, *Construir una Barcelona para todos*, revela una dimensión constante y transversal en todas las actuaciones de Dorotea. Su vocación más íntima era la de construir la ciudad para todos –también para los pobres, los trabajadores, los inmigrantes, los enfermos, los niños–. Ella se propuso construir a Barcelona material y moralmente, dotándola de unas instituciones asistenciales que antes no existían y de las que hoy 18 siguen dando un testimonio vivo. Otras 8 lo dieron durante mucho tiempo.

En una de las páginas anteriores quedan consignados los nombres de las personas y entidades que me han ayudado en la tarea. Les quedo muy agradecido. Aquí deseo expresar mi reconocimiento a los miembros de la extensa parentela de doña Dorotea que viven en Barcelona, como los Chopitea, Pons, De Gibert, De Gispert, Huelin y Pascual, con sus múltiples ramificaciones familiares, como los Alós, Aguilera y Fontcuberta. Entre ellos hay quienes, en carpetas de papeles y fotografías, guardan aún vivo el recuerdo de sus antepasados. Junto a ellos están los Salesianos de Barcelona que, durante muchos años han alimentado una sincera veneración por su Bienhechora y Fundadora y ahora han apoyado decididamente la publicación de la nueva biografía, especialmente por medio de la Fundación Edebé. Rosario Bofill Portabella me dejó muy halagado cuando aceptó prologar el libro porque, además de escritora y experta en el quehacer publicitario, está emparentada con los Martí-Codolar y, por tanto, con los Serra-Chopitea. Estas páginas no podían tener una plataforma más adecuada para salir a la calle.

Ya desde el comienzo, los promotores del libro acordaron que sus páginas estuvieran ilustradas con fotografías, gráficos y árboles genealógicos. Y esto no sólo por exigencia del sistema publicitario imperante, sino por pedagogía, que pide que se acompañe al lector también con el soporte visual: la evocación y la comprensión de la historia presentan sin duda sus dificultades. Ha sido Joan González

y Torres, nuestro excelente colaborador, quien ha asumido esta tarea con ilusión y esfuerzo.

En fin, doy las más expresivas gracias a todos los que, en una u otra medida, han asegurado la financiación de este libro. Si el lector lo tiene hoy en sus manos se debe a su generosidad y a la veneración que profesan a esta mujer llamada Dorotea de Chopitea y de Villota.

Ramón Alberdi
Barcelona, diciembre de 2008

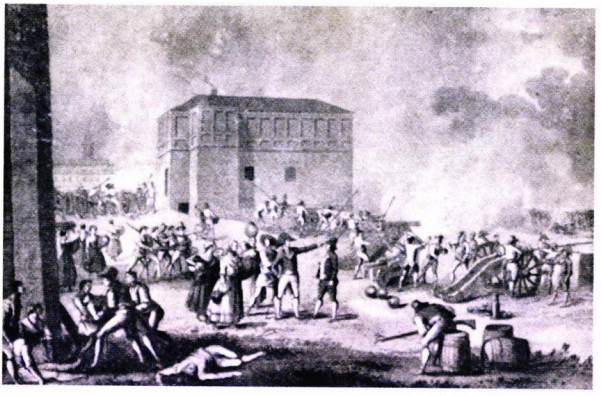


Capítulo 1

DOS CRIOLLOS EN BARCELONA

Barcelona. Calle Montcada. www.b-kontrast.com

Dorotea de Chopitea y de Villota nació en Santiago de Chile, en 1816. A los tres años, los avatares de la política y de las guerras la trajeron a Barcelona, donde creció, se educó y alcanzó la edad madura, hasta cumplir casi los 75 años. Amó sinceramente a su ciudad de adopción y, sobre todo, la sirvió con inteligencia, generosidad y eficacia. De ascendencia vasca[1], entroncó con una familia catalana. Y así este primer capítulo de su biografía enlaza con la historia de tantos *indianos* o *americanos*, vascos y catalanes, quienes, en un momento dado de su vida, volvieron de América a la tierra que los vio nacer.



Ceden los fundamentos del Imperio

Como es sabido, el emperador de los franceses, Napoleón Bonaparte, había conseguido que los reyes Carlos IV y su hijo Fernando abdicaran de sus derechos reales en Bayona (Francia, mayo de 1808) y que, algo más tarde, su hermano José –*Pepe Botella*– fuera nombrado para ocupar el trono español (junio-julio del mismo año). Estos acontecimientos dieron pie en España a la Guerra de la Independencia –llamada entre nosotros *Guerra del Francès* (1808-1814)– y, en las colonias americanas, a una profunda agitación. Tanto en la metrópoli como en las colonias se tuvo la impresión de que se hundía el Régimen establecido.



▲ Guerra de la Independencia, Guerra del Francès, 1808. Litografía de E. Fortabella.

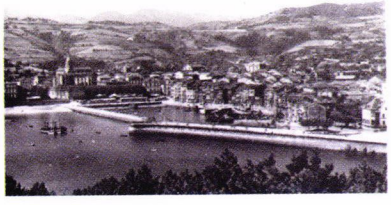
▲ El rey Fernando VII (1813-1833).

La emancipación de las colonias

De aquí que la primera reacción fuera por doquier de reconocimiento y adhesión al rey Fernando VII (1813-1833). Pero después los primeros planteamientos se complicaron de tal forma que aquella reacción se fue transformando en una pugna interna sobre el modo de repartir los derechos y las competencias entre españoles, criollos



▲ Chile y Santiago de Chile.
▼ Lequeitio (Vizcaya). Panorámica.



y mestizos. Del seno de la guerra civil brotó la guerra de la emancipación de las colonias.

El ímpetu separatista se concentraba en los criollos; no en todos, pero sí en un grupo que, aunque poco numeroso, estaba bien preparado intelectualmente y había asumido las ideas de la Ilustración y de la Revolución francesa. Este núcleo se encargó de avivar los ideales de la independencia, de la libertad y de las reformas sociales. El criollismo jugó en América hispana un papel análogo al que desempeñó en Europa la burguesía liberal. Hacia mediados de 1810, este movimiento secesionista comenzó a extenderse desde Caracas a todo el territorio colonial: Argentina, Nueva Granada (Colombia), Ecuador, Chile.

La colonia de Chile

A pesar de ciertas apariencias, era más bien pobre. Con todo, a lo largo del siglo XVIII, había alcanzado un desarrollo considerable. El fenómeno se debió principalmente a la fuerte inmigración vasca que, con el elemento castellano y catalán, dio origen a una nueva clase dominante. Los vascos se dedicaron con éxito a las actividades comerciales y se hicieron grandes propietarios. A comienzos de la centuria siguiente, su predominio económico y social era manifiesto.

Un comerciante vasco

Uno de ellos se llamaba Pedro Nicolás de Chopitea y Aurrecoechea. Había nacido en 1766 en Mendeja, municipio de Lekeitio, Bizkaia (Lequeitio, Vizcaya), y a la edad de 20 años había emigrado a tierras de América. En 1790 ya se encontraba en la ciudad de Santiago de Chile. En cuanto llegó la hora de la revolución, hacia 1810 –dos años después del *Dos de mayo* madrileño–, se formaron tres grupos que, por sus divergencias de mentalidad e intereses, fueron antagónicos. 1.º El *realista* que, integrado por los peninsulares, parte del clero y

de los criollos, se declaraba fiel a la monarquía y a la organización colonial. 2.° El de los *criollos reformistas*, partidarios de la propia soberanía, pero enemigos de los cambios bruscos y radicales. 3.° El de los *patriotas*, disconformes con el régimen colonial y favorables a un rompimiento más o menos violento con el Gobierno de Madrid, en un sentido claramente emancipador. La masa de la población era adicta al monarca español y a la religión tradicional, pero la propaganda organizada por los patriotas y los criollos autonomistas hizo girar la opinión pública en dirección contraria y empujó los ánimos a la contienda, la cual no tardó en convertirse en una guerra civil.

El señor de Chopitea abrazó con entusiasmo la causa del monarca español, Fernando VII. Era todavía un hombre joven y luchó con denuedo. En cambio, unos parientes suyos, los hermanos Carrera, fueron unos líderes destacados del sector más extremista del patriotismo chileno.



▲ El general José de San Martín (1778-1850).

El conflicto se desarrolló de una manera pendular, dando la ventaja unas veces a los realistas y, otras, a los rebeldes. En todo caso, fue increíblemente cruel, inhumano. El año 1816 resultó el más crítico. Hasta que la entrada en acción, al año siguiente, del general José de San Martín (1778-1850) comenzó a inclinar la balanza en favor de los independentistas. Procedente de Argentina, su patria de origen, y atravesando audazmente los Andes, tuvo el primer gran choque con los realistas de Chile en la batalla de Chacabuco, el 12 de febrero de 1817. Le ayudó en la empresa el general Bernardo O´Higgins (1776-1842). La victoria fue para ellos. A los dos días, los vencedores entraban en la capital Santiago.

Sobrevino el caos. Una racha de terror y de venganza golpeó sin piedad a peninsulares y realistas. Fue inútil la reacción de éstos. Sus últimos reductos quedaron aplastados por San Martín en la batalla de Maipú o Maipo, el 5 de abril de 1818. El andamiaje de la España colonial se hundía para siempre. En 1819 Chile se había perdido enteramente para España[2]. Por el momento, a los realistas sólo les quedó una salida posible: huir. Es lo que hizo don Pedro Nicolás de Chopitea.

Salvado en un ataúd

En 1800 había contraído matrimonio con una distinguida criolla, de rancio abolengo colonial, nacida en Santiago de Chile y llamada Isabel de Villota y Pérez de Cotapos. Entre los dos habían ido amasando una buena fortuna y sacado adelante una numerosa familia. Como queda dicho, don Pedro se mantuvo fiel a la corona de Espa-

ña y tomó parte en las luchas de los realistas contra los independentistas. Cayó prisionero de éstos y fue condenado a muerte. Pero entonces le pudo más el recuerdo de su familia y decidió ponerse a salvo como fuera. Todavía tenía medios para defenderse. Tanteó a los carceleros quienes, a cambio de la ingente suma de 40.000 pesos, prometieron ponerle en libertad. Eso sí: a condición de que abandonara el territorio dentro de las primeras 24 horas y no desembarcara en ninguno de los puertos que habían pertenecido a España. Don Pedro decidió jugarse el todo por el todo. En consecuencia, lo meten en un ataúd y, como si fueran a enterrarlo, lo sacan de la ciudad. Lo sueltan en un lugar seguro, de modo que pudiera dirigirse al puerto donde lo esperaba la esposa con los hijos.

El encuentro resultó profundamente agridulce por el choque de unos sentimientos contrarios: de alegría, por haber superado un peligro mortal, y de pena, por tener que dejar una patria que siempre había amado.

Tuvieron que embarcar inmediatamente. En aquellos tiempos y en aquellas circunstancias, la travesía del Océano resultaba peligrosa en extremo: al doblar el Cabo de Hornos, el velero en que viajaban estuvo a punto de zozobrar. Tripulantes y pasajeros se encomendaron fervorosamente a Dios. Por fortuna pudieron llegar sanos y salvos a Río de Janeiro. Después de unos días de descanso,

▾ Vista de Barcelona. Litografía de Alfredo Guesdon, mediados del XIX. AHCB.



partieron rumbo a España. Entraron por el Estrecho de Gibraltar y tomaron puerto en Barcelona. Corría el año 1819[3].

Al menos por el momento, aquí encontraron la paz que necesitaban. En el trono de España se sentaba el rey Fernando VII, *el Deseado* (1814-1833), el cual desde su vuelta de Francia en 1814 –una vez que hubiera caído la estrella de Napoleón–, había impuesto la política de la Restauración del Antiguo Régimen. En Cataluña y en Barcelona hacía tiempo que habían desaparecido las fuerzas de ocupación. Aunque, por otra parte, ya estaban despuntando los primeros brotes de la tensión entre conservadores y liberales. A comienzos de 1820, estallaría la llamada revolución de Riego.

Pero ¿por qué los Chopitea-Villota escogieron Barcelona como lugar de refugio? ¿No se habrían encontrado mejor en alguna ciudad norteña?

...Y un comerciante catalán

En Santiago de Chile, Pedro de Chopitea había conseguido reunir un patrimonio muy considerable. No nos es posible contabilizarlo. Pero Jaime Nonell, sabedor de viejos recuerdos de esta familia, nos asegura que el señor de Chopitea había sido un «poderoso comerciante» a quien «no le escaseaban los bienes de fortuna»[4]. Únicamente así pudo pagar el alto precio que se le exigía por su liberación. Pero en los avatares de la guerra y de la huida de Chile había perdido sus bienes o se los habían confiscado. Necesitaba imperiosamente poner a seguro su vida, atender a su mujer e hijos y comenzar a reconstruir la hacienda perdida. Era una tarea enorme. Y creyó que una ciudad como Barcelona podría brindarle los medios indispensables. Pero es que además era un pobre emigrado en tierra desconocida... Le hacía falta una mano amiga que le orientara y le ayudara. Y, por eso, si llegó a Barcelona fue porque sabía que en ella le esperaba un viejo amigo, compañero de fatigas y de luchas. Tal fue el motivo principal de la presencia de los Chopitea en la Ciudad Condal en el primer tercio del siglo XIX.



▲ Palafrugell. Vista parcial. Fotografía Puignau.

Se llamaba Mariano Serra y Soler y había nacido en Palafrugell (Girona) de Jacinto y Martina en 1775. Siendo muy joven se trasladó a Chile.

Con vocación de comerciante, inteligente y activo, se labró una buena fortuna. En 1807 se casó en Santiago con una criolla, nacida en la misma ciudad, de nombre Mariana Muñoz y de la Plaza, y tuvo cuatro hijos: dos varones, José María y Mariano, y dos chicas, Carmen y Teresa. El primero había nacido en la capital chilena el 4 de noviembre de 1810.

Toda la familia se vio obligada a repatriarse por las mismas causas que motivaron la vuelta de los Chopitea a España. Cuando sonó la hora de la revolución, el señor Serra había abrazado, lo mismo que don Pedro Nicolás, la causa de la monarquía española, por la cual luchó con lealtad y bravura. Al triunfar el movimiento independentista, se vio obligado a recoger lo que tenía a mano y embarcarse rumbo a España. Se estableció en Barcelona un poco antes que el señor de Chopitea. Sería en 1818. Es seguro que en 1820 ya tenía abierta su casa comercial en la calle Montcada 3, donde tenía también su domicilio[5].

El escenario barcelonés

Al matrimonio Chopitea-Villota le interesaba tener su vivienda cerca de los Serra. Y así se alojó en la calle Barra de Ferro, adyacente y perpendicular a la de Montcada. Pero, por falta de documentación, no se sabe en qué casa o finca. Desde luego tenía que ser muy grande porque grande era también la familia que, en aquel momento (1819), agruparía unos doce miembros. Entre ellos se encontraban dos muchachas, Josefa y María Jesús, y una niña de tres años, que había nacido en Santiago de Chile el 4 de junio de 1816 y llevaba los nombres de Antonia y Dorotea, aunque en el futuro sería conocida exclusivamente por el segundo. Tuvieron un hermanito que les nació en Barcelona en 1821, Pedro Nicolás de Chopitea y de Villota (pág. 146). Resulta difícil dar otros datos seguros[6]. Unos y otros, los Serra y los Chopitea, se dispusieron a emprender una nueva etapa de su existencia. Por el momento no pensaban en Chile: que era como su segunda patria, que quedaba muy lejos y andaba buscando unos caminos inéditos de su propia historia. Pero no lo olvidaban. Sobre todo Pedro Nicolás y Aurrecoechea seguía con gran interés las noticias que le llegaban de Ultramar. ¿No le sería posible

▾ Calle Barra de Ferro, 2008.



algún día recuperar lo mucho que tuvo que abandonar trágicamente en aquella tierra? Él seguía soñando...

El barrio de La Ribera

Era el escenario concreto en el que los repatriados debían afrontar la vida. Parecía un sitio apropiado para ellos, que seguían siendo unos empresarios natos.

Este sector urbano ceñido entonces, lo mismo que toda la ciudad, por las viejas murallas, tenía como eje central la calle Montcada que unía dos antiguos núcleos de población: la *Vilanova del Mar*, junto al puerto, donde más o menos se levanta la iglesia de Santa María del mismo nombre, y en la parte opuesta, a lo largo del llamado *Camino de Francia* –cuyo trazado recuerdan todavía las calles Boria, Corders y Carders–, la *Vilanova de San Pedro* o de *Sant Cugat*.

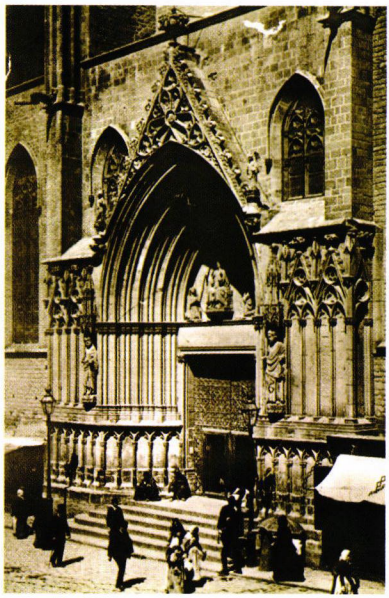
Desde tiempos remotos, ambos enclaves habían sido ocupados por gentes activas e inteligentes. La mencionada calle Montcada y el grupo humano que se fue integrando a su alrededor adquirió también la misma fisonomía. Allí vinieron a parar banqueros y nobles de diversa procedencia. Entre éstos, los mercaderes y los operarios de los núcleos primitivos, del Mar y de Sant Cugat, dieron forma y vida al famoso barrio de La Ribera, en el cual tuvieron cabida la nobleza, la industria, el comercio y las artes, con lo que, desde mediados del siglo XIII, se convirtió en una zona bien poblada, dinámica y rica. En épocas posteriores, absorbió una buena parte de la gestión comercial y gremial de Barcelona.

Este dinamismo y prestigio sociales los mantuvo hasta muy entrado el siglo XVIII, cuando algunas familias de cierta categoría económica comenzaron a trasladarse, poco a poco, hacia la calle Ancha (*carrer Ample*) y las Ramblas, cuya urbanización se iniciaba entonces. Este hecho motivó que descendiera el nivel social del barrio, cuyo vecindario se hizo cada vez más modesto.

Pero, así y todo, cuando por los años 1818 y 1819 los Serra y los Chopitea se establecieron respectivamente en las calles Montcada y Barra de Ferro, el barrio de La Ribera conservaba todavía el empaque de su antiguo esplendor y, hasta que no cayeron las murallas de la ciudad después del 1850, estuvo densamente poblado y muy animado por una actividad trepidante, tal como lo ha descrito Santiago Rusiñol y Prats en su conocidísima obra *L´auca del senyor Esteve* (1907)[7].

Todo este ambiente de trabajo y dinero, de talleres y establecimientos comerciales, tenía un punto de referencia insoslayable en su célebre *Mercado del Borne*, uno de los más importantes de Barcelona,

al lado de los de la Boquería y de Santa Catalina que se instalarían más tarde, y se comunicaba con el casco antiguo de Barcelona principalmente por la calle llamada de Platería *(Argenteria)*. Pero cerca del mercado tenía otro edificio no menos emblemático, al cual nos hemos de referir, principalmente, dada la naturaleza de este libro.



▾ Fachada de la iglesia de Santa María del Mar. Fotografía de autor desconocido. AHCB-A.

La «Catedral de La Ribera»

La iglesia parroquial de Santa María del Mar ha merecido algún estudio excelente desde el punto de vista arquitectónico y artístico[8], pero nadie ha acometido todavía el trabajo de analizar a fondo la historia de su vida religiosa y de su acción pastoral, sobre todo durante el siglo XIX. Y, sin embargo, éste es el aspecto que más nos interesa a nosotros, porque la vocación cristiana de las familias Chopitea y Serra se fue alimentando durante muchos años de esos nutrientes espirituales[9].

Liturgia, devociones, acción pastoral

La iglesia de Santa María –la mejor y las más perfecta creación del gótico catalán– comenzó a construirse en 1329 y quedó abierta al público en 1384. En ella floreció enseguida una vida parroquial exuberante y hasta esplendorosa en sus múltiples manifestaciones religiosas y sociales. Se fue formando así la denominada catedral de La Ribera, el centro espiritual del barrio que hemos descrito y una de las parroquias más importantes de las siete que contaba la ciudad de Barcelona a comienzos del siglo XIX.

No es que fuera muy extensa pero, ya desde finales del siglo anterior, era la que tenía mayor número de feligreses: más de 30.000[10]. Una de las notas más destacadas de su religiosidad consistía en esa «*vocació sagramentalista*», a la que alude significativamente el señor Curet[11], y que todos los años cobraba su expresión más relevante en la procesión del *Corpus Christi*. Desde 1540 se celebraba el domingo que cae dentro de la octava de la fiesta, y a ella asistían los representantes de los gremios, que tanta parte habían tenido en la construcción, admirable y rápida, de la iglesia, y el Ayuntamiento en pleno. Si esta procesión superaba a veces en magnificencia a la de la catedral era porque la parroquia de Santa María del Mar figuraba como la más rica de la ciudad de Barcelona[12].



▲ Iglesia de Santa María del Mar. Interior.

Las celebraciones litúrgicas solían ser también solemnes y hasta un tanto fastuosas. En ellas tomaban parte las numerosas asociaciones, que fueron brotando precisamente de la misma vida cristiana que se llevaba en la parroquia. Cabe recordar entre las mismas la *Cofradía de la Minerva*[13], *la Pía Unión del Santísimo Rosario*[14], *la Pía Unión del Sagrado Corazón de Jesús*[15], *la Archicofradía de la Corte de María*[16], *la Obra de la Santa Infancia*[17], *la Pía Unión de Nuestra Señora del Carmen*[18].

Pero este asociacionismo parroquial no estaba sólo en función de las devociones, sino que prestaba algunos servicios asistenciales en favor de los pobres. La Parroquia de Santa María del Mar aún en 1916 mantenía a sus expensas la institución llamada *Plato de pobres vergonzantes*. Antonio Aymar y Puig calcula que tal institución ya existía en 1320 y explica así el objetivo de la misma: «Dedicados gran parte de los moradores de Barcelona, en especial los habitantes en la colación de la parroquia de Santa María del Mar, al comercio y a la navegación, forzosamente habían de sufrir algunas adversidades a que están expuestos los que ejercen dichas ocupaciones»[19]. Otras parroquias barcelonesas habían sostenido también tal institución caritativa durante algún tiempo, pero en la fecha en que se redactaba este folleto (1916) sólo la mantenían dos: la que estamos estudiando y la de Santa María del Pino, «de la que tengo noticias –declara el mismo Aymar y Puig– del año 1494»[20].

Animadores natos de toda la vida parroquial eran por supuesto los párrocos, llamados también hasta el Concordato de 1851, *vicarios perpetuos*. En 1831 ya lo era mossèn Joan Perelló y Oliva, al que siguieron después Josep Gorgas y Torra y Joan Torras. Les ayudaban en el ministerio pastoral –*cura de almas*– los presbíteros nombrados como *vicarios*. Junto a éstos figuraban los *beneficiados* quienes, con los anteriores, formaban una corporación o *comunidad* compacta[21] y numerosa[22]. Intervenían en los actos de culto que tenían organizados minuciosamente[23] pero sin asumir directamente cargas pastorales. El cuadro de los máximos responsables de la vida de la parroquia se completaba con la presencia y actuación de la *Ilustre Junta de la Obra*. Aunque sus funciones se limitaban a auxiliar al clero parroquial arbitrando recursos para el mantenimiento del

culto y de la fábrica del templo, de hecho su actuación podía invadir también ciertos aspectos organizativos. Desde el lejano 1475 ostentaba un carácter laico, en cuanto que estaba formada por cinco *obreros* seglares pertenecientes a diversos estamentos de la ciudad: un noble o militar, un ciudadano honrado, un mercader, un artista y un menestral.

Si los tres elementos que se acaban de mencionar –el cura párroco con los vicarios, los beneficiados y la Junta de la Obra– actuaban eficazmente y en armonía, la buena marcha de la parroquia estaba asegurada; de lo contrario, surgían las situaciones conflictivas.

Durante todo el siglo XIX, la llamada *Catedral de La Ribera* prestó sus servicios religiosos con dedicación, sentido eclesial y dignidad litúrgica. Aunque no se vio libre de tensiones internas, ni mucho menos. Pero en general los feligreses estuvieron bien atendidos. Los domingos, por ejemplo, el templo abría las puertas a las seis de la mañana para dar inicio a los turnos de Misas: una cada media hora. La música que se cultivaba y se exhibía era muy apreciada por todos, según nos recuerda el *Baró de Maldà*[24].

Tal era el ambiente religioso que las familias Chopitea y Serra encontraban tan pronto como salían del ámbito de la vida privada. Si en su casa reinaba un intenso espíritu cristiano que moldeaba todas las formas de la vida, tal espíritu se alimentaba cada día del pensamiento y de las emociones religiosas que experimentaban en la comunidad parroquial. La iglesia de Santa María del Mar la tenían a dos pasos de sus respectivos domicilios. La protagonista de este libro fue templando en ella, año tras año, su conciencia cristiana[25].

Liberalismo-Antiliberalismo. Clericalismo-Anticlericalismo

La parroquia del barrio de La Ribera tuvo que sufrir las tensiones que comportaron en toda la Iglesia barcelonesa el Trienio Constitucional (1820-1823), primero, y la reimplantación del régimen absolutista por parte del rey Fernando VII durante la llamada *década ominosa* (1823-1833), después.

A los pocos meses de la llegada de los Chopitea a Barcelona, el general Rafael de Riego Núñez se pronunciaba en Cabezas de San Juan (Sevilla, 1 de enero de 1820) contra el absolutismo del rey proclamando la Constitución de 1812. No es que tuviera un gran éxito al inicio, pero luego, todas las regiones fueron entrando, una detrás de la otra, en el movimiento constitucionalista. Barcelona se adhirió el 11 de marzo y, en plena euforia liberal, la gente asaltó

las cárceles de la Inquisición y puso en libertad a los presos[26]. El pueblo barcelonés aparecía mayoritariamente constitucionalista. Por su parte, la monarquía fernandina capitulaba por momentos. En su manifiesto a la nación del 10 de marzo, Fernando VII había concluido diciendo: «Marchemos francamente, y Yo el primero, por la senda constitucional»[27]. Se abría así en España un nuevo período de libertades: el *Trienio Constitucional.*

Pero se abría también la lucha entre constitucionalistas y absolutistas. El clero barcelonés estaba adscrito en su mayor parte a la corriente conservadora y era partidario del Antiguo Régimen. Dado el prestigio de que gozaba, podía expresar su actitud antiliberal de diversas maneras e influir así sobre la opinión de los feligreses. Comenzó por aceptar la Constitución, pero no pudo asumir algunas medidas legislativas que emanaba el nuevo gobierno, como la expulsión de los jesuitas y la supresión de la vida monástica. Por eso tuvo que sufrir mucho en los momentos álgidos de la revolución. El «terror liberal» arremetió duramente contra los eclesiásticos quienes fueron atacados de palabra y de obra, encarcelados y desterrados; algunos, pasados por las armas. Los monasterios y los conventos se convirtieron particularmente en objeto de la furia de los sectarios. En Cataluña llegó a haber 74 muertos, la mayoría de los cuales pertenecían a la diócesis de Barcelona, cuando en el resto del Estado español no pasaron de diez[28]. «*Del setembre de 1822 fins a l'ocupació del país per les tropes del mariscal Moncey [novembre 1823], la clerecia catalana conegué la primera persecució de la seva història*», según G. Feliu y Montfort[29].

En julio de ese año, 1822, habían hecho su aparición los guerrilleros –*bandes de la fe* o cuadrillas de la fe–, declarados defensores del absolutismo. Argumentando que el rey de España estaba secuestrado por los liberales, formaron la llamada *Regència d'Urgell* (la Seo de Urgel, Lérida, 14 de agosto). Lo cual comportaba una grave división: mientras Barcelona se inclinaba hacia unas actitudes liberales, *la montaña* se decantaba por los principios absolutistas. Era la guerra civil. No duró mucho, porque el capitán general de Cataluña, Francisco Espoz y Mina, fue apoderándose de todos los núcleos rebeldes y reprimió a los vencidos con métodos terroristas. El primero de abril del año siguiente, 1823, anunciaba que Cataluña estaba ya en paz... Pero, a los siete días, las tropas francesas comenzaban a invadir el territorio español para volver a instaurar el régimen absolutista de Fernando VII.

En medio de estos avatares, comienza a entrar en juego un nuevo elemento que va a tener un peso importante en el futuro: la participación de clérigos y frailes en el levantamiento realista había creado en el pueblo barcelonés un sentimiento anticlerical. Era la primera vez que ocurría esto[30].



▾ Rafael de Riego Núñez (1785-1823).

La llegada a España de los *Cien mil Hijos de San Luis*, que entraron en Barcelona el 4 de noviembre de 1823, y la liberación del rey Fernando VII dieron la victoria a los realistas. Altar y Trono se abrazaron de nuevo. La clerecía catalana y barcelonesa deseaban que las cosas volvieran al estado en que se encontraban antes del golpe revolucionario del coronel Rafael de Riego (1820). El obispo barcelonés, Pau de Sitjar, en la carta que dirigía a todos sus diocesanos con fecha 2 de junio de 1824, insistía en los sentimientos cristianos del perdón y de la fraternidad. Y recomendaba explícitamente a sus sacerdotes que fueran constructores de la paz: «Como por nuestro elevado carácter somos unos mediadores entre Dios y los hombres, seamos unos reconciliadores entre nuestros hermanos»[31]. Pero si no habían sido capaces de discernir los diversos aspectos del movimiento liberal, ahora, en la euforia del triunfo, corrían el peligro de caer en comportamientos revanchistas y vengativos. Además, si ellos andaban divididos, no era menor la fragmentación, política y social, que padecía en general la sociedad catalana.

El período de la segunda restauración fernandina abarca diez años (1823-1833) y ha pasado a la historia con la denominación de *década ominosa*, o sea, década abominable, aunque no todo fue negativo en aquel gobierno.

En Barcelona y en los primeros años, la represión contra los liberales estuvo moderada por la presencia de las tropas francesas que abandonaron la capital en 1827. Durante los cuatro años de ocupación, desde noviembre de 1823 hasta noviembre de 1827, ejercieron más bien una función moderadora.

Pero, mientras tanto, en Cataluña se había ido enrareciendo el ambiente político y deteriorando la convivencia social: los monárquicos *ultras, extremistas o apostólicos* no estaban de acuerdo con que el rey no fuera más intransigente con los liberales y que a ellos les tuviera marginados. ¿No se habían batido ellos voluntariamente por el

rey Fernando en 1808 y en 1822? Y, agraviados y descontentos, se declaraban absolutistas puros y amenazan con reconocer como rey de España al hermano de Fernando, Carlos María Isidro de Borbón. Campesinos arruinados, antiguos guerrilleros realistas, aventureros fanáticos, militares y clérigos nutrían las filas de la insurrección[32]. Era la *Revuelta de los Agraviados* o la *Guerra dels Malcontents*, y, de hecho, «el primer levantamiento carlista»[33]. A pesar de varios fracasos en el Sur, conseguían formar en Manresa una llamada *Junta Superior de Govern de Catalunya* (agosto de 1827).

El rey Fernando decidió dar la cara, llegarse hasta Cataluña y restablecer la paz. A mediados de septiembre, antes de iniciar el viaje, destituyó al capitán general de Cataluña, Francisco José Bernaldo de Quirós, marqués de Campo Sagrado, y lo reemplazó por Charles d'Espagnac (o Lespignac), Conde de España, quien aplastó rápidamente la subversión en todos sus focos –Manresa, Berga, Vic–. El rey entró triunfalmente en Barcelona el 4 de diciembre de 1827, acompañado de su tercera mujer, la reina Amalia. Los monarcas permanecieron cuatro meses, hasta el 9 de abril del año siguiente. Parecía incluso que lograban la adhesión de las clases medias... Pero no. La represión tiránica que el Conde de España ejerció con absoluta arbitrariedad durante cinco años seguidos (1827-1832)[34], alejó a los barceloneses de toda reconciliación posible. «Más que nada, fue su tiranía la que convirtió a Barcelona al liberalismo»[35].

En este ambiente religioso y político, creado durante el reinado de Fernando VII, comenzaron a desarrollarse los hechos que historiamos en el capítulo presente.

Crecimiento y crisis

Desde el primer momento, las dos familias –Chopitea y Serra–, unidas por los mismos ideales y por la misma desgracia, trataron de restablecer y de estrechar aún más la vieja amistad que habían mantenido en Santiago de Chile. Pedro Nicolás y Mariano eran profesionalmente hombres de negocios; en lo político, conservadores moderados y, en lo religioso, católicos practicantes de orientación tradicional.

Entre el claustro y la empresa

El primero tuvo una hija que optó por el claustro. Josefa de Chopitea y de Villota había nacido en Santiago de Chile en 1807 y, una vez en Barcelona, se había hecho cargo directamente de la educación de su hermanita Dorotea, a la cual le llevaba nueve años de edad. Así habían dispuesto los



▲ Convento de Nuestra Señora de los Ángeles. Fotografía de autor desconocido. AHCB-AF.

padres, empeñados en que a ninguno de sus hijos pequeños les faltara la necesaria asistencia educativa. La familia era numerosa y debía crecer contando en lo posible con los propios recursos. Josefa ingresó en el convento barcelonés de Nuestra Señora de los Ángeles, de monjas dominicas claustrales, el 27 de diciembre de 1831, y, después de un año de noviciado más o menos crítico, emitió los votos solemnes en la Orden, en la cual sería conocida por Sor Juana. Otra de las hijas de don Pedro, María Jesús de Chopitea y de Villota, escogió el camino del matrimonio y casó con Francisco María de Cerveró y Moxó, natural de la ciudad de Cervera (Lérida). Y, así que iba avanzando el tiempo, se hacía más evidente que la hija Dorotea se inclinaba también por la vida conyugal: lo estaba demostrando su prematuro instinto de maternidad.

En el seno de la familia de don Mariano ocurría algo similar, porque también en ella entraba la religión como un valor *fundante*. Atendiéndonos a los datos seguros que poseemos, las dos hijas mencionadas Carmen y Teresa Serra y Muñoz fueron enviadas a estudiar a Perpiñán donde conocieron la Congregación del Sagrado Corazón de Jesús, fundada por Santa Magdalena Sofía Barat y ya extendida en Francia. Y tanto se sintieron atraídas por los ideales y el espíritu

de aquella asociación que terminaron por ingresar en ella. Fue alrededor del año 1840, como se verá en el capítulo siguiente[36]. En cambio, su hermano José María –un criollo de nueve años cuando pisó por vez primera la tierra de sus antepasados– fue enviado por sus padres a Marsella para realizar los estudios y, al terminarlos, volvió a Barcelona para ayudar a sus padres en la empresa comercial[37]. Hacia 1830, tal como se acostumbraba en las casas de la burguesía catalana, también don Mariano tuvo que ir pensando en el futuro matrimonio de su hijo mayor.

Nace el amor

Como se ha dicho, Dorotea había venido a este mundo en Santiago de Chile en 1816 cuando, en medio de las luchas civiles, aún no se había echado la suerte del futuro político del país. El nombre de Dorotea quiere decir en griego don o regalo de Dios. Y sin duda aquella niña lo iba a ser para muchas personas, no tanto en su patria de origen cuanto principalmente en Barcelona y Cataluña.

Podemos suponer que tuvo una infancia –7 años en 1823– y una adolescencia –12 años en 1828– tranquilas, así como también la entrada en la juventud, si bien sus padres debieron de experimentar las dificultades de aquellos años. Sea como sea, con la ayuda de amigos y conocidos, fueron recuperando parte al menos de la situación económica perdida y pudieron atender con cierta holgura a las necesidades de su numerosa prole. Y es que entre los años veinte y treinta la burguesía iniciaba un proceso de recuperación[38].



▲ Nuestra Señora de los Ángeles. Imagen de alabastro, siglo XIV.

No anduvieron preocupados en busca de un colegio para la educación de la hija Dorotea. La formaron entre el hogar y la iglesia, dos valores profundamente sentidos en aquella familia de corte patriarcal. En casa, según queda referido, confiaron la niña al cuidado inmediato de su hermana Josefa y, en la parroquia, encontraron un joven sacerdote cuyo nombre hemos de mencionar aquí, porque él transmitió concretamente a Josefa y a Dorotea lo mejor de aquella vida de fe, que florecía en la comunidad parroquial de Santa María del Mar.

Se llamaba Pere Naudó y Cassí. Había nacido en Enveitg –Francia, Pirineos Orientales– el 30 de marzo de 1801. No tardó en ser nombrado vicario y beneficiado de la mencionada iglesia parroquial. Recibió el beneficio en 1825[39]. Se lo merecía sin duda, porque siempre se distinguió por su honradez, sentido de Iglesia y celo pastoral. Sobre todo, por la piedad. Naudó fue un cura piadoso, un hombre de Dios. En 1845 había establecido en la parroquia la mencionada Archicofra-

día de la Corte de María y en 1854 promovió en la misma parroquia la Obra de la Santa Infancia. Antes de 1830 había entrado en relación íntima con la familia Chopitea, sobre todo a través de la joven Josefa, a quien orientó a la vida monástica, y de la adolescente Dorotea, a la que ayudó a encaminarse a la vida matrimonial. Pero la relación de Naudó con Dorotea no tuvo carácter accidental o pasajero, porque ésta lo había escogido como confesor y guía espiritual ya en 1829, cuando ella sólo tenía trece años, y tal amistad, de orden puramente religioso, duró por espacio de 53 años seguidos. Se mantuvo incluso cuando la señora cambió de domicilio y de demarcación parroquial a inicios de los años setenta. Únicamente les separó la muerte. Mossèn Naudó pasó a mejor vida el 4 de marzo de 1882[40]: tenía 81 años, y Dorotea, 66. Esta había ido madurando día a día su personalidad cristiana sirviéndose del ministerio sacramental y del acompañamiento espiritual que le ofrecía mossèn Naudó. Acompañante y acompañada entendían vivir la fe que confesaba y practicaba la comunidad cristiana de Santa María del Mar. Es necesario tener presente este dato que aporta con toda intencionalidad el primer biógrafo de doña Dorotea[41] y sirve para calibrar la estructura religiosa de la misma.

Mientras tanto la vida seguía. Dorotea a los quince años –según la descripción que nos ha dejado el biógrafo Nonell– tenía un cuerpo «alto y bien proporcionado; en su porte exterior resplandecían una sencillez sin desaliño, una modestia sin encogimiento y una gravedad sin afectación; era inteligente, mas no presumida; enérgica y laboriosa, más no precipitada»[42]. Su mirada era limpia y penetrante. El señor Serra creyó encontrar en aquella muchacha el tipo de mujer que soñaba para su hijo José María. Trató del asunto con don Pedro Nicolás. Los dos jefes de familia se pusieron enseguida de acuerdo con mutua satisfacción. Y en consecuencia empezaron felizmente las relaciones entre ambos jóvenes. A partir de este momento, que podemos situar en torno a 1831, los acontecimientos se precipitaron.

La vuelta a América

Efectivamente, don Pedro de Chopitea decidió emprender un viaje a Montevideo con el propósito de liquidar allí ciertos negocios pendientes y regresar después a Barcelona. Le acompañaban sus hijos mayores. Pero una vez en aquella capital, se sintió muy enfermo y prácticamente herido de muerte. Por eso pidió a su esposa que se trasladara a Montevideo con todo el resto de la familia, ya que él no podía resignarse a permanecer lejos de los suyos. Doña Isabel se dispuso a secundar los deseos del marido.

La situación de sus hijas Josefa y Dorotea le plantearon las dificultades más serias. La primera estaba haciendo el noviciado en el convento de las dominicas de Nuestra Señora de los Ángeles, en el barrio del *Distrito Quinto* –hoy, del Raval–; la segunda se sentía muy ligada a su hermana mayor y, sobre todo, a su novio hacia quien sentía un verdadero afecto. Las dos hermanas entraron en una lucha interior dolorosísima: debían escoger entre el amor a los padres y la fidelidad a su propia vocación personal. Las dos se inclinaban a quedarse en Barcelona y se apoyaban mutuamente.

Pero la madre, que conocía las dudas que le estaban golpeando a su hija en el camino vocacional, pensó que, si le presionaba un poco antes de que profesara, acabaría por ceder y arrastraría consigo a Dorotea. Y se animó a dar el asalto. Porque, al fin y al cabo, Josefa ¿no podría seguir su vocación religiosa, claustral o no, residiendo en Uruguay o en Chile? Y Dorotea, ¿no podría mantener su amor hacia José María cultivándolo durante algún tiempo desde América? Pero la buena Isabel fracasó en los dos frentes.

Josefa tuvo la impresión de que le estaban empujando para que saliera del convento y reaccionó con absoluta entereza: ella se quedaba dentro. Al poco tiempo, el 28 de diciembre de 1832, se unía para siempre a Dios con los votos solemnes de obediencia, castidad y pobreza. En el futuro sería la Madre Juana.

También Dorotea resolvió en el mismo sentido el dilema que se le planteaba. Como de costumbre en circunstancias similares, se encomendó a Dios con la plegaria y se aconsejó con mossèn Naudó. Después manifestó su pensamiento a la madre: aunque ésta tenía la última palabra, ella prefería no separarse del novio... Las dos familias comprendieron y respetaron la voluntad de la muchacha, y dispusieron adelantar el día de la boda a fin de que doña Isabel y sus hijos, que marchaban a América, lo hicieran con mayor tranquilidad. En el fondo, estos avatares que tuvo que sufrir la familia Chopitea durante el año 1832 sirvieron para afianzar la opción vocacional de cada una de las dos hermanas, que se querían entrañablemente.



▲ Pedro Naudó Cassí. Firma autógrafa.

El sí del comerciante

El 22 de octubre de 1832 ya se habían hecho las proclamas matrimoniales en la iglesia de Santa María del Mar. El novio ya apare-

ce con el título de «*comerciant*»; ya es un personaje importante. La novia, en cambio, no tenía ninguna cualificación especial. Siguiendo una fórmula estereotipada, se afirma de ellos que estaban instruidos en materias de fe, que eran feligreses desde la niñez y que contaban con el consentimiento de los padres[43]. A los pocos días, el 29, José María y Dorotea se unían en matrimonio. Él estaba a punto de cumplir los 22 años; ella hacía pocos meses que había cumplido los 16. Iniciaban entonces una nueva ruta que juntos iban a recorrer, paso a paso, a lo largo de muchos años.

En aquel momento, la joven esposa tuvo que sufrir el trance doloroso de la separación de su madre y hermanos, que partían a América. Era verdad que le quedaban cerca sus hermanas, María Jesús, casada, y Juana, profesa en las dominicas del Raval, pero se hacía cargo de su condición de vida: los padres eran unos emigrantes, zarandeados por las avatares de la guerra, y los miembros de la familia andaban dispersos, incluso más allá del océano. En estas circunstancias no pudo evitar la angustia del desarraigo y la soledad. Pero, en fin, le consolaba profundamente la acogida que le dispensaban los suegros, establecidos en el palacio conocido, desde mediados del siglo XVIII, como el del Marqués de Llió y señalado hoy con el número 12 de la calle Montcada. Allí tenía su corazón, su familia, su futuro.

La crisis dinástica y política

Aquel mes de octubre había comenzado preñado de novedades políticas, porque en la corte de Madrid había estallado un choque violento sobre la cuestión de quién debía suceder al rey Fernando VII en el trono de España. En marzo de 1830, el monarca había aprobado la Pragmática Sanción que excluía del trono a su hermano Carlos María Isidro de Borbón, incluso en el caso de que su mujer, la reina María Cristina de Nápoles –o de Borbón– diera a luz una niña. Con esto anulaba la llamada *Ley Sálica*, que vetaba a las mujeres acceder al trono.

La reina, la cuarta esposa de Fernando, carecía de convicciones liberales. Lo único que anhelaba ardientemente era que el fruto de sus entrañas, fuera varón o mujer, ocupara el trono de España. Por tanto, su enemigo número uno era el *pretendiente* Carlos María Isidro, a quien quería ver excluido de la línea sucesoria. Para lograrlo estaba dispuesta a recibir toda la ayuda posible, viniera de donde viniera. El 10 de octubre de 1830 dio a luz una niña, a quien le pusieron el nombre de Isabel.

La crisis dinástica estaba servida. A los dos años, en septiembre de 1832, el rey se veía herido de muerte por un violento ataque de gota, y dejaba las riendas del gobierno en manos de su mujer, nombrada gobernadora del reino. Carlos María Isidro y sus partidarios aprovecharon la ocasión para obligarla a revocar la Pragmática Sanción[44]. Pero los seguidores de la reina gobernadora reaccionaron con fuerza y llamaron a todos los enemigos de don Carlos y del mismo rey Fernando. Nacía así el partido *cristino* enfrentado al *carlista*.

El día uno de octubre (1832) se operaba el cambio de gobierno, encabezado por Francisco Cea Bermúdez. Sus partidarios más radicales no se conformaban con un liberalismo moderado o de simples reformas administrativas, sino que exigían una orientación política totalmente nueva. Así, volvieron al poder los liberales, mientras que los voluntarios realistas quedaban eliminados. El cambio político alcanzó también a la capitanía general de Barcelona: el conde de España fue sustituido por el general Manuel Llauder, conde de la Vall de Ribes. No era ningún liberal, pero era al menos un hombre sensato y disciplinado; era, además, catalán. Los barceloneses se alegraron.

A finales de 1832 y comienzos del siguiente, el rey Fernando aprovechó una mejoría en su estado de salud para condenar la intentona carlista, aprobar la conducta de la reina y restablecer la Pragmática Sanción. Murió el 29 de septiembre de 1833, después de haber presenciado, en el mes de junio, la jura de su hija Isabel como heredera del trono de España.

Barcelona recibía con satisfacción la noticia de la desaparición del monarca. Pero a los pocos días, 5 de octubre, en Prats de Lluçanès (Barcelona) se oyó el grito de *Visca Carles v!* Era la guerra civil, la primera guerra carlista (1833-1840). Apenas podía terminar de otra manera la serie de rivalidades, divisiones, levantamientos y pugnas que hemos visto sucederse en Cataluña durante los últimos diez años...

NOTAS

[1] Chopitea (Txopitea) es un apellido vasco muy difundido por algunos pueblos de Bizkaia, como Amoroto, Lekeitio y Markina.

[2] Cf M. Artola Gallego, *La España de Fernando VII*. I, *La Guerra de la Independencia y los orígenes del constitucionalismo*. Ed. Espasa Calpe, Madrid 1996, 608-610 (*Historia de España. Ramón Menéndez Pidal*, XXXII, 1). V. Palacio Atard, *La España del siglo XIX, 1808-1898*. Ed. Espasa Calpe, Madrid 1978, 137-148.

[3] El hecho aquí expuesto está tomado de cuanto dice Jaime Nonell en su conocida biografía sobre doña Dorotea de Chopitea, que se cita a continuación. Indudablemente él lo recogió de los recuerdos de la misma familia.

[4] *Vida ejemplar de la Excelentísima Señora Doña Dorotea de Chopitea, Viuda de Serra*. Tipografía y Librería Salesianas, Barcelona-Sarrià 1892, 11-12.

[5] Cf A. De Artiñano, *Biografía del Excmo. Sr. D. José María Serra y Muñoz*. Imprenta Peninsular, Barcelona 1882, 7.

[6] Cf L. Lira Montt, *Genealogía de la Venerable Sierva de Dios chilena, doña Dorotea de Chopitea y Villota*. Ed. C.S.I.C., Madrid 1983, 8-9. Según este autor los hermanos Chopitea Villota fueron 16, de los cuales 12 nacieron en Santiago de Chile y 4 en Barcelona. Dorotea fue el último de los hermanos nacidos en la capital chilena.

[7] El futuro literato y pintor había nacido en la calle Princesa, muy cercana a las de Montcada y Barra de Ferro. La familia del padre debía su prosperidad económica a la industria textil. Cuando quedó huérfano de padre y madre, a Santiago lo llevaron a un colegio situado en la citada calle Barra de Ferro donde pasó algún tiempo en régimen de medio pensionista. Murió en Aranjuez (Madrid) en 1931.

[8] Cf B. Bassegoda i Amigó, *Santa María de la Mar. Monografía histórica-artística*. 2 vols. Indústries Gráfiques Fills de J. Thomas, Barcelona 1925–1927. El ilustre arquitecto toma algunas noticias del folleto publicado por O. Biada i Viada, *Noticia histórica del origen, vicisitudes, acontecimientos, instituciones y feligreses ilustres de la Iglesia Parroquial de Santa María del Mar*. Edit. y Lib. Pontificia E. Subirana, Barcelona 1918.

[9] Por eso, de la citada obra de B. Bassegoda nos interesan especialmente los capítulos VII-XII del vol. II, en los que se hace referencia a los aspectos internos de la vida parroquial: responsables, cofradías, fiestas, procesiones.

[10] Cf F. Curet, *Visions barcelonines (1760-1860). La vida religiosa*. Dalmau i Jover, Barcelona 1955, 57.

[11] *Visions barcelonines (1760 -1860). Costums, festes i solemnitats*. Dalmau i Jover, Barcelona 1957, 303.

[12] Quedó suprimida durante varios años (hasta 1939) a raíz del atentado terrorista del 7 de junio de 1896 en la calle Canvis Nous. Cf R. Tasis, *Barcelona. Imatge i història d'una ciutat*. Rafael Dalmau, Editor, Barcelona 1961, 436.

[13] Su objetivo consistía en difundir el culto al Santísimo Sacramento. Organizada desde 1524, la cofradía había establecido la práctica de las *Cuarenta Horas* ya en 1682, y para 1814 había añadido nuevas prácticas de piedad, como Media hora de oración mental, Exposición con Su Divina Majestad, Trisagio, Estación al Santísimo Sacramento, pláticas y sermones. En 1829, contando con la autorización del obispo Pau de Sitjar, las había extendido a otras circunstancias. Ver el oficio que le dirigen «los Obreros de la Iglesia Parroquial de Santa María del Mar [...] y los Administradores de la Cofradía» con fecha 28 –XI– 1829: *Arxiu Diocesà de Barcelona* (=ADB), *Parròquies. Santa Maria del Mar*, II.

[14] La cual tenía agregada desde noviembre de 1819 la *Pía Unión del Sagrado Corazón de María, Virgen Madre de Dios*. Ver el oficio que el cura párroco Josep Gorgas dirigía al Obispado en fecha 20 –XI– 1849: *Ibid.*, III.

[15] Quedó constituida en 1838, cuando el citado rector José Gorgas y los Ilustres Obreros de la parroquia se la pidieron al obispo Pedro Martínez de San Martín: «Los parroquianos agregados [a la Pía Unión] –argumentaban– podrán disfrutar del inmenso Tesoro de las Indulgencias concedidas por los Sumos Pontífices y de las que Vuestra Excelencia Ilustrísima tenga a bien concederles». Los ejercicios de piedad se centraban en la novena de la fiesta del Sagrado Corazón y en el primer viernes o domingo de cada mes. El prelado no tuvo inconveniente en aprobar tales propósitos. Y así, la parroquia de Santa María del Mar se convirtió en un verdadero vivero de esta devoción, destinada a extenderse a todos los centros religiosos de la ciudad de Barcelona. Ver el oficio fechado el 8 –VI– 1838: Ibid., II.

[16] Establecida canónicamente a mediados de 1845, había sido durante muchos años «medio eficacísimo para fomentar la devoción a la Santísima Virgen». En 1882 andaba buscando fondos por medio de la creación de un Montepío. Ver el oficio que los representantes de la Junta Directiva dirigían al obispo diocesano con fecha 22 –VII– 1882: *Ibid.*

[17] Fundada por el obispo de Nancy (Francia) en 1843, tenía por objetivo implicar a los niños en la acción misionera de la Iglesia con sus oraciones y limosnas. Más tarde (1992) adquirió la categoría de *Obra Pontificia*. Había quedado establecida en la Parroquia de Santa María del Mar en 1854. Ver el oficio del rector Joan Perelló al obispo, con fecha 16 –II– 1854: *Ibid.*, 1.

[18] Erigida canónicamente en 1861, según puntualiza el rector Joan Torras. Ver oficio del secretario de la Junta Administradora de dicha Pía Unión con fecha 3 –V– 1879: *Ibid.*, III.

[19] *Plato de pobres vergonzantes de la Parroquia de Santa María del Mar*. Barcelona 1916, 1.

[20] *Ibid.*, 2.

[21] Cf *Estatutos de la reverenda e insigne comunidad de beneficiados de Santa María del Mar de Barcelona*. Imprenta de los herederos de la Viuda de Pla, Barcelona 1866.

[22] En la *Guía estadística de Barcelona y manual de forasteros para el año 1836* Barcelona [1836] 129 se cifra su número en «unos ochenta».

[23] Cf *Resumen de las principales rúbricas generales que deberán observar los individuos de la comunidad de Sta. María del Mar en las funciones divinas, conforme a las disposiciones de las santas visitas, disciplina, práctica de la iglesia y solemnidad del culto*. Barcelona s/a. Tales rúbricas entraron en vigor por la aprobación del obispo Pau de Sitjar, el 12 –VII– 1815. Se editó al menos otro *Resumen* en 1866.

[24] Rafael d'Amat i de Cortada, Baró de Maldà, *Costums i tradicions religiosos de Barcelona. «Calaix de sastre»*. Edició a cura de Josep M. Martí i Bonet, Lluís Bonet i Armengol i Isabel Juncosa i Ginestà, Arxiu Diocesà de Barcelona 1987. Ver en el índice onomástico: Santa Maria del Mar, Música de.

[25] Para una visión más amplia de la vida eclesial en Barcelona, cf J. Bada, *L'Església de Barcelona en la crisi de l'Antic Règim* (1808-1833). Facultat de Teologia de Barcelona, Editorial Herder, Barcelona 1986, 253-357.

[26] Cf R. Tasis, *Barcelona. Imatge i història d'una ciutat*, 289.

[27] *Gaceta extraordinaria de Madrid*, domingo 12 –III– 1820.

[28] Cf J. Fontana, *La fi de l'Antic Règim i la industrialització (1787-1868)*. Edicions 62, Barcelona 2003, 204 (*Història de Catalunya*, vol. 5).

[29] *La clerecia catalana durant el trieni liberal. Institut d'Estudis Catalans*, Barcelona 1972, 171.

[30] Cf R. Tasis, *Barcelona...*, 294-295.

[31] Ver toda la circular en G. Feliu y Montfort, *La clerecia catalana...*, 209-214.

[32] Cf J. Fontana, *La fi de l'Antic Règim...*, 215-221.

[33] R. Carr, *España 1808-1975*. Ed. Ariel, Barcelona 1992, 155.

[34] Cf R. Tasis, *Barcelona...*, 304-307.

[35] R. Carr, *España...*, 156.

[36] En una biografía muy difundida de la citada fundadora se lee que fue el padre Font quien les dijo: «en la Sociedad del Sagrado Corazón encontraréis los medios para llegar a la vida de perfección que buscáis». Según unos, el mencionado padre Font sería un capuchino (Cf Baunard, *Histoire de Sainte Madeleine-Sophie (Madame Barat)*, vol. II. Éditeur J. de Gigord, Paris 1925, 285); según otros, un jesuita (Cf Religiosas del Sagrado Corazón de Jesús, *Cien años de educación cristiana, 1846-1946*. Librería General, Zaragoza 1946, 228).

[37] En referencia al hermano de José María, llamado Mariano como el padre, no sabemos nada; tal vez, debió de morir pronto.

[38] Cf J. Fontana, *La fi de l'Antic Règim...*, 234-235.

[39] Cf *Regestum Collationum et Possessionum titulorum ecclesiasticorum. An. 1825. Beneficium Sancti Thoma et Sanctae Paulae. Mar. Naudó, fol 17r-v*, en *ADB*.

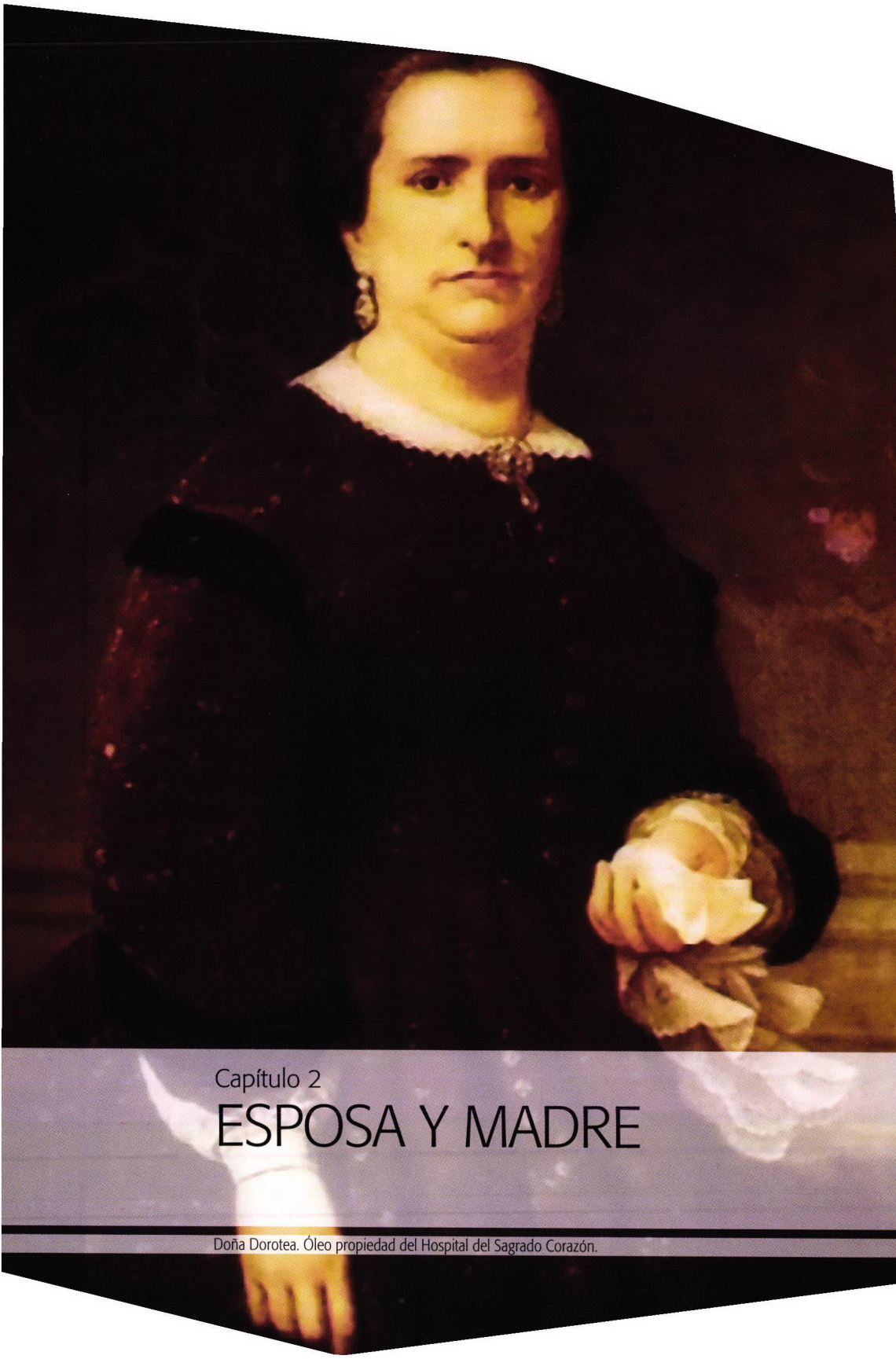
[40] Cf *Boletín Oficial Eclesiástico del Obispado de Barcelona*, n. 988 (1882) 192.

[41] Cf J. Nonell, *Vida ejemplar...*, 19-20.

[42] *Ibid.*, 21-22.

[43] Cf la declaración que firma Pere Naudó, en *Expedientes matrimoniales. S. 1832. Octubre 1832: ADB*.

[44] *Sucesos de la Granja*, en la residencia real de Segovia, 17 y 18 de septiembre 1832.



Capítulo 2

ESPOSA Y MADRE

Doña Dorotea. Óleo propiedad del Hospital del Sagrado Corazón.

El biógrafo Nonell señala que, a partir de estas fechas, los trastornos públicos se hicieron «continuos» en Barcelona[1]. Sobre todo, durante el período de las Regencias: María Cristina de Borbón, 1833-1840, y Baldomero Fernández-Espartero, 1840-1843. Realmente la coyuntura política y social que les tocó vivir a José María y a Dorotea, cuando se disponían a iniciar su vida matrimonial, no fue fácil. En cambio, la situación mejoró tanto para ellos como para todos los barceloneses durante la *década moderada*, 1843-1854. El presente capítulo comprende ambos períodos, 1833-1854.

El hogar

Lo primero que debían hacer era construir el nuevo hogar y consolidar la empresa iniciada por los padres. Y a esta tarea se dedicaron durante, más o menos, los veinte primeros años; es decir, de 1832 a 1852-1853.

La joven madre

Dorotea llegó pronto a la maternidad. Tuvo su primera hija al año y medio de casarse, cuando contaba sólo 18 años. María Dolores Serra y de Chopitea nació el 2 de abril de 1834. Fue motivo de honda alegría para toda la familia. Le pusieron ese nombre tal vez en recuerdo de doña Dolores Muñoz, tía materna de José María, que había fallecido en la misma casa tres meses antes.

La segunda hija vino el 16 de agosto de 1835. Por ser al día siguiente de la fiesta de la *Virgen de agosto*, la bautizaron con el nombre de María Asunción, pero añadiendo el de Ana por voluntad de la madrina. Y así, se le conocerá por María Ana o Mariana. La niña Isabel tardó un poco más en ver la luz de este mundo: nació el 16 de junio de 1838. Y a ella le siguieron la cuarta hija, María Luisa, nacida en 1843, y la quinta, María Jesús o Jesusa, en 1844, y finalmente la sexta, Carmen o Carmela, en 1845.

En este año Dorotea cumplía los 29, y tenía a todas sus hijas en casa. La mayor contaba 11 años. No poseemos ningún documento gráfico al caso, pero conviene hacer un esfuerzo para imaginarse a la madre en el centro de su hogar, con toda la prole, al lado de su ma-





▲ Los esposos José María Serra Muñoz y Dorotea de Chopitea y de Villota. Óleos pertenecientes al Hospital del Sagrado Corazón de Barcelona.

rido, de los suegros, de la tía, de las cuñadas, incluso de su hermana cuando se vea obligada a salir del convento... Es una mujer casera, solícita, fuerte, aunque no siempre invulnerable.

Tal es la primera estampa que nos ha transmitido de su persona y de su vida. Por el momento está centrada exclusivamente en su casa; años más tarde pensará en dar una casa a otros muchos. No ha tenido ni tiene otra escuela; años más tarde pensará en dar una escuela a otros muchos...Y es que ella está hecha precisamente para eso: para transmitir la vida y hacerla crecer.

En el grupo que nos imaginamos tan sólo hay niñas; no hay niños, aunque el matrimonio –lo podemos suponer– deseaba ardientemente alguno. Porque un chico ¿no parecía necesario para asegurar el futuro comercial de la Casa Serra?

Para Dorotea había sido un período intenso, de días felices por la vida nueva que iba llegando a la familia, y también de sufrimiento y angustia. Es verdad que en aquella casa no faltaban los recursos económicos. Pero el dolor, como ingrediente inseparable de la condición humana, la alcanzó una y otra vez.

Una fuente importante de preocupación fue la incapacidad de la misma madre para atender a sus hijitas en el período de la lactancia. Para cuatro de ellas tuvo que buscar nodrizas de confianza en Barcelona o fuera de la ciudad, en Sant Martí de Provençals o en Sarrià. Sintió muchísimo este trance. Pero los médicos se impusieron. Ella, montada en su tartana, se consolaba visitándolas todos los días. «Este desvivirse por el bien de sus hijas es uno de los caracteres culminantes de doña Dorotea», afirma el padre Nonell[2].

Otra fuente de sinsabores fue la marcha de los acontecimientos públicos, concretamente los que se dieron en Barcelona durante las dos Regencias.

Una familia cristiana

La casa de Dorotea era ante todo un hogar, sobre el que ella especialmente miraba por su buen funcionamiento, fomentando la paz y la unión de todos. A la señora no se le caían los anillos por dedicarse a los quehaceres más ordinarios. «En esto, asegura el biógrafo, iba delante, animando con su ejemplo a las personas que en su casa la servían»[3]. Como iba también delante de todos por el sentido *educativo* que imprimía a toda la vida familiar: «Ella misma cortaba y cosía los vestidos para las hijas, cuando se los hacía nuevos; y reparaba los viejos, cuando era necesario, acostumbrándolas con su ejemplo a ser ahorradoras y laboriosas a la vez»[4].

El valor supremo y unificador de aquella familia era sin duda la religión, comenzando por la que sentían y practicaban los jefes de la misma, los suegros de Dorotea. Ésta vio con sus propios ojos cómo las dos cuñadas, Carmen y Teresa Serra, abandonaban la casa paterna para dirigirse a Perpiñan y allí ingresar como religiosas en la Sociedad del Sagrado Corazón –la primera, hacia 1838; la segunda, en 1843–.

Las vivencias religiosas se habían ahondado significativamente con la presencia de sor Juana, desde que en julio de 1835 se vio obligada a dejar el convento y buscarse un refugio junto a su hermana. Entonces la casa de los Serra-Chopitea adquirió, incluso, un cierto aire conventual porque, a lo largo de los once años de exclaustración forzosa impuesta por el Gobierno (1835-1846), sor Juana no quiso renunciar a lo esencial de su consagración religiosa, y ni siquiera desprenderse del hábito de santo Domingo.

La monja fue plenamente aceptada en aquella casa, y las funciones de madre y educadora que un día había ejercido con su hermana Dorotea, nueve años más joven, ahora las pudo llevar a cabo con sus sobrinas: Dolores, Mariana, Isabel y María Luisa. Las dos hermanas tomaron las riendas del gobierno del hogar: «Ambas eran activas y laboriosas –observa Jaime Nonell–; en ambas campeaba una firmeza de carácter nada común; ambas habían bebido en una misma fuente aquellos firmes principios y sólidas máximas de acendrada piedad y religión que tanto distinguieron a sus padres»[5].

De esa armoniosa conjunción de experiencias cristianas de las dos familias, Serra y Chopitea, brotará la pasión de Dorotea por las iniciativas de la caridad organizada. Y es que ella, que rezaba el rosario de la Santísima Virgen todos los días de rodillas en el suelo, no

▼ Palacio del Marqués de Llió, entre las calles Montcada y Barra de Ferro. Exterior e interior, 2008.





podía tolerar la postración social de los desheredados de este mundo. No captar este hondón religioso del alma de Dorotea provoca la frivolidad con que algún historiador presenta la acción de la protagonista[6].

La vida cristiana que se hacía en aquel hogar de la calle Montcada, modulada en ocasiones con la recitación de los salmos y plegarias que salían de los labios de la dominica, tenía naturalmente su centro de referencia en la iglesia parroquial. Allí acudían todos a templar su fe cristiana; allí recibieron las aguas bautismales todas las hijas; allí, sobre todo, las hermanas Chopitea encontraban a su mentor espiritual de siempre, mossèn Naudó y Cassí.

El biógrafo describe con cierto detalle una práctica que perduró durante los años que historiamos: «Bien de mañana salía doña Dorotea para el templo y dejaba las niñas al cuidado de su hermana. Ésta a la hora señalada las levantaba, vestía, arreglaba y las conducía a la iglesia, en donde se juntaban con su madre, y todas unidas asistían a la misa; terminada ésta, doña Dorotea tomaba las niñas y las llevaba a casa, quedándose la monja en el templo para practicar con reposo y quietud sus devociones»[7]. A continuación se desarrollaba la jornada, entre juegos infantiles, lecciones y labores.

▼ Basílica de Santa María del Mar. Entrada por el Paseo del Borne.



El reingreso de sor Juana en su convento de Nuestra Señora de los Ángeles (1846) y la fundación, en el mismo año, del Colegio del Sagrado Corazón de Jesús en Sarrià con su pensionado para las alumnas internas (1846), comenzó a cambiar en parte este ritmo de vida.

Durante el largo rectorado de mossèn Josep Gorgas y Torres (1831-1853), la parroquia de Santa María del Mar fue entrando en su etapa de mayor esplendor. Porque, como nos advierte el amigo Vicenç Grané y Calvó, organista y

archivero de la citada iglesia parroquial, su *siglo de oro* fue el XIX, tanto o más que el XVII. Efectivamente, antes de mediar el siglo, allí ya florecían la devoción a los Sagrados Corazones de Jesús y de María, y, sobre todo, dejaban oír su voz los predicadores populares como San Antonio María Claret, fundador de la Congregación de Misioneros Hijos del Corazón de María o claretianos y el beato Francisco Coll y Guitart, fundador de las Hermanas Dominicas de la Anunciata.

Entre 1844 y 1850, fue feligresa de la parroquia la Beata Ana María Mogas y Fontcuberta, fundadora de las Terciarias Franciscanas de la Divina Pastora –hoy *Terciarias Franciscanas Misioneras de la Madre del Divino Pastor*–. Algunos años más tarde, la Beata María del Carmen Sallés y Barengueras, la futura fundadora de las Religiosas Concepcionistas Misioneras de la Enseñanza, frecuentó también este templo.

La familia Serra asimiló estas vivencias religiosas de la comunidad parroquial, pero su conciencia cristiana también fue madurando con los graves acontecimientos que padecieron entonces la Iglesia española y, más en concreto, la de Barcelona.

El liberalismo progresista

Al morir Fernando VII (29 de septiembre de 1833), las fuerzas liberales entraron en acción en el campo político y, como ya se ha dejado consignado en el capitulo anterior, se enfrentaron a las carlistas.

Por su parte, las Órdenes Religiosas no tenían inconveniente en reconocer a la reina, quien ejercía de *regente* durante la minoría de su hija Isabel, pero pensaban que el contenido político que representaba su persona –el liberalismo– no les sería favorable, y que la seguridad de sus personas, de sus bienes y de su influjo sobre el pueblo cristiano estarían más garantizadas en el bando contrario.

Por su lado, el mundo liberal consideró a los religiosos como partidarios del absolutismo y defensores del carlismo, y así, con su talante romántico de los años treinta, se volvió profundamente anticlerical y, más en concreto, antimonacal. Para aquellos liberales, los *monjes* y los *frailes* eran el bastión del obscurantismo y el primer obstáculo para sus sueños progresistas.

En consecuencia, se formó un nudo inextricable: fue una inmensa desgracia tanto para la Iglesia católica como para toda la sociedad española[8].

El liberalismo exaltado y la revolución popular

Lo mismo que en 1820, el grupo liberal no formaba un bloque homogéneo, porque en él militaban los conservadores y los exalta-

dos. Los gobiernos de Francisco de Paula Martínez de la Rosa y de José María Queipo de Llano Ruiz de Saravia, Conde de Toreno[9] pertenecían a la primera tendencia; pero el siguiente, el de Juan Álvarez Mendizábal[10], se inscribía enteramente en la segunda. A los pocos años, aquélla, que se inspiraba en el Estatuto Real (abril de 1834), alumbraría el partido moderado; y ésta, que más bien propugnaba la vuelta a la Constitución de 1812, el progresista.

Pero ambas tendencias estaban de acuerdo en que debían emprender la reforma de los monacales –monjes y frailes–. Los primeros, reunidos en los monasterios, llevaban una vida contemplativa, como los benedictinos, cistercienses, jerónimos y cartujos; los segundos, establecidos en los conventos, armonizaban las prácticas religiosas con las obras de apostolado, como los dominicos, mercedarios, franciscanos, capuchinos, agustinos –calzados y descalzos–, carmelitas –calzados y descalzos–, trinitarios –calzados y descalzos–, paúles, camilos, jesuitas. La tendencia liberal moderada, con una mentalidad regalista e ilustrada, sólo pretendían reducirlos y controlarlos; la progresista, tanto por motivos ideológicos como por los económicos y sociales, suprimirlos sin más contemplaciones. De todos modos, los primeros, a pesar de su moderantismo oficial, dieron unos pasos tan decisivos en la carrera de la exclaustración de las personas y de la desamortización de los bienes, que dejaron la tarea muy adelantada a sus sucesores[11].

En el análisis de los hechos conviene distinguir los dos planos: el violento de la revolución –motines populares, desórdenes callejeros, quema de conventos, asesinatos– y el de la acción gubernamental por medio de decretos reales y leyes parlamentarias. Ambos planos interfieren con frecuencia, porque, entre otras cosas, tienen delante el panorama de la guerra civil, es decir, la primera guerra carlista (1833-1840), que se desarrolla por el Norte, Bajo Aragón y Cataluña.

El año 1834 y los primeros meses de 1835 son particularmente delicados, porque los exaltados se han propuesto arrojar del poder a los moderados y arremeten contra el clero regular, creando un clima de terror tanto en Madrid como en las provincias. En este ataque actúan las fuerzas del liberalismo exaltado, las sociedades secretas –la masonería–, la prensa anticlerical y, sin duda, también ciertos grupos de la burguesía.

La primera explosión gravita en el motín que tuvo lugar en la capital madrileña los días 17 y 18 de julio de 1834, y que ha pasado a la historia con el nombre de «la matanza de los frailes». El azote del

cólera y la patraña de que los frailes envenenaban las fuentes de agua sirvieron de pretexto inmediato. El impacto que produjo este hecho entre los religiosos fue enorme ya que, de la mañana a la noche, entraron en un estado permanente de inseguridad y temor. Ante la pasividad y la irresponsabilidad de los gobernantes, se sintieron indefensos y les parecía que sus vidas no tenían ya valor alguno[12].

Una tarde sangrienta de verano

Un año después, 1835, la chispa revolucionaria pasaba a Zaragoza (días 5 y 6 de julio), a Reus y alrededores (días 21 y 23) y, finalmente, a Barcelona.

Ausente el capitán general de Cataluña, Manuel de Llauder y de Camín, y después de una defraudante corrida de toros la tarde de Santiago (25 de julio), dio comienzo la acción subversiva de las turbas. A eso de las siete ardía el convento de los Franciscanos; a las ocho y media, el de los Trinitarios Descalzos; hacia las nueve, el de los Carmelitas Descalzos; media hora más tarde ardían los de los Agustinos y Carmelitas Calzados... A media noche, el magnífico convento de los Dominicos de Santa Catalina era pasto de las llamas... En todos los puntos ocurría lo mismo: asaltos, incendios, asesinatos, saqueos, deportaciones, padecimientos sin cuento[13].

¿Qué suerte le tocó al convento de las Dominicas de Nuestra Señora de los Ángeles, donde residía con sus compañeras sor Juana, la hermana de Dorotea?

Hacen bien los historiadores al precisar que el ataque iba contra los monasterios de los hombres, no contra los de las mujeres, porque eran los *frares* quienes estaban apoyando a los carlistas. Y el pueblo de Barcelona no podía consentir que sus jóvenes tuvieran que ir a la guerra, precisamente a combatir contra los ayudados por los frailes...[14]

Pero fue inevitable que el pánico cundiera entre las monjas, porque temían que, en el momento menos pensado, se repetirían en sus conventos las violencias que acababan de cometerse en los de los hombres. Convulsionadas y deshechas psicológicamente, suspiraban por salir cuanto antes en busca de un lugar seguro. Y otro tanto pensaban sus familiares; por poco que pudieran, debían hacer algo para protegerlas.

El convento de las Dominicas

Sor Juana de Chopitea y de Villota era una mujer feliz en su vocación dominica. El convento de Nuestra Señora de los Ángeles había llevado durante varios siglos una vida sosegada y tradicional.

▾ Convento de Nuestra Señora de los Ángeles. Entrada.





▾ Hábito antiguo de las Dominicas del Convento de Nuestra Señora de los Ángeles.



En un principio, estuvo situado en el extrarradio de la ciudad, cerca de la puerta de San Daniel, abierta en las murallas, y cerca también del puente de los Ángeles, camino de Barcelona a Mataró, sobre la acequia de Bogatell, en la desembocadura del *Rec Comtal.* Después, en 1562, por motivos principalmente de seguridad, el convento había sido trasladado al interior de la ciudad. Era muy modesto y tenía adosada una capillita llamada del *Peu de la Creu.* Con el tiempo, ambas construcciones se renovaron y ampliaron. De esta manera, fueron surgiendo la *iglesia y el convento de Nuestra Señora de los Ángeles y Pie de la Cruz.* Todo el enclave estaba situado en el distrito quinto y dentro de la circunscripción de la importante parroquia de Nuestra Señora del Pino.

A aquellas monjas nadie las había molestado hasta 1814, a raíz de la invasión francesa, y hasta el estallido revolucionario de julio de 1835. Si la primera vez tuvieron que vivir como pudieron fuera de casa por espacio de cuatro meses, en la segunda, se vieron obligadas a algo equivalente a un destierro de once años.

José María Serra se percató de la gravedad del momento: Dorotea temía por su hermana a la que tanto quería, y se encontraba impotente por el embarazo, ya muy adelantado –ocho meses– de su segunda hija.

«Entonces fue cuando don José María con un arrojo que sólo el amor podía inspirarle, según piensa Jaime Nonell, se dirige al convento de Nuestra Señora de los Ángeles, acompañado de un amigo de la familia Chopitea (...). Iban los dos en un coche, cada uno con pistola en mano, que sacaban por la portezuela del carruaje, para amedrentar a las turbas amotinadas alrededor del convento. Penetran impávidos por medio de ellas, y entran en el sagrado recinto, que ofrecía un espectáculo lastimoso. Estaban aquellas pobres religiosas atónitas y despavoridas, con palidez de muerte. Todo era llanto y desolación, por tener que abandonar su retiro.

Don José María llama a su cuñada, entrégale un vestido de seglar para que se lo echase encima del hábito religioso: ella con la prisa y la turbación se lo puso al revés, y hacía tal facha que, según ella misma contaba después, parecía un fantasma. Se lo hizo notar don José María, rogándole que se lo pusiera bien, temiendo no fuese descubierta; mas ella dijo que no había por qué temer, pues Dios no permitiría que se la conociese. Subieron los tres en el coche, aparecieron otra vez por las portezuelas las pistolas, a toda prisa echó a correr el caballo, penetran por la multitud apiñada y logran introducir en su casa a la monja»[15].

Las compañeras abandonaron también aquel lugar. Cualquier cosa, menos quedarse atrapadas en el claustro. Las que tenían familia en Barcelona pudieron acogerse a la misma; las otras tuvieron que apañarse para encontrar un refugio en casa de amigos y bienhechores. Algunas de estas religiosas se reunieron después en la casa del capellán, contigua al convento.

Todo esto ocurría al día siguiente de la fiesta de Santiago. Los últimos días de julio y los cinco primeros de agosto no trajeron la paz. Los revoltosos mataron al general Pedro Nolasco Bassa, que había venido a Barcelona para establecer el orden, y pasearon su cadáver por las calles, para quemarlo después en una pira. Seguía la violencia, se agravaba la locura de los incendios. Los barceloneses tuvieron noticia de la quema del monasterio de San Jerónimo de la Murtra (Badalona, prov. de Barcelona), la abadía benedictina de San Cugat del Vallès (prov. de Barcelona), la cartuja de Santa María de Escaladei (prov. de Tarragona) y la cartuja de Santa María de Montalegre (prov. de Barcelona)[16]. Al menos por el momento, «la exclaustración se hizo general en Cataluña en los conventos de ambos sexos»[17].

Y algo semejante ocurrió en otras regiones, a excepción de las que estaban bajo el dominio carlista. Por doquier se formaban las *juntas locales* y se suprimían de hecho monasterios y conventos[18].

En Barcelona la noche del 5 de agosto dejó al descubierto un nuevo aspecto de la agitación subversiva: pegaron fuego a la fábrica de la razón social *Bonaplata y Compañía.* Aquel centro de la calle Tallers era el primer *vapor* de Barcelona, movido por esta fuente de energía y dedicado también a la construcción y reparación de las máquinas textiles, cuya difusión echaba a los obreros irremisiblemente al paro... De este modo, aparecía la llamada *cuestión social,* formulada en una de sus primeras manifestaciones. El maquinismo comportaría de hecho la formación del proletariado urbano, con el cual se encontraría Dorotea de Chopitea a la vuelta de unos años.

El tiempo de las «bullangas»

A partir del verano de 1835, se abre esta etapa que en la historia de Barcelona se conoce como *el temps de les bullangues,* de los alborotos callejeros, que por lo menos llenan la ciudad de inquietud e inseguridad social. En su origen están la guerra civil, el desempleo y los intereses partidistas.

Esta situación duró hasta el otoño de 1843. Cada *bullanga* asumía sus propias connotaciones según el grado de violencia y extensión

geográfica, contenido social, toma de conciencia política, intervención del Gobierno Central (Madrid) o de los Capitanes Generales de Cataluña, deslizamiento hacia unas aspiraciones moderadas, o radicales, o *demócratas*: socialistas, republicanas, federalistas, independentistas[19]. En consecuencia, durante esos años Barcelona se convirtió en una capital revolucionaria y cayó «en estado de anarquía», como se expresa el historiador José Luis Comellas[20]. La brutalidad solía ser el ingrediente de la algarada: quema de conventos, asesinatos, deportaciones, matanzas en las prisiones, terror policial.

El domicilio de los Serra era un buen observatorio para seguir día a día el desarrollo de las *bullangas*, porque estaba relativamente cerca de algunos escenarios importantes de la capital: La Plaza *Palau*, el fuerte de la *Ciudadela*, los cuarteles de las *Drassanes*, la Casa de la Ciudad, la plaza de San Jaime, las antiguas cárceles de la plaza del Santo Ángel... Barcelona era una ciudad amurallada y militarizada. Todo quedaba cerca...

Y Dorotea, madre por segunda vez en agosto de 1835 y por tercera, en junio de 1838, ¿sería capaz de aguantar aquella convulsión ciudadana que parecía ya permanente? Claro que tenía en casa la ayuda de su hermana monja... Pero ésta, ¿no tenía ningún camino para retornar, tal como deseaba ardientemente, a su querido convento?

Lo cierto es que para el Convento de los Ángeles, como para toda la vida monástica y conventual de España, la situación se complicó de una manera alarmante. Porque en la imposibilidad de hacer frente a los problemas que planteaba la revolución de 1835, el Conde de Toreno tuvo que dejar el poder a Juan Álvarez y Méndez, llamado Juan Álvarez Mendizábal. Era un liberal exaltado, quien presidió el Gobierno desde el 14 de septiembre de 1835 hasta el 15 de mayo de 1836. En Barcelona hubo un nuevo alcalde de la misma tendencia política, el abogado Pascual Madoz Ibáñez.

La exclaustración y la desamortización

Durante los meses de julio y septiembre de 1835, los monasterios y conventos de Cataluña habían ido vaciándose por la contundencia de los *hechos*, es decir, por la violencia que se ejercía físicamente contra ellos y contra sus habitantes. Pero, al propio tiempo, comenzó a actuar la gestión del Gobierno negando a los religiosos el *derecho* a existir como tales en todo el reino...

Es el proceso, largo y complejo, de la exclaustración y desamortización. En pocas palabras: por la primera figura jurídica se declara-

ba que el monasterio (convento) estaba suprimido; y, por la segunda, que sus bienes pasaban a la propiedad del Estado y que éste los ponía a la venta pública sin dar compensación alguna a los afectados[21].

Decretos y leyes

Los contenidos más sobresalientes de los decretos que emanaron los Ministerios del Conde de Toreno y de Mendizábal[22] fueron elevados a rango de ley, discutida y aprobada por las Cortes Constituyentes de 1837, cuando ejercía de primer ministro José María Calatrava, un progresista radical. Esta *Ley de Regulares* la sancionó la reina María Cristina el 25 de julio y se publicó el día 29[23].

Tal política obedecía a factores ideológico-religiosos (poner coto a los religiosos y sus bienes), económicos (sanear la deuda pública y allegar fondos para vencer a los carlistas) y políticos (crear una nueva clase de propietarios), e imponía la supresión de todos los conventos de hombres y mujeres con la *nacionalización* de sus bienes, la abolición del diezmo y la enajenación de los bienes del clero secular, que pasaría a depender del presupuesto del Estado. El Papa Gregorio XVI, si bien bajo la presión de Francia e Inglaterra, declaró rotas las relaciones diplomáticas con el Gobierno de Madrid en octubre de 1836[24].

El convento inaccesible

En medio de los avatares fácticos y jurídicos, cada centro monástico o conventual siguió su propia suerte. Queremos precisar enseguida que la reforma de los conventos de monjas no se llevó a cabo con tanto rigor como la de los monjes y conventuales, y más que a exclaustrarse, fueron obligadas a *concentrarse* en unos cenobios concretos. Pero aún en el mejor de los casos, sufrieron el acoso económico –el Estado no les pagaba, o pagaba mal– y, lo que es peor, el acoso vocacional –no se les permitía tener novicias[25]–.

¿Qué fue del convento de las Dominicas de Nuestra Señora de los Ángeles? Pues que «presto despertó la codicia de las autoridades», según responde Antoni Paulí Meléndez en su síntesis monográfica[26]. Pasó efectivamente al Ayuntamiento, que lo ocupó el 16 de noviembre de 1836 para convertirlo en un centro correccional de chicos y chicas. En consecuencia, sor Juana tuvo cerrado el camino del retorno por espacio de once años. Lo mismo que sus compañeras, quienes anduvieron dispersas por varios lugares de Vic, Manresa y Barcelona. Para ellas el convento no era accesible.



▲ El general Espartero (1793-1879).

Dorotea vivió en propia carne toda esta serie de acontecimientos. Sufrió, calló, observó y trató de adaptarse a las circunstancias. Pero, tan pronto como pueda, favorecerá la restauración de los monacales y abrirá las puertas de Barcelona a las nuevas congregaciones religiosas.

El trienio «esparterista»

Después de la caída del Gobierno radical de Calatrava (agosto de 1837), siguieron unos Gobiernos cortos de cierta tendencia moderada: pedían paz, orden y justicia. Se puede decir que en junio de 1840 esta tendencia estaba consolidada. Pero inmediatamente iba a llegar el llamado *Trienio Esparterista* (1840-1843).

Algarada popular y revolución

Joaquín Baldomero Fernández-Espartero y Álvarez de Toro era el héroe del momento. Había conseguido triunfar sobre los carlistas tanto en la campaña del Norte como en la de Cataluña (verano de 1840), liquidando así la primera guerra carlista (1833-1840). Él era el Duque de la Victoria. La Reina Regente y las dos formaciones dinásticas querían tenerlo a su favor. La revolución popular de julio de1840, en Barcelona, aupó a Espartero como líder del progresismo contra el moderantismo. Y así llegó a presidir el Gobierno Provisional el 16 de septiembre de 1840 y fue Regente único el 8 de marzo de 1841 (Segunda Regencia, después de la de María Cristina).

Pero el pueblo de Barcelona se sublevó en contra de él: exigía más libertad, mayores cuotas de autogobierno para Cataluña y una política claramente proteccionista para sus actividades industriales y comerciales. Y comenzó a derrocar las murallas de la Ciudadela, el fortín que Felipe V había hecho construir entre 1717 y 1720 para dominar a la ciudad rebelde. Era el 24 de octubre de 1841. Barcelona se levantaba en armas. Espartero y el capitán general Antonio Van Halen quedaron molestos...

En noviembre de 1842, el movimiento había pasado a manos de extremistas y republicanos, y se había radicalizado profundamente. Los revolucionarios dominaban las calles con sus barricadas. Además la subversión se había extendido a otras regiones de España. Era la señal de que renacía la oposición moderada. Fue entonces cuando Espartero mandó bombardear la ciudad. El 3 de diciembre, las baterías de Montjuïc descargaron durante doce horas. Las bom-

bas alcanzaron la misma basílica de Santa María del Mar. No había más remedio que rendirse y aceptar el castigo[27].

Una madre audaz



▲ La revolución de la Jamancia, con el asalto de la Ciudadela, 1843. Litografía de autor desconocido. AHCB.

Dorotea no pudo aguantar más en su domicilio de la calle Montcada. El marido estaba ausente y no había tiempo para consultas. Ella misma decide: se escaparía de Barcelona. Toma a sus tres hijas María Dolores, Mariana e Isabel –de ocho, siete y cuatro años respectivamente– y, acompañada por su hermana monja y por algunas personas de servicio, sale a la calle. Tropieza enseguida con la primera barricada. Ella se da a conocer. «No tema, señora, que nada tiene que ver esto con ustedes», le habrían respondido los amotinados. Y la dejaron pasar con los de la comitiva, que en su interior invocaban fervorosamente a la Virgen Santísima. En tartana llegaron al pueblecito marinero de Masnou (Barcelona) y, costa arriba, pasaron la frontera francesa hasta llegar a Perpiñán, en cuyo colegio del Sagrado Corazón les esperaban Carmen y Teresa.

Si Nonell narra este viaje con cierta profusión de detalles es con la intención de hacer ver al lector «un arranque de aquellos que tan frecuentes eran en doña Dorotea»[28]. Así, entre las faenas de casa, las prácticas religiosas y el fragor de la contienda callejera, se iba configurando la personalidad de nuestra protagonista.

Una mujer vulnerable

Si el año 1842 fue de lucha en Barcelona, lo fue también el siguiente. Efectivamente, a inicios de 1843, mientras se iba formando por doquier un frente más o menos compacto de liberales, moderados y progresistas contra Espartero y su camarilla de militares, Barcelona continuaba siendo el foco más activo de resistencia. Espartero tuvo que dejar el poder en el mes de julio. Ahora se imponían los moderados de Madrid, quienes capitaneados por el general Ramón María Narváez, inauguraban una política de centralización. Contra ella se alzaron algunos grupos de exaltados barceloneses: es la revolución de la *Jamancia* (septiembre-noviembre).

El choque entre los revoltosos y los *centristas* resultó brutal, con bombardeos, barricadas, muertos y heridos. La catedral y la iglesia de Santa María se convirtieron en cuarteles... Mientras tanto, los moderados procedían en Madrid a proclamar a Isabel II, una adolescente de 13 años, reina de España (8 de noviembre de 1843). En Barcelona los radicales veían perdida su causa, que terminó con una rendición pactada (20-23 de noviembre de 1843).

A estas alturas Dorotea se sintió físicamente agotada. Era un mujer de buen temple, pero no dejaba de ser vulnerable. Le pudo la tensión que había ido acumulando en su interior concretamente durante los últimos dos años. Los médicos temieron por su salud, y el marido urgió a su mujer un período de descanso absoluto, fuera de casa y lejos de la ciudad. «Y acompañada de su padre político, don Mariano Serra –según describe Nonell–, emprendió su viaje, permaneció en Andalucía seis meses, y volvió al fin de ellos bastante mejorada, si no del todo restablecida»[29]. Con ello, iniciaba una nueva etapa de su vida.

▾ La reina Isabel II, de niña.



La década moderada

En rigor, era toda España la que comenzaba una nueva etapa, porque en mayo de 1844 tomaba las riendas del Gobierno el general Ramón María Narváez, el líder militar de los moderados, quien ponía en marcha la llamada *Década moderada*, 1844-1854. En este período, el de mayor estabilidad política del reinado de Isabel II, no sólo dominará el partido moderado, sino que además irá emergiendo una actitud conocida como *moderantismo*.

▾ El general Narváez (1799-1868).



Sus tendencias dominantes se cifran en la centralización política y administrativa, la armonía entre libertad y orden, la propiedad privada, la seguridad ciudadana, el orden público y, en fin, el acercamiento a un *orden moral*: el que representaba la Iglesia Católica[30]. Y sus piezas claves serán la Constitución de 1845 –la clásica del liberalismo conservador– y el Concordato de 1851. Aquí, por una parte, la Iglesia reconocía la venta realizada hasta entonces por el Gobierno de los bienes del clero, y, por otra, el Estado aseguraba la dotación de *culto y clero*, dejando de hecho abierto el camino al restablecimiento de las órdenes y congregaciones religiosas, expulsadas o suprimidas.

Barcelona opta por la industrialización, y su burguesía, que ha ido avanzando en sus conquistas, se hace conservadora. La *Guerra dels Matiners*, llamada «segunda guerra carlista» (1846-1849), se lo-

calizó sólo en Cataluña y, más que una lucha dinástica, fue de oposición a la política centralizadora del Gobierno de Madrid[31].

El colegio Sagrado Corazón en Sarrià

La regencia de Espartero había traído un trienio muy agitado para la Iglesia Católica (1840-1843): arremetió contra ella con una legislación tan dura, que parecía imposible toda reconciliación. En su sectarismo, llegó incluso a amenazar con la organización de una Iglesia nacionalista, antirromana y cismática. El papa Gregorio XVI protestó públicamente[32]. La situación del clero era mísera, y millares de frailes exclaustrados vagaban por los pueblos, mendigando.

Con la llegada de los moderados, comenzó a cambiar la actitud del Gobierno. El de Luis González Bravo (1843-1844) dio unas primeras muestras de acercamiento a la Iglesia, y el primero de Narváez (1844-1846) abrió un proceso de negociación amplio, profundo y sincero. Efectivamente, en virtud del convenio de 1845 entre Madrid y Roma, se restablecían las relaciones diplomáticas, interrumpidas en 1836, y el Papado reconocía la legitimidad de la monarquía de Isabel II. La Iglesia comenzaba a respirar un nuevo clima de distensión. Y nuevas gestiones impulsadas por Narváez, le permitieron al presidente Juan Bravo Murillo firmar el Concordato con la Santa Sede el 16 de marzo de 1851. Ratificado por ambas partes, el concordato fue promulgado en el mes de octubre.

Por la promoción de la mujer

Tal fue el momento que escogió la familia Serra para dar un paso importante en su acción pública, contando ciertamente con la colaboración de Dorotea, que fue cordial y entusiasta...

Desde el 24 de octubre de 1845 se hallaban acogidas en casa dos religiosas de la Sociedad del Sagrado Corazón de Jesús: eran las madres Elisabeth Kerulway y Teresa Serra. Venían a abrir uno de sus colegios en Barcelona o en los alrededores.

Dos años y medio antes, Teresa Serra había perdido a su hermana Carmen, también religiosa del mismo instituto. Como sabemos por el capítulo primero, ambas habían sido enviadas por sus padres al colegio que tenía la congregación en Le Vernet, muy cerca de Perpiñán. Otras familias barcelonesas pudientes hacían otro tanto. Y es que apenas tenían otra salida para la educación de sus hijas, porque en Barcelona no había colegios adecuados ni seguridad ciudadana y,



▾ ▴ Colegio Sagrado Corazón, en Sarrià.



▸ Santa María Magdalena Sofía Barat, fundadora de la Compañía del Sagrado Corazón.







▲ La casa-torre de los Serra, en Sarrià.

en toda Cataluña, se padecía, de una forma u otra, la presión de la guerra carlista. En consecuencia, tan pronto como vieron despejado el horizonte social y político, trataron de traer a Barcelona a las monjas de Perpiñán.

Mariano Serra pensó en el futuro de sus nietas y en su hija Teresa, designada como una de las fundadoras, y tomó la delantera, y jugó fuerte. Para el futuro colegio se adquiriría un terreno anejo a la *casa-torre* de verano que poseía la familia en Sarrià, y Teresa lo pagaría con la dote que le entregaban los padres... El 16 de diciembre María del Rosario Sans Cabot vendía a favor de Teresa Serra Muñoz la finca llamada *Maison Sans*[33] y así el 22 de abril del año siguiente, 1846, se abría el colegio. Era la primera vez que llegaba a España el instituto fundado en la ciudad de Amiens (Francia, 1800) por Magdalena Sofía Barat –fallecida en 1865 y canonizada en 1925–. La primera alumna matriculada como interna se llamaba María Dolores Serra y de Chopitea, muchacha de doce años. Tras ella se fueron inscribiendo todas sus hermanas, y también otras jóvenes allegadas a la familia[34].



▲ María Dolores Serra y de Chopitea (primera alumna interna).

De esta forma, los esposos Serra tuvieron enseguida un punto más de referencia obligada en Sarrià. Aunque residían la mayor parte del año en Barcelona, los pensamientos y las esperanzas queda-

ban indefectiblemente unidos a este pueblecito barcelonés, cada vez más entrañable para ellos.

Hontanar de espiritualidad ignaciana

La familia Serra acompañó amorosamente a la institución durante sus primeros pasos. La persona que sirvió de enlace fue Dorotea, la cual ayudó en la construcción de los edificios, de las tapias, del lavadero y de la sala «para las clases de niñas pobres»[35]. De entrada, el nuevo colegio era para la burguesía, y Dorotea fue consciente de la necesidad de asegurar una buena educación para la clase social a la que ella pertenecía; pero fue también consciente de que esta misma necesidad la padecían, y aún mucho más, las familias trabajadoras. Y no las descuidó. En Sarrià miró siempre por las «escuelas de los pobres»[36] con la misma atención que ponía en la limpieza y el decoro de la capilla colegial.

Desde un comienzo, la Sociedad del Sagrado Corazón optó por dedicarse a los dos sectores: la burguesía y el proletariado. Pero la fundadora pedía una y otra vez que, en los colegios de elite que mantenía la Sociedad, se presentara como una responsabilidad cristiana y social la obligación de responder a las necesidades de los pobres. «Ése era el modelo que habían diseñado y desarrollado Magdalena Sofía y sus compañeras», se afirma en una biografía moderna de la santa[37].

La fundación alegró a toda la familia: ya sabían cómo y dónde educar a las pequeñas. Don Mariano además pareció rejuvenecer con la cercanía de su hija Teresa, quien, antes de trasladarse a Chile con el mismo objeto que le había hecho volver a Barcelona, pasó allí algunos años. Tanto antes como después de su traslado, dejó bien asegurada la propiedad de la finca en manos de su Instituto[38].

En cierta ocasión, el doctor Vicens Vives explicaba a los alumnos que era tal el atractivo que las nuevas congregaciones extranjeras ejercían sobre la burguesía barcelonesa que ésta aceptaba con gusto aquel modelo educativo –especialmente si era *francés*–, aunque luego en la vida práctica se comportara con una «mentalidad volteriana».

Puede que fuera así. Pero ciertamente los Serra no eran de ésos. Y menos Dorotea quien, gradualmente, con el paso de los años, convirtió aquel lugar en un hontanar importante de su vida cristiana. Allí, en efecto, fue conociendo de cerca a los mentores espirituales del colegio, que, además de los sacerdotes diocesanos, eran los pa-

dres jesuitas. Junto a éstos, el catolicismo de la señora quedó impregnado de una honda espiritualidad ignaciana.

El convento, recuperado

Al tiempo que la familia Serra hacía posible la entrada de la Sociedad del Sagrado Corazón en Barcelona por el vecino pueblo de Sarrià, conseguía también la recuperación del convento de las dominicas en el casco viejo de la ciudad. Dorotea jugó un papel importante en esta operación. Desde luego, las monjas deseaban volver a su sitio de siempre; pero, según sabemos, éste se hallaba ocupado por un correccional habilitado por el Ayuntamiento que, como otras tantas instituciones públicas y privadas, había ido en busca de los lugares desamortizados...

Para alcanzar sus propósitos, las monjas vieron que necesitaban una persona de influencia. Y acudieron a Dorotea, la cual les había ayudado generosamente en años de exclaustración y miseria. Atendiendo a testimonios fidedignos –procedentes en definitiva de sor Juana–, el biógrafo Nonell escribe: «Presentóse ella misma al Excmo. señor Capitán General, don Manuel Concha [Manuel Gutiérrez de la Concha, 1808-1874, que había ganado por sus méritos militares el título de *Marqués del Duero*], y alcanzó lo que tanto deseaba en beneficio y utilidad de las religiosas»[39]. Fue un éxito. El Ayuntamiento se retiró y las dominicas recibían las llaves de su vivienda el 20 de enero de 1846. Sor Juana volvía contenta: habían pasado casi once años desde aquella dolorosa tarde de Santiago de 1835...

Dorotea completaba su acción ayudando a las monjas a reparar los desperfectos que había sufrido el convento, y así, en la dureza de la vida social y eclesial de aquellos años, fue concibiendo una grande admiración hacia la vida de los religiosos y de las religiosas[40].

Nace el Banco de Barcelona

Mariano Serra y Soler no tardó en poner en marcha su empresa comercial. A unos dos años de su traslado desde Santiago de Chile a Barcelona, la *Casa Serra*, instalada en la calle Montcada, 3, ya tenía las puertas abiertas en 1820[41].

Unos diez años después (1830), hemos de suponer que, al cumplir los veinte años, José María ya había optado por quedarse en casa para ayudar a su padre y continuar la empresa familiar. Su implicación fue cada vez mayor, y debió de ser total o casi total hacia 1850 o 1855, cuando su padre perdió la vista y se retiró de la vida activa.

Durante aquellos veinte o veinticinco años (de 1830 a 1850-1855), de intenso proceso de industrialización en la ciudad de Barcelona, José María aprendió de su padre a invertir el dinero en la nueva industria metalúrgica, como se verá en el capítulo siguiente. Pero, además de comerciante, naviero y financiero, José María apostó por ser banquero. Donde volcó lo mejor de sus ilusiones y de sus energías fue en la creación y dirección del *Banco de Barcelona.*

La idea había germinado en la mente de aquel magnate de las finanzas catalanas que fue don Manuel Girona y Agrafel (1818-1905): en lugar de aquellas pequeñas y elementales Bancas, residuos del Setecientos, y que eran los únicos centros bancarios existentes, había que crear unos organismos financieros que estuvieran a la altura de los nuevos sistemas de crédito. Se le juntaron en la iniciativa dos comerciantes conocidos: José María Serra Muñoz y José Rafael Plandolit. Los tres fueron fundadores.



▲ Manuel Girona y Agrafel (1818-1905).

▼ Banco de Barcelona. AHCB-AF

En virtud del Real Decreto de 1º de mayo de 1844, firmado ya por la reina Isabel II, se le daba existencia jurídica al Banco de Barcelona. Su naturaleza quedaba descrita de esta manera: «Banco de descuentos, préstamos, depósitos, cobranzas y cuentas corrientes en la ciudad de Barcelona». El artículo 48 de los Estatutos aprobados



por el decreto da a conocer a los directores-fundadores: «a saber: don José M.ª Serra, don Manuel Girona, socio de la razón Girona hermanos, Clavé y Compañía, y don Rafael Plandolit, socio de la razón Plandolit hermanos: quienes, en atención a su celo por la instalación del mismo Banco, permanecerán en el ejercicio de sus funciones durante los tres primeros años, y podrán ser reelegidos»[42]. Junto a ellos se reunían 388 accionistas. Eran las familias representativas «de la burguesía emprendedora de la época»[43]. A partir de los años 1855-1856, el Banco ocupó un conocido edificio militar situado en la Rambla de Santa Mónica, en la puerta de la Paz y mirando al puerto.

CUADRO de DIRECTORES	NOMBRAMIENTO	CESE
Excmo. señor don Manuel Girona	1844	–
Excmo. señor don José M.ª Serra	1844	1882 +
Excmo. señor don José Rafael Plandolit	1844	1846 +
Excmo. señor don Mariano Flaquer	1847	1853
Excmo. señor don Sebastián A. Pascual	1853	1872
Excmo. señor don Juan Jover Serra	1872	1879
Excmo señor don Oscar Pascual y de Bofarull	1879	–
Excmo. señor don Isidoro Pons y Roura	1882	1889
Excmo. señor don Jaime Ricart y Gibert	1889	–

Fuente: Banco de Barcelona, *Quincuagésimo aniversario, 118-119.*

El prestigio y la solvencia profesional de don José María se impusieron de una manera indiscutible en la marcha de los negocios: lo demuestran bien claramente esos 38 años –hasta su muerte– que estuvo en la dirección de esta empresa bancaria (Ver cuadro de directores). Durante estos años, y en unión con sus familiares –los Pascual, los Pons y los Martí-Codolar[44]–, el esposo de Dorotea se entregará sin reservas a trabajar por la prosperidad de Barcelona bajo la inspiración y guía de Manuel Girona, para el cual, según confesión del mismo señor Girona, fue «tan cariñoso como leal compañero durante largos años»[45].

La consorte fiel

Se ha dicho más de una vez que junto a un gran hombre suele haber una gran mujer... Este dato, que se fundamenta en la experiencia de la

▾ El matrimonio Isidoro Pons y M.ª Dolores Serra.





vida, se ve materializado frecuentemente en referencia a José María y Dorotea. Mientras ésta tuvo las manos ocupadas en el gobierno de la casa y en la educación de las hijas, no se metió para nada en los negocios de su marido, y menos, en los de su suegro. Pero como detrás de cada problema económico hay un problema humano, Dorotea estuvo allí, exactamente en el sitio que le tocaba como madre y esposa, como compañera y tutora del destino de la Casa Serra.

Fue hacia 1849. La revolución de 1848, que comenzó en Francia y se extendió a buena parte de Europa, llegó a golpear también la estabilidad económica de dicha empresa mercantil. Padre e hijo, Mariano y José María, se vieron abocados a suspender los pagos, y temieron perderlo todo. Al comienzo trataron de disimular. Pero José María andaba triste y absorto. No era el de antes. Su mujer lo advirtió, y le instó a que le contara todo lo que pasaba. El marido tuvo que sincerarse. Dorotea reaccionó con entereza y serenidad: trató de animar a José María para que, en medio del contratiempo, mantuviera la cabeza fría y aplicara con acierto los medios conducentes a conjurarlo. Y se preparó para lo peor: soportaría el desprestigio social y comenzaría a vivir pobremente; en cualquier caso correría la misma suerte que el marido.

Esta conformidad se apoyaba en unas raíces de naturaleza religiosa; es decir, las de una mujer cristiana, que aceptaba aquel trance doloroso como un factor de purificación interior –desapego del afán de las cosas terrenas– y una prueba que Dios le enviaba para fortalecer su fe y esperanza. Y para esto, Dorotea rezaba, rezaba mucho, pidiendo a Dios «que o los librara del peligro o les diese fuerzas para sufrir con resignación, paciencia y alegría el golpe de la adversidad, en caso de que fuese Su Majestad servido de visitarlos con ella». Y dejaba todo en manos de Dios. Así la veía, al menos, su primer biógrafo, Jaime Nonell[46].

Como se lee en la historia de tantos personajes de la Biblia, aquí también el buen Dios cambió la tormenta en bonanza, y la tiniebla en luz.

Hasta ahora, no se había dado a conocer uno de los empleados más inteligentes y activos de la Casa Serra. Se llamaba Isidoro Pons y Roura y era natural de Figueres. Pero el peligro del hundimiento de la empresa y el temor de ir al paro, le empujaron a poner en juego toda su capacidad de maniobra. Los dueños, al principio, quedaron sorprendidos y admirados, y, después, acabaron por otorgarle toda la confianza. Y el dependiente consiguió sacar a flote la barca y lanzarla a nuevos horizontes de prosperidad.

La alegría de la familia fue enorme. José María, agradecido, le concedió la mano de su primogénita, Dolores, y mossèn Pedro Naudó bendijo el matrimonio en la iglesia parroquial de Santa María, el 2 de abril de 1853. Para Isidoro, Dorotea ya no será simplemente la suegra, sino la madre. Cuando se le dirija por carta, lo hará con una frase de veneración y afecto: «querida mamá». Pero las consecuencias llegaron mucho más lejos, porque después de unos años, en 1867, José María y su yerno fundaron una sociedad mercantil bajo la razón social *José María Serra e hijo*[47]. Objetivo de la sociedad sería «el ejercicio de toda clase de operaciones de lícito comercio» y, en la intención de los fundadores, funcionaría al menos durante los diez años siguientes. Con esto desaparecía la antigua casa comercial Serra, e Isidoro Pons y Roura entraba en el círculo de los grandes comerciantes, banqueros y navieros de la ciudad[48].

NOTAS

[1] *Vida ejemplar de la Excelentísima Señora Doña Dorotea de Chopitea, Viuda de Serra.* Tipografía y Librería Salesianas, Barcelona-Sarrià, 1892, 49.
[2] *Ibid.*, 43.
[3] *Ibid.*
[4] *Ibid.*
[5] *Ibid.*, 42.
[6] Cf Gary Wray Mcdonogh, *Las buenas familias de Barcelona. Historia social de poder en la era industrial.* Ediciones Omega, Barcelona 1989, 170, 171.
[7] *Vida ejemplar...*, 47.
[8] Cf V. Palacio Atard, *La España del siglo XIX, 1808-1898.* Espasa-Calpe, Madrid 1978, 212-213.
[9] Respectivamente, de 15 -I- 1834 a 7 -IV- 1835 y de 7 -VI- 1835 a 14 -IX- 1835.
[10] De 14 -IX- 1835 a 15 -V- 1836.
[11] Sobre la actuación de los Gabinetes de los citados Martínez de la Rosa y Toreno, cf V. Cárcel Ortí, *Política eclesial de los gobiernos liberales españoles (1830-1840).* Ediciones Universidad de Navarra, Pamplona 1975, 211-263, 265-287.
[12] Ver el excelente estudio que ofrece M. Revuelta, *La exclaustración (1833-1840).* La Editorial Católica, Madrid 1976, 191-240 (BAC 383).
[13] Cf C. Barraquer i Roviralta, *Los religiosos en Cataluña durante la primera mitad del siglo XIX.* Vol. II. Imprenta de Francisco J. Altés i Alabat, Barcelona 1915, 473-521, 523-687, 689-767. Es útil consultar un plano de la ciudad que hace ver el escenario de las violencias: cf J. Mestre i Campi – V. Hurtado (directores), *Atles d'història de Catalunya.* Edicions 62, Barcelona 2002, 196-197.
[14] Cf R. Tasis, *Barcelona. Imatge i Història d'una ciutat.* Rafael Dalmau, editor, Barcelona1961, 317. Cf J. Fontana, *La fi de l'Antic Règim y la industrialització (1787-1868).* Edicions 62, Barcelona 2003, 255.
[15] *Vida ejemplar...*, 38-39.
[16] Se pueden consultar las dos obras monumentales de C. Barraquer i Roviralta, *Los religiosos en Cataluña durante la primera mitad del siglo XIX.* 4 vols. Imprenta de Francisco J. Altés i Alabat, Barcelona 1915-1917. *Las casas de religiosos en Cataluña durante el primer tercio del siglo XIX.* 2 vols. Imprenta de Francisco J. Altés y Alabat, Barcelona 1906.
[17] M. Revuelta, *La exclaustración...*, 297.
[18] Cf *Ibid.*, 348-360.
[19] Cf J. Fontana, *La fi de l'Antic Règim...*, 251-268, 279-294.
[20] *Historia de España moderna y contemporánea (1474-1965).* Ediciones Rialp, Madrid 1967, 447.
[21] Ver el término *desamortización* en J. Fernández Sebastián – J. Francisco Fuentes (directores), *Diccionario político y social del siglo XIX español.* Alianza Editorial, Madrid 2002, 235-240. M. Revuelta, *La exclaustración...*, 387-389.
[22] Basta que mencionemos los más importantes: el decreto de 25 de julio de 1835 (Ministerio del Conde de Toreno), el de 11 de octubre del mismo año (Ministerio de Mendizábal), el del 19 de febrero de 1836 (Ministerio de Mendizábal) y el del 8 de marzo del mismo año (Ministerio de Mendizábal).
[23] Cf M. Revuelta, *La exclaustración...*, 436-459.
[24] Cf V. Cárcel, *La política eclesial de los gobiernos liberales españoles...*, 330.
[25] Cf M. Revuelta, *La exclaustración...*, 391, 469-471.
[26] *Resumen histórico del Monasterio de Nuestra Señora de los Ángeles y Pie de la Cruz de Barcelona.* Barcelona 1941, 31.
[27] Cf J. Fontana, *La fi de l'Antic Règim...*, 279-294. R. Tasis, Barcelona. Imatge i història..., 330-341.
[28] *Vida ejemplar...*, 48.
[29] *Ibid.*, 50.
[30] Cf José María Jover Zamora, Guadalupe Gómez-Ferrer Morant, Juan Pablo Fusi Aizpúrua, *España: sociedad, política y civilización (siglos XIX-XX).* Ed. Areté, Madrid 2001, 167-178.
[31] Cf J. Fontana, *La fi de l'Antic Règim...*, 307-314.
[32] Cf V. Cárcel, *Breve historia de la Iglesia en España*, Ed. Planeta, Barcelona 2003, 289.
[33] Cf *Educando para hacer crecer la vida. Colegio Sagrado Corazón-Sarrià, 1846-1996* [s/a], 14.

[34] Cf Religiosas del Sagrado Corazón de Jesús, *Cien años de educación cristiana, 1846-1846.* Librería General, Zaragoza 1946, 229-230.

[35] Cf J. Nonell, *Vida ejemplar...*, 56.

[36] *Ibid.*, 57.

[37] Phil Kilroy, *Magdalena Sofía Barat. Una vida.* Ediciones Encuentro, Madrid 2000, 728.

[38] Llama la atención el que la religiosa insistiera tanto en que la finca de su propiedad pasara total y exclusivamente a manos de la congregación (Cf *Educando para hacer crecer la vida. Colegio Sagrado Corazón...*, 15-16). Ante semejante insistencia cabe suponer que, tal vez, en la familia apareciera la idea de que sólo pasara a la congregación el usufructo del terreno, pero no la propiedad. Así se lo aconsejaba a muchos donantes el recuerdo de la política de exclaustraciones y desamortizaciones seguida por los Gobiernos.

[39] *Vida ejemplar...*, 54.

[40] Para conocer las vicisitudes históricas de esta comunidad barcelonesa de las dominicas, ver A. Paulí Meléndez, *Resumen histórico...*, 32-42. En la actualidad (2008) está ubicada en Sant Cugat del Vallès. Cf P. Galmés, *Monestir de la Nostra Senyora dels Àngels i Peu de la Creu (monges dominiques)*, 2002. Edición en catalán y castellano. Amadeo Burdeus confunde lamentablemente las dominicas del convento de los Ángeles con las del convento de Montesión (Portal del Ángel). Cf *Una dama barcelonesa del ochocientos. La Sierva de Dios Doña Dorotea de Chopitea, Viuda de Serra.* Librería Salesiana, Barcelona 1962, 35-36, pie de foto entre las páginas 48-49.

[41] Cf A. De Artiñano, *Biografía del Excmo. Señor don José María Serra y Muñoz.* Barcelona 1882, 7.

[42] Banco de Barcelona, *Quincuagésimo aniversario, 12-13.* Cf P. Voltes Bou, *La banca barcelonesa de 1840 a 1920*, 99,103.

[43] F. Cabana, *Història del Banc de Barcelona, 1844-1920.* Edicions 62, Barcelona 1987, 17.

[44] El entronque familiar de los Pascual con los Serra se verificará por el enlace matrimonial de Narciso María Pascual y de Bofarull con María Jesús Serra y de Chopitea. Este *mismo* cruce origina el parentesco de Martí-Codolar con los Serra, ya que una hermana de Narciso, Consuelo Pascual y de Bofarull, contraerá matrimonio con Luis Martí-Codolar Gelabert. También esta última familia estará representada en la Junta de Gobierno del Banco de Barcelona (Joaquín, padre de Luis, vocal de la Junta: cf Banco de Barcelona, *Quincuagésimo aniversario...*, 83). Isidoro Pons Roura, por su matrimonio con Dolores Serra y de Chopitea, es yerno de José María Serra y consocio suyo en la sociedad mercantil *José María Serra e hijo.* La confrontación de los cuadros genealógicos de las familias Serra-Chopitea y Martí-Codolar Gelabert–Pascual de Bofarull da a conocer la trama familiar de los Serra, Pascual y Martí-Codolar. Cf R. Alberdi, *Una ciudad para un santo. Los orígenes de la Obra Salesiana en Barcelona.* Ed. Tibidabo, Barcelona 1966, entre las páginas 32-33, 128-129. Las tres familias, unidas en un grado o en otro al Banco de Barcelona, forman el grupo más importante que ayudó a San Juan Bosco en su paso por Barcelona (1886) y a la institución de los *Talleres Salesianos* en sus primeros pasos en la misma capital.

[45] Carta de condolencia dirigida a doña Dorotea, Barcelona 16 –IX– 1882, en R. Alberdi, *Una ciudad para un santo...*, 60.

[46] *Vida ejemplar...*, 60.

[47] Escritura autorizada por el notario José Manuel Planas y Compte en Barcelona, 1 –VII– 1867.

[48] Noticias sobre su vida profesional en M. Rodrigo, *Los Marqueses de Comillas, 1817-1925. Antonio y Claudio López.* LID Editorial Empresarial, Madrid 2001, 86, 90, 92, 101, 138, 140, 157, 160-161.



Capítulo 3

UNA VOCACIÓN SOCIAL

Doña Dorotea con miembros de la familia De Gibert-Thió.

En el capítulo anterior, se ha visto a doña Dorotea actuando dentro y fuera de casa. Así estrenó un género de vida que irá desarrollando en los años sucesivos. Las circunstancias concretas de la vida le irán marcando las pautas y los relieves.

Durante los años centrales del XIX, Dorotea vive sucesivamente las etapas del Bienio Progresista (1854-1856), el Bienio Moderado (1856-1858), el «Gobierno largo» de Unión Liberal (1858-1863) y, por fin, el Quinquenio Moderado (1863-1868). A pesar de todas las patologías políticas, esos catorce años fueron decisivos para la plasmación definitiva de la sociedad barcelonesa y también para el despliegue y asentamiento de la familia Serra-Chopitea.

El despliegue familiar

El hogar de José María y de Dorotea fue madurando. El, en unión con el yerno Isidoro, trabajaba intensamente en sus negocios mercantiles y bancarios; ella miraba por todos los de la casa: el marido, los suegros, las niñas, el personal de servicio. La madre, Isabel de Villota, había fallecido en Montevideo hacia 1853, y unos veinte años antes había fallecido también el padre, Pedro Nicolás de Chopitea.

Las niñas crecen

Las niñas crecieron entre la casa paterna, la cercana parroquia de Santa María del Mar y el Colegio del Sagrado Corazón, de Sarrià. En el colegio hacían vida de internas y pasaban los meses de verano en la *torre de campo* que sus padres tenían al lado.

Sarrià era un pueblecito de labriegos, artesanos y algunos veraneantes, distante unos cuatro kilómetros y medio de la ciudad de Barcelona. La vía de comunicación más cómoda y segura era la carretera de Sarrià –hoy, Avenida de Sarrià–, que iba desde el cruce



▲ La casa-torre de los Serra, en Sarrià.

de las calles Aragón y Aribau hasta la entrada del vecindario sarrianense: tartanas y carruajes salían y entraban. La otra conexión se estableció por medio de la línea de tren, inaugurada en la fiesta de San Juan de 1863. El trayecto desde la calle Pelayo de Barcelona hasta Sarrià se hacía en algo menos de una hora.

Las niñas se van

La vida empuja, empuja siempre. Según se ha explicado hace poco (pág. 59), la primera de las hijas en casarse fue la mayor, María Dolores, quien, a los 19 años, contrajo matrimonio con Isidoro Pons y Roura en 1853. La siguió la segunda, María Ana, quien, a los 24 años, se unió con Espiridión de Gibert y Mornau en 1859. La tercera, Isabel, a los 29 años, se desposó con Gustavo de Gispert y Yanguas en 1867. Se le había adelantado su hermana, María Luisa, que, a los 19 años, se había casado con Guillermo Juan Huelin y Reissig en 1862. Finalmente, María Jesús contrajo matrimonio, a los 25 años, con Narciso María Pascual y de Bofarull en 1869. Carmen o Carmela, nacida en 1845, había fallecido en 1861, a los 16 años de edad (Ver el árbol genealógico).



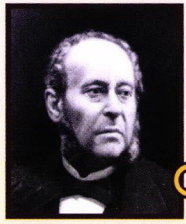
▾ Plaza Mayor de Sarrià hacia 1860. Arxiu Sarrià-Sant Gervasi.

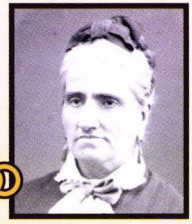
De estos yernos o hijos políticos del matrimonio Serra-Chopitea, Isidoro Pons y Guillermo Juan Huelin eran comerciantes; Gustavo de Gispert, industrial financiero, y Espiridión de Gibert y Narciso María Pascual, abogados. Los cinco figuraron como compañeros de ruta en la vida familiar y mercantil de José María.

Una pedagogía de ayer y de hoy

Durante este tiempo, de unos 15 años, en que las hijas se iban abriendo al amor y entablando relaciones con sus respectivos novios, Dorotea anduvo ansiosa y atareada. Y es que las costumbres de antes no eran las de ahora: los padres vigilaban de cerca

Enlace: Barcelona 1832





José María Serra Muñoz

Dorotea de Chopitea y de Villota

◂ Árbol genealógico Chopitea Villota-Serra Muñoz.

Enlace: Barcelona 1853





Isidoro Pons y Roura

María Dolores Serra y de Chopitea

Enlace: Barcelona 1859

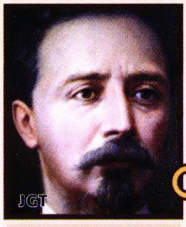


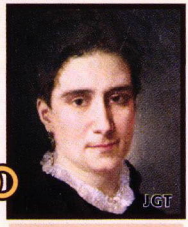


María Ana Serra y de Chopitea

Espiridión de Gibert y Mornau

Enlace: Barcelona 1867



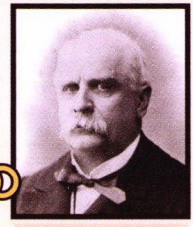


Gustavo de Gispert y Yanguas

Isabel Serra y de Chopitea

Enlace: Barcelona 1862

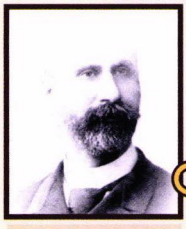




María Luisa Serra y de Chopitea

Guillermo Juan Huelin y Reissig

Enlace: Barcelona 1869





Narciso María Pascual y de Bofarull

María Jesús Serra y de Chopitea



Carmen Serra y de Chopitea

a los hijos –más si eran féminas– y no les dejan solos tan fácilmente... La señora de Serra era muy exigente en este asunto, detallista hasta el extremo. Lo hacía con buena voluntad pensando que si le pasaba algo desagradable a su hija, no sería por desidia de la madre... El biógrafo Nonell se esfuerza por suavizar el peso del control materno sobre las jóvenes: «Vigilaba con tal disimulo, que los mismos que eran objeto de ella, no comprendían nada»[1].

Pero eso sí, desde el día de la boda se consideraba liberada, y daba plena libertad a los jóvenes, sin interferir para nada en el funcionamiento de sus hogares. Si una hija quería ver a la madre, ¡ya sabía!, debía acudir espontáneamente a casa de los padres. Mamá Dorotea sólo insinuaba o pedía dos excepciones: que, en caso de enfermedad de alguna de sus hijas, se le permitiera acudir al domicilio de la misma –«si estáis enfermas, allá me tendréis, estando sanas, aquí me encontraréis»[2]–; y que, cuando llegaran los días delicados del parto para alguna de ellas, se le consintiera, a ser posible, tenerla en su propia casa, para ejercer así de comadrona y enfermera.

Tan pronto como había contraído matrimonio, ella tuvo que ir a casa del marido y de los suegros, ya que sus padres habían regresado a América. Conocemos aquel *familión* de la calle Montcada. Dorotea, esposa y nuera, aceptó la situación y optó por hacerse servidora de todos. Ante aquella actitud, le consideraron como el *ángel* de la familia[3]. Pero ella, como cualquier otra mujer recién casada, hubiera querido otro escenario de mayor autonomía e intimidad para el matrimonio.

Aquella experiencia le enseñó dos principios prácticos que trató de aplicar respecto a sus hijas: al contraer matrimonio, debían disponer, primero, de una vivienda propia e independiente; y, segundo, no perder el respeto y el afecto hacia los suegros. Estas convicciones, adquiridas en el silencio y en la entrega de cuando ella era joven esposa, las expresaba con una frase lapidaria: «Contentad a vuestros maridos contentando a sus padres». Tal era la regla de oro que ella había aprendido y ahora enseñaba[4].

Sus hijas se debían ante todo a los maridos y a los suegros; ella se conformaba con ocupar un lugar discreto: «A mí siempre me encontraréis; yo siempre seré vuestra madre. Cariño no pido; me contentaré con el que me deis. Yo os doy todo lo que tengo»[5].

Junto a estos principios de convivencia y buen gobierno, los pequeños detalles de una metodología práctica. Ante todo, el trabajo. Dorotea era una trabajadora incansable que, además, hacía trabajar. A su lado, nadie podía estar ocioso. En su casa siempre había cosas que

hacer, al menos para los pobres que ella atendía. Y, junto al esfuerzo de cada día, la distensión y la fiesta. Por ejemplo, todos los domingos y días de onomástica, las hijas estaban invitadas a participar con los maridos en la comida familiar que Dorotea preparaba en su domicilio. Mientras no fueron numerosos, también los nietos acudían a la cita familiar de la calle Montcada. Todos quedaban envueltos en una alegría desbordante.



▾ Dorotea con miembros de la familia De Gibert-Thió, en Can Amat (San Andrés de Llavaneras), alrededor de 1885.

Con estos recursos, que el amor y el respeto inspiraban, se fue plasmando una gran *familia patriarcal*. Cada una de las familias entre sí y todas con la de los padres y abuelos «formaban, según las palabras del biógrafo Nonell, como un sistema planetario»[6], cuyo centro ocupaba indiscutiblemente, a pesar de sus humildades, mamá Dorotea. Su marido, José María, valoró mucho esta armonía familiar y la recomendó vivamente en su último testamento: «Espero también que continuará reinando entre todas mis hijas y sus familias la misma unión, alegría y cariño fraternal que han presenciado en mi casa durante mis días; y que si alguna de mis hijas viniere a padecer vicisitudes o necesidades, todas sus demás hermanas acudirán en su auxilio y la atenderán y asistirán hasta donde fuere menester». Con esta esperanza falleció en 1882 en su torre de Sarrià[7].

Santa María del Mar

A mediados del XIX, a pesar del liberalismo progresista y de sus golpes contra la Iglesia, a pesar del embate hostil que contra ella se ejercía desde la prensa y a pesar de las sacudidas de las guerras civiles carlistas, el pueblo de Barcelona mantenía sustancialmente la religión de sus antepasados.

La Iglesia barcelonesa concentraba la máxima intensidad religiosa en los ciclos de la Pasión (Cuaresma, Semana Santa, Pascua) y de Navidad, como también en las fiestas de la Virgen Santísima (la Virgen del Carmen, de los Dolores,) y la conmemoración de Todos los Fieles Difuntos. En torno a estas fechas, se multiplicaban los actos litúrgicos y devocionales –con sermones, lecturas, oraciones y cánticos–, se

organizaban las procesiones del día de Ramos, del Corpus, y se multiplicaba la actividad de las cofradías y asociaciones religiosas.

La religión cristiana acompasaba el ritmo del tiempo porque, por estos años, de los 50 y 60, mantenía unas 23 fiestas de precepto, sin contar los 52 domingos del año.

Todo este conjunto de prácticas religiosas se plasmaba perfectamente en la iglesia parroquial de Santa María del Mar. En ella cobraba gran importancia el ministerio de la Palabra o la predicación, y seguían actuando las asociaciones que ya conocemos, como la Pía Unión del Sagrado Corazón de Jesús y la Cofradía de la Minerva (pág. 23). Santa María del Mar concentraba en Barcelona el mayor número de clérigos, hasta llegar a 93.

Uno de ellos era, lo sabemos bien, mossèn Naudó, quien siempre fue bien recibido en la familia Serra y pudo influir sobre ella de una manera decisiva. La nieta de doña Dorotea, Isidra Pons y Serra, declaraba que su abuela «obedecía ciegamente a sus superiores y al director espiritual, don Pedro Naudó»[8]. Y José María contaba con sus buenos oficios a la hora de organizar las cosas para al futuro; lo tenía como amigo: «Mi antiguo y respetable amigo», según dejaba consignado en el testamento[9]. Por tanto hemos de concluir que la familia Serra asimilaba plenamente la espiritualidad que se vivía en la comunidad de Santa María del Mar. Cabe precisar, sin embargo, que al menos desde los últimos años sesenta, Dorotea comenzó a practicar anualmente los Ejercicios Espirituales que impartían los padres jesuitas y que, desde entonces, su experiencia cristiana se fue orientando progresivamente hacia la espiritualidad de San Ignacio.

La amistad de doña Dorotea con mossèn Naudó se traducía fácilmente en obras de colaboración, como cuando le ayudó a establecer en la parroquia la práctica mariana del Mes de María, en mayo, o a poner en marcha el funcionamiento de los coros de la Corte de María[10].

El gran educador religioso de Cataluña en este tiempo fue Antonio María Claret y Clarà, no sólo por medio de la predicación y de las misiones populares sino, especialmente, por medio de sus escritos. El libro *Camí dret y segur per arribar al cel*, que apareció en Vic en 1843, ya había llegado a la edición número 25 en 1852. Traducido también al castellano, se había introducido en todos los hogares. Entre otras cosas, el autor señalaba la normativa para regular la vida cristiana a lo largo del día, de la semana, del año: el cristiano debía practicar las buenas obras –visitar a los enfermos y a los presos, enseñar a los ignorantes–, y evitar las ocasiones de pecado –las malas compañías, la

ociosidad, los juegos, los bailes–. De esta manera, toda la trayectoria existencial quedaba enmarcada en el horizonte religioso[11].

Es imposible tener noticias de los libros que, fuera de los de contabilidad y negocios, pudo haber en el domicilio de los Serra. Pero podemos suponer sin miedo a equivocarnos que estarían los de Claret: basta pensar que mossèn Naudó era uno de sus colaboradores literarios. Por tanto, todos los miembros de la familia encontrarían en esa fuente las pautas de su comportamiento ético y religioso.

Una ciudad en transformación

Los catorce años que comprende el presente capítulo, 1854-1868, merecen alguna consideración desde el punto de vista político y social. Es el mismo biógrafo Nonell quien nos invita a detenernos para tomar conciencia del «teatro», como escribe él[12], o del *marco histórico* en el que, desde este momento, va a actuar la biografiada. Porque desde 1819, año en que trajeron a Barcelona a la niña Dorotea, la ciudad había experimentado una transformación tan grande «que no se parecía a sí misma»[13], y además, según sigue precisando el autor, «estaba en vísperas de convertirse en otra bien diferente de la que existía a mediados del siglo»[14].

Recogiendo este dato que Nonell proporcionaba ya en 1892, tratemos de poner en relieve sólo algunos aspectos que tienen que ver más con nuestra protagonista. Podemos seguir el ritmo marcado por la misma historia que, tal como ha quedado delineado al comienzo del capítulo, cabalga entre el progresismo y el moderantismo.

Durante el Bienio Progresista

Como es sabido, en el verano de 1854 triunfó, muy a su manera, un *pronunciamiento* militar que acabó poniendo fin a la Década Moderada y otorgando el poder político a los progresistas[15]. El alzamiento militar había derivado hacia un movimiento progresista y popular: en Barcelona bastó un solo día para que esta tendencia triunfara por completo. Era el 14 de agosto: no se había derramado ni una gota de sangre y un estremecimiento de euforia y esperanza había penetrado por todas las arterias de la capital. De esta manera se estrenó en España el Bienio Progresista, que presidió el general Espartero, ayudado por otro general, Leopoldo O'Donnell, el primer responsable de la sublevación militar.

La nueva experiencia duró poco, desde junio de 1854 hasta julio de 1856. El progresismo había quedado derrotado en Madrid entre el 15 y el 16 de julio; los barceloneses continuaron la resistencia desde el 18

hasta el 22, pero tuvieron que ceder. Ahora se imponían los moderados: O'Donnell. El aspecto de la ciudad era triste y de completa desolación[16].

La ciudad abierta

A mediados del siglo XIX, Barcelona era una ciudad todavía pequeña, que comenzaba y terminaba en lo que hoy llamamos la *Ciutat Vella*. Es la ciudad de doña Dorotea. Nos cuesta imaginarla. Es verdad que, arrebatando la tierra a las pocas huertas que se podían cultivar, había crecido en habitantes y en viviendas, pero las murallas no le permitían avanzar más. Era una capital fortificada, una plaza militar. Sus movimientos hacia el exterior estaban controlados por los seis portales o puertas que perforaban el cinturón amurallado. Menos mal que, desde octubre de 1848, disponía del ferrocarril que llegaba hasta Mataró, y, desde 1854, de dos nuevas líneas ferroviarias más, que la unían con Granollers y Molins de Rei. Por supuesto, el puerto formaba desde siempre un balcón abierto al mar.

El número de habitantes en este recinto había ido creciendo por la llegada de muchos inmigrantes, procedentes de otros puntos de Cataluña. Hacia 1855 ya eran unos 170.000. ¡Demasiados, para el pequeño espacio de que disponían para vivir y trabajar! Se estorbaban unos a otros, y deseaban ardientemente que cayeran las murallas, porque así podrían ocupar el espacio que había más allá de las mismas. Pero los diversos Gobiernos no se lo permitían: Barcelona debía seguir siendo una plaza fortificada. Finalmente, por un decreto del 12 de agosto de 1854, el Gobierno de Madrid autorizó el derribo de las murallas. Fue un verdadero triunfo de las fuerzas progresistas.

Inmediatamente comenzaron los trabajos de demolición. Siete mil obreros –seis reales de jornal al día– se pusieron manos a la obra. El hambre acuciaba y no se podía estar con los brazos cruzados. Al caer las murallas, desaparecían también las puertas. La vieja *Barcino* podía pensar ya en llenar sus pulmones con aire nuevo. Fue entonces cuando se le presentó la gran oportunidad de dilatar su espacio vital, abrirse a los pueblos de alrededor y alcanzar el rango de una metrópoli moderna. El *Ensanche* constituyó para Barcelona una tarea y un reto sin precedentes en su historia secular.

La capital industrial

La coyuntura del Bienio Progresista (1854-1856) sirvió para que Barcelona demostrara uno de sus rasgos típicos: a diferencia de las demás ciudades de España, era un centro eminentemente fabril, ca-

pital de la única parte del territorio del Estado español en que se estaba operando la revolución industrial.

Ésta manifestaba ya en Barcelona todas sus dimensiones esenciales, tales como el *antimaquinismo* o lucha de los obreros contra las máquinas que los desplazaban y los arrojaban al paro forzoso, la tensión entre el capital y el trabajo, la consolidación de las asociaciones obreras con sus reivindicaciones, los posibles convenios con los patronos, la pugna entre proteccionismo y librecambismo, la falta de una legislación social suficiente, el vaivén de los salarios y los precios, la huelga, la agitación callejera, el hambre, la represión por parte de la autoridad, la aspiración del proletariado a cambiar de régimen político... De una forma o de otra, todas estas manifestaciones se hicieron patentes en la huelga general que se declaró en Barcelona, y simultáneamente en otros lugares de Cataluña, a partir del lunes 2 de julio de 1855, y que duró hasta el miércoles 11 del mismo mes. Era la primera que se producía en Cataluña y, por tanto, en toda España.

No es que en esta primera fase del proceso todo fuera mal: si la gente acudía a Barcelona era porque ofrecía más garantías que otras localidades para sobrevivir y asegurarse el futuro. Pero el avance se verificaba en medio de grandes desajustes sociales. A complicar la situación, sobre todo de la clase trabajadora, venían las epidemias de cólera. La de 1854, que duró desde finales de julio hasta mediados de octubre, consiguió paralizar la vida ciudadana, sembrándola de miseria y de muerte. La de 1865 no revistió el carácter trágico de la anterior, pero no dejó de ser grave[17]. Esos días *negros* del calendario barcelonés brindaban, como veremos, al matrimonio Serra una ocasión propicia para poner en juego toda su capacidad de ayuda social.

Dentro del recinto amurallado ¿dónde radicaban las fábricas y los talleres? Hablando en general, los núcleos fabriles se distribuían en dos zonas, al Oeste y Este de las actuales Ramblas. Se trataba mayoritariamente de fábricas de tejidos, hilados y derivados. Y ¿cómo vivían los operarios? Tenían que hacer frente a una jornada laboral muy larga, de diez y doce horas. También trabajaban las mujeres y los niños. Unos y otros debían actuar en malas condiciones higiénicas y con gran falta de seguridad personal. La vivienda, la alimentación, el vestido, la distracción, la instrucción... eran bienes muy escasos. Pero lo peor para todos ellos era la inestabilidad de la ocupación. Vivían sólo del salario; si fallaba éste, se hundía toda la economía familiar. Como resultado final de esta situación, la edad

media de la clase obrera no llegaba a los 24 años, mientras que la de la menestralía superaba los 25 y la de la clase pudiente pasaba de los 36. Ya está todo dicho.

Al concluir su estudio sobre *la condición obrera*, Josep Benet y Casimir Martí aceptan como válido el testimonio de Jaime Balmes y Urpià en 1844 : «Los ricos no tienen interés directo e inmediato en proveer a la subsistencia de un determinado número de individuos; bástales que en tal tiempo y lugar correspondiente no les falten los brazos necesarios para su servicio. Así el pobre queda entregado a sus propios recursos, y, no consistiendo éstos en otra cosa que en el trabajo, cuando carezca de él es víctima de la miseria»[18].

Es así cómo se le fue dibujando a doña Dorotea el marco histórico y sociológico en el que debía vivir y actuar. Ella llegaba a la edad madura –44 años en 1860– y veía que sus hijas iban abandonando el hogar paterno. El paso del tiempo y la fuerza religiosa que la dominaba por dentro le llevarían a hacer de *toda* Barcelona, con sus posibilidades y sus limitaciones, el propio hogar.

El centro religioso

Los habitantes de la ciudad y diócesis vivían el cristianismo según el modelo que se ha descrito un poco más arriba. Las grandes y antiguas iglesias parroquiales de la ciudad, como la Iglesia Catedral, Santa María del Mar, Santa María del Pino, San Pere de les Puelles, Santos Justo y Pastor, San Miguel del Puerto, promovían continuos servicios religiosos en los que nunca faltaba la predicación. Las formas de piedad, animadas por las cofradías, eran abundantes y muy variadas. En las procesiones, la Iglesia salía a las calles y plazas y parecía dominar toda la realidad ciudadana y diocesana. De esta forma, lograba *marcar* la vida éticorreligiosa de las gentes. Lo demuestra el hecho de que todas las fiestas populares eran fiestas eclesiásticas. Barcelona era sede episcopal al menos desde el siglo IV. Entre 1850 y 1857 ocupaba dicha sede el obispo José Domingo Costa y Borràs.

Sobre esta Iglesia de Barcelona y su diócesis, así como también sobre todas las diócesis de España, descargó una nueva racha desamortizadora. La promovía el progresista Pascual Madoz Ibáñez (pág. 46). Había sido nombrado gobernador civil de Barcelona en agosto de 1854 y había desempeñado una política de conciliación entre empresarios y obreros[19]. En enero del año siguiente, el general Espartero le confió la cartera de Hacienda, desde la cual preparó y promovió un nuevo proyecto de ley de desamortización.



◂ Procesión del Corpus, de Santa María del Mar, óleo de Ramón Casas. Fotografía de Serra. AHCB-AF.

Debatido y aprobado por las Cortes, la Reina Isabel II se resistía a sancionarlo porque le parecía que iba contra la Religión Católica y transgredía el Concordato de 1851. Pero ante las presiones de su Gobierno, cedió, y sancionó la ley el 1 de mayo de 1855. Apenada, escribía al Papa Pío IX pidiéndole perdón de lo que había hecho...

¡Ya había una nueva ley desamortizadora! La llamada revolución burguesa daba un paso más hacia delante. Dicha ley comenzaba con un artículo en el cual se declaraba que estaban en venta todos los predios rústicos y urbanos, censos y foros pertenecientes al Estado, al clero, a las Órdenes Militares, a las cofradías, a las obras pías y santuarios, a las fincas propias y comunes de los pueblos, a la beneficencia, a la instrucción... A diferencia de lo que pasó en tiempos de Mendizábal, esta vez la desamortización comenzó a aplicarse con decisión y rapidez, aunque sin la virulencia de entonces. Las consecuencias, tanto en el orden material como, sobre todo, en el terreno humano e institucional, fueron muy graves para la Iglesia. Los obispos protestaron. Los de Urgel, José Caixal y Estradé, afecto a la causa carlista, y de Barcelona, José Domingo Costa y Borràs, uno de los más prestigiosos de su tiempo, fueron desterrados de sus sedes respectivas. Las relaciones diplomáticas entre el Gobierno Español y la Santa Sede se interrumpieron[20].

Los procesos desamortizadores y las tensiones que generaban entre Iglesia y Estado no podían dejar de impactar sobre los católicos, muchos de los cuales irán asumiendo una mentalidad de lucha por la

defensa de la fe. Dorotea hará suya esta mentalidad y practicará como una especie de operación *antidesamortizadora*: adquirirá fincas y casas para dárselas a las congregaciones religiosas, para que pudieran desarrollar su tarea espiritual y social. La desamortización había golpeado duramente a los institutos religiosos de varones, que casi dejaron de existir; con los de las monjas se había mostrado más indulgente. Dorotea comenzará a colaborar con las religiosas...



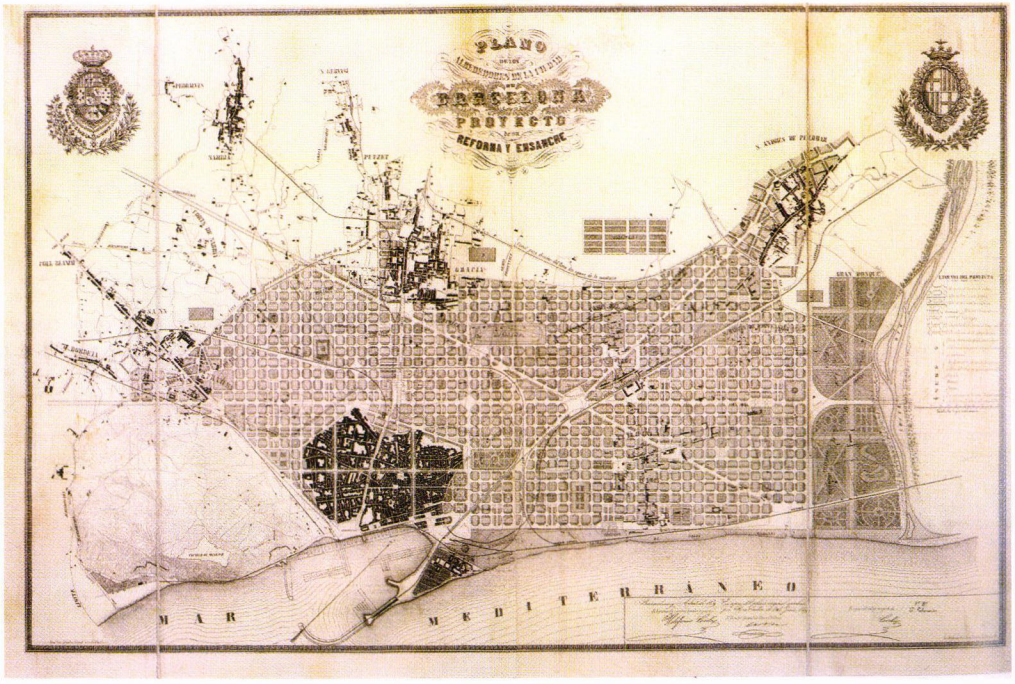
▲ General O'Donnell (1809-1867).

Durante el moderantismo y el eclecticismo político

La reina Isabel se había ido cansando de los desórdenes que toleraba Espartero y de su política radical progresista, y acabó por dar su confianza, primero, a O'Donnell y, después, a Narváez, quien formó gobierno el 12 de octubre de 1856. Así, después de un corto gobierno de O'Donnell (tres meses), volvían al poder los moderados, es decir, los conservadores. El general Ramón María Narváez y de Campos, Duque de Valencia, restableció con fuerza el orden público y deshizo en pocos días la obra de los progresistas. Pero no bastaba eso; había que arbitrar soluciones positivas para el presente y el futuro... Por lo que a los dos años, en junio de 1858, la soberana encargaba la formación de un nuevo gobierno al general Leopoldo O'Donnell, Duque de Tetuán. Su partido, *La Unión Liberal*, integrado por progresistas y por moderados *flexibles*, ocupó el poder desde junio de 1858 a febrero de 1863. Su eclecticismo político proporcionó cinco años de paz y de estabilidad, pero se agotó por puro desgaste. Entonces la reina Isabel optó, una vez más, por los moderados de Narváez. El Quinquenio Moderado que siguió (1863-1868) significa, con todo, la disolución gradual del régimen isabelino. Se caminaba hacia la revolución...

A pesar de la crisis y del malestar social que representa el bienio 1865-1866, los doce años que van de 1856 a 1868 forman en su conjunto un período de prosperidad económica, de expansión industrial, de movilización de capitales, de revitalización del comercio colonial, de formación de nuevas sociedades mercantiles y bancarias, de creación de nuevos puestos de trabajo. Se invierte en las nuevas líneas ferroviarias, en las obras de construcción de viviendas, en una economía industrial diversificada[21].

El predominio de las fuerzas conservadoras no desarraigó las tendencias que hemos visto emerger durante el Bienio Progresista, tales como el progresismo, la democracia, la descentralización, el asociacionismo obrero, la crítica social. Estos elementos quedaron arrinconados y hasta aplastados, pero resurgirían de nuevo en la otra gran experiencia social y política, el Sexenio Revolucionario (1868-1874).



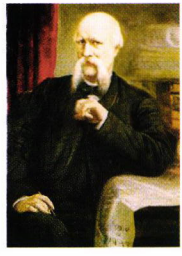
En referencia a Barcelona cabe poner de relieve algunos puntos que sugiere la exposición hecha hasta aquí.

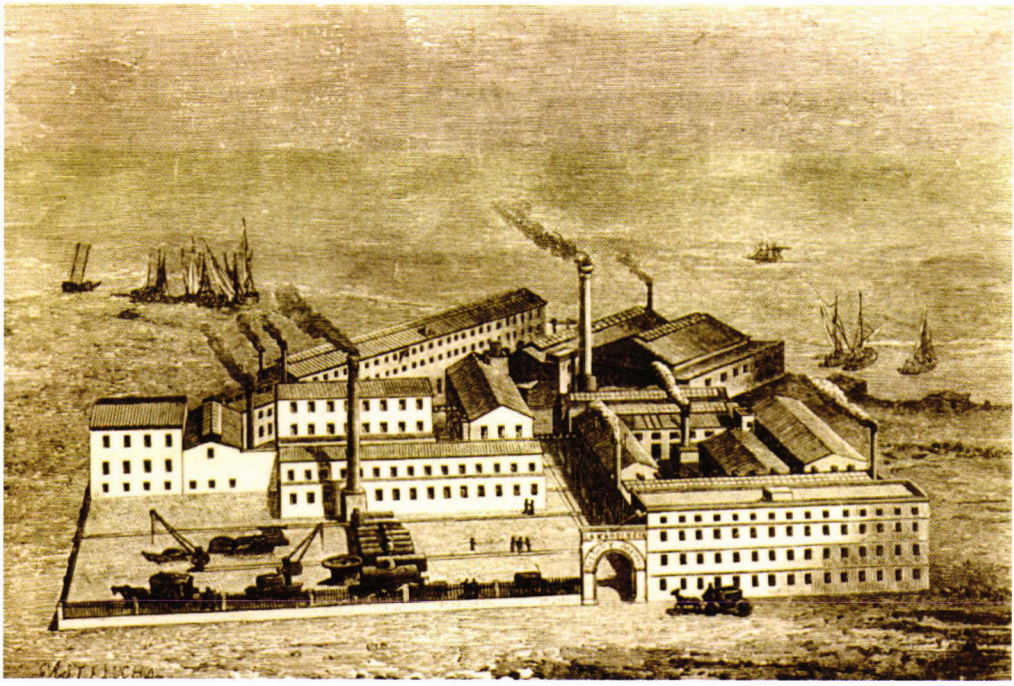
El Ensanche

En febrero de 1859, un hombre todavía joven, apasionado por la política y su profesión –ingeniero de caminos, canales y puertos–, llamado Ildefonso Cerdà y Sunyer, presentaba al Ministerio de Fomento un *Plan de Reforma y Ensanche* para la Ciudad Condal. No era el único que se había preocupado del tema. Pero lo cierto es que se entendió directamente con Madrid y que, a pesar de todas las críticas que levantaron su proyecto y su manera de actuar, obtuvo el apoyo del Gobierno, que aprobó aquel plan y lo impuso al Ayuntamiento de Barcelona[22].

El plan Cerdà –«una cuadrícula que encierra el casco antiguo de Barcelona como una nuez en una enorme tableta de chocolate», según la ingeniosa descripción de Robert Hughes[23]– comenzó a llenarse de edificios en 1860, cuando la reina Isabel II colocó la primera piedra el día 4 de octubre. Pero la construcción de las viviendas y el arreglo de las calles avanzó muy lentamente, sin ajustarse demasiado a las

▲▼ Plan de Reforma y Ensanche para Barcelona. Ildefonso Cerdà i Sunyer (1815-1876). Óleo sobre tela de Martí Alsina, 1878. Ateneu Barcelonès. Fotografía de Carme Esteve.





▲ Los talleres de La Maquinista, hacia 1865. A. DEL CASTILLO, *La Maquinista Terrestre y Marítima, personaje histórico (1855-1955).*

ordenanzas municipales y bajo la férrea ley de la especulación. A comienzos de los años setenta, las primeras mil viviendas se levantaban en una superficie limitada por el Paseo de Gracia y las calles Consejo de Ciento, Caspe y Bailén. Hacia 1873, allí vendría a residir el matrimonio Serra. Pero al *Ensanche* acudieron no sólo los burgueses, sino muchísimos menestrales y operarios. Todos cabían en la cuadrícula igualitaria de Cerdà, que quedó parcialmente desvirtuada[24].

La Maquinista Terrestre y Marítima

Barcelona y Cataluña fomentaron un gran desarrollo económico, y se beneficiaron del mismo. Antes de 1868, Cataluña era indiscutiblemente la zona más industrializada de España. Una muestra de ello es la fundación del complejo metalúrgico *La Maquinista Terrestre y Marítima*, que tuvo lugar en junio de 1855, en pleno Bienio Progresista. José María Serra estuvo adscrito a sus orígenes. Con ello imitaba el comportamiento que había seguido su padre, Mariano, en el nacimiento de la industria metalúrgica en Barcelona.

Efectivamente, en la fundación de la Sociedad *Pablo Llovera y Cía* (junio de 1839) junto a los fabricantes Nicolás Tous y Soler, Jaime

Ricart, Juan María Raspaud y Pablo Llovera, figuraban también dos comerciantes capitalistas, Manuel de Lerena y Mariano Serra. Esta empresa será el eje del movimiento metalúrgico barcelonés del XIX.

Incrementando su potencial económico con la aportación de los capitales de Celedonio Ascacíbar y de Juan Güell y Ferrer, se instaló en los terrenos del antiguo convento de San Agustín (1841), y se llamó *Compañía Barcelonesa de Fundición y Construcción de Máquinas* o, simplemente, *La Barcelonesa*. Era todavía un sencillo taller de fundición de hierro y de reparación y construcción de maquinaria textil; pero, al año siguiente (1842), se transformó en la sociedad *Tous y Ascacíbar*, la cual pudo fabricar maquinaria pesada, en competencia con la que, en aquella época, llegaba de Inglaterra.

Esta empresa y la de Valentín Esparó –el comprador de los talleres de Bonaplata después de su destrucción en 1835 (pág. 45)– darán origen a su vez a la empresa de *La Maquinista*, la creación más ambiciosa de la inquietud metalúrgica barcelonesa[25].

Allí estaba presente don José María. El capital inicial fue de veinte millones de reales vellón, formado por cinco mil acciones de cuatro mil reales, repartidos de modo desigual entre 27 accionistas. Entre estos figuraban: José Colomer, con 1.056 acciones; Valentín Esparó, con 822; José María Serra, con 453; Ramón Bonaplata, con 438; Juan Güell y Ferrer, con 267; José A. de Mendeguren, con 200; Celedonio Ascacíbar, con 190; Nicolás Tous y Soler, con 170, y varios otros con menores cantidades[26]. Ya desde un principio don José María estuvo en la junta de gobierno de la sociedad, y el día 3 de abril de 1863 fue elegido para ocupar la presidencia, cargo que desempeñó, por reelección, durante tres años.

El coraje cívico y cristiano de una burguesa

Dorotea llevaba también en el alma este espíritu empresarial, que había recibido del padre, del marido, del suegro, del yerno. Lo llevaba a su manera: no para asumir negocios, ni para halagar a la clase pudiente, sino para gobernar su casa y atender, en lo posible, a los que la primera revolución industrial estaba marginando. Cuando vio que, por ley de vida, su casa se vaciaba, creyó encontrar su hogar entre los pobres. ¿Se trata, simplemente, de un gesto de filantropía? Lo cierto es que, por este tiempo, había resuelto lo siguiente: «Será mi virtud predilecta la caridad con los pobres, aunque me cueste sacrificios grandes». Y también se había propuesto: «Salir del estado de tibieza tenida hasta aquí, y no hacer ni pensar cosa que no tenga la gloria de Dios por fin». Así pensaba y escribía

esta mujer al concluir una tanda de Ejercicios Espirituales en Sarrià en 1867[27]. Unos pocos años antes, había comenzado ya a actuar en firme.

Los pobres, los mendigos

Junto a los jornaleros, Dorotea encontraba a otras personas aún más pobres: los mendigos, a veces física y psíquicamente tarados y enfermos. Y es que, a lo largo de todo el siglo XIX, no hubo manera de regular y suprimir la mendicidad en Barcelona: los pobres, mendigos, pordioseros, indigentes, mendicantes y vagos siempre pululaban por sus calles y plazas. El paro laboral, las pestes sucesivas, las huelgas agravaban la situación. En los años 1855 y 1862, por ejemplo, las autoridades comprobaron la aparición de nuevas avalanchas de menesterosos. Al objeto de atajarlas publicaron bandos, crearon juntas y comisiones, multiplicaron los estudios y los informes, amenazaron con la expulsión de los indocumentados... Pero todo resultaba inútil, insuficiente. La Casa de Caridad –fundada en 1803 y dependiente de la Diputación Provincial desde el año 1869–, y el Asilo Municipal, fundado unos años más tarde, quedaban desbordados[28].

Este colectivo de personas formaba la *otra familia* de Dorotea quien, el mismo día de la muerte, por la mañana, encargaba a sus hijas que cuando se produjera el desenlace, distribuyeran a todos los pobres que se presentaran en la casa una limosna de dos pesetas. Y efectivamente, por la tarde, una vez que había fallecido, se comenzó a distribuir la limosna, que ya no fue de dos sino de cinco pesetas. «Corrió la noticia entre los pordioseros con la velocidad del rayo –narra Jaime Nonell–, comenzaron a acudir a bandadas de todos los ángulos de la ciudad; con los menesterosos y verdaderamente pobres se juntaron luego otros y otros, que no tenían necesidad de semejante limosna. Y acabó la cosa por convertirse en un desorden, y casi podríamos decir en un tumulto»[29]. Naturalmente, por culpa de esa gente desaprensiva, se tuvieron que cerrar las puertas, si bien «después que se hubieron repartido, precisa el biógrafo, buenos centenares de duros»[30].

El episodio tuvo lugar en la casa palacio de doña Dorotea, en la calle Cortes –hoy, Gran Vía– en el Ensanche. Los pobres y mendigos ya sabían, de tiempo atrás, que aquella era también su casa...

La beneficencia

En los diccionarios de Historia, de España y de Cataluña, no es frecuente que aparezca este vocablo, aunque la beneficencia pública

haya estado organizada y promovida por los poderes civiles. Por el contrario, en los diccionarios de historia de la Iglesia se halla fácilmente este término, porque las confesiones cristianas de todos los tiempos han considerado esta práctica como una tarea propia, exigida por su vocación.

Durante el siglo XIX, la beneficencia institucional fue pasando cada vez más a manos de la misma sociedad civil –Estado, Diputaciones, Ayuntamientos–. Por la ley de beneficencia del 6 de febrero de 1822, que ampliaba los principios establecidos en las Cortes de Cádiz de 1812, la gestión y la administración de la Beneficencia Pública incumbía a los Ayuntamientos. A éstos les ayudaban diversas entidades privadas como, por ejemplo en Barcelona, la Real Sociedad Económica Barcelonesa de Amigos del País, las Juntas Municipales y Parroquiales, los Amigos de los Pobres, la Junta de Damas –instituida en 1835–, la asociación denominada la Caridad Cristiana, los Montepíos de socorros mutuos. Desde 1852, el mismo señor Serra tenía el título de Socio Permanente de la Asociación de Socorros y Protección de la Clase Obrera y Jornalera, la cual se fue convirtiendo entre nosotros en una de las entidades más cualificadas en el campo de la beneficencia. De hecho polarizó en sí misma una buena parte de la inquietud social católica de Barcelona[31].

Estos colectivos los conocía bien doña Dorotea: de alguna manera formaban su entorno social próximo, donde se sentía a gusto, siempre dispuesta a empujar, animar, mejorar. Así nos consta que en 1862 era miembro de la citada Sociedad Económica de Amigos del País y, tres años más tarde, consejera de la junta directiva de la Asociación de Escuelas Dominicales[32].

Pero como tales instancias estaban animadas todavía por un pensamiento cristiano, no tenían inconveniente en solicitar la colaboración de grupos eclesiales y singularmente de las congregaciones religiosas de nuevo cuño. Éstas, sin abandonar sus prácticas litúrgicas y devocionales, empleaban lo mejor de su tiempo y energías en el apostolado *social*: hospitales, inclusas, orfanatos, escuelas. Baste citar la *Congregación de la Misión*, o padres paúles, quienes llegaron a Barcelona en 1704. Unas décadas antes (1617), los había fundado en París San Vicente de Paúl. El señor De Paúl tuvo el carisma de suscitar muchos seguidores y, con ellos, *organizar la caridad*, a fin de que ésta se desarrollara según un plan orgánico y estable, y, por tanto, eficiente. De este modo *modernizó* la Iglesia de su tiempo, inyectándole los más puros ideales del Evangelio.

El mencionado Concordato de 1851 (pág. 50) había permitido «una pacificación de los espíritus»[33]. Pero este clima había quedado muy deteriorado a raíz del Bienio Progresista y de su política desamortizadora. El año 1859 representa indudablemente «la época más crítica» de los institutos religiosos en la España del XIX[34]. Con todo, los unionistas consiguieron restablecer las buenas relaciones con la Santa Sede: en virtud del convenio proclamado como ley del Reino el 4 de abril de 1860, se suspendía la venta de los bienes de la Iglesia, la cual no se llevaría a efecto sin la autorización de la misma Santa Sede[35]. Por el momento, la bonanza política y social favorecía también a los institutos religiosos.

Las Hijas de la Caridad

Las Hijas de la Caridad, fundadas en Francia por San Vicente de Paúl y Santa Luisa de Marillac (Francia, 1633), llegaron a Barcelona el 28 de mayo de 1790. Procedían de la casa madre de París y formaban un grupo de seis religiosas. La superiora era francesa y las otras cinco españolas, que habían ido a Francia para imbuirse del verdadero espíritu de los fundadores y prepararse a trabajar un día en su patria. Las había llamado la Junta Administrativa del Hospital de la Santa Cruz, la cual tres meses después tuvo todo dispuesto para que las religiosas comenzaran a prestar sus servicios.

Pero éstas no tuvieron unos comienzos fáciles, porque, de seguir los propósitos que manifestaban los administradores, perdían la libertad necesaria para conservar y desplegar su identidad vocacional como hijas de San Vicente de Paúl. La situación llegó a ser tan tensa para ellas que tuvieron que marcharse de la ciudad, abandonando por el momento su primera fundación en Barcelona y en España (1792). Sin embargo, aquella circunstancia, tan triste y dolorosa, no las hundió en el pesimismo, porque se vieron rodeadas de nuevas vocaciones juveniles. Lo que les permitió extender su instituto a otras partes. Dentro de Cataluña llegaron a Lérida (1792), Reus (1793), Tortosa (1808), La Selva del Camp (Tarragona, 1820). ¿Alguien, alguna vez, les volvería a abrir las puertas de Barcelona?

Se las abrió la ex regente María Cristina de Borbón, a quien los encargados de la *Casa d'Infants Orfes*, en la plaza de los Ángeles, le pidieron una intervención suya para que las Hijas de la Caridad se hicieran cargo de las dos secciones que funcionaban en la casa:



▸ La Casa dels Infants Orfes. Frontón de la entrada.
▾ Iglesia y limosnero.



el hospital y la escuela. Esto ocurría en marzo de 1844, cuando la hija de María Cristina, Isabel, ya era reina de España y los moderados se ponían al frente del Gobierno.

Dos años después, el 23 de noviembre de 1846, llegaron tres Hijas de la Caridad a la citada institución benéfica de Barcelona. Venían de Madrid. Se sentían cansadas del largo viaje de cuatro días, pero satisfechas de su retorno a la Ciudad Condal, después de ¡54 años de ausencia![36].

Tal fue su primer escenario de actuación. Algo más tarde, en 1851, el Ayuntamiento trasladó el colegio probablemente al cercano convento de los carmelitas calzados, que había sido asaltado durante la revolución de julio de 1835 y luego, desamortizado. Este enclave distaba muy poco del convento de Nuestra Señora de los Ángeles que tanto conocía y frecuentaba Dorotea por la presencia de su hermana dominica. El segundo puesto de trabajo de las Hijas de la Caridad fue la Casa Provincial de Maternidad y Expósitos, en la calle Ramelleres (1853), institución que mucho más tarde pasaría a Les Corts de Sarrià. Los tres puestos mencionados se hallaban muy cerca el uno del otro, en el Distrito Quinto, zona Norte[37].

Podemos suponer que fue aquí donde Dorotea conoció y trató a las Hijas de la Caridad quienes,



entre 1858 y 1859, no tenían ninguna otra presencia en Barcelona, y se ofreció para ampliar el campo de su actividad[38].

Las Salas de Asilo

Dorotea ya se había asomado al mundo exterior cuando colaboró en la puesta en marcha del Colegio del Sagrado Corazón de Jesús (pág. 51). Ahora lo iba a hacer tomando ella misma la iniciativa y dejándose llevar de su intuición creativa. Las Hijas de la Caridad no habían realizado aún en Barcelona un proyecto como el que proponía la señora Serra.

Entre el suegro y la nuera

Dorotea partía de un hecho comprobado una y otra vez en Barcelona. Se lo explicaba así a su suegro, don Mariano: «Reuniremos una cantidad suficiente para alquilar o comprar una casa en los barrios en que vive la gente trabajadora y en ella recogeremos a sus hijos durante las horas en que los padres trabajan en las fábricas; allí los sustentaremos, les daremos instrucción y educación religiosa, y formaremos hombres útiles a la sociedad y a la religión». No se trataba de una idea original; Dorotea la había visto realizada por las Hijas de la Caridad en Francia. Lo nuevo estaba en *transportarla* a Barcelona: «¿Por qué ha de carecer de esta institución nuestra ciudad, hallándose como se halla con tanta o mayor necesidad de ella, que las ciudades de Francia?». No pedía mucho: «Si yo tuviera 500 duros –le explicaba al suegro–, remediaría las necesidades de los hijos de la clase obrera». Don Mariano, que era rico y bueno, quedó admirado ante aquellas palabras y, aunque le faltaba ya la luz de los ojos, vislumbró en su imaginación que el proyecto de la nuera tenía futuro: «Toma, hija, los 500 duros que pides; Dios te los multiplique, y a ti y a tu obra os bendiga»[39].

Si alguno piensa que Dorotea tenía todo a la mano y que su bolso estaba siempre lleno, se equivoca. Más de una vez, ella misma debía salir a la calle en busca de recursos, y con inteligencia y coraje, reunir la ayuda necesaria. Acudía a conocidos y desconocidos y, si hacía falta, organizaba una rifa benéfica. En ocasiones, se movía dentro de ese amplio *voluntariado* que funcionaba en la ciudad. A los grupos citados arriba hay que añadir las llamadas *Juntas de Señoras*, que animaban muy diversas instituciones. La historio-



grafía barcelonesa tiene todavía casi en blanco el capítulo referente a todo este movimiento.

Las dos primeras Salas

Asimismo desconocemos el camino concreto que siguió doña Dorotea para entrar en contacto con el instituto de las Hijas de la Caridad o con el de sus hermanos, los Padres Paúles: con quién habló, qué proyecto presentaba, qué medios ofrecía... Lo cierto es que en 1860, alquiló una casa en la calle de la Luna[40] y en ella se abrió la primera Sala de Asilo. El sitio no podía ser más estratégico, situado como estaba en el barrio obrero del Distrito Quinto y a poca distancia de la calle Ferlandina y del convento de los Ángeles.



▲ Antigua Sala de Asilo de la calle Aldana. Casa central. Hoy Escuela Sagrado Corazón.

Las familias acudieron enseguida a confiar sus pequeños a las Hijas de la Caridad. Mientras las madres acudían a los puestos de trabajo, sus niños y niñas tenían un hogar seguro: una amable acogida, distracciones, formación cristiana, enseñanza de las primeras letras y, sobre todo, comida caliente al mediodía. Todo les salía gratis, o casi gratis, porque las señoras de

la Junta y, muy especialmente, las religiosas se las arreglaban para hacer frente a los gastos.

Así nació entre nosotros la *Obra de las Salas de Asilo*. Su nombre es sencillo, humilde; objetivamente viene a significar un verdadero asilo de día con destino a los párvulos de las familias trabajadoras.

Dadas las circunstancias, la Sala tuvo un éxito superior a toda esperanza. Con la aprobación del gobernador civil, don Ignacio Llasera, las promotoras se organizaron mejor[41] y, a los dos años, 1862, ampliaron la obra en un nuevo enclave: estaba situado en la calle de Aldana, 3, y en un barrio marginado, todavía sin nombre propio, perteneciente al distrito municipal de Hostafrancs y que Dorotea escogería entre los preferentes para su actividad social (pág. 265).

Ya eran dos las Salas de Asilo. La segunda, ampliada y modernizada en 1874 en las postrimerías de la primera República Española, se convertiría en casa central; de ella dependerían la de la calle Luna y las otras que fueran naciendo. Pero en cualquier caso, la Sala de la calle Luna es la «cuna» de toda la Obra[42].

¿Quedó Dorotea satisfecha de esta Obra? Sin duda alguna. Y a lo largo de los años la seguirá desplegando, mejorando, mimando. Y es que ella se sentía perfectamente identificada con la misma. Cuando llegaba el día de la primera comunión de los niños, ella estaba presente participando, como una Hija de la Caridad más, en la fiesta: tomaba parte en la celebración religiosa y no dejaba de alegrar la jornada obsequiando a los pequeños con algunos regalos.

La muerte llama a la solidaridad

Este tiempo, comprendido entre 1860 y 1861, fue de contrastes para Dorotea: por una parte, el éxito de la Obra de las Salas le llenó de satisfacción; por otra, la muerte llamó a la puerta de su hogar con dolorosa insistencia. Primero se llevó a don Mariano, adinerado y exponente de los viejos cristianos, que falleció en abril de 1860: «Fundador y jefe que había sido de una de las casas que gozan más crédito en nuestro comercio», según recordaba el *Diario de Barcelona*; y que, al quedarse ciego, se dedicó a «socorrer a los pobres y aliviar a muchos infortunados»[43].

Al año siguiente, falleció Carmela, la hija menor del matrimonio Serra, nacida en 1845. Acababa de salir del Colegio del Sagrado Corazón, de Sarrià, donde se había formado, lo mismo que sus hermanas. Le sonreía la vida por los cuatro costados. Pero un acoso violento de tifus le cortó la trama de la vida. Carmela Serra y de

Chopitea –educada, muy agraciada, henchida de futuro– murió el 19 de agosto de 1861, a los 16 años de edad. Como es de suponer, el dolor de los padres y hermanas fue inmenso, sin límites.

¿Cómo reaccionó la madre? No nos ha dicho nada de sus sufrimientos interiores; pero nos ha hablado suficientemente con el lenguaje que le iba mejor, el de los hechos: se entregó en cuerpo y alma al ejercicio de la solidaridad. Una testigo le hizo esta confidencia al padre Nonell: «A pocos días de haber muerto su hija Carmela, me llamó y me dijo: "Pues que el Señor ha dispuesto de mi hija, he adoptado en su lugar a los pobres, y quiero dar a ellos todo lo que gastaría para ella, incluso su dote; si usted tiene información de necesitados, démelos a conocer". No me hice de rogar –precisa la testigo–, porque conocía muchos y con grandes necesidades, y todos fueron socorridos largamente»[44].



▲ Carmela Serra y de Chopitea.

Todas estas personas favorecidas han quedado en el anonimato. Como otras muchas a las cuales llegó un día la mano amiga de Dorotea. Está bien que sea así. Porque, al fin y al cabo, la *beneficencia institucional* que Dorotea ejercía por medio de asociaciones e institutos religiosos no era más que el *iceberg* de una base mucho más amplia y profunda, escondida... Lo cierto es que, mientras tanto, Dorotea había comenzado a construir una Barcelona para todos.

NOTAS

[1] *Vida ejemplar de la Excelentísima Señora Doña Dorotea de Chopitea, Viuda de Serra.* Tipografía y Librería Salesianas, Barcelona-Sarrià 1892, 77.
[2] *Ibid.*, 68.
[3] Cf *Ibid.*, 83.
[4] *Ibid.*, 67.
[5] *Ibid.*
[6] *Ibid.*, 68.
[7] *Escritura de protocolización del expediente de apertura del testamento del Excmo. Sr. D. José María Serra y Muñoz. Autorizada por D. José Falp, notario, en la ciudad de Barcelona a los 7 de septiembre 1882.*
[8] Sacra Congregatio Pro Causis Sanctorum, *Beatificationis et canonizationis Servae Dei Dorotheae Chopitea Viduae Serra... Positio super virtutibus.* Romae 1975, p. 3, n.º 15.
[9] *Escritura de protocolización del expediente de apertura del testamento...*
[10] Documentado en J. Nonell, *Vida ejemplar...*, 63. Ver el capítulo primero de esta biografía, pág. 68.
[11] Para conocer la religiosidad en Barcelona a mediados del siglo XIX resulta imprescindible el trabajo de C. Martí, *L'Església de Barcelona (1850-1857). Implantació social i dinamismes interns*, 2 vols. Curial Edicions Catalanes. Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona 1984.
[12] *Vida ejemplar...*, 80.
[13] *Ibid.*, 79.
[14] *Ibid.*
[15] La *Vicalvarada*, 30 de junio, y el Manifiesto de Manzanares, el 7 de julio.
[16] En nuestra exposición tendremos muy en cuenta el estudio verificado, hace ahora unos treinta años, por J. Benet y C. Martí, *Barcelona a mitjan segle* XIX. *El moviment obrer durant el Bienni Progresista (1854-1856)*, 2 vols. Curial Edicions Catalanes, Barcelona 1976.
[17] Cf R. Tasis, *Barcelona. Imatge i història d'una ciutat.* Rafael Dalmau, Barcelona 1961, 391-392.
[18] Citado en *Barcelona a mitjan segle XIX...*, I, 179.
[19] Cf J. Benet i C. Martí, *Barcelona a mitjan segle* XIX..., I, 457-512.
[20] Cf. J. Manuel Castells, *Las asociaciones religiosas en la España Contemporánea (1767-1965). Un estudio jurídico-administrativo.* Ed. Taurus, Madrid 1973, 189-208, 208-220. V. Cárcel Ortí, *Breve historia de la Iglesia en España.* Ed. Planeta, Barcelona 2003, 296-297.
[21] Cf R. Carr, *España 1808-1975.* Editorial Ariel, Barcelona 1992, 260-284.
[22] Cf A. Florensa, *Ildefonso Cerdà, el hombre y su obra.* En *Divulgación histórica de Barcelona*, XIII. Publicaciones del Instituto Municipal de Historia 1970, 247-250.
[23] *Barcelona.* Editorial Anagrama, Barcelona 1992, 365.
[24] Cf P. Vila Dinarès – L. Casassas Simó, *Barcelona i la seva rodalia al llarg dels temps.* Ed. Aedos, Barcelona 1974, 317-320, 340.
[25] Cf J. Vicens Vives, *Industrials i Polítics del segle XIX.* Barcelona 1958, 63, 327-331.
[26] Cf A. del Castillo, *La Maquinista Terrestre y Marítima, personaje histórico (1855-1955).* Barcelona 1955, 74.
[27] Ver la carpeta *Scripta quibus inveniuntur "Proposita aut consilia spiritualia", exarata a Serva Dei, sua ipsius manu*, en el *Archivo de la Vicepostulación de la Venerable Dorotea de Chopitea* (En adelante, *AVD*).
[28] Cf M. González i Sugrañes, *Mendicidad y beneficencia en Barcelona.* Ed. Henrich y Cía, Barcelona 1903, 57-66.
[29] *Vida ejemplar...*, 407.
[30] *Ibid.*
[31] Cf R. Alberdi, *Una ciudad para un santo. Los orígenes de la obra salesiana en Barcelona.* Ed. Tibidabo, Barcelona 1966, 61, nota 40.
[32] En el primer caso, el nombramiento lo firmaba el Marqués de Foronda, y en el segundo, la Marquesa de Llió.
[33] C. Seco Serrano, *Historia del conservadurismo español. Una línea política integradora en el siglo XIX.* Ediciones Temas de Hoy, Madrid 2000, 110.
[34] J. M . Castells, *Las asociaciones religiosas...*, 221.

35 Cf *Ibid.*, 214.

36 Cf Nicolás Mas, *Notas para la historia de las Hijas de la Caridad en España.* II, *1800 a 1850.* Editorial Ceme, Salamanca 1988, 231.

37 Cf Nicolás Mas, *Fundación de las Hijas de la Caridad en España.* [s/l] 1958, 28-36, 37-43, 101-105.

38 En el mismo barrio estaban abiertos otros dos institutos de beneficencia muy conocidos: la *Casa Municipal de Misericordia*, o *Casa Municipal de Nuestra Señora de la Misericordia*, fundada en 1581 y atendida desde antiguo por las Terciarias Franciscanas de la Misericordia, y la *Casa Provincial de Caridad*, fundada en 1802 y atendida después por las Hijas de la Caridad.

39 Según describe la escena el biógrafo Nonell en *Vida ejemplar...*, 82-83.

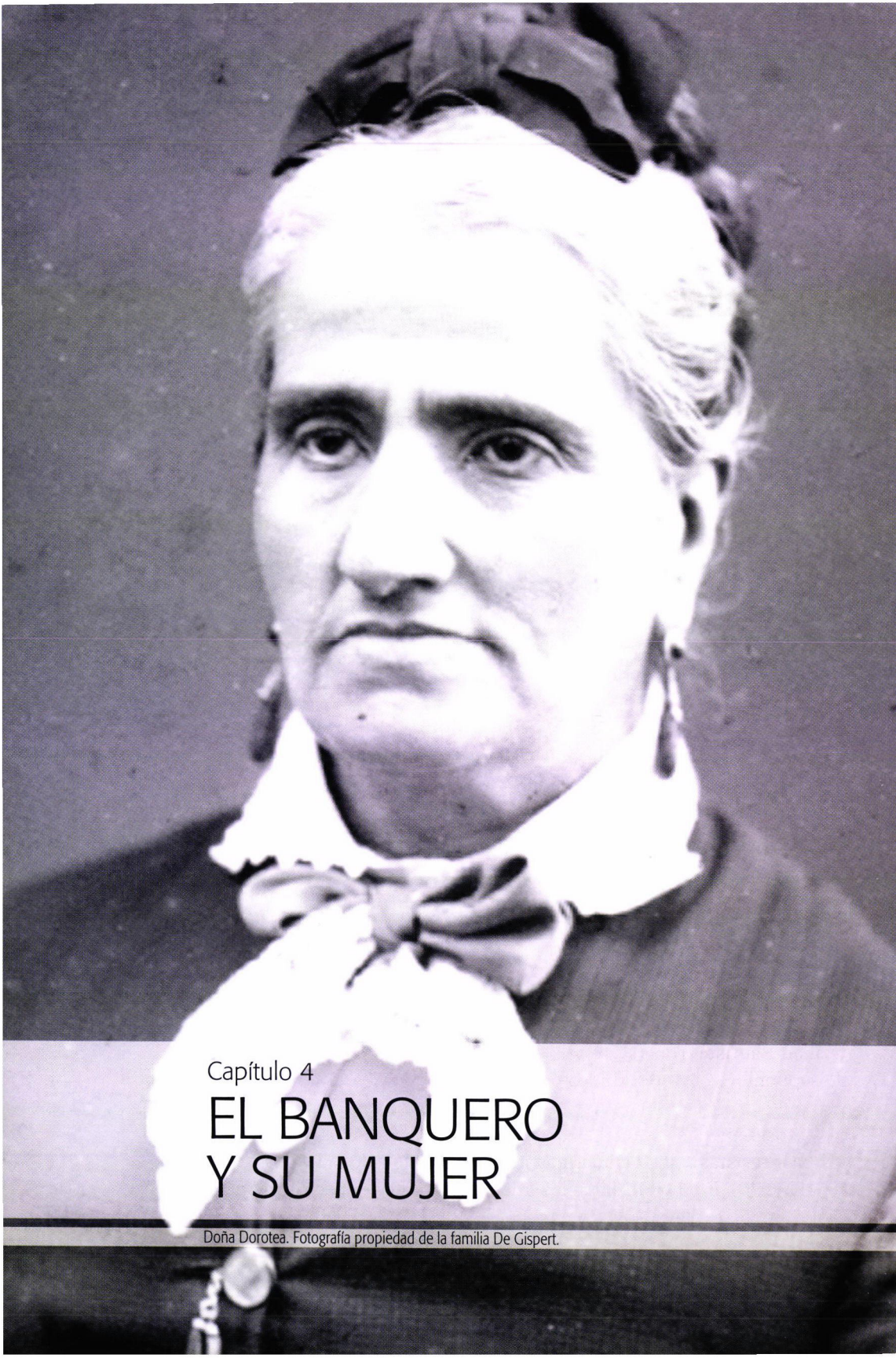
40 No nos ha sido posible señalar el número de esta casa.

41 Cf *Reglamento de la Junta de Señoras para la fundación e inspección de varias Salas de Asilo para párvulos en Barcelona.* Barcelona 1861.

42 J. Nonell, *Vida ejemplar...*, 92.

43 *Diario de Barcelona*, n. 118 (sábado 28 de abril 1860) 3930. Edición de la mañana.

44 J. Nonell, *Vida ejemplar...*, 86.

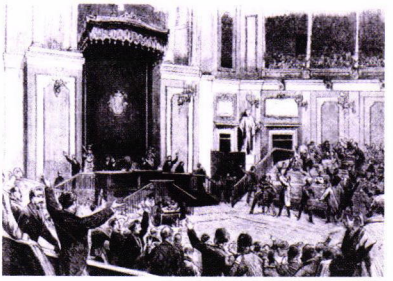


Capítulo 4

EL BANQUERO Y SU MUJER

Doña Dorotea. Fotografía propiedad de la familia De Gispert.

Cuando en septiembre de 1868 comenzó la insurrección que debía traer a España el Sexenio Revolucionario o Sexenio Democrático (1868-1874), el matrimonio Serra residía en su casa de siempre, en la calle Montcada. Pero antes de que terminara dicho sexenio –tal vez durante la Primera República (1873), tal vez el año anterior– había construido una nueva mansión en el Ensanche, en la Gran Vía de las Cortes Catalanas, cerca del cruce con el Paseo de Gracia. Desde allí, a comienzos de 1875, dieron la bienvenida a la Restauración (1875-1902). Y ya no se moverían más. Conservaban su casa de campo en Sarrià, donde don José María falleció en agosto de 1882. Dorotea comenzaba así el período de la viudez.



▲ Proclamación de la Primera República Española, 1873. Arxiu Más.

El presente capítulo comprende el arco cronológico que va de 1868 hasta 1882. Son unos trece años: seis durante la Revolución y siete en la Restauración. El matrimonio Serra vive una nueva experiencia de vida. Porque, por una parte, ha quedado solo, pues todas las hijas están casadas y construyen sus respectivas familias, y por otra, ha de moverse en un tiempo y un escenario nuevos.

El septembrismo

En la exposición que sigue sólo intentamos descubrir, lo mismo que en el capítulo anterior, el encuadre histórico en el que los protagonistas despliegan su actividad.

El Sexenio democrático

Todo comenzó con un *pronunciamiento* de los militares: el almirante Juan Bautista Topete Carballo sublevó la escuadra en Cádiz el 18 de septiembre de 1868 y, poco después, dos generales, Francisco Serrano Domínguez y Joan Prim y Prats, se adherían a la escuadra. Los tres representaban las fuerzas que entraban en acción: los unionistas, los progresistas y los demócratas. La mayoría de éstos últimos eran republicanos. El choque entre los gubernamentales –liberales moderados– y los sublevados tuvo lugar a los diez días en la batalla del

Puente de Alcolea (Córdoba), en la que los primeros fueron vencidos. La reina Isabel II no quiso una guerra civil y, sin renunciar a sus derechos a la corona de España, se exilió a Francia el 30 de septiembre.

La coalición lograba así la primera de sus metas, que consistía en derribar el régimen moderado de la Monarquía y acabar con la presencia de los Borbones en el trono de España. Y puso manos a la obra para conseguir la otra: convocar Cortes extraordinarias mediante el sufragio universal a fin de que éstas determinaran libremente la naturaleza del futuro régimen español.

Los tratadistas suelen distinguir varias fases. Pronunciamiento en 1868, Juntas revolucionarias locales en 1868, Gobierno provisional en 1868-1869, Regencia del general Serrano en 1869-1870, Monarquía de Amadeo de Saboya en 1870-1873, República Federal en 1873, República «Ducal» o «Pretoriana» en 1874 y Restauración borbónica en 1875-1902.

Digamos enseguida que la gran novedad del Sexenio fue la República, proclamada por la Asamblea Nacional –congreso y senado– el mismo día en que el rey Amadeo de Saboya abdicaba de la corona de España el 11 de febrero de 1873, y definida por las nuevas Cortes Constituyentes como *República Democrática Federal* en el mes de junio. Este régimen republicano desbordaba la estricta revolución burguesa y duró poco, tan sólo once meses. Es verdad que, por una parte, encarnaba valores esenciales de la revolución como la libertad de expresión, asociación, religión y culto, el sufragio universal masculino y la descentralización político-administrativa; pero, por otra parte, la destruían continuamente las divisiones internas –entre republicanos *unitarios* y federales, entre los federales *benévolos* y los *intransigentes*–, las luchas personales entre los mismos dirigentes, y, al final, en el verano de 1873, la aparición del *cantonalismo* en Levante y en el Sur. Como esto no era sostenible, algunas fuerzas republicanas fueron girando a la derecha, lo que facilitaba el golpe de Estado del capitán general de Madrid, Manuel Campos Pavía, el 3 de enero de 1874.

Una aventura espiritual

A pesar de todos los aspectos oscuros y contradictorios que presenta el proceso revolucionario, por encima de todo emerge el espíritu de un pueblo que anda buscando su crecimiento humano y social, su propia autonomía, y para ello exige más libertad, una verdadera igualdad ante el imperio de la ley democráticamente establecida, mayor grado de participación ciudadana, urgentes reformas sociales. Bien mirado, se trataba de una gran *aventura espiritual* e

incluso *religiosa*. «En el ámbito religioso, escribe Raymond Carr, fue donde la Revolución tuvo sus más profundas consecuencias»[1].



▲ El general Serrano (1810-1885).

Para comenzar, si caía la Corona, también debía caer la Iglesia Católica del pedestal en que la habían colocado concretamente los últimos gobiernos de la monarquía, desde 1860 en adelante. Debían reajustarse sus relaciones con el Estado e, incluso, debía ser revisada su misma estructura social de curas, frailes, monjas, asociaciones, privilegios y actividades. Y lo mismo que en 1835, junto a la embestida de los elementos exaltados, movilizados en un principio por las Juntas revolucionarias locales, y de la prensa republicana, vino la acción legislativa de los gobernantes. Aunque éstos procuraban no romper del todo con la Iglesia y la Santa Sede, no quedaron tampoco cortos, sobre todo durante el régimen del Gobierno Provisional, presidido por el general Serrano (1868-1869).

Durante los meses de octubre y noviembre, varios decretos del ministro de Gracia y Justicia, Antonio Romero Ortiz, suprimían la Compañía de Jesús; quitaban a las comunidades religiosas el derecho a adquirir y poseer bienes; declaraban extinguidos todos los monasterios, conventos, colegios y congregaciones y demás casas de religiosos de ambos sexos que se habían fundado en la Península e islas adyacentes desde junio de 1837 y sus bienes, desamortizados, y disolvían las Conferencias de San Vicente de Paúl. Estos decretos tuvieron categoría de ley desde junio de 1869.

Fue un golpe muy duro para la vida de la Iglesia. Menos mal que se salvaban las Hijas de la Caridad y las religiosas de cualquier otra denominación que se dedicasen a la enseñanza y a la beneficencia, todas las cuales quedaban sujetas no a los superiores inmediatos sino a la jurisdicción del obispo del lugar. Era evidente que ni la Revolución ni el Estado tenían fuerzas para asumir estas incumbencias sociales. Un poco más tarde, al inicio del 1869, el ministro de Fomento, Manuel Ruiz Zorrilla incautaba para el Estado los archivos, bibliotecas, gabinetes y demás objetos de ciencia, arte o literatura de la Iglesia[2].

Curiosamente todo esto ocurría cuando la Revolución proclamaba a los cuatro vientos las libertades modernas y concretamente la de asociación... Obispos y escritores católicos denunciaban esta conducta contradictoria de los gestores de la Septembrina, pero éstos no eran capaces de ser coherentes consigo mismo.

La polémica se agudizó cuando las Cortes se pusieron a estudiar y discutir la Constitución que debía configurar el régimen político del país. Los trabajos dieron comienzo en febrero de 1869 y el texto constitucional fue promulgado el 6 de mayo. Es la constitución de

1869, la primera en España de carácter democrático. El artículo 21 declaraba que en España había libertad religiosa y que el Estado se comprometía a mantener el culto y el clero de la religión católica. La jerarquía eclesiástica protestó: le parecía inaceptable en su contenido y por creerla contraria a lo establecido en el Concordato de 1851. La tensión entre el Gobierno y la Iglesia se agravó aún más cuando aquel exigió a ésta el juramento de fidelidad a la Constitución: prácticamente el episcopado en pleno y la totalidad del clero se oponían... La polémica se mantuvo viva durante el verano y el otoño de 1869[3].



▲ El general Prim (1814-1870).

Una vez proclamada la Constitución y en espera de que algún príncipe europeo, excluida del todo la dinastía de los Borbones, aceptara ocupar el trono de España, se estableció la Regencia de Serrano (1869-1870). El general Prim ocupaba la presidencia del Gobierno. Fue por entonces, entre diciembre de 1869 y junio de 1870, cuando el ministro de Gracia y Justicia, Manuel Ruiz Zorrilla, preparó y sacó adelante la ley del *matrimonio civil*, por la que únicamente éste producía efectos civiles en España. La ley produjo el impacto de una bomba. El episcopado español, convocado en Roma para asistir al Concilio Vaticano I, protestó enérgicamente. El clero barcelonés, que ya se había opuesto al juramento de la Constitución, ahora desaprobó esta ley[4]. «Después de la libertad religiosa, escribe Vicente Cárcel Ortí, puede decirse que el matrimonio civil fue el triunfo más *vistoso* de la revolución del 68»[5].

En fin, una vez proclamada la República, el 11 de febrero de 1873, se convocaron unas nuevas Cortes constituyentes, que la definieron como democrática y federal (junio), y seguidamente se pusieron a elaborar un texto básico que la concretara en sus diversas vertientes (verano-otoño). El proyecto de la Constitución de 1873 contenía la afirmación taxativa del *Estado laico*, sin ningún trato preferente para la Iglesia Católica. Pero no tuvo tiempo para nacer, porque se lo impidió el golpe de Estado del general Pavía el 3 de enero de 1874.



▲ Proclamación de la Primera República en Barcelona, 1873.

Un caso de conciencia

Hemos querido exponer con cierto detalle cuanto antecede, para preguntarnos ahora cuál fue la actitud de doña Dorotea en toda esta serie de hechos. Que sepamos, ni ella ni su marido entendían hacer política; nunca dijeron nada al respecto, y menos sus familiares.

Por una parte, vale lo que, hace más de medio siglo, dejó escrito Ramón de San Pedro en referencia al banquero Evaristo Arnús y

de Ferrer, coetáneo de José María Serra: «Los industriales y negociantes, formados en la autodidáctica escuela del trabajo intenso y precisando adaptarse a las realidades vivas, imperativas de la época en que se desenvuelven y actúan, carecen de tiempo y aptitudes para profundizar en la filosofía de la Historia (...). Ellos fueron hasta 1900 casi unánimemente apolíticos, salvo sentirse proteccionistas; y, de hecho, practicaron una especie de espléndido aislamiento, de concepción un tanto estrecha y acantonada, que les redujo a actuar no más allá de los horizontes locales»[6].

Pero por otro lado, creemos disponer de datos suficientes para afirmar que el matrimonio Serra no estuvo a gusto ante la política religiosa seguida por la revolución de 1868, ni ante las divisiones que la misma generaba entre los barceloneses. Porque para los Serra los valores supremos eran los ético-religiosos. Dorotea concretamente no podía aceptar el tratamiento que los gobiernos surgidos de aquella revolución habían dado a las congregaciones y asociaciones católicas, con las cuales ella había empezado a realizar sus proyectos de asistencia social.

Es verdad que, después de la evolución que ha tenido la sociedad y después de las orientaciones del Concilio Vaticano II (1962-1965), ningún católico de hoy hace problema –no debe hacerlo– del ejercicio de la libertad religiosa, de la laicidad del Estado o de la separación pacífica de Iglesia y Estado[7]. Sin embargo la jerarquía eclesiástica del Sexenio no veía así las cosas, ni podía verlas en la perspectiva en que se encontraba. Y sus representantes, tanto del clero secular como de la Compañía de Jesús, orientaban la conciencia moral y religiosa de los señores Serra. Por aquellas fechas los *católicos liberales* «eran una excepción»[8]. De aquí que José María y Dorotea vieran con satisfacción el final de aquel período que, por otra parte, durante los últimos meses de 1873 y durante todo el año 1874 –régimen del general Serrano, duque de la Torre– fue limando sus aristas anticlericales.

La Restauración borbónica

Vino a causa del *pronunciamiento* de un joven general de brigada, Arsenio Martínez Campos, en Sagunto (Valencia), el 29 de diciembre de 1874. Se pronunciaba a favor del hijo de Isabel II, Alfonso XII, como rey de España. Decía actuar en nombre del Ejército y de la Nación, aunque tenía el mando sólo sobre 1.500 soldados... Pero todo le funcionó bien, porque la opinión pública estaba mayorita-



▲ El rey Alfonso XII (1857-1885).

riamente de su parte. La coalición de septiembre ya no existía, la burguesía se había hecho conservadora y la gente, harta de tanto cambio y desorden, temiendo volver a caer en el caos político y la convulsión social, sólo ansiaba una cosa: vivir, vivir en paz. A España se le abría una nueva etapa. Y también al matrimonio Serra.

Barcelona, ciudad inquieta

Los Serra vivieron toda esta historia en Barcelona y desde Barcelona, donde el Sexenio fue adquiriendo unos rasgos peculiares. Y es que la ciudad anduvo muy inquieta: le tocó protagonizar y padecer nuevas experiencias con una enorme intensidad.

Ya en un principio, la *Gloriosa* recibió su mayor impulso de Barcelona, adonde llegó el general Prim el 3 de octubre de 1868, siendo recibido con entusiasmo. Pero el líder progresista quedó mal impresionado al comprobar que ciertos sectores barceloneses querían ir más allá de las metas que la revolución se había propuesto. Efectivamente, junto a los monárquicos, moderados o progresistas, emergían, por una parte, los católicos y los carlistas, y, por otra, los demócratas y los republicanos y, entre éstos últimos, los socialistas. El juego político iba a resultar difícil y complejo.

Desde nuestro ángulo de observación basta poner de relieve aquellas dimensiones que guardan mayor relación con la biografiada.

El anticlericalismo

Por obra y gracia de las Juntas locales revolucionarias, la Septembrina nació, un poco en todas partes, con rasgos anticlericales.

La Junta de Barcelona se dio prisa en expulsar a los jesuitas y, aduciendo razones de reforma urbanística, comenzó a derrocar varios conventos de monjas, algunos de ellos ya expropiados[9]. Uno de estos conventos fue el de las Clarisas de Santa María de Jerusalén, levantado en el siglo xv: las religiosas fueron expulsadas y su casa quedó convertida en una plaza. Las actuales calles de Jerusalén y de Cervelló recuerdan el lugar del monasterio, detrás del mercado de San José o Boquería[10].

Debió de ser en este momento, entre septiembre y octubre de 1868, cuando el miedo cundió en el convento de las Dominicas de Nuestra Señora de los Ángeles. Las religiosas temieron que les pasara lo mismo que en julio de 1835, y se vieran obligadas a abandonar la casa... Esta vez, sor Juana se oponía radicalmente. Pidió permiso a los superiores para permanecer en el convento, aunque por ello

tuviera que «derramar su sangre», según anota el biógrafo Nonell[11]. Pero no hizo falta: toda la comunidad pudo seguir en su puesto. Naturalmente, Dorotea seguía visitando a su hermana, sola o acompañada por el marido y las hijas.



▲ Escena de la tercera Guerra Carlista, 1872.

Se produjo un momento particularmente delicado cuando, ya en el período republicano, llegó a Barcelona la noticia de la caída de la ciudad de Berga en poder de los carlistas, y de las atrocidades que éstos habían cometido (marzo de 1873). La gente, excitada, quería desahogar su *anticarlismo* arremetiendo contra las iglesias. Tuvo que intervenir el Ayuntamiento para salvarlas de lo peor. Iglesias como las San Jaime, Santa María del Mar, Nuestra Señora de Belén, San José y Santo Ángel de la Guarda (Hostafrancs) fueron convertidas en cuarteles de voluntarios armados. Como se ve, hablando en general, se evitó la violencia masiva, pero no este espectáculo tan triste.

La tercera guerra carlista

En plena monarquía de Amadeo de Saboya, en abril de 1872, se inició esta guerra. La abdicación del rey, febrero de 1873, y la proclamación de la República Democrática Federal después, enardecieron a los grupos carlistas, para los cuales la República era un régimen laico y anticlerical. Por lo cual el alzamiento en armas les parecía plenamente justificado: era como una cruzada. Así se declaró este cáncer de la guerra carlista, que molestó y dividió dolorosamente a los barceloneses que habían acogida la República con grandes festejos[12].

La lucha

La acción bélica contra las fuerzas gubernamentales liberales discurrió con diversa fortuna por el país vasconavarro, Cataluña y el Maestrazgo. Rafael Tristany Parera y Francesc Savalls Massot dirigieron las operaciones en tierras catalanas. El año 1873 les fue favorable y también parte del año siguiente, logrando triunfar en Berga, Igualada, Vic, Olot, la Seo de Urgell. En julio de 1874 esta-

blecieron en San Juan de las Abadesas la *Diputación de Cataluña* que aspiraba a dotar a las poblaciones dominadas por los carlistas catalanes de una verdadera organización político-administrativa. Pero a finales de ese año, 1874, el carlismo había perdido sus mejores oportunidades. Quedaría completamente derrotado en 1876.

Mientras tanto la guerra trajo sus propias secuelas. Ferran Toledano y González ha verificado un cálculo siquiera aproximativo. En cifras absolutas, la guerra afectó físicamente por lo menos a unos 26.000 individuos. De éstos habrían muerto, en combate o fusilados, unos 5.600; unos 9.700 habrían quedado heridos, y poco más de 10.000 habrían sido hechos prisioneros o secuestrados de un bando o de otro. «Esto, añade el autor, sin contar la cantidad enorme de heridos y enfermos que pasaron por los hospitales de sangre o los hospitales ya existentes en los núcleos de población. Los enfermos más corrientes eran los infecciosos»[13]. Ante este cuadro de dolor, ¿qué podría hacer Dorotea? ¿Dar algún dinero? ¿A favor de cuál de los bandos en lucha?

Una intendencia doméstica

Es éste uno de los momentos más reveladores de su personalidad. Dorotea supera no sólo el ámbito de su domicilio y de su ciudad, sino que llega, con el corazón y las manos, hasta los sitios de combate. No va a luchar, sino a curar. ¿Quién la envía? Nadie. Sólo su corazón cristiano, que le trae a la memoria la conocida parábola evangélica del *buen samaritano* (Lc 10, 30-37). ¿Con qué recursos cuenta? Con la colaboración de sus hijas cuando van a visitar a la madre. Entonces la casa-palacio se convertía en una especie de intendencia sanitaria, porque todas se ponían a hacer *hilas* o hebras que se sacaban de una pieza de lienzo y que, juntando varias, servían para curar llagas y heridas. Luego este material salía con destino a los hospitales militares.

Dorotea se empeñaba en que el producto de su trabajo y de sus hijas se repartiese por igual entre los heridos de ambos bandos en lucha. Para ella, en aquella guerra fratricida, todos eran hijos de una misma madre patria y hermanos entre sí. «La caridad, decía, ha de abrazar al desgraciado como a tal, prescindiendo del origen de su desgracia»[14]. Tan ingeniosa y universalista era su conciencia cristiana.

El movimiento obrero

En el capítulo anterior se ha anunciado que el movimiento obrero se manifestaría de nuevo en Barcelona durante la gran experiencia del Sexenio revolucionario (pág. 74). Efectivamente, al caer el trono

de Isabel II y proclamarse las libertades individuales y colectivas, la clase obrera recibió un nuevo estímulo para *federarse* y lanzarse, al mismo tiempo, a la conquista de las mejoras sociales. Renacieron los sindicatos. Entre octubre de 1868 y febrero del año siguiente, formaron un *Centro Federal de las Sociedades Obreras de Barcelona*, el cual optó por una República Democrática Federal como forma de gobierno para España, por una participación de los trabajadores en la vida política y, en fin, por el cooperativismo. En consecuencia, la organización sindical barcelonesa, catalana, se prestaba a colaborar con la izquierda política, que era republicana y federalista.

Pero el 18 de junio de 1870 tuvo lugar el Congreso Obrero de Barcelona con representantes de Cataluña y fuera de Cataluña, y en el que participaban bakunistas, sindicalistas apolíticos, sindicalistas partidarios de la fórmula republicana federal, y los cooperativistas. El congreso dio su adhesión a la Primera Internacional, AIT. Así nació la *Federación Regional Española* de la Primera Internacional. La federación local más importante era la de Barcelona con 10.000 militantes[15].

Las divisiones internas y los avatares de la política llevaron al obrerismo barcelonés a una serie interminable de conflictos –mítines, manifestaciones, huelgas–, exigiendo reformas políticas y laborales, especialmente durante el verano y el otoño de 1873, cuando arreciaba la guerra carlista y nacían las repúblicas cantonales independientes por tierras de Levante y Andalucía. Así el sector obrero se fue distanciando del republicanismo federal moderado[16]. El golpe de Estado del general Pavía en enero de 1874 puso fuera de la ley a estos internacionalistas y federalistas.

Según se ve, el Sexenio no dio solución alguna a la cuestión obrera. Pero, mientras tanto, el obrerismo había hecho acto de presencia y, lo que más importa, había tomado conciencia de su condición económica y social. A partir de estas fechas, en España, y especialmente en Cataluña y en Barcelona, habrá una auténtica conciencia proletaria. Es el *proletariado*, una fuerza masiva, incontrastable, que no se conocía antes[17].

Dorotea ¿se percató de este hecho? Evidentemente no había estudiado la organización industrial, pero era una mujer inteligente, acostumbrada al análisis de la vida doméstica y de los movimientos de la calle; y por su impulso religioso era sensibilísima ante las situaciones de marginación y miseria. Tales situaciones las origina a veces la misma vida –enfermedades, orfandad, ancianidad, emigra-

Barcelona 22 Octubre 1882

Rdo. Sr. D. Celestino Durando Pbro.

Muy Sr. Mio y de mi mayor respeto: He recibido su benevola carta del 17 del actual mes, agradeciendo mucho á D. Bosco y á V. las explicaciones que se sirven darme.

Cuando pase por esta ciudad el Rdo. Sr. Cagliero, trataremos extensamente de la proyectada obra.

No dudo de que harán Vds. todo lo posible para que esta fundacion pueda efectuarse con la menor tardanza que las actuales circunstancias en que se encuentra esa

Congregacion permitan, pues Barcelon
es con respecto á España lo que Lion
y Marsella son con relacion á Francia,
esto es, una ciudad eminentemente indus
trial y mercantil en la que la Con-
gregacion Salesiana encontrará un
vasto campo, donde ejercitar un tan
benefico apostolado, procurando mucha
gloria á Dios y un grandisimo bien á las
almas.

Sirvase hacer presentes á D. Bosco
(á cuyas oraciones me recomiendo) mis respe
tuosos recuerdos y V. disponga de su afma.

S.S. Q.S.M.B.

Dorotea Uhopitrea
Vda de Serra

◂ Carta de doña Dorotea al salesiano Celestino Durando, 1882.

ción– y, otras veces, el egoísmo de los hombres. Como otros muchos coetáneos, ella no alcanzaba a ver el fondo de la *cuestión social* ni podía actuar en todos los frentes. Solamente en mayo de 1891, al mes siguiente del fallecimiento de Dorotea, el Papa León XIII firmó la encíclica *Rerum novarum* que ayudó a los católicos a tener una idea más precisa del problema obrero. Dorotea, sin embargo, arraigada en los principios de la verdad y de la justicia, procuró, como veremos pronto, que todo el dinero que entrara en su casa fuera *limpio*, y que tuviera un uso éticamente correcto.

Había comprobado, además, que el proceso de la industrialización, tal como funcionaba en su tiempo, generaba grandes bienes pero también muchas zonas de pobreza económica, intelectual y moral. Por eso, cuando en 1882 quiso forzar a los salesianos para que vinieran a Barcelona a fundar una escuela de formación profesional para los chicos de familias trabajadoras, argumentaba diciendo: «Barcelona es con respecto a España lo que Lyon y Marsella con relación a Francia, esto es, una ciudad eminentemente industrial y mercantil»[18]. Y de aquí deducía la necesidad de la presencia de los salesianos: tanto para éstos como para la labor social que ella estaba desplegando, Barcelona resultaba un escenario muy adecuado.

Un sólo corazón, una sola misión

El 9 de enero de 1875, Alfonso XII desembarcaba en Barcelona. Las fuerzas conservadoras, exponentes de la alta burguesía, le prepararon un recibimiento triunfal[19]. La burguesía barcelonesa y la aristocracia madrileña otorgaron a la Restauración el más sólido apoyo financiero y propagandístico[20].

Iremos conociendo mejor el nuevo período. Señalemos aquí, por el momento, que la marcha del país ganó en estabilidad: hubo desarrollo económico y prosperidad material. La burguesía española conoció su etapa dorada –en Barcelona con los años de la *Febre d'Or*, 1876-1885–, la Iglesia quedó más protegida socialmente de lo que había estado a lo largo del siglo XIX, las congregaciones religiosas y las asociaciones católicas comenzaron a florecer como nunca. La *Asociación de Católicos*, que había sido fundada en Madrid en diciembre de 1868 y suprimida por la República en 1873, volvió a la vida con nuevo empuje en 1877[21]. Por supuesto, la Restauración presenta también sus aspectos negativos. Entre otras cosas, el problema social siguió latente, y, hablando en general, las condiciones de vida del obrero dejaban mucho que desear. Esta falta de atención pública

a los problemas sociales la trataron de suplir, de alguna manera, hombres y mujeres de la talla moral de los esposos Serra.

Intimidad

Dorotea fue siempre para su marido. En ocasiones firmaba escuetamente «Dorotea de Serra». Pero es inútil andar buscando frases bonitas de ternura y fidelidad conyugal. No hay palabras, hay gestos, comportamientos: en el gobierno de la casa, en la educación de las hijas, en los avatares de la actividad comercial, en los viajes, en las fiestas, en los casos de enfermedad, en las relaciones con los suegros y cuñados, Dorotea era totalmente para su marido. Es verdad que, dada su inclinación a un estilo de vida modesto y de trabajo, a veces le costaba complacerle en todo, pues le repugnaba adaptarse a ciertas exigencias de la alta sociedad. Así, por ejemplo, cuando el marido le mandaba la modista que debía confeccionarle unos vestidos correspondientes al rango social de la Casa Serra o cuando le pedía que le acompañase en banquetes y espectáculos. Entonces Dorotea exhibía la cortesía y la jovialidad que las circunstancias requerían. El biógrafo Nonell, que en definitiva contempla a su biografiada con ojos de un historiador creyente, afirma que Dorotea estaba siempre dispuesta «a secundar los deseos de aquel que le representaba a Dios en la tierra»[22].

El marido manifestó muchas veces a su mujer el afecto que le profesaba, concretamente con los obsequios que le hacía. Tan cuantiosos y valiosos eran éstos que con su producto Dorotea costeó la casa-palacio señalada con los números 276 y 278 de la *Gran Via de les Corts Catalanes*. La propietaria de aquel inmueble fue solamente ella, de lo cual José María dejó constancia en su testamento de 1875: «Declaro que la casa, que es propiedad de mi esposa (...), ha sido adquirida por la misma con el producto de los diversos regalos acumulados que, durante los años de nuestro matrimonio, le he hecho, en justa correspondencia de su afecto y en débil testimonio del mío».

▼ Detalle de la casa-palacio de doña Dorotea.



En el mismo testamento legaba pleno e íntegro usufructo de toda su herencia y fortuna, juntamente con la mitad de los

bienes que poseyere al tiempo de su fallecimiento, a Dorotea, «la fiel amiga y compañera de mi vida, mi amada esposa».

Pero donde mejor demuestra José María el amor a su mujer es en la recomendación que hace a las hijas y a los yernos: «Aunque por las constantes muestras de cariño que hasta ahora nos tienen dadas nuestras hijas estoy convencido de que su comportamiento para con su madre será el mismo después de mis días, no quiero cerrar este testamento sin rogarles que la amen y cuiden con el mismo amor y cuidado que yo le he prodigado constantemente, cuyo ruego hago extensivo a mis hijos políticos; y que enseñen también a sus hijos a amarla y respetarla como ella merece». Cuando escribía esto (marzo de 1875), el banquero se acercaba a los 65 años y llevaba ya más de 40 de vida matrimonial. De aquí que sean muy significativos tanto el testimonio como los avisos que está dando. No puede consentir que, al desaparecer él, Dorotea quede sola y marginada. Por eso vuelve a insistir: «Pido a mis queridas hijas que para ello tengan siempre presentes los afanes y cuidados que les cuestan sus propios hijos, y por ahí tendrán la medida de lo que ellas mismas han costado a su madre y del mucho amor con que han de rodearla durante el resto de la vida»[23].

Proyección ciudadana

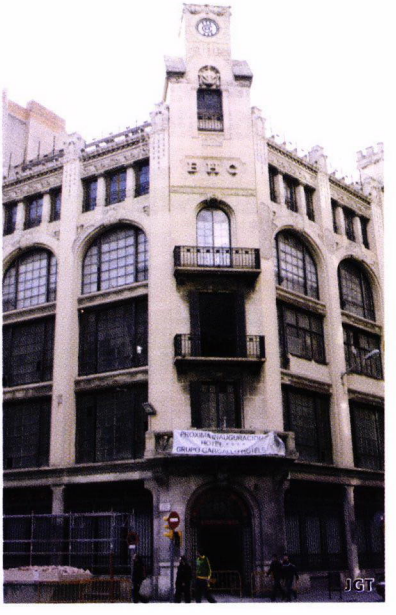
El amor conyugal no formaba, con todo, el único lazo de unión entre José María y Dorotea. Se daba también entre ellos otro más: el de la misión compartida y realizada en el ámbito ciudadano. En el matrimonio Serra-Chopitea apenas es posible separar la intimidad personal de la actividad benéfico-ciudadana.

El marido estaba perfectamente al corriente de la actividad que su mujer iba desplegando fuera de casa. Y le aprobaba en todo. Era tal la confianza que tenía depositada en ella que se convertía en su mejor apoyo. Dorotea se lo manifestaba en cierta ocasión a un sacerdote, tratando precisamente de las dificultades que comportaba la acción asistencial –falta de medios, de espíritu altruista–: «Yo no he encontrado quien me secunde con tanto empeño, constancia y generosidad como mi esposo José María»[24]. Y es que el señor Serra estaba hecho así por tradición familiar y, sobre todo, por convencimiento religioso. Por eso era capaz de colocar toda su actividad profesional de hombre de negocios al servicio de la promoción material y moral del país[25].

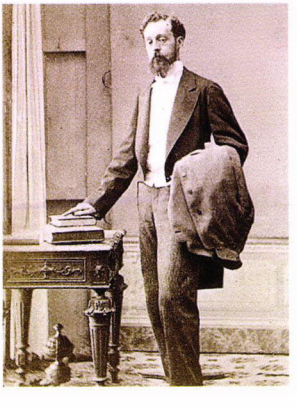
Es así cómo hemos de ver a Dorotea de Chopitea, de Serra, en su realidad histórica: unida a su marido en el amor a los pobres. Los



◂ Don José María Serra. ▾ Vistas del Banco Hispano Colonial y dos de sus consejeros: Marqués de Comillas (inferior izquierda) y Eusebio Güell (inferior centro).









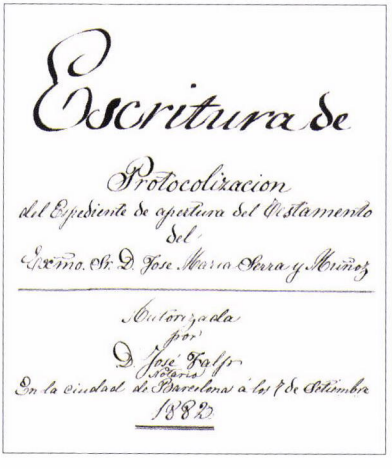
dos se habían propuesto realizar este amor conjuntamente, en una misión común. Pero naturalmente cada uno actuaría desde su sitio, sin modificar para nada los roles profesionales y moviéndose con autonomía y creatividad. Eso sí: procurarían guardar la práctica de la discreción y del silencio. Aunque no siempre consiguieron ocultar las luces que encendían en tantos rincones de la ciudad. Las gentes los aceptaron por su eficacia y recato.

Se funda el Banco Hispano Colonial

En los últimos años del Sexenio Revolucionario, la burguesía había abrazado la causa alfonsina y optado por la vuelta de los Borbones al trono de España. De este modo quería asegurar en la metrópoli la estabilidad necesaria para el despliegue de sus negocios. Mirando a Ultramar, buscaban también la pacificación de la isla de Cuba[26] y la continuidad de la soberanía española. Para ello y para ayudar al Gobierno de España estaban unidos *indianos*, como Antonio López del Piélago y López de Lamadrid, futuro primer marqués de Comillas, e *integristas* cubanos. Pero no únicamente ellos, sino también muchos hombres de dinero e intelectuales de Madrid y Barcelona. Estas fuerzas dieron vida, primero, al *Círculo Hispano Ultramarino* (1869) y después, al *Banco Hispano Colonial* (1876).

Ya desde el principio y de una forma destacada, en coherencia con su condición de navieros, patriotas y adscritos al liberalismo conservador, José María Serra y su yerno Isidoro Pons Roura estuvieron presentes en las dos instituciones que se acaban de nombrar[27]. El Consejo de Administración del Banco lo formaban dieciocho miembros. Los que correspondían a Barcelona eran don Antonio López y López, don Manuel Girona –ambos, promotores destacados–, don Francisco Puig, don Ramón Estruch y Ferrer, don José María Serra, don Isidoro Pons, don Juan Jover y Serra y don Eusebio Güell, primer Conde de Güell[28]. El señor Serra fue consejero-propietario desde la fundación, y ocupó el cargo de Presidente accidental durante varias temporadas[29]. Junto a él se encontraban como accionistas sus parientes Luis Martí-Codolar y Óscar Pascual de Bofarull[30]. Una vez finalizada la guerra de Cuba (1878), el *Hispano Colonial* fue remodelado y se

▼ Testamento de don José María Serra y Muñoz.


Escritura de
Protocolizacion
del Expediente de apertura del Testamento
del
Excmo. Sr. D. Jose Maria Serra y Muñoz
Autorizada
por
D. José Falp
Notario
En la ciudad de Barcelona á los 1º de Setiembre
1882

convirtió en un banco de negocios que contribuyó a la formación de muchas empresas importantes[31].

Las epidemias

Las frecuentes epidemias que padecía Barcelona eran expresión de una dura realidad. Sin culpa alguna, pero los barceloneses debían pagar un precio muy alto de víctimas. La *fiebre amarilla* de 1870 entró por el puerto, en un barco procedente de Cuba y de Méjico. Se declaró en la ciudad el 3 de septiembre y duró hasta el 26 de noviembre. En este día se cantó en la catedral el *Tedéum* y se dio oficialmente por superada la epidemia. Había producido cerca de tres mil bajas[32].

José María y Dorotea no eran de los que, en tales circunstancias dolorosas para la ciudad, se quedan en casa o huyen de la misma, sino que afrontaban la situación con valentía. José María no sólo ayudó con dinero, sino con prestaciones personales: «Su ejemplo anima a muchos, comenta Arístides de Artiñano, y los actos de abnegación se multiplican»[33]. No era la primera vez que se comportaba así. Ya había hecho lo mismo en el verano de 1854, cuando el cólera morbo asiático castigó duramente a los barceloneses (pág.71). ¿Qué hizo el señor Serra? No sólo inició una suscripción, «sino que con abnegación ejemplar ofreció su persona, formando parte de la Junta de Socorros, llevándolos personalmente a los puntos más infestados»[34]. Comportamiento, que reiteró once años más tarde, durante el cólera de 1865. Entonces formaba parte de la Junta General de Auxilios de Barcelona, desde la cual, según escribe el citado biógrafo, «se impone sacrificios y acude al puesto de mayor riesgo». El Gobernador Civil de Barcelona reconocía estos servicios y solicitaba del Rey la Encomienda de Carlos III en favor del señor Serra. La propuesta fue plenamente aceptada (1871).

Es necesario calibrar en su justo alcance estos testimonios, porque revelan uno de los rasgos más importantes de toda la acción cívica llevada a cabo por los esposos Serra-Chopitea: no tenían suficiente con distribuir o invertir unas sumas de dinero de mayor o menor cuantía en obras de promoción, sino que ofrecían, en lo posible, su prestación personal. No daban dinero para que otros fueran a visitar, socorrer y curar a los enfermos, sino que ellos mismos salían de casa y lo hacían. Lo que se comprueba singularmente en la actuación de Dorotea. Si obraban así era porque les salía de dentro, es decir, de su honda, intransferible conciencia cristiana.

La acción pública

En el último tercio del siglo la ciudad se agrandaba, sobre todo por la extensa zona que le brindaba el *Ensanche*. Y crecían también



▲ El canónigo José Morgades y Gili. Fotografía cedida por Enciclopedia Catalana.

los pueblos de alrededor bajo el impulso de la industrialización y los planes urbanísticos. Cada uno a su manera tendía a acercarse a la ciudad de Barcelona[35]. Por eso, Sants, Les Corts, Sarrià, Gràcia, Sant Gervasi, Sant Andreu, Sant Martí de Provençals podían entrar más fácilmente en el radio de acción del matrimonio Serra. En este escenario y dentro del arco cronológico asignado al presente capítulo, 1868-1882, se pueden recordar algunas actuaciones asistenciales de alcance público, protagonizadas por los esposos Serra.

Con el canónigo Morgades y Gili

Es éste uno de los episodios más hermosos y significativos de la actividad asistencial de la señora de Serra. Josep Morgades y Gili, doctor en teología y derecho canónico, fue ordenado sacerdote en 1852. Brillante y activo profesor del seminario de Barcelona, fue nombrado canónigo penitenciario en 1863. Es ahora especialmente cuando Morgades se pone a trabajar en el campo de la beneficencia. Pide la colaboración de las familias católicas pudientes de la ciudad; éstas le juzgan como un eclesiástico responsable, sabio administrador de los bienes destinados a los pobres, y le otorgan su confianza. Durante unos veinte años, el canónigo penitenciario polarizó una buena parte del impulso asistencial de la ciudad[36].

Naturalmente, tuvo noticias de Dorotea. Debió de ser en torno al 1867. Desde entonces se admiraron y se apreciaron mutuamente. Cuando en abril de 1891 le comunicaron a Morgades –convertido en obispo de Vic desde 1882– el fallecimiento de su bienhechora, manifestó a los familiares de la difunta el cariño que le profesaba, no sólo como



▲ El Asilo del Buen Consejo.

obispo de la Iglesia –«a la que ella tanto había servido»–, sino «como amigo particular, que tantas veces había experimentado los efectos de su cristiana amistad», y se consideraba dichoso «como partícipe de alguna de las obras de caridad que ella, en primera línea, había llevado a cabo»[37]. Vale la pena recordar algunos episodios más significativos.

El Asilo del Buen Consejo. Las Dominicas de la Presentación

En el siglo XIX el vocablo *asilo* quería decir lugar de acogida, destinado a personas necesitadas como niños, ancianos, enfermos, inválidos. Si se trataba de niños, el asilo añadía a la función de acogida la de la instrucción y educación. Los niños asilados se instruían y se educaban. Los orfanatos potenciaban ambas funciones. Y algo semejante ocurría con los hospitales diseñados para atender a niños enfermos, quienes, al menos en los períodos de convalecencia, recibían la instrucción más adecuada para ellos. Habitualmente los asilados llevaban vida de internos.

▼ Grupo de alumnas del asilo.



El Asilo del Buen Consejo –de Nuestra Señora del Buen Consejo– lo fundó el mencionado canónigo Morgades en torno al 1864. Lo tuvo, primero, en la villa de Gracia, calle La Virgen, y, después, en el término municipal de Les Corts, donde unos amigos le habían regalado una finca –la conocidísima *Can Duran*– que radicaba, más o menos, donde actualmente se levantan los almacenes de *El Corte Inglés* de la Avenida Diagonal.

Para ponerlo en funcionamiento llamó a las *Adoratrices, Esclavas del Santísimo Sacramento y de la Caridad*, una congregación fundada en 1856 por una noble madrileña, la Vizcondesa de Jorbalán, conocida por *Madre Sacramento*[38]. Sus religiosas tenían como objetivo la adoración continua del Santísimo Sacramento y la regeneración de las jóvenes *extraviadas* y, en general, la promoción de la mujer marginada. La misma fundadora, animada por la oferta que le hacía doña María Manuela de Peguera y Pedroso, Baronesa de Rocafort, y la protección del obispo Antonio Palau y Térmens, había establecido una casa en Barcelona el 8 de diciembre de 1861[39].

Nos consta que en 1866 el Asilo del Buen Consejo estaba atendido por las Adoratrices, ayudadas por una Junta de Señoras que ya estaba organizada en 1864 y en la que probablemente figuraba doña Dorotea. Pero algo no debió de funcionar bien para que el canónico Morgades se decidiera a confiar su obra a otras religiosas, a las *Hermanas de la Caridad Dominicas de la Presentación de la Santísima Virgen.*

Esta congregación, de origen francés, había entrado en Cataluña en diciembre de 1867 por las gestiones llevadas a cabo por el famoso *indiano* Josep Xifré y Casas, el cual quiso ponerlas al frente del hospital que había levantado en su pueblo natal de Arenys de Mar (Barcelona). Allí las encontró el canónigo quien las invitó a dirigir también el Asilo de Les Corts. La comunidad quedó erigida canónicamente el día 1 de mayo de 1870.

Las Hermanas de la Presentación, aún aceptando la colaboración de la Junta de Señoras, se hicieron cargo de la marcha del asilo en todos los aspectos. Bajo la dirección de Morgades y con la dedicación de las religiosas, el centro asistencial fue progresando y pronto sintió la necesidad de modernizar y ampliar sus instalaciones. Pero le resultaba una empresa imposible, porque no tenía otros recursos que los que podía conseguir el buen canónigo, mendigando, como podía, por una y otra parte.

Fue entonces cuando Dorotea entró de lleno en acción. Efectivamente allí creyó encontrar un campo de apostolado muy a pro-

pósito para sus objetivos. Las asiladas eran unas pobres muchachas conocidas como *extraviadas*, que si no habían caído en la prostitución, la habían rozado... y Dorotea decidió ayudarlas «con solicitud verdaderamente de madre», según escribe el biógrafo Nonell, quien dispuso de una documentación abundante y fidedigna[40]. El edificio mejoró y ganó nuevos espacios, y las chicas supieron lo que era el confort de llevar unos vestidos adecuados.

Entonces al asilo de Nuestra Señora del Buen Consejo comenzaron a acudir también niñas huérfanas o de familias pobres, pero honradas, y que, según la terminología del siglo XIX, *no habían sido víctimas del vicio*. Dorotea pensó que, por una parte, no se les podía dejar en la calle y que, por otra, no convenía que vivieran mezcladas con las otras internas, pues entendía o intuía que era mejor *preservarlas*, usando con ellas una pedagogía *preventiva*. ¿Qué se podía hacer? Construir un pabellón de nueva planta para estas niñas con buenos antecedentes. Y así lo hizo. El colegio inició su andadura el 21 de noviembre de 1872, fiesta de la Presentación de la Virgen María. En consecuencia, resultó una institución doble, con asilo y colegio. Cuando la vio actuando de este modo, Dorotea quedó plenamente satisfecha: siguió ampliando las construcciones y tan vinculada se sintió a la misma que, durante el resto de la vida, mantuvo a su cuenta un grupito de chicas en ambas secciones[41].

En 1890 la finca pasó a ser propiedad de la Congregación. Llevaba el número 1 de la calle Molins, en Les Corts, y la atendían 25

▾ El antiguo Obrador de la Sagrada Familia, hoy Colegio Sagrada Familia.



religiosas. Gracias básicamente a su esfuerzo de cada día, la casa-asilo continuó funcionando hasta el 20 de julio de 1936, cuando la revolución se enseñoreó de las calles de Barcelona y arremetió contra muchas instituciones religiosas. Entonces las Hermanas, las jóvenes y las niñas tuvieron que marcharse, y el asilo se vio obligado a cerrar las puertas para siempre[42].

El Obrador de la Sagrada Familia. Las Hijas de la Caridad

En la terminología de la época y con referencia al campo de la beneficencia, el *obrador* venía a ser un asilo que funcionaba también como escuela de primera enseñanza y, sobre todo, de aprendizaje de algún oficio en vistas a la inserción en el trabajo.

Éste de la Sagrada Familia lo había fundado el canónigo Morgades. Para atenderlo había conseguido que algunas Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl vinieran de Madrid a Barcelona y, según costumbre, había logrado también la colaboración de un grupito de señoras, entre las cuales figuraba Mercedes Llopart y Xiqués, viuda de Sivatte.

La nueva fundación abrió las puertas el 24 de mayo de 1867, el año anterior a la Septembrina, pero tuvo que andar peregrinando de una parte a otra en busca de un sitio apropiado para hacer frente



▾ Actividades diversas en el colegio Sagrada Familia.

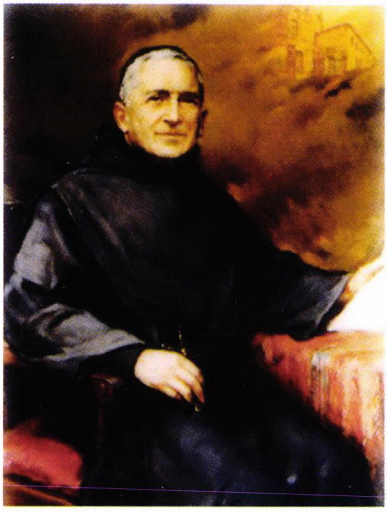


▲ Actividades diversas en el colegio Sagrada Familia.

a las exigencias que comportaba su propio crecimiento. Así, en 1869 se hallaba establecida en Les Corts de Sarrià, en el número 1 de la calle Vista Alegre. Pero al año siguiente, tuvo que emigrar, según señala una testigo, a «la Carretera de Sarrià, al lado de la Granja Experimental»[43]. Esta institución, mantenida por la Diputación Provincial de Barcelona desde 1854, se hallaba cerca del lugar que hoy ocupa la plaza Francesc Macià, un punto de encuentro entre los municipios de Gracia y Les Corts de Sarrià, y por eso el colegio-obrador llevó el nombre de *Escuela Granja*. Más exactamente, ocupaba una finca situada donde hoy se cruzan las calles Comte d'Urgell y Londres. Las Hijas de la Caridad la alquilaron primero (1870) y luego (1877) la adquirieron en propiedad. Por aquel entonces, tenía asignado el número 1 de la calle Granja Experimental; hoy, el 262 de la calle Comte d'Urgell.

Como se verá enseguida, a partir de 1870 entró en la esfera del apostolado que San Benito Menni comenzaba a desplegar en Barcelona desde un modestísimo asilo para niños enfermos, fundado por él en el cruce de las calles Muntaner y Rosellón. No lejos de este paraje funcionaba también desde 1862 el convento-colegio de las Religiosas de Nuestra Señora de Loreto, llamadas familiarmente *Damas de Loreto*, como recuerda todavía hoy el nombre de una de las calles del antiguo municipio de Les Corts. Durante el Sexenio Revolucionario y los primeros años de la Restauración, doña Dorotea encontró precisamente en estos barrios de Gracia-Les Corts un nuevo campo de acción, sobre todo desde que en la misma zona contribuyó a levantar el Hospital del Sagrado Corazón de Jesús (1883).

Dorotea protegió desde el inicio el colegio-obrador, pues conocía bien a las Hijas de la Caridad con las que estaba colaborando desde 1860. «Procuró su desarrollo con limosnas continuas y considerables», asegura Jaime Nonell[44]. Atendió a las dos secciones, la del internado y la del externado. En la primera, siempre tuvo a su cargo cinco o seis niñas pobres «por las cuales pagaba la pensión correspondiente y les procuraba colocación cuando salían del colegio»[45], y para hacer posible o ampliar la sección del externado llamó al arquitecto Enrique Sagnier y mandó construir otro edificio, con planta baja y un piso: el piso era para las aulas y la planta baja para comedor. Dorotea se esforzó para que la enseñanza fuera gratuita o casi gratuita para todas las niñas, y que el comedor fuera gratuito



▲ San Benito Menni (1841-1914).

para las niñas pobres. Esto último lo pudo hacer a partir de 1877, cuando la Compañía de las Hijas de la Caridad llegó a ser propietaria del inmueble[46]. Sor Teresa Dubarbier Moiron, superiora del centro durante los años 1870-1911, fue testigo de primera mano de la generosidad de Dorotea: «A medida que se nos presentaban dificultades, venía ella presurosa a remediarlas», declaraba a raíz de su fallecimiento[47].

Con San Benito Menni y los Hermanos de San Juan de Dios

En 1859 habían entrado en guerra austríacos y piamonteses. Éstos, ayudados por Francia, buscaban hacerse con el dominio en Italia, sacudiendo la presencia de los primeros. Uno de los escenarios de la lucha fue Magenta, pequeña localidad distante unos veinte kilómetros de la ciudad de Milán. La victoria fue para la coalición, pero el choque militar resultó muy sangriento para los dos bandos contendientes.

Un muchacho milanés de 18 años, llamado Ángel Hércules Menni, acudía a la estación del tren para socorrer a los heridos que traían del frente de operaciones y acompañarles enseguida al hospital. Allí conoció a los Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios, y quedó tan impresionado por la delicadeza y la profesionalidad con que atendían a los enfermos, que decidió ingresar en esta orden, en la que le dieron el nombre de fray Benito (1861). Promovido al sacerdocio en 1866, estaba dispuesto a lo que le mandaran sus superiores.

La restauración de la Orden Hospitalaria en España

La congregación o fraternidad de los Hermanos Hospitalarios había nacido en Granada por el impulso carismático de Juan de Dios (1495-1550) y había sido reconocida oficialmente por la Santa Sede en enero de 1572. Desde entonces comenzó a extenderse por España e Italia para llegar, a finales del siglo XVI, a tierras de Hispanoamérica. Pero, debido a los procesos de desamortización y a las dificultades políticas que ya conocemos, los Hospitalarios habían desaparecido prácticamente de España.

El Padre General de la Orden, Juan María Alfieri, que residía en Italia, no podía aceptar aquella situación tan lamentable, y concibió

la idea de restaurar la orden. Para ello, obtuvo la aprobación del Papa Pío IX y viajó a España en busca de posibilidades y amigos. A comienzos del 1867 tenía diseñado el plan: la restauración se iniciaría por Barcelona, que ofrecía suficientes garantías de éxito, y el joven sacerdote Menni sería el realizador. Este, con 26 años de edad, asumió con empeño la tarea que se le confiaba: «Las palabras del Sumo Pontífice, declaraba, me vigorizaron y me inspiraron extraordinario valor para partir hacia España a principios del año 1867»[48].

Y, efectivamente, el 6 de abril de 1867 llegaba a la capital catalana. Poco tenía que restaurar en esta ciudad, ya que los Hermanos Hospitalarios nunca habían llegado a ella. ¿Entonces? Menni comenzaría desde cero, si bien contando con el equipo de amigos que ya había preparado fray Juan María Alfieri.

Menni encontró un primer refugio en el Hospital de la Santa Cruz, en la calle del mismo nombre, donde entró en relación con algunas señoras, pudientes y de buen corazón, que frecuentaban aquel lugar para asistir a los enfermos. Y con la anuencia del obispo Pantaleón Montserrat Navarro y el apoyo de varias familias barcelonesas –es-

▾ Primer Hospital Infantil de España.



pecialmente de Nonito Plandolit y señora– dio inicio a su ministerio sacerdotal. Unos y otros trabajaron con denuedo e inteligencia.

El primer hospital infantil de España

Porque, antes de terminar ese año 1867, el 14 de diciembre, abrían un asilo-hospital para niños escrofulosos, raquíticos y lisiados pobres. Era pequeñito, sólo tenía cabida para acoger seis enfermos. La casa que se había alquilado –una casa de comidas– estaba en la calle Muntaner 18, muy cerca del cruce con la calle Rosellón. Aunque administrativamente pertenecía al municipio de Gracia, aquel lugar se inscribía ya en el Ensanche de Barcelona.

Allí fray Benito lo era todo: el capellán, el limosnero, el enfermero. Pudo comprobar con sus propios ojos la llegada de la Septembrina; pero no se echó atrás: a partir de 1869 y con la ayuda de sus colaboradores comenzó a agrandar el centro benéfico, que pronto llegó a albergar 12 y hasta 25 niños. «¡Cuántas veces, escribe la testigo Mercedes Casals Fábregas, le hemos visto traer en sus brazos niños enfermos y haraposos, limpiarlos y curarlos por sus propias manos!»[49]. Entre 1872 y 1875 se llevaron a cabo las nuevas obras de ampliación y remodelación del establecimiento. Situado en el chaflán de las calles Muntaner y Rosellón, tenía en el centro la iglesia y, a los lados, dos pabellones que acogían el asilo-hospital, el dispensario o ambulatorio para las gentes de la barriada, un modesto noviciado y, en fin, la residencia para los Hermanos. El 4 de diciembre de 1875, se procedió a la bendición de la iglesia, dedicada a la Inmaculada Concepción de María Santísima. Este nombre entraría en la denominación oficial del centro: *Asilo-hospital de la Purísima Concepción y de San Juan de Dios*. Es el punto de arranque de la restauración de la Orden Hospitalaria en España. Barcelona fue su cuna.

En este escenario ejerció fray Benito su apostolado más importante, si bien no descuidaba otros cercanos, como el Obrador de la Sagrada Familia y el Colegio de Loreto. Pero el padre Menni, a pesar de que llevaba una vida abnegada y hasta heroica en favor de los pobres enfermos, experimentó en su propia carne la dureza de aquel tiempo: lo mismo que el canónigo Morgades, fue acusado de carlista, y tuvo que sufrir la enemiga de los liberales. El año 1873, el de la Primera República, le resultó tan difícil que en el mes de abril se vio obligado a abandonar la Ciudad Condal[50]. En su destierro de Marsella se reconocía a sí mismo como *Director del Asilo de San Juan de Dios para huérfanos escrofulosos, sito en las afueras de Barcelona* y se

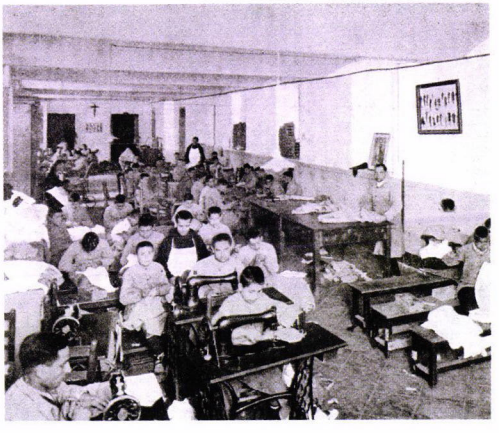






▾ ▴ Hospital Infantil. Segunda fundación. Diversas actividades de los niños enfermos.





sentía respaldado por sus superiores, los cuales le seguían considerando *Delegado General en toda España* de la Orden Hospitalaria.

Fray Benito ya no volvió a la ciudad de Barcelona más que esporádicamente. Pero tuvo siempre en ella su corazón. Una quiebra económica del mejor colaborador, Nonito Plandolit, obligó a Menni y a los Hermanos a dejar el lugar que ocupaban y buscar otro propio, donde pudieran ejercer su acción con libertad y eficacia. Y así encontraron una torre, llamada *El Prat d'en Rull*, en Les Corts de Sarrià, donde, después de las debidas adaptaciones y ampliaciones, establecieron su Obra. El traslado se verificó solemnemente el domingo de Ramos, 10 de abril de 1881[51].

El asilo-hospital radicaba en la calle San Francisco de Borja de Les Corts y, más tarde, tuvo la entrada por la Avenida Diagonal, en el paraje donde ahora se levanta el complejo comercial *L'Illa Diagonal*. El primer enclave de Muntaner-Rosellón quedó abandonado, pero pasó enseguida (1882) a propiedad de los Misioneros del Sagrado Corazón, quienes en el curso 1898-1899 establecieron el Colegio de San Miguel. El lector lo puede admirar hoy en la calle Rosellón, 175[52].

Una insigne bienhechora

Fray Benito había trabajado en Barcelona durante seis años seguidos, desde la primavera de 1867 hasta la de 1873, y había conseguido implantar su obra. En esta tarea, heroica y fecunda, había contado con la ayuda de varias personas. Entre ellas estaba doña Dorotea. ¿Cómo entró en el círculo de los admiradores y colaboradores del padre Menni? Tal vez, directamente; tal vez, por medio de alguna amistad. Desde luego el canónigo Morgades pudo servir perfectamente de lazo de unión entre Menni y Dorotea. Lo cierto es que, a juicio del historiador Juan Ciudad Gómez, la señora de Serra se merece una mención «especial» en toda esta historia, porque fue «una de las más insignes bienhechoras del Asilo, desde estos primeros días hasta su muerte»[53], es decir, durante 24 años, desde 1867 hasta 1891. Con ella «señaladamente» contaba el padre Menni, ya desde sus años barceloneses[54]. Y José Cruset declara que Dorotea era «común bienhechora de salesianos y hospitalarios»[55]. Como se ve, fue un encuentro

▾ Colegio de San Ignacio, de Manresa. Fachada.



feliz entre dos personas altruistas y apasionadamente cristianas. Cuando se hable del «paso de los santos» por Barcelona, se deberá recordar este episodio[56].

El padre Menni volvió a la capital catalana después de muchos años, cuando además de ser el *restaurador* de la Orden Hospitalaria en España y su *introductor* en Barcelona, se había convertido en *fundador* de una nueva congregación religiosa: las *Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús*. Como se verá en otro lugar de este libro, quien posibilitó su establecimiento en Barcelona fue Dorotea (pág. 252).

Con los Jesuitas

Desde mediados del siglo, Dorotea había ido entrando progresivamente en la esfera de influencia de los jesuitas, a los que encontraba con frecuencia en el colegio Sagrado Corazón, de Sarrià. (pág. 54). El 30 de septiembre de 1868, al triunfar en Barcelona la Revolución, vio cómo la junta provisional, instalada en el Salón de Ciento, expulsaba a los jesuitas de toda la provincia. Ante este hecho, el matrimonio Serra actuó en dos escenarios diferentes.

En Manresa, el Colegio de San Ignacio

Los jesuitas habían regido desde antiguo el Colegio de San Ignacio y se cuidaban también del santuario de la Santa Cueva. El colegio era propiedad del Ayuntamiento y funcionaba como centro de segunda enseñanza en régimen de internado, pero la dirección, la enseñanza y la administración estaban exclusivamente en manos de la Compañía de Jesús[57].

El curso 1868-1869 había comenzado normalmente, con 244 internos. Pero a los pocos días, el 1 de octubre de 1868, los manresanos se enteraron por los periódicos del decreto de expulsión de los jesuitas, dado el día anterior por la junta revolucionaria de Barcelona. Los jesuitas debían abandonar el colegio y marcharse. Y así lo hicieron, a pesar del apoyo de algunos concejales. Era la cuarta expulsión que sufrían...

▾ Los jesuitas de la calle Caspe.



Estos jesuitas habían cobrado de las familias de los alumnos

las pensiones correspondientes al primer trimestre del curso escolar, y las habían invertido en la provisión de libros y víveres, y en el pago de las deudas contraídas en el arreglo del edificio. Por tanto, no se sentían deudores de nadie, sino más bien acreedores... Pero la revolución afiló sus aristas anticlericales, y el Ayuntamiento y las gentes de la ciudad que se sentían defraudadas se volvieron contra la Compañía... Protestaban diciendo que querían *recuperar* un dinero que era suyo... Se fraguó una situación tensa[58]. ¿Volverían los jesuitas a hacerse cargo del colegio?

Al llegar la Restauración, muchas familias manresanas lo pedían y también en Barcelona había quien lo deseaba, porque, al fin y al cabo, no es que por aquel entonces Cataluña anduviera muy sobrada de institutos y colegios de segunda enseñanza... Pero lógicamente, de volver a Manresa, la Compañía exigía poderlo hacer con la cabeza alta, es decir, con el reconocimiento social de su recto proceder siete años antes. Según ella, quien debía sufragar las deudas pendientes con las familias de los alumnos era el Municipio.

Fue entonces cuando entró en escena el señor Serra, quien se trasladó a Manresa para promover la formación de un consistorio municipal que se aviniese a dialogar y resolver el asunto de los jesuitas, pendiente aún. José María logró lo que deseaba, y adelantó las cantidades necesarias para que el Ayuntamiento pagara a los que se presentaban como acreedores de los jesuitas. Y así, pudieron iniciarse las conversaciones que permitieron la reapertura del colegio de San Ignacio en septiembre de 1877. Al exponer este punto, el padre Nonell precisa que si el señor Serra se decidió a intervenir en Manresa fue debido a las «exhortaciones» de su esposa[59].

El colegio comenzó a funcionar manteniendo dos secciones: el internado, con la enseñanza del bachillerato, y el externado, gratuito para los niños manresanos. Al internado acudían chicos de familias procedentes de toda Cataluña, principalmente de Barcelona. Nos consta que, entre los años 1880 y 1884, se encontraron allí tres nietos de Dorotea: Guillermo, Fernando y Javier Huelin Serra, hijos de María Luisa Serra Chopitea[60].

Aunque con dificultades, el colegio de San Ignacio estuvo en Manresa cumpliendo su misión durante quince años, hasta que, por falta de acuerdo con el Ayuntamiento y por razones de insalubridad, tuvo que trasladarse a otro lugar. Lo encontró definitivamente en las afueras del pueblecito de Sarrià en marzo de 1892, y en el mes de septiembre pudo inaugurar un nuevo curso escolar. Es el Colegio de

San Ignacio, hoy conocido de todos[61] y por el que Dorotea suspiró y colaboró tanto (pág. 286).

Cuando en noviembre de 1891 los jesuitas se pusieron a buscar un nuevo emplazamiento para su centro educativo, Dorotea ya había fallecido. Pero antes había estado implicada con ellos en la fundación de otra obra suya en la misma ciudad de Barcelona.

En Barcelona, el Colegio-Residencia del Sagrado Corazón

Al venir la Restauración, los jesuitas residían en dos domicilios a los que luego se añadió otro. Hacían lo que podían, pues durante el sexenio anterior habían vivido dispersos y medio camuflados, sorteando de una forma o de otra el decreto de su expulsión[62]. Dudaban de la monarquía restaurada en Alfonso XII, quien afirmaba que quería ser, a un mismo tiempo, buen liberal y buen católico. Pero ¿era posible armonizar estos dos extremos? A finales de 1878, todos se habían concentrado en un par de pisos de la Casa del Arcediano, casa de *l'Ardiaca*, en la calle Santa Lucía, 3. Trabajaban, pero no se sentían a gusto: querían disponer de una obra propia, para actuar con libertad y eficacia. Les animaba la paz e incluso la prosperidad pública que estaba logrando el nuevo partido en el poder, el conservador, liderado por don Antonio Cánovas del Castillo. Además, los jesuitas de Manresa ¿no habían conseguido ya establecerse en el antiguo colegio de San Ignacio?

En el verano de 1879, ya tenían decidido el proyecto de su nuevo enclave: estaría entre las calles Pau Claris, Caspe y Roger de Llúria, en pleno Ensanche del centro, donde ya se edificaba mucho; comprendería una residencia, una iglesia y un colegio, y todo el conjunto estaría dedicado al Corazón de Jesús. Con toda probabilidad fue entonces cuando un padre jesuita contó al biógrafo Nonell y a otros un episodio que encaja bien en el modo de actuar de Dorotea. El jesuita atestiguaba que cuando informó a la señora sobre el nuevo proyecto de la presencia de la Compañía de Jesús, ella quedó sorprendida, y le explicó cómo, hacía seis años, en 1873 –apenas había trasladado su domicilio de la calle Montcada a la Gran Vía, 276-278–, bajando una vez por la calle Pau Claris dijo a una de sus nietecitas: «Toma esta medalla; ve, entiérrala allí, en aquel sitio (señalándole como a la mitad del lado que forma la calle de Caspe), y roguemos a la Virgen Santísima que haga que se construya allí un templo en honor del Corazón de Jesús»[63].

Sea lo que sea de esta anécdota, no hay duda de que Dorotea se alegró enormemente al saber que los padres jesuitas se trasladaban

a vivir cerca de su domicilio y que iban a construir una iglesia dedicada al Corazón de Jesús.

Para acabar de pagar los gastos que generaban las obras se tuvo que solicitar un préstamo del Banco de Barcelona (1880). Lo avalaban, entre otros, José María Serra y Muñoz, Narciso María Pascual y de Bofarull, yerno de Dorotea y su mejor asesor en cuestiones de beneficencia, Oscar Pascual y de Bofarull, hermano suyo, y Mariángela Gelabert y Jordà, de extraordinaria capacidad para los negocios, madre de Luis Martí-Codolar y Gelabert, quien en 1866 se casó con Consuelo Pascual y de Bofarull y, más tarde, en 1886, se convirtió en amigo personal del Fundador de los salesianos, San Juan Bosco. Los Pascual y los Martí-Codolar entran también, junto a los Serra, dentro de ese círculo de familias barcelonesas promotoras de obras sociales y religiosas.

Además del empréstito del Banco de Barcelona, los jesuitas recibieron otras cantidades en dinero. «Está documentada, escribe el historiador Josep Maria Benítez y Riera, la limosna que concedió doña Dorotea: 30.000 duros»[64].

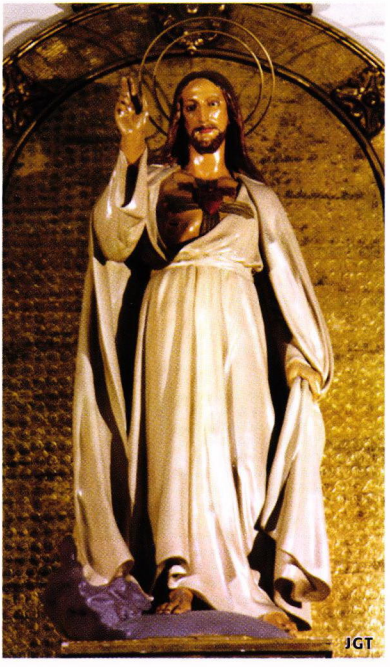
En agosto de 1881, la comunidad de la Casa del Arcediano se trasladó al nuevo establecimiento, y echaron a andar tanto las actividades pastorales, desde la residencia, como las escolares, desde el colegio[65]. En 2006, el colegio celebró el 125 aniversario de su fundación. Tanto en éste como en el de San Ignacio han sido educados varios nietos y biznietos de Dorotea.

La iglesia neobizantina, dedicada al Sagrado Corazón de Jesús y diseñada por el arquitecto Juan Martorell y Montells, comenzó a construirse en 1882. Entre las personas que más ayudaron a levantarla están los albaceas de Juan María Oliveras de Carbonell y d'Estañol, Marqués de la Quadra y Barón de Guía-Real, y doña Dorotea con su hija María Dolores. La iglesia, aunque no concluida del todo, se abrió al culto entre 1885 y 1886[66]. Dorotea tuvo allí lo que anhelaba: un servicio religioso cuidado, unos acompañantes espirituales experimentados, un asociacionismo seglar fervoroso y el culto al Corazón de Jesús, que le impulsaba permanentemente al centro mismo de su experiencia mística: el Dios de Jesucristo, «mi Señor», como solía decir ella.

Con las Hijas de la Caridad: el Colegio San Vicente de Paúl

A mediados de los años setenta, el colegio-obrador de la Sagrada Familia estaba pletórico de vida y sintió la necesidad de buscar un

COLEGIO
DE
SAN VICENTE DE PAUL
CALLE SAN GERVASIO, 18, frente á la de Padilla







◤ Estatua del Sagrado Corazón, obsequio de doña Dorotea al colegio. ▲ Colegio de San Vicente de Paúl. Fachada.
◀ Interior de la iglesia. Colegio de San Vicente de Paúl.

nuevo lugar de expansión. Lo encontró en la parte alta del llano de Barcelona, hacia el final del Paseo de Gracia. Por aquel entonces, la villa de Gracia iba dejando su aspecto rural para adentrarse en el mundo industrial y urbano. Por eso desaparecían las antiguas explotaciones agrícolas, pero algunas de las masías se convertían en segunda residencia de la gente pudiente de Barcelona. Una de éstas era conocida por la *Casa de la Marquesa* (*Ca la Marquesa*). Las Hijas de la Caridad la alquilaron en 1875 para colocar en la misma treinta niñas, que ya estaban en régimen de internado en el colegio de la Sagrada Familia. Pero la nueva fundación aceptaría también, como externas, niñas de las familias trabajadoras de la zona.

Dorotea, implicada de años atrás en la vida del colegio-obrador, estuvo de acuerdo con este centro filial. Y, tan pronto como se vio libre de una grave enfermedad que se le había declarado durante un viaje a Rusia, se entregó en cuerpo y alma a su desarrollo. Sería el año 1875 o, tal vez, el siguiente.

La institución entró enseguida en una fase de crecimiento, y se vio obligada a emigrar en busca de un sitio más amplio. Así, en 1881, llegó a la villa de Gracia, donde, con la ayuda de Dorotea, adquirió una torre con la finca correspondiente. Estaba situada en la calle San Gervasio que, más tarde, recibió el nombre de Las Carolinas. Todavía no se habían iniciado las obras del edificio que el industrial Manuel Vicens y Montaner había encargado al joven arquitecto Antonio Gaudí en la finca contigua[67].

De esta forma nació el *Colegio San Vicente de Paúl*, de primera enseñanza. Dorotea quedó satisfecha. En su actuación sobresalen tres notas. Primera, la perseverancia en la obra iniciada, porque aún en el verano de 1890, unos meses antes de su muerte, «nos hizo edificar unas clases por valor de 16.000 pesetas», en testimonio de las mismas religiosas[68]. Segunda, preferencia por las alumnas de la escuela nocturna, para la cual Dorotea costeaba el gas. Tercera, la presencia personal y amical con las niñas, «como si fuera una de ellas»[69], tomando parte en los actos religiosos y en las fiestas escolares. Dorotea preparaba los premios para estimular la aplicación al estudio y el buen comportamiento. Tales premios eran los típicos de la época, como las prendas de vestir, «que ella misma cortaba y cosía»[70]. Dorotea no se liberó nunca de este impulso maternal para proteger a las niñas de la clase popular[71].

Con la Congregación de María Reparadora

Fue en junio de 1880 cuando, procedentes de Sevilla, llegaron a Barcelona dos religiosas de la Congregación de María Reparadora, al

objeto de establecer su obra. En octubre del año anterior el arzobispo de aquella ciudad, el manresano Joaquín Lluch y Garriga, les había propuesto hacerse presentes en la capital catalana[72]. Cuatro meses antes, junio de 1879, el mismo prelado había escrito a San Juan Bosco pidiendo que enviara un grupo de salesianos a su archidiócesis...

Las Hermanas de María Reparadora habían sido fundadas en 1857 por una dama de la alta nobleza belga, Emilia d'Oultremont (1818-1878). Casada y madre de familia, al quedarse viuda dio origen a este instituto, en cuyo centro espiritual colocó la devoción a la Virgen Santísima, íntimamente unida a Jesucristo Redentor. Según la fundadora, las hermanas del instituto serían como *María para Jesús*, que «con sus oraciones, su celo, su mortificación, repararían en las almas, con la ayuda de María, el rostro de Jesús, su hijo divino, desfigurado por el pecado»[73]. Una de las expresiones de la devoción mariana, así entendida, es el culto eucarístico, donde el cristiano encuentra la fuerza que necesita para el despliegue de su fe y de su actividad. De esta forma, la madre María de Jesús aspiraba a unir en su carisma la vida contemplativa y la apostólica[74].

Una vez en Barcelona, las religiosas necesitaban disponer de una casa y hacerse con los medios más necesarios, y así acudieron en consulta a los jesuitas. El Padre Provincial las encaminó a doña Dorotea. Ésta, al conocer su proyecto de vida, reaccionó en forma totalmente positiva; fue como si le hubieran tocado una fibra íntima de su corazón. Y se les entregó por completo. Se convirtió en su protectora. Siempre que se quiera penetrar en el alma de Dorotea convendrá tener presente este pasaje de su biografía.

Las religiosas alquilaron, primero, un entresuelo del llamado Palacio de los Condes de Barcelona, en la calle Condal, 35, y con otras siete que llegaron el 22 de agosto, formaron la comunidad de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro y alquilaron todo el inmueble[75]. Pero viendo Dorotea que aquel espacio resultaba insuficiente, animó a las monjas a buscar otro sitio más amplio. Relata una de las fundadoras que «a veces vino a proponernos diversos locales con el mismo interés que si se tratase de cosas que le fueran propias, llevándonos a ver los terrenos»[76]. Hasta que en 1887 se encontró una *torre* a propósito en el Ensanche de Barcelona, en el punto en que se cruzan hoy las calles Caspe y Girona. Dorotea había puesto 8.000 duros para su adquisición.

Y les siguió ayudando de mil formas, especialmente en la construcción de la capilla o iglesia, en la cual ella desahogaba ante Dios

▼ Religiosas de María Reparadora: entrada a la capilla y detalles.







sus sentimientos más personales. «En los once años que la hemos tratado –afirma la misma testigo, refiriéndose al período 1880-1891–, nos ha sido motivo de continua edificación su asiduidad en venir a visitar a Jesús Sacramentado, siendo rara la tarde que faltaba a la bendición»[77]. Junto a la iglesia, abierta a la calle Girona y que hoy se puede visitar, funcionaba una escuela para niñas pobres con una aceptación creciente[78].

La presencia de Dorotea entre las religiosas de María Reparadora demuestra, además de su impulso religioso y solidario, algunos rasgos de su modo de actuar: con rapidez y decisión, sin dar muchas explicaciones y casi a escondidas, tratando de envolver a otras personas en la misma causa. «Cuando establecimos la *Adoración Reparadora* para las señoras, sigue escribiendo la testigo, ella fue quien se puso al frente y conservó hasta su muerte el cargo de presidenta, dándoles con su celo y su ejemplo todo el impulso que se podía esperar»[79]. De ahí sacaba la energía necesaria para su acción benéfica y asistencial. «Se interesaba hasta por los más menudos detalles; a la vez que nos socorría, nos procuraba trabajo para ayudarnos a vivir», termina precisando la testigo[80].

De esta forma, se fue trazando en el Ensanche una nueva línea por la que corría la religiosidad de Dorotea y que tenía los tres puntos ya sabidos: el domicilio de Dorotea en la calle Cortes o Gran Vía, 276-278, la obra de los jesuitas con el colegio, la iglesia y la residencia de los Padres, entre las calles Pau Claris, Caspe y Roger de Llúria, y el convento de las Hermanas de María Reparadora, con iglesia y escuela, entre las calles de Caspe y Girona. Por esa línea circulaba una espiritualidad apasionada, de contemplación y de acción, bajo el signo de San Ignacio de Loyola, porque la Congregación de María Reparadora también había nacido y se había desarrollado bajo la guía de los jesuitas. En 1888 la institución de María

Reparadora pasará de una ciudad ignaciana, Barcelona, a otra que aún lo es más, Manresa[81].

Desde luego, la actitud de adoración ante Dios, expresada desde la asociación del *Apostolado de la Oración*, promovida por los jesuitas, o, como en el caso presente, desde el grupo de la *Adoración Reparadora*, es fundamental en nuestra protagonista, porque ella partía de una experiencia crecientemente mística, de impulso hacia Dios. No lo podía remediar.

La acción privada

Una vez fallecida Dorotea (1891), la superiora de las Hermanas de la Presentación, Mère Théodosie, le hacía observar al investigador Nonell que el campo asistencial preferente de la difunta no había sido el público o el institucional, sino el privado, «que le ofrecía la ventaja de conservar oculto e ignorado de los hombres el ejercicio de su generosa caridad»[82]. La razón que aduce la testigo es válida. Pero hay otra, más profunda, que consiste en ese impulso espontáneo de su corazón, que le llevaba a actuar de inmediato y de veras. Ella no podía esperar siempre a organizar plataformas de acción visibles y evaluables, sino que, al presentársele un caso cualquiera, reaccionaba y trataba de darle alguna solución. Lo hacía con carácter de urgencia y de autenticidad, en silencio, sin exhibiciones. Y allí donde se encontraba: en la ciudad en que reside habitualmente o en el pueblecito veraniego adonde ha ido a recobrar fuerzas, como Arbúcias (Girona), Caldas de Malavella (Girona), Caldas de Montbui (Barcelona), Puigcerdà (Girona), San Hilario Sacalm (Girona), Torelló (Barcelona).

De tú a tú

De esta manera su solicitud se desplegaba en *capilaridad*, en un entramado de episodios de los que reciben su encanto muchas páginas del libro de Jaime Nonell. No estará mal que, a modo de ejemplo, recordemos aquí algunas de ellas, las mejor documentadas y correspondientes al período que comprende el capítulo presente.

«Ardía por este tiempo la guerra entre Prusia y Francia [La guerra franco-prusiana, 1870-1871]. Un padre de familia de esta última nación con tres hijos –dos niñas y un niño– vino a Barcelona a buscar medios de subsistencia de los que en su patria carecía. La esposa, gravemente enferma, se había refugiado en un hospital, y muy pronto se comunicó al pobre marido la muerte de la mujer.

Los tres hijos quedaron en la triste orfandad, a la vez que estaban sumidos en la miseria. Llegó a oídos de doña Dorotea la desgracia de esta familia, y al momento tomó cartas en el asunto. Colocó a las niñas en la casa de huérfanos que las Hermanas de la Presentación tienen en Arenys de Mar [Barcelona], y así pudo el padre atender al cuidado de su persona y del niño.

Sucedió que una de las dos niñas se puso enferma de los ojos con peligro de quedarse ciega. Entonces fue cuando manifestó doña Dorotea con la huerfanita toda la ternura de sus entrañas maternales. Fue a buscarla a Arenys, la trajo a Barcelona, la hospedó en su propia casa, y todos los días ella misma en persona o uno de sus criados la acompañaba a un distinguido oculista. Duraron estas visitas largo tiempo hasta que, por fin, fue preciso reconocer que eran impotentes los esfuerzos de la ciencia.

Pero ya que doña Dorotea no pudo ver restablecida de la enfermedad a la niña, logró verla libre de su orfandad. Porque la madre, lejos de haber fallecido en el hospital, según falsamente se había anunciado al marido, vivía y había curado de su dolencia. Al saber la buena dicha de su esposo e hijos, deseó participar de ella y reunirse con las prendas más caras de su corazón, y lo alcanzó merced a los recursos suministrados por doña Dorotea para ponerse en camino y llegar a Barcelona. Toda la familia amaba como a su madre a su ilustre protectora»[83].

«En 1873 doña Dorotea se hallaba en Tolosa de Francia con una de sus hijas y toda la familia de ésta. Vio en cierta ocasión, pasando por una calle, un pobre enfermo con las piernas cubiertas de asquerosas llagas, sentado en un carrito que le servía para andar implorando la caridad pública, pues la dolencia le impedía caminar por sus pies.

Apenada doña Dorotea de la desgracia de este pobrecito, le da una buena limosna, lo lleva a su casa adonde ella misma lo conduce, descubre sus llagas, se las lava y con paños limpios se las envuelve, vendándoselas de manera que no se le caigan.

Estaba atónito el pobre llagado y no sabía con qué palabras agradecer la caridad y entrañas maternales de la mujer española. Pero fue mayor su asombro cuando oyó de sus labios estas palabras: "Mañana volverá usted y lo curaré de nuevo". No faltó a la mañana siguiente, ni en las de los restantes días que allí permaneció doña Dorotea, de la cual recibió cada día igual beneficio. Lo curaba en la misma entrada de la casa. Le dijeron los suyos que lo hiciese subir

arriba para ahorrarse ella tener que bajar. "No, dice, que os darían tal asco las llagas, que no lo sufriríais"»[84].

«Por este tiempo [hacia 1878], doña Dorotea se vio metida en un apuro en el ejercicio de su beneficencia con los menesterosos.

Pedía limosna en una calle bastante céntrica una pobre mujer, ciega y con dos hijos gemelos. Acertó a pasar por dicha calle una de las hijas de doña Dorotea (...). Le dio una limosna, y con disimulo se hizo decir por ella el lugar de su domicilio, con el fin de ir allá a socorrerla. Al volver a casa, se encontró con la madre, y le explicó lo que acababa de ver y lo que había propuesto hacer a favor de aquella desgraciada. Conocidas por doña Dorotea las señas de la pobre, se anticipó a su hija y, al anochecer de aquel mismo día, se dirigió a la casa de la mendiga.

Allá, en una calle retirada y en un miserable caserón de la misma, lee el número que había dicho la pobre ser el de su casa. Entra en ella, y se le ofrece a la vista el espectáculo más repugnante y extraño que jamás hubiera podido imaginar. Aquello era una confusa mezcolanza de cojos, mancos, maltrechos y toda clase de deformidades y vicios corporales. Le pareció haber entrado en una cueva de ladrones, como las que había leído descritas o se las había imaginado. El miedo se apoderó de su corazón; y no fue menor la extrañeza que produjo en aquellos miserables la presencia de una señora de grave continente y de modesto semblante en aquel lugar y a aquellas horas. Preguntó por la cieguecita, madre de los dos gemelos, que pedía limosna en la calle que nombró. Se la presentaron. Le dio la limosna que traía para el efecto, y no vio la hora de salir de aquel lugar, que más parecía lóbrega mazmorra que casa de una ciudad culta como Barcelona. Cuando salió de allí, fue a dar cuenta a su hija de lo que acababa de pasarle, a fin de que ella, como más joven, no corriese algún peligro»[85].

Por el momento, no hace falta seguir más en este recorrido. Los episodios que se acaban de recoger tuvieron lugar en vida del marido y en presencia de las hijas, y brotaban de la conciencia de Dorotea: el gesto altruista tiene que ir acompañado de la prestación personal y de la palabra alentadora. Tal era su *metodología* de acción. Ella poseía una sensibilidad exquisita para descubrir, en las mil circunstancias de la vida, los casos de necesidad y para situarse espiritualmente entre los pobres, ayudarles y darles una esperanza. Por lo que se ve, lo típico suyo era curar, sanar. Dorotea tenía una vocación

innata de enfermera. Los enfermos, más si eran niños o niñas, eran los destinatarios preferentes de sus atenciones.

Las escenas que se han evocado conectan perfectamente con la parábola evangélica del *buen samaritano*, quien, yendo de viaje, encontró en el camino a un hombre medio muerto. «Al verlo, dice el texto, le dio lástima; se acercó a él y le vendó las heridas echándoles aceite y vino; luego lo montó en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó». Y Jesús termina la parábola invitando al que le preguntaba: «Anda, haz tú lo mismo» (Lc 10, 25-37). Dorotea practicaba y enseñaba otro tanto: «Si queréis recibir mucho de Dios, advertía a las hijas, dadle mucho a él en la persona de sus pobres»[86].

Pobre para compartir

Consecuencia inseparable del amor a Cristo y a sus pobres es el *don* y la *virtud* de la pobreza, tal como la vivieron, por ejemplo, Francisco de Asís, Vicente de Paúl, Juan Bosco y Teresa de Calcuta, y como lo atestigua la tradición cristiana de todos los tiempos. Dorotea aceptó abnegada y gozosamente este camino. Por los años 1860 y 1870 su estilo de vida giraba en torno al trabajo, la austeridad y el desprendimiento, valores que en los años sucesivos irán impregnando cada vez más su espíritu.

El siguiente *hecho de vida* es del 1880: «Padecía doña Dorotea una afección en los bronquios, relata Nonell. Para que al aspirar en invierno el aire frío no la dañase, lograron convencerla de que, al salir a la calle, se cubriera el cuello con unas pieles. Fue a comprarlas: le piden por ellas 25 pesetas; se queda un rato pensativa y se va sin hacer la compra. Dice al cochero que la lleve a tal calle; sube a uno de los pisos altos de una casa en que vivía un pobre enfermo, y le da de limosna los cinco duros que debían costarle las pieles, y aun añadió otros tres»[87].

Este rigor consigo misma podía derivarse de su talante recto y firme. Podía también obedecer a un simple cálculo: si renunciaba a sus comodidades siempre le quedaría para compartir con los demás... Pero, no; su conducta se fundamentaba en algo que está más adentro, es decir, en unas convicciones de tipo religioso: «En vista de la grandísima pobreza que Nuestro Señor Jesucristo tuvo al nacer –escribía en la primavera de ese mismo año (1880)–, procuraré tener sumo cuidado en no gastar en mi persona más que lo preciso e indispensable para presentarme como corresponde a mi estado»[88].

La beneficencia ejercida por el matrimonio Serra se abría en las dos dimensiones que se terminan de exponer, la institucionalizada

y la privada o espontánea. Las modalidades eran diversas, pero el objetivo era siempre el mismo: el alivio de los pobres y de los enfermos y su inserción en la sociedad. Trataban de construir la ciudad para todos.

La base del iceberg

Antes de seguir adelante, vale la pena preguntarse por las razones de fondo de toda esta actividad de Dorotea, secundada en todo por su marido. Dichas razones son, tal como se acaba de apuntar, de orden puramente religioso y afloran sobre todo cuando Dorotea se concentra en sí misma, ante su conciencia y el sentido que está dando a la vida.

Nos consta que, ya antes de la revolución, hacía cada año los Ejercicios Espirituales en el Colegio del Sagrado Corazón de Jesús, de Sarrià, con otras señoras que acudían allí con la misma intención. Solían predicar los jesuitas –padres Fermín Costa y Antonio Guberna–, y Dorotea, según lo que oía en las pláticas y el estado de su ánimo, redactaba unos propósitos o «resoluciones», como solía escribir. Poseemos los de varios años[89], suficientes para asomarnos a sus vivencias, las cuales, entre 1867 y 1881, se centraban en los puntos que siguen[90].

El pensamiento de Dios domina toda su estructura interior. Ella quiere hacer todo «para mayor gloria de Dios» (*Ejercicios* 1867, 1871, 1873, 1881), por Dios y para Dios. Y a tal fin se propone, como dice, «purificar la intención en todas mis obras» (marzo de 1872) y ofrecer a Dios toda su persona: «Por la mañana, cuando me levante, me ofreceré enteramente a él, renovando este ofrecimiento siempre que me acordare entre día» (diciembre de 1873). Efecto de esta autodonación es el cumplimiento de la voluntad de Dios y una confianza sin límites en Él: «Prometo estar pronta para hacer lo que Dios disponga de mí, y sufrir con resignación las penas que tuviere a bien mandarme» (abril de 1871). En 1880, con el recuerdo aún vivo de la muerte de su querida hermana, Sor Juana, fallecida el 9 de marzo, reitera esta actitud todavía con más fuerza: «Puesto que Vos, Dios mío, sois mi principio y fin, me entrego a vuestra divina voluntad sin reserva ninguna: haced de mí lo que os plazca, y dadme vuestra gracia para mantenerme en esta resolución hasta mi postrer suspiro» (mayo de 1880). Tal impulso, que viene de Dios y tiende a Dios, sólo ofrece una salida: «Abandonarme enteramente en los brazos del Señor, para que disponga de mí

como le plazca» (marzo de 1878). Lo que se opone a este proyecto de unión con Dios es el pecado, por lo que Dorotea pide a Dios el don de lágrimas: «Buscaré un rato todos los días para llorar mis pecados, y me arrepentiré de ellos, pidiendo a Dios el perdón y dándole las gracias» (marzo de 1881).

Jesucristo es el Dios encarnado, objeto de adoración, amor, plegaria, imitación y seguimiento: «Deseo seguir a Nuestro Señor Jesucristo en donde quiera y como quiera, conformándome y amando su divina voluntad» (mayo de 1880). Dorotea se detiene contemplando las *virtudes* de su vida oculta (marzo de 1878) y el misterio de la cruz, desde donde Jesucristo llama siempre: «Procuraré imitar a nuestro Divino Maestro crucificado por mí en la cruz» (mayo de 1880). Tanto en el nacimiento de Jesús en Belén como en su pasión y muerte en Jerusalén lo que más le impresiona a Dorotea es la práctica de la pobreza: «Amaré la pobreza, que tanto amó el Señor; y ya que no la tenga en realidad, procuraré que mi espíritu se desprenda de todo lo de este mundo por amor a Dios» (marzo de 1881).

Si el eje principal de la fe religiosa de Dorotea es la fidelidad al Dios de Jesucristo, el otro es semejante al primero, y consiste en el amor al prójimo y a los pobres, comenzando por los domésticos –«el cuidado de la casa ha de ser mi primera obligación, sobre todo con los criados» (diciembre de 1873)– y siguiendo por todos los demás. Dorotea vuelve a este último punto casi todos los años, desde el principio –«será mi virtud predilecta la caridad con los pobres, aunque me cueste sacrificios grandes» (abril de 1867)– hasta el fin del período: «Procuraré seguir al Señor lo más de cerca que pueda, amándole con todas mis fuerzas, haciendo todos los actos de caridad con el prójimo solo por su santo amor, trabajando en el alivio de los pobres cuanto mis fuerzas me lo permitan, sobre todo en el bien de las almas» (marzo de 1881). No hay en estos escritos ninguna referencia explícita a la Iglesia; tal vez, porque no era un tema habitual entre los predicadores. Pero ya se ve que para Dorotea la Iglesia de Dios estaba principalmente donde están los pobres de Jesucristo.

Una vivencia religiosa, tan apasionadamente personalizada, requería de Dorotea un esfuerzo ascético extraordinario. De aquí el control sobre sí misma, sobre sus sentidos exteriores –«en la comida y bebida» (diciembre de 1867, abril de 1871)– e interiores: «Haré que mi genio sea siempre igual, demostrándolo en el semblante y en las palabras» (diciembre 1873). La práctica de la

humildad y de la discreción entraban en esta misma línea de exigencia: «Me consideraré la última de mi casa, aunque por mi posición tenga que mandar» (diciembre 1867 y de 1873). Para ello se valía de los métodos tradicionales de la experiencia cristiana: la vigilancia, las renuncias voluntarias, la meditación contemplativa e introspectiva, el examen de conciencia: «Tendré un particular cuidado en hacer el examen dos veces al día», «no dejaré el examen diario» (marzo de 1878 y de 1881). Dada su seriedad religiosa, hay que suponer que Dorotea se empeñaba a fondo en el ejercicio de tales prácticas de higiene mental y espiritual.

El don de Dios que, según los testimonios que acabamos de presentar, llenaba el interior de Dorotea, se expresaba también por medio de algunas devociones, singularmente de aquella que mira a la persona misma de Jesucristo: «Haré todo lo que esté en mis alcances a fin de promover la devoción al Sagrado Corazón de Jesús» (diciembre de 1873). Este nombre le servirá a Dorotea para bautizar la obra más ambiciosa que, con la implicación directa del marido, emprende por los años 1879 y 1880: el *Hospital del Sagrado Corazón.* Se verá mejor en el capítulo siguiente.



▾ Don José María Serra, en sus últimos años.

Algo más que un banquero

Por lo que se ha ido exponiendo en las páginas anteriores, José María Serra era algo más que un comerciante o un banquero.

Mentalidad política y social

Arístides de Artiñano y Zuricalday, quien, en la segunda mitad del xx, conoció bien a los barceloneses de los negocios y del dinero, afirma que el señor Serra «nunca se mezcló en política militante», sino que sencillamente aspiró a «que España tuviera un gobierno sólidamente constituido, que enalteciera la religión de nuestros padres, afirmara el orden, hiciera administración y diera garantías al desenvolvimiento de los elementos de prosperidad de este privilegiado suelo»[91]. Conocemos esta actitud compartida también por otros prohombres. Cabe con todo añadir que la formación religiosa recibida en la familia durante sus años jóvenes y la conciencia cristiana, que le acompañó siempre, le tuvieron alejado de cualquier planteamiento del liberalismo progresista o del

republicanismo exaltado, que fácilmente llevaban una connotación antirreligiosa o anticlerical.

Si José María no hizo política, hizo, en cambio, *sociedad*, hizo *humanidad* como ya hemos ido comprobando. En ocasiones, tomaba él mismo la iniciativa; las más de las veces secundaba activamente los proyectos de su esposa: «No existe en Barcelona y sus inmediaciones, atestigua el memorialista Arístides de Artiñano, establecimiento de caridad, refugio o enseñanza que no bendiga su bendita memoria, y no llore en el señor Serra la muerte de un bienhechor»[92].

José María tenía el título de *Socio Permanente de la Asociación de Socorro y Protección de la Clase Obrera y Jornalera*. Lo tenía desde 1852, es decir, casi desde el comienzo, puesto que había nacido dos años antes por la transformación de otra anterior, denominada *Asociación Defensora del Trabajo Nacional y de la Clase Obrera*, fundada el 17 de octubre de 1847. A pesar de su nombre, la primera presentaba un carácter mixto, pues era medio patronal y medio popular. Ciertamente se convirtió en una de las entidades más cualificadas en el campo asistencial, pues incluso llegó a desarrollar algunas actividades relacionadas con la enseñanza profesional obrera. Y de hecho polarizó en sí misma una buena parte de la inquietud social del catolicismo barcelonés de la época[93].

El 23 de marzo de 1875, a los 64 años, José María otorgaba testamento, «sabiendo cuán incierta es la hora de la muerte»[94]. Comienza haciendo una clara profesión de fe –«Declaro que he vivido y pienso morir, mediante la gracia de Dios, en el seno de nuestra Santa Madre la Iglesia Católica, Apostólica, Romana»– y continúa manifestando la honestidad de sus costumbres: «Si por ignorancia o descuido se encontrase entre mis papeles, libros y cuadros algo que fuese contrario a nuestra Santa Religión o a la moral o que, por cualquier otra causa justa no convenga conservar, quiero que al punto sea inutilizado, sin publicidad ni escándalo y sin computar su valor en mi herencia». Entre las últimas voluntades dispone, por ejemplo, que «se me entierre sin la menor ostentación y sin que se me haga funeral de ninguna especie»; que «mis deudas, si alguna dejare, sean inmediatamente satisfechas sin forma de juicio, una vez conocida su legitimidad»; que se digan cuatro mil misas rezadas en sufragio de su alma y de sus familiares «eligiendo para su celebración los sacerdotes más necesitados»; que «se repartan cien mil pesetas entre pobres necesitados, distinguiendo entre ellos a los parientes que se hallen en este caso y pudiendo entrar

en la distribución las comunidades religiosas que padezcan alguna estrechez y los establecimientos de beneficencia necesitados de recursos». En la misma línea, el señor Serra no se olvida de recompensar al personal de servicio. Estos detalles, fuera del contenido central del testamento, demuestran la categoría moral y religiosa del testador.

La meta final

A mediados de 1881, a José María y Dorotea les sorprendió la noticia del fallecimiento de su yerno Gustavo de Gispert y Yanguas. Fue una muerte repentina que nadie esperaba. Quedaron tan impresionados a raíz de este hecho que José María lo interpretó como una premonición: ¿no le podía pasar a él lo mismo?

A inicios del año siguiente, dio señales de que presentía la proximidad de su propia muerte y decidió prepararse a la misma de forma inmediata. Comenzó por purificar su conciencia con la ayuda del padre Agustín Cabré, un sacerdote jesuita experto en asuntos de ética comercial, porque quería terminar los días de la vida con las manos absolutamente limpias. La Casa Serra siempre había disfrutado de una consideración que la honraba, y, en opinión del *Diario de Barcelona*, había conseguido que su firma fuera «conocida y respetada en todas las plazas españolas, en no pocas del extranjero y en las principales de América»[95]. Pero José María, por convencimiento propio y también movido por el profundo sentido religioso que profesaba su esposa, optó por revisar, y rectificar si fuera el caso, todos los aspectos de su actividad económica. Y es que antes que empresario, José María era todo un *caballero cristiano*, como se decía en la época[96].

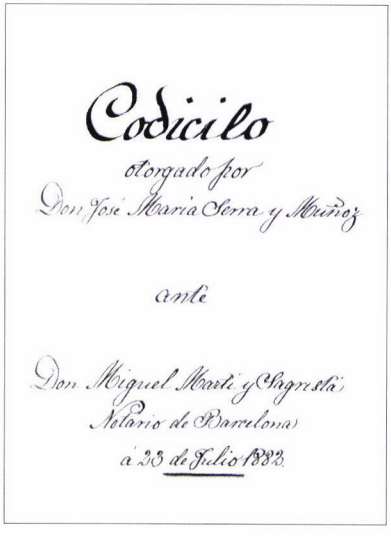
Así fueron transcurriendo el invierno y la primavera de 1882. Al comienzo del verano se sintió mal. Los médicos le aconsejaron pasar una temporada de reposo y tratamiento en San Hilario Sacalm (Girona). Le acompañaban su esposa y el amigo sacerdote. Pronto comprobaron que la enfermedad se agravaba y que lo más prudente era regresar a la *torre* de Sarrià, en la cual organizaron todo lo necesario para atender al enfermo. Dorotea se entregó por completo al cuidado de su marido. Durante aquellas semanas, desde mediados de julio hasta finales de agosto, se multiplicaron y se intensificaron los momentos de intimidad entre ambos. En uno de ellos, José María le hizo a Dorotea aquella recomendación que le serviría en lo sucesivo de punto de referencia permanente:

«Haz todo el bien que puedas, sin hacer caso de los dichos de los hombres»[97]. José María tuvo tiempo todavía para retocar el contenido del testamento que había concedido el 23 de marzo de 1875. Para ello llamó a Sarrià a su notario, Miguel Martí y Sagristà y, con fecha del 23 de julio de 1882, otorgó el codicilo correspondiente, en el cual concede a Dorotea, una vez más, su plena confianza para efectuar las disposiciones testamentarias[98].

José María Serra y Muñoz falleció cristianamente el 29 de agosto, rodeado de toda la familia. «Atento siempre para con todo el mundo, declaraba el *Brusi* de la tarde, cariñoso para cuantos necesitaban de su consejo o de su ayuda, se había conquistado las simpatías de cuantos le trataban»[99]. Ahora había llegado a la meta final. En medio del dolor que le producía la muerte de su marido, Dorotea se sentía íntimamente consolada y agradecida al padre Agustín, quien siempre había estado al lado del enfermo: «No le olvidaré jamás, dejó escrito, pues, debido a esto, sus últimos momentos fueron preciosos delante del Señor»[100].

Según lo dispuesto por el testador, los ritos fúnebres se desarrollaron dentro de una solemnidad contenida, pero estuvieron muy concurridos. El miércoles 30, a partir de las ocho de la mañana la gente acudió a la casa del difunto, en Sarrià. La concurrencia era numerosa y «de personas de todas las clases sociales», precisaba el *Brusi* al día siguiente[101]. En la iglesia parroquial de aquel pueblo se cantó una Misa de Difuntos y a continuación, precedido por el clero y acompañado por los asistentes, el cadáver fue conducido a la estación del tren. El convoy se componía de nueve vagones, que se llenaron por completo. El cadáver fue colocado en un vagón «enlutado y descubierto, quedando el féretro a la vista»[102]. Al llegar a la estación de Barcelona, lo recibió el clero de la parroquia de Santa Ana, a la cual había pertenecido José María, y allí mismo, en la Plaza de Cataluña, se formó el duelo. Lo presidía el yerno del difunto, Isidoro Pons. Junto a él estaban los familiares y los miembros de la junta de gobierno del Banco de Barcelona. La comitiva se puso en marcha precedida por los representantes de los centros de beneficencia favorecidos por el matrimonio Serra, como los Hermanos de San Juan de Dios, las Hermanas de

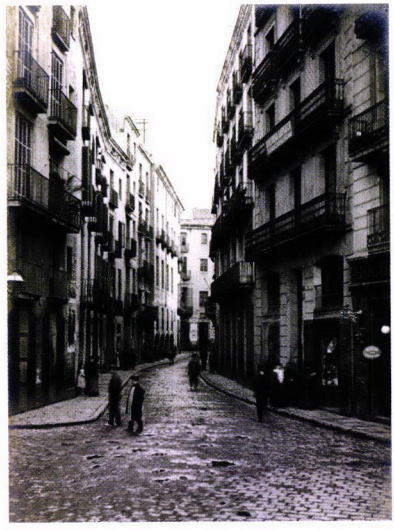
▾ Codicilo (complemento del testamento).


Codicilo
otorgado por
Don José María Serra y Muñoz
ante
Don Miguel Martí y Sagristà
Notario de Barcelona
á 23 de Julio 1882

la Caridad, las Hermanitas de los Pobres, los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Todos ellos acudían con grupos de niños y niñas acogidos en sus respectivos establecimientos. El duelo se despidió en la Plaza de Jonqueres que estaba situada en el lugar donde actualmente se levanta el edificio de la Caja de Pensiones, Vía Layetana - c. Jonqueres[103].

La cantidad de dinero que se distribuyó en concepto de ayuda a los pobres fue extraordinaria, porque Dorotea añadió de su parte 30.000 duros a los 20.000 que José María había dejado en testamento. Total, 50.000 duros ¡un cuarto de millón de pesetas de aquel tiempo! La misma Dorotea se encargó de distribuirlo. Lo hizo con rigor, con gran generosidad y con absoluta fidelidad a la memoria de su esposo. En su futura acción benéfico-asistencial se va a comportar como una administradora de los bienes recibidos de su marido. Por un par de meses, José María y Dorotea no habían llegado a celebrar las bodas de oro matrimoniales...

▾ Plaza de Jonqueres. AHCB-AF.



NOTAS

[1] *España 1808-1975.* Ed. Ariel, Barcelona 1992, 333.

[2] Se puede compulsar la documentación en J. M. Castells, *Las asociaciones religiosas en la España contemporánea (1767-1965). Un estudio jurídico-administrativo.* Ed. Taurus, Madrid 1973, 226-231. V. Cárcel Ortí, *Iglesia y revolución en España (1868-1874). Estudio histórico-jurídico desde la documentación vaticana inédita.* Ed. Universidad de Navarra, Pamplona 1979, 139-152, 589-593.

[3] Documentación y análisis en S. Petschen, *Iglesia-Estado. Un cambio político. Las constituyentes de 1869.* Ed. Taurus, Madrid 1975. P. A. Perlado, *La libertad religiosa en las constituyentes del 69.* Ed. Universidad de Navarra, Pamplona 1970.

[4] Cf M. Janué i Miret, *Els polítics en temps de revolució. La vida política a Barcelona durant el Sexeni revolucionari (1868-1873).* Eumo Editorial, Vic 2002, 140-141.

[5] *Iglesia y revolución en España...,* 226. El subrayado es nuestro.

[6] J. M. Ramón De San Pedro, *Don Evaristo Arnús y de Ferrer, banquero barcelonés. Bosquejo biográfico del personaje y del ambiente bursátil y bancario de su época.* Barcelona 1956, 40. Ver también F. Cabana, *La burgesia catalana. Una aproximació històrica.* Ed. Proa, 1997, 39-40.

[7] Cf la declaración conciliar *Sobre la libertad religiosa,* del 7 –XII– 1965.

[8] M. Janué i Miret, *Els polítics en temps de revolució...,* 36.

[9] Cf R. Tasis, *Barcelona. Imatge i història d'una ciutat.* Ed. Rafael Dalmau, Barcelona 1961, 395.

[10] Cf J. Cruset, *Crónica hospitalaria.* Editorial Hospitalaria, Barcelona 1971, 317-322.

[11] *Vida ejemplar de la Excelentísima Señora Doña Dorotea de Chopitea, Viuda de Serra.* Tipografía y Librería Salesianas, Barcelona-Sarrià 1892, 107.

[12] Para los detalles, ver el trabajo ya citado de M. Janué i Miret, *Els polítics en temps de revolució...,* 139-153.

[13] F. Toledano i González, *Carlins i Catalanisme. La defensa dels furs i de la religió a la darrera carlinada, 1868-1875.* Ed. Farell, Sant Vicenç de Castellet 2002, 34-35.

[14] Palabras textuales consignadas por J. Nonell, *Vida* ejemplar..., 122-123.

[15] Cf J. Termes, *De la Revolució de setembre a la fi de la guerra civil (1868-1939).* Edicions 62, Barcelona 1993, 52-53, en P. Vilar (dir.), *Història de Catalunya,* VI.

[16] Cf R. Tasis, *Barcelona. Imatge i història...,* 405. 408.

[17] Cf J. M. Jover, G. Gómez-Ferrer, J. P. Fusi, *España: sociedad, política y civilización (siglos XIX-XX).* Ed. Areté, Madrid 2001, 258.

[18] Carta a don Celestino Durando, 22–X–1882: *Archivo Salesiano Central* (en adelante, *ASC*) *A 347.*

[19] Cf J. Termes, *De la Revolució de setembre a la fi de la guerra civil...,* 57. R. Tasis, *Barcelona, Imatge i història...,* 409.

[20] Cf R. Carr, *España 1808-1975,* 331.

[21] Cf J. Bonet - C. Martí, *L'integrisme a Catalunya.* Ediciones Vicens-Vives, Fundació Caixa de Barcelona, Barcelona 1990, 14-18.

[22] *Vida ejemplar...,* 125,

[23] *Escritura de protocolización del expediente de apertura del testamento del Excmo. Sr. D. José María Serra y Muñoz. Autorizada por D. José Falp, notario, en la ciudad de Barcelona a los 7 de septiembre 1882.*

[24] Testimonio recogido por J. Nonell, *Vida ejemplar...,* 95.

[25] Cf A. de Artiñano, *Biografía del Exmo. Sr. D. José María Serra y Muñoz.* Imprenta Peninsular, Barcelona 1882. Todo el folleto no tiene otro objetivo más que demostrar cuanto estamos afirmando.

[26] Guerra de los Diez Años, 1868-1878.

[27] Cf M. Rodrigo y Alharilla, *Los marqueses de Comillas, 1817-1925. Antonio y Claudio López.* Editorial Empresarial, Madrid 2000, 71-86.

[28] Cf Banco Hispano Colonial, 31-32: informes del *Diario de Barcelona,* 1 noviembre 1876.

[29] Cf A. De Artiñano, *Biografía...,* 12.

[30] Cf F. Cabana, *Bancs i banquers a Catalunya. Capítols per a una història.* Edicions 62, 11.

[31] Cf J. Vicens i Vives, M. Llorens, *Industrials i polítics del segle XIX.* Ed. Teide, Barcelona 1958, 371.

[32] Cf R. Tasis, *Barcelona. Imatge i història...*, 401.
[33] *Biografía...*, 16.
[34] *Ibid.*, 15-16.
[35] Cf R. Albercht i Fugueras (dir.), *Els Barris de Barcelona*, 4 vols. Ed. Enciclopèdia Catalana, Ajuntament de Barcelona 1999-2000.
[36] Cf J. Figuerola, *El bisbe Morgades i la formació de l'Església catalana contemporània.* Publicacions de l'Abadia de Montserrat 1994, 36-38.
[37] Carta desde Vic, 3 de abril de 1891. *Epistolario : Archivo de la Vicepostulación de la Venerable Dorotea de Chopitea (=AVD).*
[38] Micaela Desmaisières López de Dicastillo y Olmeda, canonizada por el Papa Pío XI en 1934.
[39] Radicaba en el colegio de San Buenaventura, de la Puerta del Ángel, que antes habían regentado las *Damas Negras* o *Religiosas del Niño Jesús.* Cf M. Vázquez, *Historia del Instituto de Adoratrices, esclavas del Santísimo Sacramento y de la caridad.* I (1845-1865), Madrid 1995, 407-426.
[40] *Vida ejemplar...*, 109.
[41] Cf *Ibid.*, 108-110.
[42] Durante la guerra civil de 1936 a 1939 y hasta 1955 fue cárcel de mujeres. Cuando le fue devuelto a la congregación estaba en muy mal estado y, ante los planes de urbanización de la zona –calles Joan Güell, Europa y Gran Via de Carles III–, que dividían la finca en parcelas, resultó inevitable la demolición de todos los edificios. Agradecemos a María Dolores García los datos que nos proporcionó del archivo de las religiosas de la Presentación en noviembre de 2006.
[43] Citado en M. Martín, *San Benito Menni. Biografía documentada.* Ed. Monte Carmelo, Burgos 2005, 61.
[44] *Vida ejemplar...*, 134.
[45] *Ibid.*
[46] Cf A. Burdeus, *Una dama barcelonesa del ochocientos. La Sierva de Dios Doña Dorotea de Chopitea, Viuda de Serra.* Librería Salesiana, Barcelona 1962, 151-152.
[47] J. Nonell, *Vida ejemplar...*, 134. Agradecemos a María Pilar Bielsa el asesoramiento que nos ha prestado desde la misma *Escola Sagrada Família, Fundació Escola Vicenciana.* Enero de 2007, 140 Aniversario, 1867-2007.
[48] Cita en M. Martín, *San Benito Menni...*, 42.
[49] *Ibid.*
[50] Cf A. Montonati, *El coraje de un profeta. San Benito Menni.* Ed. Áncora, Milano 1999, 35-39.
[51] Cf *Diario de Barcelona*, n. 99 (sábado 9 de abril de 1881) 4219-4220 (Ed. de la mañana) y n. 101 (lunes 11 de abril de 1881) 4314. *Correo Catalán*, n. 1426 (Barcelona, martes 12 de abril de 1881) 2 (Ed. de la mañana).
[52] Cf *Memòria escolar 2003-2004. Col·legi Sant Miquel.*
[53] *Historia de la restauración de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios en España.* Archivo Interprovincial, Granada 1968, 84.
[54] M. Martín, *San Benito Menni...*, 476-477.
[55] *Crónica hospitalaria.* Editorial Hospitalaria, Barcelona 1971, 317.
[56] No queremos proseguir adelante sin dar las gracias a Joan Baptista Carbó que, desde la Secretaría Provincial de los Hermanos de San Juan de Dios (Sant Boi de Llobregat, febrero 2007), nos proporcionó la bibliografía esencial para el estudio.
[57] Para la historia anterior al año 1868, cf I. Bajona Oliveras, *L' antic col·legi de Sant Ignasi de Manresa. Una crònica de les seves vicissituds.* Centre d'Estudis del Bages, Manresa 1997, 29-105.
[58] Cf M. Revuelta González, *La Compañía de Jesús en la España Contemporánea.* I, *Supresión y reinstalación (1868-1883).* Sal Terrae, Mensajero, Universidad Pontificia de Comillas, Madrid 1984, 57-61, 737.
[59] *Vida ejemplar...*, 137. Manuel Revuelta sigue el testimonio de Jaime Nonell: *La Compañía de Jesús...* I, 737. Por su parte, Ignasi Bajona Oliveras declara no haber encontrado referencia alguna de la intervención del señor Serra en las Actas del Ayuntamiento, pero señala cómo en las elecciones municipales celebradas en febrero de 1877 triunfaron los católicos del partido conservador: *L'antic col·legi...*, 138.
[60] Investigación realizada en octubre de 2006 por nuestro colaborador Jordi Roca y Coll,

responsable del Archivo de los jesuitas de Barcelona en la calle Caspe.

61 Cf M. Revuelta González, *La Compañía de Jesús...* II, *Expansión en tiempos recios (1884-1906)*, 804-823, 993-998.

62 Cf T. Egido (Coord.), J. Burrieta Sánchez, M. Revuelta González, *Los jesuitas en España y en el mundo hispánico*. Marcial Pons, Ediciones de Historia, Madrid 2004, 307-311.

63 Cf J. Nonell, *Vida ejemplar...*, 119.

64 *Els començaments*, en *Sumari*, n. 60 (1981) 7.

65 Cf J. M. Benítez i Riera, *L'establiment dels jesuites a Barcelona en l'època de la Restauració (1881), en ID., Jesuites a Catalunya: fets i figures*. Publicacions de l'Abadia de Montserrat 1996, 123-131.

66 Cf M. Revuelta, *La Compañía de Jesús...* I, 866-868, 1007-1010; II, 984-993.

67 La famosa *Casa Vicens*: inicio de los trabajos, 1883. Cf C. Chifoni, *Una joia arquitectònica: la casa Vicens*, en R. Alberch i Fugueras, *Els Barris de Barcelona*. Vol. III, *Gràcia, Horta-Guinardó, Nou Barris*, 48.

68 Citado en J. Nonell, *Vida ejemplar...*, 127. Era responsable de la comunidad y de la obra escolar la hermana sirvienta Adelaida Fourier de la Porte.

69 *Ibid.*.

70 *Ibid.*.

71 Hoy, en el interior de la iglesia, se venera la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, donada por doña Dorotea; a la izquierda está la parte más antigua, transformada en la residencia *Llar Verge de Gràcia* de las mismas Hijas de la Caridad, y a la derecha, el colegio que éstas dirigieron hasta el curso 1993-1994, convertido en sede de la *Fundació Pere Tarrés. Institut de formació*. Agradecemos a las Hermanas Adela Valdés y Rosa Ros las informaciones que nos han prestado. Barcelona, febrero 2007.

72 Cf [J. Decoux-Ricour], *Ser María para Jesús. Mujeres al servicio de una Congregación. Congregación de María Reparadora*. Ediciones Signe, Strasbourg 2004, 58.

73 *Emilia d'Oultremont d'Hooghvorts. Madre María de Jesús, fundadora de la Congregación de María Reparadora*. Edit. Congregación de María Reparadora, Roma 1997.

74 Beatificada por el Papa Juan Pablo II en Roma, el 12 de octubre de 1997. Agradecemos desde aquí a la madre Montserrat Torres la bibliografía que nos ha facilitado. Cerdanyola del Vallès, enero de 2007.

75 Más tarde (1888), este lugar lo ocuparían las Religiosas de María Inmaculada.

76 Citado en J. Nonell, *Vida ejemplar...*, 148.

77 *Ibid.*

78 Cf [J. Decoux-Ricour], *Ser María para Jesús ...*, 58.

79 J. Nonell, *Vida ejemplar...*, 149. El subrayado es nuestro.

80 *Ibid.* En la actualidad y desde el curso académico 1988-1989, el convento de las Hermanas de María Reparadora es la sede del Seminario Mayor Interdiocesano, Caspe, 49. Agradecemos al señor rector, Norbert Miracle, y a la señora recepcionista, Nuria Cellalbo, el asesoramiento que nos han prestado. Barcelona, enero de 2007.

81 Años más tarde, dos biznietas de Dorotea, María Teresa y Margarita de Alós y Huelin darán su nombre a esta Institución. Cf *Alma de temple. María Teresa de Alós y Huelin, 1900-1927*. Madrid 1953.

82 *Vida ejemplar...*, 110-111.

83 *Ibid.*, 111-112.

84 *Ibid.*, 123.

85 *Ibid.*, 141-142.

86 *Ibid.*, 138.

87 *Ibid.*, 147.

88 *Ibid.*, 146.

89 Algunos se hallan en el *Archivo de la Vicepostulación* (*Scripta quibus inveniuntur "Proposita aut consilia spiritualia", exarata a Serva Dei, sua ipsius manu*) y otros, desde el 1878, en la biografía publicada por Nonell.

90 Dorotea escribe los textos en futuro obligatorio o en forma de promesa.

91 *Biografía del Excmo. Sr. D. José María Serra y Muñoz*. Barcelona 1882, 13-14.

92 *Ibid.*, 18.

93 Cf R. Alberdi, *La formación profesional en Barcelona. Política – Pensamiento – Instituciones. 1875-1923*. Edebé, Barcelona 1980, 536-537.

[94] *Escritura de protocolización del expediente de apertura del testamento del Excmo. Sr. D. José María Serra y Muñoz. Autorizada por D. José Falp, notario, en la ciudad de Barcelona a los 7 de septiembre 1882.*

[95] *Diario de Barcelona*, n. 241 (martes 29 de agosto de 1882) 10515. Edición de la tarde.

[96] Cf J. Nonell, *Vida ejemplar...*, 154.

[97] *Ibid.*, 160. Antes que el biógrafo, había tenido noticia de esta recomendación un reportero del *Diario de Cataluña*: «Dícese, y me consta, que su marido le encargó al morir, que no dejara jamás sus obras de caridad, que no se arrepentirían ni ella ni los suyos de continuar prodigando limosnas». N. 878 (sábado, 11 de abril de 1891) [1].

[98] Cf *Codicilo otorgado por Don José María Serra y Muñoz ante Don Miguel Martí y Sagristá, notario de Barcelona, a 23 de julio 1888.*

[99] *Diario de Barcelona*, n. 241 (martes, 29 de agosto de 1882) 10515. Edición de la tarde.

[100] *Manuscritos* 1 : *AVD.*

[101] *Diario de Barcelona*, n. 243 (jueves 31 de agosto de 1882) 10572. Edición de la mañana.

[102] *Ibid.*

[103] Ver otros detalles del entierro en el número citado del *Diario de Barcelona*, jueves 31 de agosto de 1882.



Capítulo 5

UNA ANCIANIDAD FECUNDA

LOS SEIS PRIMEROS AÑOS, 1882-1888

Doña Dorotea con su hija María Ana y sus hijos.

Los dos capítulos anteriores nos han hecho ver las primeras realizaciones llevadas a cabo por doña Dorotea en vida de su esposo, quien apoyó plenamente la actuación de su mujer e incluso, más de una vez, se le adelantó con el ejemplo.

En agosto de 1882, al estrenar la viudez, Dorotea ya había entrado en la ancianidad. Tenía cumplidos 66 años, una edad sin duda respetable para aquellos tiempos, tanto que, a partir de estas fechas, alude con frecuencia a su «edad avanzada». Pero, a pesar de sus achaques, que trataba de aliviar con las *aguas medicinales* de Caldas de Montbui (Barcelona) o los aires salutíferos de Puigcerdà (Girona), no era una persona enferma, y fue capaz de convertir su casa-palacio de la Gran Vía, 276, en una especie de ministerio de asistencia social. Ella quería operar a gran escala, como si la acción privada tuviera que adelantarse allí donde la organización de la sociedad no conseguía hacerse presente.

▾ Doña Dorotea, viuda.



¿Se daba cuenta Dorotea de la importancia de la labor que estaba desarrollando? ¿Valía la pena seguir en el camino?

A la altura del año 1882, ella no dudaba ni un ápice de la bondad de su empresa, y estaba decidida a proseguir en la brecha. Hasta ahora había sido la gran limosnera de la Casa Serra; en adelante podría ejercer esta función con mayor libertad, rompiendo así el esquema tradicional del ama de casa.

Por motivación objetiva y para distribuir más pedagógica-

mente la gran cantidad de *material histórico* generado por la protagonista, abrimos a continuación dos capítulos: el primero abarca seis años (1882-1888) y el segundo, tres (1889-1891).

La restauración política y religiosa

En los asuntos públicos, Dorotea deseaba un ambiente de paz, «de normalidad», como solía decir. Le daba miedo que alguno le pronosticara días difíciles, porque, desgraciadamente, la vida le había hecho pasar por muchos momentos de agitación, violencia e inseguridad. La estabilidad que ella buscaba se la dio la monarquía constitucional y parlamentaria de la Restauración, que se fue afianzando precisamente en la década de los ochenta, a medida que se iban también consolidando los dos partidos de turno en el poder, el conservador con Antonio Cánovas del Castillo y el liberal con Práxedes Mateo Sagasta.

La Iglesia ya no recuperó el poder político que había tenido durante la primera mitad del siglo, pero aún mantenía una influencia considerable. El nuevo Estado Español se proclamaba oficialmente católico, y, aunque una parte de la sociedad de la Restauración rechazaba las doctrinas de la Iglesia, la mayor parte aceptaba y deseaba salvaguardar unas actitudes religiosas. De hecho, la Restauración comporta un renacimiento católico que la Iglesia generó de su misma sustancia evangélica y que en Cataluña dio lugar a un catolicismo regionalista lleno de iniciativas pastorales. Sólo dentro de esta revitalización espiritual se explican, por ejemplo, el impulso místico de Antonio Gaudí, la lírica religiosa de Jacinto Verdaguer y la pasión social de Dorotea.

Las nuevas fuerzas se plasman de una manera especial en las congregaciones religiosas, que empiezan a florecer en toda la geografía española: las antiguas se restauran, y las nuevas se imponen por su actividad y eficacia. Cataluña no quedó atrás[1]. Por supuesto, la mujer participaba decisiva y generosamente en este nuevo proyecto de promoción social y religiosa[2]. Tales institutos aplicaban su energía carismática con preferencia al campo de la educación, la beneficencia, la prensa y las devociones populares, y se sentían aceptados y apoyados por muchos eclesiásticos y seglares.



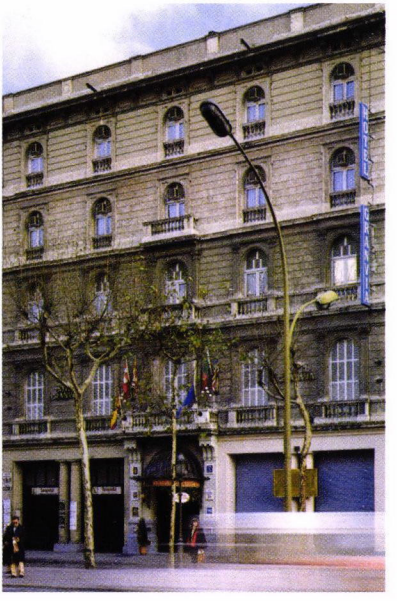
▾ El obispo Jaime Català y Albosa (1835-1899). Biblioteca Pública Episcopal del Seminari de Barcelona.

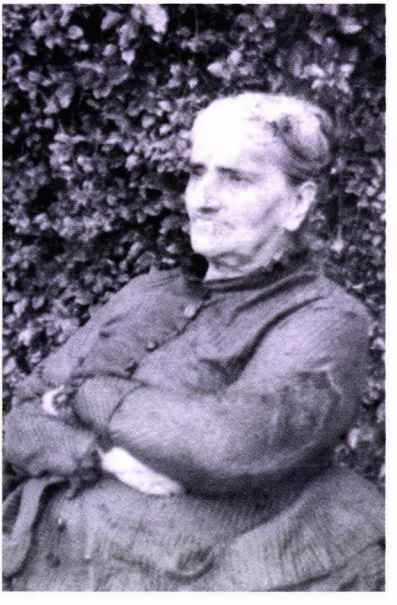
Así Dorotea vuelve a encontrar a sus grandes aliados, que ahora son más numerosos, mejor preparados, con vocaciones más diversificadas. Ella les abre el camino, les facilita el trabajo y les pide que multipliquen su esfuerzo, que amplíen los ámbitos de su buen quehacer. Y, juntamente con ella, otros hombres y otras mujeres se empeñaron en construir, bajo el signo cristiano, una Barcelona para

todos. Todavía no se trataba propiamente del llamado *catolicismo social*, que llegará algo más tarde, pero lo cierto es que la capital catalana se fue equipando con una red de centros asistenciales cada vez mejor organizados, estables y con garantías de futuro. En este aspecto tiene sus méritos el prelado de la diócesis, monseñor Jaime Català y Albosa, Obispo de Barcelona de 1883 a 1899.

Este catolicismo presenta también sus limitaciones. Basta señalar que anduvo aquejado por divisiones internas y que adoptó excesivas actitudes agresivas y de propia defensa, de las cuales no se libró Dorotea, formada en la escuela jesuítica. Aunque es verdad que, en el nuevo clima de las libertades, también progresaron las tendencias laicistas, que iban a adquirir mayor relieve a comienzos del siglo xx. Los tiempos de Dorotea no fueron precisamente de *diálogo* y de talante ecuménico.

▾ Domicilio de doña Dorotea, Gran Vía 276.
⏷ Doña Dorotea, el alma de la familia.





La familia Serra-Chopitea

Cuando perdió el marido (1882), Dorotea siguió residiendo en su domicilio habitual, en la Gran Vía, 276. Según la costumbre de la época, llevó luto durante mucho tiempo, pero no quedó anclada en el pasado, sino que, con buen ánimo y precisamente para no traicionar la memoria de su esposo, se lanzó a nuevos horizontes.

En casa, ella era el centro de todo. Cuando vivía el marido, lo suyo había sido gobernar la casa, y siendo viuda, no cedió a nadie esta función. Personalmente se realizaba así. Como otras tantas señoras de su rango social, miraba por los familiares y las personas del servicio, por el orden, el aseo, la economía, el ahorro y las relaciones con el exterior.

Los parientes

El núcleo *duro*, por así decir, del hogar estaba formado por mamá Dorotea y su hija Isabel, viuda también desde el 1881. A partir de estas fechas, ambas comenzaron a vivir juntas, y así la familia de Gispert tuvo un lugar propio en el domicilio de la abuela, que







⏫ Gustavo de Gispert Serra. 🔺 Ignacio de Gispert Serra. ▶ Doña Dorotea entre sus nietos de las familias de Gispert y de Gibert. 🔻 Gustavo e Ignacio de Gispert Serra ◢ Familia Llimona y de Gispert (Juan Llimona, escultor).

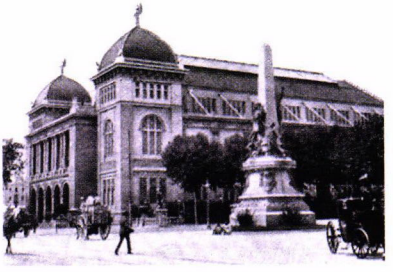




sintió una nueva corriente de vida con la presencia de los nietos Gustavo, Pilar, Ignacio, Federico, María Ángeles y Adrián, todos ellos niños de corta edad, ya que el mayor, Gustavo, contaba sólo once años. Dorotea los amó entrañablemente y les prodigó mil detalles de su afecto: por ejemplo, cuando, por razón de los estudios, residían en el internado de los jesuitas de Zaragoza, les visitaba, les enviaba regalos, les escribía dándoles el calor de la familia, aconsejándoles, animándoles en los estudios, informándoles de las novedades del entorno familiar. De la misma manera se comportaba con el compañero de estudios y primo de los Gispert, Javier María Huelin y Serra, hijo de María Luisa[3].

Mientras seguía a los nietos, estudiantes fuera de Barcelona, Dorotea atendía también a los más pequeños de los Gispert: «Los niños están bien, escribía a Gustavo e Ignacio refiriéndose a sus hermanitos, y hoy algo alborotados, porque llueve y no pueden salir, por lo que les he permitido hacer rosquillas». Y les añadía en la misma carta: «Los pequeños se aplican mucho y han tenido *A* toda la semana. Os reiríais de ver a Adrián lo formal que está en la lección; parece muy reposado, pero después está como loco de alborotado. Federico con *A* mayúscula esta semana, así que todos serán unos grandes hombres»[4].

▼ Uno de los pabellones de la Exposición Universal de Barcelona, 1888.



Como se ve, en torno a los 70 años de edad, Dorotea tuvo la fortuna de vivir en casa entre niños, adolescentes y jóvenes; es decir, vivió intensamente la vida. Aún era capaz de contentar a los pequeños preparándoles una merienda campestre en el *terreno* de Sarrià o anunciando a los estudiantes la renovación de la capital catalana en vísperas de la Exposición Universal de 1888: «Barcelona, les escribía, ilusionada ella también, se va transformando. Todo está cambiándose. En la plaza de Cataluña hacen un grandioso surtidor, rodeado de jardines, y la Rambla del mismo nombre la urbanizan hasta Gracia. Trabaja muchísima gente. El Gran Hotel se está acabando, y ya está tomado para todo el tiempo de la Exposición, que, según parece, no estará dispuesta hasta septiembre, con lo que vosotros tendréis tiempo de sobra para verla con toda tranquilidad»[5]. Como es sabido, la Exposición se abrió el 20 de mayo y se cerró el 9 de diciembre[6].

Junto a los Gispert que, tal como queda dicho, formaban el círculo familiar íntimo de Dorotea, entraban las otras cuatro familias de sus hijas: los Pons, los Gibert, los Huelin y los Pascual. A ninguno de los nietos les faltó el cariño de la abuela, quien, en ocasiones, les llevaba

a los diversos balnearios que frecuentaba. Cuando los veía enfermos, sus cuidados adquirían rasgos de una ternura heroica. «Yo no puedo escribirte más largo, le decía a su nieto Ignacio de Gispert, porque no tengo tiempo para nada con la asistencia a María»[7]. María Asunción Pascual y Serra era hija de Narciso y María Jesús y, por tanto, prima de los Gispert. Se encontraba muy delicada de salud. Dorotea realizaba su vocación de enfermera, ante todo, entre los suyos. Para ella nada había tan valioso como la salud de la familia.

Además de los nietos estaban los sobrinos. Aquí no disponemos de un epistolario como en el caso de los primeros. Pero lo cierto es que Dorotea se sintió entrañablemente unida a su único hermano barcelonés, Pedro Nicolás de Chopitea y de Villota, con quien solía pasar muchos ratos de conversación y solaz. Pedro Nicolás era cuatro años más joven, pues había nacido en Barcelona en 1820 y, siendo un adolescente, había vuelto con los padres a Montevideo. Allí contrajo matrimonio con la criolla Emilia Cumplido Estaburuaga y volvió a Barcelona para establecerse en ella definitivamente. En la capital catalana adquirió un notable prestigio por su actividad, inteligencia y honradez. Tuvo tres hijos, Juan Antonio, Carlos y Mercedes, quienes también disfrutaron de la intimidad de su tía: «Juan Antonio y su mujer, Josefa Castelló, se relacionaban muchísimo con la señora Dorotea», en testimonio de Concha Muzás del Pintado, empleada de los Chopitea[8]. Por lo que el fallecimiento de Pedro Nicolás, acaecido el 12 de enero de 1887, supuso para ella un golpe muy doloroso.

Todos estos parientes residían en Barcelona[9]. Pero Dorotea tenía también otros que vivían fuera de la capital. Algunos de ellos, relativamente cerca, en el pueblecito marinero de Palafrugell

▾ Concepción Uhthoff Ferrán (1880-1947).
⧩ Concepción Uhthoff con sus hijos Guillermo y Enrique.
◢ El matrimonio Chopitea - Uhthoff y sus hijos.



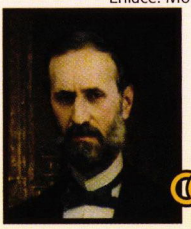




Árbol genealógico

FAMILIA DE CHOPITEA Y CUMPLIDO

Enlace: Montevideo



Pedro Nicolás de Chopitea y de Villota (1820-1887)



Emilia Cumplido Estaburuaga (1816-1856)

Juan Antonio de Chopitea Cumplido+ 1885
∞ Josefa Castelló Carreras

- **Alfonso de Chopitea Castelló (1878-1924)**
  ∞ Concepción Uhthoff Ferrán (1880-1947)
  - **Juan Antonio de Chopitea Uhthoff (1902-1987)**
  - **María Concha de Chopitea Uhthoff (1904-1980)**
  - **Isabel María de Chopitea Uhthoff (1906-1970)**
    ∞ Andrés Argila Pazzaglia
    - **Concepción Argila de Chopitea**
      ∞ Guillermo Gómez Martínez
    - **Jaime Argila de Chopitea**
      ∞ Montserrat Clua Iturain
    - **Alfonso Argila de Chopitea**
      ∞ María Teresa Puig Betriu
  - **Gerardo de Chopitea Uhthoff (1907-1997)**
    ∞ María Dolores Vidal Miralles
    - **Nuria de Chopitea Vidal**
      ∞ Rafael Capdevila Bessols
  - **Carlos de Chopitea Uhthoff (1908-1984)**
    ∞ Montserrat Bestit Taxé
  - **Enrique de Chopitea Uhthoff (1910-1939)**
  - **Josefa de Chopitea Uhthoff (1911-1996)**
  - **Guillermo de Chopitea Uhthoff (1913-)**
    ∞ María Teresa Olloqui Pérez (1917-1976)
    - **María Gloria de Chopitea Olloqui**
      ∞ Juan Patau Cremades
    - **Jesús de Chopitea Olloqui**
- **Rafael de Chopitea Castelló (1884-1937)**
  ∞ Josefina Reynoso Vilanova
  - **Rafael de Chopitea Reynoso**
    ∞ Paulina Rigo y López de Tejeiro
    - Rafael, Fernando, Cristóbal
- **Manuel de Chopitea Castelló (1880-1951)**
  ∞ Mercedes Rosell Domènech

Carlos de Chopitea Cumplido (+1901)

Mercedes de Chopitea Cumplido (+1904)

De los numerosos hijos que tuvieron Pedro Nicolás de Chopitea y Aurrecoechea e Isabel Villota Pérez de Cotapos el presente cuadro sólo se refiere a Pedro Nicolás de Chopitea y Villota, hermano barcelonés de Dorotea.

Lo compuso Guillermo de Chopitea Uhthoff, Tarragona 2007.

(Girona), de donde era oriundo su difunto suegro, el inolvidable Mariano Serra y Soler (pág. 19); y otros, muy lejos, más allá del Océano, en Montevideo, Argentina y Chile. Entre éstos figura la monja María Teresa Serra y Muñoz, la cuñada queridísima, que después de haber dejado asentada la fundación del Colegio del Sagrado Corazón de Jesús en Sarrià (pág. 53), se había marchado a su patria chilena para abrir nuevos surcos al apostolado misionero de su congregación. Tendremos ocasión de hablar de este grupo de personas.

El personal de servicio –en este tiempo, entre otros, un tal Francisco y varias «muchachas», como una tal María– formaba un colectivo muy integrado en la casa. Dorotea se cuidaba de sus miembros tanto en los aspectos temporales como religiosos, tanto en la vida habitual como en caso de enfermedad, mientras permanecían en casa o cuando se marchaban para tomar estado o jubilarse. Era como una familia dentro de la suya.

Al mismo tiempo, Dorotea se reconocía cercana a otro conjunto de personas creado no exactamente por vínculos de sangre, sino por los





◂ Casa Serra e inscripción del dintel de la misma.
▾ Iglesia parroquial de Sant Martí (Ángel Toldrà Viazo, 1867-1956). Palafrugell.



lazos invisibles de una vocación: eran los pobres y aquellas instituciones que en nombre de Jesucristo los acogían y los ayudaban a crecer.

Todo esta serie de personas y colectivos formaban la gran constelación familiar de la viuda de Serra.

El día a día

Teniendo en cuenta cuanto se acaba de exponer, ¿cómo organizaba la jornada nuestra protagonista? Naturalmente, no estaba sola, porque siempre tenía al lado a su hija Isabel, muy capacitada para la convivencia y el gobierno del hogar.

La jornada comenzaba muy pronto –a las cinco y media–, con un par de horas dedicadas a la oración, en diálogo con Dios. Dorotea tenía cerca la iglesia parroquial de Santa Ana, a cuya circunscripción pertenecía desde que, en torno al 1874, fijó la residencia en la Gran Vía, 276, y desde 1885 tuvo aún más cerca la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, que atendían los jesuitas de la residencia de la calle Caspe.

A la vuelta, tomaba un ligero desayuno –chocolate y panecillos– y se ponía a trabajar. Por un lado, los quehaceres del hogar –la limpieza, la comida, la ropa, los niños, el personal de servicio– y por otro, la atención al despacho. Allí, en el escritorio que tenía en el saloncito del piso principal, pasaba muchas horas. La viuda de Serra es inseparable de la mesa de trabajo, de las cartas, de los cuadernos de cuentas, de la agenda, del secretario –el benemérito Salvador de Almenara–. Recibía la correspondencia de carácter personal y comercial, preparaba la respuesta que debía darse, examinaba los recibos que sin tregua le urgían los pagos a efectuar, planificaba la distribución de los recursos disponibles –limosnas, pensiones, becas–, decidía las compras, calculaba las entradas por cobros y réditos, aseguraba el modo práctico de efectuar las transferencias de dinero y mercancías, organizaba tómbolas y rifas... Pero ¿por qué tanto trajín y tanto agobio? Al final del capítulo se podrá responder adecuadamente a esta pregunta.

Al mediodía, la familia se reunía para almorzar. Dorotea ya no comía a la francesa, como cuando vivía José María, sino a la catalana. Después se tomaba un breve descanso y, de nuevo, a la faena. Dividía la tarde en dos etapas.

En la primera se dedicaba a los quehaceres domésticos, sobre todo a preparar la ropa. Coser y más coser..., a la luz del día o a la luz del quinqué. Así se lo pedía la buena marcha de la casa y, en especial, la de los centros asistenciales que cuidaba. «María, le escribía





▼ Dos mujeres del personal de servicio de la Casa Serra: María Amenós, que se hizo religiosa más tarde y María Ureta.

un día a su criada probablemente desde la *torre* de Sarrià, mándame las sábanas que han traído del Asilo y también la tela para sábanas que hay en el canasto de costura»[10]. Y junto a la ropa de la cama había que confeccionar o arreglar los vestidos de los asilados, los ornamentos de iglesia, las cortinas...



▾ Iglesia parroquial de Santa Ana. Barcelona.

La segunda etapa de la tarde era para recibir y hacer visitas, si es que no había cumplido tal menester por la mañana. Dorotea salía de casa para participar en las juntas directivas, entrevistar a autoridades y proveedores, saludar a los responsables más directos de escuelas y asilos, hacer recados. Un día, sobre las diez de la mañana, una amiga vio su coche a la puerta del Banco de Barcelona. –¡Cómo! ¿Usted por aquí? Creía que estaría en la iglesia de la Merced donde ofician un funeral... –A estas horas, respondió Dorotea, no me busque usted en las iglesias[11]. Las prácticas de piedad las cumplía o a primeras horas de la mañana, antes de iniciar las faenas habituales, o al atardecer, cuando el trajín del día decae y da paso a la calma y al silencio.

De vuelta a casa, se entretenía con alguna lectura edificante y rezaba el rosario de rodillas. Después de la cena, se retiraba y se disponía a acostarse. Por lo común, el reloj estaba dando las once de la noche.

«La millonaria»

El alemán Wilhelm Kirchgessner intituló así, *Die Millionärin*, un folleto de 48 páginas que había preparado sobre doña Dorotea[12], inspirándose en la biografía publicada por el padre Jacinto Alegre. Sin duda, lo más significativo de la actuación de Dorotea estriba en la dedicación y en las prestaciones personales a la causa de los marginados. Pero, al mismo tiempo, emerge también en ella la generosidad con que invirtió sus bienes en la misma causa. Si cuesta poner al servicio de los demás las propias energías –inteligencia, voluntad, tiempo–, no cuesta menos poner también el bolsillo. Lo saben todos. En el caso que consideramos, la «millonaria» se hizo pobre por amor a Jesucristo y a sus pobres.

Pero ¿con qué bienes contaba cuando quedó viuda? ¿Qué cantidad de dinero podía poner en juego?

En su testamento (1875) y en el codicilo nuncupativo correspondiente (1882), José María había legado a su esposa «el pleno e íntegro usufructo de su universal herencia y bienes» y además «la mitad de los bienes» que poseyera en el día de su fallecimiento. También le

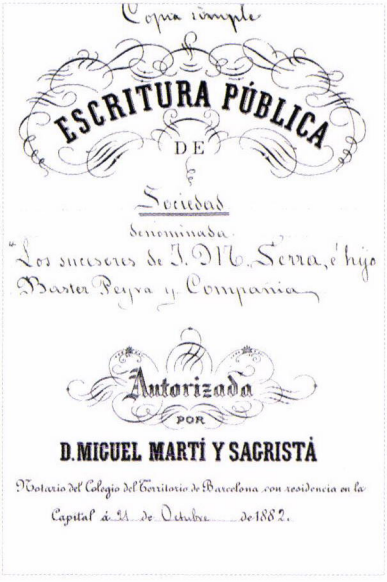
había cedido la casa-palacio de la calle Cortes 276-278. Quiso en fin, que, una vez terminado el usufructo por parte de su mujer, «el remanente de todos sus bienes», o sea, la otra mitad, fuera para sus cinco hijas: Dolores, de Pons; María Ana, de Gibert; Isabel, viuda de Gispert; María Luisa, de Huelin; María Jesús, de Pascual. Todas ellas eran «herederas, por partes iguales y a sus libres voluntades»[13].

En cuanto al futuro de la Casa Comercial *José María Serra e Hijo*, había decidido que el «único» liquidador fuera su «hijo y consocio», el señor Isidoro Pons, quien, con todo, debía «rendir cuentas» a Dorotea; de la Sociedad de Aguas del Alto Vallès *Serra y Gispert* se haría cargo en especial Narciso María Pascual y de Bofarull. El mismo José María había facultado expresamente a Dorotea y a los otros herederos de confianza la liquidación e inversión de sus capitales[14].

En consecuencia, desde que desapareció el marido, Dorotea se vio implicada en el mundo de los negocios. Se hace empresaria. Como a todos los gerentes le interesó calcular, invertir, ganar.

Ante el notario Miguel Martí y Sagristá, Dorotea y sus hijas comenzaron por elaborar los inventarios de los inmuebles. Y así, identificaron y analizaron las fincas situadas en Barcelona[15], en San Martí de Provençals[16], en Sant Vicenç de Sarrià[17] y en Palafrugell[18]. Y pasaron a evaluar los capitales que el esposo y padre poseía en sociedad: 1.100.000 pesetas en la razón social *José María Serra e Hijo*, 150.118 en la Empresa de Aguas de Alto Vallès *Serra y Gispert*[19]...

Y así prosiguieron durante el año siguiente, 1883, reuniendo datos, buscando las inscripciones en los Registros de la Propiedad y de Comercio, precisando mejor el valor de los inmuebles, repasando la cartera de valores, obligaciones y participaciones: 23 acciones y un décimo de acción del Ferrocarril de Langreo, 310 acciones del *Banco de Barcelona*, coparticipación en la sociedad *Parellada Flaquer y Compañía*, el interés impuesto en la casa de comercio *Señores Bernich, Baster y Compañía*, 45 acciones del *Crédito y Dochs de Barcelona*, 50 acciones de la *Compañía Trasatlántica*, 126 acciones y ocho cédulas de la sociedad *Crédito General de Ferrocarriles*, 1.100 obligaciones del ferrocarril del Norte, 2.000 obligaciones del Ferrocarril de Tarragona a Barcelona y Francia, 100 obligaciones de la Compañía del Ferrocarril de Almansa, Valencia y Tarragona, una Comandita en la sociedad *Baster, Peyra y Compañía*... Al final del año ya tenían hecho el inventario completo de la herencia que les dejaba José María: 5.326.746'79 pesetas. Y, en consecuencia, conocían la suma que les tocaba en reparto a la madre y las cinco hijas: 2.663.373'40 pesetas para la primera, e idéntica canti-


Copia simple

ESCRITURA PÚBLICA

DE

Sociedad

denominada

"Los sucesores de J. M. Serra, é hijo

Baster Peyra y Compañía"

Autorizada

POR

D. MIGUEL MARTÍ Y SAGRISTÀ

Notario del Colegio del Territorio de Barcelona con residencia en la Capital á 31 de Octubre de 1882.


ESCRITURA PÚBLICA

DE

Inventario

de los bienes que fueron

del

Excmo Señor Don José María Serra

Autorizada

POR

D. MIGUEL MARTÍ Y SAGRISTÀ

Notario del Colegio del Territorio de Barcelona con residencia en la Capital á 25 de Abril de 1882.

dad para las segundas, «salvo un céntimo», es decir, 2.663.373'39 pesetas.

Madre e hijas se conformaban por el momento con una escritura privada que, en caso necesario, se podría convertir en pública, y renunciaban a reclamar contra esta división, ya que «todo se ha hecho, declaraban ante el notario Miguel Martí y Sagristá, de consentimiento y común acuerdo»[20].

Por tanto, desde finales de 1883, Dorotea sabía ya, con una gran aproximación, de qué dineros disponía para sus inversiones de carácter social. Pero no abandonaba sus actividades económicas, porque la citada sociedad mercantil *José María Serra e hijo* seguía en pie.

Sus fundadores, José María e Isidoro (pág. 59), estuvieron tentados varias veces de liquidarla por las dificultades que encontraban en el funcionamiento de la marina mercante, en la que tenían invertidos «cuantiosos capitales», pero no se habían decidido a dar el paso definitivo esperando «ocasión más oportuna»[21]. Por acuerdo de Dorotea y su yerno, quienes entendían secundar la voluntad del difunto señor Serra, se había constituido, con fecha 21 de octubre de 1882, una nueva empresa, continuadora de la anterior, bajo la razón social *Los sucesores de J. M. Serra e hijo, Baster, Peyra y Compañía.* Echó a andar el día primero del año siguiente con un capital social de 2.750.000 pesetas. Eran socios gerentes Rafael Baster y Llagustera y Gustavo Peyra y Vildósola, y, entre los comanditarios, entraban Dorotea de Chopitea con un millón de pesetas e Isidoro Pons, con otro millón[22].

No es más que un detalle que demuestra que Dorotea, viuda, se vio inmersa en los negocios, los cuales tenían que funcionar bien, de lo contrario sus amigos, los pobres, quedarían desamparados...

La obra institucional

Dentro de la variadísima gama de objetivos y modalidades que alcanzaba el impulso asistencial

de Dorotea, sobresalía la educación de la niñez necesitada. Esto correspondía a una de las aspiraciones más profundas de su alma cristiana, exquisitamente sensibilizada en la problemática social de su tiempo: «Me entregaré enteramente –se proponía en los Ejercicios Espirituales de 1883– a trabajar en la salvación de las almas por medio de las escuelas, las cuales procuraré, en lo que mis fuerzas alcancen, extenderlas lo más posible»[23].

En esta línea de acción, se le presentó con frecuencia la oportunidad de aplicarse a la promoción cultural y educativa de las niñas y jóvenes. Lo hizo con espontaneidad y de corazón. Efectivamente, tanto ella como otros muchos implicados en el catolicismo social del siglo XIX estaban convencidos de que, por encima de todo, debía evitarse el que una muchacha de familia pobre llegara a ser, por falta de formación y conocimientos, una mujer de *mala vida*. Era necesario conjurar el peligro a toda costa... Pero este afán por la educación de los niños no le distrajo de ese otro objetivo, verdadera pasión en ella, de socorrer a los enfermos y enfermas pobres, cuyas dolencias, súplicas y esperanzas llenan tantas páginas del Evangelio.

Con los Salesianos de Don Bosco

Doña Dorotea estaba bien informada en asuntos referentes a la vida de la Iglesia. Aunque es verdad que no tenía tiempo ni afición especial para dedicarse a la lectura –siendo, como era, una mujer totalmente volcada a la acción, tanto dentro como fuera de casa–, es también cierto que se mantenía en contacto permanente con muchos eclesiásticos e instituciones religiosas de muy diverso tipo. Le gustaba en concreto visitar los centros protegidos por ella, y recibir en casa a sus colaboradores o a quienes necesitaban su ayuda. Todo esto le permitía estar al corriente de muchas cosas relativas al mundo católico. Si en 1882 no había oído hablar de los salesianos, era porque efectivamente se trataba de un hecho nuevo.

Los había fundado San Juan Bosco entre 1859 y 1874 en la ciudad de Turín (Italia)[24] y los había colocado bajo el patrocinio de San Francisco de Sales (+ 1622). La primera comunidad en España se había establecido en la ciudad de Utrera (Sevilla) en 1881, a petición del arzobispo hispalense, el catalán fray Joaquín Lluch y Garriga [25]. Pero, a pesar de la novedad, alguna noticia había llegado al entorno familiar de Dorotea.

Un hallazgo feliz

El biógrafo Nonell para describir el momento preciso en que doña Dorotea descubre la existencia de los salesianos, se vale de sus mejores

galas de escritor. Lo hace conscientemente. Sabe que se trata de uno de los hitos más destacados en la vida de la protagonista y que, por ello, la preceptiva literaria le exige emplear a fondo todos los recursos necesarios para crear un ambiente de expectación y emotividad.

Nonell, bien pertrechado sin duda para enfrentarse con las tareas propias del biógrafo[26], opta por el género dramático, desarrollando los tres pasos de rigor: planteamiento de una cuestión importante y embrollada; intento de arreglo que, al ser inviable, sólo sirve para aumentar la tensión, y por fin, el desenlace luminoso de un hallazgo feliz.

Acto primero

Dorotea anda inquieta. A pesar de todo lo que está llevando a cabo, no se siente satisfecha. Concretamente su obra predilecta, la de las Salas de Asilo, le parece insuficiente. Recoger y atender a los párvulos y niños, de tres a seis años, durante las largas horas en que los padres se ausentan del hogar para acudir al trabajo no está mal. Pero después ¿qué? Aquellos niños, al entrar en contacto directo con la vida real, al tener que pasar de las *Salas* a los talleres y puestos de trabajo, «perdían miserablemente la pureza de la fe y de costumbres»[27]. Por supuesto les faltaba todo un proceso de maduración humana y profesional que las Salas de Asilo no podían asegurar, entre otras cosas, por falta de tiempo. En consecuencia, aquellos niños y adolescentes se consideraban abandonados precisamente en uno de los momentos más delicados de su vida. Esto lo veía claramente la señora y le producía malestar.

Además, todos los días podía comprobar el «gran número de chicuelos sin educación andar vagabundos por calles y plazas, ignorando los elementos de religión, sin amor al trabajo, por falta de quien se lo inspirase». De estas nuevas generaciones poco podía esperar la sociedad, porque al «no poseer arte ni oficio con que procurarse los medios de subsistencia, ni quedarles para atender a ella otro arbitrio que el robo, el timo, el servir para cualquier fin al primero que les alargase un pedazo de pan o dinero...», terminaban con su cuerpo entre las paredes de una cárcel[28]. Pero esto no lo podía soportar el corazón de Dorotea, que «se lastimaba» al pensar en una posibilidad semejante[29].

Así pues, estas dos constataciones –que, por un lado, la labor desarrollada por las Salas de Asilo, aunque benemérita, era de corto alcance, y que, por otro, se hacía necesario atender a tantos muchachos desocupados instruyéndoles en la religión y capacitándolos para el trabajo– planteaban a Dorotea, al decir del biógrafo, su «problema capital»[30].

El padre Nonell cierra este primer *acto* de su exposición con una serie de preguntas que reflejarían bien el estado de ánimo de la viuda de Serra en su empeño de buscar alguna solución: «¿Cómo se recoge, se decía a sí misma, cómo se recoge a los niños que no pueden ser acogidos en las Salas de Asilo por razón de su edad, y cómo a los ya salidos de ellas se les aplica a aprender un arte u oficio sin peligro de su fe y de la pureza de costumbres, antes al contrario infundiéndoles las saludables máximas de la religión, y formando sus tiernos corazones en el amor y práctica de la virtud?»[31].

Vamos a tener presentes los planteamientos aquí enunciados, ya que expresan bien la *filosofía* que, según la intuición original de la *fundadora*, debía animar y orientar la futura presencia de los salesianos en Sarrià. Además, nos permiten adentrarnos en el *leitmotiv* de toda la actuación sociorreligiosa de la señora Serra.

Acto segundo

Cualquiera que fuera la solución propuesta debía comprender, para ser válida, los dos elementos indispensables: el religioso-educativo y el profesional. «Lo primero, escribe Nonell y Mas interpretando el pensamiento de doña Dorotea, exigía un celo tan puro, una vigilancia tan asidua, una abnegación tan completa, que sólo entre personas adornadas con el carácter sacerdotal o consagradas a Dios por votos religiosos podían hallarse sujetos aptos para tan delicada misión. Para lo segundo eran indispensables hombres peritos, capaces de enseñar a los asilados el arte u oficio más conforme a las inclinaciones y aptitudes de cada uno, y esto, con tanta perfección que sus artefactos pudieran cuando menos competir con los fabricados en los establecimientos y talleres más acreditados»[32].

El biógrafo está intentando aquí reflejar el modo de pensar y sentir de Dorotea. Pero parece que al mismo tiempo está exponiendo su personal modo de *comprender* la obra de los *Talleres Salesianos*. Escribe las líneas anteriores entre los años 1891 y 1892, cuando tenía delante de los ojos, convertido en realidad, el establecimiento ideado y soñado por doña Dorotea. Por eso pudo describir con toda exactitud la *utopía salesiana* de la misma, que era también la del catolicismo social de finales del siglo XIX.

La señora creía salvar los dos aspectos de la obra proyectada confiando a un sacerdote que vivía en el vecino pueblo de Gracia la parte moral y religiosa; y a un grupo de maestros y oficiales, la enseñanza de las *artes* y los *oficios*.

Se lo comunicó todo «a un individuo de su familia», como dice Nonell[33]. Este individuo no era otro que su yerno, Narciso Pascual

y de Bofarull, casado con María Jesús Serra y de Chopitea. Abogado, culto, católico militante, hombre práctico y generoso expuso su punto de vista: «¿No ve usted, dice a la suegra, que este plan no ofrece garantías de duración y solidez? ¿En qué pararía tan importante y complicada obra el día en que faltase ese buen señor sacerdote que piensa usted poner al frente de ella?»[34]. Según Nonell, que fácilmente pudo recabar información del propio señor Pascual, estas palabras impactaron en el ánimo de Dorotea. No supo qué contestar. «Sintió caer una sombra –prosigue el biógrafo–, aunque tenue y muy delgada, en lo más vivo y esplendoroso de la luz que bañaba su mente»[35].

Acto tercero

El señor Pascual sacó de la sombra un rayo de luz. Estaba bien informado de los asuntos que interesaban a la suegra. Hasta cierto punto, fue como el cerebro gris y su brazo ejecutivo. «Recuerdo haber leído, le dice, en algún periódico o revista, que recientemente se ha fundado un instituto religioso con el fin precisamente de recoger niños abandonados y enseñarles oficio a la vez que formarles el corazón e instruirlos en las máximas cristianas»[36]. Explica el biógrafo que en este momento aparecieron en el rostro de Dorotea tres impulsos: «La alegría, la sorpresa y la satisfacción más cumplida»[37]. El diálogo que siguió fue corto e intenso:

– ¿Dónde está ese periódico?

– Ahora no lo sé decir; ya lo buscaré.

– Sí, búscalo y avísame en cuanto lo encuentres.

Dorotea se puso nerviosa, entre la duda y la esperanza: «Un instituto religioso, pensaba, una orden religiosa que se dedique a enseñar oficios... ¡Ésta es la que conviene a mi idea! Ya doy el problema por resuelto»[38]. Finalmente se dio con la fuente de la información deseada. «Explicar lo que pasó por doña Dorotea al oír la primera noticia de los *Talleres Salesianos* es empresa superior a mis fuerzas», confiesa elegantemente Nonell. Al menos consiguió escribir esto: «Su gozo no pudo ser más cumplido»[39]. Era la alegría de un hallazgo feliz.

Epílogo

A modo de epílogo, sin perder de vista el texto del biógrafo Nonell, pero sirviéndonos también de otras fuentes, podemos añadir aquí algunas cuestiones pertinentes.

En primer lugar nos preguntamos: ¿En qué periódico o revista se encontró aquella noticia que fue como la chispa de todo el fervor sa-

lesiano que iba a encenderse en Sarrià y en Barcelona? La pregunta no es ociosa. Equivale a preguntarse sobre cómo, dónde y cuándo se comenzó a hablar y escribir de los salesianos en España. Varios autores afirman que se trataba de un número del *Boletín Salesiano*, que se publicaba en italiano desde 1877, o en francés desde 1879: ambos llegaban, al menos, a donde llegaban las fundaciones salesianas[40].

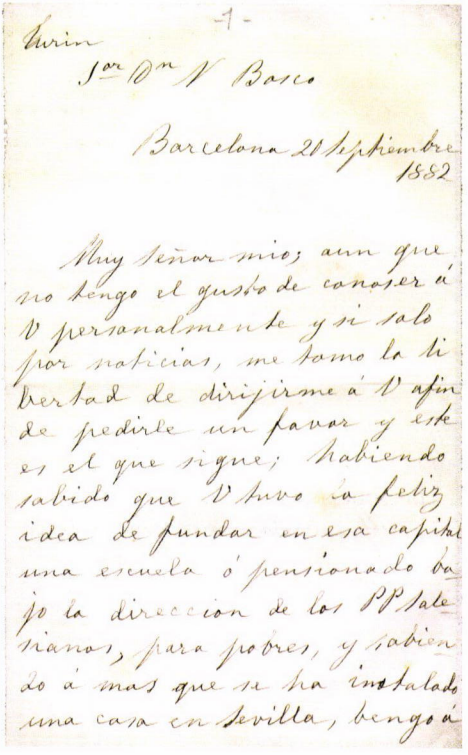
Pero es poco probable que en el verano de 1882 llegara un ejemplar de dicho *Boletín* a manos del señor Pascual, residente en Barcelona. Se trataría, en cambio, con visos de mayor probabilidad, de algún número de la *Revista Popular*, de Barcelona, que había comenzado a tratar sobre Don Bosco y su Obra desde el año 1880[41] y que a continuación fue difundiendo por Cataluña diversas noticias sobre la vida salesiana[42]. Hace unos años demostró lúcidamente la doctora María Fe Núñez que, en general, la primitiva literatura salesiana que se propagó por España era la que aparecía en Sevilla[43] cuyo prelado había entrado en contacto con el Fundador de los Salesianos en junio de 1879, y en febrero de 1881 había conseguido una fundación salesiana para la ciudad de Utrera, en la provincia y archidiócesis de aquella capital.

La segunda cuestión se refiere a la cronología: ¿cuándo puede decirse que doña Dorotea llegó a saber de los salesianos en la forma que hemos descrito?

En base a los datos seguros, o casi seguros que iremos aduciendo a su debido tiempo, cabe situar los hechos de la forma que sigue. La escena entre doña Dorotea y el yerno tendría lugar en el mes de julio de 1882. A continuación –«sin darse punto de reposo»–, escribe a Sevilla preguntando «si era exacto lo que de la fundación de Utrera se decía» y, sin esperar contestación de la capital andaluza, al enterarse de que también en Marsella funcionaban los *Talleres Salesianos*, «escribe a aquella ciudad pidiendo informes de la institución de Don Bosco»[44]. Parece como si diera por perdido el tiempo en que ha vivido sin conocer las obras salesianas y ahora quisiera recuperarlo acelerando la marcha. «¡Qué largos se le hicieron los días que tardaron en llegar las contestaciones!», exclama el biógrafo[45].

Una vez bien informada, se dirige al superior de los salesianos de Utrera. «Me escribió en agosto de 1882, recordaba el salesiano don Juan Branda. Yo le contesté que no tenía personal suficiente; que acudiera a Don Bosco escribiéndole a Turín, ya que con él debía tratarse el asunto»[46].

La enfermedad y el fallecimiento del marido a finales de ese mes (pág. 134) contuvo por algunos días el impulso de Dorotea.

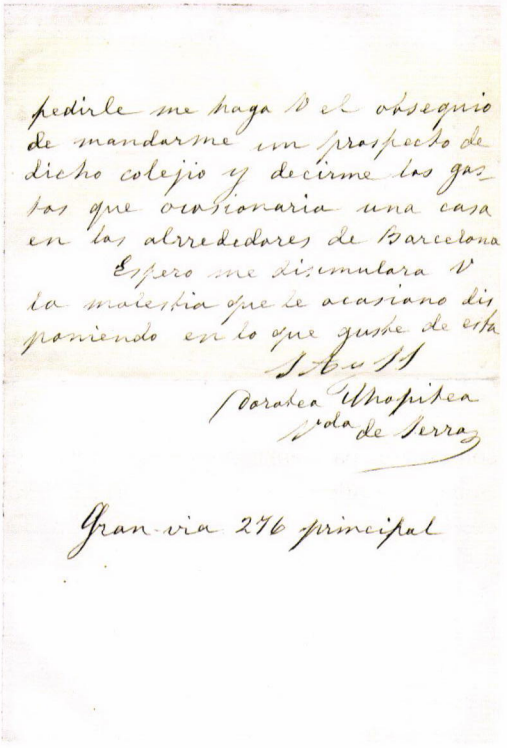


Turin

Sor Dn J Bosco

Barcelona 20 Septiembre 1882

Muy señor mio; aun que no tengo el gusto de conocer á V personalmente y si solo por noticias, me tomo la libertad de dirijirme á V afin de pedirle un favor y este es el que sigue; habiendo sabido que V tuvo la feliz idea de fundar en esa capital una escuela ó pensionado bajo la direccion de los PP Salesianos, para pobres, y sabiendo á mas que se ha instalado una casa en Sevilla, bengo á



pedirle me haga V el obsequio de mandarme un prospecto de dicho colejio y decirme los gastos que ocasionaria una casa en los alrededores de Barcelona

Espero me disimulara V la molestia que le ocasiono dispuniendo en lo que guste de esta

S S q B s M

Dorotea Chopitea Vda de Serra

Gran via 276 principal

▲ Carta de doña Dorotea a Don Bosco, 20 de septiembre de 1882.

Podemos suponer que el señor Serra murió conociendo el proyecto que su mujer había ideado sobre la futura fundación salesiana. A los pocos días, Dorotea tomaba la pluma en su casa-palacio de la Gran Vía y se ponía a escribir a Turín. El papel de carta tenía los bordes de color negro. La señora estaba de luto riguroso. Pero se sentía íntimamente sosegada, y todavía con fuerzas para trabajar en la prosecución de su empresa más importante y de mayor portada social y religiosa.

«Una dama de Barcelona nos llamará»

Con fecha del 20 de septiembre de 1882 salía la primera carta de Barcelona a Turín, donde residía habitualmente San Juan Bosco. Así se lo había recomendado el director de la casa salesiana de Utrera. Después de la salutación de rigor le pedía este favor: «Habiendo sabido que usted tuvo la feliz idea de fundar en esa capital una escuela o pensionado bajo la dirección de los Padres Salesianos, para pobres, y sabiendo además que se ha instalado una casa en Sevilla, vengo a

pedir me haga usted el obsequio de mandarme un prospecto de dicho colegio, y decirme los gastos que ocasionaría una casa en los alrededores de Barcelona» Toda la carta es autógrafa y con otras varias se conserva en el Archivo Salesiano Central, en Roma[47]. Está escrita en Barcelona, en el domicilio de la firmante: Gran Vía, 276 pral.



▲ Juan Bautista Branda (1842-1927).

Doña Dorotea no solía hacer nunca referencias ni a su ascendencia vasca ni a la chilena. Sin duda, con el propósito de aparecer siempre como persona enraizada en Barcelona y en Cataluña. En su epistolario emergen bien algunos rasgos típicos de su persona: delicadeza, realismo, eficacia.

Al tiempo que escribía a Turín, se dirigía de nuevo al director de los salesianos de Utrera. Quería recabar de él nuevas explicaciones sobre la misión a que se dedicaba la Congregación, y el procedimiento que solía seguir para abrir nuevas casas. El padre Branda le contestó desde Málaga, donde se trataba de estrenar también la presencia salesiana, con una carta fechada el día 4 de octubre. En un castellano todavía muy deficiente se esfuerza por responder a las cuestiones planteadas:

En cuanto a la primera: «Nuestro objeto son los niños pobres, a favor de los cuales se abren escuelas de día y de noche, y Oratorios Festivos», le decía entre otras cosas. En los internados con enseñanza de artes y oficios «puede aumentar el número de los talleres y escuelas en las poblaciones mayores, según su exigencia».

En cuanto a la segunda: «Para empezar no se necesita una gran casa; bastaría una regular, con una capilla para los Padres y para los niños». Respecto al emplazamiento: «Hay que reflexionar que Barcelona es una de las poblaciones más importantes y por tanto se debe colocar el instituto en una localidad [=lugar] capaz de grandes ampliaciones». Como base económica para la fundación: «Si hay fondos para todo, sin necesitar limosnas fijas mensuales, mejor; pero convendrá dejar siempre la puerta abierta a la caridad de todos los que quieran concurrir». Por lo demás, los salesianos trabajan *gratis et amore Dei*: «Nuestra Congregación, para abrir casas, no exige pago para sus individuos, sino sólo lo necesario para vivir y vestir»[48].

El documento que estamos transcribiendo en sus contenidos esenciales ofrece un valor testimonial de primer orden: con este talante de entidad religiosa, educativa y benéfica se presentó la Sociedad Salesiana ante doña Dorotea. A ésta le gustó. Procuraría tenerla cerca, en su querida ciudad de Barcelona.

Pero esta misiva del padre Branda es conocida sobre todo por el último párrafo, que dice textualmente: «Tenemos muchos pedidos

para abrir Casas en España, pero mi Superior General [Don Bosco] me dijo que pronto me llamarán de Barcelona y que allí tendremos que levantar una de las mejores Casas de beneficencia. ¿Será usted –se preguntaba y le preguntaba– la escogida por Dios para levantar esa Obra? Yo le daría la enhorabuena...»[49].

He aquí la *profecía* de Don Bosco sobre la venida de los salesianos a Barcelona: el Fundador habría conocido de antemano los planes de doña Dorotea y habría predicho el destino futuro del propio padre Branda... ¿Qué pensar sobre este punto?

El confidente dio testimonio del hecho en varias ocasiones. En una de ellas, escribiendo a un antiguo alumno suyo, salesiano, llamado José Recasens y Ribas, le explica así las cosas: «Recuerdo que el 15 de octubre de 1880, después de comer, Don Bosco me propuso ir a fundar las primeras Casas de la Congregación en España. En aquel momento yo me quedé perplejo. Le pedí, por favor, que me diera tiempo para hacer una novena a la Santísima Virgen a fin de conocer mejor la voluntad de Dios acerca de un asunto tan serio. Pero a la mañana siguiente, después de haberlo pensado mejor, me llegué a Don Bosco y le dije que la novena estaba ya hecha y que, desde luego, podía disponer de mí como gustase. Don Bosco dijo simplemente: –Muy bien, lo tendremos en cuenta. Pero al día siguiente, 17 de octubre, reunió a su Consejo al que quiso que asistiera también yo. Y allí me dijo estas palabras: "Tú, Branda, irás primero a fundar la Casa de Utrera. Pero no te quedarás allí muchos años. Porque *una noble dama de Barcelona nos llamará* para fundar allí una Casa. Y aquella será una gran fundación. Tú irás entonces a hacerte cargo de ella"»[50].

Unos años más tarde, en 1925, completando la narración precedente, añadía el detalle siguiente: que uno de los miembros del Consejo Superior, Juan Bonetti, temiendo que el Fundador hacía una *profecía* demasiado arriesgada, dijo que no había por qué tomarla al pie de la letra..., que por supuesto con el tiempo se iría también a fundar en Barcelona... Don Bosco le dejó hablar. Después, «volviéndose a mí –afirma literalmente el testigo– repitió la misma predicción»[51]. En consecuencia, Juan Branda sacaba la conclusión de que si Don Bosco conoció a doña Dorotea antes de verla, era por un don de Dios: *ne ebbe notizia da Dio*[52].

A lo largo de esta exposición nos saldrán al paso varias declaraciones de este sacerdote salesiano, Juan Bautista Branda, sobre los primeros tiempos de los salesianos en Sarrià. Conviene que el

lector sepa que profesó una gran admiración por el Fundador y por la Viuda de Serra, que varios de sus testimonios son muy tardíos con respecto al momento en que sucedieron los hechos y que, en fin, era un hombre predispuesto a ver *lo maravilloso* de Dios en aquella historia que le tocó protagonizar en los años de su permanencia en Barcelona-Sarrià (1883-1889).

¿Cómo reaccionó Dorotea ante esta *profecía* que, según insinuaba el superior de los salesianos de Utrera, podría referirse a ella? «Quedó sobremanera sorprendida», contesta el biógrafo[53]. Y ¿qué pensó, qué sintió el Fundador cuando tuvo en sus manos la carta del 20 de septiembre de 1882, firmada por doña Dorotea? Se nos antoja que debió de sonreír, lleno de bondad y satisfacción...

Entre el temor y la esperanza

En Dorotea aquella sorpresa por la *profecía* se convirtió en fuente de nuevos dinamismos. Esto fue lo que ocurrió de hecho. Inmediatamente después de recibir la correspondencia de Utrera, decide escribir de nuevo a Turín, al mismo Fundador. Primero, precisando bien su objetivo: «Mi propósito es contribuir a fundar en los alrededores de Barcelona un establecimiento en que se enseñen artes y oficios bajo la dirección de la Congregación Salesiana». Segundo, señalando el método «para adelantar en este asunto», es decir, que si no podía venir él personalmente a la Ciudad Condal, enviara pronto «otro Padre Salesiano, inteligente en materia de fundaciones». Y tercero, facilitando el camino a seguir: «El Padre Salesiano que venga a Barcelona podrá habitar en mi propia casa y yo abonaré los gastos de su viaje»[54].

Esta misiva del 12 de octubre demuestra bien, por una parte, la naturaleza que debía revestir la nueva institución –tenía que ser un centro de *formación profesional*– y, por otra, el talante práctico y realista que siempre distinguía a Dorotea.

A los pocos días recibía la contestación de Turín, fechada el 17. Iría efectivamente un visitador para estudiar sobre el terreno la obra proyectada. La carta no era de Don Bosco. Pero en su nombre se le daba una palabra seria.

Dorotea quedó por el momento satisfecha. No acertaba sin embargo a calmar su inquietud. Por eso vuelve a insistir dando prisas y sobre todo recordando el motivo que le mueve a implantar una escuela de formación profesional: «Pues Barcelona es con respecto a España lo que Lyon y Marsella con relación a Francia, esto es, una



▾ Juan Cagliero (1838-1926).

ciudad eminentemente industrial y mercantil, en la que la Congregación Salesiana encontrará un vasto campo donde ejercitar un tan benéfico apostolado, procurando mucha gloria a Dios y un grandísimo bien a las almas»[55]. En el corazón de Dorotea se entrelazan una y otra vez las motivaciones sociales y religiosas. Ambas dimensiones se encuentran en ella sin solución de continuidad.

Con esto, la señora quedaba en espera del visitador prometido. Pero pasa el mes de noviembre, y no hay nada. A primeros de diciembre, con fecha del 5, le comunica don Juan Cagliero –el hombre designado por Don Bosco para atender a todo aquel asunto– que se ve obligado a aplazar su viaje a Barcelona... Dorotea no puede disimular su disgusto: «Esto contraría mucho mis planes, puesto que en Barcelona es cosa urgente establecer *talleres católicos*». Y comienza a temer: «Mi edad es ya avanzada (...); no me gusta dejar asuntos pendientes a mis sucesores...». Le asalta incluso una sombra de desaliento: «Si pierdo la esperanza de establecer pronto en Barcelona la obra salesiana, tendré que acudir a otro instituto religioso para implantar aquí los talleres católicos». Pero, en fin, no se resigna a ceder: «Ruego por medio de usted a Don Bosco que haga venir lo más pronto posible a Barcelona a un sacerdote salesiano con quien pueda yo tratar este asunto». Tal es el contenido de la primera carta, fechada el 9 de diciembre, de una extensa correspondencia epistolar entre la *fundadora* de la obra salesiana en Barcelona-Sarrià y el futuro obispo y cardenal Cagliero[56].

En semejante situación de ánimo –entre el temor y la esperanza– pasó Dorotea las Navidades del año 1882. El día de San Esteban remitió a Juan Cagliero una nueva misiva, con la transcripción exacta de la carta del 9: «Suplico a usted, le decía al final, que se sirva contestarme sin retardo, pues me interesa mucho saber si puedo tratar desde luego con un representante del Instituto Salesiano de la importantísima obra de establecer talleres en Barcelona»[57].

Pero a mediados de enero del año siguiente todavía no sabía nada de fijo. Podía quejarse con todo derecho de «no haber tenido el gusto de recibir contestación a ninguna de las citadas cartas». Y añadía en ésta del día 15: «¡Lo muy interesante que es el establecer en una ciudad de tanta importancia industrial como tiene Barcelona, la obra de los talleres católicos!» ¿Sería aún posible que viniera a Barcelona un delegado de los salesianos «para que tratara seriamente –como decía ella– de mi proyecto»?

Finalmente vino lo que tenía que venir: por el momento al menos, a los salesianos les resultaba imposible secundar ese proyecto; no ha-

bía personal... Esta carta del padre Cagliero, fechada el 18 de enero (1883), fue un duro golpe. Pero Dorotea –66 años cumplidos– lo encajó bien. Porque, si le sobraba algo, era coraje y constancia. La riqueza y la prosperidad de su casa eran en definitiva producto de la inteligencia, del trabajo y de la audacia de unos comerciantes y banqueros.

Así pues contestó con elegancia, energía y una notable capacidad persuasiva: «Atendibles y poderosas son las razones que vuestra Reverencia se sirve darme; pero poderosas y atendibles son también las que yo tengo para desear vivamente que la Congregación Salesiana se establezca en breve en esta ciudad. De una parte las apremiantes necesidades, sobre todo de orden moral, que sufre la numerosísima clase obrera de este gran centro de industria –el primero de España y uno de los principales de Europa–, y de otra, mi edad avanzada me impulsan a activar este asunto tanto cuanto sea posible».

Y junto a esta insistencia, un suave amago de amenaza: porque la señora, por si acaso, ha movido ya algunos resortes de la Curia vaticana: «Creo que en Francia se encontraría alguna congregación religiosa que se encargase de la obra proyectada; pero a mí me sería muy doloroso no ver al frente de la misma el Instituto de los salesianos, pues considero que lo ha suscitado la divina Providencia en los presentes días, para ejercitar una misión altísima respecto de las clases obreras, a quienes la impiedad ha separado de Dios, con gravísimo daño de las almas y con gran peligro para el orden social. En Roma se tiene noticia de la idea de fundar Talleres Católicos en Barcelona, y no sería extraño que se transmitiera al padre Bosco, a quien con reverencia saludo, una recomendación augusta para inclinar a su alma, tan caritativa, a mirar con interés privilegiado la fundación de que tratamos»[58].

Y volvía a pedir lo mínimo: que un salesiano, autorizado por los superiores, se presentara pronto en Barcelona para dar, si convenía, el visto bueno al proyecto de fundación. Lo demás se iría haciendo poco a poco. «Así ganaríamos tiempo, insinuaba mansamente al inquieto y dinámico Cagliero, y la Congregación Salesiana tendría ocasión de prestar un nuevo e imponderable servicio y de adquirir otro título a la gratitud de los hombres de buena voluntad, y de acrecentar el tesoro de gracias que el Señor viene derramando sobre ella». En definitiva, la señora quedaba «aguardando», como si nada hubiera pasado[59].

No sabemos con exactitud por qué cambió ahora el rumbo de los acontecimientos. Los salesianos, por un lado, andaban preocupados al no poder cumplir apenas la promesa que habían hecho de establecer su presencia en Málaga[60]; por otro, la perseverante actitud de Dorotea

merecía ser atendida y recompensada. En Málaga surgían graves dificultades; en Barcelona parecía que el camino estaba más expedito...

Lo cierto es que el 21 de febrero Dorotea se sentía contenta: «Con mucha satisfacción, le escribía a Juan Cagliero, he recibido su última carta, por la que veo que puedo esperar que dentro de pocos días tendremos el gusto de verle en Barcelona»[61]. Renacía la esperanza, y es que Don Bosco se había «rendido», en expresión de Eugenio Ceria, el conocido biógrafo del Fundador[62].

Una indisposición del visitador retrasó aún el viaje. De todos modos, la llegada de la primavera era inevitable: «Aquí hemos tenido una gran nevada, comentaba la señora a su futuro huésped el día 13 de marzo, pero este país no es frío y la estación se halla adelantada; es de esperar que dentro de breves días tendremos una temperatura primaveral»[63].

Las Escuelas Profesionales de Sarrià

Ha sido necesario compulsar y aducir toda la correspondencia de la protagonista durante los años 1882-1883, al objeto de conocerla mejor por dentro, precisamente en uno de los momentos más significativos de su actividad pública.

A primeros de abril de 1883 llega a Barcelona el delegado del Superior General. Juan Cagliero era un italiano piamontés. No venía sólo. Le acompañaba el Padre Provincial de los salesianos de Francia, Pablo Albera, piamontés también. El primero, entre otras muchas cosas, había recibido del Fundador un cometido concreto: el de *introducir* su Obra en España. A tal fin ya había efectuado dos viajes a Andalucía entre 1880 y 1881, y había asentado la presencia salesiana en Utrera (Sevilla)[64]. El segundo residía en Marsella, y pasaba como un hombre bueno, de gran dinamismo y tan identificado con los ideales del Fundador que las gentes le llamaban el «*petit Don Bosco*»[65].

Ambos se hospedaron en la casa-palacio de Dorotea. Las conversaciones giraron en torno a dos puntos: emplazamiento de la futura escuela y autorización del Obispo, tan pronto como estuviera cubierta la sede episcopal barcelonesa, entonces *vacante* por el fallecimiento de monseñor José María Urquinaona (marzo de 1883). Pero junto a las cuestiones de orden práctico, organizativo o financiero, los congregados en la casa de doña Dorotea tuvieron sin duda muchos momentos de intimidad para profundizar precisamente en el *espíritu* que debía informar la futura fundación y echar las bases de un primer núcleo de Salesianos Cooperadores. El padre Cagliero estaba más que capacitado para encender ideales y suscitar verdade-

ras amistades. Y, así, Dorotea y todas sus hijas, y el yerno, Narciso Pascual de Bofarull, quedaron conquistados para la causa salesiana.

Lo demuestran suficientemente las cartas que la viuda de Serra dirige después a Juan Cagliero. Así, en la del 15 de abril: «Voy a hacer a usted una confidencia, y es que me parece conveniente para la gloria de Dios el que manden ustedes a mi yerno don Isidoro Pons un nombramiento de Cooperador de los salesianos y, al mismo tiempo, el Boletín que haya en francés que sea más extenso y que explique bien los proyectos de la Obra. Es bueno y católico, pero no es de los que frecuenten más los sacramentos. Está en posesión de una buena fortuna. Si Don Bosco rogase por él, tal vez se obtendría la gracia de una perfecta conversión y de un buen Cooperador para la Obra Salesiana»[66].

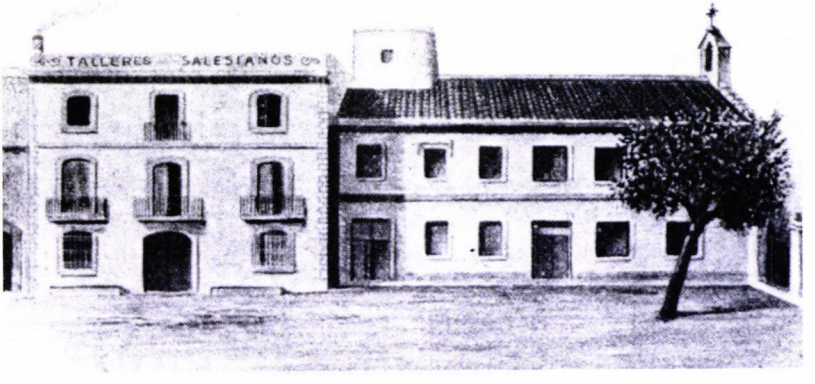
Todo este grupo familiar quedó muy adicto a la persona del padre Cagliero, consideró a Don Bosco como un hombre de Dios y se mostró extraordinariamente activo: «Muy pronto mandaremos a usted los dos planos que le prometimos, los que espero serán aprobados. Ayer con mis hijas nos propusimos tomar un billete de la lotería en la que se pueden sacar 14.000 duros (...). Pídale usted a Dios que, si conviene, nos conceda este favor por intercesión de Don Bosco»[67]. Una vez más, se ve que las arcas de Casa Serra no eran inagotables...

La viuda de Serra pensó enseguida en la adquisición de una casa o finca que debía ser el escenario

▾ Doña Dorotea, por el pintor Pedro Falcó Golondrina (Xerta, Tarragona, 1932).
▾ Vicente Gutiérrez Castañeda (1841-1901), autor del óleo, copia del natural, de la masía Prats, transformada en los Talleres Salesianos.







concreto de la nueva fundación. La elección cayó sobre una masía llamada vulgarmente *Torre de Prats*. Estaba situada en el municipio de Sarrià y contigua a esta población. Podía adquirirse a un precio razonable con tal de que no se perdiera tiempo. Por eso acudió enseguida a su arquitecto preferido, don Enrique Sagnier y Villavecchia[68], el que con el tiempo debía pasar a la historia como *el arquitecto de Barcelona*.

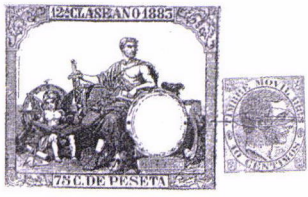
Pero ¿por qué en Sarrià? ¿No había otras zonas más industrializadas, como Sants, Sant Martí de Provençals, Poble Sec, Hostafrancs..., en las que, por ser masiva la presencia del proletariado, podría haber un escenario más apto para el despliegue de la misión característica de la Congregación Salesiana?

Jaime Nonell[69] apunta a estas razones para justificar la elección hecha: lo salubre del sitio, el encontrarse éste un tanto fuera del vecindario, la cercanía de la estación del ferrocarril Barcelona-Sarrià y lo asequible del precio a pagar... Por nuestra parte añadiríamos dos más, que también debieron de tener su peso en aquel momento: la posibilidad que ofrecían los terrenos de la finca para levantar nuevas construcciones y el carácter de *internado* que se pensaba dar a la fundación.

Además, Dorotea estaba aficionada a Sarrià: allí tenía su *torre* de verano y allí tenía su querido colegio del Sagrado Corazón de Jesús, con tantísimos recuerdos de familia.

Mientras atendía a estas cuestiones, le llegaba de Turín la comunicación de que efectivamente el Consejo Superior de los salesianos, presidido por el propio Don Bosco, acordaba, en principio, la fundación de Sarrià-Barcelona. Era a finales de junio de 1883. Alegría en Dorotea, la cual queda en espera del permiso para «negociar de una manera definitiva la adquisición de la casa de Sarrià»[70]. Si se dejaban pasar las semanas, temía que el dueño subiera el precio estipulado, o que se le adelantara otro comprador. Por eso, inmediatamente después de las vacaciones, le insiste al padre Cagliero: «A mi llegada a ésta me he visto con el dueño de la casa que vimos con usted y parece que al presente tiene más pretensiones, pues pide 12.000 duros; pero esto no hace al caso, y sí deseo saber si están ustedes resueltos a venir para pasar adelante en la compra, pues en mi ausencia la iba a comprar una señora que no pudo efectuar el contrato por haber fallecido; así es que me parece que Dios quiere que sea para los salesianos. Espero de su bondad, me conteste por telegrama su decisión»[71].

Temieron ahora los superiores de Turín entrar en competencia con alguna otra congregación religiosa que posiblemente pudiera



N. 4.036.597

... dicen que en nombre propio y en el de su señora hermana Doña Florinda Isabel de Asensio y Puig, otorgan vende perpetuamente á los Reverendos Don Miguel Rua, Don Celestino Durando, Don Antonio Sala y Don Angel Lago, y á los Señores José Guzzetti y Isidro José Olazza, en comun y por indivisos y en nombre y representacion á su apoderado el Reverendo Don Juan Bautista Brandes y Navarro Presbitero Salesiano, Tenedor de Libros, Contador vecindado actualmente en esta ciudad

... toda aquella casa-torre, compuesta de bajos, primero y segundo pisos, con seis pluma de agua, ó la que de ellas mane, y sus tierras á ella aglevadas ó anexas, de extension á saber: dicha casa diez mil trescientos ochenta y tres palmos superficiales aproximadamente ó sean trescientos noventa y dos metros veinte y seis decímetros; y las tierras las siguientes: dos cuarteras de patio en frente de la casa; una cuartera de jardin; tres cuartas de huerto; una cuarta bosque, y una yugada de campo; todo poco mas ó menos formando en junto dichas tierras dos yugadas y una cuarta poco mas ó menos, equivalentes salvo error á una hectarea, diez areas diez y siete centiareas unidas á la referida casa-torre, hallándose situada en el inmediato pueblo de San Vicente de Sarriá y calle nombrada de Barcelona, conocida por la "Torre grande de Prat", señalada con el número seis; que se dice lindar de por junto á Oriente [illegible] tierras de Don Delfin Sotos, y con el terreno...

Escritura de la compra de la masía Prats,1884.

haber en Barcelona dedicada a dar formación profesional a los jóvenes. El padre Cagliero le hacía saber las dudas de los superiores de Turín sobre este particular: tal vez los Padres Paúles se aplicaban a lo mismo... Dorotea le sacó pronto de dudas: «Debo decirle que no tengo noticia de que los Padres de San Vicente de Paúl tengan ninguna casa en la que se enseñen artes y oficios (...). Esto no será el menor estorbo para la fundación de los salesianos». En la misma misiva, remitida desde Sarrià, le apremiaba sobre la autorización de la compra de Can Prats: «Sírvase ponerme sin tardanza un telegrama concebido en estos términos: *Pouvez acheter*; y en caso de que no les parezca bien la compra, hágame el favor de poner el telegrama diciendo: *Suspendez*»[72].

La presencia del superior salesiano de Utrera en la capital catalana durante el mes de noviembre era una prueba seria de que la Sociedad Salesiana había optado en firme por la nueva fundación. Efectivamente, el padre Branda venía a prepararla. Se hospedó en el domicilio de doña Dorotea, que quedó convertido en el *cuartel general* de todas las operaciones relativas a la apertura del nuevo establecimiento. A mediados del mes se trabajaba intensamente en los dos frentes: en la finca de Sarrià, para habilitarla y ampliarla, y en la casa-palacio de la Gran Vía, donde la señora y sus hijas preparaban lo pertinente a la ropería y a los ornamentos litúrgicos.

El Prefecto o Vicario General de la Congregación, don Miguel Rua quien, con Juan Cagliero, seguía de cerca el desenvolvimiento de los preparativos temió que, en medio de tanto entusiasmo, se contrajeran deudas exorbitantes: «No gastéis todo el dinero en compras y construcciones», había advertido al padre Branda. Se enteró de ello la viuda de Serra y le dijo a éste: «Mientras viva Dorotea, nada faltará»[73]. El vicario de Don Bosco, el primer responsable de la marcha económica de la Congregación, podía estar tranquilo; en Barcelona no tendría que apuntalar con su dinero los gastos efectuados por otros...

El día 30 de noviembre de 1883 se firmó la escritura de compraventa. El propietario, Alfonso Le Monnier y Puigoriol, vendía a los salesianos, en la persona del apoderado Juan Branda, la llamada *Torre grande de Prat*, vulgarmente *Torre de Prats*. La finca, con una extensión de algo más de una hectárea, llevaba el número 6 de la carretera que unía a Sarrià con Barcelona. Costó 59.000 pesetas, que doña Dorotea pagó en el acto mediante un talón girado contra el Banco de Barcelona, el Banco de los Serra.

El padre Branda quedó satisfecho: «Tenemos una casa hermosa, escribía a su amigo el sacerdote salesiano Julio Barberis, uno de los confidentes y colaboradores del Fundador[74], con jardín y huerto y no falta terreno pra construir unos patios bonitos y cómodos». Los salesianos comenzaban a ser propietarios. Poseían unas parcelas donde poner pie y empezar a actuar con entera libertad: «Cuanto existe y existirá en edificios y terrenos, añadía don Juan, es totalmente de la propiedad salesiana en el más amplio sentido de la palabra»[75].

A comienzos de diciembre el superior de los salesianos de Utrera ya había vuelto a su puesto. Había cumplido su misión. Pero antes de que abandonara Barcelona, él y doña Dorotea consiguieron que el nuevo Obispo de Barcelona solicitara de Don Bosco la presencia de los salesianos en la capital.

Sucesor de monseñor Urquinaona fue el doctor Jaime Català y Albosa. Había ocupado sucesivamente las sedes de Canarias (1878-1879) y de Cádiz (1879-1883) y fue promovido a la de Barcelona el 9 de agosto de este último año. Era lógico que no supiera nada de los salesianos. Juan Branda y Dorotea se encargaron de ponerle al corriente del proyecto que tenían: traer a los salesianos a su diócesis; en concreto, a Sarrià. El nuevo prelado se declaró dispuesto a ayudarles:

–¿Qué debo decir a Don Bosco para que con preferencia a otras fundaciones, se decida por la apertura de la casa salesiana de Sarrià?[76]. El salesiano le expuso puntualmente el pensamiento de Dorotea y, en su presencia, el doctor Català mandó redactar una carta en el sentido que se le señalaba, recordando a Don Bosco «que Barcelona es hoy una de las ciudades de mayor movimiento industrial de Europa»[77].

El padre Branda estuvo muy interesado en que la respuesta de Turín fuera favorable y que, al propio tiempo, el Fundador recabase del prelado su alta protección para la obra que se iniciaba[78].

Tuvo suerte, porque a los pocos días, con fecha 3 de diciembre, Don Bosco escribía al Obispo una carta que, hace ya bastantes años, descubrió, publicó y comentó mossèn Sanabre y Sanromà, siendo encargado del Archivo Diocesano de Barcelona.

En relación al establecimiento de los «talleres católicos» en Barcelona, declara el autor de la carta que ya conocía «ese vivo deseo en la caritativa señora doña Dorotea de Chopitea, viuda de Serra» como también en otras muchas personas, y que sabedor ya de la voluntad de Dios, se disponía a enviar el personal necesario «para esa casa, que nos confía la Divina Providencia». Concluía su epís-

▾ El obispo Català y Albosa (1835-1899) (Biblioteca Pública episcopal del Seminari de Barcelona).



tola con estas palabras: «Muy agradecido, encomiéndole a Vuestra Excelencia a mis hijos y a mis Padres Salesianos, que irán a ésa para hacerse cargo de la Casa de Sarrià, poniéndolos bajo la dirección, protección y auxilio de Vuestra Excelencia, seguro de que les hará de Padre y los querrá como yo los quiero»[79].

La historia se repetía. Si antes en Utrera, en 1881, los salesianos necesitaban tener un *padre* en el arzobispo de Sevilla, ahora, en 1883, buscaban encontrar otro tanto en el de Barcelona. Los dos primeros prelados que llegaron a ver establecida la Obra Salesiana en sus respectivas diócesis fueron catalanes: Lluch y Garriga, por una parte, y Català y Albosa, por otra.

El padre Branda se congratulaba con el prelado barcelonés por las buenas relaciones que habían nacido entre Turín y Barcelona, y le escribía desde Utrera: «Los hijos de Don Bosco, desde el extremo de la Península Ibérica, se consideran ya hijos de Vuestra Excelencia Reverendísima»[80]. Pero había pasado unos días de zozobra, tal como se lo manifestaba al citado padre Barberis: «Al tratar con aquellos señores [Dorotea, familiares y amigos], al ver el desarrollo artístico [de Barcelona], su carácter despierto e inteligente, me asaltaba el temor de presentarnos ante ellos con pocas fuerzas». Pero el refuerzo que había llegado de Italia parecía disipar en él tales dudas: «Ahora puedo ir a cara descubierta (...). Le aseguro que me siento muy animado para ir a aquella Casa de Barcelona (...). Espero que no nos dejen atrás ni los artistas ni los músicos de la capital catalana (...). Trabajaremos con todas nuestras fuerzas para que nuestra misión alcance buenos resultados»[81].

Así, entre dudas e ilusiones, pasaron los salesianos de Utrera las fiestas de Navidad, Año Nuevo y Reyes. Los amigos de Barcelona los habían emplazado para finales de enero de 1884: «Dicen que ya hay un número considerable de niños pobres que están llamando a la puerta para que se les abra; sólo faltan los salesianos que se hagan cargo de los mismos», comunicaba el padre Branda al mismo Don Bosco en una carta fechada el 31 de enero[82]. Hasta que el 12 de febrero, escoge a su pequeña tropa y dice que se marcha enseguida: «Pasado mañana, día 14 de febrero –le comunica al Vicario General–, saldremos para Barcelona de donde insisten que vayamos pronto (...). No sé cómo me las arreglaré allí si no manda usted un carpintero y un zapatero»[83].

Los salesianos llegaron a Sarrià a mediados de ese mes de febrero. Entraron de puntillas, sin decir nada a nadie. No hubo ningún

recibimiento solemne. Con toda probabilidad, la última decisión debieron de tomarla un tanto precipitadamente...

Unos días después, vino la fiesta de San José que entonces estaba adquiriendo una creciente importancia en el mundo católico-obrero. Era además la primera fiesta que se celebraba en los *Talleres*. Convenía por tanto darle el máximo relieve. Dorotea captó enseguida el valor educativo que en la pedagogía salesiana se da a las festividades religiosas. Por eso, envió un sacerdote para que en la capilla pudiera haber una segunda misa, un *oficio solemne*, y dispuso que a la hora de la comida la mesa estuviera bien abastecida. Ella y toda la familia subieron a Sarrià para participar en la fiesta. Aquel 19 de marzo de 1884 resultó un día muy hermoso para todos. «Nuestras cosas van extraordinariamente bien», comunicaba, eufórico, el director Branda a Turín[84].





▲ Escuelas Profesionales Salesianas: patio interior, 1892.
▲ Nueva fachada de las Escuelas Profesionales Salesianas de Sarrià, 1899.

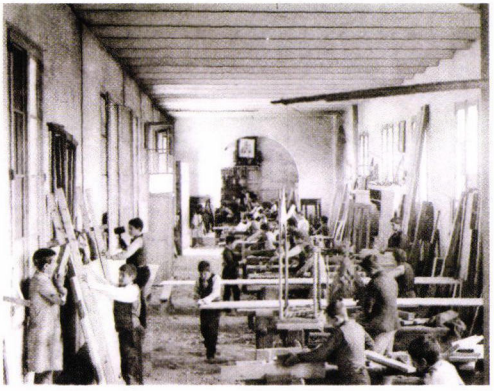
De esta manera se consideró oficialmente inaugurada la Obra Salesiana de Barcelona-Sarrià. Comenzaba una nueva vida[85]...

San Juan Bosco en Barcelona

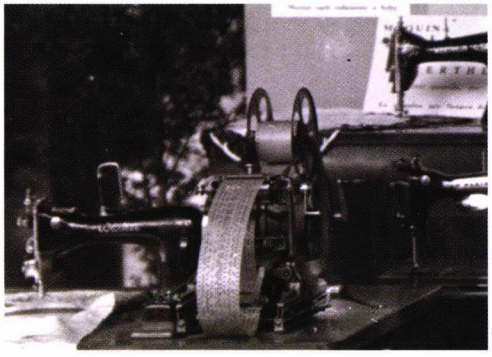
Dorotea siguió muy de cerca, amorosamente, la suerte de la Escuela Profesional en sus primeros años de vida, y aceptó complacida que su institución manifestara enseguida una clara voluntad de expansión y desarrollo.

«Nuestra madre de Barcelona»

Las obras que se hicieron entre los años 1883 y 1885 las costeó ella. Albañiles, carpinteros, lampistas, cristaleros, pintores... todos presentaban los recibos al director, Juan Branda, el cual se los pasaba a Dorotea. Menos mal que ésta tuvo la suerte de contar con un maestro de obras como Jerónimo Granell y Mundet quien, conociendo los objetivos altruistas de la misma –«santa Dorotea, fundadora», la llamaba–, se avenía fácilmente a percibir las cantidades en varios plazos[86]. La solicitud de la *fundadora* descendía a los detalles menudos de la vida.









▲ Escuela Taller de Carpintería.
▲ Máquinas de coser, parecidas a las que se usaban en la Escuela Taller de Sastrería. Ajuntament de Girona. CRDI (Josep Jou). ◥ Escuela Taller de Zapatería.
◥ Escuela Taller de Encuadernación.
▶ Grupo de alumnos internos, 1886.



Por una parte, cuidó que el establecimiento tuviera una capilla digna, que bendijo el mismo Obispo diocesano la tarde del domingo 8 de junio de 1884[87]. Éste fue el lugar donde los primeros bienhechores barceloneses aprendieron a rezar a María Auxiliadora; tenía carácter privado y ocupaba los bajos del primer pabellón adosado a la masía Prats. Por otra parte, Dorotea procuró dotar de lo necesario a los pequeños talleres que entraban ya en funcionamiento: la sastrería, la encuadernación y la carpintería[88]. El de la encuadernación –«cuya maquinaria toda», costeó la señora[89]– se llevó de alguna manera las preferencias, ya que se instaló en una sala nueva, proyectada a propósito.

Dorotea participó en la empresa con una dedicación personal. El padre Branda nos ha transmitido unos rasgos muy significativos sobre su modo de actuar durante las primeras semanas: «Tenemos obras y huerta, escribe, por ejemplo, en un castellano aún mal asimilado. De todo se ocupa activamente, pasando largos ratos conmigo, subiendo y bajando por todas partes donde hay trabajadores»[90]. Este seguimiento sobre las faenas de «albañiles y carpinteros» resultaba imprescindible, «pues la señora es generosa, pero no es tonta en nada, y me echa en cara si hago colocar un ladrillo o poner un clavo fuera de lo útil o necesario»[91].

Tal era el modo de hacer de Dorotea. A pesar de los achaques y las limitaciones habituales en una persona mayor, si hacía falta no tenía inconveniente en tomar la escoba y ponerse a barrer igual que el último de los niños admitidos. Este talante de bondad y exigencia a la vez era muy típico en ella, y se le quedó bien grabado al director: «Es generosa hasta la prodigalidad, le declaraba al mismo Don Bosco, pero rigurosa como el padre Miguel Rua»[92].

Ella se sentía íntimamente contenta. Sin duda aquélla era «*su obra favorita*», como explica el biógrafo Nonell[93]. El padre Branda apunta en la misma dirección cuando escribe a su confidente Cagliero: «Sus familiares, y usted sabe cuántos, y las comunidades religiosas –asilos, hospitales– todos se quejan de ella por haberlos desamparado, aunque no sea así, para cuidarse tan sólo de los salesianos»[94]. Y es que, volviendo al citado biógrafo, el «procurar el bien corporal y espiritual de los hijos del obrero» constituía su «ardiente deseo»[95]. Por eso, al ver la rapidez con que progresaba la institución, «su gozo no tenía límites»[96].

Pero hay más. El segundo biógrafo de nuestra protagonista, el también jesuita Jacinto Alegre y Pujals, no teme en afirmar que la obra de los *Talleres de Sarrià* «es sin duda la principal de doña Dorotea y *la que más le caracteriza*»[97]. Nos parece un juicio del todo certero. El

alma de doña Dorotea pasa necesariamente por ahí. Esta es la razón que nos induce a estudiar este capítulo con la debida amplitud.

De aquí que los salesianos le dieran el nombre de *madre* o también de *mamá*. Juan Branda comienza a usar esta terminología ya en noviembre de 1883[98]. Por testimonio de don Miguel Rua nos consta que tal denominación se oía también con frecuencia en labios de Don Bosco, quien solía hablar de «nuestra madre de Barcelona»[99]. Tal vez quien la empleaba con mayor carga afectiva era el propio don Miguel, el actual Beato Miguel Rua[100], en evidente contraste con la imagen que habitualmente se tiene de él. Los chicos de los *Talleres* repetían lo que oían a los mayores[101].

Tal comportamiento no obedecía a un afán de protagonismo, y menos de exhibicionismo, sino a unas razones de orden exquisitamente religioso. La acción social –cuidado de los ancianos y los enfermos, difusión de la enseñanza– brotaba siempre de su vivencia cristiana, contemplativa y ascética a un mismo tiempo. En 1883, cuando, según hemos visto, estaba luchando para abrir los *Talleres Salesianos*, se proponía ante Dios y su conciencia este objetivo: «Ver cómo se podrá lograr la estancia de los chicos en los *Talleres*»[102].

El entusiasmo que suscitó la apertura de la casa despertó en Dorotea el anhelo de encontrarse personalmente con Don Bosco: «El deseo de esta señora para conocer a Vuestra Paternidad no tiene igual», escribía Juan Branda al Fundador[103]. Pero ella, acosada frecuentemente por los achaques, casi tenía prohibido por los médicos emprender grandes desplazamientos. Así y todo, decía estar dispuesta a llegarse hasta Perpiñán, cerca de la frontera francesa, para saludar a Don Bosco. En cualquier caso, ¿no podría éste llegarse a Barcelona?

La visita del Santo

A partir de este momento, marzo-abril de 1884, el proyecto de traer a Don Bosco a Barcelona se hizo permanente en el horizonte sentimental de los salesianos de Sarrià y de sus Cooperadores.

El Fundador, que en ese mismo año había entrado en clara decadencia física, veía problemático efectuar un viaje tan largo, si bien es verdad que también le animaba el recuerdo del viaje que el año anterior (1883) había realizado a París con un éxito indiscutible entre los católicos franceses[104]. Los sentimientos de gratitud y amistad, la necesidad de dar a conocer sus instituciones, el apremio que le causaban las obligaciones de orden económico, ya sea para sostener sus obras benéficas, ya sea para ayudar a sus misioneros o para concluir

el gran templo del Sagrado Corazón de Jesús que estaba levantando en Roma... se entrelazaron para moverle finalmente a emprender el viaje hasta España[105]. Según el testimonio de su secretario, Carlos María Viglietti, prevaleció la instancia de *buscar fondos*: «El hambre, decía hoy Don Bosco, saca al lobo de su madriguera; por eso, aunque tan caduco y enfermizo, me veo obligado a emprender un nuevo viaje e ir tal vez a España»[106]. Ya en camino, al pasar por Marsella, repetía lo mismo. «Voy a Barcelona y allí espero encontrar dinero»[107].

El director de la Casa había visto también la satisfacción y el entusiasmo que generaría en Dorotea la presencia del Superior General: «Creo necesaria la venida del Padre Bosco –escribía a Juan Cagliero– ya sea por nuestra utilidad, ya sea para que ella pueda proponerle sus proyectos y ejecutar su parecer y consejos»[108].

La visita de San Juan Bosco a Sarrià y a Barcelona alcanzó los objetivos previstos[109]. Gentes de todas las clases sociales entraron en contacto con el santo Fundador, al cual le veían sobre todo como un *hombre de Dios*, que *hacía milagros*, obtenía *gracias* de la Virgen Santísima, *bendecía* en nombre del Papa, era, como otro San Vicente de Paúl, benefactor de la humanidad.

Con respecto a doña Dorotea, el padre Nonell describe bella y delicadamente la honda impresión que durante los días barceloneses produjo Don Bosco en ella: «Lo que bañaba de suavísima ternura su corazón, dice, era el oírse dar por aquel santo varón el dulce nombre de *madre*»[110]. Ella estuvo en su sitio ejerciendo con esplendidez y discre-

▼ Don Bosco en Sarrià, 1886. Mural de cerámica.



ción las funciones de anfitriona. Pero, sobre todo, gozó enormemente durante aquellas semanas dejando que, con el trato del Fundador, se llenara su espíritu del más auténtico *salesianismo*. En una palabra, ella se sintió totalmente identificada con Don Bosco. Como dice Nonell, aquella visita «encendió más y más en el pecho de Dorotea el ansia de dar a la obra salesiana toda la perfección posible»[111]. Y así fue.

Ahora vale la pena recorrer la crónica que llevaba casi día a día el citado secretario, Viglietti, y recoger los momentos más señalados por la presencia de doña Dorotea.

Mientras Don Bosco iba avanzando por varias ciudades del Sur de Francia –Niza, Cannes, Toulon, Marsella– iba también tanteando si le respondían las fuerzas para alcanzar la etapa siguiente. Y otro tanto hacían los que le acompañaban y cuidaban. El viernes 2 abril se les juntó en Marsella el vicario, Miguel Rua. Y al día siguiente, de acuerdo con Don Bosco, decidieron que el día 7, miércoles, prosiguiera el viaje hasta Barcelona.

Al director de las Escuelas de Sarrià se lo comunicaron a última hora, cuando apenas le dejaban tiempo suficiente para maniobrar y preparar algo dignamente su pobre casa. Muy preocupado, acudió a quien le podía ayudar de verdad. «No se apure usted, le contestó Dorotea, que residía entonces en su domicilio de Barcelona. Subiré y lo arreglaremos todo». Y según cuenta Nonell al instante mandó allá pintores que adornasen la habitación que debía ocupar el huésped, «e hizo trasladar muebles ricos de su casa para colocar en ella»[112].

Una vez dispuesto el aposento y movilizado el grupo de amigos y bienhechores, se fue a la estación, que después se llamó de *Francia* y también Estación Término. Era el jueves, 8 de abril de 1886. A las once y media de la mañana y procedente de Portbou, pasando por Mataró, llegó el tren correo donde viajaban Don Bosco y sus acompañantes. Les esperaba mucha gente en el andén. Allí mismo les dieron la bienvenida. El acto tuvo toda esa carga emotiva del primer encuentro, largo tiempo ansiado y esperado. El saludo de Don Bosco a Dorotea fue particularmente afectuoso: «¡Oh, señora Dorotea!, todos los días le pedía al Señor que me concediera la gracia de conocerla antes de morir»[113].

Fuera de la estación, varias carrozas se disputaban el honor de trasladar al huésped. Lógicamente, se escogió la de Dorotea. Y con esto la comitiva se trasladó a la casa-palacio de la Gran Vía –entonces llevaba el número 276; hoy está señalada con el 642–. Don Bosco se retiró a su habitación a descansar, mientras su vicario, el actual Beato Miguel Rua, celebraba la misa en la capilla privada. Después

de la comida en compañía de los familiares, vinieron las audiencias, las primeras de las innumerables que el visitante iba a conceder en su casi un mes de permanencia en Barcelona-Sarrià.

Es de suponer que la primera o una de las primeras fue para la anfitriona. ¿Qué pasó entre ellos, qué se dijeron, qué sintieron al encontrarse cara a cara? ¿Se pusieron a hablar de *cosas espirituales*, o más bien de asuntos prácticos o de proyectos de futuro? Estos interrogantes no pueden tener una respuesta adecuada. Don Bosco fue siempre muy reservado en puntos referentes a su intimidad espiritual; su impulso religioso se convertía enseguida en acción, en *obras*. Dorotea era más propensa a la intimidad, a la mística, a lo *numinoso* –y por eso explica que conectara fácilmente con las vivencias religiosas del padre Branda–; pero, según tenemos comprobado, le atraía también la gestión, el movimiento. Como veremos pronto su adhesión a Don Bosco se convirtió en actividad creativa.

No fue ésta la única vez que Don Bosco se entretuvo en el palacio de la Gran Vía. Volvió allí el día 30, a almorzar y prepararse para la *conferencia salesiana* que tuvo lugar por la tarde en la iglesia de Nuestra Señora de Belén, en las Ramblas, y el día 5 de mayo, víspera de su regreso a Italia, para decir misa y participar en el desayuno familiar de despedida. El 14 de abril estuvo en el *terreno* de los Serra, de Sarrià, en el actual Paseo Reina Elisenda de Montcada, 18 bis, para llegarse, después de la comida, al cercano Colegio del Sagrado Corazón donde compartió con las religiosas y las alumnas. Por tanto, no faltaron estos momentos de amistad y alegría entre Don Bosco y Dorotea.

Por lo demás, podemos suponer que Dorotea estuvo presente en otros momentos solemnes de la permanencia del Fundador en Barcelona, como, por ejemplo, en la inauguración de una escuela nueva que la Asociación de Católicos de Barcelona abría el 15 de abril en la calle Lladó, 4, en el casco antiguo, con destino a los obreros de la barriada, o en la mencionada conferencia salesiana, o en el acto que se organizó, el 5 de mayo, por la tarde, en la basílica de Nuestra Señora de la Merced para que los señores propietarios de la cumbre del Tibidabo le hicieran donación de la misma. También podemos suponer que Dorotea acompañó a Don Bosco en las dos visitas que efectuó a la Marquesa de Comillas, doña Luisa Brú y de Lassus, en el palacio Moja, en las Ramblas.

En cualquier circunstancia, la viuda de Serra supo estar en su sitio, sin ínfulas de ninguna clase, auténticamente. Así, escribe el cronista que: «Doña Dorotea, con otras ilustres damas, se hallaba a la puerta de la igle-

sia de Belén, recogiendo limosnas y vendiendo libros y otros objetos de devoción en favor de Don Bosco»[114], y consigna también en el cuaderno de notas: «¡Doña Dorotea es verdaderamente una mamá! Nos envía a nosotros tres [Don Bosco, Rua y Viglietti] la ropa blanca para cambiarnos, atiende a que nuestras habitaciones estén en orden, envía su cocinera a hacer la comida...y pensar que es quizá la primera dama de Barcelona»[115]. Aquí el joven cronista exagera un tanto, al menos en el sentido de que Dorotea nunca se dejó seducir por el brillo de la alta sociedad, si bien cumplió siempre con los deberes que requería su estado social; y, una vez que murió don José María, había renunciado conscientemente a todo tipo de ostentación mundana. Como estamos comprobando en nuestro estudio, todas sus aspiraciones vitales se orientaban hacia otros horizontes: le interesaban los pobres de Barcelona y el modo de ayudarles de verdad.

El lunes 3 de mayo, por la mañana, Don Bosco visitaba la familia y la finca Martí-Codolar, y daba a su presencia en Barcelona una dimensión de fiesta, alegría y amable convivencia. La fotografía que obtuvo en aquella circunstancia el artista de la familia, Joaquín Pascual Martí-Codolar, ha recorrido ya todo el mundo salesiano. Es una de las mejores *fotos*, quizá la mejor, que se conserva de Don Bosco. Se le pueden dar varias interpretaciones. Pero históricamente sólo admite una: Don Bosco, sereno y relajado, con la sonrisa en los labios y la luz en los ojos cansados, ocupa

▼ Don Bosco en la Finca Martí-Codolar (Barcelona-Horta), 1886.



el centro de la escena. Le rodean diversos grupos: hombres y mujeres, adultos y niños, eclesiásticos y seglares, ricos y pobres. Todos están contentos, orientados hacia el visitante; se sienten unidos y como hermanados por unos mismos lazos invisibles, pero verdaderos. Es lo que siempre había deseado el Fundador: suscitar y aunar fuerzas para hacer posible la regeneración de la juventud. Fue un momento feliz de su vida.

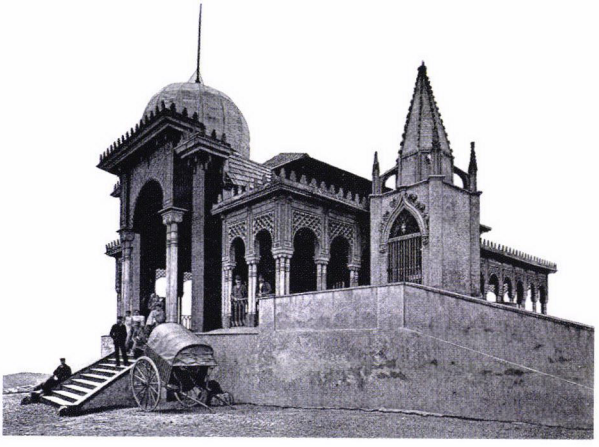
Y ¿Dorotea? No pudo faltar a la cita. Está en la foto, aunque apenas se la distingue. Pero, sí, es ella. Su cara, ya de una mujer anciana, asoma entre las cabezas de dos jovencitos, Luis Martí-Codolar y Pascual y José María Pascual y Serra. Es todo un poema de discreción y vida familiar. Muchos de los componentes del grupo están emparentados con ella. Esta primera célula de Cooperadores y amigos la ha formado ella y se la ha brindado a Don Bosco. Muy en concreto, ella ha ido ganando para la causa salesiana a los Pascual y, por medio de ellos, a los Martí-Codolar. Una vez más ella está exactamente en su sitio: en el de la humildad y la eficiencia. Pero no trabaja sola, porque es también capaz de hacerse oír y convencer.

Hemos de suponer que a los tres días, el 6 de mayo por la tarde, acudió a la Estación de Francia para despedir a Don Bosco quien marchaba ya a Italia. El cronista Viglietti no la nombra en este momento. Pero a los doce días, respondiendo a una carta suya, le decía: «Le aseguro que por nuestra parte es imborrable el recuerdo de cuanto usted ha hecho por nosotros, y mientras tengamos vida no dejaremos nunca de rezar (...). Nuestro viaje hasta Turín fue muy feliz. Y aquí no se hace otra cosa que hablar de usted y de sus familiares, y todos la bendicen muy agradecidos a su caridad»[116].

Salvar la cumbre del Tibidabo

Tal como queda insinuado, el 5 de mayo y en la iglesia basilical de la Merced le regalaron a Don Bosco un par de hectáreas de la cumbre del Tibidabo. Los propietarios, pertenecientes en su mayoría a las *Conferencias de San Vicente de Paúl*, manifestaban su propósito en el pergamino de concesión: «Para que os sirváis construir una ermita que, consagrada al Sacratísimo Corazón de Jesús, detenga el brazo de la Justicia Divina y atraiga las Divinas Misericordias sobre nuestra querida Ciudad y sobre la Católica España»[117]. El presidente de la citada entidad, Delfín Artós, glosó estos pensamientos con unas breves palabras de ocasión[118].

Don Bosco, muy conmovido, les respondía con un discursito: «Sí, señores, les decía entre otras cosas, vosotros sois los instrumentos de la Divina Providencia. Con vuestra ayuda, surgirá pronto sobre



▲ Ermita primitiva del Tibidabo. Al lado, el pabellón provisional levantado con motivo de la visita a Barcelona de la Reina Regente (1888).

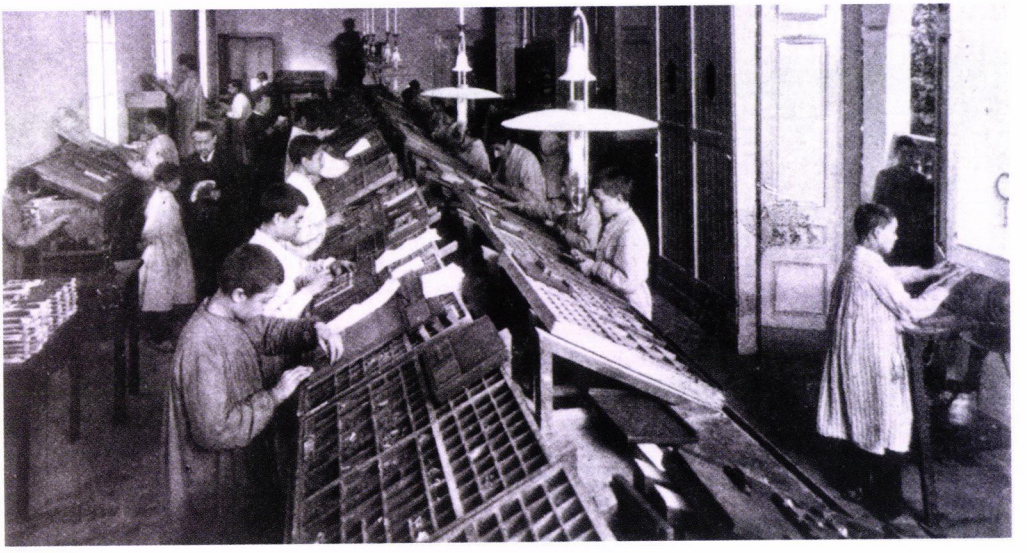
este monte un santuario dedicado al Sagrado Corazón de Jesús; en él tendrán todos comodidad para acercarse a los santos sacramentos y se recordará por siempre vuestra caridad y la fe, de la que me habéis dado tantas y tan hermosas pruebas»[119]. Así, proféticamente, veía la cumbre de la hermosa montaña. La *veía* coronada por un gran templo dedicado al Corazón de Jesús.

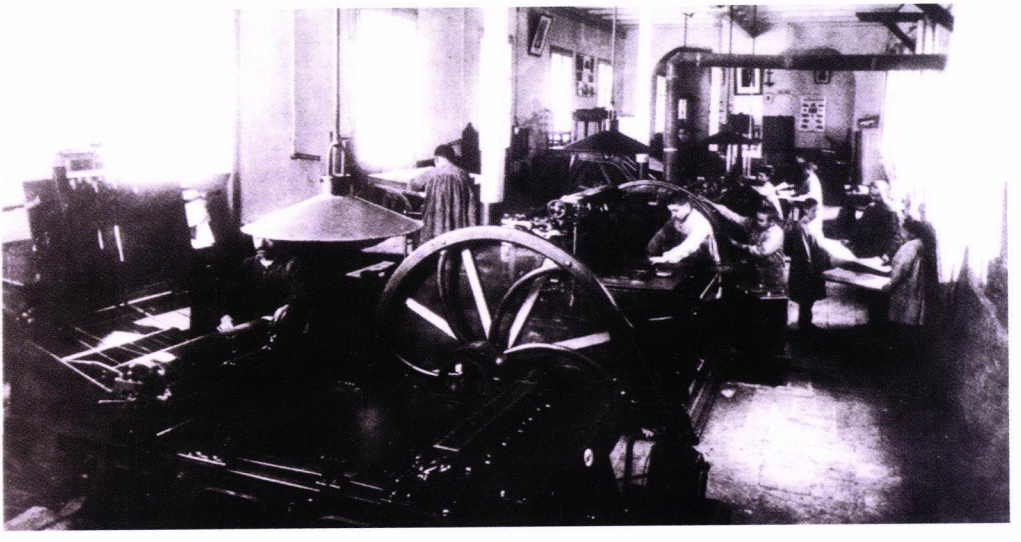
Pero el mencionado diploma no tenía ningún valor jurídico porque no correspondía a ninguna escritura notarial, cosa que se llevó a cabo después de varios años.

Por eso la actuación de Dorotea en este momento fue genial. Solamente la fuerza intuitiva de una mujer inteligente y enamorada de Cristo Jesús, pudo hacer lo que hizo: levantar a sus expensas una ermita precisamente en el punto más alto de los terrenos que se le habían regalado a Don Bosco y que era también el más elevado de la cúspide de la montaña. Lo hizo con un doble objetivo. Primero, para indicar a todos cuál iba a ser el futuro destino de aquellas parcelas y, segundo, para demostrar que los salesianos tomaban, de alguna manera, posesión de aquella propiedad.

El obispo diocesano, el doctor Català y Albosa, estuvo de acuerdo, y se dio comienzo a la obra[120]. Los materiales se subieron a lomos de caballería, desde Sarrià. Se trabajó durante el mes de junio Y, el día 3 de julio, se bendecía la pequeña ermita. Aún sigue en pie, testigo eminente de una antigua historia barcelonesa y del coraje de una mujer fuerte, animada por la fuerza del amor. La propiedad de la cumbre de la montaña les creó muchos disgustos a los salesianos, sobre todo cuando comenzaron a soplar los vientos de la especulación sobre aquellos terrenos; entonces, la silueta gótica de la humilde capillita fue un referente, tanto para ellos como para los otros más directamente implicados.

Durante los primeros meses después del regreso de Don Bosco a sus tierras de Italia, Dorotea no se limitó a mirar sólo a las alturas, sino que puso también los ojos en la vida que crecía o luchaba por despuntar en Sarrià. Se encontró con dos proyectos soñados utópicamente, con la





▲ Escuela de Artes Gráficas, 1907-1908: Composición e Impresión tipográficas.

utopía de los santos, por el propio Fundador. Dorotea se esforzó para que ambos proyectos pasaran de la esfera de los sueños a la realidad.

La primera Escuela de Artes Gráficas

La presencia física de Don Bosco en la casa de Sarrià durante la primavera de 1886 resultó muy estimulante para el desarrollo ulterior de la misma. En enero del año siguiente, se abrían las zanjas para



▲ Escuela Universitaria Salesiana de Sarrià. 2008.

dos nuevas construcciones: una serviría para dar más holgura al Taller de Encuadernación e instalar un nuevo dormitorio; la otra daría cabida a la Escuela de Tipografía y a un gran salón de música. Según explicaba el director Branda, de esta manera se podría acoger «a más de un centenar de niños pobres que suspiran por el ingreso», ya que por el momento debían quedarse fuera «por falta de local». En estos trabajos, además de Dorotea, intervenían ya otros Cooperadores, como Luis Martí-Codolar. La institución de los *Talleres* comenzaba a ser una obra colectiva.

La gran aspiración del momento fue la de montar una buena Escuela de Tipografía. Con toda probabilidad, los salesianos ya habían adquirido desde 1885 alguna sencilla máquina, tipo Boston, de funcionamiento manual. Pero fue entre 1887 y 1888 cuando se tuvo organizada la Imprenta y la correspondiente Escuela Tipográfica. Llama la atención el entusiasmo que puso Dorotea en esta empresa. Don Bosco unos tres meses antes de morir, le envía una circular pidiendo una ayuda para las Misiones Salesianas, pero ella, según una minuta de carta fechada en vísperas de la fiesta de la Inmaculada de 1887, que conservamos, le responde diciendo: «Al presente no me es posible, por tener que hacer desembolsos de consideración en la Tipografía de los *Talleres* de aquí»[121].

Nos parece un detalle muy significativo: el Fundador muere pensando en atender a sus Misiones; Dorotea en este momento vive ilusionada por la Escuela de Imprenta.

De esta manera, con la ayuda del señor Martí-Codolar y de Dorotea y la voluntad conjunta de salesianos y bienhechores, nació la primera Escuela de Artes Gráficas de Barcelona y también de España. A comienzos de 1888 estaba ya funcionando[122].

El otro proyecto, que fue ganando relieve desde la visita de San Juan Bosco, miraba también plenamente al futuro. Allí estuvo presente Dorotea.

Con las Hijas de María Auxiliadora

A medida que iba descubriendo la existencia y la misión de la Sociedad de San Francisco de Sales, Dorotea fue también conociendo la rama

femenina de la Familia Salesiana, es decir, el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora. Lo había fundado Don Bosco con la colaboración personal de la que es hoy Santa María Dominica Mazzarello. Las primeras profesiones de las nuevas religiosas habían tenido lugar el 5 de agosto de 1872 en el pueblecito de Mornese (Piamonte, Italia)[123].

Los delegados de Don Bosco que pasaron por Barcelona en la primavera de 1883, los salesianos Juan Cagliero y Pablo Albera, y más tarde el padre Branda informaron ampliamente a doña Dorotea sobre el asunto.

La iniciativa

Una vez que ésta tuvo a los salesianos en Sarrià (febrero-marzo de 1884), nació en ella espontáneamente el deseo de traer también a las Hijas de María Auxiliadora. Aquella empresa apostólica y educativa de los *Talleres* le parecía tan importante que requería la conjunción de todas las fuerzas existentes: Salesianos, Hijas de María Auxiliadora y Cooperadores.

Al inicio del primer curso completo (1884-1885), Dorotea tomaba la iniciativa, porque le escribía al padre Cagliero así: «Con el reverendo padre Branda hemos visto la gran necesidad que los [salesianos] tienen de las *Hermanas Auxiliadoras*, para que les atiendan en el lavado y arreglo de su ropa y la de varios niños (...); con una escuela de párvulos que pongan al principio no serían gravosas a los Padres y sí de mucha utilidad»[124]. Que sepamos, ésta es la primera vez que Dorotea manifiesta su pensamiento sobre el particular. Lo debía de tener más o menos maduro, porque, según el director Branda, había buscado ya una casa «no lejos de la nuestra» y prometía activar todo lo necesario «para gastos de viaje y equipo» de las Hermanas. Y tan decidida la veía que él, por su parte, pedía a los superiores instrucciones concretas, al objeto de recabar del Obispo de Barcelona la autorización pertinente al establecimiento del Instituto en la diócesis[125].

Indudablemente, Dorotea había tomado en serio la iniciativa cuando le presionaba de esta forma al director. Le había instado también al padre Cagliero en la carta mencionada arriba: «Ruego a usted que no olvide este asunto que tanto interesa y que creo será de buen resultado». Y no se ruborizaba al tener que mendigar: «La casa de Sarrià va perfectamente pero falta lo principal, que es el personal necesario para atender a 60 niños que el padre Branda tiene ya a esta fecha y que no puede recibir más por esa razón. Me dirá usted que esta carta es toda de peticiones, pero hágase usted cargo que los hijos han de pedir a sus padres, que son los que por cariño

y obligación deben atenderlos, y entonces se compadecerá usted de nuestras necesidades».

Mientras Dorotea y el padre Branda andaban en este proyecto, aparecía en Barcelona un librito titulado *Don Bosco y su Obra*[126]. Era su autor monseñor Marcelo Spínola y Maestre quien había conocido a los salesianos en Utrera a partir de 1882 y de los cuales había recibido los materiales necesarios para redactarlo. Entonces era obispo auxiliar de Sevilla, pero más tarde llegaría a ser Arzobispo de la misma sede y cardenal. Hace unos años la Iglesia lo proclamó beato. Con fina sensibilidad religiosa y galanura literaria dedicaba un par de páginas a la rama femenina de la Familia Salesiana. Entre otras cosas, decía de ellas: «No sólo emularon la laboriosidad de sus hermanos los salesianos trabajando día y noche, y sin darse un punto de reposo, en la educación de la niñez desvalida, sino rivalizaron con ellos en heroísmo»[127]. Dorotea debió de interpretar estas páginas como una confirmación autorizada de lo que a ella se le había dicho de palabra.

Pero probablemente las dificultades que surgieron en la comunidad salesiana de los *Talleres* impidieron llevar más adelante las gestiones iniciadas. Como hasta entonces, Dorotea seguiría haciendo frente a los gastos de la limpieza y arreglo de la ropa de los salesianos y de los niños internos.

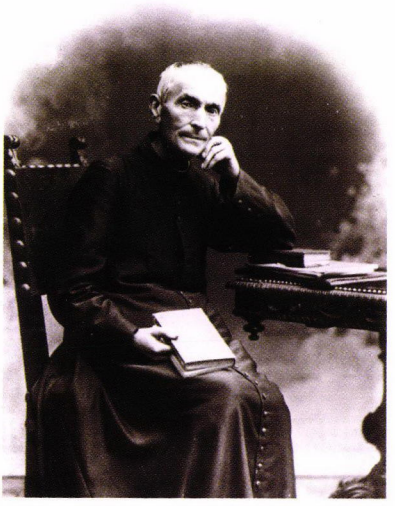
Un proyecto integral

Podemos estar seguros de que el director y Dorotea afrontaron este tema en sus conversaciones con Don Bosco y su vicario en aquellos días barceloneses de abril y mayo de 1886.

Tan pronto como vio inaugurada la ermita levantada en la cumbre del Tibidabo, 3 de julio de 1886, Dorotea volvió sobre el tema de las Hermanas. Escribió al vicario de Don Bosco con fecha del 14. Éste le contestó a vuelta de correo, dándole a entender que en Turín la cosa estaba zanjada: tan pronto como en Sarrià estuviera preparado el sitio, las Hermanas se trasladarían enseguida. Le advertía además que no convenía colocar como único objetivo de la presencia de las Hijas de María Auxiliadora el de atender a los servicios domésticos del internado de los *Talleres*, sino también el de desarrollar la misión propia del Instituto, atendiendo por ejemplo a las niñas «por medio de un recreo dominical, una escuela o sala de labores»[128].

Esta precisión que don Miguel Rua formulaba en nombre del Director General del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, don Juan Bonetti, estaría provocada por alguna expresión o algún enfo-

que menos feliz de Dorotea. Pero en su empeño de traer a las Hermanas a Sarrià, nunca había perdido de vista el proyecto integral del mencionado Instituto. No se fijaba sólo en la razón *práctica* de ayudar al buen funcionamiento de los *Talleres* sino en otras varias, de mayor calado.



▲ Don Miguel Rua.

En primer lugar, está la importancia que concedía a la educación de los jóvenes trabajadores. «Estoy convencida, explicaba un día al director de los salesianos, de que si no se piensa en reformar la juventud obrera, nada podemos esperar de esta sociedad»[129]. En segundo lugar, la necesidad que sentía de promover la formación de la juventud femenina. Según su biógrafo, Dorotea creía que faltaba por llenar «un vacío», porque «no estaban menos necesitadas que los hijos, las hijas de los pobres obreros»[130]. Y, en fin, el deseo que tenía de ver la obra salesiana en Barcelona implantada «en su totalidad», de suerte que las Hijas de María Auxiliadora pudieran hacer con las niñas lo que los salesianos ejercían ya con los niños[131].

Si se elimina de Dorotea esa su capacidad de detectar las aspiraciones y necesidades de la sociedad que le tocó vivir y su amor entrañable a Don Bosco y a lo salesiano, no se puede entender la ingente labor que, por espacio de treinta años (1860-1891), llevó a cabo en el campo de la beneficencia social.

La voluntad del Fundador

A partir del verano de 1886, cambian un tanto las reglas de juego: Juan Branda y Dorotea se convencen de que es el mismo Fundador quien toma la iniciativa: es él quien quiere a las Hijas de María Auxiliadora en Sarrià, y no lejos, sino cerca, de la obra de los *Talleres*. Por tanto, al superior salesiano y a Dorotea les toca actuar como ejecutores de un proyecto que ha pasado a manos de Don Bosco, a quien creen inspirado por la Virgen Santísima.

El testimonio más importante que tenemos es el de don Juan Branda, confidente cualificado de Don Bosco en sus días barceloneses. Lo que ocurre es que sus relatos testimoniales no coinciden en algunos detalles de cierta relevancia[132]. Branda es consciente de que le puede fallar la memoria... Pero no es ése el fallo más grave que tiene, sino su propensión hacia el dramatismo y el *sobrenaturalismo*,

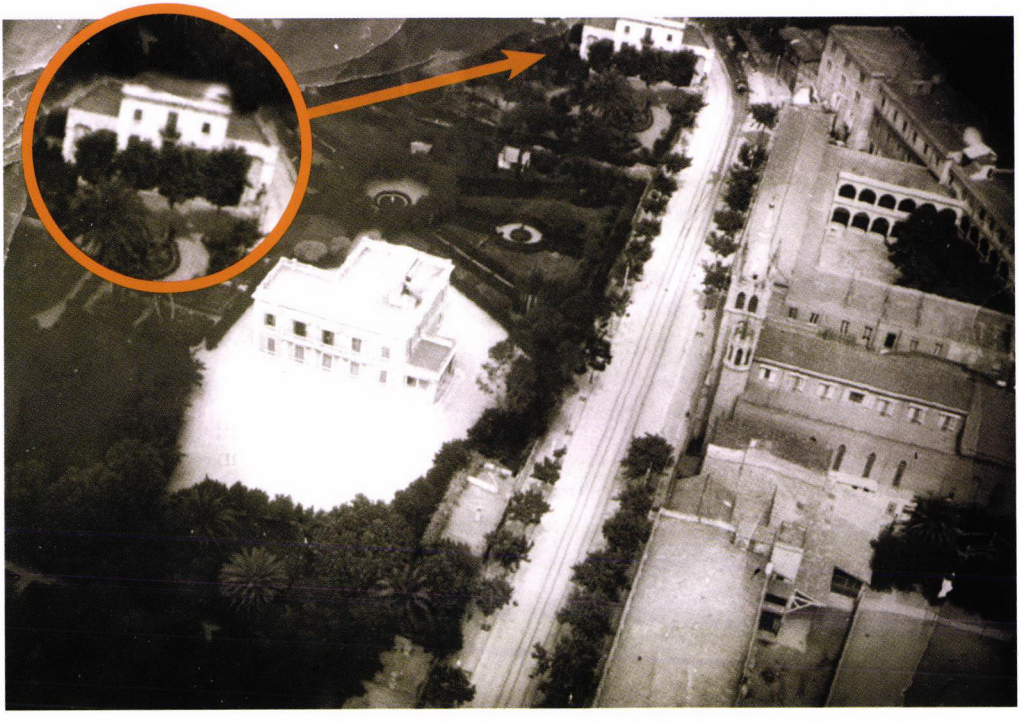
que en algunos hechos de su permanencia en Sarrià le hacían ver fácilmente una intervención milagrosa... De todas maneras, teniendo en cuenta estas observaciones críticas, se puede aceptar el núcleo de su reconstrucción testimonial.

En agosto de 1886, la cuestión de la entrada de las Hermanas en Sarrià estaba aún muy en el aire. Ni el director ni Dorotea habían conseguido hacer nada en serio. El día 23 se marchó el primero a Turín para hacer los Ejercicios Espirituales. Buscaba un poco de paz y de tranquilidad, porque los meses anteriores habían sido particularmente ajetreados en la institución que dirigía.

Una empresa imposible

El padre Branda fue a encontrar a Don Bosco en el pueblecito de San Benigno Canavese, en las cercanías de Turín. Quería sondear su ánimo. Pero el Fundador le atajó pronto, diciéndole cómo el día primero de septiembre había tratado con la Superiora General del Instituto sobre la fundación de las Hijas de María Auxiliadora en Sarrià y que todo había quedado arreglado. Sólo hacía falta que él se presentara en Nizza Monferrato –no lejos de Turín, adonde en 1879 se había tras-

▾ Can Pascual, primera residencia provisional de las Hijas de María Auxiliadora en Sarrià



ladado el Gobierno Central del Instituto– para dar unas lecciones de castellano a las Hermanas destinadas a España... El director le expuso las dificultades que, a su juicio, hacían imposible una empresa semejante. Don Bosco se mantuvo firme y Branda se dispuso a obedecer. Una vez que hubo realizado algunas gestiones en busca de salesianos que quisieran integrarse en la comunidad de Sarrià, se marchó a Nizza Monferrato. Comenzaba entonces el mes de octubre.

Dos eran los problemas que le preocupaban mayormente: la falta de un local donde alojar a las Hermanas y la negativa del Obispo de Barcelona a autorizar la entrada de nuevas congregaciones femeninas en su diócesis, a la que creía ya saturada.

Durante las dos primeras semanas de octubre, se dedicó a la resolución de ambos problemas. En cuanto al primero, dejó todo en manos de Dorotea; en cuanto al segundo, tanto le sonrió la fortuna que hacia el 16 o el 17 ya tenía en mano el permiso del prelado de Barcelona. Lo cierto es que, el 18, lunes, las religiosas se ponían en marcha camino de la Ciudad Condal. Las destinadas a formar la nueva comunidad eran cuatro, y las acompañaban la Superiora General, sor Catalina Daghero, y la Secretaria General, sor Elisa Roncallo. El jueves 21, al mediodía, llegaban a la Estación de Francia de Barcelona.

La entrada en Sarrià

Les esperaba un grupo de Cooperadores, con Dorotea al frente. Las Madres Daghero y Roncallo con don Juan Branda subieron al *landeau* de la señora y las Hermanas se acomodaron en otros carruajes. Todos se dirigieron a los *Talleres* de Sarrià.

El recibimiento fue solemne, entre aplausos y la música de la banda. Los invitados pasaron al comedor. Gracias a las esplendidez de Dorotea, se sirvió «*un pranzo di nozze*» (un banquete de bodas)[133]. Después de superar alguna dificultad grave que se presentó a última hora, Dorotea pudo ofrecer a las Hermanas la *casa de campo* que allí mismo, al otro lado de la carretera de Barcelona a Sarrià, poseía su yerno, el señor Pascual y de Bofarull. Éste la cedía por espacio de un mes. Así, pues, *Can Pascual* fue la primera morada que tuvieron las Hijas de María Auxiliadora en España. Estaba situada en la actual Plaza de Artós. Era la tarde del jueves 21 de octubre de 1886.

A las pocas horas, una criada de la casa Serra llevaba a las Hermanas lo necesario para cenar. Cenaron solas, sin ruido, en la intimidad. Al día siguiente, de la mano de Dorotea, comenzaron a dar los primeros pasos por aquella tierra que les había tocado en suerte.

Las puso en contacto con los Cooperadores y con monseñor Català y Albosa, el cual quedó tan complacido que las invitó a volver el domingo siguiente, día 24, para enseñarles personalmente los adelantos que se hacían en la construcción de la fachada de la catedral y los tesoros que se conservaban en la misma.

Dorotea se esforzó también para que las recién llegadas pasaran unos días de solaz y descanso, visitando la Ciudad Condal y sus alrededores. Así, por ejemplo, las llevó a la finca Martí-Codolar –a las afueras del pueblecito de Horta– y, en coche de caballos, las hizo subir hasta la cumbre del Tibidabo, desde donde pudieron admirar aquella ciudad de Barcelona que, en pleno esfuerzo de crecimiento, se preparaba a la Exposición Universal de 1888. Allí mismo, en la cúspide de la montaña, contemplaron la ermita que Dorotea había levantado entre los meses de junio y julio interpretando los deseos de Don Bosco.

Sin duda, la memoria que Dorotea conservaba aún viva de la presencia del Fundador explica estos detalles de amistad y afecto. Monseñor Català i Albosa no tuvo ningún inconveniente para conceder definitivamente la autorización que se le pedía en favor de las Hermanas, con tal de que la superiora le comunicara en su día el lugar fijo de su residencia[134]. Pero ¿dónde estaba ese lugar en que iban a establecerse las Hermanas de una forma más o menos permanente?

Una de las «Casas de Gironella»

En este momento, el biógrafo Nonell presenta a la viuda de Serra aplicada a la búsqueda de un lugar a propósito, que sirviera «de asiento» para las Hermanas. «Oró ella, explica, y pidió a otros oraciones para alcanzar de la Santísima Virgen indicase el sitio en donde quería se fijasen sus Hijas»[135]. De ser esto así, Don Bosco no habría señalado en particular una finca para que en la misma se establecieran las Hermanas, sino que habría dejado este asunto en manos de otros...

En cambio el padre Branda da como seguro que el Fundador, cuando estuvo en Sarrià, había indicado precisamente una finca concreta, situada a la otra parte de la propiedad de los salesianos, por el lado por donde hoy atraviesa la calle María Auxiliadora... Lo que ocurría era que el propietario se oponía en redondo a venderla.

Dicho propietario no era otro que el Excmo. Señor Don Miguel Clavé y España. Caballero con Gran Cruz de la Real Orden Americana de Isabel la Católica, tenía el rango de un opulento negocian-

te. Pertenecía en efecto a ese círculo de comerciantes y banqueros que, en la segunda mitad del siglo XIX, echaron los fundamentos de la prosperidad económica de Cataluña. El señor Clavé, ya de edad avanzada, vivía en la ciudad de Barcelona, calle Aviñó, 20, y pasaba temporadas en su *torre* de Sarrià muy a gusto

No es posible saber en qué momento, exactamente, los salesianos se pusieron en contacto con él para pedirle que les vendiera la finca. Lo cierto es que siempre tuvieron la negativa. El padre Branda, aún después de muchos años, conservaba de él una imagen negativa, la de un «banquero engreído por su quinta»[136]. ¿Qué hacer?

Juan Branda y Dorotea optaron por alquilar de momento una casa que se encontraba cerca de los *Talleres* y dentro de los terrenos llamados *de Gironella*. Para tener una idea de su emplazamiento, basta fijarse en las calles que hoy se denominan *Gironella* y *Alt de Gironella*. Desde aquí las Hermanas podrían atender fácilmente a los asuntos domésticos del internado salesiano.

En consecuencia, con un oficio fechado el 26 de noviembre de 1886, el director Branda podía comunicar al Prelado diocesano que, en conformidad con el deseo expresado por Su Ilustrísima, las Hijas de María Auxiliadora tenían ya una residencia estable, dentro de la demarcación de la parroquia de San Vicente de Sarrià y, según precisaba, «en una de las casas conocidas por Casas de Gironella, inmediata a estos *Talleres Salesianos*»[137]. Se hallaban allí a partir del día 21. Su permanencia en la *Casa Pascual* había durado exactamente un mes.

La solución que se había encontrado era transitoria y no gustaba del todo al director. Hoy no es posible identificar aquella casa. Seguramente ya no existe. Estaba ubicada en la zona que se llamó luego barrio de *Las Tres Torres*. Efectivamente, a comienzos del siglo XX se inició la urbanización de la zona de *Nena Casas*[138]. Los promotores habían pensado que era un sitio muy a propósito para crear una zona residencial. Las primeras *Tres Torres* –nombre con el que hoy se denomina una de las calles y por el que se conoce el barrio– se levantaron junto a la actual Vía Augusta.

Mientras tanto, ¿a qué se dedicaban, en qué empleaban el tiempo las cuatro salesianas en su nueva residencia? Una frase que escribe el padre Branda resume bien el quehacer de aquellas primeras semanas: «*lavorano per noi*» (Trabajan para nosotros). Es decir, atendían al internado de los *Talleres*. Ya estaba bien. Por el momento, era más que suficiente[139].

Don Bosco quedó también satisfecho de las noticias que le llegaban de Sarrià. En la carta abierta que, a través del *Boletín Salesiano*

del mes de enero de 1887, dirigía a todos los Cooperadores informándoles del viaje a Barcelona en abril-mayo del año anterior, subrayaba la importancia que tenía para él la apertura de «la primera casa de nuestras Hermanas» en España. Agradecía a doña Dorotea y a las «otras caritativas señoras» la generosidad con que habían acogido a las Hermanas recién llegadas a Sarrià, proveyéndolas, según decía, «de casa, capilla y de todo lo necesario»[140].

Un acto heroico

A la verdad sólo se trataba de unos inicios, en medio de graves dificultades: la casita era provisional y la comunidad, todavía muy frágil.

De todas maneras, antes de acabar el mes de noviembre, el día 25, había fallecido –«de accidente», puntualiza el padre Branda[141]– el mencionado señor Clavé y España. La propiedad de la finca –tan deseada por los salesianos, en la versión del director Branda– pasaba a manos de su hija Emilia.

Estaba casada con don Casimiro Girona y Agrafel, al cual conocía personalmente el padre Branda y del que, incluso, recibía mensualmente una ayuda económica. Don Casimiro pertenecía a la alta burguesía barcelonesa. No tenía la categoría económica y social de su hermano Manuel, el conocidísimo prócer de las finanzas, ni tal vez la de su otro hermano, Jaime, comerciante y financiero también. Pero ciertamente estaba vinculado a las grandes empresas y operaciones bancarias que, desde mediados del siglo XIX, tanto influyeron en el desarrollo económico de Barcelona y de la banca catalana. Por su parte, el señor Clavè y España había pertenecido también a ese círculo, tanto por lazos familiares como por los intereses económicos. Bajo la jefatura de don Manuel, la razón social *Girona Hermanos, Clavé y Cía* ya había comenzado a actuar en 1840.

A don Juan Branda le resultaba mucho más fácil entenderse con Girona que con Clavé. Porque Casimiro, educado en el colegio de San Antón de los Escolapios de Barcelona, era una persona de carácter agradable, de trato correctísimo y, por tanto, inclinado a los arreglos pacíficos. El hecho de que estuviera inscrito en la asociación *Salutación Sabatina a Nuestra Señora de la Merced* y que acostumbrara ayudar a la incipiente obra de los *Talleres Salesianos* apuntan también a que vivía como un buen católico... Tal era a grandes rasgos, la personalidad de don Casimiro Girona y Agrafel, que no debe confundirse con su hermano Manuel. Si bien, durante años los salesianos consideraron a los Girona como bienhechores[142]. Don Casi-

miro fue el último superviviente de los hermanos Girona. Murió el 7 de marzo de 1909. Manuel y Jaime habían fallecido en 1905 y 1907, respectivamente.





▲ Torre Gironella, sede del Colegio Santa Dorotea. Fachada, 1924. ▲ Jardines de la torre Gironella.

Sin amigos

En vísperas de la Navidad de 1886, al pasar como todos los meses por el domicilio de don Casimiro –calle Aviñó, 20– a recoger la limosna acostumbrada, el padre Branda se atrevió a manifestarle su deseo de comprar la finca Gironella. El precio que se le puso era prohibitivo para los salesianos: 48.000 duros (= 240.000 pesetas). Si el señor Girona fijaba esta cantidad era tal vez porque, en un principio, ni él ni su señora tenían ganas de vender aquella propiedad.

Branda se sintió sólo. «Entre todos nuestros amigos, no hubo ni uno que me apoyara en este negocio», confesaba. Y daba la explicación: «Pues les parecía que se pasaba de raya al comprar tamaña finca sin tener un cuarto y estando además con deudas»[143].

Pero no se desanimó por ello. «Yo tenía que obedecer a nuestro Padre Bosco», pensaba[144]. Y, recordando que el Fundador estaba encomendando la solución de aquel problema a la Santísima Virgen, «nosotros, añade, no cesábamos de echar leña al fuego, por decirlo así, con nuestras continuas oraciones»[145]. En este ambiente, de esperanza y tensión espiritual, vivió la familia salesiana de Sarrià durante los primeros meses del año 1887.

Con el esfuerzo de todos –«se trabajó no poco con las oraciones y con las diligencias»[146]–, se logró dar el primer paso: los dueños se avenían a vender la finca por «menos de la mitad del precio tasado»[147].

Efectivamente, ante las insistencias de los salesianos, el señor Girona había ido rebajando el precio establecido en un comienzo y,

sobre todo, viendo que después de la muerte del suegro, su mujer no quería ni entrar en aquella casa, acordó cederla con una sola condición: que se le pagaran al contado las 70.000 pesetas que él debía abonar a Hacienda por derechos de sucesión...

«El Señor me quiere verdaderamente pobre»

Pero las limosnas que recogían los salesianos no llegaban a tanto. El padre Branda acudió a la persona que, desde el comienzo, se había identificado más con aquella fundación, a Dorotea.

Ésta se emocionó al escucharle. Se le humedecieron los ojos. Había depositado en el banco precisamente 70.000 pesetas pensando que, aún en el caso de que perdiera todos sus bienes, tendría lo suficiente con aquella cantidad para vivir ella y su criada. Pero ahora empezaba a entender que se le pedía desprenderse incluso de ese dinero: «Veo que el Señor me quiere verdaderamente pobre, le dijo al padre Branda, y pobre seré»[148].

En consecuencia, el día 17 de marzo de 1887 se formalizó por escritura notarial el contrato de compraventa. Doña Emilia Clavé i Flaquer vendía a los salesianos de forma inseparable la finca Gironella y otra parcela de su propiedad. El precio en total ascendía a 125.000 pesetas, de las cuales 75.000 las recibía en el acto, y las restantes 50.000 las percibiría en el término de cuatro años.

▾ Institución Divina Pastora, gestionada durante algunos años en Sarrià, por las Hijas de María Auxiliadora.



Aquel día la radicalidad evangélica de doña Dorotea y su entrega a la causa salesiana alcanzaron las cotas del heroísmo.

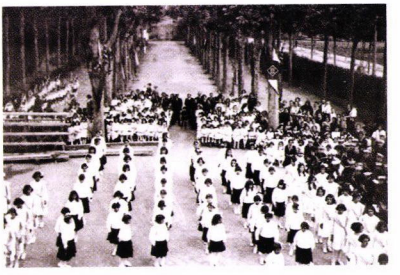
No tardó en llegar a Turín, a la Casa Madre de los salesianos, la noticia de este hecho. Don Bosco y su vicario, el Beato Miguel Rua, captaron enseguida su verdadero significado. La carta que con fecha 4 de abril el padre vicario dirigía a doña Dorotea –«muy respetada y queridísima Mamá»– refleja bien esta corriente de efusiva cordialidad que se estableció en aquel momento entre Barcelona y Turín: «En nombre de Don Bosco debo darle muchas gracias por la caridad que tuvo últimamente en favor de nuestras Hermanas, las Hijas de María Auxiliadora. Puedo asegurar a usted que nosotros estamos llenos de agradecimiento por tanta generosidad y rezamos

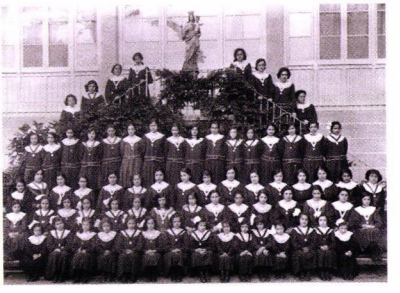
cada día a Dios para que le recompense a usted largamente, dándole el cien por uno en este mundo y preparándole en la otra vida un asiento bien cercano a la dulce Madre de estas Hijas»[149]. No importa que la redacción no sea del todo correcta. Es la primera vez que el autor escribe en castellano para expresar mejor sus sentimientos.

El día primero del mes de mayo, después de haber efectuado las adaptaciones más imprescindibles, la casa Gironella había recibido a la pequeña comunidad de las Hijas de María Auxiliadora. Las Hermanas disponían ya de un lugar propio y estable. Según el padre Branda era precisamente la casa que había querido el Fundador.

El Colegio de Santa Dorotea

El día 24 de mayo celebraron la fiesta de María Auxiliadora por todo lo alto. El padre Branda se sintió satisfechísimo. «Hemos rogado y hemos logrado», informaba al director del *Boletín Salesiano*. Y en el colmo del entusiasmo, describía la





Colegio Santa Dorotea: ▲ Festival Gimnástico, 1922. ▲ Grupo de alumnas, 1912. ▼ Colegio de Santa Dorotea: vista de conjunto.



casa Gironella como «una finca magnífica, que los Reyes de España visitaban a su paso por Cataluña»[150]. No, no había para tanto. La *Torre Gironella* era grande y hermosa, «con oratorio público (...), con su jardín y tierras contiguas o anexas, cereales y naranjos», según consta en la escritura de compraventa. Pero por allí nunca se habían acercado los reyes...

Pensamos que lo *sobrenatural* del hecho no hay que colocarlo tanto en que se cumpliera el deseo de Don Bosco sobre aquella casa, sino en que la Virgen Santísima concediera a Dorotea el don y la fuerza del Espíritu en la práctica de la pobreza evangélica. Sobre todo en esta perspectiva cabe interpretar la afirmación del padre Branda: «Quizá no haya otra fundación en el Instituto que demuestre más la intervención directa de María Auxiliadora que la de Sarrià»[151].

En los próximos años, los cuatro últimos antes de la muerte (1887-1891), Dorotea se volcará para asentar y hacer crecer aquella fundación, a la que quiere convertir cuanto antes en un centro escolar. Tenemos a mano la minuta de una carta dirigida al mismo Don Bosco a finales de 1887. No lleva firma, pero las amplias orlas de color negro del papel –señal de luto– demuestran que el contenido corresponde a un proyecto de Dorotea: «Hace días que deseaba escribir a usted para decirle lo mucho que convendría viniera la Reverenda Madre Generala a hacer una visita a las Hermanas Salesianas que están en Sarrià. Primero, porque hay ocho de ellas y me parece que se podría dar más gloria a Dios poniendo una escuela de niñas y una dominical; y segundo, para la vestición de las dos postulantas que están esperando con mucha ansia tomar el hábito. Usted comprenderá que todo esto no se puede hacer sin que esté la Superiora para dar el empuje que requiere». Sin duda, a ella le sobra empuje. Su interior es un mundo en expansión y quiere contagiar a los demás. Diríase que, como a San Pablo, le apremia el celo por la gloria de Dios: «Espero me dispensará usted el que yo me mezcle en este asunto, pero crea usted que es nacido solamente del deseo que tengo de que la casa progrese y adelante en trabajar para ganar almas»[152].

Tal es la razón profunda de esta actitud. La instrucción y la formación cristiana de las niñas le parecía algo irrenunciable; una tarea en que debían implicarse enseguida todas las fuerzas disponibles. Sin duda creía en la capacidad de las Hermanas. Lo atestigua el biógrafo Nonell cuando escribe: «Doña Dorotea amaba a las Hijas de María Auxiliadora con afecto verdaderamente maternal»[153].



▲ Vista conjunta de la Obra Salesiana en Sarrià.

Acudieron las primeras niñas. Y al resultar pequeño el espacio que ofrecía la *torre*, Dorotea llama al maestro de obras Jerónimo Granell, quien prepara los planos y el presupuesto para una primera ampliación. A los pocos meses, había nacido formalmente un colegio nuevo. En honor a la *fundadora* llevaba el nombre de Colegio de Santa Dorotea. Desde entonces, fuera del paréntesis de la Guerra Civil del 1936 al 1939, nunca ha cerrado las puertas. Mientras se redactan estas líneas, acaba de inaugurar el curso 2008-2009.

Con las Hijas de la Caridad, de nuevo

Dorotea no había retirado su colaboración a las Hijas de la Caridad y precisamente en los primeros años de la viudez quiso culminarla con unas actuaciones de gran estilo. Prueba evidente del apre-



HOSPITAL
DE
Ntra. Sra. del Sagrado Corazon de Jesús.

CEDULA DE PTAS. 250. NÚM. 051

La Junta de Señoras del **Hospital de Ntra. Sra. del Sagrado Corazon de Jesús** ha recibido de D. José Mª Sarra la cantidad de doscientas cincuenta pesetas, que ha tenido á bien prestar sin interés, para contribuir á la compra del terreno que se ha adquirido entre las calles de Borrell y Cuello, segun escritura firmada ante el Notario D. Luis Gonzaga Soler y Plá, con el objeto de levantar el edificio en que se instalará dicho Hospital.

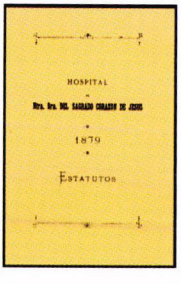
Estas cédulas serán en número de doscientas cincuenta, á cuyo pago quedará afecto el terreno que se adquiera, y se amortizará mensualmente por sorteos de una cédula, empezando el 1.º de Enero 1883, fecha en la que se calcula que podrá inaugurarse el Hospital, ó ántes si los recursos de la Junta lo permitiesen.

Barcelona 21 de Febrero de 1881.

LA PRESIDENTA, Dorotea Chopitea de Serra
LA TESORERA, Eloisa Grondona de Lamolla
LA SECRETARIA, Emilia Prat de Sancho

HOSPITAL DE N. TRA. SRA. DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

▲ Adquisición de los terrenos del Hospital del Sagrado Corazón: hoja de participación.
▼ Reglamento del Hospital.



cio y de la confianza que sentía por ese instituto religioso.

El Hospital de Nuestra Señora del Sagrado Corazón

Es una de las *obras-estrella* de Dorotea, aunque la iniciativa no partió de ella. Fue la señora Emilia Rodríguez, de Bonis, quien tuvo la idea, buscó los primeros recursos y convocó a las que iban a ser sus colaboradoras. La empresa era ambiciosa: había que crear una institución que fuera primordialmente un hospital para los pobres de Barcelona y al mismo tiempo una especie de residencia sanitaria para algunas personas pudientes; y la empresa era también nueva porque el antiguo Hospital de la Santa Cruz ya no llegaba a cubrir las necesidades de una ciudad en crecimiento, y el Hospital Clínico no pasaba de ser un sueño en la mente de algunos catedráticos de la Facultad de Medicina...

Asunto de mujeres

Doña Emilia quiso colocar su programa bajo la alta protección de la Iglesia ya desde un inicio y así reunió a sus compañeras en la capilla del Palacio Episcopal. Era el 3 de marzo de 1879. De este encuentro salió un proyecto suficientemente elaborado y la constitución de una Junta de Señoras Fundadoras, que presidía la propia doña Emilia[154].

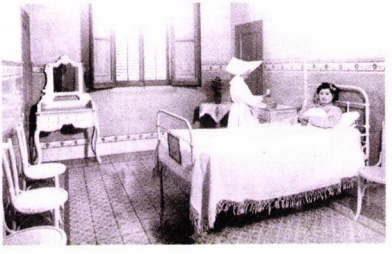
Y todo se puso en marcha. A la vuelta de pocos meses, las Señoras habían alquilado un edificio señalado con el número 27 de la calle Rosellón y lo habían adaptado para un pequeño hospital: 16 camas. Lo atendían tres Hijas de la Caridad. El lugar pertenecía al municipio de Gracia, pero entraba también en el Plan de Ensanche de Barcelona. La inauguración del Hospital de Nuestra Señora del Sagrado Corazón tuvo lugar el 16 de julio de ese mismo año, 1879, con gran

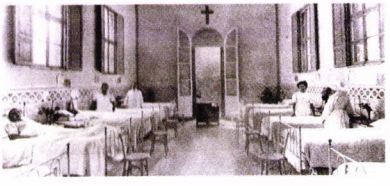


solemnidad y alegría de todos. Hasta el Papa León XIII manifestaba su adhesión en un telegrama remitido desde Roma[155].

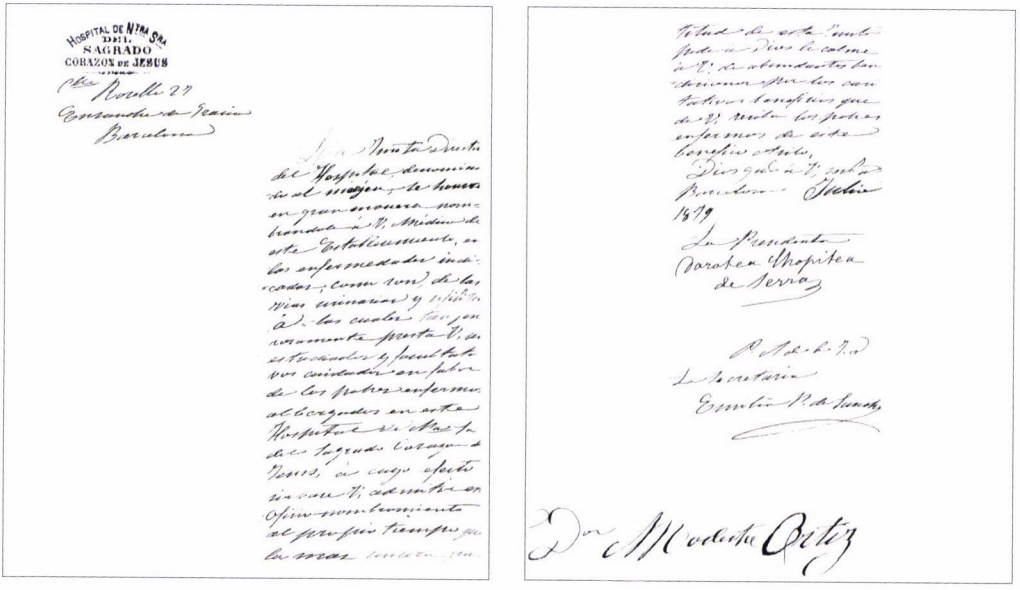
Con el viento favorable del primer éxito, las Señoras se apresuraron a organizar el funcionamiento interno de la nueva institución, y, así, para el 12 de septiembre, ya tenían redactados los Estatutos, que sometieron enseguida a la aprobación del obispo, José María Urquinaona y Bidot[156]. El prelado recabó el parecer del canónigo penitenciario Morgades, quien conocía bien el pequeño hospital cuyas dependencias había bendecido. Por tanto su dictamen fue totalmente favorable: «Entiendo, escribía, que pueden contribuir eficazmente a desarrollar y conservar el benéfico pensamiento que entrañan y cuya ejecución se hace más necesaria cada día»[157]. En consecuencia, el obispo dio su conformidad y dispuso que dichos Estatutos fueran sometidos a la aprobación del Gobernador Civil, quien no tuvo inconveniente en aceptarlos con fecha 3 de octubre. El nuevo hospital obtenía así su pleno reconocimiento.

▲ Conjunto del Hospital del Sagrado Corazón. AHCB-AF.
▼ Sala de cuidados intensivos.
⏷ Sala general.





Pero ¿quiénes eran estas Señoras cuya iniciativa se veía refrendada por las máximas autoridades de la Provincia? Junto a la mencionada Emilia



▲ Contrato de un facultativo.

Rodríguez de Bonis, estaban Carolina Rodríguez, Emilia Prat de Sancho, Dolores Doria, viuda de Casades, Dolores Artigas, viuda de Callol, Elvira Gibert de Pi y Dorotea de Chopitea de Serra[158]. Si exceptuamos a la última, poco o nada sabemos de las demás. Desde luego, eran personas adscritas a la burguesía barcelonesa, de buen corazón, de convicciones claramente católicas y, sobre todo, de una gran energía cívica para acometer una empresa que superaba en mucho sus posibilidades. Eran todas mujeres. Unas mujeres libres, que se asociaban voluntariamente para construir una ciudad para todos, y dueñas de sí mismas, puesto que, según los Estatutos, solamente ellas podían figurar en la *Junta Directiva*. En la *Junta Consultiva* podían entrar hombres y mujeres.

Las señoras de la Junta Directiva entendían realizar una obra *abierta* a la colaboración con todos los barceloneses de buena voluntad, y en *servicio preferente* a los enfermos «pobres de solemnidad, sin distinción de sexo, edad ni creencias» (*Art.* 1); aceptaban las tareas de gobierno y administración con toda seriedad: y, así, se reunían con frecuencia y se implicaban personalmente, porque, según estaba prescrito, «todas las Señoras de la Directiva se turnarán por semanas en la visita del hospital», de tal modo que esta Señora Visitadora se cuidaba de que todos los servicios marcharan «con la debida regularidad» (*Art.* 19); y, en fin, se obligaban a no percibir «emolumento o subsidio alguno, ni

en metálico ni en especie, de los fondos del hospital», los cuales debían ser invertidos «con la mayor escrupulosidad en la asistencia de los enfermos albergados» (*Art.* 11).

Estas señoras fundadoras valoraban el que su obra, que había nacido bajo el signo de la religión, se desarrollara también de la misma forma: «Habrá un delegado de la autoridad eclesiástica, que tendrá a su exclusivo cargo la dirección religiosa y moral del hospital y al que competerá presidir las sesiones de la Directiva cuando se halle presente» (*Art.* 6). Habían bautizado la institución con el nombre de Hospital de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, y tuvieron suerte en poder contar con la colaboración de las Hijas de la Caridad, a quienes se confiaba «la asistencia permanente de los enfermos» (*Art.* 21), y con un grupo de facultativos, «titulares en Medicina y Cirugía» (*Art.* 20) que fue adquiriendo creciente prestigio.

Dorotea, presidenta

Pero, después de un año de funcionamiento, vino la crisis: «Por un conjunto de causas difíciles de prever y más dificultosas de evitar», según señala finamente el padre Nonell[159]. Lo cierto es que doña Emilia Rodríguez, arguyendo ser la iniciadora del Hospital, pretendió vivir a expensas del mismo... No se lo consintieron las demás señoras de la Junta Directiva, que la echaron de la obra. Como las tensiones internas fueron en aumento, el Gobierno Civil optó por cerrar el Hospital y sellarlo (24 de septiembre de 1880).

¿Habría modo y manera de salvar aquella situación tan embarazosa? Las señoras de la Junta se fijaron en una de ellas, en la que les parecía más capaz, y le ofrecieron la presidencia... Dorotea dijo que sí: conocía bien la organización y el funcionamiento del Hospital y se sentía con fuerzas para cambiar el estado de las cosas. Era el otoño de 1880. A partir de este momento y hasta la muerte (1891), ella será la figura más representativa de la institución. El Gobernador permitió pronto que el Hospital volviera a abrir las puertas. Al iniciar la nueva etapa, Dorotea y sus compañeras se encomendaron a la Virgen Santísima y decidieron conservar el nombre primitivo del pequeño centro hospitalario.

Dorotea y la Junta que presidía consiguieron enjugar las deudas pendientes, hicieron nuevas inversiones, aseguraron mejor la organización interna y, con la ayuda de los colaboradores, comenzaron a soñar en el futuro: el hospital debía tener un edificio propio y situado en una terreno amplio. Dorotea implicó a su marido, que aún se sen-

tía bien de salud, y se procedió a la compra de una finca ubicada en el término municipal de Les Corts entre las calles Comte Borrell y Claudio Coello –que después se llamaría Londres–, entre los terrenos ya ocupados por la fábrica Batlló y la Carretera de Sarrià. La escritura de compraventa la autorizaba el notario de Barcelona Luis Gonzaga Soler y Pla y la firmaba el banquero José María Serra y Muñoz el 26 de febrero de 1881. El precio era casi de 55.000 pesetas, que se pagarían por suscripción. Con esto ya se podía comenzar a construir.

Sin pérdida de tiempo, en el mes de abril comenzaba a moverse el maestro de obras Jerónimo Granell y Mundet (1834-1889), uno de los grandes bienhechores de Dorotea, el cual llevó las operaciones con decisión y diligencia[160]. Un clima de optimismo y de esperanza envolvió a todos, especialmente a los enfermos asilados, los cuales esperaban con ilusión el momento de su traslado a un ambiente más confortable[161].

En medio de esta alegría, Dorotea tuvo que asistir a José María en su última enfermedad y muerte (junio-agosto de 1882). Pero, como sabemos, ella convirtió aquel sufrimiento en fuente de nuevas energías para la construcción de una Barcelona más humana y solidaria. Y antes del año de la desaparición de José María, tuvo la satisfacción de ver inaugurada la mayor parte de las construcciones.

Dicha inauguración tuvo lugar el 29 de julio de 1883, y consistió en el traslado solemne del Santísimo Sacramento de la capilla del antiguo hospital a la del nuevo, en el que ya habían sido acomodados los enfermos. «Es una nueva prueba de los caritativos sentimientos de los barceloneses, escribía el *Brusi*, y cuya construcción honra en extremo a las tres personas que en ella han tomado parte principal: la señora doña Dorotea de Chopitea, de Serra, presidenta de la Junta de Señoras, los señores don Jerónimo Granell y el doctor don Salvador Cardenal»[162]. El hospital tenía ya un rostro más visible, agradable y convincente. El mencionado rotativo había advertido ya: «Comprenderán nuestros lectores la importancia que tiene para Barcelona y su Ensanche el nuevo hospital (...) y los extraordinarios beneficios que de él han de reportar las clases menesterosas para la curación de sus dolencias»[163]. Pero todavía quedaba mucho para rematar la construcción de todas las dependencias. La Junta tuvo que ingeniarse para seguir recabando los medios económicos necesarios y para que las obras no se detuvieran[164].

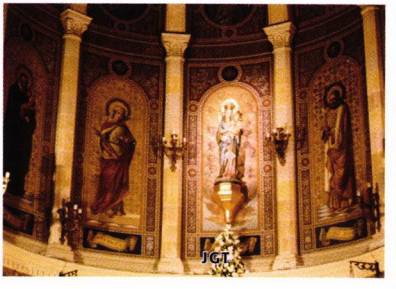
Una Hija de la Caridad, disfrazada

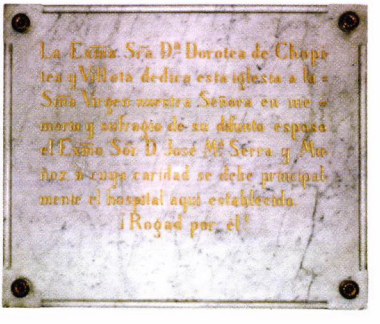
En medio de estos quebraderos de cabeza, es la propia Dorotea la que, a finales de ese año, 1883, entra en un proceso de profundi-

zación espiritual. Conserva vivo el recuerdo de su marido, comprueba el despliegue de su querido Hospital de Les Corts, ve próxima la fundación de unos *Talleres Salesianos* en Sarrià... y experimenta una honda inquietud interior: ha de estar más unida a Dios y más implicada en su divino servicio. Durante los Ejercicios Espirituales de esa primavera había escrito: «En vista de mi último fin, resuelvo hacer todas mis acciones dedicadas a Dios, purificando mi intención en todas ellas»[165]. Pero ¿cómo podría conseguirlo concretamente?

Pidió a las Hijas de la Caridad que le permitieran ser una de ellas, que la consideraran como una compañera más, si bien viviendo en el propio domicilio, conservando su condición social y sin necesidad de llevar hábito... Las monjas y los religiosos de San Vicente de Paúl estaban tan convencidos de la *vocación vicenciana* de Dorotea que le concedieron enseguida lo que solicitaba. Para ello, el Superior General de la Congregación redactó un decreto de carácter privado: «Hemos resuelto acceder a la petición, y así declaramos por las presentes letras agregar a dicha señora, doña Dorotea de Chopitea, viuda de Serra, a la Compañía de las Hijas de la Caridad, concediéndole participar en todas las buenas obras, oraciones y mortificaciones que, por la misericordia de Dios, se hacen y se harán en adelante en dicha Compañía»[166].

Dorotea había vivido y trabajado siempre con ese espíritu y a partir de ahora, inicios de 1884, lo mantendrá conscientemente operativo. Cuando le llegue la última hora, querrá ser amortajada con la divisa de las Hijas de la Caridad. Así era ella por dentro.





▼ Antigua iglesia del Hospital, hoy convertida en la iglesia parroquial de San Eugenio I Papa.
⧩ Lápida conmemorativa. Fotografía Josfran.

La iglesia-mausoleo

Aunque durante los meses de verano-otoño, no se habían abandonado las obras de construcción, las de la iglesia se habían retrasado un tanto. Dorotea sufría porque la consideraba como el punto de referencia de todo el complejo hospitalario y como un mausoleo permanente dedicado a su marido. Por eso, invirtió de su bolsillo 30.000 pesetas, hasta que vio concluida la obra. La iglesia se inauguró el 30 de mayo de 1885 con gran solemnidad. Según el rito de costumbre, el Santísimo Sacramento fue trasladado procesionalmente de la capilla interna a la nueva iglesia, previamente ben-

decida: «Asistió a dicho acto numerosa y distinguida concurrencia, anotaba el *Diario de Barcelona*, viéndose gran número de carruajes de lujo en las inmediaciones de aquel benéfico establecimiento»[167].

La iglesia es de estilo neorrománico, como los edificios del Seminario Conciliar y de la Universidad de Barcelona (Elías Rogent y Amat, 1878 y 1863-1889, respectivamente), y guarda todavía, perfectamente conservada, la lápida conmemorativa que doña Dorotea mandó colocar en recuerdo de su esposo[168].

Un paso en falso

Mientras tanto, se había animado a dar un paso importante: ceder la propiedad del Hospital a la Compañía de las Hijas de la Caridad. Le impulsaba, por una parte, su amor y confianza hacia la misma y, por otra, la voluntad de dejar aquella obra en unas manos seguras y experimentadas. Pero como conocía por propia experiencia la política desamortizadora de ciertos gobiernos, entendía que debía hacer la cesión no a la congregación como ente moral, sino a unas religiosas concretas de origen extranjero. Y así pasó buena parte del año 1883 y los primeros meses del siguiente consultando a las dos ramas, masculina y femenina, de la Congregación de San Vicente de Paúl, y cuando obtuvo el visto bueno correspondiente[169], se dirigió a la autoridad eclesiástica con fecha 26 de septiembre de 1885: «Que llegado ya el momento de formalizar con escritura pública la cesión del mencionado Hospital a favor de la Congregación de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, se han convenido las siguientes bases». El obispo Catalá y Albosa no tuvo que hacer muchas observaciones, y autorizó a Dorotea a que formalizara la escritura al caso. Ella decía actuar «en nombre propio y en representación de la Junta Directiva del Hospital de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, de la que es Presidenta»[170]. La cesión se llevó a cabo por escritura autorizada por el notario don Luis Gonzaga Soler y Pla, con fecha 2 de diciembre de 1885.

En un inicio no hubo dificultades especiales; las Hermanas y la Junta de Señoras actuaron lo mismo que antes, como si nada hubiera pasado. Incluso al año siguiente (1886) al objeto de ampliar el terreno del hospital adquirieron una parcela contigua por más de 27.000 pesetas[171]. Pero más tarde surgieron las dudas sobre quién era el verdadero titular de la propiedad, ya que don José María Serra había comprado el solar como *comisionado* de la Junta de Señoras. Así es que, después de muchos pleitos, en 1921 el juez del Distrito de la Audiencia de Barcelona, Marino González de Andis Llano, declaraba que la propiedad de los terrenos era del Patronato del Hospital

de Nuestra Señora del Sagrado Corazón. Dicho Patronato se había establecido de acuerdo con las leyes en el año 1914. Con toda la buena voluntad, Dorotea y sus hijas se habían propasado...

El alma del Hospital

Después de varias fases en su evolución, en 1980 el Hospital quedó incorporado a la red de centros hospitalarios de la *Quinta de Salud La Alianza* y ha experimentado un profundo proceso de modernización, calle Viladomat, 288. Aún conserva parte del nombre primitivo: se llama *Hospital Sagrado Corazón.* Sus orígenes y primeros desarrollos pertenecen a la historia del voluntariado barcelonés. La generosidad de unos y de otros ha tenido que ir superando muchas veces las deficiencias económicas y ha sido el alma auténtica de la institución[172].

Para Dorotea no fue simplemente una infraestructura levantada en buena parte por ella (de tener que dar una cifra aproximativa de todo lo que invirtió en la misma, el biógrafo Nonell apunta al medio millón de pesetas... ¡de entonces!)[173]. Sino que, durante un decenio, fue aquel uno de los lugares preferentes para el ejercicio de su amor fraterno. Ella estaba allí con frecuencia: en la puerta, para acoger a los que ingresaban; al pie de la cama, como enfermera; recorriendo las diversas secciones, especialmente las de las mujeres, para llevarles una palabra de consuelo o de esperanza cristiana; compartiendo con los niños en el período de la convalecencia. Y fuera del recinto hospitalario, seguía interesándose por los que ya habían sido dados de alta pero que ella sabía que eran pobres y necesitaban una ayuda de tipo económico o moral...

Las anécdotas se multiplican. Basta una como muestra.

«Era una tarde de la primera quincena del mes de julio de 1889, afirma el testigo implicado en el caso, cuando yo entraba por vez primera en la estancia de Cayetano González, empleado de la Policía, el cual estaba en el último grado de tisis (...). Al poner los pies en aquella morada, que parecía una buhardilla, en donde se respiraban unos miasmas pútridos y aire asfixiante, al ver que para dormir no había más que dos camas en una pequeña alcoba, en una de las cuales estaba el citado Cayetano, que no podía moverse, pues parecía un esqueleto, quedando la otra para sus dos hijos José y Paquita, de 11 y 8 años de edad respectivamente; considerando que el niño tenía la enfermedad del padre, pues era el único que le curaba, y la niña estaba ya en el primer grado de la misma, me vino a la imaginación este pensamiento: ¡Dios mío! Esta desgraciada familia perece física y moralmente. Me acordé enseguida de la caritativa doña Dorotea, yendo yo mismo en persona a exponerle sencillamente el caso,

para ver si me proveía de una camita para la niña (...). Ella resuelve, sin vacilar: –Colóquese al niño en los *Talleres Salesianos*, y a la niña, en la casa de las Hijas de María Auxiliadora. Mas yo repliqué: –¿Y su padre? –Del padre ya me cuidaré yo.

Transcurridos algunos días, me llama de nuevo doña Dorotea, y me dice: –Es necesario que mañana mismo haga conducir al pobre Cayetano al Hospital del Sagrado Corazón. Cayetano, después de pasar algunos meses y habiendo recibido los Santos Sacramentos y demás auxilios espirituales, murió en la paz de Dios.

Los dos hijos fueron colocados como se ha dicho, continúa el testigo. Pero José, como ya estaba lisiado y muy enfermo, hubo necesidad de ingresarlo en el hospital donde falleció también hace pocos días. La niña sobrevive: no es muy robusta pero es piadosa y esperamos que será una joven de provecho»[174].

Entre las personas de buena posición Dorotea se convertía en una propagandista, no sólo para procurar su apoyo económico sino para que fueran personalmente a estar al lado de los enfermos: «Mucho me alegro que hayas ido al Hospital, le escribía a una amiga en julio de 1885. No creo te arrepientas de estas visitas, que son de tanto consuelo para el alma»[175]. Tal era la pedagogía de esta mujer, empeñada en construir la ciudad para todos, tanto por fuera como por dentro.

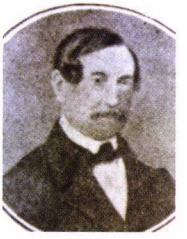
Dos nuevos Asilos

Dorotea siempre se sintió satisfecha de haber conseguido introducir en Barcelona la institución de las llamadas Salas de Asilo (pág. 81-84). La veía como una obra colectiva –la Junta de Señoras actuaba como entidad titular y las Hijas de la Caridad se encargaban del gobierno y de la animación– y, sobre todo, como un servicio social totalmente necesario. Según una compañera de Dorotea, cuando ésta veía a una mujer con niños de corta edad mendigando por la calle, solía decir: «Yo los llevaría a todos al asilo»[176]. Hacia el final de su vida tuvo ocasión de duplicar el número de las Salas de Asilo, que de dos pasaron a ser cuatro. Fue una empresa alucinante, agotadora.

La Sala de Asilo San Juan Bautista

Dorotea comenzó aprovechando el proyecto del *eixample* que el Ayuntamiento iba a acometer en la Barceloneta. Este barrio había nacido a mediados del XVIII, cuando el Capitán General de Cataluña, Juan Miguel Dávalos y Spínola, Marqués de la Mina, había puesto la

primera piedra el 3 de febrero de 1753. Vino a la vida como un ámbito eminentemente marinero, pero con el tiempo se fue transformando en un sector industrial, con muchos talleres y fábricas, adscritos, primero, a las actividades portuarias y marítimas, y, después, a la industria mecánica pesada –fundiciones, motores–. Solamente *La Maquinista Terrestre y Marítima*, creada, como sabemos, en 1855, 30 años después (1886) llegó a ocupar 20 hectáreas, dando trabajo a 1.200 empleados. Es verdad que residir allí no resultaba siempre agradable –contaminación, ruidos–, y que las epidemias hacían estrago en la población, pero, así y todo, el flujo migratorio, procedente de la costa catalana y levantina, fue incrementando la densidad demográfica hasta el borde del hacinamiento. En torno al 1880, la Barceloneta superaba los 15.000 habitantes[177].





▲ El Marqués de la Quadra.
▲ Carlos de Fontcuberta y de Parramón, albacea del Marqués de la Quadra

Por estas fechas sonó la hora de dar al barrio obrero un *ensanche* por el lado opuesto al mar, donde había unos terrenos llamados *Hortes d'en Bacardí* o *La Ginebra* y que se extendían desde la calle de este nombre hasta la ferrovía y la Estación de Francia. Un señor de la alta nobleza catalana, Juan María Oliveras de Carbonell y de Estañol, marqués de la Quadra y barón de Guía-Real, había tenido allí algunas propiedades y se había distinguido por su generosidad en la promoción de obras sociales[178]. Falleció el 18 de julio de 1879, dejando como albaceas y herederos de confianza a los hermanos Trinidad y Carlos de Fontcuberta y de Parramón los cuales, lo mismo que Juan María, estaban inscritos en la Asociación de Católicos, que Dorotea conocía bien. Por tanto, no le debió de costar mucho convencer a los señores albaceas para que le cedieran una porción de terreno con destino a una Sala de Asilo para el barrio de la Barceloneta, que no andaba nada sobrado de equipamientos docentes y asistenciales. La Junta de Señoras y ella se hacían cargo de la construcción del edificio.

▼ Antigua Sala del Asilo San Juan Bautista, hoy colegio



Los albaceas les dieron un solar de media manzana de extensión, situado en la calle Balboa y enmarcado entre la calle Mediterráneo y el Pasaje de la Cadena. Las obras debieron de comenzar hacia los años 1882-1883, porque un par de años después un grupito de Herma-



▲ Asilo de Sant Joan Baptista

nas de la *casa central* –calle Aldana, 3– acostumbraba trasladarse al nuevo centro para prestar algunos servicios y conocer de cerca el barrio y sus gentes. A la verdad, dadas las carencias sociales que padecía la población de la Barceloneta, no tuvieron que hacer muchos esfuerzos para acoger favorablemente la invitación que les hacían Dorotea y sus compañeras, y así, el 1 de septiembre de 1887 la comunidad de las Hijas de la Caridad se establecía con carácter permanente. La componían, por el momento, siete Hermanas y la animaba, como Hermana Sirviente, sor Joaquina Franco, una aragonesa de 43 años. La fundación de una nueva Sala de Asilo, la tercera de la serie, era un hecho.

A los cuatro años, Jaime Nonell comprobó cómo funcionaba aquel establecimiento. Vio que seguía el esquema de la *casa central*, proporcionando gratuitamente instrucción, educación y comida al mediodía, pero con algunas prestaciones que pedía el barrio, como tres *secciones de párvulos* –130 cada una–, una *escuela dominical* para las chicas que pasaban «toda la semana trabajando» y, con una enseñanza manual como la anterior, una *escuela diurna* para las jóvenes «que trabajan de noche»[179]. De aquí que algunas fuentes hablen en plural, *Salas de Asilo*, ya que eran de diverso género las actividades que desarrollaba la institución.

Dorotea se sentía íntimamente satisfecha y multiplicaba, en lo posible, su ayuda, como cuando en 1887 dejó asegurado para el futuro el mantenimiento de una maestra de las Hijas de la Caridad por 18.000 pesetas en valores nominales. Pero anduvo inquieta mientras no veía su fundación dotada de una pieza que ella creía necesaria, tanto para las Hermanas como para las niñas como para el público, en general, del barrio, y era una iglesia grande y hermosa. Por fin se decidió a dar el paso: el día 2 de julio de 1890 contrataba al maestro de obras Antonio Serra y Pujals y entregaba 40.000 pesetas. Ella seguía con afán la marcha de los trabajos que quería ver terminados cuanto antes. Pero no pudo ser: la iglesia se inauguró en 1892, casi un año después de su fallecimiento. Para solemnizar la inauguración sus compañeras habían escogido el día 6 de febrero, fiesta de Santa Dorotea.

No han sido de poca monta los cambios y las transformaciones que ha debido sufrir esta presencia de las Hijas de la Caridad hasta nuestros días. Pero ellas siguen en el puesto, adaptándose a las circunstancias que exige la sociedad de hoy y conservando intacto el espíritu de los tiempos fundacionales. El lector puede visitar cuando guste la *Escola Sant Joan Baptista. Centre Educatiu Vicencià* en la Calle Balboa, 19-27[180].

En la segunda mitad del XIX, el barrio vio cómo iba apareciendo en su seno un gran número de asociaciones bajo el nombre de ateneo, círculo, cooperativa, casino. Algunas de estas agrupaciones mantenían y propagaban su propia ideología que en ocasiones no casaba bien con la mentalidad religiosa de Dorotea. Ella se oponía especialmente a la difusión de la escuela protestante, y para contrarrestarla ideó levantar, junto a la Sala de Asilo, una escuela para chicos... Tuvo que frenar un tanto su ímpetu, porque mientras estaba empeñada en la construcción del asilo de la Barceloneta, se le presentó la ocasión de poner en marcha otra del mismo estilo en el Ensanche de Barcelona.

▼ Entrada de la antigua Sala del Asilo San Rafael.



La Sala de Asilo San Rafael

Es una pena que estemos tan desprovistos de fuentes documentales en relación a los orígenes de estas instituciones que reconocen a doña Do-

rotea como su *fundadora*. Lo cierto es que, allá por el año 1880, un barcelonés de buena voluntad y que se llamaba Rafael Pascual, adquirió una vivienda, situada en el n.º 98 de la calle Roger de Flor, al objeto precisamente de convertirla en una Sala de Asilo. La Junta de Señoras, animada siempre por Dorotea, estuvo de acuerdo. También aquélla era una zona marginada.

Y comenzaron los trabajos de adaptación: había que convertir una vivienda particular nada menos que en un asilo, que acogiera a la comunidad religiosa encargada y el mayor número posible de niños necesitados. Menos mal que la casa era bastante amplia: tenía unos bajos, que servían de cochera y cuadra, y en el primer piso, unos salones grandes. Pero, al avanzar las obras, llegó a escasear el dinero y aumentaban las preocupaciones y el desaliento de las promotoras. Un día la presidenta, Dominga Juera, fue a quejarse a Dorotea. Esta la dejó desahogarse y luego le pregunta:

– ¿Nos ha faltado algo hasta ahora?

– Nada, le dice ella, desorientada ante aquella salida.

– Pues ya ve usted, le responde. Y se acabaron los lamentos.

Jaime Nonell narra esta anécdota, recogida personalmente de labios de la señora Juera, para hacer ver la confianza que Dorotea tenía en la Providencia de Dios[181]. Pero, al mismos tiempo, el incidente demuestra el modo resolutivo que usaba la viuda de Serra.

La comunidad de las Hijas de la Caridad debió de establecerse en el verano de 1888; según algunos documentos, a mediados de julio. La vivienda destinada a ellas aún no estaba suficientemente preparada. Así es que tuvieron que apañarse como pudieron, en medio de limitaciones e incomodidades sin cuento. Eran seis mujeres jóvenes, con enorme capacidad para aguantar y empujar hacia adelante. Así es que no tardaron en poder abrir a todos las puertas de la casa. Y comenzaron a venir los niños, muchos de los cuales quedaban abandonados en la vía pública durante las largas horas que sus padres pasaban trabajando en la fábrica. Y pronto faltó sitio. ¿Qué hacer? O se ensanchaba el espacio o los pequeños seguían en la calle...

Muy probablemente es de esta época el diálogo-monólogo entre la mencionada presidenta de la Junta y Dorotea, cuando aquella le preguntaba cuántos niños más podría aceptar si las Salas estaban ya sobrecargadas de asilados... Dorotea le respondió con una sola palabra: «todos». La buena señora Juera sufrió un corte[182] ¡Pero ya supo cómo comportarse!

Dorotea era suficientemente ingeniosa y activa como para encontrar la solución adecuada. Y, así, ante la sugerencia de la misma Presidenta, mandó edificar un piso más en el edificio de la calle Roger de Flor. Todo a su cuenta. Se acercaban entonces los días de la Semana Santa de 1889 o de 1890.

– Empezaremos las obras después de Pascua; ahora déjeme descansar un poco, le propuso la misma Presidenta.

– ¿Cómo descansar?, le pregunta Dorotea. ¡Descansaremos en la eternidad![183].

A Dios rogando y con el mazo dando: era el lema de la actuación de esta anciana, quien, viendo que se le agotaban ya las fuerzas físicas, echaba mano del hontanar de su energía espiritual, que no era otro que su religión, y todavía se empeñaba en construir una ciudad para todos. La historia de la antigua Sala de Asilo San Rafael es humanísima, inserta entre los pobres de la zona, con comedores, dispensario, clases de cultura general y de trabajos manuales. De todas maneras, si se salvó de la furia anticlerical de la Semana Trágica (1909), no consiguió librarse de la de julio de 1936. El primer grupo de incendiarios se presentó allí la noche del domingo 19, a eso de las dos de la madrugada y, cuando se disponían a emprender su tarea destructora, uno de ellos reflexionó en voz alta: «Hombre, ¿por aquí vamos a comenzar a quemar...? ¡Vámonos!» La testigo presencial, la Hermana Sira Sanz y Torres, interpretaba el hecho como si en aquel hombre hubiera brotado de golpe el sentimiento de un pudor amordazado. «Es muy posible, dejó escrito, que aquel fuera uno de los muchos que, cuando niños, vinieran a nuestras clases. Lo cierto es que se marcharon dejándonos relativamente tranquilas»[184]. La sala de Asilo pronto fue convertida en cuartel.

La institución nacida en 1888 de manos de Dorotea y sus colaboradoras aún abre las puertas todos los días y sigue combinando las actividades educativas con la obra social. Su guardería laboral, *Llar d'Infants Sant Rafael*, procura actualizar el espíritu y los gestos de los años fundacionales. El lector, deseoso de conocer la historia de





▲ Asilo San Rafael. hoy, *Llar d'Infants*.

la beneficencia en Barcelona, puede visitarla cuando guste en la calle Roger de Flor, 98[185].

Con los Hermanos de las Escuelas Cristianas

Dorotea llegó a conocer a los Hermanos de las Escuelas Cristianas más o menos al mismo tiempo que a los Salesianos. Tal vez un poco antes. Y tan admirada y prendada quedó de la labor que desarrollaban, que les brindó su apoyo con magnanimidad.

Antecedentes

Este instituto laical, fundado por San Juan Bautista de la Salle en la ciudad de Reims (Francia, 1680), había entrado en España por Madrid después de dos siglos, en 1878. Al año siguiente, llegó a Barcelona, gracias a las gestiones llevadas a cabo por algunos miembros de las Conferencias de San Vicente de Paúl[186]. En el mes de febrero, los Hermanos abrieron una escuela en la calle Pont de la Parra, 3. Comenzó a funcionar muy bien, pero pronto dio señales de peligro por falta de ayuda de parte del patronato que debía sostenerla. Para recabar la base económica necesaria, los Hermanos fundaron, el primero de abril de 1880, un centro escolar *de pago*. Lo bautizaron con el nombre de *Colegio Comercial de San José*, porque impartía la enseñanza primaria y estudios de comercio. Hubo, pues, dos centros: la *escuela*, que era gratuita y popular, y el *colegio*, orientado a un nivel intelectual superior y destinado a una clase social pudiente. Ambas entidades radicaban en la misma calle, Pont de la Parra; pero es inútil que el lector la busque en el plano actual de Barcelona porque, pequeña y estrecha como era, quedó absorbida por la reforma de la *Gran Vía A* (*Layetana*)[187]. El éxito del Colegio Comercial pidió otro sitio más adecuado y así, en el mes de octubre, se trasladó al número 19 de la calle Montcada, ocupando un edificio muy próximo a la iglesia de Santa María del Mar.

En este mismo año de 1880, la víspera de la fiesta de San José, 18 de marzo, cuando estaban a punto de abrir las puertas del Colegio Comercial, los Hermanos habían tenido la satisfacción de ver cómo les nacía una nueva escuela. La había hecho posible la Asociación de Católicos, de Barcelona: se hallaba situada más allá de las Ramblas, en la calle Ferlandina y, bajo la titularidad de San José, funcionaba gratuitamente para los pobres. Como era tan grande la falta de centros escolares, se llenaba de niños durante el día, y, al atardecer, de adultos –escuelas diurnas y nocturnas–[188].

Pero aquí ocurrió lo mismo que con la escuela gratuita de la calle Pont de la Parra: no llegaban las ayudas previstas y prometidas. ¿Qué hacer? Los Hermanos y la Asociación de Católicos ensayaron una solución semejante a la anterior: en 1884 fundaron un colegio de medio-pago, el *Colegio de Nuestra Señora de la Merced*, en la calle Lladó 4, cerca de la parroquia de San Justo. La escuela gratuita de la calle Ferlandina se convertía en una *extensión* del colegio. Pero los problemas podían provenir no sólo de la economía, sino también de la colaboración y entendimiento entre las partes. Y así, al final del curso 1883-1884, la dirección de la escuela de la calle Pont de la Parra había decidido romper con el patronato, y clausurarla...

Sea como sea, y tal como hemos anotado antes (pág. 177), la inauguración oficial del colegio de Nuestra Señora de la Merced tuvo lugar mucho más tarde, el 15 de abril de 1886, aprovechando la presencia de San Juan Bosco en la capital catalana. Así lo había dispuesto la Asociación de Católicos. Fue un momento solemne para el Fundador de los Salesianos y sus acompañantes, entre los cuales se encontraba, por supuesto, doña Dorotea. Don Bosco recibió la medalla de socio de honor de la citada Asociación y desde su comprensión de los problemas sociales, aprovechó aquella coyuntura para subrayar la importancia de la enseñanza profesional de los muchachos: «El joven que crece en vuestras calles os pedirá, primero, una limosna; después, la exigirá; y, por último, os obligará a dársela con el revolver en la mano»[189].

Pero este clima de exaltación y optimismo se desvaneció de golpe. Choque frontal en las direcciones del colegio y de la Asociación. Todos sufrieron. Los Hermanos se retiraban del colegio y de la escuela en enero de 1887. La escuela pasó a manos de los Hijos de la Sagrada Familia (San José Mañanet). Sólo sobrevivía, por su marcado carácter comercial, el colegio San José de la calle Montcada[190].

En medio de esta desolación, los Hermanos de la Salle comprobaron cómo, a los pocos meses, les llegaba la adhesión y el aliento de la viuda de Serra. Había tenido oportunidad de conocerlos tanto por medio de las Conferencias de San Vicente de Paúl como por medio de la Asociación de Católicos, a la que estaba unida incluso por vínculos de parentesco. Los había visto, como a los salesianos, formando una congregación religiosa, dedicada a la educación cristiana de niños y jóvenes, preferentemente de la clase obrera. Esto le bastó para delinear un *plan de conjunto* que ella y los Hermanos

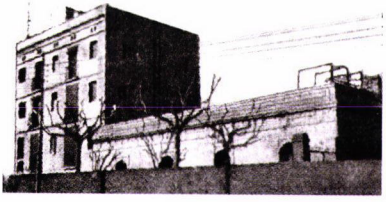
podrían llevar a cabo... El superior provincial, Justino María, tuvo que frenarla un poco: realizarían todos los puntos del proyecto pero no de golpe sino progresivamente, uno detrás de otro[191].

La Escuela Gratuita de Les Corts

Es una iniciativa típica de Dorotea, expresión de su lucha contra el mal y de su fe religiosa, honda e ingenua a la vez. Para descubrir los orígenes, no hay mejor camino que recordar cuanto dejó consignado el biógrafo Nonell.

Resulta que frente al hospital de Nuestra Señora del Sagrado Corazón y al lado opuesto de la carretera de Sarriá, había un grupo de casas de prostitutas. Dorotea juzgó que aquellas casas desdecían por completo del carácter y finalidad de la institución hospitalaria, y decidió eliminarlas de aquel lugar. No le resultó fácil. Protestó ante el gobernador civil y consiguió ahuyentar a unas prostitutas pero pronto acudían otras a ocupar su lugar... Dorotea no es una mujer que se echa atrás tan fácilmente: comprará con su dinero aquellas viviendas y suprimirá el mal de raíz...

▾ Antiguo colegio La Salle Les Corts.



Pero no le sale ninguna oportunidad. Entonces decide servirse de un procedimiento que, otras veces, en circunstancias semejantes, le ha dado buen resultado. «Ofreció buena paga a un hombre de su confianza –escribe el biógrafo– para que una noche con gran secreto escalase la pared que rodeaba las casas y el jardincito a ellas contiguo, y bajase a enterrar la medalla del Sagrado Corazón en el interior del jardín»[192]. La operación salió bien. En la mentalidad religiosa, auténtica e inocente de Dorotea, aquel terreno ya había sido *descalificado*, y, a no tardar, vendría a sus manos. Y así fue. Lo compró, lo habilitó para un centro educativo y se lo ofreció a los Hermanos de las Escuelas Cristianas. No sin una nota poética, el doctor Claudio Gabriel escribe: «Donde hubo un lenocinio se levantó una escuela lasaliana, lirio y espiga, donde granó la fe de doña Dorotea y la caridad sacrificada de los Hermanos»[193].

El 1.º de junio de 1887 y en el número 8 de la carretera de Sarrià, la nueva institución abría las aulas a un gran número de niños de aquel vecindario, formado casi en su totalidad por pobres jornaleros. Aquel día la Escuela San José de los Hermanos de Les Corts inició un camino heroico y perseverante, en absoluta fidelidad al espíritu

de la Fundadora. Sólo sucumbió en 1964 cuando los tiempos cambiaban radicalmente[194].

Más allá de Barcelona y de España

Esta biografía sólo pretende conocer a la protagonista en su actuación en el marco de la Ciudad Condal. Pero, como esa actividad superó más de una vez el escenario barcelonés, parece de rigor que, al objeto de no desfigurar la personalidad de Dorotea de Chopitea, se amplíe lo dicho con algunas noticias, pocas, referentes a otros ámbitos. Y es que el amor cristiano, tal como lo practicaba ella, sólo acepta los límites del ancho mundo.

En Cataluña

Rubí: una escuela popular

A finales del XIX, el municipio de Rubí, situado en el Vallès Occidental a 20 kilómetros de Barcelona, tenía poco aún de la vida industrial y prestación de servicios que hoy posee, porque sus 4.000 habitantes se dedicaban casi por entero a las labores agrícolas. Por tanto la transformación que ha ido experimentando con posterioridad ha sido enorme. Hoy cuenta más de 70.000 habitantes.

Casi como adivinando los cambios que iban a venir, el párroco José Baltà quiso asegurar la educación cristiana de los niños abriendo una escuela parroquial. Se harían cargo de la misma los Hermanos Maristas. Pero ¡claro! le hacían falta unos medios materiales de que no disponía. No sabemos cómo tuvo noticias de doña Dorotea; tal vez fue por medio del obispo diocesano, monseñor Català y Albosa, quien se había adherido a los planes del párroco. Lo cierto es que éste dio con doña Dorotea, la cual, viendo que se trataba de difundir la educación cristiana, no pudo negarle la ayuda que pedía: colaboró en la construcción del edificio y en la manutención de los maestros maristas.

La escuela parroquial abrió las puertas al inicio del curso 1889-1890, y aunque los alumnos debían satisfacer alguna modesta mensualidad, se vio pronto muy concurrida. La población de Rubí apreció sinceramente la acción educativa de los Hermanos. Pero nuevas dificultades económicas, la ausencia del fundador –trasladado a la parroquia de San Félix, de Sabadell– y la fundación de las *Escuelas Ribas* hicieron imposible la continuación de la escuela parroquial. Con gran pesar suyo los Maristas la dejaron en 1914[195].

Puigcerdà: un convento en la montaña

Dorotea no podía descansar tranquila. También en la montaña encontraba cosas para hacer. En Puigcerdà, adonde acudía algunos

veranos a reponer su salud, el obispo diocesano le habló sobre un convento en construcción, destinado a acoger una comunidad de monjas carmelitas descalzas, pero cuyas obras estaban paralizadas por falta de fondos... El obispo se llamaba Salvador Casañas y Pagès y se hacía cargo de la diócesis de la Seu d'Urgell desde 1879, año en que había fallecido en el exilio su antecesor, Josep Caixal y Estradé (1803-1879). No sabemos cuándo se produjo la primera entrevista entre el obispo y Dorotea. Lo cierto es que ésta dio enseguida las 20.000 pesetas que se necesitaban y el convento pudo inaugurarse el 22 de diciembre de 1885.

A partir de estas fechas se inicia una activa colaboración entre Dorotea y monseñor Casañas. Éste quedó admirado desde un comienzo: «Cuando pensé la primera vez en comunicar a usted mi situación, sentí una confianza secreta que me animaba; cuando hablé a usted del asunto, me pareció haber hallado una segunda madre. Los hechos posteriores me han hecho ver que eran ciertos mis presentimientos». Y, agradecido, continuaba: «No extrañe a usted este mi lenguaje, que no es de adulación, sino de gratitud y estimación: pues es la única vez en mi vida que he encontrado en persona de posición esta espontaneidad, desprendimiento e interés por mi bien y el de mi obispado. Loado sea Dios»[196]. Un año antes de expresarse en estos términos –es decir, en 1887–, había recibido 40.000 pesetas, una cantidad más que respetable en aquellos tiempos.

¿Para qué servía el dinero que Dorotea ponía a disposición del obispo? Para tres objetivos: primero, para el bien general de la diócesis –«acaso la más pobre de España», en palabras del propio prelado–; segundo, para las familias campesinas con dificultades –«a favor de los pobres de estas montañas»–, y tercero, para asegurar al menos un pequeño foco de vida *mística* en aquella comunidad eclesial –«mis amadas monjitas»[197]–.

La idea de introducir en la montaña la vida contemplativa fue del obispo Caixal, que luego hizo suya el sucesor Casañas. En 1982 el monasterio se trasladó a Amposta (Tarragona) donde todavía se conserva el recuerdo de Dorotea.

Palafrugell-Calella: una iglesia junto a la playa

Palafrugell (Girona) entraba de lleno en el mundo afectivo de Dorotea, porque era el pueblo natal del suegro, Mariano Serra (pág. 19), a quien había amado y cuidado mientras vivió a su lado, y entraba también en el campo de su actividad humanitaria y religiosa.

Ésta se aplicó preferentemente en cuatro apartados.

1.º Los parientes de su marido –como los Avellí, Arenas, Brancos, Escura, Feliú, Márques, Reixach–, sobre todo si pasaban algún apuro económico. Andaban desparramados por Palafrugell, La Bisbal, Palamós, Sant Feliu de Guíxols... y Dorotea, ya viuda, solía presentarse ante ellos como *«tía»* o *«prima»*, y venía a ser la parienta rica de Barcelona, dispuesta a ayudar. Luis Gonzaga Prats, residente en Palafrugell, era la persona de confianza que le servía de enlace.

2.º El *Centro de Católicos* y su escuela, que por aquellos años presidía Modesto Hernández Villaescusa y Ros de Medina. Este hombre sabio, catedrático y escritor, de profundas convicciones católicas se convirtió enseguida en asesor de Dorotea y, a la vuelta de unos años, en un excelente Cooperador Salesiano[198].

3.º El *Hospital de pobres enfermos* de Palafrugell y las Hermanas Carmelitas que atendían al mismo. En 1883 el Ayuntamiento expresó su gratitud a Dorotea.

4º. La *Iglesia beneficial de Calella.* Fue la intervención más importante de Dorotea. Pero la idea de construir una iglesia en Calella, a cuatro kilómetros del municipio de Palafrugell, no fue suya, sino del párroco, Miguel Ferrer y Riera, quien en su celo pastoral no podía permitir que aquel barrio marinero quedara sin un lugar de culto y de formación cristiana. Firme en su proyecto, formó una comisión de colaboradores, consiguió que le cedieran unos terrenos destinados a levantar la iglesia y la casa del sacerdote, y obtuvo la autorización del obispo de Girona, Tomás Sivilla y Gener. Las obras dieron inicio a comienzos de 1885 y la iglesia, dedicada a San Pedro Pescador, fue bendecida solemnemente en octubre de 1887. Al lado de otros, Dorotea había contribuido con su generosidad de cos-



▲ Calella de Palafrugell. Iglesia parroquial.

▼ Calella de Palafrugell. Casa rectoral







▲ Palafrugell. El hospital

tumbre. Y en los años siguientes prosiguió de la misma forma.

Lo verdaderamente nuevo consistió en la fundación de un *beneficio* en favor del sacerdote que debía hacerse cargo del buen funcionamiento de aquella iglesia. En abril de 1889 ya estaba pensando en cómo llevar a cabo este proyecto. Nada más conocerlo, el señor don Modesto Hernández Villaescusa reaccionó con entusiasmo pues se trataba de que a los habitantes de Calella no les faltara «el alimento espiritual» que, en su opinión, lo necesitaban «como el pan de cada día». La sacristía de la iglesia estaba casi concluida; pero, además de la fundación del beneficio, urgía construir la casa del sacerdote que debía cuidarse «de aquella abandonada grey»[199]. A Dorotea le agradó este modo de pensar y aceptó los buenos oficios que Hernández Villaescusa podría ejercer ante la parroquia de Palafrugell y el obispado de Girona. Dando un paso más, el señor Hernández se atrevía a indicar el clérigo que podría asumir el beneficio de Calella y las obligaciones anejas, y daba el nombre de Narciso Molla Presas, vicario de la parroquia de Palafrugell: era un hombre joven, sabio y santo, que inspiraba confianza y era apreciado por los mismos «descreídos»[200].

Dorotea ofrecía, como beneficio, 60 pesetas al mes. Al obispo le parecía una cantidad suficiente, aunque prefería que fuera algo mayor, y deseaba, sobre todo, que al cura se le procurara cuanto antes la casa. Efectuadas varias consultas con unos y otros, Dorotea, con fecha 5 de julio de 1889, pidió formalmente al obispo de Girona que fundara un *beneficio eclesiástico* «para mayor gloria de Dios y provecho espiritual del vecindario de Calella». Ella entregaba 22.500 pesetas en títulos de la Deuda Interior Española del cuatro por ciento. Monseñor Sivilla estuvo de acuerdo: fundó el beneficio eclesiástico que se le pedía y se lo concedió a mossèn Narciso Molla Presas, quien tomó posesión del mismo en el mes de septiembre y algo más tarde se estableció en la casa cural del barrio.

A partir de estas fechas, Dorotea siguió con gran interés las actividades que desarrollaba la feligresía de Calella. Se alegró con los éxitos *pastorales* de mossèn Molla y le acompañó como pudo –con parabienes, dinero, consejos– en sus dificultades de todo tipo: «A la pobre gente del vecindario, por más que tuviera yo voluntad de ayudarles, les falta muchas veces lo necesario para su sustento»[201].

«Estoy bastante contento de las personas de este vecindario, pues hay una cierta asistencia al rezo del santo rosario y al catecismo; eso sí, son mujeres y niños, pues los hombres no comparecen, excepto tres o cuatro que asisten a la misa en los días de precepto; hay que rezar por ellos»[202]. «Hay algunas niñas que no asisten a la escuela porque sus padres no ayudan a pagar la casa-escuela que costearon los vecinos de este pueblo, pues podrían asistir treinta al menos; los niños pagan mayor mensualidad, para que el maestro pueda tener para vivir»[203]. Todas estas deficiencias de orden económico, social y cultural de las familias de los pescadores le dolían vivamente a Dorotea, quien estaba diseñando nuevos planes asistenciales que la muerte no le permitió llevar a cabo.

En Sudamérica

Aunque nacida en Santiago de Chile, Dorotea siempre se consideró plenamente barcelonesa. Pero las circunstancias de la vida le permitieron hacer llegar su actividad también hasta la tierra natal. Tales circunstancias se centran en un hecho y en una persona.

Dorotea tenía a su cuñada, Teresa Serra y Muñoz, en la ciudad de Talca, al sur de la capital chilena. Una vez puesto en marcha el Colegio del Sagrado Corazón, de Sarrià (pág. 53), a los pocos años las superioras la habían enviado a Chile para que abriera en aquellas tierras la primera casa de la congregación. La madre Teresa la tuvo a punto en 1858. Mucho tiempo después, tuvo noticia de los misioneros salesianos, quienes desde Argentina (1875), Uruguay (1877) y Brasil (1883) miraban de acercarse a Chile, y reaccionó enseguida: ella haría lo posible para implantar la Obra Salesiana en esta república y, más concretamente, en la ciudad de Talca. ¿De quién se iba a servir para tal empresa? De su cuñada Dorotea, quien en febrero de 1884 había introducido a los salesianos en Barcelona-Sarrià. Dorotea no pudo negarse: trataría de implicar en el asunto a los superiores y al mismo Don Bosco.

Por insinuación del padre Branda y con fecha 5 de octubre de 1884, escribió al padre Cagliero al cual conocía bien desde su paso por Barcelona (pág. 164): «Se trata de una fundación de Padres Salesianos en Talca (Chile) en cuya ciudad tengo una cuñada, religiosa del Sagrado Corazón, la cual me pide con instancia haga todo lo posible para que ustedes vayan allá, pues todo se les facilitará ya que tienen mucha necesidad de sacerdotes para que moralicen al pueblo»[204]. El estilo de la misiva es típicamente de Dorotea. Al mes

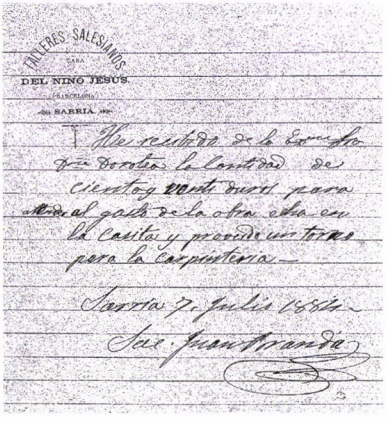
siguiente, el Papa León XIII nombraba a Cagliero obispo *misionero* para la Patagonia (Argentina).

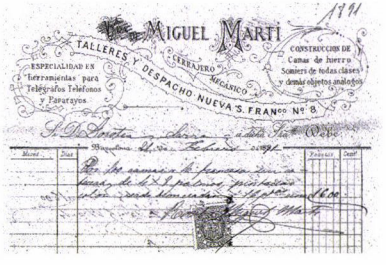
A partir de estas fechas entre Teresa y Dorotea comienza toda una aventura, henchida de ideales salesianos, de proyectos misioneros y de ayuda económica. Las dos mujeres son chilenas, ya mayores de edad y, sin embargo, vibran con la inquietud espiritual de unas jóvenes misioneras. Sin duda alguna, están conquistadas por la causa de Don Bosco y su Obra. Las cartas que dirigía Teresa a su cuñada son numerosas y se extienden desde 1886 a 1891[205].

El tema de Chile ya estaba en el imaginario del Fundador. Así se explica, al menos hasta un cierto punto, que en su *sueño misionero* más ambicioso –el que tuvo precisamente en Sarrià, en la noche del 9 al 10 de abril de 1886– *viera* que la obra de las misiones salesianas se extendía desde Santiago y Valparaíso (Chile) hasta Pekín[206]. Por aquellos años, Don Bosco no podía menos que acoger con interés todo lo referente a las fundaciones chilenas.

Dorotea, primero, ayudó al convento-colegio del Sagrado Corazón de Talca, a su escuela dominical adjunta y a la fundación de otra similar en la localidad Cerro Colorado, y, segundo, colaboró por medio de su cuñada con los primeros Cooperadores Salesianos de Talca. Entre unos y otros consiguieron que los Salesianos se establecieran en aquella ciudad el 19 de febrero de 1888. Hacía muy pocos días que Don Bosco había dejado definitivamente este mundo. Todos lloraron la muerte del santo Fundador.

▾ Recibos


TALLERES SALESIANOS
DEL NIÑO JESUS
SARRIÁ
Recibido de la Excma. Sra. Doña Dorotea la cantidad de Ciento y veinte duros para ayuda al gasto de la obra de la Casita y proveer unas tablas para la carpintería.
Sarrià 7 Julio 1886
José Juan Branda


1891
Viuda de MIGUEL MARTI
TALLERES Y DESPACHO NUEVA S. FRANCº Nº 8
HERRAJERO MECÁNICO
CONSTRUCCIÓN DE Camas de hierro Somiers de todas clases y demás objetos análogos
ESPECIALIDAD EN Herramientas para Telégrafos Teléfonos y Pararayos

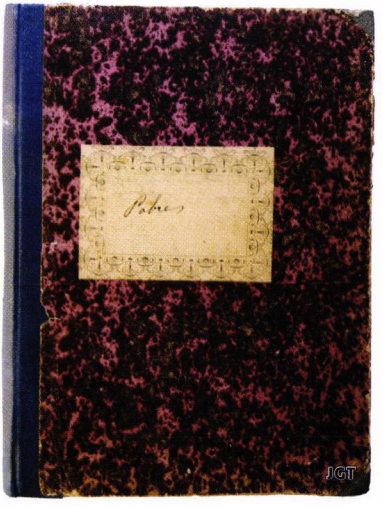
Y Dorotea no se retiró, sino que siguió trabajando por la nueva presencia: «Como tú eres cooperadora de los Salesianos de Talca, escribía Teresa a su cuñada al año siguiente, ellos no pierden el derecho que tienen a tu caridad o, al menos, conservan la esperanza de tu protección»[207]. Los salesianos de Talca mantienen encendido, todavía hoy, el ideal educativo y misionero que Dorotea alentó desde Barcelona hace ya más de un siglo[208].

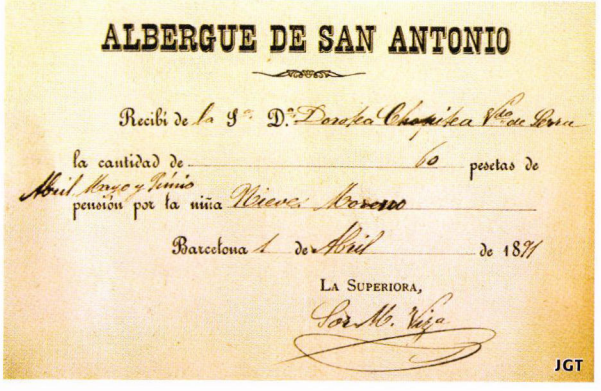
Un estilo, un espíritu

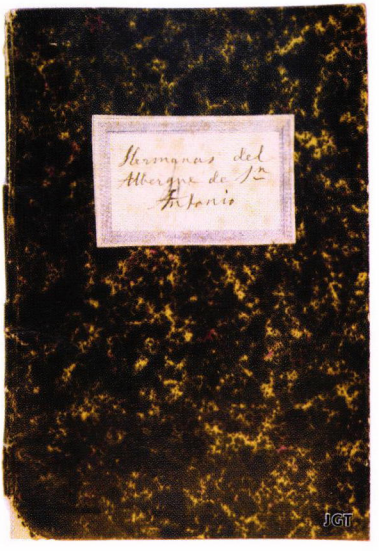
Como toda persona, Dorotea tenía su manera de ser y de actuar y, de igual modo, tuvo que ir forjando su personalidad y haciendo el camino de la vida. A la luz de los diversos elementos que han ido apa-

reciendo, de una forma o de otra, en la exposición de su biografía, cabe afirmar que Dorotea se valió de dos instrumentos principales: el trabajo y la fe.

Dorotea fue una mujer de empuje, organizada y organizadora, activa y resuelta. Trabajaba siempre, lo mismo si estaba en Barcelona o fuera de la capital. Los lugares de descanso –de aguas minerales y termales– se convertían también en puestos de trabajo. Unos se hallaban en Cataluña, como Sarriá (Barcelona), Sant Hilari Sacalm (Girona), Caldas de Montbui (Barcelona), Franciac (Caldes de Malavella, Girona), Aigüesbones (Sant Quintí de Mediona, Barcelona), Puigcerdà (Girona), y otros, en el Pirineo francés, como Cauterets y Luchon. Para comunicarse desde estos puntos con Barcelona o desde Barcelona con el exterior se valía de cartas









◂ Recibos ▲ Beneficencia. Libros de cuentas


JGT

▲ Para tener alguna idea, siquiera aproximada, de las partidas de dinero que Dorotea de Chopitea destinaba a las obras asistenciales, se puede tener presente que, por ejemplo, entre los años 1882-1892, el salario de un operario o trabajador barcelonés no cualificado oscilaba entre dos y tres pesetas al día; el de un cualificado llegaba a las cuatro pesetas. Por tanto, las cantidades que la Viuda de Serra destinaba a la beneficencia social equivalían a muchísimos jornales.

y notas escritas. De aquí que su epistolario sea de un volumen notable. Unas veces escribía de propia mano todo el texto; otras, sólo lo dictaba o sugería y ella se limitaba a poner la firma. Como otras tantas mujeres de su tiempo, que no habían frecuentado una escuela, cometía faltas de ortografía y de sintaxis, por lo cual se hacía ayudar de su hija Isabel y de su secretario Salvador de Almenara, que fueron dos valiosísimos colaboradores.

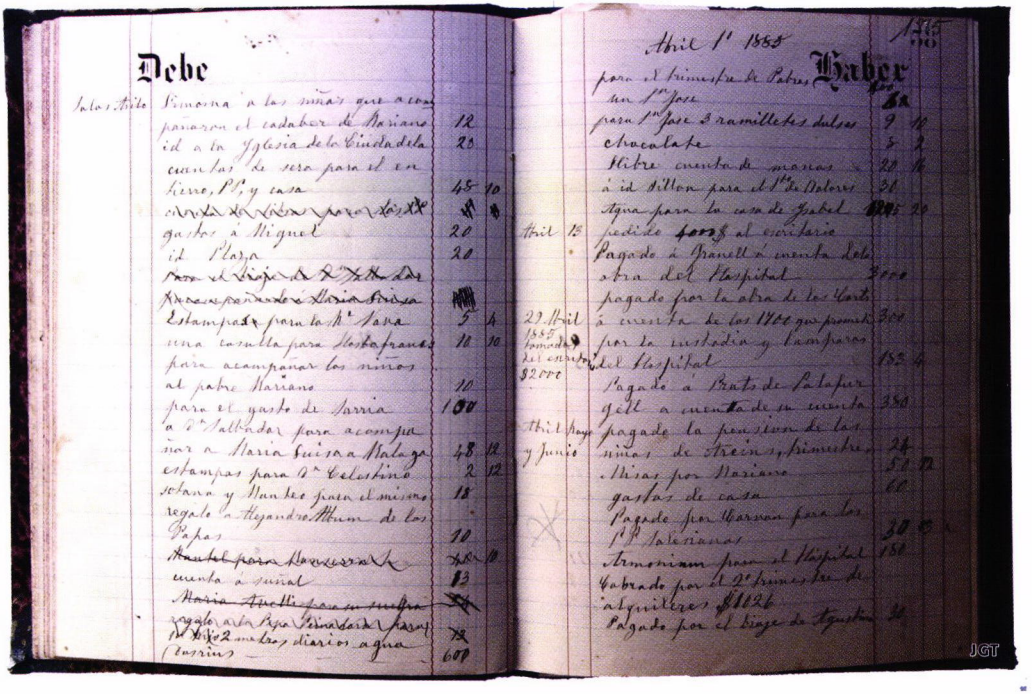
Buena parte de estos escritos hacen referencia a asuntos administrativos y de ellos emergen unos rasgos típicos de la autora. Tal vez, vale la pena subrayarlos.

Administración rigurosa

Dorotea era transparente en materias de administración; quería estar con la ley y dentro de los plazos establecidos. Para ello llevaba las cuentas en cuadernos *ad hoc* y tenía a punto las direcciones postales de agentes y proveedores; se mantenía en contacto con autoridades, notarios, arquitectos y maestros de obras; controlaba las mercancías que recibía y enviaba; en suma, pasaba el año haciendo estadillos y balances económicos. Y otro tanto exigía de los demás, incluyendo por supuesto a las personas e instituciones favorecidas por ella: firmas, cuentas, recibos, autorizaciones, informes, escrituras, plazos –al trimestre, al semestre–. Dorotea estaba hecha así por temperamento y tradición familiar, y entendía que era la única manera de que no se perdieran o se desviaran los dineros. A los morosos les recordaba sus obligaciones. «Lo que más me maravilla en doña Dorotea, atestigua el sacerdote jesuita Alfonso Thió, es la entrega, llena de sacrificios, a la administración de sus bienes en beneficio de los pobres y necesitados (...). Me parece una gerente perfecta»[209].

El trabajo de los pobres

Los protegidos de Dorotea debían saber, ante todo, defenderse en la vida con el propio esfuerzo: «Que su chico no tiene más capacidad, no es culpa mía –escribía al enlace de Palafrugell en referencia al hijo de un pariente–. Que lo ponga a taponero donde se podrá ganar el sustento; si, cuando concluya el año de pensión no puede ganar lo suficiente, se le prorrogará medio año más»[210]. Y, si no podían más, debían aceptar un régimen de vida austero: «En cuanto a las venta-



▲ Beneficencia. Libro de cuentas.

nas y puertas –le recordaba al carpintero que preparaba un nuevo pabellón para los salesianos de Sarrià–, tenga usted presente la conversación que tuvimos de que no necesitan adornos, pues el lujo no es lo que debe hacer fuerte la casa de los pobres»[211].

La política del ahorro

A estas actitudes –esfuerzo, austeridad– Dorotea unía la política del ahorro, que ella, antes de exigirla a los demás, ejercía ejemplarmente. Un día dejaba esta nota a su secretario: «Preguntar a Pablo [un empleado de la casa] para qué es ese plumero que cuesta tanto, porque si es para los coches, con uno de tres pesetas hay suficiente; si el que se ha comprado es grande, que lo suban arriba y compren uno pequeño de tres pesetas, que es lo que basta; si se quiere para la cuadra, que compren una escoba con mango de caña largo». Tales disposiciones no le impedían a Dorotea señalar los fallos que en la contabilidad podrían producirse a su favor, pero que, por ser fallos, debían corregirse: «Crespi en la cuenta de casa ha de añadir la llave de paso o grifo nuevo que ha puesto y, si hay algo más hasta la fecha, que lo ponga». Dorotea no quería aprovecharse de nadie[212].

Como se ve por estos casos, junto a la beneficencia institucional, Dorotea seguía manteniendo la asistencia personalizada, a individuos y familias. Era una red muy densa, que se iba revistiendo con gran variedad de formas, según los casos, y siempre con un interés claramente social. Pero naturalmente requería un seguimiento detallado. Dorotea, primero, se informaba bien para asegurarse de que se trataba de una persona con verdadera necesidad, y, luego, precisaba la ayuda que podría prestar. Lo llevaba todo anotado, al objeto de que el dinero destinado a los pobres no fuera a parar a manos de holgazanes o tramposos, o simplemente se administrara con absoluta corrección. En marzo de 1884, Dorotea remitía al Padre Provincial de los salesianos, residente en Marsella, la cantidad de 1.100 francos, para «nuestro apreciado Don Bosco» y la de 99 francos para pagar la pensión de un niño, protegido suyo. Y le advertía: «La pensión del niño Delfín va reducida hasta 1.º de abril, porque, habiéndose instalado ya en ésta los Padres Salesianos, deseo venga el niño a incorporarse a ellos; y al efecto ruego a usted se sirva disponer su regreso a ésta antes del fin del presente mes, cuidando de avisarme con oportunidad el día de su salida de ésa y el que deba llegar a ésta, pasándome nota de todos los gastos que se ocasionen»[213].

Defensa de las instituciones

Dorotea vigilaba las instituciones promovidas o protegidas por ella y luchaba para que no sufrieran daño alguno en su funcionamiento. Un día le advertía al señor De Almenara en nota escrita enteramente por ella: «Se ha de hacer una solicitud pidiendo al Alcalde tenga a bien cerrar la fábrica de aceite de coco que hay en la Barceloneta, calle de la Alegría y contigua a la Sala de Asilo, por ser un peligro inminente para las niñas que se albergan allí». Y es que la caldera de dicha fábrica había sufrido un reventón que, por no tener en aquel momento mucha fuerza, no dañó el edificio del Asilo, que acogía 250 niñas. Dorotea animaba a su secretario a hacer esta gestión, «porque todos los vecinos firmarán esta solicitud por ser de absoluta necesidad el que cese dicha fábrica»[214]. Desde luego no era pequeña la presión que podrían ejercer sobre el Ayuntamiento algunas familias que, en un grado o en otro, apoyaban tales centros de beneficencia, como los Comillas, Girona, Güell, Villavecchia, Fontcuberta, Martí-Codolar y todas las de las cinco hijas de Dorotea. Hasta un cierto



▲ Doña Dorotea acompaña a San Juan Bosco en la finca Martí-Codolar, 3 de mayo de 1886.

punto, la empresa de las Salas de Asilo parecía una empresa familiar de los Serra-Chopitea...

Laicidad

En la correspondencia que analizamos no hay grandes referencias a Dios, si bien, en ocasiones, la remitente, Dorotea, promete oraciones y se acoge a las que otros puedan hacer por ella. Pero sabía que las actividades mercantiles y administrativas tienen su propia autonomía y se rigen por leyes y prácticas legítimamente establecidas. «Como se acerca el día primero [de mes] –recordaba desde Puigcerdà a su secretario, residente en Barcelona– , deseo saber qué fondos tiene usted para hacer frente a los gastos de la nómina, la *torre* de Sarrià, cuadra y gastos de casa. Espero me lo dirá usted antes del plazo»[215]. Cuando, al llegar el plazo establecido, lograba pagar a todos sus acreedores, se sentía tranquila: «Por lo que quedo descansada»[216].

Discreción

Dorotea no buscaba *salir en la foto*. El lugar que le apetecía ocupar en la sociedad barcelonesa ha quedado plasmado en el puesto que ella escogió en la fotografía que se le sacó a Don Bosco y acompa-

ñantes en la finca Martí-Codolar el 3 de mayo de 1886: está detrás, mostrando solamente el rostro, ya gastado, ya desfigurado por los años y los trabajos, entre dos adolescentes de la familia (pág. 178). Periodistas, predicadores y conferenciantes ya sabían que a la señora no le gustaba que se la nombrara. Mientras a los Hermanos Maristas de Rubí les autorizaba para comprar un terreno, les pedía que llevaran ellos las gestiones «sin que mi nombre suene para nada»[217]. Y las carmelitas de Puigcerdà no se enteraron de quién era su bienhechora hasta después del fallecimiento de la misma. Si ésta actuaba así era por autodisciplina y por humildad, y también por sentido de realismo: no podía darse a conocer porque tampoco podía atender a tantos pobres como llamaban a su puerta... En 1888 le hablaron de un anciano, de 91 años, que vivía muy pobremente a las afueras de Palafrugell. «Le estimaré a usted, escribía al amigo Luis Prats, que se informe sobre el particular, a ver si es verdad y, en caso afirmativo, le pasa 15 pesetas mensuales, pero encargue que no lo digan, pues recibo muchas peticiones de limosnas»[218]. Las muestras de gratitud y de adhesión que recibía eran numerosísimas. Debían de resultarle muy gratificantes; pero nunca dio muestras de creerse por encima de los demás. Ella seguía sirviendo...

Femineidad

La Dorotea que estamos conociendo es una mujer inteligente, resolutiva, con cualidades de mando; en ocasiones, impulsiva. Pero conocía sus defectos y los combatía.

¿Cómo era físicamente? No tenemos ninguna fotografía de cuando era joven madre o entraba en edad adulta; sólo poseemos unas pocas de la etapa de la ancianidad. Los cuadros –óleos sobre tela– son de épocas posteriores. Tal vez, nunca fue lo que se llama una mujer hermosa. Sus atractivos eran de orden moral.

Sin duda se hacía querer. El marido, las hijas, los familiares, los colaboradores la admiraban y la querían. Y es que Dorotea sabía poner la imaginativa al servicio del amor con una finura exquisitamente femenina. Así, por ejemplo, al acercarse la celebración de los onomásticos más comunes hacía una lista, lo más completa posible, de todas las personas que debía felicitar y obsequiar. En vísperas del 19 de marzo de 1887, advertía al señor Almenara: «A José María Tejera, esposo de Luisita [María Luisa Huelin y Serra], al mismo tiempo que va usted a por la cesta, pida que le arreglen una bandeja con dulces de unas 15 pesetas y una piña en conserva, y lo manda esta tarde o esta noche a su casa». Y

añadía, entre otros, el nombre de un nieto: «A José María Pascual, una tarjeta mía y de Isabel, y 15 pesetas para que compre lo que quiera». No se olvidaba de sus instituciones: «Me hará usted el favor –le decía al mismo señor Almenara– de comprarme dos ramilletes de unas 12 pesetas cada una, y que las entreguen con una tarjeta mía a la superiora del Asilo y a la del Hospital del Sagrado Corazón»[219].

Las cartas que Dorotea remitía a familiares y colaboradores concluyen casi siempre con expresiones llenas de afecto, recordando a los niños, saludando expresamente a los empleados. Sin duda, era una buena constructora de la familia.

Vocación

Dorotea pasó así todo el tiempo de la ancianidad, desde 1882 hasta 1891, el año de su fallecimiento. Metida constantemente en los *negocios*, abrumada por iniciativas que ella quería realizar con intensidad y exactitud. ¿Por qué se empeñaba en organizar así el tramo final de su existencia? ¿No le traía más a cuenta optar por un tren de vida más placentero? Es que la actividad de Dorotea no era un modo de llenar «la vida de ocio de las esposas de industriales y financieros durante todo el siglo XIX»[220]. Interpretar así la personalidad de Dorotea de Chopitea y de Villota es un error. Aquí no se trataba de llenar un tiempo vacío, sino de cumplir una vocación.

Vivencias de la fe

Junto al trabajo, la fe. Ambos elementos estaban presentes en Dorotea y combinaban un único juego, eficiente y bello. Era la síntesis entre la razón y la fe.

La fe como propuesta educativa

Dorotea vivió esta primera etapa de su ancianidad con el gozo y el dolor de la enamorada. Como lo hacía antes. Ella y su Dios, a quien llamaba invariablemente «mi Señor» y a quien se entregaba con plena confianza. «Me dejaré en las manos del Señor para que haga de mí lo que le parezca, pidiéndole únicamente su santísimo amor». «Esto es lo que prometo a Dios, mi Señor, por quien quiero vivir y morir». «Le pediré en todos los momentos al Señor, me llene de su santo amor». Así pensaba y sentía en su interior concretamente por los años 1886-1888[221].

Educarse

De esta actitud de enamoramiento por Dios y por Jesucristo, que es la más auténtica expresión de la experiencia cristiana, le venían a

Dorotea los mejores estímulos para su autorrealización personal: la rectitud de intención en el obrar, la búsqueda de la gloria de Dios, la autocrítica –examen de conciencia–, la práctica de la austeridad y la templanza, el dominio del propio temperamento. En este asunto, Dorotea tuvo que esforzarse una y otra vez. En 1883 se proponía «amoldarme al gusto de los demás» y «corregir el genio con la dulzura», para insistir en lo mismo cuatro años más tarde: «Haré que mi genio adusto sea más agradable, y no mortificaré a nadie con mis reprensiones duras»[222]. La misma energía interior le llevaba a una actividad permanente: «Tendré un particular cuidado en no perder el tiempo, aunque sean minutos»[223]. De esta forma, al igual que otros tantos cristianos, Dorotea tendía a alcanzar «la madurez del adulto, el desarrollo pleno de Cristo», como señalaba ya San Pablo en su tiempo (Ef 4, 13).

Educar

Dorotea usaba el mismo método en la educación de los niños. Lo sabemos por las relaciones epistolares que mantuvo con los nietos, ausentes de casa por razón de los estudios. Les proponía, con suavidad, elegancia y firmeza el ideal del *joven cristiano*, que ella sintetizaba en los dos valores ya *clásicos*: la piedad y el estudio. Les animaba a saber aceptar la voluntad de Dios, a ser devotos de la Virgen Santísima, a no abandonar la oración, a dar buen ejemplo... Y no tenía empacho en recordarles estas cosas aun cuando llegaban a la universidad: «Espero que te portarás como un hombre y no como un niño –le escribía a Ignacio de Gispert y Serra, que comenzaba a frecuentar la Universidad de Deusto (Bilbao)–. Te has de hacer cargo de que en tu vida empieza una nueva era, de la que dependerá tu porvenir, bueno o malo. No dudo que optarás por el primero, y que tu comportamiento será el de un joven juicioso y buen cristiano, que es lo principal»[224]. A su hermano, Gustavo, universitario en Madrid, le advertía sobre los «goces» que le podía ofre-



▾ Federico y Gustavo de Gispert, estudiantes universitarios, al lado de su hermana

cer la capital pero que le podían *alucinar*. «Es preciso, le instaba, acordarnos de los mandamientos de Dios y, si no los guardamos, estamos condenados al fuego eterno». Gustavo de Gispert y Serra ha quedado en el recuerdo de la familia como el *heredero espiritual* de su abuela Dorotea, que, desde luego, le distinguió con especial afecto. De aquí que le siguiera diciendo: «Esto hace el peso en la balanza de las obras y nos hace conocer hasta dónde hemos de llegar en las apreciaciones de la vanidad y la nada de toda esa hojarasca del mundo tentador (...). Teme a Dios y no dudes que te asistirá en todo lo que necesites»[225]. Dorotea contempla la vida y el mundo desde los *novísimos* –muerte, juicio, destino final–. Ahora ya no se habla así pero, como afirman algunos sociólogos, es necesario que haya líderes, políticos o religiosos, capaces de ayudar a las personas a descubrir el *sentido de lo último*. Ganaría sin duda la causa del hombre y de la sociedad.

La fe como signo de libertad

La fe cristiana, que es única, se expresa y cultiva con la escucha de la Palabra de Dios, la participación en los sacramentos y en el ejercicio del amor fraterno. Pero como el fundamento de esa fe es el amor y el amor se declara de mil maneras, los cristianos de todos los tiempos han plasmado sus creencias y sentimientos de muchas formas.

Las devociones populares

Así han nacido las devociones, que en ocasiones se han convertido en patrimonio de todo un pueblo. Por ejemplo, la Iglesia de los primeros siglos tuvo una gran devoción a sus *mártires*, a los que veneró entrañablemente y cuyo culto extendió por doquier.

En la época en que vivió Dorotea, la Iglesia barcelonesa fomentaba, entre otras, la devoción a la Virgen Santísima –proclamada, bajo la advocación de la *Mare de Déu de la Mercé*, patrona de la ciudad y diócesis de Barcelona (1868) y bajo la advocación de la *Mare de Déu de Montserrat*, patrona de Cataluña (1881)– y la de San José –cuya asociación de devotos, creada por Josep Maria Bocabella y Verdaguer en 1866, acabó confiando al joven arquitecto Antoni Gaudí y Cornet la construcción del Templo Expiatorio de la Sagrada Familia (1882)–. Pero la devoción que se difundió más fue la del Sagrado Corazón de Jesús, cuya fiesta litúrgica había quedado instituida en 1856. Las tres mencionadas fueron ratificadas y recomendadas muchas veces por la

Iglesia oficial y nutrieron abundantemente la fe del pueblo cristiano, en la cual hundía sus raíces la religiosidad de Dorotea.

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús

En su forma institucionalizada entró en Barcelona durante los años de la Restauración, últimos decenios del siglo XIX y primeros del siguiente. Lo hizo a impulsos de un movimiento promovido desde mediados del XIX por dos jesuitas franceses, los padres François-Xavier Gautrelet (1807-1886) y Henri Ramière (1821-1884), y llamado *Apostolado de la Oración*. Si el primero quería enfervorizar a sus alumnos jesuitas con la idea de la propagación de la fe cristiana por medio del apostolado de la oración, el segundo tuvo el coraje de convertirla en un movimiento organizado a gran escala. Para ello inyectó en el programa espiritual del Apostolado de la Oración la devoción al Sagrado Corazón de Jesús: los miembros del nuevo movimiento debían hacer suyas las intenciones del Señor Jesús y por medio de El ofrecer todo a Dios Padre, a fin de que la Iglesia superara en Francia tantas desviaciones y agresiones generadas por el liberalismo revolucionario. La primera publicación del Apostolado de la Oración apareció en 1861 con el título *Messager du Coeur de Jésus* (Toulouse 1861) y desde entonces la devoción al Corazón de Jesús ha estado unida históricamente al movimiento del Apostolado de la Oración[226].

Por lo que acabamos de explicar, se entiende que los propagadores natos de estas devociones hayan sido los jesuitas, quienes las infundieron en la tesitura espiritual de Dorotea. Sabemos, en efecto, que ellos fueron desde 1846 los mentores del catolicismo de la familia Serra (pág. 54), que unos años más tarde Dorotea deseaba tener una presencia jesuítica cerca de su casa-palacio y que les ayudó a construir la iglesia del Sagrado Corazón, la cual se abrió al culto entre 1885 y 1886 (pág. 120). Allí los jesuitas organizaron enseguida el Apostolado de la Oración y Dorotea fue nombrada presidenta de los grupos o *coros* de las señoras.

Pero quien introdujo oficialmente en Barcelona y en España el Apostolado de la Oración no fueron los jesuitas, sino otro grande amigo de Dorotea: el canónigo penitenciario Morgades. Había entrado en contacto con ese movimiento durante sus períodos de estancia por tierras de Toulouse (Francia) y había intuido la portada espiritual y pastoral que podría tener dicho movimiento en Cataluña y en España, con tal de que se adaptara a las nece-

Doña Dorotea, promotora del Apostolado de la Oración. Óleo de Cristóbal Montserrat y portadas de tres folletos.

CÉDULA DE AGREGACION

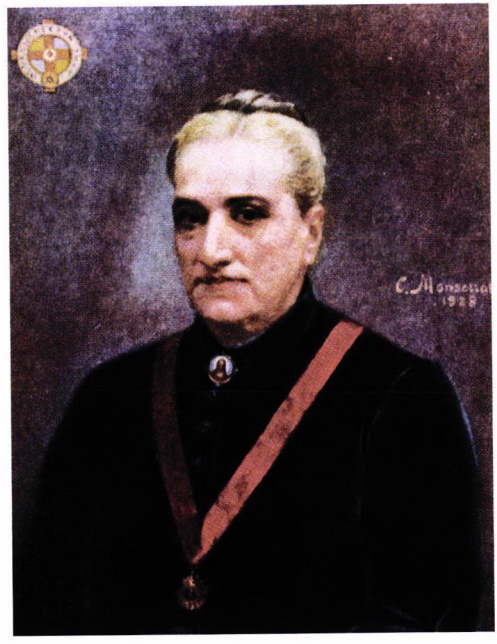
AL

APOSTOLADO DE LA ORACION

Alianza del Corazon de Jesus

Dª Dorotea de Chopitea Vda de Serra ha sido agregado al Apostolado de la Oracion el dia 18 de Enero de 1887

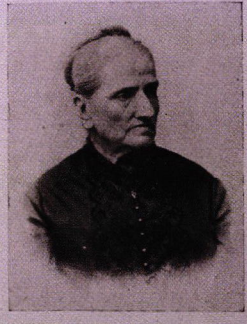
El Director,



APOSTOLADO de la ORACION

IGLESIA DEL SDO. CORAZON DE JESUS

CALLE CASPE.—BARCELONA



LA SIERVA DE DIOS

DOROTEA DE CHOPITEA

LA PRIMERA PRESIDENTA

APOSTOLADO DE LA ORACION

IGLESIA DEL SDO. CORAZON DE JESUS

CALLE DE CASPE

LA PRIMERA PRESIDENTA

El día 4 de abril de este año 1927, en la hermosa capilla de Ntra. Sra. de Montserrat del Palacio Episcopal de Barcelona, bajo la presidencia del Exmo. e Ilmo. Señor Obispo de la diócesis se constituyó el tribunal que ha de informar sobre la heroicidad de las virtudes de la Exma. Sra. Doña Dorotea de Chopitea de Villota Vda. de Serra, que por espacio de tantos años (1819 1891) fué una de las glorias más puras de nuestra querida ciudad de Barcelona y había de serlo también del Centro del Apostolado de la Oración canónicamente erigido en la Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús de la Calle de Caspe, del cual fué ella la Primera Presidenta.



▲ El Templo Expiatorio del Sagrado Corazón de Jesús en la cumbre del Tibidabo. ▼ Detalle del mausoleo de los Serra-Chopitea en el Cementerio Viejo. Barcelona ◀ Iglesia de las Madres Reparadoras.

sidades locales. Y así, en 1865, tradujo al castellano la cuarta edición de la obra fundamental del padre Ramière[227] y, al propio tiempo, solicitaba la autorización de su obispo para difundir y organizar el Apostolado de la Oración en la diócesis de Barcelona. Naturalmente, monseñor Pantaleón Montserrat no tuvo inconveniente alguno (junio de 1865). Al año siguiente, el mismo Morgades comenzó a traducir al castellano, con el título *Mensajero del Sagrado Corazón*, la revista que el padre Ramière publicaba en francés desde hacía cinco años (1861)[228].

Morgades ya no abandonó más esta dimensión de su apostolado sacerdotal, ni cuando estuvo en Barcelona ni cuando fue promovido a la sede episcopal de Vic (1882) ni cuando regresó a la capital catalana como obispo (1899-1901). En esta última fase de su vida vivió





como obsesionado para que en la cumbre del Tibidabo y junto a la ermita que en julio de 1886 había levantado en honor del Corazón de Jesús su admirada Dorotea de Chopitea (pág. 180) se construyera una verdadera iglesia, según el deseo de San Juan Bosco, al que había conocido personalmente en Sarrià el 20 de abril de 1886. La muerte le impidió llevar más adelante la causa del futuro templo.

La devoción al Corazón de Jesús se fue desarrollando principalmente en torno a la celebración de la Eucaristía y su culto, pero fue también adoptando modalidades de diverso tipo.

Entre las de carácter religioso, está la idea de la *reparación*, muy aceptada entre las congregaciones femeninas. Según la espiritualidad de la reparación, el devoto trata de unirse con su Señor Jesús para compadecerle y consolarle con sentimientos de gratitud, adoración, consagración y penitencia –por los pecados propios y ajenos, por las faltas de correspondencia al amor de Dios– y emprender así una actividad misionera, según las palabras que San Pablo escribía en el siglo primero a los cristianos de Colosas: «Ahora me alegro de sufrir por vosotros, pues voy completando, en mi carne mortal, lo que falta a las penalidades de Cristo, en favor de su cuerpo, que es la Iglesia» (Col 1, 24)[229]. Tales eran los sentimientos que embargaban el alma de Dorotea cuando acudía una y otra vez a la *Adoración Reparadora* en la iglesia de la calle Girona (pág. 124). Y es que todo cristiano, regenerado ya por la gracia de Cristo, puede adoptar esta forma de espiritualidad, próxima a la espiritualidad *victimal*, adhiriéndose al lamento de Jesús: «¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que se te envían! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos como la clueca reúne a sus pollitos bajo las alas, pero no habéis querido!» (Mt 23, 37, Lc 13, 34).

Por otra parte y en buena lógica, la devoción al Corazón de Jesús no podía soslayar la preocupación por la situación moral y política en que se hallaba concretamente la sociedad española postrevolucionaria. Pero la fórmula que propugnaba, *el reinado social de Jesucristo*, se prestaba a interpretaciones divergentes y, de hecho, incidía en la dura polémica entablada en nuestro país entre católicos *integristas* y católicos *conciliadores*[230].

Mientras tanto, Dorotea sabía unir la actitud de contemplación amorosa con la acción social –su Hospital de Nuestra Señora del Sagrado Corazón funcionaba desde 1879 (pág. 196)– y con la pro-

paganda. Se convirtió en un verdadero *apóstol* de esta devoción. Así, por ejemplo, cuando en 1889, se trató de establecer el Apostolado de la Oración en la Casa municipal de la Misericordia, de Barcelona, la persona encargada acudió a Dorotea pidiéndole que le ayudase y la respuesta que obtuvo fue ésta: «Siendo cosa del Sagrado Corazón, me encargo de todo». Y consiguió llevar a buen puerto aquella iniciativa[231].

Eran precisamente estas vivencias religiosas las que cimentaban toda la *arquitectura social* de Dorotea de Chopitea, viuda de Serra.

NOTAS

[1] Cf Unió de Religiosos de Catalunya, *Catalònia Religiosa*. Ed. Claret, Barcelona 1991, 25. J. Bada, *Història del cristianisme a Catalunya*. Pagès editors, Eumo editorial, 2003, 195.

[2] Cf. M. Revuelta González, *El siglo de Paula Montal, tres esquemas de aproximación histórica*, en Instituto de Hijas de María, Religiosas de las Escuelas Pías, *Madre Paula Montal, educadora de la mujer*. Madrid 2001, 15-42.

[3] Existe al respecto una nutrida correspondencia epistolar, que va de 1887 a 1891. Cf A. Burdeus, *Una dama barcelonesa del ochocientos. La Sierva de Dios Doña Dorotea de Chopitea, Viuda de Serra*. Librería Salesiana, Barcelona 1962, 87-97.

[4] Barcelona, 4 –xii– 1887: *Ibid.*, 90-91.

[5] Carta de Barcelona a Zaragoza, 12 –iii– 1888: *Ibid.*, 92.

[6] Cf R. Tasis, *Barcelona, imatge i història d'una ciutat*. Rafael Dalmau, Editor, Barcelona 1961, 420-421.

[7] De Barcelona a Bilbao-Deusto, 27 –xi– 1890: A. Burdeus, *Una dama barcelonesa del ochocientos...*, 95.

[8] Sacra Congregatio pro Causis Sanctorum, *Beatificationis et canonizationis Servae Dei Dorotheae Chopitea Viduae Serra, matris familias, Unionis Cooperatorum Salesianorum sodalis. Positio super virtutibus. Summarium*. Romae 1975, pág. 86, párrafo 412.

[9] Los Pons tenían su domicilio en la Rambla de los Estudios, 5, piso primero; los Gibert, también en la misma Rambla, 10, piso tercero; los Huelin, en la calle Cortes o Gran Vía, 280, piso primero; los Pascual, en la de Xuclà, 19, piso segundo; los Chopitea en la calle Escudillers (Pedro Nicolás de Chopitea Villota) y en el Paseo de Gracia 76, principal, (Juan Antonio de Chopitea Cumplido).

[10] *Volantes Almenara: Archivo de la Vicepostulación de la Venerable Dorotea de Chopitea* (*=AVD*).

[11] Cf J. Nonell, *Vida ejemplar de la Excelentísima Señora Doña Dorotea de Chopitea, Viuda de Serra*. Tipografía y Librería Salesianas, Barcelona-Sarrià 1892, 227.

[12] *Die Millionärin. Donna Dorothea von Chopitea, witwe von Serra*. Verlag des Johannesbundes, Leutesdorf am Rhein 1929.

[13] *Escritura Pública de Inventario (comienzo) de los bienes que fueron del Excmo. Sr. D. José María Serra y Muñoz, autorizada por D. Miguel Martí y Sagristá...* Barcelona 14 –ix– 1882, fols. 6-8.

[14] *Ibid.*, 9-11.

[15] Parte de una propiedad en la Rambla o Llano de la Boquería, 10 y calle de San Pablo, 1, con un valor aproximado de 15.000 pesetas.

[16] Varios almacenes, por valor de 50.000 pesetas.

[17] La casa-torre en la Riera del Serrat, 1, por 138.111 pesetas; la casa con huerta en la calle Mayor o de Capuchinos, 17, por 14.120 pesetas.

[18] Casa con bajos y dos pisos, en la calle Raval Inferior, 11, por 10.000 pesetas.

[19] Cf las escrituras públicas de *Inventario de los bienes que fueron del Excmo. Señor Don José María Serra y Muñoz*, autorizadas por Don Miguel Martí y Sagristá, Barcelona 14 de septiembre y 25 de noviembre de 1882.

[20] Cf *Uno de los seis ejemplares de escritura privada de División de la herencia del Excmo. Señor Don José María Serra y Muñoz, correspondiente a su hija Doña María Luisa Serra y Chopitea* [Barcelona, 13 –xii– 1883]. De todas maneras, hubo una segunda liquidación sin cambios en las sumas finales. Cf *Escritura pública de Liquidación otorgada entre las señoras madre e hijas... Autorizada por D. Miguel Martí y Sagristá*. Barcelona 5 de julio de 1885. Ver a este propósito M. Rodrigo y Alharilla, *Los Marqueses de Comillas, 1817-1925. Antonio y Claudio López*. LID Editorial Empresarial, Madrid 2001, 85.

[21] Cf *Escritura de declaración en estado de liquidación de la Sociedad «J. M. Serra e hijo», otorgada ante D. Gerónimo Cauhé y Ribas*. Barcelona, 31 –xii– 1876. *Prórroga de la Sociedad «J. M. Serra e hijo», ante D. Gerónimo Cauhé*, Barcelona 31 –xii– 1879.

[22] Cf *Escritura pública de Sociedad denominada «Los sucesores de J. M. Serra e hijo, Baster, Peyra y Compañía». Autorizada por D. Miguel Martí y Sagristá*. Barcelona, 21 –x– 1882.

[23] Aducido por J. Nonell, *Vida ejemplar...*, 206.

[24] En 1859 se formó el primer grupo de los seguidores, que tres años más tarde hicieron la profesión religiosa con votos. El primer reconocimiento oficial por parte de la Santa Sede –el llamado *Decretum laudis*– lo tuvieron en 1864; el decreto de la aprobación propiamente

dicha, en 1869, y la aprobación de las *Constituciones* en 1874. Cf F. Desramaut, *Don Bosco en son temps (1815-1888)*. SEI, Torino 1996, 572, 636, 672, 738, 867.

[25] Cf A. Martín, *Los salesianos de Utrera en España*. Inspectoría Salesiana de Sevilla 1981, 163-171.

[26] Como filólogo, conocía bien la literatura clásica. Ver *Nonell y Mas, Jaime* en el *Diccionario histórico de la Compañía de Jesús*, III (Institutum historicum S. J. Roma y Universidad Pontificia de Comillas, Madrid 2001) 2832-2833.

[27] J. Nonell, *Vida ejemplar...*, 174.

[28] *Ibid.*

[29] *Ibid.*

[30] *Ibid.*

[31] *Ibid.*, 175.

[32] *Ibid.*, 175-176.

[33] *Ibid.*, 176.

[34] *Ibid.*

[35] *Ibid.*

[36] *Ibid.*

[37] *Ibid.*

[38] *Ibid.*, 177.

[39] *Ibid.*

[40] Así lo supone, por ejemplo, A. Burdeus en *Una dama barcelonesa del ochocientos...*, 225.

[41] Desde el número 517, correspondiente a 4 de noviembre de 1880, comenzó a publicar la traducción de un opúsculo escrito por el sacerdote francés L. Mendre y titulado *Don Bosco Prêtre, Fondateur de la Congrégation des Salesiens*. Marseille 1879.

[42] Cf R. Alberdi, *Una ciudad para un santo. Los orígenes de la Obra Salesiana en Barcelona*. Ediciones Tibidabo, Barcelona 1966, 73-74.

[43] Cf *El origen de la literatura salesiana en España en vida de San Juan Bosco*, en J. M. Prellezo (coordinador), *Don Bosco en la historia*. LAS, Roma. Editorial CCS, Madrid 1990, 475-504.

[44] J. Nonell, *Vida ejemplar...*, 177-178.

[45] *Ibid.*, 178. Los salesianos habían llegado a Marsella en julio de 1878. Cf E. Ceria, *Annali della Società Salesiana*, I (Torino [1941]) 284-287, 340-343, 365-369, 516-518.

[46] Texto que aduce Ángel Martín, *Los salesianos de Utrera en España*, 304, en referencia a la *Crónica de Utrera, Málaga y Barcelona...*, pág. 3, nota 1ª, en el Archivo de la casa salesiana de Utrera.

[47] Actualmente la *Corrispondenza* relativa a la Venerable doña Dorotea de Chopitea se halla en este archivo (= *ASC*), *A 347*. De ella nos serviremos abundantemente.

[48] Carta de Málaga a Barcelona, 4 –x– 1882, *en el Archivo Salesiano Central* (= *ASC*) *A 347*.

[49] *Ibid.*

[50] A. Martín, *De cómo se "españolizaron" los primeros salesianos enviados por Don Bosco*, en *Boletín Salesiano* (=*BS*), mayo 1980, 19. Relación tomada de una crónica de la casa de Utrera.

[51] Carta dirigida desde Turín al jesuita Jacinto Alegre con fecha 9 –vi– 1925: Sacra Congregatio pro Causis Sanctorum, *Beatificationis et canonizationis Servae Dei Dorothea Chopitea Viduae Serra. Positio super virtutibus*. Romae 1975. *Summariolum responsioni additum*, 24.

[52] *Ibid.*, 23.

[53] J. Nonell, *Vida ejemplar...*, 179-180.

[54] Carta de Barcelona a Turín, 12 –x– 1882: *ASC, A 347*. En las cartas de doña Dorotea que se producen a partir de ahora, solamente es autógrafa la firma: «Dorotea Chopitea Vda. de Serra».

[55] Carta a Celestino Durando, nombrado por Don Bosco como intermediario entre Turín y Barcelona: 22 –x– 1882: *Ibid.*

[56] *ASC A 347*.

[57] Carta de Barcelona a Turín, 26 –x– 1882: *Ibid.*

[58] Carta de Barcelona a Turín, 26 –i– 1883: *Ibid.*

[59] *Ibid.*

[60] Cf J. Díaz Cotán, *Cien años de presencia salesiana en Málaga (1894-1994)*. Inspectoría Salesiana "Santo Domingo Savio", Córdoba 1996, 32-42.

[61] Carta de Barcelona a Turín, 21 –ii– 1883: *ASC, A 347*.

62 *Memorie Biografiche di San Giovanni Bosco*, XVII (Torino 1936) 353.
63 De Barcelona a Turín, 13 –III– 1883: *ASC, A 347*.
64 Cf A. MARTÍN, *Los salesianos de Utrera...*, 75-106, 144-171.
65 Cf G. FAVINI, *Don Paolo Albera. Le petit D. Bosco*. SEI, Torino 1975.
66 Carta de Barcelona a Turín, 15 –IV– 1883: *ASC, A 347*. Dado su carácter confidencial, toda la carta es autógrafa.
67 *Ibid.*
68 Cf carta dirigida a Juan Cagliero, 20 –V– 1883: *Ibid.*
69 *Vida ejemplar...*, 204.
70 Carta a Cagliero desde Barcelona, 2 –VII– 1883: *Ibid.*
71 Carta de Sarrià a Turín, 7 –IX– [1883]: *Ibid.* Toda la carta es autógrafa.
72 Carta fechada el 18 –IX– 1883: *Ibid.* Toda ella es autógrafa.
73 Carta de Barcelona a Turín, 23 –XI– 1883: *Ibid.* Toda la carta está en italiano menos la última frase, que está en castellano.
74 Cf A. BARBERIS, *Don Giulio Barberis*. Scuola Tipografica Don Bosco, San Benigno Canavese 1932.
75 Carta desde Utrera a Turín, 15 –XII– 1883: *Ibid.* Toda la carta está en italiano. Tanto en ésta como en las que siguen la traducción del italiano al castellano es nuestra.
76 Carta del padre Branda al padre Rua desde Barcelona: 26 –XI– 1883: ASC 275 *Branda Giovanni. Epistolario.*
77 *Archivo Sanabre - Bonet Baltà. Minuta*: en el *Arxiu Diocesà de Barcelona* (= *ADB*).
78 Cf además de la citada carta a Miguel Rua, 26 –XI– 1883, la que escribe a Juan Cagliero, también desde Barcelona, cuatro días más tarde: *ASC, 275 Branda Giovanni. Epistolario.*
79 J. SANABRE, *San Juan Bosco y la ciudad de Barcelona*, en *El Correo Catalán*, viernes 24 de enero de 1958, 7.
80 Carta fechada el 30 –XII– 1883. Firmaba a la española, con los dos apellidos, Branda y Carozzo: *ADB, Serie Episcopologi. Jaume Català. Correspondència 1883.*
81 Carta de Utrera a Turín, 15 –XII– 1883: *ASC, A 347*.
82 *Festa e conferenza in Utrera (Spagna)*, en *Bollettino Salesiano*, marzo 1884, 40.
83 Carta de Utrera a Turín, 12 –II– 1884: *ASC, 275 Branda Giovanni. Epistolario.*
84 Carta dirigida a Julio Barberis, 19 –III– 1884: *ASC*, A 347.
85 Carreras Candi no se equivoca al señalar la fecha inaugural: «*Els salesians inauguraren sa ensenyança manual a la Torre del Prat (carretera) a 19 Març 1884*», en *La Ciutat de Barcelona*, 1055.
86 J. NONELL, *Vida ejemplar...*, 207.
87 Cf *Diario de Barcelona*, n. 160 (domingo 8 de junio 1884) 6960.
88 Así, por ejemplo, nos consta que ella pagó una máquina de coser marca *Wertheim* para la sastrería y un torno para la carpintería.
89 *Ibid.*, 208.
90 Carta a Juan Cagliero, 19 –III– 1884: *ASC A 347*.
91 *Ibid.*
92 Carta de Barcelona a Turín, 19 –III– 1884: *Ibid.* El Vicario General tenía fama de hombre muy austero.
93 *Vida ejemplar...*, 215.
94 Carta de Barcelona a Turín, 19 –III– 1884: *ASC A 347*.
95 J. NONELL, *Vida ejemplar...*, 215.
96 *Ibid.*, 214-215, 223.
97 *Lluvia de gracias*, 69-70.
98 «La Señora Mamá Dorotea», carta a don Juan Cagliero, 30 –XI– 1883: *ASC 275 Branda Giovanni. Epistolario.*
99 Carta dirigida a doña Dorotea, 5 –II– 1888: *ASC A 347*.
100 Expresiones que salen de su pluma: *nuestra buena madre, nuestra queridísima madre, muy respetada y queridísima mamá, Ilustrísima y queridísima madre en Jesucristo, Ilustrísima y queridísima señora mamá, muy querida madre.*
101 Cf J. NONELL , *Vida ejemplar...*, 214.
102 Ejercicios Espirituales practicados como de costumbre en el colegio del Sagrado Corazón de Sarrià, 1883: *Ibid.*, 206.
103 Carta de Barcelona a Turín, 19 –III– 1884: *Ibid.*
104 Cf F. DESRAMAUT, *Don Bosco en son temps (1815-1888)*. SEI, Torino 1996, 1172-1202.

105 Tales motivos están muy bien recogidos y expuestos por Carlos María Zamora en R. Alberdi, *Don Bosco en Barcelona. Itinerario.* Edebé, Barcelona 1986, 7-13.

106 *Cronaca di Don Bosco,* 1 marzo 1886. Torino. Manuscrito, copia Martí-Codolar. Traducción castellana de Manuel Díaz Ledo con el título: *Los últimos años de San Juan Bosco. Diario de Carlos María Viglietti 1888.*

107 *Memorie biografiche di San Giovanni Bosco 1886-1888,* xviii, 63.

108 Carta de Barcelona a Turín, 19 –iii– 1884: *ASC A 347.*

109 Cf R. Alberdi, *Una ciudad para un santo.* Ediciones Tibidabo, Barcelona 1966, 65- 195.

110 *Vida ejemplar...,* 229-230.

111 *Ibid.,* 232.

112 *Vida ejemplar...,* 228. Cf C. M. Viglietti, *Cronaca di Don Bosco.* 8 –iv– 1886. Barcellona.

113 *Cronaca di Don Bosco,* 8 –iv– 1886. Barcellona.

114 *Cronaca,* 1 –v– 1886. Barcellona.

115 *Ibid.,* 10 –iv– 1886. Barcellona.

116 Carta desde Turín 18 –v– 1886: *AVD.*

117 Diploma que se conserva en el *ASC.* El texto se aduce también en *MB,* xviii, 653.

118 Cf *Ibid.,* 113.

119 *Memorie Biografiche di San Giovanni Bosco,* xviii, 114. La traducción castellana es de Basilio Bustillo: *Memorias Biográficas...,* xviii, 106.

120 Cf *Diario de Barcelona,* n. 150 (domingo 30 de mayo 1886) 6315.

121 Minuta, 7 –xii– 1887: *AVD.*

122 La semilla que echó Dorotea entre 1884 y 1891, ha fructificado abundantemente y, a pesar de los cambios que comporta el paso del tiempo, sigue fructificando también hoy en día. Los salesianos con las actividades inscritas a la Casa Provincial, la parroquia de María Auxiliadora, la Escuela Profesional, la Escuela Universitaria y la Editorial Edebé se disponen a conmemorar los 125 años de su presencia en Sarrià, 1884-2009.

123 Cf A. Deleidi, *Don Bosco y María Dominga Mazzarello: relación histórico-espiritual.* M. E. Posada, *El Instituto de las Hijas de María Auxiliadora con relación a Don Bosco.* En J. M. Prellezo (dir.), LAS Roma – CCS Madrid 1990, 207-218, 219-230.

124 Carta de Sarrià a Turín, 5 –x– 1884: *ASC A 347.*

125 Carta a Juan Cagliero desde Sarrià, 5 –x– 1884: *Ibid.*

126 Tipografía Católica, Barcelona 1884, 102 páginas. Bajo el título de *Apéndice* se incluyen los tres artículos publicados por Félix Sardà y Salvany a raíz de su visita a los *Talleres* en el mes de julio de 1884: *Revista Popular,* n. 708 (1884) 10-11; n. 709 (1884) 20-21; n. 710 (1884) 36-37.

127 Tipografía Católica, Barcelona 1884, 59-60.

128 Carta desde Turín, 21 –vii– 1886: *AVD.*

129 J. Nonell, *Vida ejemplar...,* 338.

130 *Ibid.,* 215.

131 *Ibid.,* 217.

132 En una carta abierta firmada por él y fechada el 26 de mayo de 1887, cuando estaban muy recientes los hechos que expone, habla de un «campo» que por indicación del Fundador debía comprar, para levantar allí una «casa-convento» para las Hermanas, «cuya fundación, precisa, me encareció muy mucho nuestro Padre Don Bosco». «¿Por qué no compráis ese campo?», le habría preguntado Don Bosco. Dicho terreno, que pertenecía a la antigua heredad conocida por *Casa Barral* y estaba situado en la zona donde el actual Instituto Politécnico Salesiano tiene el patio inferior y donde están los pabellones de mecánica, carpintería y automoción, ya lo había adquirido para los salesianos don Luis Martí-Codolar en mayo de 1886. Y esto, por deseo de Don Bosco. El padre Branda había pensado construir allí una casa para alojar a las Hermanas. Pero le disuadieron los amigos, haciéndole ver que así impedía el desarrollo ulterior de los *Talleres.* Pero, al final de esta misma relación, el padre Branda ya habla de una «finca magnífica por su situación y grandeza, lindante con el consabido campo», cuya adquisición le habría pedido el Fundador con destino a residencia de las Hermanas. En el centro de dicha finca se levantaba la casa o *torre* señorial (La relación completa y arreglada estilísticamente apareció en el *Boletín Salesiano,* junio de 1887, 69-70). Hay además otras relaciones del mismo Branda. Son testimonios muy tardíos, de 30 o 40 años después de que se dieron los hechos (Una del 20 de marzo de 1918: *ASC, 275 Branda Giovanni.* G. Capetti, *El camino del Instituto a*

lo largo de un siglo. Hijas de María Auxiliadora, Barcelona [1972] 142-150. Otra del 29 de junio de 1926: *Archivio Generale FMA*, 15 (886) 2. No lleva fecha la que se trae en Istituto Figlie di Maria Ausiliatrice, *Cronistoria*, v, 238-243).

133 Relación del 29 –vi– 1926, ya mencionada en la nota anterior.

134 Ver la documentación pertinente en *ADB, Religiosas Hijas de María Auxiliadora.*

135 *Vida ejemplar...*, 233.

136 Relación escrita del 29 –vi– 1926: *Archivio Generale FMA*, 15 (886) 2.

137 *Religiosas Hijas de María Auxiliadora: ADB.*

138 Una calle de este nombre la recuerda todavía.

139 Carta a don Juan Bonetti, 20 –xii– 1886: *ASC, 275 Branda Giovanni.*

140 *Boletín Salesiano*, enero 1887, 2.

141 Testimonio escrito, 29 –vi– 1926, ya citado.

142 Cf *Boletín Salesiano*, noviembre de 1920, 304.

143 *Boletín Salesiano*, junio de 1887, 69-70.

144 *Ibid.*

145 *Ibid.*

146 *Ibid.*

147 *Ibid.*

148 Juan Branda, *Relación: Cronohistoria* V, 199-200.

149 Carta desde Turín, 4 –iv–1887: *AVD.*

150 *Boletín Salesiano*, junio de 1887, 69-70.

151 Ver *Relación* en *Cronohistoria*, v, 200.

152 Minuta con fecha 7 –xii– 1887: *AVD.*

153 *Vida ejemplar...*, 233.

154 Cf *Diario de Barcelona*, n. 81 (sábado 22 de marzo de 1879) 3470. Ed. de la tarde.

155 Cf *Diario de Barcelona*, n. 198 (jueves 17 de julio de 1879) 8238-8239. Edición de la mañana. *Ibid.*, n. 199 (viernes 18 de julio de 1879) 8288. Edición de la mañana.

156 Cf *Estatutos para el régimen del Hospital de Ntra. Sra. del Sagrado Corazón de Jesús.* Litografía de Ramos Riera, Barcelona 1882. En la cubierta consta sólo: *Hospital de Ntra. Sra. del Sagrado Corazón de Jesús. 1879. Estatutos.*

157 *Ibid.*

158 *Ibid.*, 12.

159 *Vida ejemplar...*, 188.

160 Cf *Gran Enciclopèdia Catalana*, 8, 215.

161 Cf *Diario de Barcelona*, n. 115 (25 de abril 1882) 5122.

162 *Diario de Barcelona*, 30 de julio 1883.

163 *Diario de Barcelona*, n. 184 (martes 3 de julio de 1883) 7891.

164 Cf *Diario de Barcelona*, n. 279 (sábado 6 de octubre de 1883) 11690-11691, edición de la mañana; n. 339 (miércoles 5 de diciembre de 1883) 14228, edición de la mañana.

165 J. Nonell, *Vida ejemplar...*, 206.

166 El padre Antonio Fiat, en calidad de Superior General, firmaba y sellaba el decreto en París, con fecha 3 de enero de 1884. Ver el texto en A. Burdeus, *Una dama barcelonesa del ochocientos...*, 139.

167 N. 151 (domingo 31 de mayo de 1885) 6563.

168 En 1945 y por decreto del obispo Gregorio Modrego y Casaus, esta iglesia, ampliada y renovada, se convirtió en sede de la nueva parroquia de San Eugenio, papa. Agradecemos desde aquí al actual señor rector, mossèn Saturnino Rodríguez Rodríguez, el asesoramiento y las facilidades que nos ha prestado.

169 Ver la correspondencia epistolar en A. Burdeus, *Una dama barcelonesa del ochocientos...*, 140-144.

170 *Cesión a la Congregación de Hermanas Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, del Hospital del Sagrado Corazón, establecido en la jurisdicción parroquial de Les Corts*, en *ADB*, legajo *Hospital de Nuestra Señora del Sagrado Corazón.*

171 Cf *Diario de Barcelona*, n. 91 (1 de abril de 1891) 3965.

172 Para la historia clínica del hospital y de la titularidad, cf J. Agustí i Peypoch, *Història de l'Hospital del Sagrat Cor (1879-1980).* Fundació Uriach, Barcelona 1991.

173 Cf *Vida ejemplar...*, 188.

174 J. Nonell, *Vida ejemplar...*, 197-198.

175 *Ibid.*, 218.
176 *Ibid.*, 170.
177 Cf R. Alberch i Fugueras (dir.), *Els barris de Barcelona*, I (Barcelona 1999) 192-221.
178 Desde el año 1900 tiene dedicada una calle entre las de Pizarro, Balboa, Mediterrània y Ginebra.
179 *Vida ejemplar...*, 167-168,
180 Estamos reconocidos a las Hermanas Milagros Muñoz Pesquera y María Arrese Escribà por las atenciones que nos prestaron en mayo de 2007.
181 Vida ejemplar..., 170.
182 I*bid.*
183 *Ibid.*, 171.
184 Testimonio recogido por el padre Nicolás Mas Gual.
185 Nuestra gratitud a Basilisa Olavarrieta Hernani y a Ana María Maestrajuan por los informes que nos proporcionaron sobre todo en junio de 2007.
186 Cf S. Gallego, *Sembraron con amor. La Salle, centenario en España (1878-1978).* Ed. Conferencia de Visitadores F.S.C., San Sebastián 1978, 75-80.
187 Colegio y escuela se situarían en la plaza actual de Antoni Maura, cruce de la Vía Layetana con la Avda. de la Catedral y la Avda. Francesc Cambó.
188 Cf C. Gabriel, *La obra lasaliana en España.* Ed. Bruño, Madrid [1953], 119-120.
189 *Memorias biográficas de San Juan Bosco*, xviii, 82**.** Para toda esta jornada de Don Bosco, cf R. Alberdi, *Una ciudad para un santo. Orígenes de la Obra Salesiana en Barcelona.* Ediciones Tibidabo, Barcelona 1966, 112-126.
190 Empujado siempre por la necesidad de un espacio vital más amplio y cómodo, se trasladó en 1890 al número 35 de la calle Condal, donde, primero popularmente y luego con carácter oficial, lo bautizaron con un nuevo nombre: *Colegio Condal*, que aún mantiene las puertas abiertas en otro sitio, en Amadeu Vives, 6.
191 Cf S. Gallego, *Sembraron con amor...*, 157.
192 *Vida ejemplar...*, 200.
193 *La obra lasaliana en España...*, 180.
194 Cf S. Gallego, *Sembraron con amor...*, 157. J. M. Segú, *La Salle. Centenario de la provincia de Cataluña*, 113-117.
195 Agradecemos a José María Soteras y al servicio archivístico de los Hermanos Maristas que nos hayan permitido consultar algunas crónicas inéditas sobre su Obra en España. Mayo-junio de 2007.
196 Carta desde La Seu d'Urgell, 30 –xii– 1888.
197 Todas son expresiones que se hallan en su epistolario. *Epistolario Salvador Casañas: AVD.*
198 Cf *Boletín Salesiano*, febrero 1902, 53-54.
199 Carta desde Palafrugell, 20 –i– 1889: *AVD.*
200 Carta desde Palafrugell, 7 –v– 1889: *Ibid.*
201 Carta a Dorotea desde Palafrugell, 11 de octubre de 1889: *Ibid.*
202 Carta a Dorotea desde Calella de Palafrugell, 19 –xi– 1889: *Ibid.*
203 Carta a Dorotea desde Calella de Palafrugell, 14 –ii– 1891: *Ibid.*
204 Aducido por A. Burdeus, *Una dama barcelonesa...*, 278.
205 Las usaron en su tiempo los biógrafos Nonell y Burdeus. Ver la larga exposición que hace el segundo, *Una dama barcelonesa...*, 275-295.
206 Cf C. Viglietti, *Don Bosco. Los cuatro últimos años de su vida. Crónica 1888.* Manuscrito. Traducido al español por Manuel Díaz Ledo. 11 de abril 1886, Barcelona.
207 *Epistolario Talca-Barcelona*, marzo de 1889: *AVD.*
208 Cf A. Videla Torres, *Don Bosco y Chile. Notas para una historia de los Salesianos en Chile.* Editorial Salesiana, Santiago, Chile, 1983, 39-45, 59, 151.
209 Sacra Congregatio Pro Causis Sanctorum, *Barcinonen. Beatificationis et canonizationis Servae Dei Dorotheae Chopitea... Positio super virtutibus. Summarium.* Romae 1975, pág. 211, párrafo 268.
210 Barcelona, 10 –i– 1890, en *Epistolario Prats*, n. 23: *AVD.*
211 Barcelona, 13 –viii– 1889, en *Epistolario 1878-1890: AVD.*
212 Nota a Salvador de Almenara, escrita y firmada por Dorotea, en *Volantes Almenara: AVD.*
213 Carta a Pablo Albera, Barcelona 11 –iii– 1884, en *Epistolario 1883-1885: AVD.*
214 Sin fecha, en *Correspondencia Salvador de Almenara*, carta n. 1: *AVD.*

215 Carta a Salvador de Almenara, Puigcerdà 23 –VII– 1887, en *Epistolario Almenara/1*, n.1: *AVD*.
216 Carta a Almenara, Franciac 2 –VIII– 1887, *Ibid.*, n. 2: *AVD*.
217 Carta al Hermano Isidoro, Puigcerdà 5 –VIII– 1887, *Ibid.*, n.18: *AVD*.
218 Barcelona, 4 –VII– 1888, en *Epistolario Luis G. Prats*, n. 19: *AVD*.
219 *Epistolario Almenara/1*, n. 8: *AVD*.
220 E. Martí i López, *Un paseo por el cementerio de Poblenou*. Ajuntament de Barcelona 2007, 47.
221 Cf J. Nonell, *Vida ejemplar...*, 225, 243, 271.
222 *Ibid.*, 206, 242.
223 *Ibid.*, 225.
224 Barcelona, 3 –X– 1890: A. Burdeus, *Una dama barcelonesa...*, 95.
225 Barcelona, 3 –VIII– 1890: *Ibid.*, 96-97.
226 Compulsar en el *Diccionario histórico de la Compañía de Jesús. Biográfico-temático* (Universidad Pontificia de Comillas, Madrid) y en el *Dictionnaire de Spiritualité ascétique et mystique* (Beauchesne, Paris) los términos más pertinentes al caso, como Gautrelet, Ramière, Apostolado de la Oración, Sagrado Corazón, Reparación.
227 *El Apostolado de la Oración. Santa Liga de los corazones cristianos unidos al Corazón de Jesús para obtener el triunfo de la Iglesia y salvación de las almas.* Imprenta Magriñà y Subirana, Barcelona 1865.
228 Cf J. Bonet i Baltà, *El bisbe Morgades, fundador a Espanya de l'Apostolat de l'Oració*, en *L'Església catalana, de la Il·lustració a la Renaixença*. Publicacions de l'Abadia de Montserrat 1984, 641-658.
229 Ver la entrada *Riparazione/Réparation* en el *Dizionario degli Istituti di Perfezione*, VII (Roma 1983) col. 1801-1814; *Dictionnaire de Spiritualité ascétique et mystique*, XIII (Paris 1988) col. 369-413.
230 Cf J. Figuerola, *El bisbe Morgades i la formació de l'Església catalana contemporània*. Publicacions de l'Abadia de Montserrat 1994, 43-47.
231 Testimonio en J. Nonell, *Vida ejemplar...*, 312-318.



Capítulo 6

UNA ANCIANIDAD FECUNDA

LOS TRES ÚLTIMOS AÑOS, 1888-1891

Doña Dorotea entre sus nietos de las familias de Gispert y de Gibert.

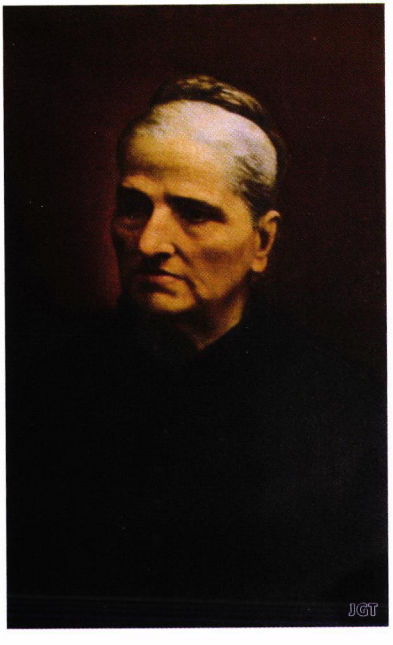
Dorotea va a realizar el último esfuerzo para que todos los barceloneses tengan un sitio en la ciudad. Se empeña en construir una ciudad para todos. A tal fin, mientras continúa apoyando las instituciones que ya ha puesto en marcha, se lanza a abrir otras nuevas. Es consciente de que no verá el fruto maduro pero, por el momento, le urge sembrar.

Ella se da prisa y da prisa a todos. Sus amigos y colaboradores deben acelerar el paso. En concreto a los institutos religiosos les pide un poco más, porque es el tiempo favorable para su expansión y han de ganar el terreno al enemigo, a los males de la pobreza y la marginación, de la ignorancia y la enfermedad.

Para nuestra protagonista, el período que va de 1888 a 1891 es de un trabajo trepidante y sostenido, y en esta biografía forma un bloque bien definido: se acumulan las ideas, se sobreponen los proyectos, se adquieren terrenos, se levantan planos, se construyen pabellones, se buscan los recursos imprescindibles, se generan nuevas fuerzas, se dilatan los espacios para hacer el bien...

Personalmente, Dorotea percibe que le falta tiempo, que le están cortando la trama de la vida. Es verdad que, a pesar de algunos achaques, no le aqueja ninguna enfermedad grave; pero familiares y amigos se marchan definitivamente de su lado, la van dejando sola. Y esto no puede menos que hacerla sufrir.

▾ Doña Dorotea, en sus últimos años.



Dorotea llora

A finales de 1887, los parientes y colaboradores de Dorotea andaban preocupados: Don Bosco estaba enfermo. Se trataba de una dolencia seria. Procuraron seguir de cerca la evolución de la salud del paciente. A las dos y media de la tarde del martes 31 de enero de 1888 había llegado un telegrama urgente a la redacción del *Diario de*

Barcelona. Decía textualmente: «Ha fallecido en Turín el sacerdote Don Bosco, fundador de numerosas instituciones benéficas»[1]. Y sin pérdida de tiempo, a la mañana siguiente el citado *Diario* difundía la noticia por toda la capital catalana. Entonces fue la opinión pública barcelonesa la que se conmocionó.

Podemos imaginar el dolor que experimentó doña Dorotea ante este hecho. Don Miguel Rua, vicario de Don Bosco y sucesor suyo al frente de la Familia Salesiana, tuvo la gentileza de notificarle el fallecimiento del Fundador, al mismo tiempo que la felicitaba con motivo de su onomástica –Santa Dorotea, 6 de febrero–. Se dirigía a la «Ilustrísima Señora y queridísima Madre» para decirle entre otras cosas lo que sigue: «El querido Don Bosco se nos ha ido al cielo dejándonos a nosotros, sus pobres hijos, desolados. Siempre había manifestado el más vivo y reconocido aprecio y cariño por nuestra Mamá –como él la llamaba– de Barcelona, la Mamá de los Salesianos y de las Hermanas. Y, antes de morir, dijo que iba a prepararle un lugar en el paraíso. Desde allá arriba su devoción y su reconocimiento se habrán convertido en eficaz protección; y abrigamos la firme esperanza de que le concederá muchos consuelos y bendiciones»[2].

Impresionada por el fallecimiento de Don Bosco, pero confortada también con estos pensamientos que le daba el nuevo Rector Mayor, Dorotea tomó parte en los actos fúnebres que se organizaron en Sarrià y en Barcelona[3] y se retiró al Colegio del Sagrado Corazón de Jesús para hacer los Ejercicios Espirituales. Era el mes de marzo. Le faltaban pocos meses para cumplir los 72 años, y hacía tiempo que su salud requería algunos cuidados. Necesitaba también reflexionar, planificar el futuro y, sobre todo, renovar las fuerzas del espíritu.

Un año después, en el mes de marzo, Dorotea perdía a su yerno, Espiridión de Gibert y Mornau. Su esposa, Mariana, le había prodigado todos los cuidados posibles durante la larga y dolorosa enfermedad, y había quedado muy postrada de fuerzas. Pero tuvo la cercanía cariñosa de la madre y de sus propios hijos, que fueron modélicos en todo. A los seis meses, el 6 de septiembre de 1889, desaparecía otro yerno, Isidoro Pons y Roura. Su mujer, María Dolores, había calculado que llegaría hasta el invierno; pero, no; la muerte se adelantó. El banquero y naviero Pons murió cristianamente en Sarrià, y los periódicos elogiaron su figura humana, profesional y religiosa[4].

En la carta de pésame a Dorotea, Sor Teresa Serra recordaba así al difunto: «Su modestia ocultaba bajo un exterior sencillo las relevantes cualidades de su noble corazón». Y daba ánimos a la cu-

ñada, porque «es muy consolador ver cómo se conserva en la familia la honradez que con sus virtudes han legado los antepasados»[5]. El obispo de Vic, monseñor Morgades y Gili, acudía enseguida a consolarla: «Dios quiere probarle con tan larga vida llena de las peripecias de una dilatada familia, pero le da la principal de las bendiciones del cielo viendo pasar a la otra vida a sus miembros señalados con las características de la predestinación para el cielo. ¿Qué quiere usted más, amiga mía? (...). No le olvido en mis pobres oraciones»[6].

De la misma forma se comportaba el Obispo de La Seo de Urgell: por una parte, expresando a Dorotea sus sentimientos de condolencia –«es un año de duras pruebas para usted»– y, por otra, confortándole con estas palabras: «Una cosa debe consolarla a usted, muy amada doña Dorotea, y es que Dios le ha concedido una familia apreciabilísima bajo todos los conceptos, especialmente por sus sentimientos religiosos. Esto, que en los tiempos que corremos es un don inapreciable de la Divina Bondad, debe hacerle esperar fundadamente que el Señor les mira a todos con complacencia»[7]. Casañas no se equivocaba al señalar la acendrada religiosidad de las familias de las cinco hijas de Dorotea.

La de Pons dispuso de una fortuna más que regular, ya que Isidoro había ganado más de tres millones de pesetas[8], y pudo renovar con esplendidez la línea de acción social iniciada por José María y Dorotea. Algunas realizaciones de María Dolores y de su hija Isidra aún están vigentes. El nombre de la primera ha quedado unido, sobre todo, al gran edificio de la residencia jesuítica de Manresa (Barcelona) donde muchos religiosos y seglares siguen todavía practicando los Ejercicios Espirituales; el de la segunda, juntamente con el de su marido, Sebastián Pascual y de Bofarull, ha entrado en la historia del hermoso colegio barcelonés del Sagrado Corazón de la calle Diputación[9]. El hijo, Alejandro María Pons y Serra, fue un valioso colaborador del segundo Marqués de Comillas, don Claudio López, y un destacado representante del catolicismo social-conservador en Barcelona[10].

▼ Lápida en la Casa de Ejercicios Espirituales de Manresa, 2008.
▼ Doña Isidra Pons Serra, Marquesa de Villota.

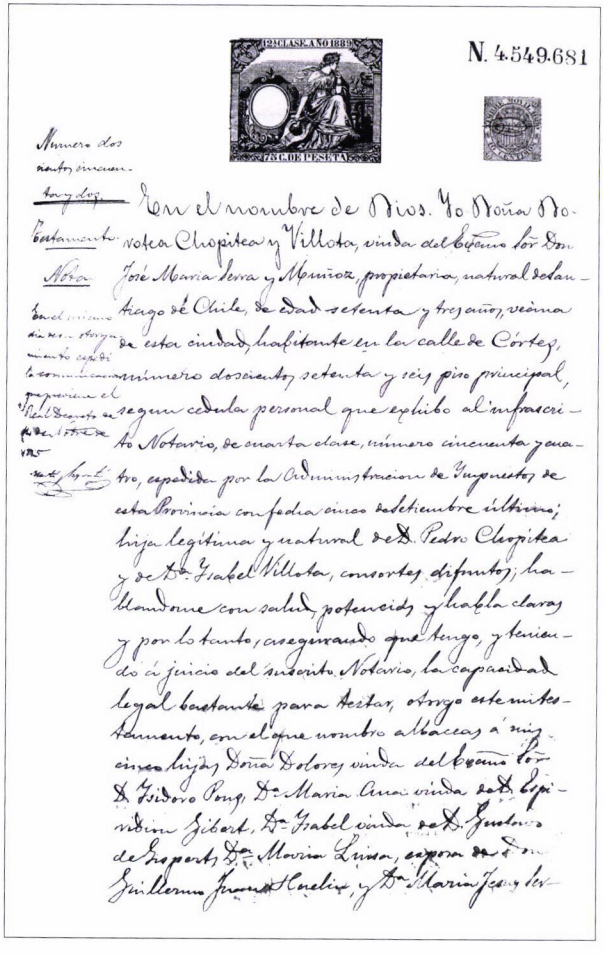




Si con el fallecimiento de Isidoro Pons perdía Dorotea a su mejor asesor económico, con el de Jerónimo Granell y Mundet, a los tres meses, perdía a uno de sus maestros de obras más competentes y generosos (págs. 171). Granell dejó este mundo el 31 de diciembre, cuando estaba construyendo para la Junta de Señoras de las Salas de Asilo el colegio del Poble Sec (pág. 275). Ante estos acontecimientos, que tan directamente le afectaban, Dorotea no pudo concluir ese año sin dejar arreglado el testamento.

El año siguiente, 1890, le hizo sufrir también lo indecible con la desaparición de dos nietos de corta edad: Guillermito Huelin y Serra, el hijo mayor de María Luisa, falleció el 20 de octubre después de una breve enfermedad, y María Pascual y Serra, hija de María Jesús, el 2 de diciembre. Ambas defunciones Dorotea las lloró amargamente; en particular la segunda ya que, como sabemos (pág. 146), cuidó a la pequeña María día y noche durante su larga enfermedad.

▾ Testamento, 1889.


12ª CLASE AÑO 1889
N. 4.549.681
CINCUENTA CENTIMOS DE PESETA
Número dos mil trescientos cincuenta y dos
Testamento
Nota
En el nombre de Dios. Yo Doña Dorotea Chopitea y Villota, viuda del Excmo Sor Don José María Serra y Muñoz, propietaria, natural de Santiago de Chile, de edad setenta y tres años, vecina de esta ciudad, habitante en la calle de Córtes, número doscientos setenta y seis piso principal, según cedula personal que exhibió al infrascrito Notario, de cuarta clase, número cincuenta y cuatro, expedida por la Administracion de Impuestos de esta Provincia con fecha cinco de Septiembre último; hija legítima y natural de D. Pedro Chopitea y de D.ª Isabel Villota, consortes difuntos; hallandome con salud, potencias y habla claras y por lo tanto, asegurando que tengo y teniendo á juicio del suscrito Notario, la capacidad legal bastante para testar, otorgo este mi testamento, con el que nombro albaceas á mis cinco hijas Doña Dolores viuda del Excmo Sor D. Isidoro Pons, Doña María Anna viuda de Lopidoux Zibart, Doña Isabel viuda de Gustavo de Siguenza, Doña María Luisa esposa de D. Guillermo Jaime Huelin, y Doña María Jesus la

Ya había puesto mano a la obra en el verano de 1886[11]. Pero fue tres años después cuando otorgó el testamento definitivo ante el notario Miguel Martí y Sagristà con fecha 31 de diciembre de 1889[12]. En él nombra albaceas a sus cinco hijas y pasa, primero, a disponer algunas cosas pertinentes a su propia persona: que el entierro y los funerales «sean lo más sencillo posible» y que se digan «cuatro mil misas rezadas», las cuales han de celebrarse «por sacerdotes que tengan la residencia precisamente en esta ciudad». Después se detiene en la distri-

Dorotea hace testamento

bución de sus bienes y haberes. Por ejemplo, a María Dolores le deja la casa-torre de Sarrià, Torrentes de *Casa Mora* 1, «como testimonio de aprecio a los inestimables servicios que mi difunto hijo político, don Isidoro Pons, ha prestado a mi esposo y a la Casa de Comercio que en Sociedad tenían establecida en esta ciudad, y como débil muestra de la consideración que le profeso por todo cuanto ha hecho con notorio beneficio de la familia y mío».

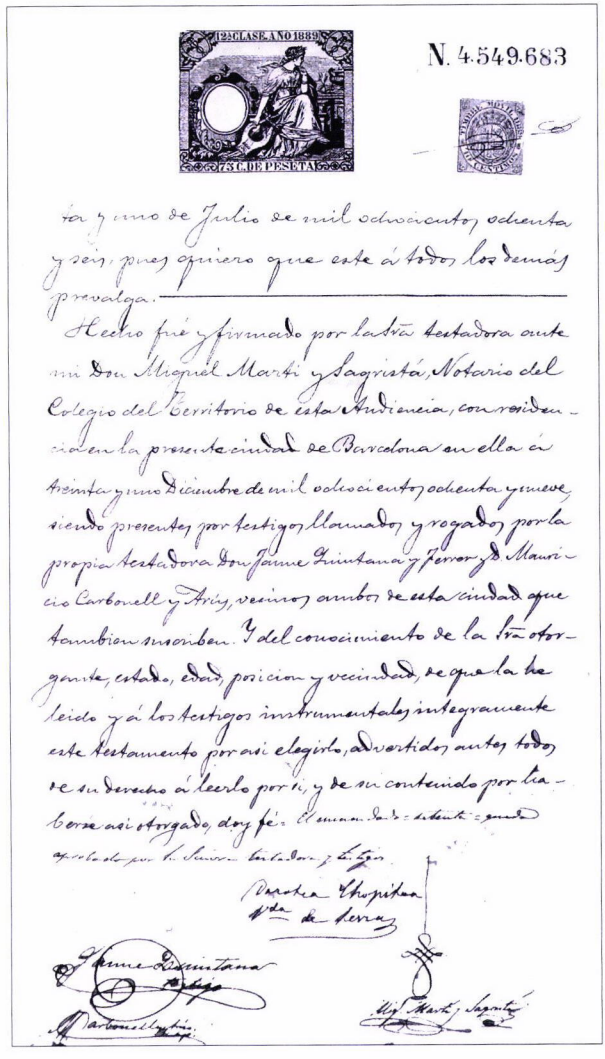
Lo más llamativo del documento radica en la *Memoria testamentaria* que la autora considera como parte integrante del mismo testamento y que, por tanto, sus hijas deben llevar a cabo «exactamente», porque «si cualquiera de mis herederas se opusiera a su cumplimiento de esta mi postrera voluntad (...), la privo de la herencia, legándole sólo la cantidad legitimaria materna, que por ley corresponda».

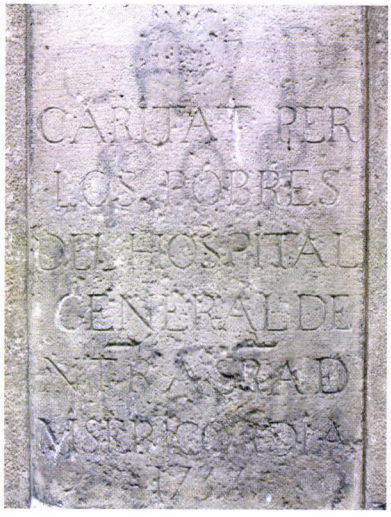
¿Cuál es el contenido de esa *Memoria*, tan celosamente impuesto por mamá Dorotea y que libró en poder de su notario, señor Martí y Sagristà, con la misma fecha del testamento?

Después de precisar los bienes que, a título de herencia, debían percibir las cinco hijas, Dorotea establece los legados y mandas que las mismas han de satisfacer «de los restantes bienes míos».

La lista es nutrida e impresionante, porque en ella entran los enclaves clásicos de la beneficencia barcelonesa, como la Casa de Caridad, la Casa de la Misericordia, las Salas de Asilo, el Hospital General de la Santa Cruz, y varias congregaciones religiosas, dedicadas preferentemente a la promoción social,

▾ Memoria testamentaria, 1889.


12ª CLASE AÑO 1889
N. 4.549.683





Casa de Misericordia:
▲ Lápida en la puerta de entrada.
▼ Niñas internas en el patio de los naranjos
(Arxiu Fundació Privada Casa de Misericordia).

como las Hermanitas de los Pobres, los Hermanos de San Juan de Dios, las Hijas de la Caridad, las Religiosas del Servicio Doméstico, las Hermanas Terciarias Franciscanas, los Salesianos, las Hijas de María Auxiliadora, los Hermanos de las Escuelas Cristianas... Y tienen también sitio algunos parientes necesitados, los nietos y las nietas, los biznietos y las biznietas, los colaboradores más próximos, como Salvador de Almenara, y los criados de la Casa Serra, los que lo fueron un tiempo y los que seguían siéndolo, como «mi cochero Pablo», «mi portera Ramona»...

Pero los sentimientos más altruistas y heroicos de Dorotea se declaran en esta opción: «Condono a mis deudores, que sean pobres, la cantidad que en el día de mi muerte me estuviesen debiendo»[13]. Como se ve, Dorotea tenía decidido gastar en favor de los marginados hasta el último céntimo y es que había optado por hacerse pobre para enriquecer a los pobres En este sentido, fue un exponente de la verdadera izquierda.

Increíble mujer

Teniendo presente cuanto estamos exponiendo, un autor retrata a Dorotea diciendo que era una «increíble mujer»[14]. Porque ¿de dónde podía sacar tanta energía vital? –De la fe. Ella no tenía otra fuente mejor.

Los *propósitos* formulados durante los Ejercicios Espirituales que practicó cada año en el Colegio del Sagrado Corazón de Jesús durante el trienio 1888-1891 demuestran que tenía perfectamente asumidos algunos valores básicos del mensaje cristiano, como el señorío de Cristo Jesús, la búsqueda de la gloria de Dios, la primacía del amor a Dios y al prójimo, la confianza en Dios, y que de ellos sacaba las luces y las pautas para regular su comportamiento: rectitud de intención, renuncia al egoísmo, dominio sobre sí misma, ascética, ejercicio del amor fraterno. Recogemos textualmente algunas de estas *reso-*

luciones. En 1888: –Prometo a Dios, mi Señor, hacer todas las cosas y acciones para mayor gloria suya. –Le pediré en todos los momentos al Señor, me llene de su santo amor. En 1889: –Me dedicaré a las obras de caridad, que tengo empezadas, siendo la principal de todas el procurar recoger criaturas, y más si son huérfanas. Y en 1890: –Prometo a Dios, mi Señor, consagrarme enteramente a él y a la salvación del prójimo por todos los medios que estuvieren en mi alcance[15].

Aquí tiene el lector por lo menos una ventana abierta para observar la intimidad de esta mujer. Dorotea no es simplemente una *señora caritativa*, sino una cristiana enamorada de Dios y de Cristo Jesús y, por esto mismo, generosa y solidaria con los marginados, llena de ternura para los desvalidos, éticamente honesta y fuerte. Cree a ciegas que en el Evangelio de su Señor Jesús tiene una base segura para regular y reactivar la vida moral. Por eso su ceguera es clarividente como la mirada de los enamorados.

Los centros de acción

En la presentación que sigue, nos esforzaremos por aducir la documentación disponible, a fin de que el lector tenga el gusto de acercarse él mismo al corazón de la protagonista, con sus intenciones, propósitos, dudas, esfuerzos y, siempre, con su ardiente pasión religiosa.

Las chachas de Barcelona

La capital catalana seguía creciendo. Crecía la ciudad y crecían los pueblos del entorno. Las gentes acudían en busca de unos medios de vida que no hallaban en otros lugares de Cataluña y de España. En concreto acudían las muchachas que, si carecían de cultura y de una preparación profesional específica, podían al menos ofrecer a las familias de la burguesía barcelonesa, alta y media, su capacidad para los trabajos domésticos, y aspirar así a integrarse un día en la ciudad que las acogía. Por supuesto, estas jóvenes presentaban una tipología muy variada.

▾ Una *chacha* de Barcelona.



Como hemos podido comprobar tratando de los Serra, en las familias acomodadas las hijas aprendían a hacer las faenas del hogar: repaso de la ropa, planchado, cocina, economía doméstica. Y aunque pasaran algunos años en un colegio de pago, no abandonaban tales menesteres porque, en

definitiva, tenían que ser *mujeres de su casa*. Pero no había suficiente con lo que ellas pudieran aportar; hacían falta también las sirvientas y las criadas, llamadas a veces *doncellas* y *chachas*.

Durante el siglo XIX, y aun durante las primeras décadas del XX, lo mismo en Barcelona que en Madrid y otras ciudades, el *servicio doméstico* fue un hecho habitual e indispensable. Algunas jóvenes que entraban en una casa como sirvientas pasaban allí años y años, y acababan por ser consideradas como de la familia.

Los señores Serra se esmeraban en atender a su personal de servicio. Lo hacían por sentido humanitario y por delicadeza de conciencia. Porque, por aquellas fechas, no había una legislación social al caso ni había comenzado la profunda evolución que iba a tener después la figura del servicio doméstico.

Las personas a las que nos estamos refiriendo formaban parte de esa juventud que podría llamarse *en peligro*. Porque, una vez que habían abandonado el hogar paterno, o siendo huérfanas, ¿quién las acogía en la gran ciudad? ¿Quién las libraba del riesgo de caer en la prostitución? ¿Quién se cuidaba de darles alguna preparación profesional y cultural, o atenderlas en caso de enfermedad, o colocarlas en familias de confianza, o visitarlas por si estaban contentas, o brindarles unos momentos de distracción y solaz? ¿Quién, sobre todo, les acompañaba en el desarrollo de su conciencia cristiana?

En Madrid se había fundado una congregación religiosa con esta finalidad, gracias a la intuición y al impulso religioso de Vicenta María López Vicuña, una navarra afincada en la buena sociedad madrileña (1847-1890). Tenía 29 años de edad cuando, el 11 de junio de 1876, echó los fundamentos de un nuevo instituto, llamado en un principio de las *Hermanas del Servicio Doméstico*, y que pronto debía llegar a Zaragoza (1876) y a Sevilla (1885).

Por estas fechas en Barcelona no se dedicaba nadie al *apostolado específico* entre las muchachas conocidas hoy como *asistentas del hogar*. Pero dada la evolución sociolaboral que estaba experimentando, era evidente que la capital catalana necesitaba algún centro del género. Se lo hacían notar a la Madre Vicenta María las personas implicadas en el *catolicismo social* de la época y especialmente los jesuitas, quienes ejercían de guías espirituales de la joven institución. La fundadora estaba de acuerdo en llevar su obra a Barcelona, pero ¿dónde estaba el personal preparado y los medios económicos necesarios? Y una vez en aquella ciudad, ¿por dónde se comenzaba? Tales eran las preguntas que se hacía a sí misma, para concluir que aún no había sonado la hora...

Hasta que un día de agosto de 1887, el jesuita Leonardo de la Rúa, recién llegado de Barcelona, se encontró con ella en Zaragoza, y le preguntó si había oído hablar de la viuda de Serra. Madre Vicenta dijo que no. El jesuita le aconsejó que escribiera a doña Dorotea, mientras él ponía al corriente del proyecto a Isabel Serra, la viuda de Gispert. La fundadora actuó al poco tiempo: «Me tomo la libertad de escribirle por indicación del reverendo padre Leonardo de la Rúa (...). Me animó a que me dirigiera a usted, en quien todas las obras de caridad encuentran firme apoyo». Y, al enviarle un prospecto informativo de su instituto, le indicaba la fuente principal de sus preocupaciones: «La dificultad está en reunir fondos para la manutención de las chicas pobres, porque la comunidad se sostiene con sus propios recursos. Ciertamente, nada se perderá con que usted sepa de nuestros buenos deseos, y, si algún día encuentra medios para favorecerlos, haría con ello una obra de mucho servicio de Dios»[16].

Dorotea dijo que sí, pero pedía un poco de tiempo; a partir del año siguiente, 1888, podría hacer algo... Vicenta María, contenta, se decidió a viajar a Barcelona, donde contactaría con los futuros colaboradores, y conocería personalmente a Dorotea. Iniciado el mes de octubre (1887), ya estaba en la Ciudad Condal y se alojaba en las Religiosas de María Reparadora, a quienes ya conocemos (pág. 123). Allí la visitaron Dorotea y su hija Isabel.

A partir de este momento, comienza un capítulo más de esa historia de Dorotea colaborando con los santos de altar, como San Benito Menni, San Juan Bosco, Beato Miguel Rua, Beato Felipe Rinaldi, San José Mañanet y Vives, Santa Vicenta María López Vicuña[17]. El capítulo protagonizado por Vicenta María y Dorotea es breve, porque la muerte les cortó la trama de la vida muy pronto –a la primera, en diciembre de 1890; a la segunda, cuatro meses después, en abril de 1891–, pero es intenso, heroico y fecundo. «Donde Dorotea desplegó más las alas de su celo, escribe Nonell con énfasis y buen conocimiento de los hechos, fue en la protección que dispensó a las religiosas de María Inmaculada o del Servicio Doméstico»[18]. Y es que el *Asilo de Sirvientas*, así llamado en la terminología de la época, correspondía perfectamente a una de sus aspiraciones más profundas: preservar y promover a la juventud femenina socialmente menos favorecida[19].

Con la bendición del obispo diocesano, Jaime Català y Albosa, a quien la obra proyectada le parecía no sólo necesaria sino «indispensable»[20], Dorotea comenzó a buscar un lugar adecuado. Lo encontró en el segundo piso de una casa situada en la calle Comtal, 35, y que ya habían empleado

las Madres de María Reparadora. Ella, las *Madres Reparadoras*, los jesuitas y otras personas caritativas ayudaron a que todo estuviera a punto para la fiesta de la inauguración, el 10 de febrero de 1888.

Todo había comenzado bien. A las alumnas que habían venido de Madrid para asentar el funcionamiento de la nueva casa-colegio, se añadieron enseguida algunas catalanas, cuyo número fue creciendo. Además de la doctrina cristiana, se les enseñaba lectura, escritura y cuentas. Su edad oscilaba entre los 14 y 30 años y, según el Reglamento, ninguna de ellas podía ser colocada sin haber recibido antes «los sacramentos de confesión y comunión»[21]. Fue un percance grave para el asilo-colegio el que, a los dos años y por cuestiones de arrendamiento, se viera obligado a cambiar de domicilio, que halló en la misma calle Comtal, 9. Pero era peor que el anterior...

Con esto estaba claro que aquella institución necesitaba un emplazamiento propio, espacioso y con nuevos horizontes. Dorotea pensaba así, y, de acuerdo con las Religiosas, comenzó a moverse en consecuencia. Sopesando todas las circunstancias –ya era una mujer experimentada en materia de *fundaciones*–, prefería comprar un terreno en el *Ensanche* y construir un edificio de nueva planta. Pero deseaba que otros se implicaran también en la empresa. Ésta resultó difícil, tanto para la Madre Vicenta María como para sus amigos, porque les hacía falta mucho dinero y más de una vez se les volvía el viento de frente. Menos mal que, junto a Dorotea, fueron surgiendo otros colaboradores, como su hija mayor, María Dolores.

Entre todos consiguieron que el 19 de abril de 1890 y ante el notario Miguel Martí y Sagristà, se firmara la escritura de la compra del terreno, ubicado en la calle Consell de Cent chaflán con la de Bruc, y, unos meses más tarde, en el mes de agosto, Dorotea manifestaba a la superiora de Barcelona que ella adelantaba el dinero, sin intereses, para la construcción del edificio, pero que no dijera nada a nadie. La Madre María Isabel Méndez, llena de alegría, no puede mantener aquel secreto y pide permiso para poner al corriente a la Madre Fundadora. Dorotea cede, pero insiste en que no ha de saberlo nadie más. Como otras veces, se empeña en cumplir al pie de la letra el dicho evangélico: «Cuando des limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha, para que tu limosna quede escondida; y tu Padre, que ve lo escondido, te recompensará» (Mt 6, 3-4). La santa Fundadora escribía a Barcelona el 14 de agosto: «Mi respetable y muy amada señora doña Dorotea: Recibo hoy la noticia de la propuesta hecha por usted. Palabras no hay para expresar la impresión que a mí me ha

hecho, ni la gratitud de que está lleno mi corazón, pero me he ido a los pies de Nuestro Señor, y he quedado tranquila, encargando a Su Divina Majestad de pagar, como El puede y sabe hacerlo»[22].

Las obras comenzaron en la fecha señalada por Dorotea, 1 de septiembre de 1890[23]. Hacia mediados del año siguiente, la comunidad de la calle Comtal pudo trasladarse al nuevo establecimiento e iniciar una nueva etapa de vida. Pero Dorotea, que nunca había abandonado a estas religiosas de María Inmaculada[24], no pudo conocerla, porque había fallecido unos meses antes.

Cinco años más tarde, el doctor Félix Sardà y Salvany contemplaba el edificio y no podía menos que manifestar su admiración: «Es uno de los monumentos de caridad que recuerda la por tantos títulos inagotable de la señora doña Dorotea de Chopitea, viuda de Serra, cuyo nombre va unido al de casi todas las Casas modernas de beneficencia en nuestra ciudad»[25]. La iglesia vino algo más tarde, en septiembre de 1898. La había costeado enteramente María Dolores Serra y de Chopitea, en memoria de su madre[26]. En la actualidad (2008), esta institución, estratégicamente situada en el Ensanche barcelonés, sigue desplegando una gran actividad, tanto en el campo educativo como en el de la atención a las jóvenes universitarias y trabajadoras. Su *Residencia María*





▲ Colegio-Residencia de María Inmaculada. ▲ Entrada a la iglesia. Detalle. ▼ Alumnas en la clase de pastelería.

COLEGIO DE MARIA INMACULADA
Para el Servicio Doméstico y Protección de la Joven. Consejo de Ciento, 393. Barcelona

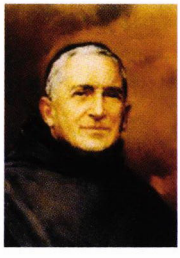


Inmaculada y el *Centro Social* del mismo nombre renuevan, día tras día, el espíritu de la Fundadora y de Dorotea de Serra.

Las niñas enfermas

Fray Benito Menni, empeñado en restaurar la Orden Hospitalaria en España, había continuado la tarea iniciada en Barcelona (pág. 116-117). Y así, había recorrido principalmente las tierras de Andalucía y Castilla. En esos largos años de esfuerzo comprobó una y otra vez la falta de asistencia a las mujeres dementes. En España apenas existían centros psiquiátricos para atenderlas, al menos tal como los quería el padre Benito. Por entonces, los Hermanos de San Juan de Dios no se cuidaban de las señoras, y menos, de las señoras enajenadas mentales. Menni se daba cuenta de esta marginación, social y sanitaria, que padecían muchas mujeres, y no la pudo tolerar. Pensó que podría aportar alguna solución fundando una congregación religiosa femenina con esa finalidad. Pero ¿cómo lo iba a conseguir? En su intento, se vio sumido en una historia sorprendente y heroica a un mismo tiempo[27].

Lo cierto es que en 1881 ya pudo contar con un grupo de mujeres dispuestas a secundar sus ideas, y que, al año siguiente, con la anuencia del arzobispo de Toledo, cardenal Juan Ignacio Moreno, se unían con la profesión religiosa. Formaban la Congregación Hospitalaria de las Hijas de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, la cual más tarde se llamaría *Congregación de Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús*. Su casa era un pequeño manicomio de señoras que radicaba en la calle Jardines número 1 del pueblecito, agrícola y pobre, de Ciempozuelos, cerca de Madrid[28]. Como el padre Menni ya tenía abierto en esta localidad un centro de los Hermanos Hospitalarios, Ciempozuelos es un referente en la historia de la gran familia hospitalaria de San Juan de Dios[29].



▾ San Benito Menni (1841-1914).

La congregación comenzó a extenderse enseguida y no tardó en llegar a Barcelona. Quisiéramos estar mejor documentados en este punto. Observando los hechos hay que afirmar que la iniciativa estuvo en manos de fray Benito quien había consultado con Dorotea y asegurado de antemano su apoyo. Y es que fray Benito se había formado la idea de que Dorotea era una señora «muy buena» y que tenía «gusto especial» en «sacar de apuros» a la gente[30]. Pero, según él, en Barcelona no se levantaría, como en Ciempozuelos, un manicomio sino un asilo-hospital para niñas, semejante al que tenía fundado antes para los niños. Ambos, el fraile y Dorotea, estuvieron de acuerdo sobre este plan, y se pusieron a trabajar juntos, como quince o veinte años atrás: lo que habían

hecho para los Hermanos y niños enfermos, ahora lo harían para las Hermanas y niñas enfermas.

Acudieron enseguida al obispo Català y Albosa solicitando que autorizara la venida de las Hermanas y la apertura de la Casa, la cual se mantendría exclusivamente de limosnas y donativos de los diocesanos. Monseñor no tuvo inconveniente alguno; conocía bien a los peticionarios y juzgaba que el asilo «venía a remediar una necesidad que no había sido objeto hasta entonces de especial atención»[31]. Era el 17 de agosto de 1888. Menni y Dorotea comenzaron a buscar el puesto adecuado. Se fijaron en el convento de la Encarnación, situado junto a la iglesia parroquial de Les Corts, y que las Religiosas Carmelitas Calzadas dejaban libre por trasladarse a otro lugar. Las Carmelitas y fray Benito se entendieron pronto, y el 16 de noviembre firmaron los papeles de compraventa. Dorotea pagó la cantidad correspondiente al primer plazo y se comprometió a pagar en año y medio la suma total: 40.000 pesetas. Las Hermanas Hospitalarias reconocen en una reciente publicación que esta ayuda económica fue «clave» para la fundación del centro[32].

Mientras tanto, fray Benito, quien gozaba de gran prestigio como superior provincial de los Hospitalarios, se apresuró a en-







▲ Antiguo Asilo-Hospital de San Rafael
▲ Sala dormitorio.
▶ Religiosa atendiendo a un niño enfermo.

viar a Barcelona el grupito de Hermanas que debían fundar la obra de Barcelona. Llegaron el 6 de noviembre de ese año, 1888, y por el momento se alojaron en el Hospital de la Santa Cruz. Al día siguiente, visitaron a Dorotea y demás bienhechores, y enseguida comenzaron a reunir lo más imprescindible para habilitar el nuevo establecimiento. Pasaron unos meses de mucho trabajo y gran austeridad, pero pudieron fijar la fiesta inaugural para el 31 de marzo del año siguiente (1889). Y efectivamente, ese día abrió las puertas el asilo-hospital, bautizado con el nombre del arcángel San Rafael, de quien era tan devoto el padre Menni. Ocupaba el número 1 de la calle San Benito, denominada después calle Cabestany, y presentaba los dos aspectos: de asilo o casa de acogida para niñas pobres y de hospital para «niñas lisiadas, escrofulosas y raquíticas pobres», como decía el primer sello que usó el establecimiento.



La fiesta de la inauguración resultó una jornada inolvidable y de ella dio testimonio la prensa de la ciudad[33]. Participaron el padre Menni, el obispo Català, los bienhechores, y, a partir del mediodía, muchísima gente. Entre los bienhechores figuraba Dorotea, «a quien bien podemos llamar, escribía la superiora, sor Rufina, la Madre Fundadora de este Asilo, lo mismo que amorosa madre de los pobrecitos por la inmensa caridad que con todos tiene»[34]. La música corrió a cargo de la banda infantil del Asilo de los Hermanos. Los jóvenes músicos actuaron con maestría y fueron obsequiados con dulces y bizcochos: «Los ciegos y los cojos con sus instrumentos, más grandes que ellos, salieron muy contentos», atestiguaba la misma superiora[35].

La casa, por el momento, sólo acogía a 10 niñas enfermas, pero con el fervor religioso que fray Benito les infundió a las Hermanas, comenzó a crecer[36]. Pronto hizo falta un pabellón nuevo que, destinado a clases y dormitorios, diera cabida a unas 60 o 70 niñas. Dorotea no falló: dispuso que, a su cuenta, dieran comienzo las obras. No las pudo ver terminadas ya que le sorprendió la muerte (1891). Sus hijas-albaceas acabaron de pagar las 20.000 pesetas prometidas.

Así se explican los sentimientos de veneración y gratitud que el actual San Benito Menni profesaba hacia Dorotea: «No dejéis de visitar a doña Dorotea, escribía a la Superiora General, María Gabriela Paternáin, en julio de 1889 (...). Habéis de manifestarle (...) que es nuestra Madre, que así como sacó a este pobre de los apuros del Asilo, así os sacará a vosotras de todos vuestros apuros para las pobrecitas tullidas»[37]. Y al final de ese año, recomendaba a la citada superiora, sor Rufina de San Pedro: «Yo pienso que la lotería se puede hacer siempre que doña Dorotea os ayude

y enseñe; pídele perdón de que yo aún no le he escrito, que nunca la olvido y que le agradezco tanto el interés que se toma y el amor con que lo hace»[38]. Y a inicios del año siguiente, después de anunciar a la Superiora General que Dorotea estaba ayudando en la construcción del nuevo pabellón, le añade: «¡Ya veis, qué buena señora! ¡Que Dios se lo pague! Quisiera que le escribieseis una carta bien hecha; le daréis las gracias por todo»[39].



▲ El actual Hospital de San Rafael, en el Valle Hebrón.

El Hospital-Asilo San Rafael, dedicado a atender a las niñas pobres, afectadas de poliomielitis y malformaciones congénitas, fue progresando constantemente; como no había nada o casi nada semejante en aquella Barcelona de finales del XIX y comienzos del XX, se convirtió en un establecimiento de renombre[40].

Entre los años 1963 y 1967 fue trasladado al lugar que ocupa hoy en el Valle de Hebrón, Passeig Vall d'Hebron, 107. Como otras instituciones promovidas por Dorotea, ha debido experimentar una profunda transformación, porque el tiempo no pasa en balde[41]. Pero todavía está ahí, animada con la presencia de las mismas Hermanas y conservando el aliento hospitalario de los fundadores, porque el espíritu de la Congregación «persiste indeformable e impertérrito», como acaba de escribir la superiora provincial, Isabel Blázquez[42].

Por parte de Dorotea, fue fruto de la debilidad que sentía por las niñas pobres y enfermas. No las olvidó nunca; las tuvo presentes incluso en el testamento. La suerte de las niñas heridas por la enfermedad o marginadas por la pobreza, o *en peligro*, como las *chachas*, entraba de lleno en su sensibilidad de mujer y de madre. Pero en este punto no se movía por libre sino que tuvo la fortuna de colaborar con dos santos verdaderos, San Benito Menni y Santa Vicenta López Vicuña, y a su lado puso en juego toda su conciencia evangélica[43].

Huérfanas, jornaleros, indigentes, enfermos

Antes de 1897 la antigua *Riera de Sant Joan*, por donde hoy pasan, más o menos, el Paseo de San Juan y la calle Roger de Flor, formaba la línea divisoria de los municipios de Barcelona y San Martín de Provençals. A su izquierda, mirando la montaña, estaba la Derecha

del Ensanche del primero y, a la derecha, el barrio de Poblet del segundo. A partir de 1888 en este barrio comenzó la construcción del Templo Expiatorio de la Sagrada Familia, el cual debía configurar el barrio del mismo nombre. Era una zona todavía muy despoblada y pobre, donde vivían y trabajaban campesinos y ganaderos, artesanos y pequeños comerciantes. Todos ocupaban casas de planta baja o, lo más, de planta y un piso. Venían a ser los parientes pobres al servicio de las gentes que se iban asentando en la Derecha del Ensanche de Barcelona. La Avenida Diagonal terminaba un poco más abajo de la manzana de la Sagrada Familia.

A esta parte, aún muy poco estructurada social y urbanísticamente, habían llegado las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl en enero de 1883, con el propósito de establecer un centro de beneficencia. Lo llamaron *albergue* y lo pusieron bajo el patrocinio de uno de los santos más populares como era entonces, y lo sigue siendo todavía, San Antonio de Padua. Así nació, el 17 de enero de 1883, el *Albergue de San Antonio*. Estaba situado en la calle Roger de Flor, 259, entre las calles Consejo de Ciento y Aragón, y tuvo como primera superiora o *sirvienta* a sor María Dolores –Mercedes, en la comunidad– Viza y Martí (1883-1904).

No estamos bien informados sobre los orígenes del establecimiento. Nos consta que tuvo un fundador, llamado Enrique Palacios: un panameño, altruista y cristiano, que precisamente por motivos religiosos fue desterrado de su patria y acabó asentándose en la



▾ Antiguo Albergue de San Antonio (Fachada y sello).



Ciudad Condal. Dada su experiencia en obras asistenciales, admiró la beneficencia que se hacía en Barcelona pero echó a faltar que no había ninguna institución destinada a visitar y socorrer a los pobres en su domicilio. En consecuencia, optó por cubrir este vacío. Entró en contacto con las Hijas de la Caridad y puso en marcha la obra, la cual debía cultivar, como su rasgo genuino y diferenciador, esa vertiente asistencial-domiciliaria.

Ya desde los comienzos el *Albergue de San Antonio* apareció como un *conjunto* o *complejo* de actividades diversificadas: acogía a niñas huérfanas para instruirlas y mantenerlas gratuitamente, disponía de un *comedor económico* para los jornaleros de la zona, distribuía la *sopa del pobre* a los mendigos, tenía organizadas unas clases nocturnas para las operarias –enseñanza general, trabajos manuales– y, de acuerdo con la voluntad del fundador, prestaba asistencia a los indigentes en sus respectivos domicilios... Todo este abanico de actividades era ya una realidad antes de 1890[44].

En este año el Albergue dio un paso más hacia adelante: con la iniciativa del doctor Francisco Vidal Solares, el apoyo de las Hermanas y la colaboración de algunas personas de buena voluntad abrió un *dispensario especializado* en las enfermedades de los niños. La inauguración tuvo lugar el 15 de mayo de 1890. Parece que, por el momento, no llamó la atención del público, pero ya se tenía en germen una de las primeras instituciones de pediatría hospitalaria de España.

Hemos de suponer que Dorotea tuvo noticias de la obra desde un comienzo, ya que llevaba varios años colaborando con las Hijas de la Caridad. Pero fue el 3 de febrero de 1889 cuando ella se presentó en el Albergue. No la había llamado nadie, pero intuía que algo podría hacer en aquel lugar. Lamentó, por una parte, la excesiva humedad de la casa, y, por otra, la falta de agua corriente, que todavía no llegaba a la calle Roger de Flor. Como la citada superiora, sor Mercedes Viza, la vio interesada en favorecer la institución, fue a visitarla más tarde y le explicó el verdadero estado de la misma. Al despedirse, le dice Dorotea: «Hermana, termine el plano de la casa y prepare el presupuesto, tráigamelo todo, y veremos lo que se puede hacer». «No tardé en hablar al arquitecto, atestigua sor Mercedes, y, arreglado el plano, esperé un miércoles para presentarlo a la bienhechora». Como devota de San José, confiaba en la intercesión de este santo y confiaba también en la bondad de Dorotea. No así sus Hermanas, a quienes les parecía un presupuesto excesivo y, por tanto, inaceptable... Sor Mercedes se fue a la casa de la Gran Vía

y pidió por Dorotea. Esta examinó los planos y midió sus fuerzas, para concluir diciendo: «Pues, adelante, que se termine enseguida el edificio según el plano: ahora viene el buen tiempo». Esto ocurría al comienzo de la primavera de 1889. En el mes de noviembre quedaron terminados los pisos primero y segundo en los que pudieron colocarse sesenta huérfanas. Además de la instrucción religiosa, recibían «el aprendizaje de un oficio»[45]. Y no fue ésta la única mejora que Dorotea introdujo en el Albergue, porque también ayudó a las Hermanas a costear una capilla nueva, esbelta y espaciosa.

Mientras tanto, entre la casa-palacio de Dorotea –Gran Vía de las Cortes Catalanas, 276– y el Albergue con su dispensario –Roger de Flor, 259–, se fue canalizando una corriente de mutua simpatía: Dorotea solía acudir personalmente al Albergue, y las Hermanas conocían dónde residía su bienhechora. Siempre con el testimonio de la superiora en la mano, el biógrafo Nonell narra cómo en cierta ocasión dicha superiora envió a una Hermana a casa de Dorotea a buscar un dinero que le hacía falta. La señora le alargó 15.000 pesetas como quien da un puñado de céntimos. La Hermana, al ver tal desprendimiento, se conmovió de tal forma que apenas acertaba a balbucear unas palabras de agradecimiento. Dorotea aprovechó aquella circunstancia para manifestar un convencimiento que tenía perfectamente asumido: «Sosiéguese usted, Hermana, le dice; es lo que tenemos que hacer los ricos, que para ello nos ha dado Dios el dinero».

Esta corriente de simpatía y ayuda adquiría acentos de una exquisita espiritualidad. La descripción que nos ha dejado la Hermana Viza y Martí es muy transparente: «Todo lo que interesaba a la gloria de Dios interesaba también a doña Dorotea. Así es que me oía con verdadera fruición e inefable consuelo de su alma cuando yo refería el número de obreros que iban a comer al Albergue, el de niñas que frecuentaban las escuelas nocturnas, y los progresos que ellas y las asiladas hacían; y mayormente durante la Cuaresma deseaba que yo le informase del número de comuniones distribuidas en nuestra capilla». Una vez más emerge la síntesis vital a que ha llegado esta mujer cristiana: toda ella es humanidad, toda ella es trascendencia[46].

El sociólogo y escritor Ramón Albó y Martí, al preparar en 1901 su conocida obra *La caridad. Su acción y organización en Barcelona*, pudo comprobar el buen funcionamiento de esta institución en sus tres vertientes: el albergue, Roger de Flor, 259, el dispensario, Consejo de Ciento, 467, y el hospital que funcionaba en este mismo lu-

gar[47]. Y es que en 1894 y con una presencia más numerosa de las Hijas de la Caridad, el dispensario había dado origen al *Hospital de niños pobres*, aunque el dispensario no dejó de prestar sus servicios específicos. Fue una fortuna para la nueva institución que sus responsables más directos, el pediatra Vidal Solares y la Hermana Mercedes Viza, apostaran por armonizar dos dimensiones que todavía permanecen activas en la casa: la profesional y la humanitaria. A partir de estas fechas, hubo un Cuerpo Facultativo que se hacía cargo directamente de la marcha del dispensario y del hospital, y una comunidad de Hermanas, que, además de atender al Albergue, colaboraba con los médicos en las tareas sanitarias[48]. Unos y otras contaban con la ayuda de «algunas ilustres damas de nuestra buena sociedad», según observaba el *Diario Catalán*[49].

Estructurado así, este centro fue considerado, durante mucho tiempo, como uno de los centros privados de beneficencia más importantes de la ciudad[50]. Y lo sigue siendo hoy en día (2008).



▲ Al lado del antiguo albergue, el Hospital de Niños.

Las hijas de los obreros

Hacia 1857 Ana Ravell Barrera (1819-1893) y tres amigas suyas estaban pensando seriamente si podrían realizar sus ideales religiosos formando una asociación de vida activa, según el espíritu de San Francisco de Asís. Ana era natural de Arenys de Mar (Barcelona) y sus compañeras eran también catalanas. Tuvieron suerte al encontrarse con un fraile franciscano, exclaustrado a raíz de los sucesos revolucionarios de julio y agosto de 1835 en Barcelona (pág. 43-45) e integrado, a su vuelta de Italia, en el clero barcelonés. Había nacido en 1815 en Cervera (Lleida) y se llamaba Ramon Boldú y Nogués. Era un eclesiástico de prestigio[51]. Bajo su dirección, Ana y sus compañeras se comprometieron públicamente en la iglesia parroquial de San Esteban de La Garriga (Barcelona) a vivir en comunidad, conforme al pensamiento y al carisma de la gran Familia Franciscana. Era el 30 de octubre de 1859. Así nacieron las religiosas llamadas, entonces, Ter-

ciarias Franciscanas de la Inmaculada Concepción, y hoy, *Franciscanas Misioneras de la Inmaculada Concepción*[52].

Y ¿a qué se iban a dedicar? A obras sociales en general y en particular a la escuela, porque la experiencia les había demostrado que si la enseñanza de los niños estaba abandonada, lo estaba mucho más la de las niñas, tanto en los pueblos como en los núcleos de la naciente industrialización. Que estuvieron acertadas al escoger así el campo preferente de su actividad lo demuestra el rápido crecimiento de sus casas-colegio. En septiembre de 1876 tuvieron una en el pueblo de Sant Martí de Provençals, contiguo a la ciudad de Barcelona, y dentro de la demarcación parroquial de Santa María del Taulat. Sabemos que era una casa alquilada, situada en la calle Triunfo, 107, y que, bajo el patrocinio de la Asunción de Nuestra Señora, atendía a la educación de las «jóvenes obreras»[53]; pero desconocemos las razones y las circunstancias próximas de la fundación.

Desde luego el lugar escogido no podía ser más estratégico para el desarrollo de una labor educativa, porque el municipio de San Martín se estaba transformando con rapidez: su población, eminentemente rural, pasaba a ser una de las más industrializadas de España. Antes de su anexión al municipio de Barcelona en 1897, ya la llamaban «la Manchester catalana». Este proceso se puso en marcha sobre todo a partir de 1861 con la implantación de grandes centros manufactureros (textiles, alimentación, maquinaria, química) y de talleres auxiliares de todo tipo. El sector agrícola no desapareció del todo porque aquel vecindario ocupaba un espacio muy extenso y estaba integrado por diversos núcleos habitados, como el de Poblenou, pero quedó ampliamente superado por el industrial.

Lo mismo que en otras partes, la evolución se operó con un incremento demográfico impresionante, debido al flujo inmigratorio (1860, 9.333 habitantes; 1897, 51.396), y con graves deficiencias urbanísticas, sanitarias, educativas y de comunicación. La miseria se hacía evidente. La Barcelona rica y burguesa, que florecía al lado, no reaccionaba ante la pobreza que sus propias fuentes de prosperidad generaban diariamente. Barcelona, tan cercana y tan lejana a la vez[54]...

El impacto del maquinismo modificó el paisaje del municipio de San Martín, y así, desde 1886, la antigua calle del Triunfo quedó convertida en *La Rambla del Triunfo* o *de Poblenou*, el centro vital de todo el barrio.

En ella fue creciendo el *Colegio de la Asunción* con la presencia y la implicación del mismo padre Boldú. A los tres años de funciona-

miento (1879) contaba con más de 150 niñas durante el día y unas 80 por la noche. Hasta que se le impuso la necesidad de buscar un nuevo emplazamiento y construir un edificio más amplio, de nueva planta. ¿Cómo iba a conseguirlo?

Las Hermanas comenzaron a dar a conocer su proyecto y pedir el dinero necesario[55]. A raíz de esta campaña informativa, Dorotea debió de descubrir un campo más para su acción. Creyó que el proyecto encajaba perfectamente en sus aspiraciones y que la necesidad de ayuda se hacía perentoria. Y optó por implicarse a fondo. Adquirió el solar para las Franciscanas y se comprometió a ir costeando el nuevo edificio. Lo haría todo gradual y silenciosamente. Era su estilo.

El 24 de marzo de 1889, por la tarde, se procedió a la bendición y colocación de la primera piedra del convento-colegio y de la iglesia. El acto resultó solemne y festivo. Participaron los obispos de Barcelona y de Segorbe, el padre Boldú, la madre Ravell, varios párrocos y el Ayuntamiento de San Martín en pleno. Las obras de construcción dieron comienzo enseguida. El nuevo edificio –bajos y primer piso– estaba destinado a acoger la enseñanza elemental completa.

Dorotea, que había invertido 50.000 pesetas en la obra[56], ya no tuvo tiempo para acabarla del todo, porque si bien en la citada *memoria testamentaria* había legado 10.000 pesetas más «para concluir la casa», el montante de las deudas ya contraídas era bastante superior. Hacia 1893 la institución atravesó una grave crisis. Pero, al fin, las Hermanas, con el sacrificio que es de suponer, decidieron ocupar la parte edificada y organizar allí la escuela, Rambla del Triunfo, 74. Aunque en 1909 era más que evidente la portada educativosocial de la institución, los revolucionarios de la *Semana Trágica* la condenaron a la hoguera[57].



▲ Colegio de la Asunción, en el Poblenou. Patio interior.

A pesar de estas y de otras muchas vicisitudes, el colegio *Assumpció de Nostra Senyora* sigue cumpliendo hoy, 2008, Rambla de Poblenou, 94-96, su propia misión. Es verdad que le falta espacio para desplegarla con mayor respiro pero goza de buena salud con sus casi 700 alumnos y su estilo educativo, exquisitamente franciscano[58].

Las chicas del Eixample

Cualquiera que se acerque a la biografía de nuestra protagonista se percata enseguida de que su actividad alcanzaba, como quien dice, los cuatro puntos cardinales de la ciudad, precisamente cuando ésta co-



▲ Colegio de la Asunción, en el Poblenou. Alumnas de los primeros tiempos.

menzaba a dilatar sus espacios vitales. La mano de Dorotea llegaba de la montaña –Tibidabo, Sarrià– a la playa –La Barceloneta–, y de Sant Martí de Provençals a Les Corts y a Gracia, pasando por la Izquierda y la Derecha del Ensanche (Eixample). En 1888 se detenía en el Centro del mismo Ensanche, donde ella vivía.

Dorotea advertía cómo se iban estableciendo allí familias más o menos acomodadas, pero también otras, más humildes y sujetas a un régimen permanente de trabajo. Y decidió salir al encuentro de ambos grupos, haciendo algo por la educación de sus hijas. Para llevar a cabo su proyecto pensó en la Sociedad del Sagrado Corazón con cuyas religiosas mantenía una vieja amistad, nada menos que desde los tiempos del nacimiento del colegio-internado de Sarrià (pág. 51).

La madre Polonia Nerecán y sus compañeras bajaron de Sarrià el 26 de septiembre de 1888. Se proponían buscar una casa en un lugar céntrico de la ciudad para iniciar una nueva obra. Así lo pedían doña Dorotea y las antiguas alumnas del colegio de Sarrià que residían en Barcelona. «Al día siguiente de mi llegada, recuerda la madre Nerecán, a las ocho de la mañana, ya estaba doña Dorotea con su coche aguardándonos, y dispuesta a acompañarnos, como lo hizo, en todas nuestras correrías, subiendo escaleras, fijándose en todo, y dándonos su consejo, pero sin imponerse nunca». E indica la razón de este comportamiento: «Porque era muy humilde, y siempre infatigable allí donde viese alguna esperanza para incrementar la gloria de Dios, Nuestro Señor, y la salvación de la niñez»[59].

Esta vez intuyó que tal esperanza podría fructificar en su propio barrio, al lado de su casa. Y así el 24 de noviembre de 1888 se le alquiló a Isidra Pons una casa que llevaba el número 270 de la calle Diputación. Estaba en la manzana configurada por el Paseo de Gracia, la Gran Vía de las Cortes Catalanas, y las calles Diputación y Pau Claris, enfrente mismo de la manzana en que se alzaba la casa-palacio de Dorotea. Las religiosas se pusieron a trabajar sin descanso, tanto que el 1 de diciembre pudieron abrir un modesto colegio de media pensión con 12 alumnas. «Al establecernos en esta

casa, sigue precisando la testigo anterior, tuvimos ocasión de sentir los efectos del gran corazón de doña Dorotea; cada una de sus visitas me traía una luz y un consejo siempre muy acertado»[60].

Ella estaba contenta del paso que se había dado, pero aún andaba inquieta, como si le faltara algo.

– ¿Cuándo piensan ustedes abrir la escuela nocturna?, le preguntó uno de aquellos días a la madre Nerecán.

– Me han dicho que aguardemos hasta septiembre.

– Yo, en su lugar, la abriría cuanto antes, sin aguardar al curso siguiente.

«Me hizo tanta fuerza este consejo, tan suavemente insinuado, prosigue la encargada, que no pudimos resistir a su idea, y así dimos principio a la obra el 7 de enero [1889], o sea, pocos días después, sin mesas, ni bancos, ni nada de lo que era menester»[61]. Desde luego, a esta guipuzcoana le hizo falta poner en juego toda su energía y todas sus excelentes cualidades de organizadora para sacar a flote la empresa[62]. Pero, como decía ella, consiguió que, a los dos meses, frecuentaran las clases nocturnas «más de cien jóvenes obreras»[63]. Ahora sí, Dorotea podía descansar: veía convertido en realidad el elemento que valoraba más en su proyecto y al que siguió apoyando mientras estuvo en este mundo.

Y es que la escuela nocturna, o sea, la formación cultural y religiosa de las chicas empleadas en los puestos de trabajo fue para ella una preocupación permanente: que esas jóvenes acudieran a la escuela después del horario laboral, que no la abandonaran tan fácilmente, que se preparasen para hacer la primera comunión, que, incluso, las mayorcitas asistieran a alguna tanda de Ejercicios Espirituales...

El 23 de junio de 1892, las religiosas adquirieron un lugar más adecuado en la misma calle Diputación, 326, entre la calle Bailén y la Plaza de Tetuán, donde tuvieron ya el curso 1892-1893 y donde gradualmente organizaron un magnífico colegio. Es el





Colegio de la Asunción, en el Poblenou
▲ Exterior.
▲ Entrada.



▾ Colegio Sagrado Corazón, en la calle Diputación.

actual *Colegio del Sagrado Corazón*, en cuyas primeras obras de construcción, casa y capilla, colaboraron extraordinariamente Sebastián Pascual y de Bofarull y su esposa, Isidra Pons y Serra, nieta de Dorotea[64]. Por tanto, nada de extraño que lo frecuentaran varias de sus nietas y biznietas, e incluso las hijas de sus biznietos.

Pero ya desde 1897, en la casa llamada *San José*, entrada por Bailén, 56, comenzó a funcionar la escuela nocturna gratuita. La conoció bien el padre Alegre entre 1920 y 1930 y comprobó que en ella «las hijas de los obreros» recibían «la esmerada educación que anhelaba doña Dorotea al idear y proponer la fundación de este colegio»[65]. Esta apertura a las clases sociales más pobres ha sido una característica del centro educativo hasta hace veinte o treinta años[66].

Los chicos de la periferia urbana

Como vamos comprobando, las circunstancias en que actuaba Dorotea eran muy diversas y modulaban sus intervenciones de una forma o de otra. En las cuatro actuaciones que siguen es ella la que toma la iniciativa y puede moverse más espontáneamente.

Con los Salesianos

Después de la muerte de Don Bosco (enero de 1888), los salesianos de Turín habían invitado a Dorotea a trasladarse a aquella capital y presidir las grandes celebraciones que solían organizar el

día 24 de mayo, con motivo de la fiesta de María Auxiliadora[67]. Ella se excusó por motivos de salud –molestias en la garganta–, pero sin ceder en lo más mínimo en su fervor mariano: «La Santísima Virgen, contestaba al Rector Mayor, me priva de la satisfacción que hubiera tenido en poder asistir a su fiesta. Ella sabrá por qué. De todos modos aprecio en el alma su invitación y deseo que los niños hagan una merienda en mi nombre, para cuyo objeto destino 500 francos, que remitiré a usted por una letra»[68].

Y es que desde que la conocieron en Barcelona, los Superiores querían tenerla también alguna que otra vez en la capital del Piamonte. Dorotea quedaba agradecida, pero declinaba siempre la invitación.

«Moralizar» el barrio de Hostafranchs

Pero casi como para compensar al Rector Mayor por esta negativa, le exponía en la misma carta un nuevo proyecto que había pensado en favor de los salesianos.

Dicho proyecto abarcaba dos puntos: 1°. Levantar en los *Talleres* de Sarriá «una iglesia más grande», ya que la capilla que tenían no servía para acoger a «los niños externos». 2°. Fundar una casa en la misma ciudad de Barcelona, «en un barrio muy pobre y desamparado». Este último punto se lo explicaba así: «Tengo la intención de comprar un terreno que sea espacioso, y preparar allí una sala grande que sirva de escuela y capilla, siendo la primera diaria, a fin de moralizar aquel barrio que lo necesita mucho». No se trataba de un proyecto improvisado, sino que ella lo había ido madurando: «Podrían venir dos sacerdotes desde Sarrià y volver a la noche, y yo les subvencionaría con 150 francos cada mes por cuatro años, durante los cuales podrían ir buscando lecciones extraordinarias, y después ya podrían subsistir por vida propia»[69].

El Rector Mayor no tardó en responderle. Aunque resignado, sentía su ausencia en la fiesta de María Auxiliadora y le daba las gracias: «Reciba, Señora Madre, la expresión de nuestro cariño y agradecimiento por todo lo que ha hecho hasta ahora y va a hacer a continuación por los pobres huérfanos y obras de Don Bosco». Pero no se pronunciaba sobre los dos extremos del proyecto presentado. Prefería esperar a que el director de los *Talleres*, Juan Bautista Branda, fuera a Turín: «Aquí trataremos con él, que conoce bien sus caritativos sentimientos, y haremos lo posible para secundarlos»[70].

Al recibir esta misiva y comprobar que el padre Branda no salía de viaje a Turín, sacaba la conclusión de que se estaba perdiendo tiempo

–«siento este retardo», escribía– y sobre todo pensó que en aquella manera de actuar del superior había una cierta desconfianza hacia su persona. Y un tanto dolorida, se sintió en la obligación de esclarecer la rectitud de las motivaciones que le movían en aquella iniciativa: «Si usted tiene que hacerme alguna pregunta sobre el particular, puede hacerlo con toda franqueza, seguro de que yo no quedaré resentida por cualquier objeción que usted me haga, pues trabajando para un mismo fin, que es la gloria de Dios, no podemos estar muy discordes y poco a poco nos pondremos enteramente de acuerdo»[71].

¡La gloria de Dios! Constituye siempre el gran horizonte en que se mueven el pensamiento, la conciencia y la acción de Dorotea. Por eso, se anima a ampliar el primer proyecto: «Además de la escuela podría haber un Oratorio Festivo en el que se podría hacer mucho bien». Para ella y los salesianos el «oratorio festivo» venía a ser lo que también se llamaba entonces *recreo dominical* o, entre nosotros, *casal, esplai o centre juvenil.* Dorotea concluía la carta con un detalle propio de una madre y de una administradora: «Uno de estos días pasados escribí a usted remitiéndole una letra de 1500 francos sobre París. Van destinadas para sufragar las fiestas de nuestra buena [Madre] la Santísima Virgen. Deseo saber si ya han llegado a sus manos»[72].

Una escuela, una iglesia y un patio de recreo

De esta manera, mientras toda la clase burguesa de Barcelona pensaba en la inauguración de la primera Exposición Universal Española, abierta el día 20 de mayo de 1888, Dorotea delineaba los perfiles característicos de su obra, que sería a la vez escuela, iglesia y patio de recreo para los niños y jóvenes de uno de los barrios más deprimidos de las afueras de la gran ciudad.

La víspera de la salida de la carta que acabamos de presentar, el Rector Mayor había convocado a sus consejeros. Entre otras cuestiones debían estudiar las dos propuestas llegadas de Barcelona, y que el director de la casa de Sarrià refrendaba totalmente.

El Consejo Superior –o General, tal como hoy se le llama– daba el voto favorable a la construcción de la iglesia en el recinto de los *Talleres,* aunque poniendo la condición de que el «padre Branda busque los medios necesarios», y, en cambio, respecto a la nueva fundación en la ciudad de Barcelona, se pronunció negativamente: «*Non è accettata*» (No se acepta), se lee textualmente en el *Libro de Actas* del citado Consejo[73].

A don Miguel Rua se le planteó un problema delicado: ¿Cómo se arreglaría para comunicar a doña Dorotea aquel acuerdo que, sin

duda, le disgustaría? Dejó pasar unos días, mientras se dedicaba a otras cuestiones de gobierno. Porque efectivamente durante aquellos primeros meses después de la muerte del Fundador, le habían venido encima un cúmulo de problemas que exigían una solución.

Pero no olvidaba los relativos a Barcelona: «Siempre he tenido bajo mis ojos sus preciosas cartas», le escribía en una del 3 de junio. Y entrando en las dos propuestas que ella había formulado quince días atrás, se esforzaba por hacerle ver, por una parte, la buena voluntad que tenían los de Turín –«nosotros las hemos tratado en capítulo con toda seriedad»– pero también la doble dificultad que habían percibido: «Falta de personal y falta de medios financieros». Esto, considerando las cosas desde un punto de vista objetivo. Porque subjetivamente, el padre Rua se consideraba deudor de la palabra que había dado: «Don Bosco antes de morir y el Santo Padre después –explicaba– nos recomendaron suspender por algún tiempo todas las construcciones y todas las nuevas fundaciones. Yo he prometido cumplir tales órdenes y las he recomendado a todos mis hermanos, tanto por obediencia como por necesidad».

Hasta aquí el Rector Mayor manifestaba cuál era la política fundacional que pensaba seguir en adelante, de acuerdo con el parecer de sus consejeros. Pero, por lo visto, había quedado impresionado por el contenido y el tono de la carta que doña Dorotea le había remitido con fecha del 26 de mayo. Porque, bajo su responsabilidad personal, se atrevía a asumir una postura *flexible*, dejando la puerta al menos entreabierta: «Sin embargo, escribía en la última sección de la carta, si don Juan Branda puede emprender la construcción de la nueva capilla y tener la escuela en el barrio de que usted me habla sin pedir nuevo personal ni ayuda económica, nosotros estamos completamente de acuerdo». Al tomar esta decisión, el padre Rua le estaba diciendo a doña Dorotea que, al fin y al cabo, se fiaba «de su valiosa ayuda y de su generosidad, influencia y actividad». Tal era el concepto que se había ido formando de ella desde el primer día que la había conocido en Barcelona[74].

Dorotea ya no necesitaba nada más. El resto lo pondría ella. En aquellos días, exactamente el 4 de junio, cumplía los 72 años de edad y sabía que no podía andar perdiendo el tiempo.

«O la escuela se funda en este lugar, o no se funda»

La correspondencia epistolar que se fue produciendo entre Turín y Barcelona durante los meses de mayo y junio de 1888 resulta muy

significativa para conocer el alma de nuestra biografiada, y también para saber cómo se llegaba a una nueva fundación. Y, junto al epistolario, están los hechos. ¿Dónde pensaba comprar la señora ese terreno «espacioso» del que hablaba en su carta del 16 de mayo? Al parecer, ella había aludido alguna vez al barrio de San Antonio...

Pero según Jaime Nonell, sus colaboradores no estaban muy de acuerdo, porque opinaban que esta zona no podría alcanzar el desarrollo que estaban teniendo ya los barrios barceloneses del *Poble Sec* y de *Hostafranchs*, por ejemplo, o el barrio del *Pueblo Nuevo*, en el municipio de Sant Martí de Provençals. Estos enclaves, en vías ya de industrialización y con una creciente presencia del proletariado, parecían más adecuados para implantar la obra que proyectaba la señora...

Cuenta el padre Nonell a este respecto que un día –sería a comienzos del verano de 1888– doña Dorotea se llevó al director de la casa de Sarrià y a varios colaboradores al lugar que ella había pensado, y entonces se puso seria, y atajó las dificultades que se le oponían diciendo: "O en este sitio se funda la escuela, o no se la funda". Cedieron todos a su autoridad, prosigue el biógrafo, porque no dudaban que la señora veía más que ellos»[75]. Se encontraban exactamente en el punto en que se entrecruzan las calles de Floridablanca y Rocafort formando el chaflán oriental, dentro del futuro barrio de San Antonio. Era verdad que aún estaba muy despoblado, sólo salpicado con unas construcciones pobres e irregulares, pero la historia iría demostrando que ocupaba un puesto estratégico, entre el casco viejo de la ciudad de Barcelona y sus barrios extremos de Poble Sec y de Hostafrancs.

A comienzos del año siguiente, 1889, Dorotea ya tenía todo preparado para proceder a la adquisición del terreno que había escogido. La escritura de compraventa quedó formalizada el 25 de febrero. No era un terreno muy extenso, pero suficiente para echar a andar. Correspondía al Distrito Municipal de Hostafranchs, en la amplia zona de la Izquierda del Ensanche barcelonés.

Unos días antes, don Miguel Rua había felicitado a doña Dorotea con motivo de su onomástica, que era el día 6 de febrero. Estaba enterado del paso que iba a dar con la adquisición de aquel «inmueble en la ciudad de Barcelona para una nueva fundación» y por eso, además de felicitarla, le daba las gracias por «este nuevo beneficio que se dispone a hacernos». Como todas las cartas que dirige a la viuda de Serra, ésta es también muy efusiva, henchida de sentimientos de

gratitud, de veneración a Don Bosco y de una religiosidad transparente, centrada en la devoción a la Virgen Santísima[76]. Es delicioso percibir toda esa sintonía espiritual entre el actual Beato Miguel Rua y la Venerable Dorotea de Chopitea[77]. Queda ahí como un tema sin duda sugerente para la hagiografía moderna.

Las obras de construcción comenzaron enseguida y progresaban a buen ritmo en el mes de octubre cuando el Rector Mayor irrumpe de nuevo dirigiéndose a «nuestra querida Madre», para agradecerle todo lo que había hecho, hace, y hará en el futuro «por los pobres salesianos, hijos del inolvidable Don Bosco». Y, sin poder ocultar su emoción, añadía: «Me he enterado con gran satisfacción de las obras de la iglesia de María Auxiliadora [en Sarrià] y de las escuelas de San José para los niños pobres del barrio de Hostafrancs. Esperamos que Dios bendiga estas santas obras y que puedan acabarse pronto». Las interpretaba desde un orden trascendente: «Para mayor gloria de Dios y de María Auxiliadora, y para la salvación de las almas»[78]. Unos meses más tarde de 1890, Miguel Rua y Dorotea volvían a encontrarse en Barcelona: había que inaugurar oficialmente la nueva casa salesiana.

La inauguración

Es verdad que la venida del Rector Mayor a Barcelona en marzo de 1890 no obedecía sólo a este compromiso, sino, sobre todo, a una exigencia derivada de sus funciones de gobierno. Una vez nombrado primer sucesor de Don Bosco al frente de toda la Congregación, le interesaba dar una vuelta por España, visitando cada uno de los centros salesianos.

Pero su presencia en Barcelona ofrecía una coyuntura feliz para dar realce al acto inaugural y corresponder así, de una forma digna, a los esfuerzo de la *fundadora*. La prensa local se hizo eco de la efeméride, tanto antes como después de la fecha de la inauguración.

El día escogido fue la víspera de la fiesta de San José, que en el año 1890 revistió una solemnidad especial tanto en España como en sus territorios de ultramar. Efectivamente, era la primera vez que, por mutuo acuerdo entre la Iglesia y el Estado, el 19 de marzo tenía carácter de *fiesta de precepto* con todas sus consecuencias. Lo que obligó a tener el acto inaugural la víspera, 18, a partir de las cuatro de la tarde. Acudió mucho público y, por supuesto, todos los representantes del sector más dinámico del catolicismo social barcelonés en el cual se insertaban de lleno los cooperadores y bienhechores salesianos.

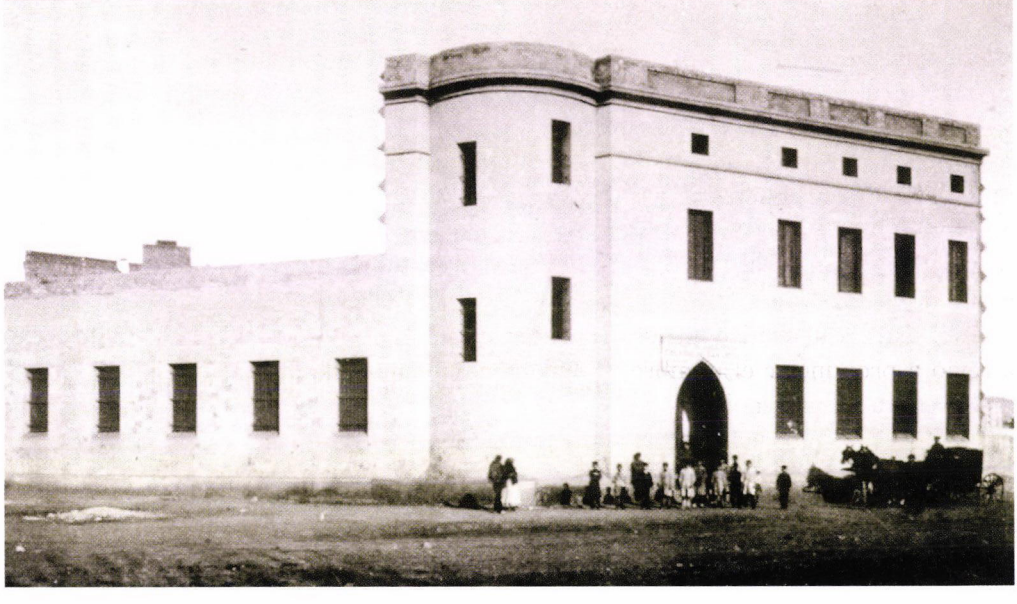
El obispo Català y Albosa procedió a la bendición del establecimiento, cuya construcción aún no estaba concluida. «Consta de planta baja y un piso», explica el *Correo Catalán.* Y añade: «El edificio se destinará a clases para niños externos, de día y de noche (...). Tiene habitaciones elegantes y espaciosas, ventiladas y bien construidas». Junto a la parte edificada estaba el patio central en el que se pensaban instalar, según la misma fuente, «varios juegos recreativos, a los que se permitirá concurrir a los niños durante los días festivos, intercalando el recreo con la oración». La iglesia grande, para uso de los niños y del público en general, se levantaría próximamente, y con ello «quedará completo el establecimiento, que ha de reportar grandes ventajas para aquel populoso barrio». Tal era la descripción que hacía y difundía el conocido periódico barcelonés de la obra ideada e impulsada por doña Dorotea, de acuerdo con los salesianos[79].

▾ Don Miguel Rua.



Después vino la velada de ocasión. El discurso estuvo a cargo de un eximio cooperador salesiano, catedrático de Física en la Universidad de Barcelona, llamado Bartolomé Feliu Pérez. Lo mismo que muchos de los presentes había conocido personalmente a Don Bosco en su paso por Barcelona en abril-mayo de 1886, y sin duda, había comprendido bien la misión de la Obra Salesiana, a la cual presentó como una fuerza capaz de librar de la esclavitud a los grupos más marginados de aquellas barriadas periféricas de la ciudad: «Y yo

▾ Salesianos-Rocafort Fachada, 1890.



afirmo, al presenciar la inauguración de esta Casa, que los hijos de Don Bosco vienen a romper esas cadenas»[80].

Y al referirse a ellos aludía también a Dorotea: «Los trae, dijo, providencialmente una noble dama, cuyo nombre pronunciamos con respeto los católicos, *porque va invariablemente unido a todas las empresas benéficas*». Acabamos de subrayar nosotros las últimas palabras, porque expresan bien el concepto en que se tenía a nuestra biografiada entre los sectores católicos más comprometidos y porque declaran el papel que la misma representaba en todo el conjunto del catolicismo social de la época. Y el doctor Feliu aún añadía al final de su intervención: «En nombre de estas familias obreras, a cuyo bienestar se consagra la fundación, envío cordialísimo voto de gracias a esa distinguida señora, *a cuyas larguezas se debe casi todo*»[81]. Sin duda, el señor Feliu quiso poner aquí toda su carga emotiva: la señora, a la que se refería, lo había hecho todo, o casi todo.

El ilustre catedrático no se atrevió a pronunciar el nombre de la señora. Temió molestar su humildad. Pero monseñor Català y Albosa, emocionado y hablando espontáneamente en su lengua catalana, no pudo aguantar y, al decir de los periódicos,







▲ Salesianos-Rocafort. en los primeros años: primeros niños acogidos.
▼ Coro de caramelles.
⏷ Banda de música de las Escuelas.

«hizo público el nombre de la caritativa señora, dando un ¡viva! a doña Dorotea Chopitea de Serra»[82].

Quizá era la primera vez que el nombre de Dorotea se oía en público en una ocasión tan solemne y que los periódicos lo difundían por todos los rincones de la ciudad.

Según el testimonio de un insigne salesiano que había venido de Italia acompañando al Rector Mayor y que asistió a la fiesta, don Julio Barberis, «la señora Chopitea de Serra humildemente había ocultado ser la generosa fundadora de la nueva casa». Y, por esto, cuando el Prelado diocesano dio a conocer su nombre, «el público entero –precisa don Julio– se manifestó conmovido y estalló en grandes aplausos»[83].

A todo esto ¿qué pensaba ella, cómo reaccionaba? No es posible responder a esta pregunta. Tal vez, si le parece bien al lector, pudo evocar aquella escena de la vida de Jesús cuando una mujer derramó sobre su cabeza un perfume. Valía mucho, y algunos reprocharon al Maestro que aceptara aquel obsequio... Pero Él contestó: «Está muy bien lo que ha hecho conmigo (...). Cuando ella derramaba el perfume sobre mi cuerpo, me estaba preparando para la sepultura» (Mt 26, 11-12). También Dorotea debió de aceptar la fragancia de aquellos elogios, pensando que su carrera en esta Tierra llegaba ya a término y que debía seguir trabajando por el único amor que le llenaba de verdad: el amor a Dios y a los pobres[84].

El primero de mayo, una vez terminadas las obras, los salesianos fueron a establecerse en la nueva fundación. Finalmente estaban en su «casa de Barcelona»; es decir, en el distrito municipal de Hostafrancs y en el barrio de San Antonio. Pero la gente había comenzado a hablar de los «salesianos de Hostafrancs», denominación que acabó por generalizarse.

El Rector Mayor, al saludar a toda la Familia Salesiana con motivo del nuevo año, 1891, recordaba lo que había visto y oído en Barcelona el año anterior, y mencionaba a los Cooperadores y Cooperadoras que habían hecho posible la apertura del instituto salesiano de Hostafrancs, y en especial a «una generosa señora, con razón llamada la madre de los pobres»[85].

Con los Hermanos de las Escuelas Cristianas

Mientras ponía en marcha estas Escuelas Salesianas de San José, Dorotea ofrecía a los Hermanos de las Escuelas Cristianas dos cen-

tros educativos similares, y algún tiempo después (1891), un tercero. Sin duda ella seguía confiando plenamente en los Hermanos, a los que, según hemos visto en el capítulo anterior, había llamado a trabajar en el municipio de Les Corts de Sarrià.

La Salle Barceloneta

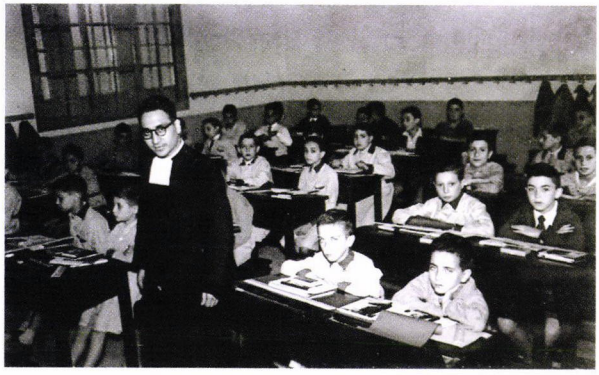
Esta vez los quiso en un barrio también muy humilde y desamparado, que ya conocemos: la Barceloneta. El catolicismo que vivía Dorotea aún no estaba animado por el movimiento actual del *ecumenismo*. Aquellos tiempos no eran de diálogo entre las Iglesias cristianas, sino, más bien, de enfrentamiento. De aquí que Dorotea reaccionara con cierta actitud combativa cuando se enteró de que en la Barceloneta funcionaba una escuela protestante. Creyó en conciencia que aquello no lo podía permitir...

Y procedió como en el caso de la Sala de Asilo de San Juan Bautista, fundada en aquel barrio: acudió a los albaceas del marqués de la Quadra (pág. 205). Los hermanos Trinidad y Carlos de Fontcuberta y de Parramón le otorgaron un terreno situado enfrente mismo del asilo, en las inmediaciones de la Plaza de Toros, y ella se hizo cargo de la construcción de un edificio de nueva planta. Los trabajos avanzaron aunque no con la rapidez que pedía la impaciencia de Dorotea, que finalmente pudo ver inaugurada la escuela el martes 8 de abril de 1890. Se trataba de un colegio «costeado y edificado exclusivamente para la educación de los hijos del trabajo»[86] y en sus aulas, espaciosas y bien orientadas, cabían «cómodamente 600 alumnos»[87]. Al acto de la bendición, impartida por el rector de la Parroquia de San Miguel del Puerto, Francesc de P. Vilà y Llunell, asistieron la «fundadora», los representantes

▾ La Salle Barceloneta. Edificio actual.







▲ La Salle Barceloneta. Antigua aula escolar.

de los Hermanos de las casas de La Bonanova, Les Corts y calle Condal de Barcelona y, por supuesto, los albaceas Carlos y Trinidad de Fontcuberta[88].

La escuela, situada en la calle denominada entonces de Hernán Cortés y hoy de Balboa, comenzó a funcionar con toda normalidad a partir del curso 1890-1891. Lo que llenó de alegría a Dorotea, quien además pudo comprobar pronto que las aulas del centro protestante quedaban vacías[89]... El nuevo grupo escolar llevaba el nombre de *San José*, como el de los Hermanos en Les Corts y el de los salesianos en la calle Rocafort, y, al igual que éstos, funcionaba como externado de primera enseñanza, con un talante popular plenamente abierto al barrio[90]. La Semana Trágica de Barcelona, en 1909, y la agitación revolucionaria de 1936 con el período bélico que siguió, impactaron cruelmente sobre su vida. De 1936 a 1957, durante 21 años, no pudo levantar cabeza. Pero en el curso 1957-1958 emprendió de nuevo la marcha con una decidida voluntad de servicio al barrio obrero, ensanchando los espacios de acogida y ofreciendo, entre otras cosas, cursos de formación profesional e incluso de bachillerato. Desde entonces lleva un nombre nuevo, *La Salle Barceloneta*, pero ocupa el mismo enclave de antes, calle Balboa, 18, y sigue manteniendo viva la mentalidad social de su fundadora, doña Dorotea[91].

La Salle Poble Sec

Dorotea se iba convenciendo cada vez más de que la obra de las Salas de Asilo, aunque excelente, debía ser perfeccionada, pues sólo llegaba a los niños de seis o siete años, si bien las niñas podían beneficiarse por más tiempo. ¿Cómo se aseguraba después la formación iniciada? A Dorotea le pareció bien que los Hermanos se hicieran cargo de los niños que terminaban en la sala-asilo de la calle Aldana. La Junta de Señoras, responsable de la buena marcha del asilo y presidida a la sazón por Dominga Juera de Vilar, no tenía nada en contra.

Pero ¿de dónde iba a salir el dinero necesario? «Confiemos en Dios, contestaba Dorotea, y no nos faltará la Providencia»[92]. La

Junta adquirió un terreno a la otra parte de la avenida del Paralelo, en el barrio de Santa Madrona del *Poble Sec*. Este sector había comenzado a urbanizarse inmediatamente después de la revolución de 1868, y su *Ensanche* había sido diseñado para acoger a una población numerosa y mayoritariamente obrera. El edificio que construyó la citada Junta se hallaba en la calle Blay, 42, y era contiguo a la nueva iglesia parroquial de Santa Madrona. Constaba de planta baja y dos pisos, y sus locales estaban dotados de todos los medios didácticos necesarios.

El obispo Jaime Català y Albosa, quien también se había adherido personalmente al proyecto y apreciaba a los Hermanos desde cuando había sido obispo de Cádiz, bendijo solemnemente el nuevo establecimiento el domingo 18 de mayo de 1890. Ante una nutrida representación del catolicismo barcelonés, tuvo lugar la velada de ocasión, en la cual hicieron uso de la palabra el cura-párroco de Santa Madrona, mossèn Ramón Rosés, y el prelado diocesano. El primero señaló la importancia de este centro educativo ya que en el barrio no faltaban otros «bastante concurridos desgraciadamente y en los que se da –decía– una enseñanza laica reñida con Dios y con la verdadera sociedad»[93]; el segundo se mostraba satisfecho porque, a la vuelta de unos seis años, el barrio contaba ya con una iglesia parroquial y un colegio católico nuevos, daba las gracias a todos los colaboradores y aludía explícitamente a Dorotea, de la cual –según confesaba– «no sabía si era más caritativa que piadosa o más piadosa que caritativa»[94]. Antonia Rodríguez de Ureta, escritora y directora de la revista *La semana católica de Barcelona*, aprovechaba la ocasión para expresar la idea que tenía formada de Dorotea: su entusiasmo por la causa del bien era «caritativo e inagotable»[95]. El colegio llevaba el nombre de Nuestra Señora del Carmen y prácticamente estuvo abierto sólo a los niños de las familias trabajadoras del barrio[96].

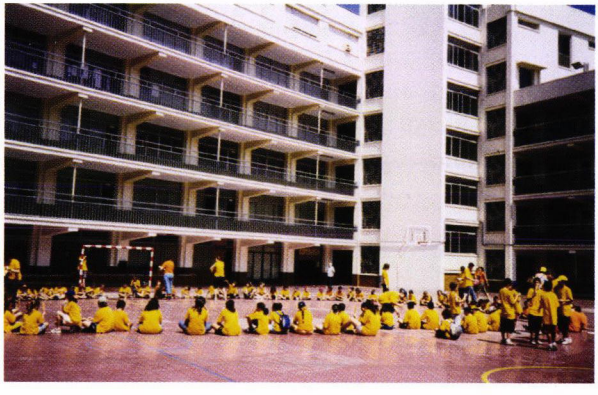
De esta manera se formó el triángulo que no dudamos en calificar el *más típico y fecundo* de la acción benéfico-docente de Dorotea: la sala-asilo Sagrado Corazón de Jesús –Hijas de la Caridad, calle de Aldana, 3, año 1862–, la escuela San José –Salesianos, calle Rocafort, 42, 1890– y la escuela Nuestra Señora del Carmen –Hermanos de las Escuelas Cristianas, calle Blay, 42, 1890–. Las tres instituciones estaban cerca la una de la otra, profesaban el mismo ideario educativo, tenían, como únicos destinatarios sociales, los chicos del proletariado y, en sus nombres propios, revelaban el mundo interior –trascendente y religioso– de su principal promotora.

Por eso, la agitación subversiva de la *Semana Trágica* echó las tres al fuego destructor (1909), aunque tal actuación era antisocial e injusta[97]. Y otro tanto les pasó en julio de 1936. Para esta fecha ya no funcionaba la escuela del Carmen, que tuvo que cerrar las puertas en 1929, pero sí las otras dos. La del Sagrado Corazón, niñas, y la de San José, niños, fueron víctimas de la persecución religiosa que acompañó en Barcelona y en otras muchas partes a la convulsión política y social del 19 de julio y días siguientes[98]. Después de todas las penalidades sufridas y de los cambios, profundos, que han debido experimentar, hoy (2008) ambas prosiguen realizando su labor con el esfuerzo de cada día.

La Salle Gracia

Fue la cuarta institución que Dorotea quiso para los Hermanos. Ya no llegó a verla en acción: se lo impidió la muerte. El motivo que le había impulsado a esta nueva iniciativa fue el mismo que tuvo, unos pocos años antes, en la Barceloneta: es decir, el establecimiento de una escuela protestante cerca de la Plaza de la Virreina, en la villa de Gracia. Entendió que debía hacer algo para neutralizar su influjo. Y es que era así el talante de la restauración canovista: junto a una iglesia, podía surgir una logia masónica o al revés.

Además, Dorotea tenía como una cierta debilidad por aquella villa, llena de conventos, centros culturales y casas de la menestralía. Por eso, pocos días antes de morir, cerró el contrato de compra de unos terrenos, junto a la iglesia parroquial de San Juan, en la calle de la Iglesia, 4. Estos terrenos los habían escogido los mismos Hermanos en el lugar que les parecía más conveniente y ventajoso[99]. La escritura de la compra de los terrenos se formalizó ante el notario Juan Armengol Piferrer el 27 de junio de 1891, con el dinero –80.000 pesetas– que había ofrecido Dorotea y que sus hijas habían entregado once días antes[100]. Las mismas hijas, deseosas de secundar los proyectos que había iniciado su madre, ayudaron a sufragar los gastos de la construcción del edificio escolar. El 19 de marzo de 1892 se inauguró la escuela. La bendijo el canónigo Valentí Basart como delegado del obispo diocesano, doctor Català y Albo-



▾ La Salle Gracia. Edificio actual.

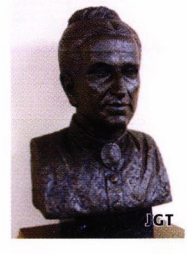
sa. Los niños comenzaron a llenar las aulas, con lo que provocaron que la escuela protestante tuviera que cerrar las puertas por inanición[101].

La Escuela San Juan Bautista de la Salle estuvo muy implicada en la vida religiosa y cultural del barrio. Se vio libre de las violencias de la Semana Trágica casi por milagro, pero no así de las de julio de 1936 que, en su ímpetu antirreligioso, lo arrasaron por completo. Ya no pudo seguir ejerciendo su actividad en el puesto de siempre, sino que se vio obligada a buscar otro nuevo. Lo tuvo a partir del curso 1940-1941 en la calle San Salvador, 44, y, ampliada y modernizada en la Plaça del Nord, 14, celebró gozosamente su centenario durante el curso 1991-1992[102]. Se quiso aprovechar la efemérides para colocar en el recibidor un artístico busto de doña Dorotea, «fundadora y protectora de la Escuela La Salle Gracia», como decía el programa de los actos conmemorativos. Hoy aquella semilla sigue fructificando admirablemente[103].





La Salle Gracia. ▲ Piedad popular. ▲ Concentración en el patio del colegio después de haber llevado la imagen de San Juan Bta. de la Salle a la parroquia de San Juan (Gracia, 1925). ▼ Busto de bronce, obra del escultor Joan Puigdollers, con motivo del centenario del colegio, 1991-1992



Los ancianos y las ancianas pobres

El superior de los *Talleres Salesianos*, impresionado ante el fallecimiento de Dorotea (1891), ponía en conocimiento del Rector Mayor, don Miguel Rua, algunos detalles de la personalidad de la difunta. En una de las cartas le decía que Dorotea «daba pocas limosnas a la puerta de su casa y que, en cambio, repartía grandes cantidades en los centros religiosos, prefiriendo, como Don Bosco, hacer el bien a los jóvenes más que a los mayores». Y explicaba la razón que, a su parecer, asistía a Dorotea: «Sabía que los ancianos mueven más fácilmente a la compasión y así consiguen las ayudas que necesitan, mientras que los niños, que han de formar las familias y la sociedad del futuro, quedan generalmente abandonados».

Y sacaba la conclusión siguiente: «Por esto nos quería tanto a los Salesianos y amaba tanto a Don Bosco»[104].

Que Dorotea protegía ampliamente a la niñez y a la juventud lo tenemos comprobado repetidas veces. Pero no se debe infravalorar la preocupación de Dorotea por los adultos: enfermos, ancianos, ignorantes. De lo contrario no hubiera llegado a sobrevivir el Hospital del Sagrado Corazón, ni nacido la Escuela Profesional Salesiana de Sarrià, ideada por su fundadora como un ámbito de preparación de los jóvenes para el mundo del trabajo. Lo mismo se ha de afirmar con respecto a las escuelas nocturnas y dominicales: Dorotea no las consideraba primordialmente para los niños, sino para los adultos trabajadores. Tales instituciones son exponentes cualificados de la mentalidad y de la acción social de Dorotea.

Ahora bien, la llegada a Barcelona de los Asilos de Ancianos le brindó a Dorotea una nueva ocasión para materializar sus íntimas aspiraciones humanitarias y religiosas.

La congregación de las *Hermanitas de los Pobres* la había fundado Juana Jugan Horel, sor María de la Cruz, en la localidad francesa de Saint-Servan, Ille-et-Vilaine, en 1839, al objeto de atender a los ancianos pobres de ambos sexos. Para ello sus seguidoras, las *Petites Soeurs des Pauvres*, se servirían solamente de los recursos de la caridad[105]. Esta congregación entró en España por Barcelona en 1863 y, a continuación, pasó a Madrid (1886) y a otros lugares. La primera residencia en la Ciudad Condal radicó en la calle Caspe, 125, cerca de la Plaza Tetuán; en 1881 le siguió la de la calle Conde Borrell, 159-169, y en 1890, la de la calle San Salvador, 25-27, en el término municipal de Gracia.

Los tres asilos estaban organizados bajo un mismo impulso carismático: acogían a los ancianos y las ancianas de 60 años para arriba, que gozaban todavía de sus facultades mentales, eran pobres y estaban realmente solos y desamparados, y los cuidaban gratuitamente hasta el final de sus días, asegurándoles al mismo tiempo aquella calidad de vida de la que aún podían disfrutar: instrucción, ocupaciones, distracciones[106].

Dorotea conocía bien los asilos de las calles Caspe y Conde

▾ Las Hermanitas de los Pobres. Interior del desaparecido asilo, calle Borrell.



Borrell; los protegía económicamente y los visitaba. Una vez que se acercó al segundo, situado en la manzana formada por las calles Borrell, Diputación, Viladomat y Consejo de Ciento, la superiora –sería sor Ana de San Andrés– le comentó la desazón que experimentaba siempre que, por falta de local, no podía aceptar a todos los que llamaban a la puerta y que, por consiguiente, quedaban abandonados a su propia suerte. El asilo disponía de terreno, pero no lograba construir ningún pabellón más. Todo lo edificado se había levantado poco a poco, a trocitos, de modo intermitente... Dorotea, como de costumbre, se toma su tiempo para calcular los fondos de que disponía. Vuelve a la calle Borrell y, señalando con la mano el terreno para edificar, dice a la superiora: «Ensanche usted el edificio por este lado, y cuente desde luego con 5.000 pesetas para la nueva obra»[107]. Con ésta y otras donaciones menores, las Hermanas comenzaron a levantar un nuevo edificio. En el transcurso de las obras, hubo momentos de zozobra por falta de dinero. Pero Dorotea estaba al tanto. Entre 1890 y 1891 debió de entregar en tres plazos no menos de 18.000 pesetas. Murió sabiendo que el nuevo edificio, construido casi exclusivamente por ella, estaba terminado.

De esta manera Dorotea intervenía en una obra en la que ya había colaborado un pariente suyo, Francisco Policarpo Pascual y de Bofarull, uno de cuyos hermanos, Narciso, estaba casado con María Jesús Serra, hija de Dorotea; Policarpo y Narciso eran, a su vez, hermanos de Consuelo, la esposa de Luis Martí-Codolar. Francisco Policarpo, al quedarse viudo en febrero de 1882 de su primera mujer, María Adelaida de Compte y Ódena, se había comprometido a costear la iglesia del asilo precisamente en memoria y sufragio espiritual de su difunta esposa. Desde luego el matrimonio siempre había demostrado una extraordinaria sensibilidad religiosa y social. La iglesia, de elegantes líneas góticas, obra del arquitecto Jerónimo Granell, se levantó entre los años 1882 y 1883[108].

La superiora salía siempre impresionada de su trato con Dorotea: «En ella, dejó escrito, todo respiraba sólida virtud y fervorosa piedad, sobresaliendo entre todas las virtudes, que se manifestaban en lo exterior, la beneficencia, el amor y caridad para con el pobre». Y en referencia al asilo de la calle Borrell, precisaba: «Se interesaba por el bienestar de los ancianos acogidos en la casa, como lo pudiera hacer la Hermanita más penetrada del espíritu de su benéfico instituto, pudiéndosela calificar de verdadera *Hermanita de los Pobres*»[109].

Las ampliaciones y adaptaciones prosiguieron después del fallecimiento de Dorotea, y todo el complejo residencial, capaz para 250



▲ ▼ Las Hermanitas de los Pobres. Atención a los enfermos necesitados.



asilados, fue inaugurado con la bendición solemne que impartió el obispo diocesano, Català y Albosa, el 15 de diciembre de 1895[110].

En 1981 el asilo celebró gozosamente su centenario[111] pero, a los pocos años, las Hermanitas no se sintieron con fuerzas para mantenerlo en funcionamiento y tuvieron que retirarse en 1995[112].

Aprendices y seminaristas

En carta del 10 de octubre de 1889, el Rector Mayor de los Salesianos comunicaba a Dorotea que, dado el delicado estado de salud en que se encontraba, el director de la obra salesiana de Sarrià sería relevado de su cargo y sustituido por don Felipe Rinaldi. «Desde ahora, le escribía, yo lo encomiendo a la maternal bondad de usted y de las otras señoras que de usted toman ejemplo y celo por las obras salesianas»[113]. El nuevo superior llegó a su puesto el 20 de octubre, y se puso a trabajar enseguida. Estaba informado y tenía decidido llevar a cabo su proyecto[114].

Discuten los santos

A Dorotea no le gustó el cambio. Se calló y guardó las formas, pero quedó dolorida. El padre Rinaldi se dio cuenta enseguida, y muchos años después, en 1929, explicaba diciendo que «me recibió con toda la cortesía posible, pero ciertamente a disgusto, porque ella había sufrido mucho al ver que apartaban a aquella persona que gozaba de toda la confianza de su corazón»[115]. Y también le habían contrariado los primeros pasos que el director recién designado había comenzado a dar en materia de construcciones, porque Dorotea estaba acostumbrada a que se contara con ella antes de tomar decisiones en este asunto: al fin y al cabo era ella quien pagaba de su bolsillo. Por eso se disgustó al saber que el nuevo director se empeñaba en levantar nada menos que un colegio de nueva planta.

No es que ella no viera la conveniencia y hasta la necesidad de construir un colegio donde los niños aprendieran las primeras letras y recibieran una adecuada orientación para luego iniciarse en la modalidad profe-

sional que les apeteciera, pero antes de eso, prefería dotar a la institución de los *Talleres* de una iglesia grande, dedicada a la Virgen Santísima y cuya primera piedra había conseguido colocar solemnemente en mayo de 1889, con la anuencia del director Juan Bautista Branda. Pero ahora el padre Rinaldi insistía en ampliar la presencia salesiana comenzando por la construcción de un colegio donde se cursarían la primera y la segunda enseñanza, y serviría para cultivar la vocación de aquellos jóvenes que quisieran abrazar la vida salesiana. Aquel colegio funcionaría prácticamente como un pequeño seminario... Era una cuestión de prioridades. El proyecto de Dorotea quedaría, por el momento, para más tarde...

Dado su carácter, Dorotea *simuló* durante un breve espacio de tiempo que abandonaba al nuevo director a su propia suerte, retirándole el apoyo y la confianza. «Ella, sin otra cosa, me dio a entender –manifestaba don Felipe– que era contraria [a la construcción del colegio], como ya había significado a mi antecesor. Lo mismo me repitió otro día, hasta la tercera vez; de manera que yo no sabía cómo me había de comportar en tales circunstancias»[116]. Pero el *incidente* no pasó más allá: ambos protagonistas eran personas maduras, religiosamente sólidas y sabían que, en el fondo, les impulsaban idénticos ideales. A comienzos de febrero de 1890, la *crisis* debía de estar superada, porque el Rector Mayor aseguraba a Dorotea «que nuestra gratitud va en aumento, en correspondencia a su bondad maternal, también siempre creciente, hacia nosotros»[117].

El Colegio del Santo Ángel

Según los recuerdos del padre Rinaldi, Dorotea «escuchó, se calló y reflexionó por algún tiempo, como solía hacer siempre, y después me vino y me dijo que fuera adelante, que ella estaba dispuesta a actuar»[118]. En consecuencia, se llamó al arquitecto Enrique Sagnier quien levantó los planos y los obreros comenzaron inmediatamente a abrir las zanjas. En febrero de 1890, Dorotea efectuaba ya el primer pago, en concepto de «limosna para el nuevo fabricado», terminología que, más o menos, se hace habitual en los albaranes y recibos que presentan albañiles y carpinteros. Se trataba del «nuevo colegio de los *Talleres Salesianos* de Sarrià». Entre este mes de febrero y el de agosto, Dorotea pagó, en doce entregas, 30.000 pesetas. Al poco tiempo, el padre Rinaldi contemplaba con alegría cómo se levantaban las paredes: «La nueva casa resulta más grande y hermosa»[119].

El nuevo centro escolar, *Colegio del Santo Ángel de la Guarda*, abrió las puertas hacia mediados de abril del año siguiente, 1891.

«El colegio, se precisaba en los anuncios, se ha edificado junto a los Talleres Salesianos, pero con salas y patios enteramente independientes. La amenidad del sitio, la bondad del clima, los grandes pórticos y aulas, y el espacioso patio y huerta para la recreación contribuirán a que los niños gocen de excelente salud, en tanto que no se ahorrará cuidado para su adelanto físico, intelectual y moral»[120]. Unos días antes, al redactar el prospecto de propaganda anunciando la apertura del centro, Dorotea había ordenado al director «que nadie debía saber que ella había costeado el colegio»[121]. Los gastos que sufragó fueron cuantiosos, porque contribuía a pagar no sólo la construcción, sino también el mobiliario y los enseres para aulas y dormitorios. Al fallecer ella, sus hijas y albaceas pagaron escrupulosamente las deudas pendientes[122]. El pensamiento de que el colegio era ya una realidad debió de confortar profundamente a Dorotea en los últimos momentos de su vida: «Pocos días antes de morir, asegura don Felipe, tuvo el consuelo de venir a ver la obra terminada»[123]. Se puede decir que murió pensando en ella. Sin duda, aquel colegio era necesario en cuanto que se perfilaba como *casa de formación para futuros salesianos*, los cuales, una vez preparados pedagógica y profesionalmente, podrían dedicarse a la labor específica de las escuelas-taller. Pero Dorotea no pudo contemplar realizado «uno de los deseos más ardientes» de su corazón, y que, en palabras del propio padre Rinaldi, «cada día me manifestaba»[124].

Colegio Santo Ángel:
▾ Vista general.
▾ Tiempo de recreo, algunos años después





La iglesia de María Auxiliadora

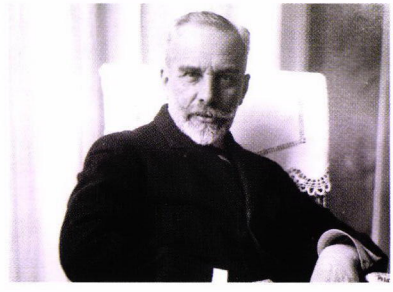
Dorotea no estaba contenta con que su escuela profesional tuviera solo la capilla que se había bendecido en junio de 1884 y que, dedicada a María Auxiliadora, estaba situada en la

planta baja del primer pabellón costeado por ella (pág. 173). Porque la quería más digna, más hermosa, más grande. Lo exigía así su propio fervor mariano y el aumento constante del alumnado, al que se le debía facilitar la formación religiosa. Efectivamente, según la experiencia pedagógica que iban adquiriendo los salesianos, sus centros de formación profesional debían asegurar las tres dimensiones indispensables: la religioso-moral, la intelectual (cultural) y la técnico-profesional[125].

Impulsada por estas razones y como se ha señalado un poco más arriba, Dorotea había conseguido colocar la primera piedra de una nueva iglesia en mayo de 1889, dentro de los terrenos de los *Talleres*. Al comenzar el año 1891, y mientras ayudaba a levantar el edificio del Colegio del Santo Ángel, volvía a su idea. Debía acelerar aquel asunto, porque sentía que la vida se le marchaba... Y así comenzó a insistir ante el Rector Mayor para que se iniciaran cuanto antes las obras de dicha iglesia... Viendo tanto apremio y tanta generosidad, el padre Rinaldi no pudo oponerse, y solicitó de las autoridades de Turín el permiso correspondiente. Tan pronto como llegó, él entró en acción. El 9 de marzo, 1891, le notificaba a su amigo Julio Barberis: «Hoy hemos comenzado a trabajar en la iglesia de María Auxiliadora».[126] Aquel día debió de cumplir puntualmente la voluntad expresa de Dorotea: «Para que no haya desgracias y todo se haga con la bendición de Dios, fíjese el tiempo en que empezarán los cimientos, y en aquella jornada confesarán y comulgarán todos los operarios; para lo cual concédaseles un cuarto de jornal y déseles desayuno»[127].

A los diez días, festividad de San José, se presentó en los *Talleres* para ver y agilizar las obras; y el 27, Viernes Santo, repitió la visita y, sin bajar del coche, según cuenta don Felipe, «quiso examinar los planos llegados [de Turín] y hacer algunas observaciones relativas a la colocación de la estatua sobre el altar mayor, a fin de que el pueblo y los niños pudieran verla bien»[128]. En una de estas ocasiones, había preguntado al Director: «¿Cuántos obreros trabajan?» La respuesta fue: «Veinte».

Colegio Santo Ángel:
▾ El arquitecto Enrique Sagnier, autor de los planos del colegio y de la iglesia.
▾ Iglesia interior, con el cuadro de María Auxiliadora del pintor Cristóbal Montserrat.





«No bastan –le había respondido–; ponga cincuenta»[129]. Y Dorotea ya no tuvo tiempo para seguir actuando (pág. 291).

El padre Rinaldi recibió en sus manos un legado al que, por fidelidad a la difunta, no podía renunciar en absoluto. Además era inútil retrasar la construcción de la nueva iglesia, porque ya la estaba exigiendo el aumento considerable del alumnado. La inauguración tuvo lugar el sábado 28 de mayo del año siguiente, 1892. El obispo Català y Albosa bendijo la iglesia, a la cual, desde la antigua, trasladó solemnemente el Santísimo Sacramento.

Las fiestas duraron cuatro días, porque se añadía la circunstancia de la celebración del cincuentenario de la Obra Salesiana (1841-1891). El lunes 30, se tuvo la velada conmemorativa, con gran concurrencia de Cooperadores y Bienhechores. Todos creían volver a los días gloriosos de abril-mayo de 1886, cuando Don Bosco se hallaba presente en Barcelona[130]. En ese ambiente, tan emotivo, no fue posible que la mente y el corazón de los asistentes no evocaran la figura de Dorotea, «cuyo nombre –exclamaba el doctor Bartolomé Feliu en su discurso– repercute hoy con eco triste la bóveda de esta iglesia, erigida a María Auxiliadora, al igual que los muros de cien establecimientos benéficos»[131]. Días después, la directora de *La Semana Católica de Barcelona* hacía lo mismo, recordando a la «ilustre dama que con su generosidad contribuyó a que se levantase no sólo la casa en su mayor parte sí que también la iglesia»[132]. De esta forma se establecía la primera de la larga serie de iglesias que en España iban a levantar los Salesianos en honor de María Auxiliadora. Hay que precisar que lo que se inauguraba en 1892 no era más que la primera fase de un proyecto más ambicioso; es decir, sólo se trataba del *coro* de la iglesia que tenía que venir a continuación. Por eso, durante muchos años, se acostumbró hablar de la *iglesia interna*, la de 1892, y de la *iglesia externa*, la que, sobre los planos del arquitecto Sagnier, se abrió al culto en 1901 y en la cual, según se explica más adelante, se halla colocada la urna sepulcral de Dorotea. Desgraciadamente la primera quedó inutilizada a raíz del incendio que sufrió en 1970[133]. El lugar que ocupaba, hoy está convertido en salón auditorio.

Los niños de buena familia

La mayor parte de la actividad de Dorotea se centraba en la promoción de la clase popular y desvalida pero, como hemos hecho notar en otro momento, no se agotaba en esta misión (pág. 54). Ella estaba convencida de que también los chicos y las chicas de buena familia

de Barcelona necesitaban una educación apropiada y cimentada, por supuesto, sobre bases cristianas. Concebía la tarea educativa como un empeño serio, en el que todos los agentes debían concentrar las fuerzas y donde el educando debía aprender a prescindir de ciertos vínculos familiares, porque todo nacimiento, todo proceso de crecimiento –eso es la educación– supone algún tipo de ruptura, incluso dolorosa, hasta que el adolescente alcance una verdadera autonomía personal.

Es cuanto se desprende de un proyecto que tenía forjado a mediados del año 1886, cuando, un vez terminada la visita de San Juan Bosco, veía ya consolidada la presencia salesiana en Sarrià: ella soñaba en un colegio que, regentado por la Compañía de Jesús, se levantara fuera de la ciudad y se organizara en forma de internado. En un centro de estas características sus nietos encontrarían «una educación más esmerada», que la que se daba en un externado como el de los jesuitas de la calle Caspe, donde –a su juicio– se notaban algunas deficiencias por el «demasiado roce que los alumnos tienen con las familias». Tal proyecto lo había ido madurando con la reflexión y la plegaria[134].

A partir de la fecha indicada comenzó a consultar a varios jesuitas conocidos y a recabar de ellos el apoyo necesario antes de plantear el asunto a las altas instancias de la Compañía. En el epistolario figuran los nombres de Agustín Cabré, Juan Capell –superior provincial–, Joaquín Carles, Luis Carles, Fermín Costa, Leonardo de la Rúa, Antonio Guberna, Juan Ricart –provincial–... El Superior General, Antonio María Anderledy (1887-1892), le manifestó por dos veces que sus planes no encajaban por el momento en los de la Compañía[135]. Pero Dorotea no creía que se tratara de una decisión definitiva, y siguió insistiendo en su oferta: daba el terreno necesario y además 30.000 duros con destino a la construcción del colegio.

Cuando se enteró de las dificultades en que se veía envuelto el Colegio de San Ignacio, de Manresa, por el que tanto habían luchado ella y su marido (pág. 118), deseó ardientemente que los jesuitas lo trasladaran a las cercanías de Barcelona. Estos le respondían que les resul-



▼ Colegio San Ignacio de los jesuitas de Sarrià. Pabellón antiguo.

taba muy duro dejar aquel centro escolar, establecido desde antiguo en una ciudad de tantos recuerdos ignacianos... Dorotea no cedió, y mantuvo siempre encendida en su alma la llama de la esperanza. Y así, el 31 de diciembre de 1889, al firmar la *Memoria testamentaria*, recordaba: «Declaro que a los Padres jesuitas les he prometido, para cuando edifiquen la Casa en estas inmediaciones, treinta mil duros». Cláusula que no revocó nunca.

Por fin, se verificó el traslado del colegio de San Ignacio desde Manresa a Barcelona-Sarrià en 1892. Durante el año anterior los jesuitas habían llevado a cabo las gestiones para la adquisición del terreno –Casa Gardenyes– e iniciar la construcción de un pabellón nuevo[136]. Dorotea había fallecido el 3 de abril de este año, 1891, y exactamente a los dos meses, los jesuitas recibían de las hijas de Dorotea la cantidad de dinero prometida: 30.000 duros, es decir, 150.000 pesetas: la mitad de lo que les había costado la finca Gardenyes.

Es de admirar la importancia que Dorotea daba a la educación en general y más concretamente a la que se inspiraba en el pensamiento cristiano. Este era el tipo de educación que ella deseaba tanto para sus nietos y para los chicos de la burguesía como para los niños y jóvenes de los estratos más humildes. Pocas mujeres de su tiempo se han implicado tan apasionadamente en la tarea educativa.

De persona a persona

Como se ha visto, Dorotea ejercía la mayor parte de su actividad benéfica a través de las Congregaciones religiosas de estilo moderno, y por eso la proyectaba automáticamente hacia el futuro de una forma segura y duradera; es decir, hacía una *obra social.*

Pero no abandonó nunca ese otro camino humilde y sutil –el *camino pequeño*, como dirían los de la escuela de Santa Teresa del Niño Jesús– que es válido y necesario en tantas circunstancias de la vida. Desde la parroquia de Santa Ana subrayaban así la actuación de su feligresa Dorotea: «Siendo, como era, el alma y el sostén de muchas de nuestras instituciones de Beneficencia, las limosnas ocultas superaban a las que hacía en favor de tales institutos: estaba dotada de una intuición especial para descubrir infortunios que se ocultan, lágrimas de esas que ahogan porque no pueden manifestarse»[137]. «A todas horas del día, declaraba a raíz de su fallecimiento el diario *La Vanguardia*, tenían acogida en su casa los necesitados y no contenta de distribuir sus bienes en tan meritoria

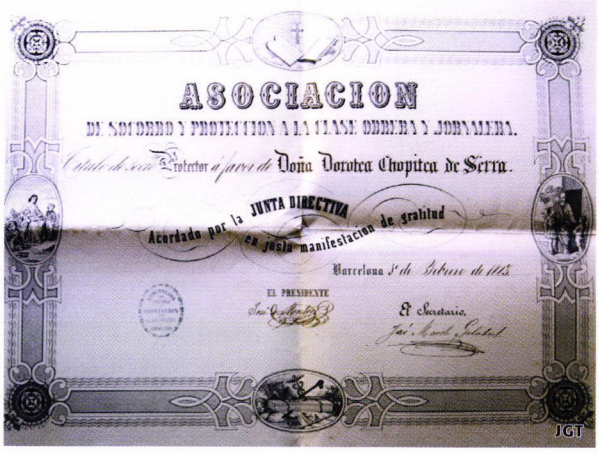
forma, empleaba su tiempo en visitar a enfermos en los hospitales y en confeccionar con sus propias manos ropas con que vestir a los niños pobres y huérfanos»[138].

Esa labor de protección y de acompañamiento por *vía capilar* no ha dejado huellas visibles, ya que Dorotea solía andar deliberadamente de puntillas para no llamar la atención de nadie, o bien tales huellas son tan tenues y aisladas que apenas permiten tener un horizonte evaluable. De todas maneras no faltan algunas pistas para el rastreo.

Por ejemplo, sabemos que Dorotea ayudaba a personas e instituciones que luego manifestaron su gratitud a raíz del fallecimiento de la bienhechora; sabemos también que pertenecía a diversas entidades cívico-benéficas como la *Asociación de las Escuelas Dominicales* (desde 1857), la *Sociedad Económica Barcelonesa de Amigos del País* (desde 1862) y la *Asociación de Socorro y Protección a la Clase Obrera y Jornalera* (desde 1885), y en fin, recordamos que, desde mediados de los años setenta, tuvo en la parroquia de Santa Ana un escenario muy adecuado para satisfacer tantas de sus inquietudes caritativas y religiosas. Inmediatamente después de la muerte, el párroco José Ildefonso Gatell describía así su actividad: «La difunta ha dejado un vacío muy difícil de llenar. Perteneció a la Junta de construcción del nuevo templo parroquial, a la Conferencia de damas protectoras del Hospital del Sagrado Corazón de Jesús; fue suscriptora de la Beneficencia parroquial; en una palabra, no se realizaba en la feligresía obra alguna de cari-

▼ Diplomas concedidos a doña Dorotea.






EUSEBIO GÜELL
BARCELONA

He recibido de la Excma. Sra. Dª Dorotea Chopitea de Serra la cantidad de **quinientas pesetas** por que se ha suscrito para atender á la Restauracion artística de Sta. Maria de Ripoll.

Barcelona 25 de Mayo de 1886
El Tesorero
Eusebio Güell

▲ Doña Dorotea colabora en la restauración del Monasterio.

dad, de piedad o celo, en la que la Señora Chopitea no contribuyese en primera línea»[139].

Hay dos intervenciones de Dorotea que conviene recoger con cierto detenimiento.

La restauración del Monasterio de Ripoll

Una de las dimensiones esenciales de la *Renaixença* fue la religiosa, como se vio en la celebración del milenario de la Virgen de Montserrat (abril de 1880) y su coronación canónica como patrona de Cataluña al año siguiente (septiembre de 1881). Quien promovió con más ahínco este último acto fue el obispo de Barcelona, José María Urquinaona, que era andaluz de origen y tuvo como gran colaborador al canónigo Morgades y Gili. Este vivió con ilusión y profundidad espiritual aquella efeméride, que el sacerdote poeta, Jacinto Verdaguer y Santaló, sublimó con una gran cantidad de composiciones literarias: leyendas, canciones, odas. En consecuencia, Montserrat quedó consagrado como símbolo y mito de las aspiraciones regeneracionistas de la nueva Cataluña, consciente de su identidad histórica y sus raíces cristianas.

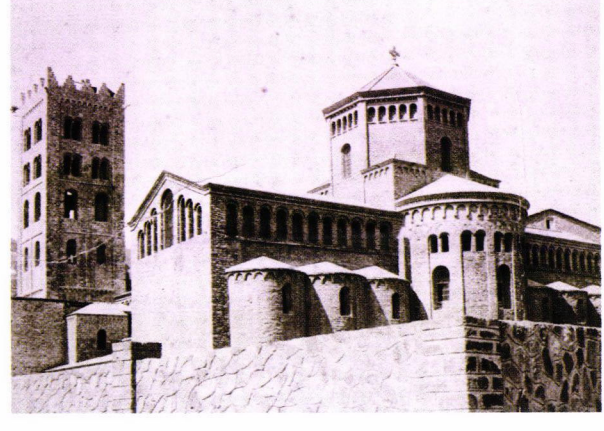
Morgades y Gili fue nombrado obispo de Vic (Barcelona) en diciembre de 1881 y entró en su diócesis en agosto del año siguiente. El ambiente regeneracionista que encontró allí y que podría sintetizarse en el binomio *fe y patria* le empujó a emprender una tarea que iba a ser emblemática en su acción de gobierno: en enero de 1886 manifestaba su intención de restaurar el monasterio benedic-

tino de Ripoll (Girona), objetivo que debía lograrse en dos años, a fin de celebrar en 1888 el milenario de la primera consagración de su iglesia.

El cenobio benedictino de Ripoll había sido víctima de las violencias sociales y políticas del verano de 1835. El 10 de agosto había sido pasto de las llamas y la comunidad obligada a dispersarse. Luego siguieron una nueva fase de las guerras carlistas y la política desamortizadora de los radicales. Son cosas que hemos descrito en páginas anteriores (41-47). En consecuencia el viejo monasterio entró en una fase de abandono y destrucción. Pero el de Ripoll no era un monasterio cualquiera, sino el exponente de un pueblo que, con todo su pasado medieval y cristiano, había logrado extenderse desde la montaña hasta el mar. Por eso el movimiento romántico, literario y cultural de la Renaixença descubrió en Ripoll todo un símbolo del pasado histórico y del futuro mítico de Cataluña. ¿No valía la pena restaurar el viejo monasterio? Al prelado de Vic, que no dejaba de evocar las vivencias montserratinas de 1880 y 1881, le pareció que sí.

Y a sus cincuenta años, se lanzó en cuerpo y alma a la empresa. El 21 de marzo de 1886 daban inicio los trabajos de la restauración. Entre otros, le había inclinado a dar este paso el amigo poeta, cuando, a finales del año anterior, le había dedicado el poema épico *Canigó*, henchido de pensamientos religiosos y patrióticos, como si el Obispo tuviera el destino de materializar, en piedra y arte, la entraña simbólica del poema... En Ripoll se organizó una gran fiesta. En el transcurso del banquete Morgades coronó a Verdaguer como poeta de Cataluña con una corona de laurel.

Pero, bajando a la dura realidad, había que ponerse a buscar los dineros y, para ello, crear un ambiente favorable a través de la prensa. A Morgades no le faltaron colaboradores, como el escritor y publicista Jaime Collell y Baucells, canónigo de la catedral de Vic desde 1880, y el mismo Jacinto Verdaguer. Pero es él, el obispo, quien actúa en primera línea: habla y escribe, visita y reza tratando de movilizar a la gente y muy en especial a las corporaciones, cívicas y eclesiásticas, y a las personas pudientes y de



▾ Monasterio Santa María de Ripoll. Fotografía de Elias Rogent. Fons Emili Massanas i Burcet. INSPAI. Centre de la Imatge de la Diputació de Girona.

buen corazón. Entre otras cosas, organiza juntas y delegaciones para recabar las ayudas necesarias. La de Barcelona se renueva y Dorotea queda suscrita a ella de acuerdo con el comunicado que le transmite el tesorero, don Eusebio Güell, con fecha 25 de mayo de 1886.

A pesar de tanto esfuerzo, el dinero no acaba de llegar con la fluidez esperada y Morgades y sus colaboradores renuncian a celebrar el milenario en 1888. Pero no ceden en el empeño. José Morgades es un verdadero *creador de entusiasmo* y sigue pidiendo, vigilando las obras, consultando a los arquitectos, señalando prioridades, controlando el dinero que entra y sale... A veces se siente cansado y hasta decepcionado.

Entrado ya el año 1889, Dorotea le ha ofrecido un lote para ayudarle en una de las rifas y tómbolas que suele organizar. Pero son tantas ya las que lleva montadas, que, según le confiesa, «no me atrevo a hacer ninguna más, por miedo a un descalabro». Pero no puede parar, no puede concederse un descanso: «Necesito arbitrar recursos para continuar la obra y luego adornar la iglesia». Y así, se anima a proponer a Dorotea un proyecto cuya motivación argumenta, como puede, con estas palabras: «¿Tendría usted devoción en pagar una pila bautismal que, al mismo tiempo que dejaría en la alta montaña una prueba de su ardiente caridad tan prodigada en el llano, le diese derecho a participar en el beneficio que sacarían las almas de las criaturitas que allí se regenerasen?»[140].

Dorotea le contestó enseguida, el 4 de octubre. Su aportación fue tan espléndida que el obispo quedó sin palabras: «Muy señora mía y distinguida amiga, le escribía desde el vecindario de Sant Julià Sassorba (Barcelona) donde se hallaba en visita canónica. Dios se lo pague. No sabría emplear fórmula más cristiana para manifestar a usted mi profundo agradecimiento por el donativo a favor de Ripoll». Según los cálculos del obispo, «con él o poco más, haremos una capilla para la fuente bautismal que será la admiración de los inteligentes. Dios se lo pague»[141]. Muy probablemente Dorotea no alcanzaba a comprender lo que significaba aquella empresa de Ripoll en el espíritu de la Renaixença, pero sabía que se trataba de recuperar para el culto un templo que había sido abatido por la revolución y que así lo quería su amigo y colaborador Morgades. Del 1 al 3 de julio de 1893 tuvieron lugar los actos solemnes de la consagración de Santa María de Ripoll[142]. Hacía ya más de dos años que Dorotea había fallecido.

Las misiones de África

Está visto que el cristianismo que vivía Dorotea era expansivo y que siempre buscaba nuevos horizontes de actuación. Por eso, aun

sin moverse de Barcelona, Dorotea pensaba en la tarea misional que la Iglesia de su tiempo estaba desarrollando de una manera extraordinaria, como nunca lo había hecho antes. Dorotea ya se había interesado por las misiones de Sudamérica y de Chile en particular (pág. 217-218); ahora comenzó a mirar hacia el continente africano.

Ignoramos las circunstancias en las que Dorotea conoció al padre Boutry, del Seminario de las Misiones Africanas que radicaba en Lyon, ciudad de tantísimas iniciativas religiosas. Lo cierto es que, por su mediación, quedó vinculada a los objetivos que perseguía dicho centro, y que desde julio de 1889 a enero del 1891 fue pagando, en cuatro plazos, las 10.000 pesetas que se le pedían para el mantenimiento perpetuo de un misionero en tierras de África. En consecuencia, el superior del seminario declaraba a Dorotea *bienhechora insigne*[143].

El ocaso

Así le sorprendió la muerte a Dorotea, cuando estaba en plena actividad. Hasta la víspera de su muerte estuvo pensando en la familia propia y en esa gran familia de los pobres de Barcelona.

La enfermedad

Dorotea pasó la Semana Santa de 1891 según costumbre. El viernes, 27 de marzo, se llegó, según queda dicho, a los salesianos de Sarrià para disponer todo a fin de que comenzaran enseguida las obras de la iglesia de María Auxiliadora. Al día siguiente cumplió con sus prácticas de piedad en la iglesia de los jesuitas de Caspe; de esta manera entendía prepararse a celebrar bien la solemnidad de la Pascua. «Los de casa nos despedimos como de costumbre para irnos a dormir» –dejó anotado Gustavo de Gispert Serra en su crónica, que seguimos de cerca en esta narración[144]–. Pero el domingo de Pascua, su madre, Isabel, le despertó muy de mañana: «Me dijo que mi abuela había tenido un ataque, que le parecía que se trataba de algo grave y que había mandado llamar al médico». ¿Qué había ocurrido? Dorotea, al irse a acostar, se había sentido mal; tal vez tuvo algún desvanecimiento; lo cierto es que le fallaron las fuerzas para meterse en cama. Cuando consiguió hacer sonar la campanilla, las primeras personas que acudieron a la habitación –una criada y la nieta Pilar– la encontraron temblando, sin poder subir a la cama y casi sin poder hablar. Llamaron al doctor Llavallol quien, después de un primer reconocimiento de la enferma, avanzó un diagnóstico preocupante. «Vino enseguida un período de inmensa postración»,

▾ El doctor Bartolomé Robert, uno de los médicos que atendió a doña Dorotea en su última enfermedad.



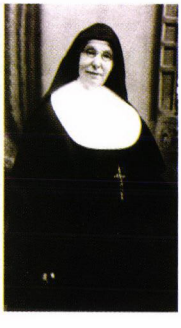
precisa Gustavo, a quien la enferma había dicho textualmente: «La batalla de la noche ha sido grande».

Las hijas y sus respectivas familias se movilizaron en seguida, y acompañaron a mamá durante toda la enfermedad. La consulta de los médicos –uno de ellos, el conocido doctor Bartolomé Robert– diagnosticó pulmonía doble. Dorotea ya se había resentido alguna vez de este mal (pág. 128). Tal vez influyó en el agravamiento el hecho de que el Viernes Santo ella estuviera en la mesa petitoria de la iglesia de las Madres Reparadoras ya a las seis y media o las siete de la mañana. El padre Joaquín Carles le atendió en confesión. Cuando le comunicó la gravedad del estado de su salud, Dorotea exclamó: «*Alabat sia Déu!*» (Alabado sea Dios). El padre Carles salió conmovido de la estancia y dijo que la enferma estaba preparada para morir como una santa...

Antes de acabar el domingo, la gente se fue enterando de lo que estaba pasando en la casa de Dorotea: «Después de la cena –se lee en la crónica del Colegio Santa Dorotea de las Hijas de María Auxiliadora–, llegó la noticia de la grave y peligrosa enfermedad de nuestra queridísima bienhechora doña Dorotea, noticia que afligió a toda la comunidad». Las Hermanas reaccionaron de inmediato: pasaron toda la noche en oración «velando por turnos –sigue diciendo la crónica– delante del Santísimo Sacramento».

A eso de las once de la noche Gustavo y su primo Víctor de Gibert fueron a la parroquia de Santa Ana para acompañar al sacerdote con el Viático. Dorotea recibió la unción de los enfermos y la comunión con lucidez y devoción. Aquella fue su comunión de Pascua. Cuando el carruaje volvió a la iglesia «pasamos delante del teatro *Novedades* en el momento en que salían los espectadores y pude ver cómo se arrodillaban casi todos al oír el sonido de la campanilla que anunciaba el paso del Santísimo Sacramento». El detalle se le quedó grabado al cronista Gustavo. Así terminó aquel domingo de Pascua en la casa de Dorotea.

▾ Sor Chiarina Gustiniani, primera superiora de las Hijas de María Auxiliadora de Sarrià.



Siguieron cuatro días y medio de enfermedad, desde el lunes, 30 de marzo, hasta el jueves, 2 de abril, en plena octava de Pascua. Dorotea perdía a veces la cabeza y sufría alguna alucinación creyendo ver al que fue su esposo, José María. Pero el cronista Gustavo advierte que, «hay que tener presente que, cuando se le hablaba de cosas tocantes al alma, no desvariaba nunca». Dorotea no padeció dolores agudos ni la enfermedad pudo doblegar tan fácilmente su carácter, de natural fuerte y resuelto. El mencionado cronista recuerda esta

anécdota, que debió de ocurrir el lunes mismo: «Antes de la enfermedad, le había hablado mi primo Víctor de Gibert de un pobre enfermo por si podía ingresarlo en el hospital del Sagrado Corazón. Dorotea se acordó de esta petición cuando estaba tan atropellada en su salud (...) y se empeñó en llevar a buen término aquel asunto, y desde la cama mandó efectuar los trámites necesarios, precisando incluso que la persona que fuera al hospital a llevar el recado tomara el tranvía». Este fue el último enfermo que Dorotea colocó en el mencionado hospital.

Según atestigua don Felipe Rinaldi, varias hijas estaban velando a la madre en la noche del 30 al 31 de marzo, y no se atrevían a hablarle de nada, para no cansarla. De pronto ella pregunta: «¿Está Isabel?». –«Aquí estoy, mamá», le responde. Y ella le dice: «Oye, ya sabes que compré tela para confeccionar sábanas para el Colegio del Santo Ángel. Dirás que deben cortar hasta doscientas; cuida que no sean menos». El padre Felipe, al contar este detalle al Rector Mayor, añadía: «Piense usted lo tranquila que está y si no es nuestra mamá»[145].

Dorotea pasó así los cuatro días, sumida en la oración, sufriendo por la dificultad en la respiración y no poderse mover, y pensando en los pobres. El miércoles, primero de abril, como solían hacerlo todos los primeros de mes, los mendigos acudieron a la puerta de la casa de Dorotea para recibir la limosna correspondiente. Dadas las circunstancias, los familiares preferían diferir el reparto al mes siguiente. Dorotea, sin embargo, pensaba de otra manera: «Dadles la limosna de tres meses, porque yo no estaré para ello»[146]. El jueves por la mañana llamó a dos de las hijas que estaban en aquel momento en la casa y les encargó que entregaran oportunamente a los Hermanos de las Escuelas Cristianas las 80.000 pesetas que tenía destinadas para su nuevo colegio de la villa de Gracia[147].

La muerte

Los familiares multiplicaban las atenciones a la enferma. Mientras el médico de cabecera se esforzaba por darles alguna esperanza, ellos detectaban ciertos síntomas que les hacían pensar que todo estaba perdido. A media noche del jueves al viernes, la directora del Colegio de Santa Dorotea, sor Clara Giustiniani y otras personas cercanas a Dorotea se convencieron de que el desenlace no podía estar lejos...

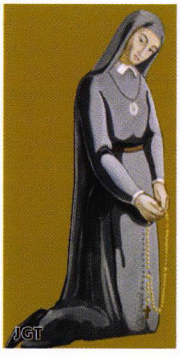


▾ Habitación donde falleció la Venerable doña Dorotea. En su casa, hoy Hotel Granvía.

A las cuatro de la mañana se celebró una misa en el oratorio de la casa; comulgaron la enferma y casi todos los que se hallaban presentes: 17 personas. A partir de aquel momento se precipitaron las cosas. Los testigos oculares ponen de relieve tres momentos significativos.

Uno, cuando Dorotea, con la cabeza todavía despejada, quiso que las hijas leyeran en voz alta la *Memoria testamentaria*, que ya conocemos: les fue explicando algunos pormenores para llevarla a término e incluso les añadió nuevos objetivos, como el que dieran un duro a los pobres que llamaran a la puerta durante el día (pág. 78).

Otro, cuando su hija Isabel le pidió una bendición para todos los familiares allí presentes. Dorotea dudó. ¿No era aquel un gesto propio de un sacerdote? Isabel insistió. Y la madre los bendijo a todos –hijas, yernos y nietos–, que estaban arrodillados alrededor del lecho. ¡Fue una escena patriarcal! «Mi madre, escribe Gustavo, pidió perdón a la moribunda, lo que provocó una escena de lágrimas». A continuación Dorotea manifestó deseos de tener también al lado algunos de los biznietos, los hijos de María Luisa Huelin Serra y José María Tejera. Aquello le pareció a alguno una imprudencia, por juzgar una sobrecarga para la capacidad emotiva de la enferma. Pero ésta, entre seria y dolorida, se defendió suplicando: «¿Vais a negar esto a un moribundo?» Los pequeños entraron en el aposento de la bisabuela. Entonces Gustavo de Gispert creyó ver «la inocencia y la santidad abrazadas, el nacer de una vida injertada en una realidad consumada; la generación más joven recibía el soplo espiritual de una cristiana».



▾ Doña Dorotea quiso ser amortajada con el hábito de las Hijas de la Caridad. Pintura de F. de Borja Hidalgo Calleja, en la iglesia parroquial de la Mare de Déu de la Medalla Miraculosa.

Finalmente, resultó también un momento emotivo cuando Dorotea mandó buscar un hábito de las Hermanas de la Caridad, para que la amortajaran con él, indicando que se acudiera a la Comunidad del *Albergue San Antonio*, en la calle Roger de Flor. Y efectivamente así se hizo.

Después de estas escenas, se determinó despejar la habitación para que la paciente descansara de tanta fatiga y emoción. Sobre las nueve y media de la mañana, entraba en agonía. A esa hora llegaba el superior de los salesianos de Sarrià. Don Felipe vio cómo el padre jesuita Antonio Guberna dirigía las oraciones de la *recomendación del alma* que la enferma seguía con extraordinaria lucidez mental. «Su último movimiento, explica, fue tomar el crucifijo, acercárselo a los labios y, después, elevar la mirada al cielo, como para decirnos: "Voy al paraíso por el que he trabajado hasta

ahora". Nos arrodillamos todos y quedamos rezando en silencio». Gustavo comenta así este momento: «Antes se rezaba por la agonizante, ahora se rezaba por la que podía interceder por nosotros ante Dios. No olvidaré nunca esta muerte del justo». Lloraban todos, «menos mi tío Narciso Pascual, voluntad de hierro», agrega el mismo testigo. Era el mediodía del viernes, 3 de abril de 1891. Dorotea tenía 74 años cumplidos.

La capilla ardiente

Por la tarde y la noche velaron el cadáver sólo los familiares, que agradecían el ofrecimiento que hacían muchas personas –sacerdotes, religiosos y religiosas, seglares– pero juzgaban más oportuno que no se quedaran en casa. Aquella misma tarde el padre Rinaldi se vio obligado a informar a los salesianos y a los internos de la casa-colegio sobre lo sucedido. No lo consiguió. Porque, según asegura un testigo fidedigno, Salvador Rosés, al comenzar a hablar «la emoción le quebró la voz y, sin poder continuar, con lágrimas en los ojos, tuvo que retirarse»[148]. Por la noche se puso a escribir una carta al Rector Mayor dándole cuenta de lo que había visto y oído en la casa-palacio: «La madre de los huérfanos, nuestra buena

▾ Esquela mortuoria.



LA EXCMA. SRA.

D.ª DOROTEA DE CHOPITEA Y DE VILLOTA

VIUDA DE SERRA

FALLECIÓ EL DIA 3 DE LOS CORRIENTES.

(E. P. D.)

Sus hijas, hijos políticos, nietos, nietos políticos, biznietos, hermana, hermanas políticas, sobrinos, primos y la señorita D.ª Mercedes Mercader suplican á los amigos y conocidos se sirvan encomendarla á Dios y asistir á los funerales que en sufragio del alma de la finada se celebrarán mañana, sábado, á las diez, en la parroquial iglesia de Santa María del Mar.

LAS MISAS DESPUES DEL OFICIO.

EL DUELO SE DA POR DESPEDIDO. NO SE INVITA PARTICULARMENTE.

madre, ha ido al cielo a recibir el premio de sus buenas obras, y a gozar de la gloria del Dios que tanto había amado, precisamente hoy al mediodía, primer viernes de mes, consagrado al Corazón de Jesús, de quien era particularmente devota (...). Murió como una santa (...). No cesó de hacer actos de perfección cristiana hasta el momento en que entregó el alma al Creador (...). Así nos dejó en este valle de lágrimas, para llorar a la que es conocida como la primera bienhechora de los salesianos, pero que en realidad era la madre. Sí, querido padre Rua, lloramos no a la bienhechora, sino a la madre»[149]. Idénticos sentimientos embargaban la comunidad de las Hijas de María Auxiliadora en el colegio de Santa Dorotea, de Sarrià: «Dios llamó a recibir la bien merecida corona a la siempre fundadora y bienhechora de esta santa Casa, doña Dorotea de Chopitea, de Serra, que murió como mueren los santos, hoy, viernes dentro de la octava de Pascua, a mediodía». La cronista y todas las Hermanas esperaban que la fundadora siguiera protegiendo desde el cielo «esta su obra, tan querida y preferida»[150].

Mientras tanto, los periódicos se aprestaban para informar la mañana siguiente a toda la ciudad. No se contentaban sólo con levantar

▾ Cruz del rosario con que fue enterrada la Venerable. Recuperada, se conserva en la iglesia del Sagrado Corazón, de los jesuitas de la calle Caspe.



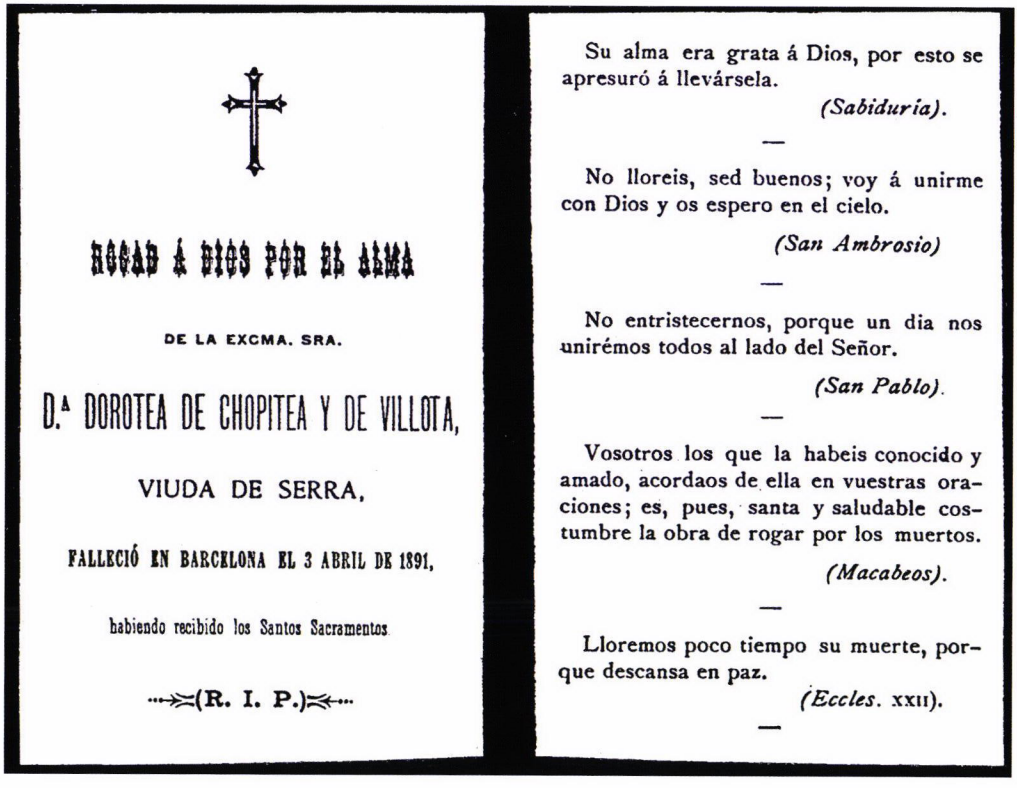


acta del fallecimiento de Dorotea sino que pretendían además glosar su figura, sobre todo desde el punto de vista de la beneficencia social.

«El nombre de la señora Dorotea de Chopitea, viuda de Serra, va unido al de todas las instituciones caritativas de Barcelona», escribía el *Diario de Barcelona*. «Bien merece tan ejemplar señora ser propuesta como modelo de su clase, y como tipo de la mujer católica», precisaba el *Correo Catalán*. «La señora Chopitea, durante muchos años y hasta sus últimos instantes, ha sido el alma y principal sostén de todas las obras de propaganda católica y de caridad en esta capital», opinaba el *Diario de Cataluña*[151].

No tiene, pues, nada de extraño que fueran millares los barceloneses que pasaran aquella mañana, sábado 4 de abril, por la casa-palacio de Dorotea, donde se había instalado la capilla ardiente. Los detalles que siguen debió de recogerlos el biógrafo Nonell de testigos inmediatos: «Varias de las religiosas, y aun algunos sacerdotes, sacaron sus rosarios y los tocaron en las manos de la difunta, como para conservar alguna reliquia de ella. Las señoras quitaban

▾ Recordatorio.



ROGAD Á DIOS POR EL ALMA

DE LA EXCMA. SRA.

D.ª DOROTEA DE CHOPITEA Y DE VILLOTA,

VIUDA DE SERRA,

FALLECIÓ EN BARCELONA EL 3 ABRIL DE 1891,

habiendo recibido los Santos Sacramentos

(R. I. P.)

Su alma era grata á Dios, por esto se apresuró á llevársela.

(Sabiduría).

—

No lloreis, sed buenos; voy á unirme con Dios y os espero en el cielo.

(San Ambrosio)

—

No entristecernos, porque un dia nos unirémos todos al lado del Señor.

(San Pablo).

—

Vosotros los que la habeis conocido y amado, acordaos de ella en vuestras oraciones; es, pues, santa y saludable costumbre la obra de rogar por los muertos.

(Macabeos).

—

Lloremos poco tiempo su muerte, porque descansa en paz.

(Eccles. XXII).

—



▲ Panteón de la familia Serra-Chopitea, en el cementerio del Poblenou.

de sus dedos las sortijas y las ponían en uno de los dedos del cadáver para colocárselo de nuevo en el suyo. Muchos besaban aquellas manos benditas que tantos beneficios habían dispensado. Las madres levantaban a sus hijitos para que también ellos pudieran besarlas»[152].

El entierro

Por la tarde tuvo lugar la conducción del cadáver. La prensa del domingo, día 5, ha dejado consignados muchos detalles de interés. Los periódicos coinciden en poner de relieve los siguientes aspectos.

– Participación de todas las clases sociales

«Acudieron a prestarle el último tributo de respeto y consideración individuos pertenecientes a todas las clases sociales en número tal que igualó, si no superó, al de los entierros más concurridos que hemos tenido ocasión de presenciar» (*Correo Catalán*).

– Asistencia de las autoridades

«Juntamente con el Obispo, estuvieron el Gobernador Civil de la provincia y el Alcalde de la ciudad, quienes pagaron de este modo un merecido tributo a la cristiana señora que tanto se había desvelado por enjugar las lágrimas de los pobres y de los atribulados de Barcelona y de toda su provincia» (*Diario de Barcelona*). En este momento el gobernador civil de la provincia de Barcelona era Antonio González Solesio; y el alcalde de la ciudad, Joan Coll y Pujol.

– Presencia destacada de los marginados

«No recordamos haber visto en ésta entierro tan concurrido por parte de los pobres, niños y adultos» (*Diario de Cataluña*).

– Austeridad dentro de la grandeza del momento

«El coche era sencillo, de dos caballos. Y sencillo y modesto, como la vida de aquella santa mujer cuyos restos encerraba, era el ataúd, en el que no se veían coronas ni otras zarandajas, reflejando la modestia en que vivió la inolvidable doña Dorotea« (*Diario de Cataluña*).

La conducción del cadáver tuvo lugar a partir de las tres de la tarde. A esta hora, el clero parroquial de Santa Ana, presidido por

el cura párroco, doctor José Ildefonso Gatell, se presentó en la Gran Vía, 276, bajaron el ataúd adornado sólo por una cruz y se puso en marcha la procesión en la que figuraban los niños, las niñas, los ancianos, los sirvientes de la casa enlutados y con hachones encendidos, los religiosos y las religiosas, el clero, el coche fúnebre, las autoridades eclesiásticas y civiles, los familiares, el público en general y, cerrando la marcha, otros familiares y allegados a la difunta en coches enlutados. Al presenciar aquel espectáculo, triste y solemne a la vez, el superior de los salesianos evocaba en su interior otro acontecimiento que tenía clavado en el alma: «El inmenso gentío que llenaba las grandes avenidas, Gran Vía y Paseo de Gracia, la sencillez del cortejo fúnebre, la espontaneidad de las gentes y hasta la misma hora de la tarde me hicieron recordar los funerales de Don Bosco. El Señor premia a los buenos, incluso en este mundo»[153]. De esa espontaneidad de las gentes, a la que acaba de aludir el padre Rinaldi, brotaban expresiones como «¡Era una santa!», «Ya murió la santa», «Personas como ésta no debieran morir nunca». Según el biógrafo Nonell, frases semejantes «se oían a cada paso»[154]. Haciendo con ellas como un ramillete, el diario *La Vanguardia* hacía votos «para que el Señor haya acogido en su seno el alma de la que en vida ha sido una verdadera santa»[155].

El duelo se despidió en la plaza de Urquinaona, pero fueron muchos los que acompañaron el cadáver hasta el cementerio del Este, en Sant Martí de Provençals. El cadáver quedó en depósito. Lo enterraron en el panteón familiar a la mañana siguiente, domingo, 5 de abril. «Momentos antes, manifiesta Gustavo de Gispert, besé por última vez su mano, arrancando de un rosario que llevaba una medallita con la efigie de San Vicente de Paúl; vi que siguió mi ejemplo el cochero de la casa, Pablo: otro piadoso robo de otra medalla». Don Felipe Rinaldi estaba también presente, y en la carta que remitía ese mismo día al Superior, declaraba su estado de ánimo: «Hoy se le dio sepultura con la asistencia únicamente de los familiares, un Padre de la Compañía de Jesús, tres Hijas de María Auxiliadora y este pobre que le escribe. ¡Pobre madre! Descanse en paz. Los salesianos no la deben olvidar nunca»[156].

Las exequias

A lo largo de todo el mes de abril, se fueron cumpliendo los ritos funerarios. «Durante este mes –se lee en la citada crónica de la Casa de las Hijas de María Auxiliadora– repetidas veces concurrieron las

Hermanas, junto con el colegio de las niñas, a los oficios fúnebres que celebraron diversos institutos benéficos en sufragio de la ilustre difunta». El más importante fue la misa exequial que tuvo lugar el sábado, día 11, no en la iglesia parroquial de Santa Ana, sino en la de Santa María del Mar en la que Dorotea se había formado en la vida cristiana.

Presidieron el acto el Vicario General de la Diócesis, Francisco de Pol, en representación del Prelado, el Gobernador y el Alcalde. «Siendo el templo más capaz de esta capital, atestigua el *Diario de Cataluña*, quedó pequeño ante el inmenso gentío de todas las clases de la sociedad que acudieron a rogar por el alma de la caritativa dama, de forma que, faltando las sillas, muchos tuvieron que permanecer en pie, bien que tampoco cabían más sillas. Creemos que, si se hubiesen celebrado los funerales de una persona real, fallecida en nuestra ciudad, no hubiera asistido mayor número de fieles»[157].

Pero, a pesar de ello, se puede pensar que la concentración más simpática fue la que se vio en la misa funeral celebrada, días después, en el gran templo de San Agustín, en la plaza del mismo nombre. Según el biógrafo Nonell, allí acudieron «como unos 2.300 niños de uno y otro sexo»[158]. En el entierro del día 4, el ataúd de Dorotea no llevaba corona alguna. Así lo había querido ella. Pero esos 2.300 niños y jóvenes, llenando las amplias naves de la iglesia de San Agustín formaban, sin duda, su mejor corona.

NOTAS

[1] Edición de la mañana, miércoles 1 –II– 1888, 1472.

[2] Carta desde Turín, 5 –II– 1888, en *Archivo de la Vicepostulación de la Venerable Dorotea de Chopitea* (= *AVD*). La carta está redactada en italiano por un secretario; la firma es auténtica.

[3] Cf R. Alberdi, *Resonancia de la muerte de Don Bosco en Barcelona*, en *Salesianum*, marzo 1988, 205-208.

[4] Cf *Diario de Barcelona*, n. 250 (sábado 7 de septiembre de 1889) 10981. Edición de la mañana. *Correo Catalán*, n. 4473 (7 de septiembre 1889) 3.

[5] Carta desde Talca (Chile) a Barcelona, 22 de noviembre de 1889: *AVD*.

[6] Carta desde Vic, 29 –IX – 1889: *AVD*.

[7] La Seo de Urgell, 9 –IX– 1889: *Ibid.*

[8] Cf M. Rodrigo, *Los Marqueses de Comillas 1817-1925. Antonio y Claudio López*. LID Editorial Empresarial, Madrid 2001, 161.

[9] Un bosquejo biográfico de María Dolores en Religiosas del Sagrado Corazón de Jesús, *Cien años de educación cristiana, 1846-1946*. Librería general, Zaragoza 1946, 227-234.

[10] Cf M. Rodrigo, *Los Marqueses de Comillas...*, 159-162, 286-289.

[11] Ver fondo notarial de Miguel Martí Sagristà, Protocolo 295, fols. 1687-1691. 31 de julio 1886.

[12] Protocolo 252, fols. 1615-1619.

[13] El original de esta *Memoria testamentaria* se conserva en el *AVD* y lo publicó A. Burdeus, *Una dama barcelonesa del ochocientos. La Sierva de Dios Doña Dorotea de Chopitea, Viuda de Serra*. Librería Salesiana, Barcelona 1962, 381-384.

[14] S. Gallego, *Sembraron con amor. La Salle, centenario en España (1878-1978)*. San Sebastián 1978, 156.

[15] Cf J. Nonell, *Vida ejemplar de la Excelentísima Señora Doña Dorotea de Chopitea, Viuda de Serra* Tipografía y Librería Salesianas, Barcelona-Sarrià 1892, 271, 320, 349.

[16] Zaragoza, septiembre de 1887: Santa Vicenta María López y Vicuña, *Cartas* III (Religiosas de María Inmaculada, Madrid 1976), n. 997, pág. 149-150.

[17] Canonizada por el Papa Pablo VI en Roma, 25 de mayo de 1975.

[18] *Vida ejemplar...*, 353.

[19] Parte de la correspondencia epistolar entre la fundadora y la familia Serra, en Santa Vicenta María López, *Cartas*, vols. III y IV.

[20] *Otros escritos*: *Ibid.*, IV, 469.

[21] *Reglamento para el asilo caritativo de sirvientas. Aprobado por R. O. de 22 de febrero de 1880*, art. 12.

[22] Santa Vicenta María López, *Cartas*, IV, 319.

[23] Cf *La Semana Católica de Barcelona*, n. 40 (domingo 5 de octubre de 1890).

[24] Ver resumen de la carta de la Madre Priora, Joaquina Mandri, en febrero de 1891 en el *Copiador de cartas*, n.5: *AVD*.

[25] *Revista Popular*, n. 1357 (jueves, 10 de diciembre de 1896) 369.

[26] En la presente exposición nos hemos servido ante todo de la tesis doctoral, espléndidamente documentada, de María Digna Díaz Pérez, *Historia de la Congregación de Religiosas de María Inmaculada*. I, *Algunas noticias sobre el origen, fundación y desarrollo de nuestro instituto. 1843-1890*. Ed. Religiosas de María Inmaculada, Madrid 2000, 361-388. Y siempre hemos tenido delante el trabajo, también muy documentado, de J. Nonell, *Vida ejemplar...*, 262-266, 353-357.

[27] Cf M. Martín, *San Benito Menni. Biografía documentada*. Ed. Monte Carmelo, Burgos 2005, 239-361.

[28] El interesado puede visitar hoy, junto al complejo hospitalario, la residencia de las Hermanas donde se guardan muchos recuerdos de los tiempos fundacionales. En la capilla-panteón se ven las tumbas de San Benito Menni y de las dos fundadoras: la Sierva de Dios María Josefa Recio Martín y sor María de las Angustias Giménez. Ambas eran granadinas.

[29] Agradecemos desde aquí a las Hermanas Hospitalarias la acogida y las informaciones que nos dieron en nuestra visita del 9 de julio de 2007.

[30] Carta a sor María Gabriela Peternáin, Ciempozuelos 20 -VII- 1889, en *Cartas del Siervo*

de Dios P. Benito Menni a las Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús por Él fundadas (1883-1913). José González, editor, Roma 1975, 95-97.

31 Citado en M. Martín, *San Benito Menni...*, 477. Ver minuta que con fecha 26 –II– 1891 obra en *Arxiu-fons Hospitalàries Sagrat Cor. Arxiu Diocesà de Barcelona* (=*ADB*).

32 [José M. Peña, coordinador], *La herencia y el fruto de la obra de San Benito Menni. Historia de la Congregación en Cataluña y Aragón.* Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús. Provincia canónica de Barcelona, Barcelona 2007, 32. El libro está en castellano y en catalán.

33 Cf *Diario de Barcelona*, n. 90 (domingo 31 de marzo de 1889) 4045; n. 92 (martes 2 de abril de 1889) 4107. *Correo Catalán*, n. 4315 (lunes 1 de abril de 1889) 2.

34 Les Corts, 4 –IV- 1889, en M. Martín, *San Benito Menni...*, 484.

35 *Ibid.*, 487-488.

36 Cf *Correo Catalán*, n. 4675 (domingo 30 de marzo 1890) 5.

37 Ciempozuelos, 20 –VII– 1889, en *Cartas del Siervo de Dios P. Benito Menni a las Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús...*, 96-97.

38 Ciempozuelos, 26 –XII– 1889: *Ibid.*, 123.

39 Gibraltar, 27 –I– 1890, en M. Martín, *San Benito Menni...*, 478-479.

40 Cf V. Cárcel Ortí, *Historia de la Congregación de Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús.* I, *El Beato Benito Menni y las Hospitalarias.* Ciudad del Vaticano 1988, 198-199.

41 Desde el punto de vista de la historia clínica, ver *Hospital San Rafael.* I *Centenario 1888-1988. Historia y evolución de los servicios de ortopedia.* Hospital de San Rafael, Barcelona 1989. Ver también el libro publicado a raíz de los 125 años de la fundación de la Congregación, ya citado: *La herencia y el fruto de la obra de San Benito Menni...*, 32-39.

42 *Ibid.*, 9.

43 Manifestamos nuestra gratitud a las Hermanas Hospitalarias del Valle Hebrón, con quienes hemos estado en contacto durante varios años y que, desde el 2007, nos han distinguido con la amistad y el asesoramiento de Joan Vendrell y Capmany.

44 Cf J. Nonell, *Vida ejemplar...*, 343.

45 *La Semana Católica de Barcelona*, n. 4 (domingo 17 de noviembre de 1889) 57.

46 Las páginas de J. Nonell, *Vida* ejemplar..., 344-348, están basadas en el testimonio que el autor recibió de sor Mercedes Viza y Martí en torno a los años 1891 y 1892. De aquí su alto valor documental.

47 Ver respectivamente págs. 339-340, 372-373.

48 Cf *Diario de Barcelona*, n. 31 (viernes 22 de marzo de 1895) 35-49. Edición de la mañana.

49 N. 2254 (Barcelona, miércoles 14 de diciembre de 1898) [2].

50 Pasadas la revolución y la guerra de 1936, las Hermanas volvieron a hacerse cargo del Albergue y del Hospital; en 1958 separaron ambas instituciones y en 1969 vendieron la parte correspondiente a la primera para dedicarse exclusivamente a la segunda. La labor que el Hospital de Niños sigue desarrollando en la actualidad (2008, Consell de Cent, 437) es muy apreciada. El lugar que antes ocupaban el Albergue y su correspondiente dispensario hoy lo ocupa un edificio construido por la Caja de Ahorros Sagrada Familia en 1971. Es la finca 153-157 de la calle Roger de Flor. Tanto este enclave como los demás, promovidos o protegidos en su tiempo por Dorotea de Chopitea en su colaboración con las Hijas de la Caridad, están pidiendo un estudio histórico documentado.

51 Cf *Diccionari d'història eclesiàstica de* Catalunya, I (Barcelona 1998) 326.

52 Cf J. Bada y M. Vázquez , *Ana Ravell i Barrera 1819-1893. Una vida al servicio de todos.* Franciscanas Misioneras de la Inmaculada Concepción, Barcelona 1987.

53 *Ibid.*, 88, nota 2.

54 Cf R. Alberch i Fugueras (dir.), *Els barris de Barcelona*, vol. IV (Barcelona 1997)185-228, 229-26.

55 Cf *Revista Franciscana*, marzo de 1879, 82; abril de 1879, 94-96.

56 Cf A. Burdeus, *Una dama barcelonesa...*, 186.

57 Cf J. Connelly Ullman, *La Semana Trágica.* Ed. Ariel, Esplugues de Llobregat (Barcelona) 1972, 413-414.

58 Ver el folleto *Ideari. Franciscanes Missioneres de la Immaculada Concepció.* Agradecemos a la superiora general, Consuelo Muñoz Sanjuán, y a su vicaria, María Ángeles Crespo, la ayuda que nos han brindado en la investigación.

59 J. Nonell, *Vida ejemplar...*, 299.

60 *Ibid.*, 300.
61 *Ibid.*
62 Cf *Lettres Annuelles*, 1924-1926, 595.
63 *Ibid.*
64 Cf Religiosas del Sagrado Corazón de Jesús, *Cien años de educación cristiana, 1846-1946. Homenaje a la casa de Sarrià, primera fundación española*. Librería General, Zaragoza 1946, 51-52.
65 *Un modelo de caridad...*, 95.
66 Agradecemos a la Sociedad del Sagrado Corazón el asesoramiento y la ayuda que nos ha prestado sobre sus Obras en Sarriá y en la calle Diputación. Nos place citar aquí a Pilar Clarasó (Barcelona), Blanca de Sivatte (Barcelona), Concha Santamaría (Madrid) y Margaret Phelan (Roma). Con todo, sería de desear que las religiosas investigaran en serio los orígenes de su presencia en la calle Diputación, porque, a nuestro parecer, es una tarea que aún tienen pendiente.
67 Ver carta autógrafa de don Miguel Rua, Turín 27 –IV– 1888: *AVD*.
68 Carta desde Barcelona, 16 –V– 1888: *Ibid.*
69 *Ibid.*
70 Carta autógrafa, Turín 20 –V– 1888: *Ibid.*
71 Carta desde Barcelona 26 –V– 1888: *Ibid.* Es toda autógrafa, como lo exige el tono de confidencialidad que tiene la misma.
72 *Ibid.*
73 *Verbali*, I, fol. 111v., en *Archivo Salesiano Central* (= *ASC*) 0592 *Verbali*.
74 Carta de Turín 3 –VI– 1888: *AVD*.
75 *Vida ejemplar...*, 287.
76 Carta de Turín 5 –II– 1889: *AVD*.
77 El primero fue beatificado por el Papa Pablo VI el 29 de octubre de 1972; la segunda fue declarada *venerable* por el Papa Juan Pablo II el 9 de junio de 1983.
78 Carta de Turín 10 –X– 1889: *AVD*.
79 Ver todo el reportaje, *Correo Catalán*, n. 4664 (miércoles 19 de marzo de 1890) 4-5. En forma abreviada, en *Boletín Salesiano*, mayo 1890, 53-55.
80 Todo el discurso, en *Boletín Salesiano*, mayo de 1890, 55-57.
81 *Ibid.* El subrayado es nuestro.
82 Ver los reportajes del *Correo Catalán*, n. 4664 (miércoles 19 de marzo de 1890) 4-5, y del *Diario de Barcelona*, n.º 79 (jueves 20 de marzo de 1890) 3621. Ed. de la mañana.
83 La carta del padre Barberis, que en buena parte recoge el relato del *Correo Catalán*, en *Boletín Salesiano*, mayo 1890, 53-55.
84 Cf *La Semana Católica de Barcelona*, n. 12 (domingo 23 de marzo de 1890) 184.
85 Carta abierta, en *Boletín Salesiano*, enero 1891, 1-5.
86 *Correo Catalán*, n. 4684 (miércoles 9 de abril de 1890) 3. Edición de la mañana.
87 *Diario de Barcelona*, n. 99 (miércoles 9 de abril de 1890) 4473. Edición de la tarde.
88 Cf *La Semana Católica de Barcelona*, n. 15 (domingo 13 de abril de 1890) 234.
89 Cf C. Gabriel, *La obra lasaliana en España*. Ed. Bruño, Madrid [1953] 181.
90 Durante 17 años, de 1897 a 1914, la comunidad de la Barceloneta mantuvo, como sucursal, la escuela parroquial de Santa María del Mar, ubicada, primero, en la calle Base y luego, desde 1907, en la de Montcada. Cf J. M. SEGÚ, *La Salle. Centenario de la provincia de Catalunya*. Editor Joan Santaeulària, Barcelona 1992, 117.
91 Hoy, curso 2007-2008, está celebrando gozosamente el Quincuagésimo Aniversario de su «refundación». Agradecemos al director del centro, Joan Ramon Dolcet y Ventura, y a los Hermanos el asesoramiento que nos prestaron en diciembre de 2007.
92 J. Nonell, *Vida ejemplar...*, 305.
93 *Correo Catalán*, n. 472 (lunes 19 de mayo de 1890) 3.
94 *Ibid.*, 4. Ver también *Diario de Barcelona*, n. 140 (martes 20 de mayo de 1890) 6204. Edición de la mañana.
95 N. 21 (domingo 25 de mayo de 1890) 331.Ver también el número anterior, 20 (domingo 18 de mayo de 1890) 312.
96 Cf C. Gabriel, *La obra lasaliana..*, 182.
97 Cf J. Connelly Ullman, *La Semana Trágica*. Ed. Ariel, Barcelona 1972, 411-412, 457-458.
98 Para la primera de las que se acaban de citar, cf R. Alberdi, *Els salesians al barri de Sant*

Antoni. Barcelona 1890-1990. Casa salesiana de Sant Josep, Barcelona 1994, 106-111, 172-187.

99 Cf J. Santaeulària, *Centenari de la Salle Gràcia, 1892-1992.* Edit. Joan Santaeulària, Barcelona 1992, 28.

100 Cf A. Burdeus, *Una dama barcelonesa del ochocientos. La Sierva de Dios Doña Dorotea de Chopitea, Viuda de Serra.* Librería Salesiana, Barcelona 1962, 208-209.

101 Cf C. Gabriel, *La obra lasaliana...*, 182-183.

102 Cf J. Santaeulària, *Centenari de la Salle Gràcia...*, 97-248.

103 Nuestro íntimo homenaje a la memoria del Hermano Joan Santaeulària y Pujol (+2005), que con tanta hondura llevaba y vivía esta historia en su mente y en su corazón.

104 Carta a Turín desde Barcelona-Sarrià, 5 de abril 1891: *AVD.*

105 Cf *Dizionario degli Istituti di Perfezione*, V, cols. 1623-1624. *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, II, 1086.

106 Cf R. Albó, *La caridad. Su acción y organización en Barcelona.* Barcelona [1901], 359-361.

107 J. Nonell, *Vida ejemplar...*, 361. Todo el relato está tomado de una «nota» que el autor recibió de la dicha superiora. Por tanto tiene toda la garantía de objetividad histórica.

108 Noticias sobre la bendición y colocación de la primera piedra en *Boletín Oficial Eclesiástico del obispado de Barcelona*, n. 992 (lunes 31 de julio, 1882) 336-341.

109 J. Nonell, *Vida ejemplar...*, 362. La cursiva es nuestra.

110 Cf *Diario de Barcelona*, n. 350 (lunes 16 de diciembre de 1895)14387. *Correo Catalán*, n. 7000 (Barcelona, lunes 16 de diciembre de 1895) 5. El *Diario Catalán*, n. 1378 (martes, 17 de diciembre de 1895) [2].

111 Ver fotografías y reseña en la *Revista hacia la vida*, n. 86 (otoño de 1981) 5-8.

112 Agradecemos a la Madre Judit Dougherty, de la residencia de la Plaza Tetuán, la ayuda prestada. El jardín del antiguo asilo hoy está abierto al público y lleva el nombre de *Emma de Barcelona*, hija del conde Wifredo el Velloso, quien en el año 885 la nombró, siendo aún recién nacida, primera abadesa del convento de Sant Joan de les Abadesses (Girona).

113 Carta desde Turín, 10 –x– 1889: *AVD.*

114 Para redactar la exposición que sigue nos hemos valido ampliamente de un trabajo nuestro ya publicado: R. Alberdi, *Don Felipe Rinaldi en Barcelona-Sarrià (1889-1892). Semblanza.* Edebé, Barcelona 1990.

115 Sacra Congregatio Pro Causis Sanctorum, *Beatificationis et canonizationis Servae Dei Dorotheae Chopitea Viduae Serra ... Summarium* (Roma 1975), párrafo 632.

116 J. Nonell, *Vida ejemplar...*, 333.

117 Carta desde Turín, 3 –ii– 1890: *AVD.*

118 Sacra Congregatio Pro Causis Sanctorum, *Beatificationis et canonizationis Servae Dei Dorotheae Chopitea Viduae Serra... Summarium*, párrafo 646.

119 Carta al Rector Mayor (Turín) desde Barcelona-Sarrià, 13 –x– 1890: *AVD.*

120 *Boletín Salesiano*, abril 1891, 49.

121 Testimonio del propio don Felipe, en J. Nonell, *Vida ejemplar...*, 340.

122 Ver el cuaderno que dice *Liquidación de las obras ejecutadas por encargo de doña Dorotea Chopitea, en el colegio de los Padres Salesianos en Sarrià*: *AVD.*

123 Sacra Congregatio Pro Causis Sanctorum, *Beatificationis et canonizationis Servae Dei Dorotheae Chopitea Viduae Serra... Summarium*, párrafo 646.

124 J. Nonell, *Vida ejemplar...*, 338.

125 Ver las deliberaciones de los Capítulos Generales tercero y cuarto de la Congregación Salesiana (1883 y 1886), en San Juan Bosco, *Obras fundamentales.* Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1955, 624-627. Bac 402.

126 Carta desde Barcelona-Sarrià, 9 –iii– 1891: *AVD.*

127 J. Nonell, *Vida ejemplar...*, 392.

128 *Ibid.*, 393.

129 Carta de Rinaldi a Rua desde Barcelona-Sarrià, 2 –iv– 1891, en *ASC, 9.31 Rinaldi, fasc.* 180.

130 Ver el folleto que se publicó en esta efeméride: *Inauguración de la primera iglesia en España en honor de María Auxiliadora, con ocasión de celebrarse el quincuagenario de las Obras Salesianas. Recuerdo.* Tipografía y Librería Salesianas, Barcelona-Sarrià 1892.

131 *Discurso leído por don Bartolomé Feliú, el 30 de mayo de 1892, en los Talleres Salesianos de Sarrià (Barcelona) en una velada literario-musical dedicada a conmemorar el aniversario 50.º de*

la fundación hecha por Don Bosco, y para celebrar la inauguración de la iglesia de María Auxiliadora. Tipografía y Librería Salesianas, Barcelona-Sarrià 1892, 13.

132 N. 137 (domingo 5 de junio de 1892) 2111.

133 Cf R. Casasnovas, *Un santuario soñado por tres santos. 100 años del Santuario de María Auxiliadora de Sarrià (1901-2001).* Parroquia de María Auxiliadora, Barcelona-Sarrià 2001.

134 Carta al jesuita Fermín Costa desde Barcelona, 21 –v– 1886: *AVD.*

135 Oficios remitidos desde Fiésole (Italia) en noviembre de 1886 y enero de 1887: *Ibid.*

136 Cf I. Vila, *Sant Ignasi (Sarrià). Història d'un col·legi centenari.* Ed. Col·legi Sant Ignasi, Barcelona 1995, 69-71.

137 De la publicación titulada *Parroquia Mayor de Santa Ana*, citada en J. Nonell, *Vida ejemplar...*, 427.

138 N. 1783 (sábado 4 de abril 1891) 3.

139 De la citada publicación *Parroquia Mayor de Santa Ana*, en J. Nonell, *Vida ejemplar...* 426.

140 Carta desde Vic, 29 –ix– 1889: *AVD.*

141 Carta fechada en octubre 1889, *Ibid.*

142 Una buena exposición sobre todo el tema, en J. Figuerola, *El bisbe Morgades i la formació de l'Església catalana contemporània.* Publicacions de l'Abadia de Montserrat 1994, 399-458.

143 Cf varias cartas desde Lyon, en el *AVD.*

144 Crónica facilitada por don Adolfo-Gustavo de Gispert Pastor, Barcelona, octubre de 2007.

145 Carta desde Barcelona-Sarrià, 31 –iii– 1891, en *ASC, 9.31 Rinaldi, fasc. 180.*

146 J. Nonell, *Vida ejemplar...*, 401.

147 Cf *Ibid.*

148 Testimonio en R. Fierro, *El Siervo de Dios don Felipe Rinaldi.* SEI, Madrid 1960, 81.

149 Carta a Turín desde Barcelona-Sarrià, 3 –iv– 1891: *AVD.*

150 Colegio Santa Dorotea de las Hijas de María Auxiliadora: *Crónica.*

151 Ver respectivamente *Diario de Barcelona*, n. 94 (sábado, 4 de abril 1891) pág. 4107. Edición de la mañana. *Correo Catalán*, n. 5043 (Barcelona, sábado 4 de abril de 1891) pág. 7. Edición de la mañana. *Diario de Cataluña*, n. 871 (sábado, 4 de abril de 1891) [2].

152 *Vida ejemplar...*, 410.

153 Carta al Rector Mayor (Turín), Barcelona-Sarrià 5 –iv– 1891: *AVD.*

154 *Vida ejemplar...*, 421.

155 N. 1783 (sábado 4 de abril 1891) 3.

156 Carta al Rector Mayor (Turín), Barcelona-Sarrià 5 –iv– 1891: *AVD.*

157 N. 879 (domingo, 12 de abril de 1891) [2].

158 *Vida ejemplar...*, 425.



Capítulo 7

PERVIVENCIA

Busto de bronce de doña Dorotea en el Colegio La Salle Gracia, del escultor Joan Puigdollers.

JCT

Ya en vida, Dorotea gozaba de un gran aprecio e incluso de una cierta veneración. En opinión del Rector Mayor de los Salesianos, don Felipe Rinaldi, hasta unos obreros, tenidos por agitadores sociales, la respetaban «porque, en su opinión, toda su persona *era al di sopra di ogni discussione*» (estaba por encima de cualquier discusión)[1]. Dorotea alcanzó el rango de una mujer excepcional. Por eso, la mayor parte de la prensa ciudadana la alabó ponderando por lo menos su altruismo, heroicamente sostenido en unas raíces religiosas. Los periódicos de la izquierda –*El Diluvio*, *La Campana de Gracia*, *La Esquella de la Torratxa*– no dijeron nada. Se callaron. Su silencio ha de interpretarse en el sentido de que sencillamente nada tenían que objetar...

Por otra parte las hijas de la difunta, singularmente Isabel, recibieron muchas cartas de adhesión y condolencia. Nonell presenta un manojo de ellas en el apéndice del libro[2]. Como los firmantes son todos católicos no se limitan sólo a expresar tales sentimientos, sino que se atreven a enaltecer las cualidades, las acciones y el estilo de vida de la difunta, que para ellos eran exponentes de *virtud* y de *santidad.*

El obispo Casañas manifestaba desde La Seo de Urgell su estado de perplejidad: «Cuando acaece la muerte de una persona que ha vivido como su virtuosísima Mamá, casi una santa, dudo en si dar a la familia el pésame o una cristiana enhorabuena: aunque, en verdad, debo decir que caben ambas cosas (...). El pésame, pues comprendo que es para ustedes irreparable la pérdida de su santa Mamá; la enhorabuena cristiana más cordial, porque su recuerdo será siempre para todos de inefable consuelo y un estímulo para la virtud. El nombre de su edificante Mamá será repetido o pronunciado por todos, buenos y malos, con el respeto con que se pronuncia el nombre de una santa, porque santa fue en sus actos públicos y privados»»[3].

Y en la misma ocasión, monseñor Morgades declaraba a doña Isabel : «No sé cómo escribir esta carta, pero es fuerza escribirla por exigirlo la justicia y el corazón a la vez». Al enterarse del fallecimiento, su primer impulso había sido el de ponerse enseguida en camino a Barcelona para dar una «prueba pública de consideración a la familia de la persona que las merecía todas», pero al no poder efectuar el viaje desde Vic, se resignaba a unirse por escrito a



▲ El jesuita Jaime Nonell Mas (1844-1922).

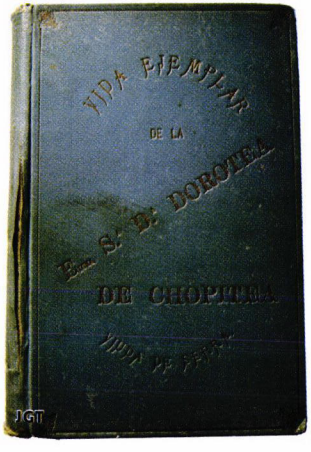
una «multitud de almas buenas» para encomendar a Dios el eterno descanso de la difunta, «aunque piadosamente pensando, concluía, hemos de creer que está ya en el cielo»[4]. La prueba pública que no pudo dar el obispo de Vic la dio el primer biógrafo de Dorotea.

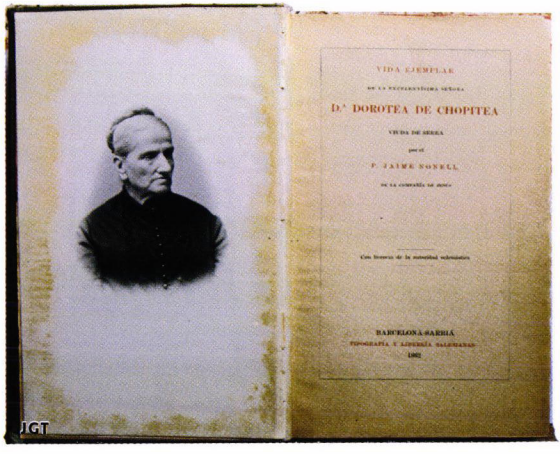
De la popularidad, al silencio

Jaime Nonell y Mas había nacido en Argentona (Barcelona) en 1844. Había ingresado en la Compañía de Jesús en 1859 y anduvo ejerciendo su apostolado por tierras de Filipinas, Francia y España. Lo suyo era la docencia, la creación literaria y la dirección espiritual[5]. Residía en el colegio de Manresa cuando, a la muerte de Dorotea, la familia le invitó a publicar alguna cosa sobre la difunta: le pedían un breve escrito o artículo necrológico que, como se estilaba entonces, sirviera de recuerdo. Nonell apenas había conocido a Dorotea, y, desde luego, nunca había tenido trato alguno con ella. Así es que aceptó agradecido algunas crónicas y reseñas de periódicos que le ofrecían. Pero pronto intuyó que la persona que intentaba estudiar tenía una talla moral y pública fuera de serie, y decidió investigarla por su propia cuenta.

Acudió primero a los familiares en busca de información; tanto los más próximos como los lejanos no tuvieron secretos para él. En consecuencia, «me hallé, confiesa, con que apenas hay persona grande ni pequeña, sabia o ignorante, pobre o rica, en todo Barcelona, que no haya conocido a doña Dorotea, por haber recibido de ella socorro en sus necesidades o consejo en sus dudas, o grande edificación de sus ejemplares virtudes»[6]. En un segundo momento y con la misma finalidad, se acercó a las instituciones que un día habían sentido la mano amiga de

▼ La primera biografía, 1892.



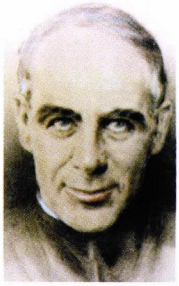


Dorotea, y fue tal el cúmulo de noticias que fue recibiendo de una y otra parte que se sintió abrumado; pensó que no sería capaz de consignarlas por escrito ni menos de reflejar en el papel el tono de voz de sus interlocutores: «con aquella misma viveza, con aquel mismo entusiasmo, con aquel mismo afecto y unción de espíritu con que ellos se deshacían en elogios de su amada doña Dorotea»[7]. Y cuando les hacía saber que se trataba de publicar una biografía sobre la misma, le daban la enhorabuena, advirtiéndole sin embargo: «Doña Dorotea fue una santa; una gran santa. Cuanto de ella se diga es poco. Escriba usted cuanto quiera; no dirá sino muy poco de lo que hay que decir»[8].

Nonell escuchó a todos, sondeó como pudo en el período de la adolescencia de Dorotea y en los años cuando todavía era una madre jovencísima, se esforzó por recabar testimonios concretos, aseguró la cronología, reunió y clasificó los papeles, tomó la pluma y se puso a escribir. Le salió un libro bien construido y adornado con las galas de una lengua castellana clásica. La escuela-imprenta de los Salesianos de Sarrià preparó la edición con todo cuidado, supliendo su inexperiencia con un trabajo minucioso y pulcro. Tal fue el regalo que el jesuita Nonell hacía a la ya numerosa familia de Dorotea y a todos sus admiradores de dentro y fuera de Barcelona.

Así estaban las cosas en 1892, al año de la desaparición de Dorotea. La biografía tuvo una aceptación general y quedó como un hito de referencia imprescindible. Gustavo de Gispert y Serra la leyó en Montserrat un par de años más tarde: «Aunque incompleta, opinaba sobre el libro de su abuela, y en alguna ocasión en cambio demasiado detallista, la considero exacta, salvo en contadas ocasiones; a mi parecer es de gran importancia»[9].

Dorotea entró en la historia literaria con la doble fama: de una mujer *santa* –incluso en el sentido fuerte del término– y de una mujer *social*, empeñada en construir su ciudad de Barcelona como un hogar para todos, también para los desamparados, los marginados, los pobres, los trabajadores, los ignorantes, los enfermos... Nonell en una de sus páginas más acertadas reflexiona así: «Lo más digno de consideración es el modo como ostentó doña Dorotea su acendrado y vigoroso amor de Dios en el socorro de cuantos se hallaban en necesidad de alma o cuerpo. Otras personas, y aun instituciones religiosas, circunscriben el ejercicio de su caridad a un género particular de necesidades, cuyo remedio se proponen (...). En doña Dorotea se nota un fenómeno singular. Su amor se extiende generalmente al socorro de toda necesidad, cualquiera que sea; y en cualquier género



▲ El jesuita Jacinto Alegre Pujals (1875-1930).

de ellas se aplica con tal ahínco y tal espíritu, como si fuese el único en que ha entendido toda su vida»[10].

En consecuencia, nuestra biografiada llegó a ser una figura muy conocida y hasta familiar en Barcelona. Aun después de diez años de su desaparición, Ramón Albó y Martí (1871-1955) aseguraba que «todo el mundo» continuaba llamándola y nombrándola «sin necesidad de mentar siquiera el apellido como ocurre a muchas personas que llegan a adquirir verdadera popularidad». Y el ilustre abogado, sociólogo y publicista, indicaba el motivo: Dorotea era un ejemplo práctico del *ingenium caritatis* (el ingenio de la caridad) «por la acción oportunísima y –¿por qué no decirlo si así lo creo?– providencial que seguramente ejerció en el campo de la caridad barcelonesa». «He aquí el ingenio de la caridad, seguía explicando: el conocimiento de las necesidades de una ciudad en un momento determinado, y la aplicación acertada y oportuna de los medios más adecuados para satisfacerlas»[11].

Sin embargo, esas luces de entusiasmos y alabanzas quedaron amortiguadas al menos durante los dos decenios siguientes. No es que se apagaran del todo[12], pero quedaron en una penumbra silenciosa... Lo deducimos por lo que le pasó a otro jesuita...

El descubrimiento del icono

Jacinto Alegre y Pujals había nacido en Tarrasa (Barcelona) en 1875; había entrado en la Compañía de Jesús en 1892 y había sido ordenado sacerdote en 1907. Como no estaba hecho para ocupar una cátedra, le pusieron de maestro de pequeños en el colegio de la calle Caspe, adonde debió de llegar en junio-julio de 1909. Desde allí, a los pocos días, conoció los horrores de la Semana Trágica de Barcelona, que le impactaron hondamente. Pero aún siguió varios años como educador en la sección infantil. Hasta que en 1918 le pusieron al frente de la Congregación Menor –Congregaciones Marianas– que funcionaba en el mismo colegio, lo que le permitió dedicarse al campo del apostolado social: catequesis entre los obreros y visitas a los hospitales. El jesuita fue adquiriendo una experiencia espiritual inédita: Dios, los pobres, los enfermos, los incurables[13].

En tal estado de ánimo se retiró a hacer una tanda de Ejercicios Espirituales en la Casa de Sarrià. Debía de correr ya el año 1922 o, tal vez, el 1923. Durante aquellos días de plegaria y reflexión cayó casualmente en sus manos un libro, que comenzó a leer con creciente interés. Al terminar la lectura tuvo la impresión de haber encontrado un tesoro totalmente desconocido para él y, según sus indagaciones, también para

otros muchos. El libro en cuestión tenía como autor a Jaime Nonell, y el tesoro escondido y hallado se llamaba Dorotea, a la que el padre Alegre consideraba como un modelo cercano, un icono de valor permanente. Pero junto a la satisfacción del hallazgo no podía esconder su perplejidad: ¿Cómo era que nadie hablaba de ella, ni se hacía nada para recuperar su memoria? El jesuita, lleno de fervores y esperanzas, se propuso darla a conocer a todos los barceloneses, tanto a los ricos como a los pobres. Se convirtió en un propagandista convencido y convincente, imaginativo e incansable. «El padre Alegre, atestiguaba entre 1958 y 1959 el abogado Ignacio de Gispert Jordà, tenía como una obsesión del heroísmo de doña Dorotea, sobre todo en la práctica de la caridad y me lo inculcaba en nuestras conversaciones»[14]. El futuro inspirador del *Cottolengo* de Barcelona, fundado en 1939, no tenía otra propuesta mejor para ofrecer a sus conciudadanos[15].

Alegre comenzó a moverse enseguida. Tanteó el terreno y creyó que debía comenzar llamando a la puerta de los salesianos[16].

El Rector Mayor de los Salesianos

Se fue a Sarrià a buscar más información y, a finales de 1922 o inicios del siguiente, tuvo la primera entrevista con el superior provincial, que era a la sazón don Marcelino Olaechea y Loizaga; un salesiano vasco y formado en Castilla pero que, como todos los salesianos españoles de primera hora, conocía y veneraba la figura de Dorotea. El jesuita y el salesiano se pusieron de acuerdo para trabajar juntos. Olaechea, además, no andaba demasiado sobrado de salud: ¿no le valdría encomendarse a Dorotea a ver si conseguía algún alivio? Alegre y Olaechea se entrevistaron de nuevo en la casa salesiana del Tibidabo en abril de 1925, en donde el Provincial se había refugiado en busca de paz y de unos aires más sanos. Rezaron juntos invocando a Dios por mediación de Dorotea. Don Marcelino fue trasladado a Madrid, también como superior provincial, en el otoño de ese mismo año. Murió siendo arzobispo de Valencia en 1972, a los 83 años de edad... Hasta un cierto punto aquel traslado supuso un contratiempo para la causa de Dorotea pero, por fortuna, le sucedió en el cargo un gran admirador suyo, José Calasanz Marqués, quien, siendo todavía casi un niño, la había conocido personalmente así como también a todos los salesianos de primera hora en Sarrià: Juan Bautista Branda, Antonio Aime, Manuel B. Hermida, Felipe Rinaldi...



▲ Don Felipe Rinaldi (1856-1931).

Por aquellos años, de 1922 a 1931, fungía de Rector Mayor de la Congregación Salesiana don Felipe Rinaldi Brezzi, al cual le hemos

encontrado varias veces en la biografía de Dorotea y nos consta que la consideraba como una verdadera santa. Cuando visitó Barcelona a primeros de febrero de 1926, estaba informado de las nuevas inquietudes que la figura de Dorotea estaba suscitando y, por su parte, aceptó con decisión las dos cosas que le insinuaba el padre Alegre: solicitar oficialmente a la Iglesia el inicio del proceso de beatificación y canonización de doña Dorotea y trasladar los restos de la misma desde el panteón familiar a la iglesia de María Auxiliadora, de Sarrià. «Como estaba absolutamente convencido, y lo sigo estando –atestiguaba en 1929–, que en la vida de doña Dorotea hay fundamento para incoar tal proceso, acepté con entusiasmo que nuestra Congregación promoviera la Causa, tanto más porque se trata de una persona que estuvo muy vinculada a nuestro Fundador, a Miguel Rua, de santa memoria, y con toda la Sociedad Salesiana»[17]. Nombró como encargado o *vicepostulador* de la Causa a Julián Massana Rovira y se comprometió a pagar los gastos correspondientes. Julián Massana era a la sazón secretario y vicario provincial, y había sido alumno de la sección de Bachilleres que los salesianos habían tenido, a finales del XIX, en el Colegio de la Esmeralda, situado en Les Corts de Sarriá.



▲ Julián Massana Rovira (1883-1944).

El Proceso Ordinario Informativo de Barcelona

Dio inicio el 4 de abril de 1927, en la capilla de la Virgen de Montserrat del palacio episcopal y bajo la presidencia del obispo, monseñor José Miralles y Sbert. El tribunal constituido debía informar a la Santa Sede sobre las virtudes cristianas practicadas por Dorotea y sobre la fama de santidad de que gozaba, y, en consecuencia, comenzó a llamar a los testigos. Estos formaron un grupo restringido, pero de suficiente peso histórico-testimonial. Trabajaron con toda seriedad por espacio de tres años, de 1927 a 1930, en tanto que el Obispo invitaba a todos los diocesanos a aportar cualquier clase de material que pudiera arrojar alguna luz sobre el caso: en favor o en contra de Dorotea[18].

Pero ¿no se llegaba ya demasiado tarde? Dorotea había fallecido en 1891; por tanto ya habían transcurrido 36 años, y los testigos más próximos, como las cinco hijas casadas, ya habían desaparecido... Fue, sin duda, una lástima que entre unos y otros hubieran dejado pasar tanto tiempo. Felipe Rinaldi declaró que él había pensado desde el principio que serían los jesuitas y la familia de Dorotea, tan relacionada con la Compañía de Jesús, quienes asumieran la tarea. La biografía que encargaron al padre Nonell ¿no era ya un punto de partida para iniciar las gestiones pertinentes ante la curia diocesana

de Barcelona? Pero, en fin, como queda explicado, cuando llegó el momento de actuar, el padre Rinaldi no se echó atrás. Él mismo en persona se prestó en calidad de testigo de primera mano.

Entre los 18 testigos de Barcelona (1827-1830) figuraban algunos nietos[19], parientes[20], personal de servicio de la antigua Casa Serra[21], religiosos y religiosas de las instituciones apoyadas por Dorotea, personas que un día sintieron su mano amiga, colaboradores[22]. En la ciudad de Turín, en el pequeño proceso que se organizó en la curia eclesiástica (1929), testificó el citado Felipe Rinaldi. Casi todos ellos eran testigos *de visu*, es decir, individuos que en algún momento de su vida habían conocido a Dorotea y la habían tratado de una u otra forma. Por supuesto, cuando Dorotea ya era adulta o podía considerarse una persona *mayor*. Desde 1892, todos ellos habían podido leer la biografía escrita por Nonell e, incluso, a partir del verano de 1926, la nueva preparada, como diremos más abajo, por Jacinto Alegre, quien también actuó como testigo en el proceso. Pero lamentablemente, el padre Branda no pudo participar en ninguno de estos procesos ya que había fallecido en Turín en noviembre de 1927[23].

El conjunto de declaraciones y documentos que se reunieron no cambió para nada la imagen que se tenía de Dorotea, sino que la ratificó y la proyectó hacia el futuro[24]. Como es natural, hubo testigos que señalaron algún matiz de relevancia. He aquí dos ejemplos.

José María Fontseré y Masdeu conoció a Dorotea en 1870 cuando acudió a su casa para pedirle una ayuda en favor de dos niños de su familia, prácticamente abandonados. La señora se comportó con generosidad y, al saber que tenía el proyecto de hacerse sacerdote, le pagó una buena parte de los estudios e incluso de su permanencia en Roma cuando, durante los años 1877-1879, tuvo que frecuentar una universidad eclesiástica de aquella capital. Vuelto a España ya como sacerdote, Dorotea le invitó a comer a casa, porque se consideraba feliz de haber contribuido a la formación de un nuevo sacerdote. «Un día, al volver de la iglesia, me dijo que se sentía triste, porque, según se lamentaba, "hoy no he hecho ninguna obra buena ni útil; Dios no me ha enviado ningún pobre, no he podido ni ayudar ni prestar un servicio a nadie"»[25]. Y añadía en esta su declaración de 1929 que «con su trato distinguido, honesto y reservado, me edificaba a mí, y edificaba a los demás»[26].

José María acabó siendo monje de Montserrat. Desde entonces Dorotea ya tenía un motivo serio para subir al monasterio y visitar al benedictino, a quien mostraba ciertas intimidades de su alma: «Me confiaba sus dudas, sus penas, sus temores, asegura el padre Fontse-

ré. Tenía un criterio claro, veraz, sincero: ¡era un alma grande!». ¿Cuál podía ser, por ejemplo, el motivo de esas zozobras? –«Creo que fue en 1890 cuando me visitó en Montserrat y me dijo que le atormentaba una duda acerca de su propia salvación, cosa que le estaba amargando la vida y la ancianidad. Le parecía, en efecto, que todo el bien que había hecho con limosnas y otros actos de virtud había sido tiempo perdido, pues le parecía haberlo realizado por un impulso simplemente natural». El monje la escuchaba sin alarmarse, porque sabía que estaba ante una persona de profundas vivencias cristianas: «Como ella era flexible y dócil de juicio, bastaban unas pocas palabras para serenarla y dejarla en paz»[27].

Una vez fallecido José María Serra, su casa-palacio de la Gran Vía experimentó un cambio de cierta importancia. Es verdad que allí vivía Isabel con sus seis hijos y mantenía el rango de una familia burguesa, más alta que media; pero, por su parte, la abuela Dorotea había entrado en un proceso espiritual, diríamos, franciscano. El superior de los salesianos, padre Rinaldi, hombre curtido en las privaciones, quedaba impactado cuando, por los años 1890-1891, pisaba el domicilio de Dorotea. Después de unos cuarenta años aun recordaba que «en aquella casa, amplia, no se veía más que lo estrictamente necesario: los grandes salones que contenían verdaderas obras de arte estaban siempre cerrados». Allí hacía su vida la propietaria: «Las hijas le proveían del vestido; no sé lo que emplearía en sus gastos personales: si digo que poco, tal vez no soy exacto, porque creo que se puede afirmar que vivía *come qualunque povero*» (como un pobre cualquiera). Tan excepcional era su espíritu de pobreza. Y el testigo concluye lógicamente que si Dorotea pudo hacer tanto por los demás, era porque era muy austera consigo misma[28].

Con esto, con el inicio del proceso informativo diocesano, llevado a cabo con la autorización de la Santa Sede, Dorotea ya fue reconocida oficialmente como *Sierva de Dios.*

El traslado de los restos mortales

Mientras el tribunal eclesiástico multiplicaba sus sesiones, el padre Alegre y los salesianos, guiados por el vicepostulador de la causa, Julián Massana, prepararon un acto público que moviera el corazón y el imaginario de las gentes. Por supuesto, después de tan largo período de silencio, hacía falta una cosa así. Los promotores obtuvieron los permisos necesarios y se lanzaron a la empresa. Quedaron sorprendidos por el éxito, porque el rescoldo de la devoción

se mantenía y, al remover un poco las cenizas, la brasa ardió con mayor viveza.

Dicho acto consistió en la exhumación y el traslado de los restos mortales de Dorotea desde el panteón familiar, ubicado en el Cementerio Viejo o del Este, de Barcelona, hasta el santuario de María Auxiliadora, en Sarrià, hoy parroquia. Se procedió en dos etapas.

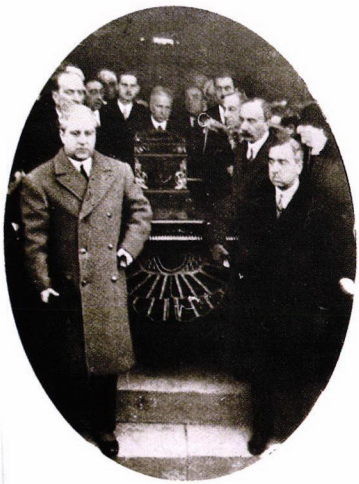
El viernes día 27 de enero de 1928, sólo con la participación de los responsables más directos y de algunos familiares, fueron identificados los restos y trasladados en un coche cubierto a la casa de las Hijas de María Auxiliadora de Sarrià –Colegio de Santa Dorotea, Paseo de San Juan Bosco, 24– y una vez allí, fueron clasificados y arreglados debidamente. Todo requirió su tiempo, su cuidado. Dirigió la operación el doctor Francisco Forcada y Gelabert, asistido por dos Hijas de María Auxiliadora. En una segunda etapa, ya el domingo 29, el mismo médico colocó las reliquias en una caja de plomo y madera, y los jueces y testigos formalizaron el documento pertinente. Después, ante la presencia del señor Obispo y los familiares de la Sierva de Dios, se colocó todo en una urna de «finísima madera», según precisa Jacinto Alegre, y los nietos fueron los encargados de bajarla al jardín del colegio, donde estaba aguardando «el coche fúnebre más lujoso, con sus caballos y palafreneros a la federica, cedidos por la Junta de Gobierno de la Casa Provincial de Caridad», en palabras del mismo testigo[29].





▲ Cementerio de Poblenou. ▲ Entrada al panteón de los Serra-Chopitea

Serían algo más de las cuatro de la tarde cuando se formó el cortejo. Era un cortejo fúnebre, como no podía ser menos, pero ya no tanto como antes... La marcha procesional resultó solemne, bajo la presidencia del Obispo Miralles y los representantes de todas las Autoridades de Barcelona[30]. El santuario de María Auxiliadora lucía sus mejores galas de adornos y luces y se hallaba totalmente lleno de gente. Se colocó la urna sobre el altar mayor y el padre Massana glosó la vida y la obra de Dorotea. Y a continuación, entre oraciones y cánticos, la urna fue colocada en el sepulcro que se había preparado en el santuario, entrando a mano derecha.



Traslado de la arqueta con los restos mortales de doña Dorotea. Aspectos diversos.



Resultó una jornada memorable, dentro del encuadre de la fiesta que los Salesianos celebraban en honor de su santo Patrono, Francisco de Sales. El padre Guillermo Viñas, director de los *Talleres*, manifestaba su satisfacción y, diríamos, su orgullo de ser el custodio de aquella iglesia que, en adelante, daría cobijo a los restos mortales de la Fundadora. La prensa de la ciudad volvió a honrar a la que ya había honrado casi cuarenta años antes, a raíz de su fallecimiento y, con un despliegue fotográfico propio de los grandes acontecimientos, puso de relieve la solemnidad del acto y la nutrida participación de los fieles[31].

Una biografía popular

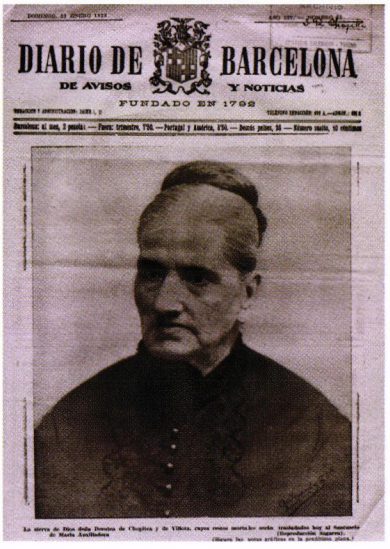
Pero en la tarea propagandística nadie le ganaba al padre Alegre; no estaba hecho para escribir grandes tratados, pero sí otros escritos menudos que le permitían conectar con el círculo de amigos y conocidos. Para hacerse con los materiales que necesitaba acudió, como sabemos, a los salesianos de Sarrià. Y se alegró inmensamente cuando se enteró de que aún vivía en Turín Juan Bautista Branda, quien había sido el primer superior de los *Talleres* y, por tanto, colaborador con doña Dorotea por espacio de seis años (1883-1889). Le escribió sin pérdida de tiempo, con fecha 18 de junio de 1924, y no paró hasta entrevistarle personalmente en noviembre de 1927. En consecuencia, fue cre-



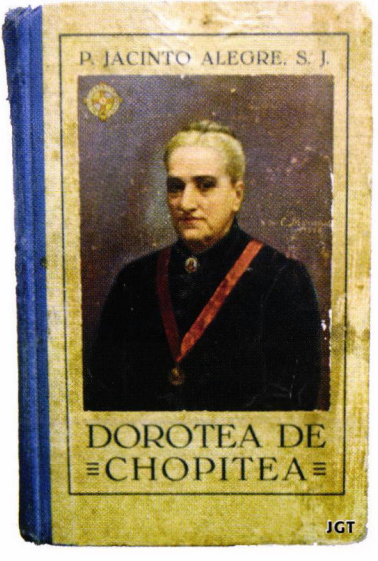


ciendo su admiración por Branda como también, y sobre todo, su fervor por la Sierva de Dios, a quien se propuso llevar a los altares...

Alegre comenzó a escribir desde una sencilla publicación que él mismo preparaba y que salía de los jesuitas de la calle Lauria con el título *Hojitas de la Congregación Menor*. En varios números, Alegre incluía una serie de *gracias* o *favores* que los devotos y él mismo atribuían a la intercesión de la Sierva de Dios. Con esos materiales publicó un folleto con el título *Lluvia de gracias* que tuvo varias ediciones en poco tiempo[32]. Pero la principal aportación literaria del padre Alegre es el libro intitulado *Un modelo de caridad. Doña Dorotea de Chopitea, Viuda de Serra*. Apareció en junio de 1926, con un prólogo del jesuita Luis Rodés, director del Observatorio del Ebro y emparentado con la familia de doña Dorotea[33]. A los dos años salió la segunda edición[34] y en 1930 la versión catalana[35]. Fue un éxito[36]. Contribuyó admirablemente a crear el ambiente espiritual y social que necesitaban los dos acontecimientos a que acabamos de referirnos: el proceso informativo de Barcelona y el traslado de las reliquias. Los promotores y los participantes habían podido leerlo. No es que Alegre y Pujals estuviera dotado intelectualmente, como su amigo Nonell, para las lides de la investigación histórica. Pero había asimilado bien el contenido del libro del amigo y tuvo el coraje de recorrer la ciudad palmo a palmo, visitando cada uno de los centros que un día fueron favorecidos por la Sierva de Dios y a los parientes de la misma, buscando siempre el contacto directo y amical; no le interesaba tanto la documentación cuanto esa comunicación de viva voz. Tal fue su método de trabajo, y no le fue mal. Incluso las personas que hoy (2008) dicen tener noticias de doña Dorotea es porque las han recibido, en una forma o en otra, de los escritos del


DIARIO DE BARCELONA
DE AVISOS Y NOTICIAS
FUNDADO EN 1792

▲ La prensa de la ciudad se hace eco del traslado.



▼ Una biografía popular.

padre Alegre. En ellos halló el *Boletín Salesiano* un pozo de agua fresca para ir instruyendo y entusiasmando a sus lectores[37].

Madre de Familia y Salesiana Cooperadora

Alegre falleció en diciembre de 1930, a los 56 años; Felipe Rinaldi, en diciembre del año siguiente, a los 75. Ambos habían jugado un papel importante para hacer posible la pervivencia de doña Dorotea, tanto en el ámbito religioso como en el social. El proceso diocesano había concluido con pleno éxito el 22 de abril de 1930 y había puesto una base segura para dar otros pasos ulteriores. Dorotea no había hecho en vida milagros y profecías, ni había sido una de esas *beatas* que viven más en las nubes que en la tierra, sino que pasó toda la vida inmersa en los quehaceres del hogar, en la calle, entre proyectos y números, acosada, de un lado, por los pobres que necesitan algún alivio, y, de otro, por los proveedores. Hacia 1930 la sociedad barcelonesa comenzó a interpretarla desde una perspectiva nueva: una mujer que había vivido de Dios y para Dios. Era algo más que una *filántropa*...

▼ Retrato de doña Dorotea, por Martí-Grau: general y detalle.



El Rector Mayor la había presentado como *Cooperadora Salesiana* –hoy el término adoptado oficialmente es el de *Salesianos Cooperadores*–, y así la vio el décimo Congreso Internacional Salesiano, celebrado en Turín los días 25 al



27 de mayo de 1926, que, por unanimidad, había pedido al Obispo de Barcelona que iniciara el proceso informativo diocesano; Dorotea, en efecto, debía ser la primera Salesiana Cooperadora encaminada «al honor de los altares»[38]. Pero, a los pocos años, en los documentos procesales apareció otro perfil relevante de la Sierva de Dios, la de *Madre de Familia*. Fue fruto de una reflexión histórica y teológica más profunda y, sobre todo, de una nueva y feliz intuición pastoral, anterior a la llegada del Concilio Vaticano II (1962-1965). Y así quedó fijada la doble perspectiva bajo la cual la Congregación de Don Bosco quería presentar a Dorotea ante la Iglesia y el mundo entero: *Madre de Familia y Salesiana Cooperadora.*

Durante los años siguientes, además de los salesianos que se esforzaban por mantener la llama encendida, los amigos del padre Alegre actuaban también, a su modo, en el mismo sentido. Y así en 1928 la *Obra de los Ejercicios Parroquiales*, promovida por los jesuitas Jacinto Alegre y Francisco de Paula Vallet, establecía su sede en la casa-palacio que fue de la Sierva de Dios y allí mismo organizaba las actividades del *Casal Donya Dorotea.* Para aquellos católicos barceloneses de los años veinte y treinta fue motivo de gran satisfacción ocupar los mismos aposentos en que la Sierva de Dios practicó casi durante veinte años la vida cristiana. Al habilitar la casa para sus objetivos, convirtieron la gran sala matrimonial en capilla: «Este lugar, escribían en 1930, es el mismo en que murió la Sierva de Dios, doña Dorotea de Chopitea, viuda de Serra, a quien, como esperamos de la bondad divina, no tardaremos en venerar en los altares como santa»[39].

La iconoclastia de 1936

El traslado de los restos de la Sierva de Dios al santuario de María Auxiliadora de Sarrià no se hubiera podido realizar unos cuan-



▾ CDD, Casal Doña Dorotea. La Obra de los Ejercicios Parroquiales llamó así a la casa de la Venerable. Detalle, 1928

tos años después, en el período de la Segunda República Española (1931-1936), al menos, no con tanta solemnidad.

El martes, 21 de julio de 1936, después de la celebración de la misa, se retiraron de la iglesia los bancos y demás muebles que pudieran dar pábulo al incendio. Era una medida de prudencia. Al día siguiente, llegaron los jefes de la Esquerra Republicana a incautarse del edificio. Llegaron también los guardias de asalto, y los milicianos y las milicianas de la FAI. Expulsaron a los salesianos y ellos quedaron como dueños. Comenzaron a registrar y saquear todas las dependencias: tenían que dar con las armas de los frailes... que no existían. Durante los días 22 al 25 se dedicaron a *purificar* la casa. A golpes de hacha destruyeron todo lo que se podía destruir –altares, cuadros, estatuas, muebles– y echaron los restos a la hoguera que ardía en uno de los patios... ¿Qué fue del sepulcro de doña Dorotea y de los restos mortales que contenía? Nadie los había tocado desde la tarde del 29 de enero de 1928...

En 1941, el vicepostulador Julián Massana estaba seguro de que se habían podido salvar. ¿Cómo? El padre Massana creía cuanto le manifestaba un hombre, residente en el pueblecito de Sant Vicenç dels Horts (Barcelona) y llamado José Morral y Berenguer.

En los primeros meses de la revolución, este señor residía en las Escuelas Profesionales Salesianas de Sarrià ya que había sido nombrado por la Consejería de Gobernación de la Generalitat de Catalunya como empleado tornero, oficio que había aprendido en las mismas Escuelas. Pasó el tiempo. En abril de 1937 vino a visitarle su esposa. Se le ocurrió llevarle a la antigua sacristía para que la viera, y allí encontró una pequeña caja de madera forrada de cinc: «la tapa de madera estaba destrozada, y rajada la de cinc; contenía en su interior unos cuantos huesos». Y «a unos dos metros de la caja y en el suelo hallé –decía– el acta de inhumación de los restos de doña Dorotea». José no pudo depositar en lugar seguro la caja, pero le fue fácil llevarse consigo el documento de la inhumación de 1928, y dejó cerrada la sacristía.

Confiaba en volver a aquel sitio y salvar lo salvable. Pero llegaron unos refugiados que se instalaron precisamente en la iglesia y en la sacristía. José perdió totalmente la pista de las reliquias, pero no la esperanza. Dio tiempo al tiempo. Ayudado por un hermano suyo, recorrió todos los rincones, indagando pacientemente. Y, por fin, consiguió dar con la caja, que estaba abandonada en el sótano de la entonces escuela de carpintería. «Envolvimos los restos principales en un periódico, dejando los otros por miedo a los revolucionarios». Las reliquias las tuvieron escondidas, primero, en Barcelona y, después, en Sant Vicenç dels Horts; una vez ter-

minada la guerra en 1939, las entregaron a los salesianos de esta localidad. La aventura había terminado. El interés que demostró el señor Morral Berenguer hace pensar que era una persona sentimental e ideológicamente muy vinculada a los salesianos. Siempre cabe preguntar quién fue el que, antes que él hallara la caja en la sacristía, la colocó en aquel lugar, sacándola de la iglesia, donde la encontraría medio rota... ¿O fue, tal vez, el mismo José?



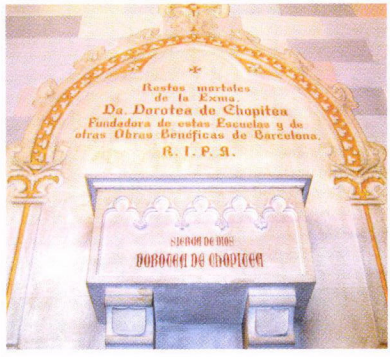
▲ José Morral Berenguer y su esposa Rosa Termes Casanovas.

El padre Massana, superior provincial por aquellas fechas (1939-1944), abrumado con las tareas de la reorganización de las comunidades y las obras destrozadas durante la guerra, no se decidió a reponer las reliquias de la Sierva de Dios en su sitio hasta enero de 1941. Con la autorización del Administrador Apostólico de Barcelona, doctor Miguel de los Santos Díaz de Gómara, se cumplieron debidamente los requisitos canónicos, escuchando a los testigos y levantando el acta oficial correspondiente; las reliquias se colocaron en una pequeña caja de cinc (57 por 15 por 14 centímetros) que, a su vez, fue introducida en una nueva urna sepulcral, donde se veneran hasta el día de hoy. El acto tuvo lugar el día 31 de enero de 1941, fiesta de San Juan Bosco, pero por falta de organización no alcanzó la solemnidad que era de desear[40].

La larga marcha

A partir de este momento, el padre Massana, ya enfermo, se limitó a informar un poco a los devotos y recoger las limosnas necesarias para proseguir las gestiones canónicas, ya iniciadas *antes de la guerra* en Barcelona. En 1950 se reunieron las cartas de unos 50 arzobispos y obispos, que pedían a la Santa Sede que, visto el feliz éxito del proceso diocesano de Barcelona (1927-1930), se implicara directamente en el asunto. El Papa Pío XII (1939-1958) estuvo de acuerdo, y en 1957 ordenó que en la curia episcopal de Barcelona se abriera un nuevo proceso, llamado *apostólico*, y que en él se completara la labor iniciada anteriormente: este proceso debía estudiar, sobre todo, si Dorotea había llevado una vida de verdadera santidad cristiana.

▼ Sepulcro de la Venerable en el Santuario de María Auxiliadora, en Sarrià.



El Proceso Apostólico de Barcelona

Los salesianos, guiados por el postulador en Roma y el vicepostulador, don Amadeo Burdeus,

en Barcelona, no perdieron tiempo. Tampoco lo perdió el arzobispo-obispo diocesano, doctor Gregorio Modrego Casaus, quien abrió el proceso al año siguiente. Este proceso duró poco, exactamente un año, de noviembre de 1958 a noviembre de 1959. Y es que ya estaba todo dicho...

Los testigos que pasaron por el tribunal fueron 24: nueve familiares o emparentados con Dorotea, doce religiosos y religiosas, y tres de otros grupos. Todos ellos, sin excepción alguna, testificaron en favor de la santidad de la Sierva de Dios y de la proyección de su actividad social. Pero muy pocos habían conocido a doña Dorotea; y en cualquier caso, la conocieron cuando ellos estaban en edad infantil y la señora se encontraba en los últimos años de la vida[41]. Por tanto, no tenían muchas novedades para revelar, si bien alguno hizo aportaciones de valor[42] y, en general, se limitaron a repetir lo que habían leído en las biografías de Nonell, de Alegre o de Rómulo Piñol Aresté[43] o habían oído en sus casas y comunidades... Precisamente en esto estriba la importancia de su testimonio: sincera y auténticamente hacían resonar la voz de la tradición, de lo que siempre, desde jóvenes, habían aprendido y vivido en sus respectivas familias y comunidades. Así, su testimonio resultaba incontrastable[44].

Aprovechando los materiales que fueron apareciendo en los diversos procesos eclesiásticos, y sin perder de vista las biografías ya publicadas, don Amadeo Burdeus preparó otra, sencilla, documentada y de fácil lectura, con un título sugerente[45]. Su *Una dama barcelonesa del ochocientos* tuvo mucha aceptación entre los círculos católicos de Barcelona y fuera de la capital catalana. Tuvo, sin embargo, la mala suerte de salir a la calle cuando se abría el Concilio Vaticano II (1962-1965), que pronto iba a poner en desuso ciertos enfoques y modos de presentar la santidad cristiana.

Dorotea, venerable

Mientras tanto, durante los años setenta y ochenta del siglo pasado, y entre silencios y tareas que evidentemente se debían pagar, fue avanzando la Causa de Dorotea. El instrumento básico estuvo preparado en 1975 y se editó en Roma[46]. A continuación todo este material pasó a manos de los consultores para que, después de estudiarlo, dieran su voto afirmativo o negativo sobre si Dorotea vivió la vida cristiana en un grado heroico, excepcional. Estos consultores fueron siete, teólogos e historiadores. Al menos dos de ellos se mostraron particularmente críticos, tanto sobre algunos aspectos formales como de contenido. Pero, en definitiva, todos y cada uno dieron su voto *afirmativo*[47]. Lo hacían con decisión y entusiasmo ¿Por qué?

Porque habían comprobado que la persona y la obra de Dorotea encajaban a la perfección en la espiritualidad propugnada por el Concilio Vaticano II (1962-1965), principalmente en las constituciones *Sobre la Iglesia* y *La Iglesia en el mundo actual*, y en el decreto *Sobre el apostolado de los seglares*. Uno de ellos concluye su aportación con estas palabras: «Es un placer observar los diversos valores espirituales que presenta doña Dorotea: son como reflejos de un prisma multicolor y armónico. Es un continuo elevarse de la tierra al cielo y un esfuerzo sin descanso; es un incentivo para todos, una lección para aprender cómo se puede ser un héroe en el día a día, en medio del mundo y de la familia, en ese incesante ir y venir de la vida (...) Es un espejo fiel de Jesucristo»[48]. Por tales motivos, tanto este consultor –número 7– como los demás se atrevían a insinuar a los señores cardenales que debían dar el paso siguiente porque, al reconocer los valores religiosos y ciudadanos practicados hasta un grado heroico por Dorotea, prestaban un auténtico servicio eclesial de gran trascendencia.



▲ Amadeo Burdeus Mingarro (1902-1974).

Con estos avales en la mano, los cardenales competentes tuvieron a bien presentar su dictamen favorable ante el Papa Juan Pablo II, quien en junio de 1983 declaró oficialmente a Dorotea *venerable*: es decir, una mujer que vivió su vida cristiana en un grado eminente, digna de ser propuesta como modelo para todos los miembros de la Iglesia Católica. Era el primer paso para proseguir, según los cánones eclesiásticos vigentes, en el camino de la beatificación y canonización.

Los salesianos quisieron celebrar el acontecimiento al año siguiente, uniéndolo al centenario de sus Escuelas Profesionales de Sarrià (1884-1984). El acto conmemorativo tuvo lugar la tarde del 3 de abril de 1984 en el Salón de Ciento del Ayuntamiento de Barcelona. Lo había convocado el señor alcalde, Pascual Maragall y Mira, y él mismo quiso presidirlo. El honorable señor Miquel Coll y Alentorn, miembro del Institut d'Estudis Catalans y consejero adjunto de la presidencia de la Generalitat de Catalunya, ponía de relieve con gran erudición algunos aspectos de la obra social llevada a cabo por la nueva Venerable[49] y el cardenal-arzobispo, Narciso Jubany y Arnau, se preguntaba de dónde le venía a Dorotea aquella fuerza tan extraordinaria para actuar como actuó a lo largo de toda la vida. Y respondía diciendo: «Le brotaba de su fe cristiana, bien asimilada y que llegaba a lo hondo de su conciencia»[50]. Aquel solemne homenaje se le rendía a Dorotea desde el lugar más emblemático de Barcelona, la ciudad que ella trató de construir para todos.

Seis años más tarde, el 3 de abril de 1991, la Familia Salesiana y muchos admiradores de la Venerable se reunieron de nuevo en las Escuelas





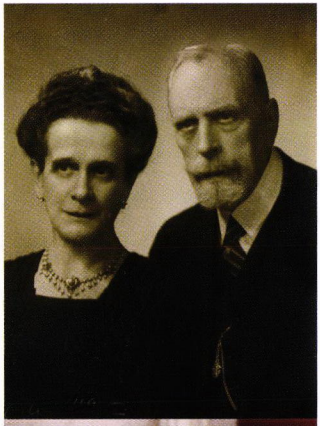
▲ Acto de homenaje a la Venerable en el Saló de Cent del Ayuntamiento de Barcelona, 1984.

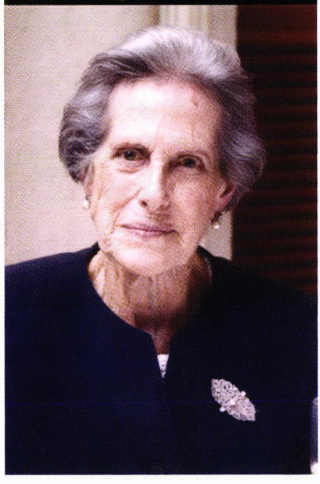
Salesianas de Sarrià para conmemorar el primer centenario de su muerte (1891-1991). Presidió los actos monseñor Luis Martínez Sistach, entonces obispo auxiliar de Barcelona y hoy (2008) arzobispo y cardenal de la sede metropolitana barcelonesa.

«Ahora todo depende de la fe de los católicos barceloneses y catalanes, nos escribía en julio de 1991 el padre Luis Fiora, postulador general de las causas de los santos de la Familia Salesiana. Es necesario hablar y escribir de ella, difundir su fotografía, formar grupos de oración»[51].

El Papa Benedicto XVI en su primera carta encíclica, publicada el 25 de enero de 2006[52], menciona, por vía de ejemplo, algunos santos que, como Francisco de Asís, Ignacio de Loyola, Juan de Dios, Vicente de Paúl, Luisa de Marillac y Juan Bosco, «siguen siendo modelos insignes de caridad social para todos los hombres de buena voluntad». Según se ha comprobado en la presente biografía, Dorotea caminó sobre estas huellas, ya sea estando al lado de las Franciscanas Misioneras (Francisco de Asís), o los Jesuitas (Ignacio de Loyola), o los Hermanos y las Hermanas de la Orden Hospitalaria (Juan de Dios), o las Hijas de la Caridad (Vicente de Paúl y Luisa de Marillac) o, en fin, de los Salesianos y las Hijas de María Auxiliadora (Juan Bosco y María Mazzarello). La trayectoria moral y la acción social de Dorotea se inscriben exactamente en esta línea, si bien con una diferencia importante: ella se mueve siempre *en* y *desde la laicidad*. Es una seglar.

El Papa concluye el párrafo con una frase que cobra plena actualidad en nuestra protagonista: «Los santos son los verdaderos portadores de luz en la historia, porque son hombres y mujeres de fe, esperanza y amor»[53]. Por esto, la figura de Dorotea de Chopitea, enraizada en el catolicismo social barcelonés de la segunda mitad del XIX[54], sigue brillando con luz propia y perenne.





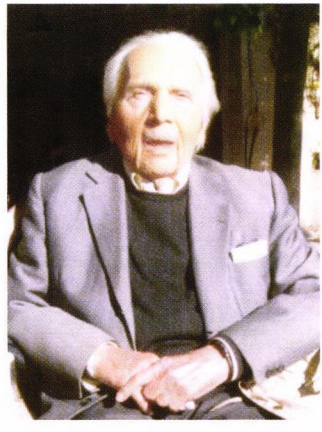
▾ Grupo de parientes junto al sepulcro de la Venerable doña Dorotea, 2008.





Algunos de los biznietos de doña Dorotea en vida: ◂ Montserrat de Alós Huelin y arriba sus padres: Margarita Huelin y Luis E. de Alós, *Marqueses de Alós y de Llió*. ▴ Las hermanas Ana María y María Cecilia de Gibert Thió. ▾ Carmen de Pascual y de Elías, Joaquín de Gispert Jordà.







NOTAS

[1] Proceso eclesiástico en Turín, 1929, en Sacra Rituum Congregatione, *Barcinonen. Beatificationis et canonizationis Servae Dei Dorotheae de Chopitea Villota Serra. Positio super Introductione Causae.* Roma 1954, pág. 167, párrafo 33.

[2] *Vida ejemplar de la Excelentísima Señora Doña Dorotea de Chopitea, Viuda de Serra.* Tipografía y Librería Salesianas, Barcelona-Sarrià 1892, I-XVI.

[3] Carta 4 –IV– 1891: *Archivo de la Vicepostulación de la Venerable Dorotea de Chopitea* (=*AVD*).

[4] Carta 3 –IV– 1891: *AVD.*

[5] Cf *Diccionario histórico de la Compañía de Jesús. Biográfico-temático,* III. Universidad Pontificia Comillas, Madrid 2001, 2832-2833. *Diccionari d'història eclesiàstica de Catalunya,* II, 720-721.

[6] *Vida ejemplar...,* VI.

[7] *Ibid.*

[8] *Ibid.*

[9] Del *Diario* personal.

[10] *Vida ejemplar...,* 379-380.

[11] *La caridad. Su acción y organización en Barcelona.* Barcelona 1901, 279-281.

[12] El *Boletín Salesiano,* por ejemplo, elogió en varias circunstancias a las hijas de Dorotea y las recordó afectuosamente a raíz de su fallecimiento: mayo de 1903, 140 (Dolores Serra); octubre de 1913, 288 (Isabel Serra); octubre-diciembre de 1914, 259 (María Jesús Serra).

[13] Cf B. Llorca Vives, *El Padre Jacinto Alegre Pujals.* Cottolengo del P. Alegre, Barcelona 1989, 89-92.

[14] Sacra Congregatio Pro Causis Sanctorum, *Barcinonen. Beatificationis et canonizationis Servae Dei Dorotheae Chopitea Viduae Serra, matrisfamilias, Unionis Cooperatorum Salesianorum Sodalis. Positio super virtutibus. Summarium.* Romae 1975. Pág. 182, párrafo 154.

[15] Cf *Diccionari d'història eclesiàstica de Catalunya,* I, 50.

[16] Cf el escrito firmado por Tomás Bordas bajo el título *Come si giunse alla Causa di Beatificazione e Canonizzazione della Serva di Dio Donna Dorotea de Chopitea.* Torino, 23 –III– 1957: *Archivio Salesiano Centrale* (=*ASC*) A 346.

[17] Sacra Rituum Congregatione, *Barcinonen. Beatificationis et canonizationis Servae Dei Dorotheae de Chopitea Villota Serra. Matris familiae. Unionis Cooperatorum Salesianorum Sodalis. Positio super Introductione Causae.* Romae 1954. Pág.168, párrafo 36.

[18] *Edicto,* Barcelona 6 –III– 1928.

[19] Como María Teresa de Gibert y Serra, Gustavo María de Gispert y Serra, los hermanos Javier María y Margarita Huelin y Serra, Sebastián Pascual y Serra, Isidra Pons y Serra.

[20] Como Guadalupe de Bofarull y de la Barata.

[21] Como María Amenós y Sanch.

[22] Como el arquitecto Enrique Sagnier y Villavecchia.

[23] Ver la evocación que hace de él Jacinto Alegre: *Hojitas de la Congregación Menor. Barcelona,* números 60-61 (enero-febrero 1928) [1] – [7].

[24] Sacra Rituum Congregatione, *Barcinonen* (...). *Positio super Introductione Causae.* Romae 1954.

[25] *Ibid.*, pág. 51, párrafo 53.

[26] *Ibid.*

[27] *Ibid.*, pág. 52, párrafo 55.

[28] *Ibid.*, pág. 131, párrafo 21.

[29] *Reliquias de la Sierva de Dios Doña Dorotea de Chopitea, Vda. de Serra,* en *Hojitas de la Congregación Menor. Barcelona,* n. 62-63 (marzo-abril 1928) [4].

[30] Quedan consignados los nombres en el *Diario de Barcelona,* n. 26 (martes, 31 de enero 1928) 6.

[31] El *Diario de Barcelona* dedicó a la nueva Sierva de Dios toda la portada del domingo, 29 de enero. Reseñas y reportajes gráficos en el mismo periódico del martes 31; *Hoja Oficial de la Provincia de Barcelona,* lunes 30 de enero de 1928; *La Hormiga de Oro,* Barcelona 2 –II– 1928 y *La Caridad,* Barcelona, febrero-marzo 1928.

[32] La Hormiga de Oro, Barcelona. Presentaba a doña Dorotea como *Cooperadora Salesiana y Celadora del Apostolado de la Oración.*

[33] Editorial Litúrgica Española, Barcelona 1926.

[34] Librería La Hormiga de Oro, Barcelona 1928.

35 Foment de Pietat, Barcelona 1930.

36 Cf R. Albó, *Una vida ejemplar*, en *Diario de Barcelona* 4 –VIII– 1926, 3. El *Boletín Salesiano* se hizo eco en septiembre 1926, 270-271 y en febrero 1927, 37-39. Ver otras recensiones en *Un modelo de caridad...*, 1928, 353-359.

37 Ver por ejemplo, *Boletín Salesiano* [=*BS*], julio 1927, 198-200; septiembre 1927, 264-266; marzo 1928, 70-74, abril 1928, 106-108; junio 1928, 170-173; noviembre 1928, 328-332; marzo 1929, 70-73; julio 1930, 213-214.

38 Cf *BS*, agosto 1926, 228.

39 Texto del diario *El Matí, en A. Sospedra Buyé, Per carrers i places.* Edita Bibliograf, Barcelona 1977, 456-457. Ver también ID., *El Padre Vallet (1883-1947).* Editor Antoni Sospedra y Buyé, Barcelona 1955, 156-166, 197-217.

40 Documentación relativa al vicepostulador, padre Massana, y al testigo José Morral, en *AVD.*

41 De los nueve familiares de doña Dorotea, sólo tres la habían conocido –Adriano de Gispert y Serra (77 años), María Carmen Pascual, viuda de Fontcuberta (79 años) y Margarita Huelin Serra (79 años)–; de los doce religiosos y religiosas, sólo sor María Casanova (Hija de la Caridad, 72 años); de los otros tres testigos, sólo Pilar Amenós Sanch (76 años).

42 Como Tomás Bordas Flaquer (epistolario), Amadeo Burdeus Mingarro (documentos de la familia de Gispert y Serra), Antonia Vara López (crónicas de la casa de Santa Dorotea, de Sarrià).

43 Cf R. Piñol, *La limosnera de Dios. Apuntes biográficos de la Sierva de Dios Doña Dorotea de Chopitea, Cooperadora Salesiana.* SEI, Madrid 1949.

44 Cf Sacra Congregatio Pro Causis Sanctorum, *Barcinonen. Beatificationis et Canonizationis Servae Dei Dorotheae Chopitea Viduae Serra. Matrisfamilias, Unionis Salesianorum Sodalis. Positio super virtutibus.* Romae 1975.

45 *Una dama barcelonesa del ochocientos. La Sierva de Dios Doña Dorotea de Chopitea, Viuda de Serra.* Librería Salesiana, Barcelona 1962.

46 Lo hemos usado ya anteriormente: Sacra Congregatio Pro Causis Sanctorum, *Barcinonen. Beatificationis et canonizationis Servae Dei... Positio super virtutibus.* Romae 1975. Entre otras cosas, además del *Summarium*, o resumen de las atestiguaciones y documentos, contiene, traducida al italiano, la biografía completa de Jaime Nonell.

47 Cf Sacra Congregatio Pro Causis Sanctorum, *Barcinonen. Beatificationis et canonizationis... Relatio et vota. Congressus peculiaris super virtutibus.* Roma 1982.

48 *Ibid.*, 63.

49 *La Venerable Dorotea de Chopitea i l'Ensenyament Professional com a obra de promoció social.* Centenari de l'obra salesiana, Barcelona 1984.

50 Manuscrito, 3 –IV– 1984: *AVD.*

51 Carta fechada en Roma, 7 –VII– 1991: *AVD.*

52 Cf *Carta encíclica Deus caritas est, sobre el amor cristiano.* Ediciones Palabra, Madrid 2006.

53 *Ibid*, n. 40.

54 Ramón Casterás menciona la institución de los *Talleres Salesianos* en el capítulo titulado *La respuesta de la Iglesia Católica dentro del orden burgués* de su libro *Actitudes de los sectores catalanes en la coyuntura de los años 1880.* Ed. Anthropos Editorial del Hombre, Barcelona 1985, 273, 285-286.

Apéndices

IMPORTANTE: En los árboles genealógicos de las páginas 65 y 147, y los que siguen a continuación, se mantienen los nombres de personas en castellano o en catalán según la tradición familiar.

FAMILIA PONS-SERRA

Enlace: Barcelona 1853



Isidoro
Pons y Roura



María Dolores
Serra y de Chopitea

Alejandro María Pons Serra
oo M. Bofill

- **María Dolores Pons Bofill**
  oo C. Jordà
- **Alejandro Pons Bofill**
  oo Isabel Dutton
- **María Pons Bofill**
- **Carmen Pons Bofill**
  oo J. Raurich
- **Isidoro Pons Bofill**
  oo Rosa de la Figuera, *Marquesa de la Laguna del Camero Viejo*
- **Mercedes Pons Bofill**
  oo R. de Casanovas
- **Joaquina Pons Bofill**
  oo J. de Teixidor
- **Ignacio Pons Bofill**
- **José María Pons Bofill**
  oo Antonia Corcó

Isidra Pons Serra
Título pontificio, 1923:
Marquesa de Villota de San Martín
oo Sebastián Pascual y de Bofarull

Carmen Pascual Pons oo Ignacio de Fontcuberta y de Sentmenat

- **Ignacio de Fontcuberta y Pascual**
- **José María de Fontcuberta y Pascual**
- **Carmen de Fontcuberta y Pascual**
  oo Manuel Torrado y Varela
  Carmen, Pedro, Amancia, Manuel, Pilar, Alejandro
- **María Dolores de Fontcuberta y Pascual**
  oo Antonio de Aguilera y Pardo de Donlebún
  Carlos, Clara, Carmen, Dolores
- **Carlos de Fontcuberta y Pascual**
  oo María Reyes Balaguer de Pallejà
  María del Mar, María Amancia, Carlos
- **María Isidra de Fontcuberta y Pascual**
  oo José de Aguilera y Pardo de Donlebún
  Ignacio, José María, Sebastián, Antonio
- **María del Sagrado Corazón de Fontcuberta y Pascual**
- **María Asunción de Fontcuberta y Pascual** oo José Antonio de Albert Muntadas, *Barón de Terrades*
  María del Carmen de Albert y de Fontcuberta *Baronesa de Terrades*
  oo José María Solà-Sert Julià
- **Sebastián *Tico* de Fontcuberta y Pascual** oo Pilar Casanovas Ferrer
- **Milagros de Fontcuberta y Pascual**
  oo Miguel Echegaray Herrero
  Asunción, Marta
  oo Francisco Cantarell Cornet
  Milagros, Beatriz, Javier
- **María Amancia de Fontcuberta y Pascual**
  oo Ignacio Rosales y Fernández de Castro
  María Amancia, Marta, Isabel, Ignacio, Paz
- **María Josefa de Fontcuberta y Pascual**
- **Pilar de Fontcuberta y Pascual**
  oo José María Fariña y Torres
  Andrés, Ignacio, Jorge, José, Alejandro
- **Alejandro de Fontcuberta y Pascual**

Ignacio Pascual Pons, *Marqués de Villota*
oo Carmen Mercader Ortega

- **María del Carmen Pascual Mercader**
  oo Salvador Muntadas Claramunt
  Vicente, Jorge, José Luis, Isabel, Alfonso, Fernando
- **Mercedes Pascual Mercader**
  oo Juan José Tapia
- **María Isidra Pascual Mercader**
  oo Carlos Mencos Bosch *Marqués del Amparo*
- **María Teresa Pascual Mercader**
  oo Antonio Noguera Vera
- **Sebastián Pascual Mercader**
  oo María Serra Roque
- **María Luisa Pascual Mercader**
  oo Ignacio Menacho y García-Menacho
- **Ignacio Pascual Mercader**
  oo Mercedes Merugán de Llanza
- **Margarita Pascual Mercader**
  oo Néstor Cantarinén Mercader
- **Juan Pascual Mercader**
  oo Ana de Temple y de Llopis

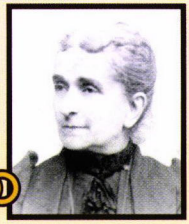
Lo compusieron Rafael Casasnovas Cortés, Carlos de Aguilera y de Fontcuberta y María del Carmen de Albert y de Fontcuberta, Barcelona 2008.

Árbol genealógico

FAMILIA DE GIBERT-SERRA

Enlace: Barcelona 1859





Espiridión de Gibert y Mornau

María Ana Serra y de Chopitea

- **Manuel de Gibert Serra**
  ∞ Montserrat de Camps
  - **Mariano de Gibert y de Camps**
  - **Mercedes de Gibert y de Camps**
  - **Luis María de Gibert y de Camps**
    ∞ María Josefa Janot
    Antoni Maria de Gibert y Janot
    ∞ María Paz Flo de Azcue
    Esther, Lluís, Mireia, Joan, Ignasi, Mercè, Víctor
  - **María del Carmen de Gibert y de Camps**
  - **Víctor de Gibert y de Camps**
- **María Teresa de Gibert Serra**
- **José María de Gibert Serra**
  ∞ María Luisa Bittini

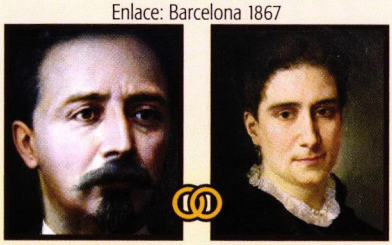
  Josefa de Gibert Bittini
- **Víctor de Gibert Serra**
- **Vicente María de Gibert Serra**
  ∞ María Thió Rodés
  - **Ana María de Gibert Thió**
    ∞ Rafael Mundó Marcet
    Joaquím, Vicenç, Anna Maria, Rafael
  - **María Cecilia de Gibert Thió**
  - **María Dorotea de Gibert Thió**

Lo compuso Lluís de Gibert y Flo, Cabrils (Barcelona) 2008.

Árbol genealógico

FAMILIA DE GISPERT-SERRA

Enlace: Barcelona 1867



Gustavo de Gispert y Yanguas

Isabel Serra y de Chopitea

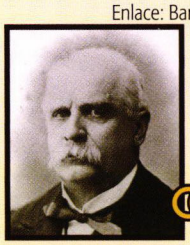
- **Gustavo de Gispert Serra**
  ∞ María Lourdes Jordà y Fages
  - **Ignacio de Gispert Jordà**
    ∞ Roser Català
    Gustavo, María Lourdes, María del Carmen, Luis, Roser, Pascual, Teresa, Núria, Ignasi.
  - **Ramón de Gispert Jordà**
    ∞ María Gloria Vidal Ros
    Ramón, Carlos, Javier
  - **Rafael de Gispert Jordà**
    ∞ Consuelo Pastor Vallés
    María Teresa, Adolfo-Gustavo, Dorotea, Consol, Lourdes, Rafael, Pilar, Juan-Carlos, Inés, Isabel, Ignacio
  - **Joaquín de Gispert Jordà**
    ∞ Pilar de Nicolau
    Isabel, Joaquín, Pilar, Javier, José Rafael
  - **Antonio de Gispert Jordà**
    ∞ Mercedes Talavera Lacort
    Antonio, Gustavo, Juan Ignacio, Mercedes, José Oriol, Marta, Mireia, Helena, Jorge, Carlota
- **Pilar de Gispert Serra**
  ∞ Joan Llimona Bruguera
  José Oriol, Joaquín, Juan, Josefina, Pilar, Isabel
- **Ignacio de Gispert Serra**
- **Federico de Gispert Serra**
  ∞ María Cruz
  José María, Ignacio
- **María Ángeles de Gispert Serra**
- **Adrián de Gispert Serra**
  ∞ María Mercedes Bosqué
  Adrián, Jorge, Mercedes, Antonio, José María

Lo compusieron Carles de Gispert Vidal y Adolfo-Gustavo de Gispert Pastor, Barcelona 2007.

Árbol genealógico

FAMILIA HUELIN-SERRA

Enlace: Barcelona 1862



Guillermo Juan Huelin y Reissig



María Luisa Serra y de Chopitea

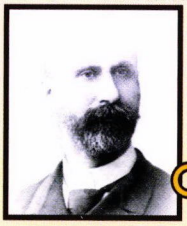
- **Guillermo Huelin y Serra**
- **Fernando Huelin y Serra**
  ∞ Maria Mercader
- **Isabel Huelin y Serra**
- **Guillermina Huelin y Serra**
- **Javier María Huelin y Serra**
  ∞ Beatriz Rocamora
  - Beatriz, Javier, José María, María, María Teresa, Luis, María Ángeles, Eduardo, Mercedes, Jorge, María del Carmen, Alberto
- **María Luisa Huelin y Serra**
  ∞ José María Tejera
  - José María, María Luisa, Fernado, Isabel, Guillermina, Alejandro, Manuel, Guillermo, Luis, Margarita, Mercedes, Josefina
- **Margarita Huelin y Serra**
  ∞ Luis Enrique de Alós y Mateu
  VII Marqués de Alós, VI Marqués de Lliò, Barón de Balsareny
  - María Teresa, María Luisa, Margarita, Guillermina, Josefina, Luis, Montserrat, Ignacio
- **José María Huelin y Serra**
  ∞ María Concepción Urueta

Lo compuso Matilde Pascual Huelin, Roses (Girona) 2007.

Árbol genealógico

FAMILIA PASCUAL-SERRA

Enlace: Barcelona 1869





Narciso María Pascual y de Bofarull

María Jesús Serra y de Chopitea

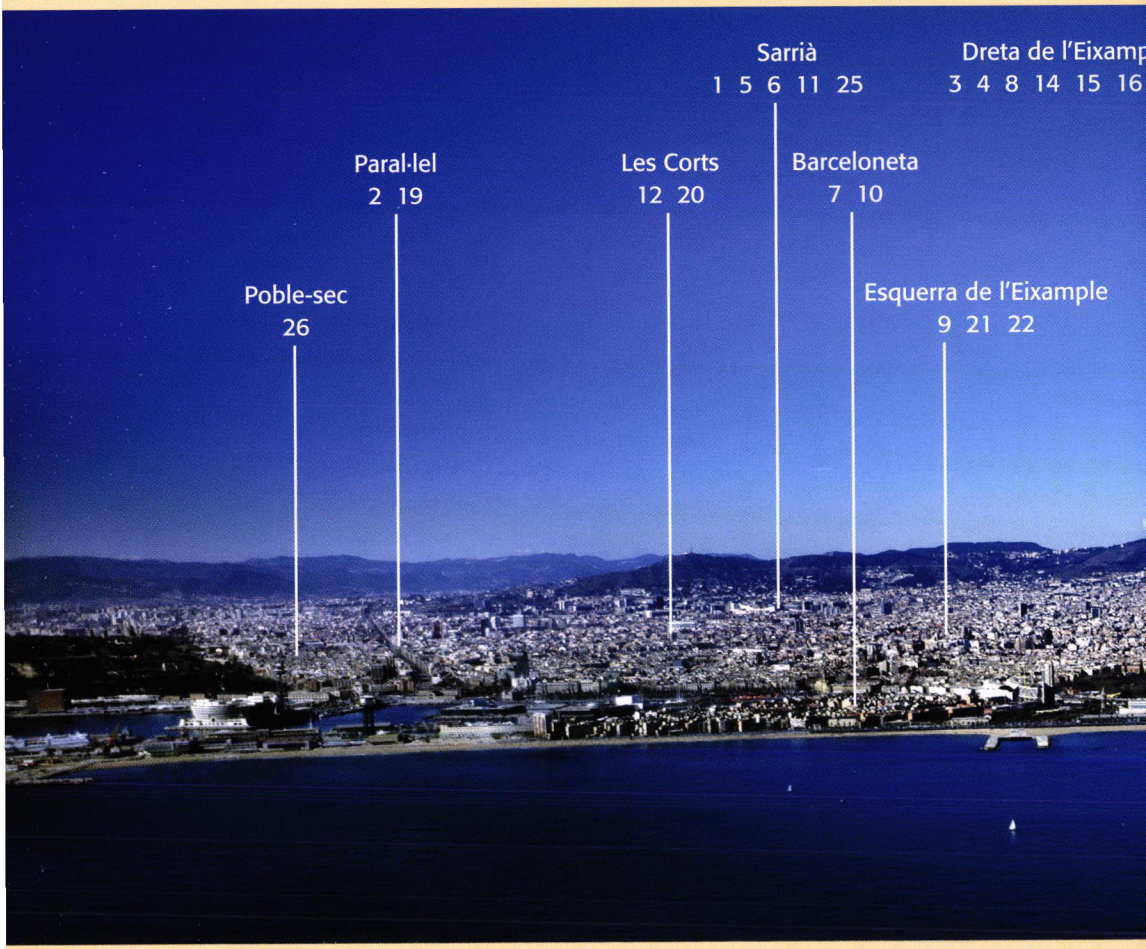
- **María Asunción Pascual y Serra**
- **José María Pascual y Serra**
  - ∞ Josefa Trenor Palavicino
    - José María, Montserrat, Isabel
- **Sebastián María Pascual y Serra**
  - ∞ Rosa Alomar Estrany
    - Rosa ∞ José Mª Galofré ∞ Aquilino Sanguino, Sebastián ∞ Rosa Miralles, José Antonio ∞ Fernanda Coll, Mercedes ∞ José Espinosa, Francisca ∞ Joaquín Segurado, María Teresa, María Concepción, María Jesús.
- **Rafael María Pascual y Serra**
  - ∞ María Sagrera Puig
    - María Jesús, Josefina
  - ∞ Mercedes de Elías Miret
    - Rafael María ∞ Rosario Aguirre de Cárcer, Jorge, José Oriol, Fernando, Carmen ∞ Fernando Poblaciones, Consuelo ∞ José María Corberó.
- **Dorotea Pascual y Serra.**

Lo compuso Rafael Casasnovas Cortés, Barcelona 2006.

PERMANECEN EN EL MISMO SITIO

1. **Colegio Sagrado Corazón en Sarrià**
   Sagrat Cor, 25.
2. **La Sala de Asilo Sagrado Corazón**
   Aldana, 1.
3. **Obrador de la Sagrada Familia. Escuela Granja**
   Comte d' Urgell, 262.
4. **Colegio-Residencia Sagrado Corazón**
   Casp 25; Roger de Llúria, 13.
5. **Escuelas Profesionales Salesianas (Talleres Salesianos)**
   Passeig de Sant Joan Bosco, 42 y 74.
6. **Colegio Santa Dorotea**
   Passeig Sant Joan Bosco, 24.
7. **La Sala de Asilo San Juan Bautista**
   Balboa, 19-27.
8. **La Sala de Asilo San Rafael**
   Roger de Flor, 98.
9. **Colegio San José**
   Rocafort, 42.
10. **La Salle Barceloneta**
    Balboa, 18.
11. **Colegio San Ignacio**
    Carrasco i Formiguera, 32.

11bis. **Ermita del Sagrado Corazón**
Cumbre del Tibidabo.



Decretos y leyes ... 47
El convento inaccesible ... 47
El trienio «esparterista» ... 48
Algarada popular y revolución ... 48
Un madre audaz ... 49
Una mujer vulnerable ... 49
La década moderada ... 50
El colegio Sagrado Corazón en Sarrià ... 51
Por la promoción de la mujer ... 51
Hontanar de espiritualidad ignaciana ... 54
El convento, recuperado ... 55
Nace el Banco de Barcelona ... 55
La consorte fiel ... 57
Notas ... 60

3. UNA VOCACIÓN SOCIAL ... 62

El despliegue familiar ... 63
Las niñas crecen ... 63
Las niñas se van ... 64
Una pedagogía de ayer y de hoy ... 64
Santa María del Mar ... 67
Una ciudad en transformación ... 69
Durante el Bienio Progresista ... 69
La ciudad abierta ... 70
La capital industrial ... 70
El centro religioso ... 72
Durante el moderantismo y el eclecticismo político ... 74
El Ensanche ... 75
La Maquinista Terrestre y Marítima ... 76
El coraje cívico y cristiano de una burguesa ... 77
Los pobres, los mendigos ... 78
La beneficencia ... 78
Las Hijas de la Caridad ... 80
Las Salas de Asilo ... 82
Entre el suegro y la nuera ... 82
Las dos primeras salas ... 83
La muerte llama a la solidaridad ... 84
Notas ... 86

ÍNDICE GENERAL

PRÓLOGO 7
PRESENTACIÓN 11

1. DOS CRIOLLOS EN BARCELONA 14

Ceden los fundamentos del Imperio 15
La emancipación de las colonias 15
La colonia de Chile 16
Un comerciante vasco 16
Salvado en un ataúd 17
... Y un comerciante catalán 19
El escenario barcelonés 20
El barrio de Ribera 21
La «Catedral de La Ribera» 22
Liturgia, devociones, acción pastoral 22
Liberalismo-Antiliberalismo. Clericalismo-Anticlericalismo 24
Crecimiento y crisis 27
Entre el claustro y la empresa 27
Nace el amor 29
La vuelta a América 30
El sí del comerciante 31
La crisis dinástica y política 32
Notas 34

2. ESPOSA Y MADRE 36

El hogar 37
La joven madre 37
Una familia cristiana 38
El liberalismo progresista 41
El liberalismo exaltado y la revolución popular 41
Una tarde sangrienta de verano 43
El convento de las Dominicas 43
El tiempo de las «bullangas» 45
La exclaustración y la desamortización 46
Decretos y leyes 47

PERMANECEN EN UN NUEVO EMPLAZAMIENTO

12. Asilo-hospital de la Purísima Concepción y de San Juan de Dios
Antes c. San Francisco de Borja (Les Corts), hoy P. Sant Joan de Deu, 2 (Esplugues de Llobregat).

13. Colegio de la Asunción
Antes c. Triunfo, 107; hoy, Rambla del Poblenou, 94-96.

14. Residencia Hermanas de María Reparadora
Antes, entre Caspe y Girona, hoy, c. Jaume Mimó y Llobet, 28-30. (Cerdanyola del Vallès).

15. Servicio Doméstico
Antes c. Comtal, 35, hoy Consell de Cent 393-397.

16. Colegio Sagrado Corazón
Antes c. Diputación 270; hoy, en Diputación 326.

17. Asilo-hospital San Rafael
Antes c. Cabestany 1 (Les Corts), hoy, Passeig Vall Hebron, 107.

18. La Salle Gracia
Antes c. de la Iglesia, 4, (Gracia), hoy Plaça del Norte, 14.

NO PERMANECEN O HAN SIDO ABSORBIDAS POR OTRAS INSTITUCIONES O HAN PERDIDO SU OBJETIVO ORIGINAL

19. Sala de Asilo
Estaba en la calle Luna.

20. Asilo del Buen Consejo
Estaba en la Avenida Diagonal, aprox. donde los actuales almacenes *El Corte Inglés*.

21. El Hospital de Nuestra Señora del Sagrado Corazón
Estaba entre las Calles Comte Borrell y Londres.

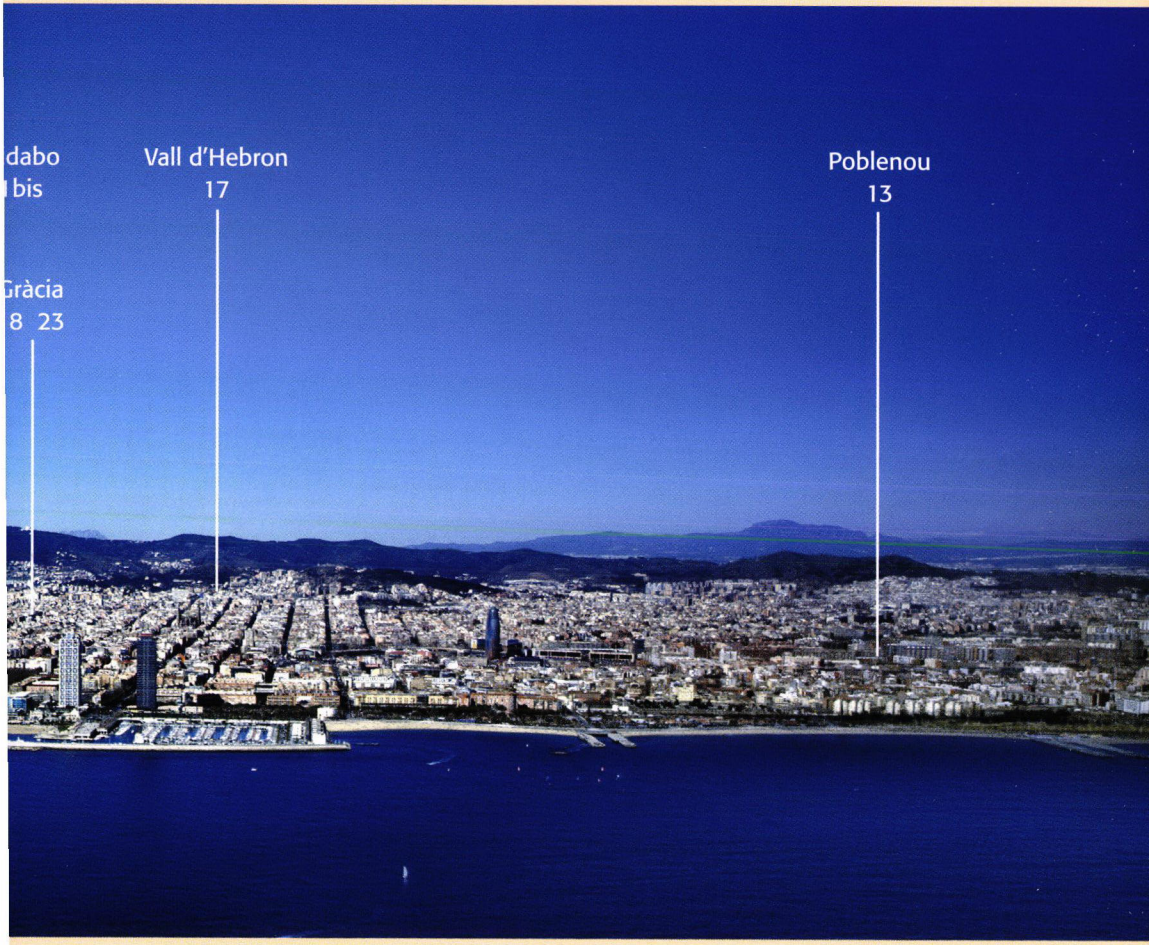
22. Asilo de ancianos en Comte Borrell
Estaba en esta calle, 159-169.

23. Colegio San Vicente de Paúl
Estaba en c. Les Carolines, 16. Gràcia.

24. Albergue de San Antonio
Estaba en c. Roger de Flor 259.

25. Escuela Gratuita de Les Corts
Estaba en la Carretera de Sarriá, 8.

26. La Salle Poble Sec
Estaba en la calle Blay, 42.



4. EL BANQUERO Y SU MUJER 88

El septembrismo 89
El Sexenio democrático 89
Una aventura espiritual 90
Un caso de conciencia 92
La Restauración borbónica 93
Barcelona, ciudad inquieta 94
El anticlericalismo 94
La tercera guerra carlista 95
La lucha 95
Una intendencia doméstica 96
El movimiento obrero 96
Un solo corazón, una sola misión 100
Intimidad 101
Proyección ciudadana 102
Se funda el Banco Hispano Colonial 104
Las epidemias 105
La acción pública 105
Con el canónigo Morgades y Gili 106
El Asilo del Buen Consejo. Las Dominicas de la Presentación 107
El Obrador de la Sagrada Familia. Las Hijas de la Caridad 110
Con San Benito Menni y los Hermanos de San Juan de Dios 112
La restauración de la Orden Hospitalaria en España 112
El primer hospital infantil de España 114
Una insigne bienhechora 116
Con los Jesuitas 117
En Manresa, el Colegio de San Ignacio 117
En Barcelona, el Colegio-Residencia del Sagrado Corazón 119
Con las Hijas de la Caridad: el Colegio San Vicente de Paúl 120
Con la Congregación de María Reparadora 122
La accion privada 125
De tú a tú 125
Pobre para compartir 128
La base del iceberg 129
Algo más que un banquero 131
Mentalidad política y social 131
La meta final 133
Notas 136

5. UNA ANCIANIDAD FECUNDA.
LOS SEIS PRIMEROS AÑOS, 1882-1888 140

La restauración política y religiosa 142
La familia Serra-Chopitea 143
Los parientes 143
El día a día 149
"La millonaria" 150
La obra institucional 152
Con los Salesianos de Don Bosco 153
Un hallazgo feliz 153
Acto primero 154
Acto segundo 155
Acto tercero 156
Epílogo 156
«Una dama de Barcelona nos llamará» 158
Entre el temor y la esperanza 161
Las Escuelas Profesionales Salesianas de Sarrià 164
San Juan Bosco en Barcelona 171
«Nuestra madre de Barcelona» 171
La visita del Santo 174
Salvar la cumbre del Tibidabo 179
La primera Escuela de Artes Gráficas 181
Con las Hijas de María Auxiliadora 182
La iniciativa 183
Un proyecto integral 184
La voluntad del Fundador 185
Una empresa imposible 186
La entrada en Sarrià 187
Una de las «Casas de Gironella» 188
Un acto heroico 190
Sin amigos 191
"El Señor me quiere verdaderamente pobre" 192
El Colegio de Santa Dorotea 193
Con las Hijas de la Caridad, de nuevo 195
El Hospital de Nuestra Señora del Sagrado Corazón 196
Asunto de mujeres 196
Dorotea, presidenta 199
Una Hija de la Caridad, disfrazada 200
La iglesia-mausoleo 201

Un paso en falso 202
El alma del Hospital 203
Dos nuevo Asilos 204
La Sala de Asilo San Juan Bautista 204
La Sala de Asilo San Rafael 207
Con los Hermanos de las Escuelas Cristianas 210
Antecedentes 210
La Escuela Gratuita de Les Corts 212
Más allá de Barcelona y de España 213
En Cataluña 213
Rubí: una escuela popular 213
Puigcerdà: un convento en la montaña 213
Palafrugell-Calella: una iglesia junto a la playa 214
En Sudamérica 217
Un estilo, un espíritu 218
Administración rigurosa 220
El trabajo de los pobres 220
La política del ahorro 221
Defensa de las instituciones 222
Laicidad 223
Discreción 223
Femineidad 224
Vocación 225
Vivencias de la fe 225
La fe como propuesta educativa 225
Educarse 225
Educar 226
La fe como signo de libertad 227
Las devociones populares 227
La devoción al Sagrado Corazón de Jesús 228
Notas 233

6. UNA ANCIANIDAD FECUNDA. LOS TRES ÚLTIMOS AÑOS, 1888-1891 240

Dorotea llora 241
Dorotea hace testamento 244
Increíble mujer 246
Los centros de accción 247
Las chachas de Barcelona 247

Las niñas enfermas ... 252
Huérfanas, jornaleros, indigentes, enfermos ... 255
Las hijas de los obreros ... 259
Las chicas del Eixample ... 261
Los chicos de la periferia urbana ... 264
Con los Salesianos ... 264
«Moralizar» el barrio de Hostafrancs ... 265
Una escuela, una iglesia y un patio de recreo ... 266
«O la escuela se funda en este lugar, o no se funda» ... 267
La inauguración ... 269
Con los Hermanos de las Escuelas Cristianas ... 272
La Salle Barceloneta ... 273
La Salle Poble Sec ... 274
La Salle Gracia ... 276
Los ancianos y las ancianas pobres ... 277
Aprendices y seminaristas ... 280
Discuten los santos ... 280
El Colegio del Santo Ángel ... 281
La iglesia de María Auxiliadora ... 282
Los niños de buena familia ... 284
De persona a persona ... 286
La restauración del monasterio de Ripoll ... 288
Las misiones de África ... 290
El ocaso ... 291
La enfermedad ... 291
La muerte ... 293
La capilla ardiente ... 295
El entierro ... 298
Las exequias ... 299
Notas. ... 301

7. PERVIVENCIA ... 306

De la popularidad, al silencio ... 308
El descubrimiento del icono ... 310
El Rector Mayor de los Salesianos ... 311
El Proceso Ordinario Informativo de Barcelona ... 312
El traslado de los restos mortales ... 314
Una biografía popular ... 316
Madre de Familia y Salesiana Cooperadora ... 318

La iconoclastia de 1936 319
La larga marcha 321
El Proceso Apostólico de Barcelona 321
Dorotea, Venerable 322
Notas 326

APÉNDICE 328